John B. Thompson

El escándalo político

Poder y visibilidad en la era de los medios de comunicación



Paidós Estado y Sociedad 94

John B. Thompson

El escándalo político

Poder y visibilidad en la era de los medios de comunicación

PAIDÓS
Barcelona • Buenos Aires • México

Título original: *Political Scandal*
Publicado en inglés, en 2000, por Polity Press conjuntamente con Blackwell Publishers Ltd.

Traducción de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar

Cubierta de Mario Eskenazi

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright,* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2000 by John B. Thompson
© 2001 de la traducción, Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar
© 2001 de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.,
Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona,
y Editorial Paidós, SAICF,
Defensa, 599 - Buenos Aires
http://www.paidos.com

ISBN: 84-493-1160-8
Depósito legal: B-46.041/2001

Impreso en A&M Gràfic. S.L.
08130 Santa Perpètua de Moguda (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

SUMARIO

Lista de ilustraciones 9

Prefacio 11
Agradecimientos 15
Introducción 17

1. ¿Qué es un escándalo? 29
   El concepto de escándalo 29
   Habladurías, rumores y escándalos 46
   Corrupción, soborno y escándalo 50

2. El incremento de los escándalos en los medios 55
   La transformación de la visibilidad 57
   Primeros usos de la noción de «escándalo» en los medios 67
   El surgimiento del escándalo como acontecimiento mediático . . 78

3. El escándalo como acontecimiento mediático 91
   Algunas características de los escándalos mediáticos 92
   La estructura secuencial de los escándalos mediáticos 105
   Instancias y organizaciones 112
   La experiencia del escándalo como acontecimiento mediático . . 123

4. La naturaleza del escándalo político 131
   Cómo definir el escándalo político 132
   El poder de los símbolos y la esfera política 138
   ¿Por qué siguen prevaleciendo hoy los escándalos políticos? . . . 150
   Las culturas políticas del escándalo 163

5. Los escándalos sexuales en la esfera política 167
   Tres tipos de escándalo político 168
   La vida privada en el ámbito público 173

Una venerable tradición 179
Los tiempos cambian 198

6. Los escándalos financieros en la esfera política 219
La interconexión entre el dinero y el poder 219
Intereses privados y obligaciones públicas. 223
La política y el poder de los grupos organizados. 241
El asunto Whitewater 260

7. Los escándalos de poder 271
El descubrimiento de poderes ocultos 272
El asunto Watergate y el caso Irán-Contra 277
El aumento de los escándalos relacionados con la seguridad nacional 302
Unos límites confusos 317

8. Las consecuencias del escándalo 323
Cuatro teorías del escándalo y sus consecuencias 324
Poder, reputación y confianza: hacia una teoría social del escándalo 338

Conclusión 359
Índice analítico y de nombres 373

LISTA DE ILUSTRACIONES

1. Charles Stewart Parnell 19
2. Katharine O'Shea 19
3. El *libelliste* 70
4. N° 92 del *Mercurius Britanicus*: 28 de julio al 4 de agosto de 1645 73
5. Grabado del señor John Wilkes, 1763 77
6. Los escándalos del West-End, según la *North London Press*, 30 de noviembre de 1889 85
7. John Profumo tras su dimisión, en junio de 1963 187
8. Christine Keeler en julio de 1963 188
9. «Dimite el señor Thorpe», portada de *The Times* del 11 de mayo de 1976 193
10. El presidente y la becaria, 17 de noviembre de 1995 211
11. El presidente Clinton en su comparecencia ante las cámaras de televisión, el 26 de enero de 1998 213
12. La familia Clinton saliendo de la Casa Blanca el 18 de agosto de 1998 216
13. «Los tentáculos de Marconi», tomado de la publicación *Punch*, 18 de junio de 1913 228
14. «Un mentiroso y un estafador», portada del *Guardian*, 1 de octubre de 1996 233
15. «Aplastados por el pulgar», tomado del *Harper's Weekly* del 10 de junio de 1871 244
16. Folleto informativo de las parcelas de la urbanización Whitewater 262
17. Primera plana del *Washington Post*, 19 de junio de 1972 277
18. El sistema de grabación secreto del presidente Nixon en el Despacho Oval 282
19. «Nixon dimite», titular de portada del *Washington Post*, 9 de agosto de 1974 285
20. El «informe del desvío» de Oliver North, hacia el 4 de abril de 1986 295

PREFACIO

Tras una larga epopeya convertida a veces en farsa, Bill Clinton ha logrado recordarnos que el escándalo se ha convertido en uno de los gajes del oficio de quien vive en la esfera pública. ¿Quién podría haber imaginado que, al aproximarse el final del siglo xx, el destino del presidente de la nación más poderosa del mundo podría depender, según algunos criterios, del hecho de que una mancha sobre el vestido de cóctel de una jovencita contuviera restos del semen presidencial? A pesar de los enormes recursos de que disfrutan hoy en día las organizaciones vinculadas a la representación proporcional del gobierno, y a pesar del hecho de que los políticos y otras figuras públicas saben perfectamente que sus actividades se encontrarán sujetas a una intensa observación por parte de los medios, los escándalos no han perdido ni un ápice de su capacidad para interrumpir el flujo de los acontecimientos, para hacer que descarrilen los planes mejor ideados y para destrozar, de vez en cuando, las reputaciones y las carreras de los individuos que se ven envueltos en ellos. A semejanza de algunos niños revoltosos que se niegan a jugar de acuerdo con las reglas, el escándalo es una amenaza permanentemente presente para aquellos que han consagrado sus carreras a la obtención del poder y al logro del éxito en los juegos de la vida pública.

¿Por qué han adquirido semejante relevancia los escándalos en la vida pública de las sociedades modernas? ¿Son simplemente la expresión de una decadencia general de las normas morales, un debilitamiento de nuestro compromiso con los códigos morales que gobernaban —o eso parecía— la conducta de la gente en el pasado? ¿O quizá la profusión de escándalos en los últimos años está más relacionada con las poco escrupulosas actividades de los periodistas y otros profesionales que se buscan la vida en los medios y al margen de los medios, y que han descubierto que la exposición de las vidas privadas de las figuras públicas puede ser una suculenta fuente de beneficios? No hay duda de que los escándalos son rentables, y aquellos que tienen mucho que ganar si alimentan los escándalos en el ámbito público tienen pocas razones para dejar de hacer negocios cuando se les presenta la oportunidad.

Pero estaríamos malinterpretando la naturaleza del escándalo y sus consecuencias en la vida social y política si lo comprendiéramos únicamente como la expresión de una decadencia moral o como el producto de un periodismo sin escrúpulos. Como intentaré mostrar en las siguientes páginas, la relevancia actual de los escándalos está unida a un más amplio conjunto de transformaciones, las cuales han dado forma al mundo moderno y han alterado, entre otras cosas, la propia naturaleza de la vida pública. Gracias al desarrollo de los medios de comunicación, los políticos y otras figuras públicas son mucho más visibles hoy que en el pasado; hoy les resulta mucho más difícil correr un velo de discreción sobre las actividades o los acontecimientos que preferirían mantener fuera de la vista del público.

El auge de los escándalos como características significativas de la vida pública es un síntoma de esa más amplia transformación de la naturaleza y la extensión de la visibilidad que ha caracterizado el desarrollo de las sociedades modernas. Esto no significa que todos los escándalos vengan determinados por estas nuevas formas de visibilidad que son peculiares al desarrollo social contemporáneo: al contrario, el escándalo es una característica que impregna la vida social ordinaria, y es habitual que las conversaciones se vean sazonadas con los pequeños escándalos de la vida cotidiana. Sin embargo, el escándalo no habría adquirido la relevancia que tiene hoy en día en el ámbito público, y no sería un factor tan crítico en cuanto a determinar el curso de los acontecimientos políticos y el destino de los mandatarios y otras figuras públicas, de no ser por el hecho de que se ha convertido en algo íntimamente unido a las transformaciones que han dado forma al mundo moderno.

Este libro es una contribución a la comprensión del escándalo y sus consecuencias en la vida social y política. No pretende ser un estudio general de los muchos escándalos que salpimentan la historia de las sociedades modernas, y tampoco se propone brindar una visión profunda de las circunstancias que rodean los más recientes ejemplos del género; mis preocupaciones son más analíticas que descriptivas, más temáticas que enciclopédicas, y mi interés en el fenómeno del escándalo político surgió mucho antes de que el cuadragésimo segundo presidente de los Estados Unidos perdiera pie con una becaria de la Casa Blanca. Este libro no ha sido escrito como queja moralizadora sobre la cultura del escándalo político que parece haber crecido a nuestro alrededor, y tampoco ha sido concebido como un ataque polémico contra aquellos que han procurado convertir el chismorreo en una forma de vida; no rehuiré las cuestiones morales y prácticas suscitadas por el escándalo político, pero trataré de evitar un enfoque excesivamente general y

recriminatorio. Mi principal objetivo en este libro consiste en desarrollar una memoria analítica del escándalo político y perfilar una teoría social de sus condiciones y consecuencias. Si me tomo los escándalos más en serio de lo que algunos podrían considerar apropiado se debe a que creo que, más allá de todo el alboroto, el escándalo es un importante fenómeno social que puede tener graves consecuencias, tanto para las vidas y las carreras de los individuos que se ven envueltos en él como para las instituciones de las que esos individuos forman parte. Intentaré mostrar además que el significado del escándalo hunde sus raíces en las características de un mundo en el que la visibilidad ha quedado transformada por los medios y donde el poder y la reputación van de la mano. Los escándalos son importantes porque son algo que, en nuestro moderno mundo mediático, afecta a las auténticas fuentes del poder.

J. B. T., Cambridge, enero de 2000

AGRADECIMIENTOS

He contraído una importante deuda con los numerosos amigos y colegas con los que he discutido las cuestiones que se abordan en este libro, amigos y colegas que me han brindado muchas indicaciones y sugerencias útiles. Debo especial gratitud a Peter Burke, Anthony Giddens, David Held y Michael Schudson, que dedicaron parte de su tiempo a la lectura de un primer borrador del texto, haciéndome detallados e incisivos comentarios; he hecho todo lo posible para tener en cuenta sus observaciones, pero cualquier defecto en el resultado final se debe por supuesto a mi sola responsabilidad. La Universidad de Cambridge y su Jesus College han sido generosos al permitir que me ausentara, ya que de lo contrario me habría llevado mucho más tiempo escribir este libro; estoy agradecido por su apoyo. También me gustaría agradecer a Vanessa Parker la ayuda prestada al preparar el texto; a Thelma Gilbert y a Jackie Newman por su ayuda al dispensar permisos; a Ann Bone por su característicamente meticuloso trabajo de copiado y edición; y también a las muchas personas de la colección Polity de la editorial Blackwell —incluyendo a Sandra Byatt, Gill Motley, Sue Pope, Serena Temperley, Kathryn Murphy, Leanda Shrimpton y Pam Thomas— que me ayudaron a guiar el libro a lo largo del proceso de producción.

El autor y los editores expresan su agradecido reconocimiento a las siguientes entidades por haber permitido la reproducción de materiales protegidos por la propiedad intelectual.

TEXTO

Archivos de Noticias de la CBS, Nueva York, por el extracto de la «entrevista de Steve Kroft con Bill y Hillary Clinton, de 26 de enero de 1982», tal como fue emitida en *60 Minutes*.

The Free Press, Division of Simon & Schuster Inc., por el extracto del escrito de Stanley I. Kutler, «*Abuse of Power: The New Nixon Tapes*», Copyright © 1997 Stanley I. Kutler.

The Mirror, Syndications, por el extracto «Carta de John Profumo a Christine Keeler», *Sunday Pictorial*, 9 de junio de 1963.

New York Times, por el extracto «Conversación entre Nixon y Dean», 21 de marzo de 1973.

ILUSTRACIONES

The British Library, anaquel 108a (6); *The Guardian*, the Syndics of Cambridge University Library and Sportsphoto Ltd. (14); © Hulton-Getty (8); Mary Evans Picture Library (1, 2); National Archives (18); National Security Archive, objeto nº 2614, pág. 5 (20), perteneciente a la colección de microfichas; Press Association / Topham (7); Press Association (10); Princeton University Library (3); Punch and the Syndics of Cambridge University Library (13); the Syndics of Cambridge University Library (4); the Syndics of Cambridge University Library, por una reproducción de las *Complete Works of William Hogarth*, Richard Griffin and Company, Londres (5); Times Newspapers Ltd. and the Syndics of Cambridge University Library (9); cortesía del *Washington Post* (11, 12, 17, 19).

Se han hecho todos los esfuerzos posibles para averiguar los nombres de los beneficiarios de derechos de la propiedad intelectual, pero en caso de que alguno de ellos haya sido inadvertidamente pasado por alto, los editores estarán encantados de proceder a las necesarias modificaciones en cuanto tengan oportunidad para ello.

INTRODUCCIÓN

«Traiciones domésticas, mentiras sistemáticas y continuadas, toda una sórdida batería de cartas escritas con la intención de engañar, casas alquiladas con nombre falso, disfraces y alias, visitas secretas y súbitas huidas, todo esto conforma el guión de una triste e innoble infidelidad... Puede que las habituales normas de moral no estén muy en boga, pero hasta el menos mojigato sitúa la línea de exigencia para los hombres públicos por encima del nivel de un relato tan escandaloso como éste, sin mencionar que los cínicos señalan que siempre que se descubre a un hombre de vida licenciosa ha de sufrir las consecuencias.»[1] Este era el juicio emitido por *The Times* al comentar, hace más de un siglo, los pormenores del muy aireado asunto del señor Charles Parnell y la señora Katharine O'Shea, asunto que alcanzó su culminación mediante unas diligencias de divorcio de feliz desenlace emprendidas por el capitán William O'Shea, que basó su alegato en una acusación de adulterio. El asunto podría haber generado un interés relativamente escaso en la prensa de no haber sido por el hecho de que el señor Parnell era una eminente figura política de la época. Proclamado como el «rey sin corona de Irlanda», Parnell era miembro del Parlamento en representación del condado de Cork y líder carismático del partido parlamentarista irlandés en Westminster. Era además un fervoroso partidario de la autonomía irlandesa, una causa a la que el Partido Liberal de Gladstone había prestado apoyo, pero a la que los *tories*, entre otros, se oponían. En este delicado contexto político en el que Parnell era una instancia de poder clave en Westminster y una figura central en las complejas negociaciones que afectaban al futuro de las relaciones angloirlandesas, saltó bruscamente a la luz pública su asunto con Katharine O'Shea.

Charles Parnell había conocido a Katharine O'Shea durante el verano de 1880, poco después de que el capitán O'Shea hubiera sido elegido como miembro del Parlamento por el condado de Clare. El capitán O'Shea pasaba mucho tiempo haciendo negocios en el extranjero, mientras la señora

1. *The Times*, 18 de noviembre de 1890, pág. 9.

O'Shea vivía con sus tres hijos en su casa —Wonersh Lodge—, cerca de Eltham, en Kent. Durante los dos primeros años de la década de 1880, Parnell se convirtió en un asiduo visitante de Wonersh Lodge, donde frecuentemente se quedaba a pasar la noche; empezaron a circular rumores sobre una posible relación, pero las especulaciones fueron reducidas por firmes y reiteradas negativas. Entre 1882 y 1884, la señora O'Shea dio a luz tres niñas que, según parece, el capitán O'Shea creyó suyas pero cuyo padre era, casi con toda certeza, Parnell. En mayo de 1886, las sospechas de un idilio se vieron reforzadas por la pública exposición del hecho de que Parnell había pasado a residir a todos los efectos en Wonersh Lodge. Bajo el titular «El retiro campestre del señor Parnell», el *Pall Mall Gazette* informó con bastante discreción (era un pequeño artículo en una página interior) de que el miembro del Parlamento por el condado de Cork se había visto envuelto en una colisión con el carromato de uno de los hortelanos del mercado poco después de la medianoche de un viernes. «Durante las sesiones del Parlamento», continuaba la *Gazette*, «el honorable representante de Cork suele establecer su residencia en Eltham, un pueblecito del extrarradio del sureste de Londres».[2] A pesar de la discreción, las implicaciones de este párrafo eran perfectamente claras. El artículo atrajo la atención del capitán O'Shea quien, irritado e indudablemente puesto en situación embarazosa por este comentario público, envió rápidamente una carta a su mujer, exigiendo una explicación. Ella respondió fingiendo ignorarlo todo («No tengo la menor idea de lo que significa, a menos, desde luego, que haya sido escrito para ponerte furioso»), pero para entonces su relación se encontraba ya en una espiral descendente. En 1889 la señora O'Shea vendió Wonersh Lodge y se mudó a Brighton, donde alquiló una casa con Parnell. El capitán O'Shea se fue alejando cada vez más de su esposa, y el 24 de diciembre de 1889 presentó una demanda de divorcio en la que se designaba a Charles Parnell como uno de los demandados.

Cuando el 15 de noviembre de 1890 comenzó el juicio, se convirtió en el foco de un intenso interés y fue ampliamente comentado en la prensa. Parnell negó de plano la acusación de adulterio. De manera similar, la señora O'Shea también negó la imputación y presentó a su vez una demanda, alegando que su marido había sido culpable de crueldad y negligencia, y que él mismo había cometido adulterio (incluyendo un adulterio con la hermana de la demandada, la señora Anna Steele); la señora O'Shea alegó asimismo que su esposo se había mostrado connivente en el adulterio que ella

2. *Pall Mall Gazette*, 24 de mayo de 1886, pág. 8.



1. Charles Stewart Parnell.



2. Katharine O'Shea.

había cometido, alegación curiosamente incoherente con su anterior negación de deslealtad. No obstante, ni la señora O'Shea ni Parnell se atrevieron a defender la acción. Por otro lado, los abogados del capitán O'Shea presentaron una serie de cartas y llamaron a varios testigos —incluyendo antiguos sirvientes cuyos testimonios eran reproducidos con todo detalle en la prensa—, todo lo cual parecía dejar sentada la existencia de un comportamiento de infidelidad y engaño que se había prolongado por espacio de varios años. Uno de los testigos, una tal Caroline Pethers, que se describía a sí misma como «cocinera profesional», relató lo sucedido en una ocasión, hacia el final de 1883, en la que el capitán O'Shea había aparecido inesperadamente en la puerta de la casa que habían alquilado los O'Shea en Brighton.[3] Parnell se encontraba en el piso de arriba, en el salón, con la señora O'Shea cuando llegó el capitán, pero diez minutos más tarde Parnell apareció en la puerta principal y accionó el llamador, pidiendo ser recibido por el capitán O'Shea. Cuando se le preguntó cómo se las había arreglado Parnell para aparecer en la puerta principal instantes después de haber estado en el salón del piso de arriba, la cocinera explicó que había dos cuerdas para evacuación en caso de incendio que colgaban de la ventana, y que éstas fueron las que le permitieron salir sin ser notado —una observación que causó una pequeña conmoción y dio lugar a mordaces críticas en la prensa.

Como se esperaba, el jurado falló en favor del demandante y concedió el divorcio. Durante los días y semanas que siguieron al juicio, la prensa apareció repleta de especulaciones sobre el futuro político de Parnell. Sus adversarios políticos exigieron su dimisión y algunos de sus anteriores aliados —incluyendo a Gladstone, que temía que el caso de divorcio desestabilizara la alianza entre el partido parlamentarista irlandés y los liberales, poniendo en peligro la causa de la autonomía— le instaron a retirarse, al menos temporalmente, de la vida pública. Los críticos de Parnell argumentaban que ya no tenía autoridad moral para dirigir un partido, que ya no se podía confiar en él y que había perdido el respeto de las personas honorables. Parnell se negó a retirarse y lanzó un contraataque publicando un manifiesto en el que, entre otras cosas, denunciaba a Gladstone por tratar de influir en la elección de un líder para el partido parlamentarista irlandés. Sin embargo, los acontecimientos se estaban poniendo en contra de Parnell; la alianza con los liberales se estaba desmoronando, y su posición como dirigente del partido parlamentarista irlandés se iba haciendo más precaria cada día. En diciembre de 1890, tras largos y acalorados debates, el partido se escindió en

3. *The Times*, 17 de noviembre de 1890, pág. 4.

dos facciones, una que apoyaba a Parnell y otra que se le oponía. En los meses posteriores, Parnell llevó la disputa a Irlanda, donde hizo campaña en varias elecciones parciales, sumido a menudo en agrias y destempladas escenas. Además, para entonces la jerarquía católica también había comenzado a elevar la voz contra Parnell, cosa que debilitó en gran medida su posición en la campiña, y le hizo perder en cada confrontación las elecciones parciales en favor del candidato contrario. En junio de 1891 Parnell se casó con Katharine O'Shea, pero su matrimonio no iba a durar mucho. Mientras se dirigía a la multitud bajo la lluvia en el condado de Galway, a finales de septiembre de 1891, Parnell contrajo un grave enfriamiento y murió de fiebre reumática pocos días después, a la edad de 45 años.[4]

Esta desdichada historia de una excelente carrera deshecha por el escándalo, muestra, a finales del siglo xx, un fastidioso sello familiar. John Profumo, Jeremy Thorpe, Cecil Parkinson, Richard Nixon, Edward Kennedy, Gary Hart, Bill Clinton: todos ellos no son sino unos cuantos de los más recientes nombres de una larga lista de figuras públicas, muchas ya olvidadas, cuyas vidas y carreras se han visto indeleblemente marcadas por los escándalos que se desataron a su alrededor. En esta era posterior a los asuntos Profumo y Watergate, se nos podría perdonar que pensásemos que los escándalos políticos son una curiosidad propia del último tramo del siglo xx, pero la más superficial de las ojeadas al largo e innoble historial de escándalos disipará rápidamente esa impresión. Podría decirse con cierta justificación que, a finales del siglo xx, el escándalo ha adquirido una significación en la vida pública que supera al significado que tuvo para las generaciones anteriores, y ello por razones que procuraré desentrañar. En cualquier caso, el escándalo no es una invención nuestra.

A pesar del largo historial de escándalos y de la profusión de revelaciones escandalosas de varios géneros en la esfera pública de nuestros días, existen muy pocas obras académicas serias sobre el particular. Hay varias antologías que ofrecen panorámicas informativas, aunque un tanto despreocupadas, sobre un campo que jalona las arruinadas reputaciones de los políticos y otras figuras públicas.[5] Y también existen numerosos libros y artí-

4. Para una relación completa de las circunstancias que rodean a este asunto y sus secuelas, véase F. S. L. Lyons, *The Fall of Parnell, 1890-1891*, Londres, Routledge y Kegan Paul, 1960; F. S. L. Lyons, *Charles Stewart Parnell*, Londres, Collins, 1977; Trevor Fisher, *Scandal: The Sexual Politics of Late Victorian Britain*, Stroud, Alan Sutton, 1995, capítulo 7.

5. Para una selección de antologías y para unos panoramas generales del escándalo, véase Colin Wilson y Donald Seaman, *Scandal! An Encyclopaedia*, Londres, Weidenfeld y Nicolson, 1986; H. Montgomery Hyde, *A Tangled Web: Sex Scandals in British Politics and So-*

culos escritos tanto por periodistas como por personas relacionadas con cada caso y que poseen sobre ellos diversos grados de información, pero son obras que sólo recuerdan el relato de determinados escándalos, exponiéndolos desde distintos puntos de vista. En cualquier caso, hay relativamente pocos estudios que traten de examinar de un modo más crítico la naturaleza de los escándalos y las condiciones sociales que determinan su aparición, su desarrollo y sus consecuencias.[6] ¿Por qué se descuidan estos aspectos?

Sin duda, muchos analistas procedentes del ámbito académico consideran que el escándalo es un asunto demasiado frívolo para permitir un serio examen erudito. Los escándalos deben quedar para los periodistas de la prensa amarilla y los columnistas amigos de las habladurías; un asunto tan trivial —o al menos eso parecen argumentar— no merece la atención de los académicos serios. Otros serán quizá menos propensos a encogerse de hombros, pero considerarán no obstante que el estudio de los escándalos viene a ser como mostrar preocupación por algo inesencial. El escándalo es la baba de la vida social y política, recogida por periodistas sin escrúpulos y por organizaciones mediáticas que saben cómo utilizar las indiscreciones sexuales de los poderosos para obtener un dinero rápido. Aún peor, es una

---

ciety, Londres, Constable, 1986; Sean Callery, *Scandals: Gripping Accounts of the Exposed and Deposed*, Londres, Apple Press, 1992; Bruce Palling (comp.), *The Book of Modern Scandal: From Byron to the Present Day*, Londres, Weidenfeld y Nicolson, 1995; Matthew Parris, *Great Parliamentary Scandals: Four Centuries of Calumny, Smear and Innuendo*, Londres, Robson Books, 1995; *Political Scandals and Causes Célèbres since 1945: An International Reference Compendium*, Harlow, Longman, s. f. De vez en cuando hago uso de estas antologías diversas, y en especial de los útiles libros de Matthew Parris y de H. Montgomery Hyde y del muy informativo volumen de Longman.

6. Entre los estudios más serios y sistemáticos sobre el escándalo están los siguientes: Dampierre, Eric de, «Thèmes pour l'étude du scandale», *Annales*, 9.3, 1954, págs. 328-336; Maxime Rodinson, «De l'histoire de l'antisémitisme à la sociologie du scandale», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 49, 1970, págs. 143-150; Schmitz, Manfred, *Theorie und Praxis des politischen Skandals*, Frankfurt, Campus Verlag, 1981; Käsler, Dirk y otros, *Der politische Skandal: zur symbolischen und dramaturgischen Qualität von Politik*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1991; King, Anthony, «Sex, Money, and Power», en Hodder-Williams Richard, y Ceaser, James (comps.), *Politics in Britain and the United States: Comparative Perspectives*, Durham, N. C., Duke University Press, 1986, págs. 173-222;S. Markovits, Andrei y Silverstein, Mark (comps.), *The Politics of Scandal: Power and Process in Liberal Democracies*, Nueva York, Holmes y Meier, 1988; Garment, Suzanne, *Scandal: The Culture of Mistrust in American Politics*, Nueva York, Doubleday, 1992; Lull, James y Hinerman, Stephen (comps.), *Media Scandals: Morality and Desire in the Popular Culture Marketplace*, Cambridge, Polity Press, 1997; Williams, Robert, *Political Scandals in the USA*, Edimburgo, Keele University Press, 1998.

baba que oscurece lo que realmente importa en la vida social y política, distrayendo la atención pública de los temas de auténtica trascendencia: el desempleo, la pobreza, el hambre y las guerras civiles en países lejanos raramente se mencionan en la prensa diaria, mientras que las travesuras sexuales de un secretario de Estado copan las portadas.

Estos recelos en relación con los escándalos son comprensibles, pero si queremos hallar algún sentido a la relevancia que han llegado a adquirir los escándalos en la vida pública de las sociedades modernas debemos dejar esos prejuicios a un lado. Hemos de analizar el escándalo como fenómeno social por derecho propio y tratar de comprender sus rasgos característicos sin dejar que nuestra perspectiva sobre el fenómeno se vea previamente determinada por la creencia de que se trata de algo insignificante o por una cierta desesperación respecto a la calidad del debate público. El estudio del escándalo puede suscitar importantes cuestiones relativas al papel que desempeñan los medios en la configuración de ese debate —cuestiones, por ejemplo, relacionadas con los intereses y las prioridades de los periodistas y las organizaciones mediáticas, o vinculadas al alcance legítimo de la investigación periodística sobre la vida privada de las personas que se encuentran sometidas a la consideración pública—. Además, negarse a tomar en serio el fenómeno del escándalo sobre la base de que es una distracción respecto de las cuestiones que realmente importan (más aún: una distracción cuyos efectos sobre el debate público sólo podrían ser nocivos) sería de hecho una actitud extremadamente miope.

En este libro adoptaré una perspectiva diferente. En lugar de considerar el escándalo como un tema demasiado frívolo para el universitario serio o demasiado intrascendente para el respetable analista de los asuntos públicos, he de considerar la relevancia del escándalo en la vida pública de las sociedades modernas como un asunto de cierta significación —un asunto desconcertante que exige un análisis y una indagación mayores de lo que podría pensarse a primera vista, y un asunto revelador debido a lo que nos enseña sobre el tipo de mundo en el que hoy vivimos—. Intentaré mostrar que si queremos comprender el incremento de los escándalos políticos y la relevancia que han adquirido en la actualidad deberemos estudiarlos en el contexto de alguna de las vastas transformaciones sociales que han dado forma al mundo moderno. Sólo podremos entender la actual relevancia de los escándalos si consideramos que este fenómeno, de tan efímera y superficial apariencia para el observador impaciente, hunde sus raíces en una serie de desarrollos que tienen una larga historia y han generado una profunda y duradera conmoción en la vida social y política. Y entre todos esos desarro-

llos destaca la cambiante naturaleza de los medios de comunicación, medios que han transformado a su vez la naturaleza de la visibilidad y alterado las relaciones entre la vida privada y la vida pública. Si el escándalo se ha convertido en una característica tan relevante de la vida pública en las sociedades modernas se debe, en primer lugar, a que los individuos que se mueven en la escena pública son mucho más visibles de lo que jamás fueron en otros tiempos y, en segundo lugar, a que su capacidad para trazar una línea divisoria entre su personalidad pública y su vida privada es mucho más limitada. En esta moderna era de la visibilidad mediática, el escándalo es un riesgo que amenaza constantemente con sepultar a aquellos individuos cuya vida se ha convertido en polo de la atención pública.

Pero el escándalo político también nos enseña algo acerca de la naturaleza del poder y su fragilidad, sobre los modos en que se ejerce el poder en nuestras sociedades, sobre los tipos de recursos en que se basa y sobre la rapidez y la brusquedad con que puede perderse. Los escándalos políticos pueden ser, y son a menudo, terribles tragedias personales para los individuos que se ven atrapados en ellos; sus vidas pueden verse abocadas al caos y sus carreras quedar interrumpidas o incluso deshechas. Pero los escándalos políticos no son sólo tragedias personales: son también luchas sociales que se libran en la esfera simbólica, en el tira y afloja de las reivindicaciones y las contrarreivindicaciones, de las revelaciones, las alegaciones y los desmentidos. Son luchas que tienen sus propios protagonistas, procurando cada uno de ellos realizar sus propias estrategias mediante un concatenado despliegue de acontecimientos que a menudo supera a los individuos implicados y que, gracias a los medios, quedan expuestos en la escena pública ante una innumerable cantidad de personas prestas a observar, escuchar o leer sobre el asunto. Y son también luchas en las que una parte de lo que está en juego son los propios recursos sobre los que descansa en cierta medida el poder. Aquellos que ostentan o aspiran a los cargos del poder político saben muy bien que los escándalos son peligrosos, que pueden desbaratar sus planes y poner bruscamente fin a sus carreras. Pero el escándalo también puede minar su capacidad para recabar el respeto y el apoyo de los demás, y puede tener una incidencia profundamente corrosiva sobre aquellos aspectos de la confianza social que sostienen las relaciones sociales de cooperación.

En este libro trataré de desarrollar una explicación del escándalo político que, pese a ceñirse a la especificidad de los casos y las culturas particulares, sea capaz de poner de manifiesto la más amplia significación social y política de este fenómeno. Trataré de analizar las características del escándalo

político con un cierto grado de precisión, de desarrollar un marco para el estudio de los escándalos políticos, y de bosquejar una teoría social del escándalo y sus consecuencias. También intentaré reconstruir los motivos del incremento histórico, en número y alcance, del escándalo político, procurando examinar el desarrollo de los escándalos políticos en distintos contextos sociales y nacionales, y tratando de explicar por qué el escándalo político ha llegado a adquirir semejante significación en las sociedades actuales. El lector encontrará un debate acerca de muchos escándalos concretos en esta obra, desde Parnell a Profumo, desde el Watergate al Whitewater y al asunto Clinton-Lewinsky. Pero este libro no es un compendio de escándalos políticos, y tampoco pretende agotar su alcance y su influencia. Mi propósito es ofrecer un análisis sistemático del fenómeno del escándalo político, relacionar este fenómeno con características más amplias de las sociedades modernas y reflexionar sobre sus implicaciones respecto a la naturaleza y la calidad de nuestra vida pública. Me valdré para ello de una amplia gama de materiales, incluyendo artículos de periódicos y emisiones de televisión, informes de las comisiones especiales y los comités de investigación, biografías y autobiografías de las personas cuyas vidas se vieron afectadas por el escándalo, y escritos de periodistas, comentaristas políticos, historiadores y otros cronistas de épocas pasadas. Intentaré poner algún orden y claridad de pensamiento en un ámbito muy complejo y resbaladizo, de desarrollar nuevos enfoques sobre un fenómeno con el que todos estamos muy familiarizados pero del que no comprendemos gran cosa, y de contribuir a averiguar por qué los escándalos políticos se han convertido, pese a los esfuerzos de nuestros gobiernos y del creciente número de supuestos expertos que los rodean, en una difundida e insoslayable característica de nuestra vida pública.

Los primeros tres capítulos tratan de la naturaleza del escándalo y de su relación con los medios. Empiezo analizando el concepto de escándalo y diferenciándolo de otros conceptos relacionados como las habladurías, los rumores y la corrupción (capítulo 1). Después trato de reconstruir el incremento histórico del escándalo como acontecimiento mediático (capítulo 2). Intento mostrar que, mientras la palabra «escándalo» y otros términos emparentados han sido frecuentemente usados en panfletos y otros materiales impresos a partir del siglo XVI, sólo a finales de los siglos XVIII y XIX empieza a surgir un tipo particular de escándalo —al que llamo «escándalo mediático»—. Este desarrollo ha estado vinculado a ciertas transformaciones sociales de mayor alcance, incluyendo la mudable sustentación económica de las industrias mediáticas y el ascenso del periodismo como profesión. En

el capítulo 3, me concentro en este particular tipo de acontecimiento, el escándalo mediático, y analizo sus principales características.

Este análisis conceptual e histórico proporciona la base para comenzar a examinar con detalle, en el capítulo 4, el fenómeno del escándalo político. Desarrollo una explicación sobre el poder y el ámbito político que nos permite comprender por qué razón son importantes los escándalos en política y por qué sus consecuencias son tan devastadoras para quienes ostentan o aspiran a ostentar cargos con poder político. Intentaré explicar también por qué los escándalos políticos han ido adquiriendo una relevancia creciente en países como Gran Bretaña y los Estados Unidos en las últimas décadas. Expondré el argumento de que la creciente relevancia del escándalo político está vinculada a ciertos cambios en los medios, así como a las transformaciones acaecidas en la cultura y la práctica del periodismo, aunque también guarde relación con determinados cambios profundos surgidos en el contexto social de la política. Las transformaciones sociales del periodo de posguerra han debilitado gradualmente la «política ideológica» de los tradicionales partidos de clase —una política basada en la fuerte oposición de sus sistemas de creencias y en los agudos contrastes entre la derecha y la izquierda—, creando así las condiciones para un énfasis creciente en lo que llamaré «política de la confianza». Con el debilitamiento de las formas de la tranquilidad antaño proporcionadas por la duradera afiliación social a los partidos políticos, mucha gente comenzó a fijarse cada vez más en la credibilidad y veracidad de los dirigentes políticos o de los aspirantes a dirigentes, en su carácter (o en su falta de carácter), como un medio para valorar su adecuación o inadecuación al puesto. Y en estas circunstancias, el escándalo asume un nuevo, poderoso y corroborante papel como «prueba de credibilidad».

En los capítulos 5, 6 y 7, expondré un marco analítico para estudiar el escándalo político y lo utilizaré para reconstruir el desarrollo de los escándalos políticos en Gran Bretaña y los Estados Unidos. Distingo tres tipos fundamentales de escándalo político —los escándalos sexuales, los escándalos financieros y lo que yo llamo «escándalos de poder»—, consagrando un capítulo a cada uno de ellos. Siguiendo este marco analítico y fundándome en el examen del escándalo expuesto en los capítulos anteriores, revisaré algunos de los primeros escándalos, como el asunto Marconi en Gran Bretaña y el escándalo del Teapot Dome[7] en Estados Unidos, asuntos relevantes

7. Con este nombre se conoce el escándalo ocurrido durante la administración del presidente estadounidense Warren G. Harding, revelado a la opinión pública en 1924, poco después de su muerte. Desencadenado por la concesión secreta de tierras productoras de pe-

en su momento pero ya considerablemente desvanecidos de la memoria colectiva; examino alguno de los grandes escándalos producidos en las décadas recientes, como los de Profumo y Watergate, escándalos que han contribuido a configurar la cultura política de nuestro tiempo; también analizo alguno de los escándalos que han dominado los titulares en los últimos años, como el caso del escándalo del soborno a los miembros del Parlamento británico o los diversos escándalos que han acosado la actividad presidencial de Bill Clinton. Aunque me ocuparé de los muy específicos y a menudo laberínticos detalles de estos acontecimientos, también trataré de mostrar que, por regla general, presentan las características propias de los escándalos mediáticos y que forman parte de una peculiar cultura política del escándalo.

En el capítulo final me aparto de los detalles y ofrezco un punto de vista más reflexivo sobre el escándalo político y sus consecuencias en la vida social y política. Pasaré revista a varias teorías del escándalo —algunas entresacadas de la relativamente escasa literatura sobre el tema, otras inventadas en calidad de posibilidades más o menos verosímiles— e intentaré mostrar por qué no son satisfactorias. A continuación expongo una explicación alternativa —que llamaré sencillamente teoría social del escándalo— que considera los escándalos como luchas por la obtención del poder simbólico y que destaca las relaciones entre el escándalo, la reputación y la confianza. En la conclusión abordo algunas cuestiones de índole más normativa referentes al modo en que debemos valorar la influencia que puede atribuirse a los escándalos, tanto en el pasado como en el futuro, en la configuración de la calidad de nuestra vida pública.

Debo añadir una importante salvedad. La mayoría de los ejemplos que aporto están sacados del mundo angloamericano —y en la mayor parte de los casos provienen además de la relativamente reciente historia política de Gran Bretaña y los Estados Unidos—. No obstante, esta restricción no pretende implicar que el escándalo sea un fenómeno reciente (pues no lo es), que todos los escándalos sean políticos (ya que no todos lo son), o que los anglosajones tengan una peculiar propensión al escándalo (cosa que no ocurre). Una de las cosas sorprendentes sobre el escándalo es su omnipresencia:

tróleo propiedad de la armada de los Estados Unidos a compañías privadas, los yacimientos naturales de petróleo, denominados *domes*, debían permanecer intactos y atender únicamente a futuras necesidades militares. Teapot Dome es un yacimiento situado cerca de la ciudad de Casper en Wyoming, y debe su nombre al hecho de estar coronado por una roca a la que la erosión ha dado forma de tetera. *(N. del t.)*

de Japón a Brasil, de Italia a Argentina, el escándalo es un fenómeno que aparece de modo conspicuo en el ámbito público. Por supuesto, las diferentes culturas nacionales del escándalo presentan características distintas; los escándalos sexuales desempeñan habitualmente un papel mucho menos importante en la vida política francesa o italiana que en la de Gran Bretaña, por ejemplo, mientras que los escándalos políticos en Francia e Italia han estado principalmente relacionados con la corrupción y el abuso de poder.[8] Hay sin embargo relativamente pocos países en los que una u otra forma de escándalo no se haya convertido en un dato relevante de la vida política contemporánea. Por consiguiente, el hecho de que los ejemplos que aporto provengan sobre todo del mundo angloamericano no debería interpretarse como una observación sobre la geografía política del escándalo. Y si mi examen del escándalo y sus consecuencias tiene algún sentido, no sólo deberá ayudarnos a comprender los escándalos que se han producido en el mundo angloamericano, sino también aquellos que cobraron en su momento una gran importancia en la esfera pública de cualquier otro lugar.

8. Para un debate sobre escándalos políticos en Francia, véase Philip M. Williams, *Wars, Plots and Scandals in Post-war France*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970. Para un análisis perspicaz de los recientes escándalos políticos en Italia, véase Judith Chubb y Maurizio Vannicelli, «Italy: A Web of Scandals in a Flawed Democracy», en Markovits y Silverstein, *The Politics of Scandal*, págs. 122-150. Aunque principalmente haga uso de ejemplos sacados del mundo angloamericano, de vez en cuando utilizaré Italia como punto de referencia.

1

¿QUÉ ES UN ESCÁNDALO?

Hoy en día tendemos a dar por supuesta la noción de escándalo. «Escándalo» es una palabra que aparece frecuentemente en la prensa y que brota fácilmente de los labios y, sin embargo, como muchas otras de las palabras que utilizamos, sus orígenes son oscuros y su significado difícil de fijar. ¿Cuántos de los periodistas que se apresuran a proclamar la existencia de un escándalo serían capaces, si se les preguntara, de proporcionar una definición de «escándalo» o de apuntar las características del fenómeno cuya existencia afirman revelar? ¿Cuántos de los lectores o telespectadores que se ven bombardeados con un incesante flujo de escandalosas revelaciones podrían explicar, si se les preguntara, qué es lo que convierte en «escándalo» a un acontecimiento, o qué es lo que distingue a las revelaciones «escandalosas» de las que no lo son?

De hecho, el concepto de escándalo es mucho más complejo de lo que podría parecer a primera vista. Es un concepto con una larga y compleja historia, una historia en cuyo transcurso se han conservado algunas de sus connotaciones y se han descartado otras. Es un concepto que sugiere mucho más de lo que claramente denota y que, una vez comienza uno a desenmarañar las capas de su significado, revela algunos rasgos poco habituales. En este capítulo voy a reconstruir la historia del término y comenzaré a analizar algunas de las características de esta noción tan utilizada y tan raramente examinada.

El concepto de escándalo

La palabra «escándalo» y los demás términos emparentados con ella empezó a volverse paulatinamente más frecuente en los idiomas europeos a partir del siglo XVI, aunque el vocablo tiene una historia mucho más larga que se remonta al pensamiento griego y latino así como a las primeras manifestaciones del mundo judeocristiano. Hablando en términos de sus orígenes etimológicos, la palabra deriva probablemente de la raíz indogermá-

nica *skand-*, que significa surgir o saltar. Los primeros derivados griegos, como la palabra *skandalon*, se usaban en sentido figurado para indicar una trampa, un obstáculo, o la «causa de un tropiezo moral».[1] La palabra se utilizó por primera vez en un contexto religioso: en el Septuaginto, la traducción griega del Antiguo Testamento. La idea de una trampa o de un obstáculo era una característica que formaba parte de la visión teológica del Antiguo Testamento. Ayudaba a explicar cómo un pueblo indisolublemente unido a Dios, a *Yahveh*, podía no obstante comenzar a dudar de Él y extraviar el camino: esa duda brotaba de un obstáculo, de un escollo situado en algún punto del camino y cuyo objeto consistía en poner a prueba al pueblo y ver de qué modo reaccionaba.[2] Esta idea quedaba expresada en el Septuaginto mediante la palabra *skandalon*.

La noción de trampa u obstáculo se convirtió en parte del judaísmo y del primer pensamiento cristiano, pero fue alejándose poco a poco de la idea de una prueba de fe. La teología cristiana puso mayor énfasis en la culpabilidad individual; si los individuos tropezaban y extraviaban el camino, si cometían actos pecaminosos, podía deberse a algo que brotase de su propia debilidad y falibilidad internas. Más aún: con el desarrollo de la palabra latina *scandalum* y su difusión a las lenguas romances, la connotación religiosa fue atenuándose gradualmente hasta quedar sustituida por otros sentidos. De ahí la palabra *escandre*, del francés antiguo (siglo XI), que derivaba de *scandalum* y significaba tanto «escándalo» como «calumnia». De ahí también la voz del francés antiguo *esclandre*, de la que derivó la palabra inglesa *slander* (calumnia, difamación).

En inglés, la palabra «escándalo» apareció por primera vez en el siglo XVI. Palabras similares habían aparecido ya en otras lenguas romances, aproximadamente por la misma época (en español, *escándalo*; en portugués, *escandalo*; en italiano, *scandalo*). «Escándalo» derivaba del latín, y probablemente de la palabra francesa *scandale*, que había sido introducida para denotar el sentido estricto del término del latín eclesiástico, *scandalum*, diferenciándolo de los sentidos que se habían desarrollado a partir de *esclandre*. Los primeros usos de «escándalo» en los siglos XVI y XVII pertenecieron, en términos generales, a dos tipos principales.[3] En primer lugar, «escándalo» y los

1. *Oxford English Dictionary* (*OED*), segunda edición, Oxford, Clarendon Press, 1989, vol. 14, pág. 573.

2. Véase Maxime Rodinson, «De l'histoire de l'antisémitisme à la sociologie du scandale», *Cahiers Internationaux de Sociologie, 49*, 1970, págs. 143-150.

3. Véase *OED*, vol. 14, págs. 573-574.

demás términos emparentados se usaron en contextos religiosos para referirse (Ia) a la conducta de una persona religiosa que provocase el descrédito de la religión, o (Ib) a algo que supusiera un obstáculo para la fe o la creencia religiosa (como sucede en la afirmación que hace Francis Bacon en 1625: «Las herejías y los cismas son, entre todos los demás, los mayores escándalos»). Este último uso (Ib) conservaba el sentido, derivado del original griego, del escándalo como falta o escollo moral.

El segundo tipo de uso tenía un carácter más laico y estaba relacionado con (IIa) acciones o afirmaciones que fueran injuriosas o difamatorias, con (IIb) acciones, acontecimientos o circunstancias que fueran groseramente indignas, o con (IIc) conductas que ofendiesen los sentimientos morales o el sentido de la decencia. El uso de «escándalo» para referirse a acciones y afirmaciones que fueran difamatorias atestigua el hecho de que, en términos de sus respectivos orígenes etimológicos, «escándalo» y «calumnia» se hallaban muy próximos. Ambas palabras se usaban para referirse a las imputaciones dañinas o difamatorias, pero diferían en un importante aspecto: el uso de «escándalo» no implicaba necesariamente —mientras que el uso de «calumnia» sí lo hacía— que las imputaciones alegadas fuesen falsas.

Al usar «escándalo» para aludir a las acciones, acontecimientos o circunstancias groseramente indignos (IIb), o a las conductas que ofendían los sentimientos morales o el sentido de la decencia (IIc), la palabra fue adquiriendo una importante connotación adicional. En sus usos religiosos, «escándalo» implicaba una relación entre uno o varios individuos por un lado (creyentes o indecisos) y una doctrina religiosa o un sistema de creencias por otro. En el uso de «escándalo» para denotar las imputaciones dañinas o difamatorias, la palabra implicaba una relación entre individuos (el individuo cuyas palabras difamaban al otro, y el individuo que era difamado). Sin embargo, cuando «escándalo» se usaba para describir las acciones, acontecimientos o circunstancias groseramente indignos, o para señalar las conductas que ofendían los sentimientos morales o el sentido de la decencia, la implicación recaía sobre un tipo de relación distinto —una relación entre, por un lado, un individuo o una circunstancia o acontecimiento creado por personas y, por otro, un colectivo social cuyos sentimientos morales habían resultado ofendidos—.[4] El escándalo implicaba así una transgresión de có-

4. Véase Eric de Dampierre, «Thèmes pour l'étude du scandale», *Annales*, 9.3, 1954, pág. 330: «escándalo, en su sentido normal, ya no es una relación entre dos personas, entre alguien que escandaliza y alguien a quien se escandaliza, sino más bien un acontecimiento que estalla en el corazón de una colectividad de personas».

digos morales que podían ser, aunque no tenían por qué serlo necesariamente, de carácter religioso —códigos que actuaban como referencia para denunciar la acción o el acontecimiento en cada caso.

Es este último presupuesto el que subyace a los usos más habituales de la palabra «escándalo» en la actualidad. Aunque la palabra sigue teniendo algún uso como término religioso especializado,[5] «escándalo» se usa primordialmente hoy en día para describir una más amplia forma de transgresión moral, una forma que ya no se encuentra específicamente vinculada a los códigos religiosos. ¿Qué es un escándalo en el sentido moderno del término? Como definición de trabajo, podríamos decir que *«escándalo» denota aquellas acciones o acontecimientos que implican ciertos tipos de transgresión que son puestos en conocimiento de terceros y que resultan lo suficientemente serios para provocar una respuesta pública.* Para ser más exactos, yo sugeriría que, en su uso corriente, «escándalo» se refiere principalmente a las acciones, acontecimientos o circunstancias que poseen las siguientes características:

a) Su ocurrencia o existencia implica la transgresión de ciertos valores, normas o códigos morales;

b) su ocurrencia o existencia implica un elemento de secreto o de ocultación, pero ello no obstante llegan a ser conocidos por individuos distintos a los directamente implicados; o bien esos individuos tienen motivos para creer fundadamente que existen tales elementos de secreto u ocultación (me referiré a estos individuos con la expresión «no participantes»);

c) algunos no participantes desaprueban las acciones o los acontecimientos y pueden sentirse ofendidos por la transgresión;

d) algunos no participantes expresan su desaprobación denunciando públicamente las acciones o los acontecimientos;

e) la revelación de las acciones o los acontecimientos y la condena que recae sobre la conducta pueden dañar la reputación de los individuos responsables (aunque no siempre ni necesariamente sea este el caso, como veremos).

Examinemos brevemente cada una de estas características.

A) El aspecto más obvio del escándalo es el hecho de que implique acciones o acontecimientos que transgredan o contravengan ciertos valores,

5. Por ejemplo como en «el escándalo de la particularidad», una frase que utilizan algunos teólogos para describir la dificultad de ver al hombre en particular, a Jesucristo, como al salvador universal (*OED*, vol. 14, pág. 573).

normas o códigos morales. Una de las condiciones necesarias para que haya escándalo es que se haya producido alguna forma de transgresión: no habría escándalo sin ella. Pero la naturaleza de la transgresión también es importante: no todas las transgresiones son escandalosas (ni siquiera en potencia). Algunas transgresiones pueden ser demasiado nimias para constituir un escándalo, mientras que otras pueden ser demasiado graves. Es dudoso, por ejemplo, que una pequeña infracción de tráfico (como una multa de aparcamiento) pudiese constituir la base de un escándalo (aunque sería posible imaginar circunstancias en las que una pequeña infracción de este tipo formase parte del descubrimiento de la trama de un escándalo); por otro lado, titubearíamos si tuviésemos que describir un acto de genocidio a gran escala, como el que se produjo en el Holocausto o en la masacre perpetrada por los Jemeres Rojos, con la palabra «escándalo», dado que el alcance y el horror de esas calamidades superan con mucho el tipo de ofensa que normalmente asociamos con este término. En el primer caso, «escándalo» parece una palabra demasiado fuerte, y en el segundo parece excesivamente blanda. Como acertadamente señala Anthony King: «Los escándalos ocupan una especie de zona intermedia de la indecencia»,[6] ya que, en efecto, implican transgresiones que son lo suficientemente serias para generar la desaprobación de terceros, pero no alcanzan la gravedad de los crímenes más atroces. Aquí hay, desde luego, una amplia gama de grises; los tipos de transgresión que pueden considerarse como conducta escandalosa se diluyen en un banal mal comportamiento en uno de los extremos, confundiéndose gradualmente con el grave crimen en el otro. Pero el hecho de que ocupe esta zona intermedia de la indecencia moral forma parte del concepto de escándalo, y es lógico que los límites de esa zona estén mal definidos.

Mientras que el escándalo implica necesariamente alguna forma de transgresión, se hace evidente, aun para el observador más distraído, que hay un importante componente de diversidad y variabilidad cultural en los tipos de valores, normas y códigos morales que resultan relevantes aquí: lo que se considera como actividad escandalosa en un contexto —por ejemplo, los asuntos extramatrimoniales entre los miembros de la elite política— puede ser visto como algo bastante aceptable (incluso normal) en otra parte. Los valores y las normas muestran diferentes grados de lo que podríamos llamar «susceptibilidad al escándalo» en función del contexto sociohistóri-

6. King, Anthony, «Sex, Money, and Power», en Hodder-Williams Richard, y Ceaser, James (comps.), *Politics in Britain and the United States: Comparative Perspectives*, Durham, N. C., Duke University Press,1986, pág. 175.

co y de la atmósfera moral y cultural global de la época, así como en función del grado de importancia que los individuos o grupos particulares concedan a dichos valores y normas. Los valores y las normas tienen un cierto grado de fuerza moral o de «capacidad vinculante» para determinados individuos o grupos. La revelación de la relación de Parnell con Katharine O'Shea fue particularmente perjudicial para el hombre y su causa, precisamente por haber tenido lugar en el contexto que imperaba en la fase tardía de la era victoriana de Gran Bretaña, momento en el que el adulterio era condenado, en primer lugar, por un influyente grupo de presión existente en el seno del Partido Liberal de Gladstone, partidario de la pureza moral —grupo con el que Parnell se había aliado temporalmente en la búsqueda de la autonomía—, y condenado también, en segundo lugar, por la Iglesia Católica, que seguía siendo una poderosa fuerza en Irlanda.

A pesar de la evidente diversidad y variabilidad de los tipos de valores y normas que resultan relevantes para la existencia del escándalo, existen no obstante ciertos tipos de normas que son más susceptibles al escándalo que otras. Las normas y los códigos morales que gobiernan la conducta en las relaciones sexuales son particularmente propensos al escándalo: transgredir esas normas significa, en función del contexto y de las específicas circunstancias de los individuos implicados, correr un grave riesgo de incurrir en escándalo. Las normas que respaldan las transacciones financieras también son propensas al escándalo, en especial cuando las transgresiones implican un fraude o una corrupción grave. Un tercer tipo de normas susceptibles de producir escándalo viene representado por las reglas, convenciones y procedimientos que regulan la búsqueda y el ejercicio del poder político. Los escándalos que emanan de las transgresiones de este tipo de norma tendrán más probabilidades de ocurrir en los regímenes liberal-democráticos, dado que estos regímenes hacen especial hincapié en la observación de un sistema formal de leyes y otros procedimientos, sistema que se intenta aplicar de forma igualitaria y en principio a todos los individuos.[7] Sexo, dinero, poder: apenas podría extrañarnos que los escándalos hayan ejercido, y que sin duda vayan a continuar ejerciendo en el futuro, un cierto grado de fascinación en la imaginación popular.[8]

7. Andrei S. Markovits y Mark Silverstein tratan este punto de una forma muy forzada en su introducción para Markovits y Silverstein (comps.), *The Politics of Scandal: Power and Process in Liberal Democracies*, Nueva York, Holmes y Meier, 1988; examinaré sus puntos de vista con más detalle en el capítulo 4.

8. King hace una distinción bastante parecida entre tres tipos de escándalo político

Del mismo modo que existen normas que son más susceptibles al escándalo, también existen algunos individuos que tienen mayores probabilidades de verse confrontados al escándalo si llegan a transgredir una norma. Puede que todos los ciudadanos sean formalmente iguales ante la ley, pero no todos los transgresores son iguales ante el tribunal del escándalo. Esta diferente susceptibilidad al escándalo guarda en parte relación con el grado de visibilidad de los individuos implicados: algunos individuos, en virtud de sus cargos, sus logros y sus responsabilidades, son mucho más visibles que otros, y por consiguiente, más vulnerables al escándalo en caso de que transgredan una norma. Además, los individuos que en virtud de sus cargos o afiliaciones abrazan o representan ciertos valores o creencias (como los invocados por una organización religiosa o un partido político), son especialmente vulnerables al escándalo, ya que corren el riesgo de que su conducta privada pueda ser expuesta como muestra de incompatibilidad con los valores o creencias que públicamente profesan. Muchos escándalos implican un elemento de hipocresía —no sólo en cuanto a la transgresión de las normas, sino en cuanto al hecho de que la transgresión de esas normas se efectúa por parte de unos individuos cuya práctica dista mucho de lo que ellos mismos (o sus organizaciones) predican para sí y para otros—. Me referiré a esta circunstancia con el nombre de «apuro de Parkinson», en alusión al miembro conservador del Parlamento británico y antiguo secretario general de su partido que se encontró en la incómoda posición de tener que liderar un partido comprometido con la defensa de los valores familiares tradicionales en el mismo instante en que se hacía público su duradero idilio con su anterior secretaria.[9]

He sugerido que la transgresión de un valor o de una norma sólo puede dar lugar al estallido de un escándalo si el valor o la norma poseen un determinado grado de fuerza moral o «capacidad vinculante» para algunos de los individuos que tienen noticia de su transgresión. Pero esto no quiere decir que sea probable que esos valores o normas susciten un consenso general o amplio en un particular contexto sociohistórico, y tampoco quiere decir que esos valores o normas sean cuestiones hacia las que una mayoría de personas tenga sentimientos muy fuertes, hasta el punto de organizar su propia vida en torno a ellos. Al contrario, los valores y normas son con fre-

---

(«Sexo, dinero y poder», pág. 179), aunque, como muchos comentaristas, tiende a tratar los escándalos sexuales como algo que difiere de los verdaderos escándalos políticos. Volveré a estas cuestiones en el capítulo 5.

9. El apuro de Parkinson se examina con más detalle en el capítulo 5.

cuencia características polémicas de la vida social, elementos a los que algunos individuos y grupos se adhieren y que son rechazados (o simplemente desatendidos) por otros. De ahí que los escándalos sean con frecuencia asuntos bastante enrevesados que incluyen la supuesta transgresión de los valores y normas que, a su vez, son objeto de disputa. Además, los valores y normas se hallan siempre integrados en unas relaciones de poder; sirven para estructurar la vida social de manera que ésta permita determinados tipos de actividad y excluya o prohiba otros (o los fuerce a una existencia clandestina). En muchos casos, los escándalos no sólo tienen que ver con la existencia de acciones que transgreden ciertos valores o normas: también guardan relación con el fomento o la afirmación de los propios valores o normas. De este modo, la aparición de un escándalo se asocia a menudo con un proceso de «moralización» más amplio mediante el cual aquellos que denuncian por escandalosa la acción se adhieren o se reafirman en la observación de ciertos valores o normas —con distintos grados de eficacia y buena fe.

A menudo, el carácter enrevesado de los asuntos escandalosos no se debe sólo al hecho de que los valores y las normas sean frecuentemente polémicos, sino también a la circunstancia de que puede haber un gran número de valores y normas implicados en el desarrollo de la secuencia de acciones y afirmaciones que configuran un escándalo concreto. En el origen de un determinado escándalo puede encontrarse una transgresión específica y ésta puede generar el foco de atención inicial, pero el desarrollo de la secuencia de acciones y afirmaciones puede desplazar la atención hacia cualquier otro punto, de tal modo que la transgresión inicial quede oscurecida por otras preocupaciones. Muchos escándalos implican lo que yo describiría como «transgresiones de segundo orden», de modo que la atención pasa de la ofensa original a una serie de acciones ulteriores encaminadas a ocultar la ofensa. El intento de echar tierra sobre una transgresión —un proceso que puede conllevar engaño, obstrucción, falsos desmentidos y palmarias mentiras— puede llegar a ser más importante que la propia transgresión original, dando lugar a un creciente ciclo de denuncias y contradenuncias que hacen parecer pequeña la ofensa inicial y alimentan el escándalo, que crece con cada giro de los acontecimientos. Parece claro que las transgresiones de segundo orden desempeñaron un papel crucial en la caída de John Profumo, el ministro británico de la Guerra cuya carrera política quedó destrozada por el escándalo en que se vio envuelto su idilio con Christine Keeler. El 22 de marzo de 1963, entre grandes especulaciones en la prensa y en Westminster, Profumo hizo una declaración personal en la Cámara de los Comunes en la que negaba explícitamente haber tenido relaciones con

Christine Keeler («No hubo ningún género de conducta impropia en mis relaciones con la señorita Keeler»), desmentido del que se vio posteriormente obligado a retractarse en su acta de dimisión. Los lóbregos detalles de los amoríos de Profumo con Christine Keeler se vieron eclipsados por la manifiesta gravedad de esta transgresión de segundo orden, extremo sacado a relucir con bastante acierto en una tonadilla anónima:

> ¡Pero, qué has hecho, gritó Cristina,
> Has desbaratado cuanto el partido maquina!
> Mentir al desnudo es terriblemente rudo,
> Pero mentir en la Cámara es cosa libertina.

¿Por qué se convierten en algo tan importante las transgresiones de segundo orden en la dinámica social del escándalo? En parte debido a que pueden implicar la violación de códigos de conducta que se consideran *constitutivos* de ciertas formas particulares de vida. El idilio de Profumo con Christine Keeler fue visto como una mala acción que comprometía gravemente su responsabilidad como ministro de la Guerra (para desgracia de Profumo, Christine Keeler se acostaba al mismo tiempo con un agregado naval soviético), pero su posición se vio socavada en último término por el hecho de haber mentido explícitamente a sus colegas al hacer una declaración personal en la Cámara, lo que abría una brecha en los códigos de conducta que son constitutivos de la vida parlamentaria.[10] En algunos casos, los códigos de conducta que son constitutivos de una forma de vida se hallan incorporados a los procedimientos legales que rigen la administración de justicia. Cuando las transgresiones de segundo orden implican la violación (o la sospecha de una violación) de procedimientos legales de este género, las consecuencias pueden ser particularmente graves. El hecho de que el Watergate tuviera consecuencias tan desastrosas para Nixon y su administración no se debió tanto al descubrimiento del allanamiento inicial de las oficinas centrales del Comité Nacional Democrático, sino más bien al hecho de que, en el transcurso de las posteriores pesquisas, se vio cada vez más claro que la Casa Blanca estaba involucrada en un acto de encubrimiento y que el propio presidente había tratado de obstruir las investigaciones del FBI

10. El hecho de que Profumo hubiera sobrevivido al escándalo y conservado su posición ministerial de no haber cometido esta transgresión de segundo orden es un asunto discutible. Esta cuestión, y otros aspectos del asunto Profumo, se examinan más ampliamente en el capítulo 5.

sobre el asunto. Nixon se perdió por causa de una transgresión de segundo orden que, al obstruir la acción de la justicia, vino a equivaler a una ofensa capaz de generar un proceso de recusación.

B) Una segunda peculiaridad del escándalo es que las acciones o acontecimientos implican de forma característica un cierto grado de ocultación o secreto, pero llegan a ser no obstante conocidas por terceros, o bien hay personas que tienen la firme creencia de que esas acciones o acontecimientos se han producido. Por regla general, los individuos que inician actividades que transgreden alguna norma o código suelen tratar de ocultar dichas transgresiones a los ojos de los no participantes, o al menos intentan que esas actividades no lleguen a ser de conocimiento común. Pero si el conocimiento de la transgresión queda restringido únicamente a las personas directamente implicadas en ella —cosa que sucede cuando, por ejemplo, el conocimiento de un amor ilícito sólo es compartido por los dos amantes, o cuando el conocimiento de un soborno se ciñe únicamente al donante y al receptor— el escándalo no estallará porque no puede hacerlo. Para que se convierta en escándalo, una acción o un acontecimiento debe ser puesto en conocimiento de terceros o ha de haber personas que tengan la firme y plausible creencia de que esa acción o ese acontecimiento existen (en la práctica, la mayoría de los escándalos implican una mezcolanza de hechos y suposiciones mejor o peor fundadas). A diferencia de la corrupción y el soborno, que pueden existir (y a menudo existen) aunque no haya terceras personas que tengan noticia de los hechos, el escándalo es siempre, en cierta medida, un asunto «público».

Dado que el conocimiento de los no participantes es una condición necesaria para el escándalo, los escándalos se caracterizan muchas veces por una *dramaturgia de ocultación y revelación*. Los individuos implicados en actividades potencialmente escandalosas pueden consagrar grandes esfuerzos al desarrollo de estrategias de ocultación, es decir, a la puesta a punto de métodos que garanticen el secreto o que eviten la aparición de revelaciones involuntarias y no deseadas, ya que saben que la aparición de un escándalo depende del conocimiento de terceras personas. Por otro lado, cuando algunos no participantes sospechan la existencia de actividades potencialmente escandalosas es posible que redoblen sus esfuerzos por descubrir la verdad: el mero atisbo de escándalo es con frecuencia suficiente para hacer que se desate.

Esto nos permite observar que el escándalo implica algo más que las acciones y los acontecimientos que, en cualquier caso concreto, son su foco

principal, y también algo más que los valores y las normas que resultan transgredidos por dichas acciones. El escándalo implica también a) un cierto grado de conocimiento público sobre las acciones o los acontecimientos, b) un público compuesto por no participantes que tiene conocimiento de ellos, y c) un proceso por el que ese conocimiento *se hace público* o *se vuelve visible*, y mediante el cual las acciones o los acontecimientos llegan a ser conocidos por terceros. Las actividades que permanecen invisibles a los ojos de los no participantes no pueden ser, *ipso facto*, escandalosas. Como mucho, pueden ser potencialmente escandalosas, y la transición de un escándalo en potencia a un escándalo en acto exige, entre otras cosas, un proceso que haga públicas las acciones encausadas. Ésta es una de las razones por las que los medios de comunicación juegan un papel crucial en muchos escándalos, como veremos. También es una de las razones por la que los escándalos conllevan a menudo un elemento de profundo apuro y vergüenza por parte de aquellos individuos cuyas acciones se ubican en el centro del drama que se desarrolla y que súbitamente se encuentran con que las actividades que habían sido envueltas en el secreto y la intimidad resultan bruscamente expuestas a la vista de todos.

C) El escándalo no sólo presupone un cierto grado de conocimiento público: también presupone un determinado grado de pública desaprobación. Para que un escándalo estalle, algunos no participantes han de sentir, al escuchar o tener noticia de ella, que la transgresión es (o fue) una acción moralmente indigna. El conocimiento que los no participantes tienen de la acción coincide o se superpone con su desaprobación; los juicios epistemológicos y los de valor se funden en las respuestas de algunos de los individuos que tienen noticia u oyen algo acerca de la transgresión.

Sin duda existen ciertas ocasiones en que los individuos no sólo desaprueban una acción sino que también se sienten ofendidos o incluso conmocionados por ella. La acción puede suponer una burla para valores y normas que son tan fundamentales para su sentido de la identidad y el bienestar que se ven profundamente trastornados —auténticamente «escandalizados»— por ella. Sin embargo, las reacciones de esta índole son más bien la excepción que la regla, y probablemente se estén volviendo cada vez más raras en muchas de las sociedades occidentales de nuestros días debido al hecho de que la creciente pluralidad de los sistemas de valores y el debilitamiento de algunas normas tradicionales han ido atenuando progresivamente su fuerza moral. Hoy en día, muchos escándalos llevan aparejada la transgresión de valores y normas que han terminado por convertirse en rasgos

bastante rutinarios de la vida social. Son valores y normas a los que la mayoría de la gente se adhiere vagamente (si es que se adhiere), y es posible que se profesen más en principio que en la práctica. Son valores simbólicos y códigos nominales de comportamiento con los que muchas personas concuerdan de boquilla, pero que, llegado el momento de tomar decisiones clave, desempeñan un papel relativamente marginal en sus vidas. Cuando los escándalos implican la transgresión de este tipo de valores simbólicos y códigos nominales es porque estos últimos han adquirido carácter de formulismos y una cierta vacuidad moral. Por muy auténticos que sean esos escándalos (y por muy serias que puedan ser las consecuencias que tengan), es probable que los valores y las normas cuya transgresión se encuentra en su epicentro tengan en la práctica una capacidad vinculante muy escasa para la mayoría de la gente. Ésta es la razón de que algunos escándalos puedan adoptar fácilmente la apariencia de un sainete de alcoba de bajo presupuesto: pocas personas se sienten conmocionadas u ofendidas por lo que llega a sus oídos, y sin embargo muchas encuentran una suave diversión al contemplar sobre el escenario a un ministro con los pantalones bajados.

D) Para que estalle un escándalo no basta con que algunos individuos desaprueben las acciones o los acontecimientos: es preciso también que unos cuantos *expresen* su desaprobación a otros. Una transgresión que llega a ser conocida por terceras personas pero no provoca ninguna respuesta por su parte no dará lugar a un escándalo, dado que el escándalo recibe su forma tanto de la respuesta de terceros como del propio acto de la transgresión. Si ninguno de los no participantes se siente lo suficientemente interesado o preocupado por la transgresión como para expresar su preocupación a otros, el escándalo no se producirá. El fenómeno del escándalo está constituido tanto por actos como por actos de habla: por los actos de transgresión y por los actos de habla de terceras personas que responden a esos actos con las adecuadas formas de expresión.

Las respuestas de las terceras personas poseen así lo que podríamos llamar, siguiendo a Austin, un rol performativo.[11] Estas respuestas no se limitan a describir un estado de cosas —un escándalo cuya existencia fuera independiente de ellas: al contrario, al expresar esas respuestas los individuos están realizando actos que son en parte constitutivos del estado de cosas—. Las respuestas de las terceras personas son parte integrante del escándalo,

11. Véase J. L. Austin, *How To Do Things with Words*, segunda edición, Urmson, J. O. y Sbisà, Marina (comps.), Oxford, Oxford University Press, 1976.

no comentarios retrospectivos sobre él. En una palabra: si no hay respuestas, no hay escándalo.

¿Cuáles son las formas de expresión emitidas por los no participantes que resultan adecuadas para poner en práctica este rol performativo? Aunque esas formas pueden ser extremadamente variables, hay una característica que poseen en común: son todas formas de lo que yo llamaría un «discurso infamante». Se trata de un tipo de discurso moralizador que prodiga reproches y reprimendas, que refunfuña y condena, que expresa desaprobación hacia las acciones o hacia los individuos. Es un discurso que implica que las acciones son vergonzosas o deshonrosas, y por consiguiente implica también que las acciones habrán de acarrear vergüenza, deshonor y descrédito al individuo o individuos que las realizaron. Es un discurso que puede estigmatizar. El discurso infamante puede expresar diferentes grados de reproche, desde la reprensión suave y una cierta languidez, o incluso una aburrida desaprobación, hasta la más irrestricta protesta de moral ultrajada. También puede expresarse de diferentes modos y en distintos contextos. Sin embargo, para que surja un escándalo, al menos una parte del discurso infamante de los no participantes debe elevarse a la categoría de acto de habla público: es decir, debe expresarse (o manifestarse de cualquier otro modo) de una forma que pueda oírse (o recibirse de cualquier otra manera) por una pluralidad de terceras personas. Si el discurso infamante existe únicamente como comunicación privada entre amigos o conocidos, si sólo se expresa *sotto voce* y como confidencia, podrá constituir un ejemplo de habladuría o de rumor, o representar cualquier otro tipo de creencia transmitida en privado, pero no constituirá un escándalo. Desde luego, las habladurías y los rumores pueden alimentar el escándalo, y muchos escándalos se encuentran precedidos de hecho por los rumores que circulan entre las partes interesadas, como periodistas y políticos, o simplemente entre individuos que están en el ajo. En último término, el escándalo sólo puede estallar si se rompe el acuerdo tácito que sotierra las habladurías y los rumores en el estrato de la comunicación privada entre amigos o conocidos, de modo que las revelaciones, junto a las apropiadas formas de discurso infamante sobre las acciones o los acontecimientos en cuestión, aparezcan públicamente manifestadas —esto es, de un modo que se encuentre en cierto sentido «abierto» y al alcance de una pluralidad de terceras personas, facilitando que éstas vean, oigan o escuchen decir.

Dado que el escándalo presupone la exposición pública del discurso infamante, se presta fácilmente a los fines de los medios de comunicación. Por supuesto, el discurso infamante puede exponerse públicamente sin necesi-

dad de recurrir a los medios (durante un discurso pronunciado en una reunión pública, por ejemplo), y el hecho de utilizar los medios de comunicación no garantiza por sí solo que la exteriorización del discurso vaya a ser pública (una conversación telefónica puede seguir siendo privada y confidencial si se adoptan ciertas precauciones). No obstante, al utilizar medios de comunicación como los materiales impresos (periódicos, revistas, panfletos, etcétera) o los soportes electrónicos (desde la radio y la televisión hasta la red), los individuos pueden expresar el oprobio en formas que, en virtud del propio medio, concedan a esa expresión la categoría de actos públicos de habla: es decir, de actos de habla que, gracias a la naturaleza del medio, circulen en una esfera que haya dejado de encontrarse localizada en el tiempo y el espacio. Estos actos mediáticos de habla no se limitan a los contextos espacio-temporales en cuyo seno tuvieron lugar las transgresiones originales, sino que se encuentran al alcance de muchas personas —potencialmente millones de personas— que pueden verlos, oírlos o leerlos. Los escándalos mediáticos, por su propia naturaleza, no son asuntos localizados. Cuando estalla un escándalo, puede difundirse rápida e incontrolablemente, ya que los actos de habla y las imágenes que nutren el escándalo pueden ser transmitidos y cubrir grandes distancias de forma instantánea (o casi instantánea), y también debido a que las redes de comunicación están tan ramificadas y son tan complejas que es extremadamente difícil contener las revelaciones perjudiciales.

E) La última característica del escándalo está relacionada con la reputación de los individuos que se ven envueltos en él. Dado que los escándalos implican la revelación de actividades transgresoras de ciertos valores o normas, actividades que habían permanecido ocultas hasta el momento en que el propio escándalo se desencadena, y dado que la exposición de la transgresión provoca diversos tipos de discurso infamante, es posible que perjudiquen seriamente (y a menudo eso es lo que sucede) la reputación de los individuos cuyas acciones se hallan en el centro del escándalo. Digo que «es posible» deliberadamente: el perjuicio o la pérdida de la reputación no es ni una característica necesaria ni una consecuencia inevitable del escándalo (de hecho, ha habido casos en que la reputación de los individuos se ha visto notablemente realzada). Sin embargo, el perjuicio o la pérdida de reputación es un *riesgo* que siempre está presente cuando estalla y crece un escándalo. Podríamos exponerlo de este modo: el escándalo es un fenómeno en el que está en juego la reputación de los individuos. Por supuesto, la amenaza para la reputación no es el único asunto en juego en muchos escánda-

los. Si las actividades encubiertas implican la contravención de normas legalmente vinculantes o el quebrantamiento de procedimientos formalmente establecidos, los individuos también pueden tener que enfrentarse a una investigación penal y a la necesidad de dimitir de sus puestos. En los escándalos más graves (Watergate, el asunto Irán-Contra, los escándalos de corrupción en Italia, el escándalo Lockheed en Japón, etcétera), es frecuente que las revelaciones den como resultado una serie de procesos penales, despidos y carreras deshechas; para los individuos implicados, la pérdida de la reputación no es en modo alguno la única preocupación. No obstante, saben muy bien que, precisamente por encima de la reyerta legal, justamente por encima de la refriega y la cólera generada por los procedimientos judiciales y por las comisiones especiales de investigación en las cámaras de diputados, acecha el asunto de la reputación, del «nombre» que uno tiene —es decir, de la propia condición como persona honesta, íntegra y buena.

Desde este punto de vista se puede entender por qué los escándalos se caracterizan a menudo por lo que podríamos describir como «contiendas por el "buen nombre"». Sabedores de que su reputación está en juego, los individuos que se encuentran en el centro de un escándalo pueden realizar un esfuerzo concertado para defender esa reputación, o para limpiar su buen nombre, lanzando un contraataque. Pueden hacerlo de varios modos. Pueden amenazar con emprender acciones judiciales y, en caso necesario, procurar que los asuntos se resuelvan en un tribunal. El hecho de que esta sea o no una estrategia prudente depende en gran medida de la naturaleza del caso y de la solidez de las evidencias al alcance de sus adversarios. La alternativa que tienen los individuos pasa por rechazar llanamente las acusaciones y por desmentir que se hayan producido las transgresiones alegadas, o bien por negar que ellos se hayan visto envueltos en ellas. Pero también esto puede ser una estrategia arriesgada, dado que puede desplazar el foco de la atención hacia la posibilidad de que hayan existido transgresiones de segundo orden, y éstas, si se demuestran, pueden ser aún más perjudiciales para la reputación del individuo implicado que la revelación de la primitiva ofensa. Una estrategia diferente consiste en recurrir al elevado terreno de la moral, en apelar a valores más altos —en cuyo nombre habrían sido efectuadas las acciones iniciales—, con la esperanza de persuadir a los terceros en liza de que los fines justifican los medios. Esa fue la estrategia utilizada por Oliver North que, mientras admitía su implicación en el caso Irán-Contra, procuró (no sin cierto éxito) redimir su reputación tratando de mostrar que sus actividades ilícitas estaban justificadas —al menos desde el punto de vista moral, ya que no desde el ángulo legal— por la decidida búsqueda

de un elevado bien (la derrota de la amenaza comunista y la preservación de la seguridad nacional estadounidense en un mundo sembrado de peligros). Otra de las estrategias utilizadas en ocasiones es la de la confesión pública, acto por el cual los individuos reconocen abiertamente su culpa con la esperanza de que un comportamiento honesto ante la adversidad será capaz de provocar la simpatía de los demás —es el camino que emprendieron, con diversos grados de sinceridad y de éxito, el dirigente del Partido Liberal Democrático de Gran Bretaña, Paddy Ashdown, al estallar la noticia de sus amoríos con una antigua secretaria;[12] el príncipe Carlos y la princesa Diana, al enfrentarse a las acusaciones sobre sus romances extramatrimoniales; y Bill Clinton, al verse obligado a responder a las imputaciones sobre un prolongado idilio con Gennifer Flowers.

En un capítulo posterior trataré de mostrar que esas contiendas relacionadas con la reputación no son simples cuestiones de honor o dignidad personal, puesto que lo que está en juego en estas contiendas es, entre otras cosas, una cierta forma del poder y una determinada condición de los recursos de que depende. La reputación es un género de recurso que los individuos pueden acumular, cultivar y proteger. Es un recurso valioso porque permite a los individuos ejercer lo que yo llamo «poder simbólico», expresión que indica la capacidad de utilizar formas simbólicas para intervenir e influir en el curso de las acciones y los acontecimientos.[13] Hoy en día, todos ejercemos un poder simbólico en nuestra vida cotidiana; constantemente utilizamos formas simbólicas para ejercer influencia sobre otras personas y para dar forma al curso de los acontecimientos. La reputación es uno de los recursos con que podemos contar para tratar de alcanzar de ese modo nuestros intereses y objetivos. Es un recurso escaso cuya acumulación puede llevar mucho tiempo y costar grandes esfuerzos; es también un recurso frágil que puede agotarse rápidamente y que debe protegerse contra ataques o acontecimientos que amenacen con reducirlo o destruirlo. Los escándalos son acontecimientos que amenazan con provocar justamente ese resultado. Los individuos que se ven envueltos en un escándalo saben muy bien que lo que está en juego no es sólo su dignidad sino también su poder, su capacidad para apoyarse en la reputación o en el buen nombre para concitar el respeto de los demás y procurar la obtención de sus intereses y objetivos.

12. Este ejemplo se aborda en el capítulo 5.

13. Considero al poder simbólico como una de las cuatro formas básicas de poder; véase John B. Thompson, *The Media and Modernity: A Social Theory of the Media*, Cambridge, Polity Press, 1995, págs. 12-18.

Tomando como base este análisis del concepto de escándalo, podemos distinguir, de manera preliminar, entre dos modelos de escándalo. En el caso más simple (figura 1.1), un acto oculto de transgresión queda expuesto a la vista del público o se alega públicamente que ha tenido lugar, de modo que la revelación pública o las alegaciones generen públicas manifestaciones de desaprobación. Sin embargo, en casos más complejos (figura 1.2), a las revelaciones y las alegaciones se añaden los desmentidos y las contraalegaciones de los individuos implicados, lo que, a su vez, impulsa nuevas investigaciones y revelaciones y da lugar a una serie de transgresiones de segundo orden. En estos casos de mayor complejidad, el desarrollo del escándalo se convierte en un juego del gato y el ratón en el que, con cada desmentido, crece la importancia de lo que está en juego, y en el que las transgresiones de segundo orden pueden llegar a adquirir una significación muy superior a la de la ofensa inicial.

En la práctica, la mayoría de los escándalos son acontecimientos complejos que implican diversos factores y circunstancias contingentes, y que rara vez se asemejan a la pauta lineal y sencilla del primer modelo. Algunos escándalos pueden implicar la pública revelación de transgresiones ocultas,

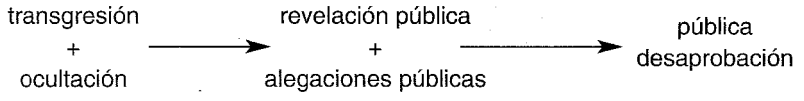


Figura 1.1. Los ingredientes básicos del escándalo

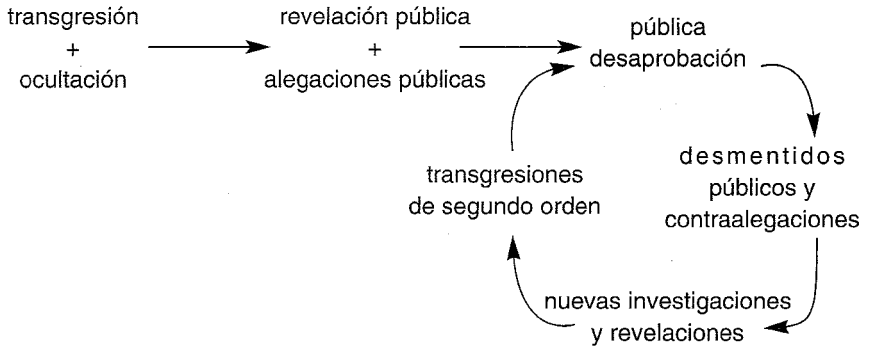


Figura 1.2. Algunos elementos de los escándalos más complejos

mientras que otros pueden verse desencadenados por alegaciones públicas relacionadas con transgresiones que pueden haber sucedido o no. En la mayoría de los escándalos de gran envergadura, a las revelaciones y alegaciones relacionadas con la comisión de malas acciones se añaden desmentidos y contraalegaciones, lo que pone en marcha el proceso circular que destaca el segundo modelo. No obstante, incluso este modelo más complejo no es, en el mejor de los casos, más que una tosca aproximación, y es característico que la mayoría de los escándalos actuales impliquen varios elementos y detalles añadidos que aumentan grandemente su complejidad. El desarrollo del escándalo se convierte en una especie de narrativa sembrada de múltiples tramas y subtramas, muchas de las cuales fracasan pero entre las que hay algunas que pueden evolucionar hasta convertirse por derecho propio en escándalos de menor entidad («subescándalos») o transformarse incluso en escándalos «subsidiarios» autónomos que sólo guardan una relación tangencial con el escándalo original —al modo en que surgió, por ejemplo, el escándalo Clinton-Lewinsky, cuya aparición se debió a una serie de investigaciones inconexas relacionadas, por un lado, con el acoso sexual denunciado en el caso Paula Jones y, por otro, a un fallido negocio inmobiliario en Arkansas—. Hemos de volver en capítulos posteriores sobre todos estos temas.

Habladurías, rumores y escándalos

He indicado que el escándalo es similar en ciertos aspectos a las habladurías y a los rumores, y que los escándalos se ven frecuentemente precedidos por habladurías y rumores que los alimentan. Sin embargo, estos dos conceptos no significan lo mismo —¿en qué difieren exactamente?

Las habladurías son principalmente una forma de hablar que se produce entre amigos o conocidos. A menudo se trata de una charla sin importancia, de una conversación ociosa sobre otras personas que no forman parte de la conversación, o que versa sobre cuestiones relativamente triviales. En inglés, la palabra (*gossip*) deriva de la antigua voz inglesa *godsibb*, que se utilizaba en fecha tan temprana como el siglo XI.[14] En su acepción original, un *godsibb* era un pariente político, una persona que había adquirido un lazo espiritual con otra al actuar como fiador en un bautismo. La palabra se extendió gradualmente y se aplicó a los amigos íntimos y a los conocidos, en

14. *OED*, vol. 6, págs. 699-700.

especial a las amigas de una mujer que eran invitadas a presenciar un nacimiento. A finales del siglo XVI, la palabra comenzó a utilizarse de modo más general para referirse a una persona (habitualmente una mujer) aficionada a la charla superficial y ociosa; al llegar el siglo XIX, la palabra se usaba ya para aludir a la propia conversación liviana.

Dedicarse a las habladurías (tal como se usa hoy en día esta palabra) implica un cierto grado de familiaridad o intimidad entre los interlocutores. No es posible dedicarse a las habladurías con un completo desconocido o con alguien a quien uno considera un enemigo, ya que las habladurías presuponen un cierto grado de conocimiento sobre el asunto de que se habla y un determinado grado de confianza y confidencia. Entregarse a las habladurías es transmitirse mutuas confidencias; implica tratar al otro como a un miembro del grupo propio, como a alguien que nos resulta lo suficientemente cercano para saber que le interesará, y que se le podrá confiar, lo que se diga en una conversación informal de ese tipo. De ahí que las habladurías se den principalmente en la red social de las relaciones entre familiares, amigos y conocidos. Las habladurías son —por modificar ligeramente la fórmula empleada por un autor—[15] una forma de comunicación que actúa como símbolo de intimidad.

Aunque la sustancia de las habladurías pueda ser relativamente trivial (como indica la expresión «charla ociosa»), no debe interpretarse que las habladurías sean un fenómeno trivial o insignificante. Al contrario, las habladurías constituyen una actividad mediante la cual se reafirman o se reacomodan constantemente las relaciones sociales y gracias a la cual se renuevan o se transforman los lazos de la confianza. Entregarse a las habladurías con otros es mostrar que uno los considera como personas suficientemente próximas, o suficientemente integradas en un grupo, como para iniciar con ellas una charla informal, y dejar ver que, en ciertos casos, los juzga merecedores de la confianza suficiente para transmitirles información u opiniones de carácter confidencial (y en donde el grado de la confidencialidad se regula por lo general en función del grado de proximidad: cuanto más cercana se considera a una persona, tanto más probable es que se le confíen habladurías de naturaleza confidencial). Las habladurías son también una actividad mediante la cual las normas y valores de los grupos pueden reafirmarse sin necesidad de tener que expresarlos en forma explí-

15. Engle Merry, Sally, «Rethinking Gossip and Scandal», en Block, Donald (comp.), *Toward a General Theory of Social Control*, vol. 1, *Fundamentals*, Orlando, Academic Press, 1984, pág. 276: «*Gossip is a form of private information that symbolizes intimacy*».

cita. Y ello porque las habladurías implican a menudo la narración de historias que poseen una faceta moral que pone de relieve los deslices de otras personas y que, por consiguiente, reafirman la rectitud cotidiana que otros han sido incapaces de observar. Además, a través de las habladurías, los individuos pueden expresar sus opiniones sobre los demás con un grado de franqueza que sería difícil de mantener en un escenario público, y por esta razón les capacita para emitir juicios sobre otras personas y para expresar sus puntos de vista de un modo que sortea los riesgos asociados con la confrontación abierta.[16]

En la mayoría de los casos, las habladurías se intercambian en contextos de interacción cara a cara, habitualmente entre dos individuos y a veces en el seno de pequeños grupos. Sin embargo, las habladurías también pueden intercambiarse por medios de comunicación mediatos. Esto incluye formas de comunicación mediata entre dos individuos —como es el caso de la comunicación epistolar y la conversación telefónica, que son medios muy extendidos para las habladurías—, pero también incluye las formas de lo que comúnmente llamamos «medios de comunicación de masas». Las columnas dedicadas a las habladurías en revistas y periódicos constituyen unas «habladurías» de distinto signo: son formas escritas de «charla insustancial» sobre terceras personas (habitualmente personalidades de los medios de comunicación) que presuponen y fomentan un cierto tipo de intimidad al que llamaré «intimidad no recíproca a distancia».[17] Las columnas dedicadas a las habladurías asumen que sus lectores tienen una íntima relación con las personalidades que centran el debate del texto. Tratan a sus lectores como a «miembros del grupo propio» que saben muchas cosas acerca de esas personalidades y que sienten interés por obtener nueva información o por conocer las últimas especulaciones sobre la cambiante fortuna de sus vidas. Éste es sin embargo un tipo de intimidad unilateral y no recíproco (los lectores saben mucho acerca de esas personalidades, pero lo contrario no es

16. Los antropólogos, y más recientemente los historiadores y otros profesionales, han debatido acerca de los usos de habladurías. Además del ensayo de Sally Engle Merry citado en la nota anterior, véanse especialmente las siguientes obras: Max Gluckman, «Gossip and Scandal», *Current Anthropology*, 4.3, 1963, págs. 307-316; Robert Paine, «What is Gossip About? An Alternative Hypothesis», *Man*, 2, 1967, págs. 278-285; Ulf Hannerz, «Gossip, Networks, and Culture in a Black American Ghetto», *Ethnos*, 32,1967, págs. 35-60; P. M. Spacks, *Gossip*, Nueva York, Knopf, 1985; C. J. Wickham, «Gossip and Resistance among the Medieval Peasantry», Conferencia inaugural, Universidad de Birmingham, Birmingham, 1995.

17. Véase Thompson, *The Media and Modernity*, págs. 219-225.

cierto); y las habladurías se intercambian de un modo que cancela cualquier presunción de confidencialidad, dado que la información se transmite de una forma que la pone al alcance de cualquiera que quiera leerla. Las columnas dedicadas a las habladurías actúan como proveedores de secretos públicos.

¿Cuál es la relación entre las habladurías y el escándalo? La noción de habladurías es mucho más general que la de escándalo: las habladurías son una charla insustancial que puede ser cierta o no, que puede tener un tono positivo o negativo y que puede hacer referencia a muy diversos aspectos de la vida de terceras personas. El escándalo, por su parte, implica una transgresión de normas o valores que esas terceras personas conocen y que suscita pública reprobación. Las habladurías permanecen a menudo en el plano de la comunicación privada entre amigos y conocidos; el escándalo sólo puede darse cuando el conocimiento de una transgresión queda expuesto a los ojos de un cierto número de no participantes y siempre con la condición de que se expresen públicamente juicios negativos sobre el particular. Las habladurías pueden alimentar el escándalo y constituir un vehículo para la difusión de la información, pero el escándalo sólo podrá existir cuando se den simultáneamente unas cuantas condiciones adicionales. Cuando sí se superponen de forma muy sustancial el escándalo y las habladurías es en el caso de que éstas adquieran un carácter público, como sucede en las columnas que se dedican a ellas: en tales casos las habladurías pueden derivar fácilmente en escándalo, precisamente porque la información se pone al alcance del público y puede conectarse sin dificultad con el discurso infamante.

Las habladurías se parecen a los rumores, aunque la palabra «rumor» tiene una connotación ligeramente distinta. Derivada del francés antiguo, «rumor» se utilizó en inglés por primera vez en el siglo XIV para indicar una opinión extendida de naturaleza favorable.[18] Posteriormente se utilizó de manera más general para aludir a la conversación o hablilla no basada en un conocimiento definitivo (como expresa el dicho: «corre el rumor de que...»). Las habladurías pueden ser ciertas o no, pero el rumor es siempre un dicho sin autentificar; una opinión que una vez se haya visto definitivamente confirmada o desmentida deja de ser, *ipso facto*, un rumor.[19] Además, mientras las habladurías tienden a no ser más que una conversación insustancial acerca de terceras personas o sobre asuntos relativamente triviales,

18. *OED*, vol. 14, págs. 241-242.

19. Véase Ralph L. Rosnow y Gary Alan Fine, *Rumour and Gossip: The Social Psychology of Hearsay*, Nueva York, Elsevier, 1976, págs. 11 y sigs.

los rumores pueden versar prácticamente sobre cualquier cosa, incluyendo asuntos muy graves, y pueden tener consecuencias de mucho alcance (por ejemplo, los rumores sobre el estado de salud de un dirigente político o sobre la estabilidad de una institución financiera). Los rumores pueden difundirse a través de interacciones cara a cara o por vía de la comunicación mediata —y, dada la naturaleza de las modernas redes de comunicación, pueden divulgarse con mucha rapidez.

Al igual que las habladurías, los rumores pueden alimentar el escándalo al difundir información (en este caso, una información carente de confirmación) sobre los individuos o los acontecimientos que se encuentran en el epicentro de un escándalo o de un potencial escándalo. Los escándalos vienen precedidos con frecuencia por habladurías y rumores; al principio es probable que ambos se restrinjan al círculo de las personas que se encuentran próximas a los individuos implicados en la transgresión, y es posible que ese círculo haga ímprobos esfuerzos para prevenir que se difundan los rumores. Si los rumores llegan a oídos de los medios y se transmiten —bien en forma de opiniones sin confirmar, bien en forma de insinuaciones—, entonces se vuelve mucho más difícil evitar que estalle el escándalo. La proliferación de rumores puede alcanzar un nivel en el que se haga difícil o imposible que los aludidos los pasen por alto, de modo que podrían verse obligados a responder públicamente, bien mediante un explícito desmentido de los rumores (y corriendo por tanto el riesgo de que se presenten transgresiones de segundo orden), bien por la adopción de alguna otra estrategia de defensa.

Corrupción, soborno y escándalo

Hoy en día el escándalo se asocia frecuentemente con la corrupción y el soborno, hasta el punto de que podría parecer que todos estos conceptos se hallan en la actualidad inextricablemente unidos. Sin embargo, estos conceptos son, de hecho, muy distintos, y las relaciones entre ellos son complejas y casuales. La palabra «corrupción» deriva del latín *corrumpere* y del francés antiguo; apareció por primera vez en inglés durante el siglo XIV y se utilizaba para indicar la desintegración, la descomposición, o la circunstancia de que un objeto material o una sustancia se echara a perder.[20] Esto no sólo incluía el proceso de desintegración física (como sucede con la des-

20. *OED*, vol. 3, págs. 972-974.

composición de un cuerpo humano tras la muerte), sino también los procesos de deterioro o decadencia moral. Hacia el siglo xv la palabra adquirió además el sentido con el que habitualmente la asociamos hoy en día: la perversión o pérdida de integridad en el ejercicio de tareas públicas por soborno o favoritismo, especialmente en el caso de los funcionarios del Estado o de alguna otra institución pública.

Utilizado de acuerdo con su sentido actual, la noción de corrupción implica dos elementos clave: a) el quebrantamiento de las normas, convenciones o leyes relacionadas con el adecuado ejercicio de las obligaciones públicas con el fin de alcanzar objetivos de beneficio privado, pecuniario o personal; y b) la perversión o la socava de las normas de integridad vinculadas con la vida pública.[21] Estos dos elementos se encuentran íntimamente entrelazados en la noción de corrupción, y lo están de un modo que distingue a este concepto de otros relacionados y que se superponen parcialmente a él, como los de soborno y nepotismo. La propuesta y la aceptación de sobornos, por ejemplo, implica el intercambio de alicientes (a menudo económicos) destinados a influir sobre determinadas decisiones o resultados en favor del donante. El soborno tiene una larga historia: la práctica ya era común en el mundo antiguo, y lo sigue siendo en muchas sociedades actuales.[22] Hoy en día nos sentimos inclinados a considerar que el soborno es una forma específica de corrupción, pero en realidad sólo ciertos tipos de soborno son ejemplos de corrupción en el sentido que acabamos de definir. Y ello es así porque caracterizar un acto de soborno como una forma de corrupción es asumir que la acción implica a un funcionario público y que su conducta supone una perversión de las normas de integridad a las que se supone que han de adherirse los titulares de la función pública.

La corrupción puede dar lugar al escándalo y algunos de los escándalos más importantes y de más graves consecuencias se han basado en acusaciones de corrupción —como el escándalo del Teapot Dome que cuestionó la administración del presidente Warren Harding en los años veinte, el escándalo Lockheed, que erosionó la carrera política del antiguo primer ministro japonés Kakuei Tanaka a finales de la década de los setenta y principios de

21. Para un debate más detallado sobre el concepto de corrupción y sobre la naturaleza y el alcance de las prácticas corruptas en la sociedades contemporáneas, véase James C. Scott, *Comparative Political Corruption*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall, 1972; Arnold J. Heidenheimer, Michael Johnston y Victor T. Levine (comps.), *Political Corruption: A Handbook*, New Brunswick, N. J., Transaction, 1989; Syed Hussein Alatas, *Corruption: Its Nature, Causes and Functions*, Aldershot, Gower, 1990.

22. Sobre el soborno, véase John T. Noonan, Jr, *Bribes*, Nueva York, Macmillan, 1984.

los ochenta, y los numerosos escándalos financieros que afectaron a la política de Italia, Japón, Corea del Sur, Alemania, Francia, España, Brasil y otros muchos países en fechas recientes—. Sin embargo, no todos los escándalos son escándalos debidos a la corrupción, y no todos los ejemplos de corrupción dan lugar a los escándalos; la corrupción puede existir (y a menudo existe) sin degenerar en escándalo. ¿En qué consiste entonces la diferencia? ¿Cuáles son las condiciones adicionales que deben cumplirse para que las actividades corruptas constituyan un escándalo?

En primer lugar, las actividades corruptas sólo podrán convertirse en foco de un escándalo si se las conoce o si los no participantes tienen la firme convicción de que existen; en otras palabras, es preciso que la corrupción se revele para que se convierta en un escándalo. Si las actividades corruptas permanecen ocultas a los ojos del público, si se limitan a una oscura existencia en un mundo al amparo de la observación pública, ni se convertirán ni podrán convertirse en epicentro de un escándalo. El escándalo estalla si y sólo si el velo del secreto se levanta y las actividades corruptas llegan a conocimiento de terceras personas o se convierten en el foco de una investigación pública.

Una condición necesaria para que las actividades corruptas se conviertan en escándalo estriba en que los no participantes tengan cierto conocimiento de ellas, pero no es una condición suficiente. La corrupción puede ser conocida, o puede haber personas con la firme convicción de que existe, incluso esa existencia puede ser del dominio público sin que por ello se desate un escándalo. ¿Qué otras condiciones deben cumplirse? Hemos visto que la corrupción implica el quebrantamiento de reglas, convenciones o leyes relativas al correcto ejercicio de las tareas públicas: el escándalo surgirá únicamente si esas reglas, convenciones o leyes poseen algún grado de fuerza moral vinculante y tan sólo en caso de que la infracción sea considerada por terceros como una violación suficientemente seria e importante para merecer una enérgica expresión de censura. En algunos contextos, ciertas formas de corrupción pueden considerarse como vías casi legítimas para la realización de los asuntos públicos —una especie de «honesto soborno» que, pese a haberse obtenido de modo ilícito, se considera que entra no obstante dentro de los límites de una práctica aceptable—. En otros contextos en que la corrupción merece una amplia condena, una falta relativamente menor —como la aceptación de un modesto regalo— puede no ser considerada como suficientemente grave para dar pábulo a un escándalo. Sin embargo, el grado de censura moral asociado con las particulares formas y situaciones de corrupción varía considerablemente en función de los contextos histórí-

cos y sociales, de modo que en aquellos contextos en los que exista un alto grado de sensibilidad respecto de la corrupción, los políticos pueden encontrarse con la sorpresa de que hasta las faltas relativamente menores son susceptibles de convertirse en motivo de dimisión.

La última condición que debe cumplirse para que la corrupción se convierta en escándalo es la articulación pública del discurso infamante. Una revelación de actividades corruptas que no provoque ninguna respuesta, ninguna expresión de condena o reproche, no dará lugar a un escándalo. Cuando la corrupción está extendida, cuando su existencia es ampliamente conocida y se acepta como una forma semilegítima de conducir los asuntos públicos, puede suceder que la revelación de un caso de corrupción dé lugar a poco más que un suspiro de resignada indiferencia. La revelación es un guante que aún no se ha recogido; el hecho de si ese guante habrá de ser recogido por otros, o de si sus reproches tendrán la suficiente repercusión para desencadenar un escándalo y mantenerlo vivo el tiempo suficiente para causar algún perjuicio, son cuestiones cuyas respuestas variarán según los casos, en función de la naturaleza de la corrupción, del tipo de publicidad generada por los medios y de una variada serie de circunstancias sociales y políticas. La mayoría de las formas de corrupción nunca se hacen públicas, y de ahí que nunca se vean expuestas al riesgo de un escándalo. Sin embargo, implicarse en actividades corruptas y tener la esperanza de sobrevivir en la vida pública es algo así como tener una generosa fe en los mecanismos de la discreción o un gran sentido de la confianza respecto al grado de impunidad con el que puede uno contar en caso de que esas actividades, ocultas durante un tiempo, sean súbitamente reveladas a los ojos de los demás.

2

EL INCREMENTO DE LOS ESCÁNDALOS EN LOS MEDIOS

Los escándalos no son nuevos: acontecimientos escandalosos de varios tipos han existido durante siglos. Sin embargo, con el desarrollo de las sociedades modernas, la naturaleza, el alcance y las consecuencias de los escándalos han variado en algunos aspectos. Y uno de los aspectos en que han cambiado está relacionado con el hecho de que se hayan visto cada vez más vinculados a formas de comunicación mediata. Los escándalos han dejado de ser acontecimientos locales que estallan en contextos de interacción cara a cara, implicando a individuos que se conocen mucho mutuamente pues son familiares, amigos, vecinos o socios; los «escándalos locales» de este tipo siguen existiendo y nos resultan familiares, pero no constituyen la única forma de escándalo. Ha surgido una forma nueva a la que llamaré «escándalo mediático». Se trata de escándalos cuyas propiedades difieren de las que aparecen en los escándalos locales y cuyas potenciales consecuencias tienen un alcance completamente diferente. Los escándalos mediáticos no son simples escándalos reflejados en los medios y cuya existencia es independiente de esos medios: son provocados, de modos diversos y hasta cierto punto, por las formas de la comunicación mediática.

¿Cómo ha llegado a constituirse esta conexión entre el escándalo y los medios? ¿Qué hay en el escándalo que hace que se preste a ser expuesto en los medios y le permite desarrollarse en ellos, y qué hay en los medios que facilita la aparición del escándalo? Por supuesto, existe una obvia afinidad entre los escándalos y los medios que ha sido explotada por los proveedores del mundo impreso desde la época de los panfletos y los libelos: el escándalo vende. A medida que las empresas comerciales comenzaron a preocuparse por generar ingresos mediante la modificación de las formas simbólicas, las compañías impresoras, las casas editoriales, los periódicos y otras organizaciones mediáticas descubrieron el interés financiero de mantener o incrementar la venta de sus productos, y en este sentido, los escándalos les proporcionaron vívidas y chispeantes historias que les ayudaban espléndidamente a conseguir ese objetivo. Además, con la profesionalización de la actividad periodística en el siglo XIX y el desarrollo de la tradición del pe-

riodismo de investigación, la revelación de escándalos y de comentarios relacionados con ellos se ha convertido en una actividad que encaja perfectamente con la imagen que tienen de sí mismos algunos trabajadores de los medios. Algunos periodistas consideran la revelación de los ocultos secretos del poder como una forma de dar cumplimiento a su vocación de guardianes del interés público.

Las consideraciones de este tipo son importantes, pero no son los únicos factores que explican la afinidad entre el escándalo y los medios. Si queremos entender esta conexión, debemos observar que el incremento de los escándalos mediáticos se encuentra íntimamente unido a un conjunto más amplio de transformaciones sociales que han dado forma al mundo moderno, transformaciones que, entre otras cosas, han redefinido las relaciones entre la vida privada y la vida pública, creando nuevos tipos de visibilidad y «publicidad» que simplemente no existían con anterioridad. Al hacer que las acciones y los acontecimientos se vuelvan visibles de un modo nuevo, estas transformaciones han creado las condiciones para que surja una nueva forma de escándalo, una forma independiente de las atmósferas particulares y accesible a miles de personas, incluso a millones de seres humanos que ahora tienen la posibilidad de observar esos acontecimientos.

En este capítulo trazaré un breve esquema de las transformaciones sociales que han dado forma a las sociedades modernas para centrarme luego en el desarrollo de los medios de comunicación y en las transformaciones de la visibilidad que han aparecido con él. Esto me permitirá introducir algunos de los conceptos e ideas que servirán para vertebrar los análisis que expondré más adelante, tanto en este capítulo como en los siguientes. Una vez hecho esto, trataré de reconstruir la conexión histórica entre el escándalo y las formas mediáticas de comunicación. Trataré de mostrar que, mientras la palabra «escándalo» era un elemento relativamente común en la cultura impresa de los siglos XVI y XVII, el tipo de acontecimiento característico que he denominado «escándalo mediático» no comenzó a surgir sino en los tramos finales de los siglos XVIII y XIX. El de escándalo es un concepto antiguo, y los escándalos mediáticos no son nuevos, pero las circunstancias específicas que dan lugar a los escándalos mediáticos no siempre han estado presentes. El escándalo mediático es en gran medida, como vamos a ver, un fenómeno moderno característico del periodo que se extiende desde los últimos años del siglo XVIII hasta nuestros días.

La transformación de la visibilidad

El mundo en el que hoy vivimos ha ido adquiriendo su actual forma por la acción de una serie de transformaciones institucionales que se pusieron en marcha en Europa durante los últimos años del medievo y los primeros de la modernidad.[1] Algunas de esas transformaciones son bien conocidas y están bien documentadas, otras están menos claras. Las transformaciones razonablemente bien documentadas son aquellas que guardan relación con las cambiantes formas institucionales del poder político y económico. De forma aproximada, puede decirse que a partir el siglo XI comenzó a surgir en Europa un nuevo conjunto de relaciones económicas que, de modo gradual, fue sustituyendo a las economías predominantemente agrarias de las primeras fases del medievo.[2] Este nuevo conjunto de relaciones económicas, que implicaba el creciente uso del dinero y amplias redes de intercambio, se desarrolló hasta convertirse en un característico sistema de intercambio y producción de bienes que, para finales del siglo XV, había quedado firmemente instalado en los principales centros comerciales de Europa. La formación del Estado moderno, o «Estado-nación», también fue un dilatado proceso histórico cuyos orígenes pueden rastrearse en el periodo medieval tardío. La Europa medieval se caracterizaba por un gran número de unidades políticas de un tamaño y poderío que podía ir de las ciudades-Estado y las federaciones urbanas relativamente pequeñas a los más amplios y más poderosos reinos y principados. De forma gradual, estas múltiples y variadas formas de poder político se vieron reemplazadas por un número relativamente pequeño de Estados-nación soberanos. Esta concentración del poder político en manos de los Estados-nación fue un proceso primordialmente impulsado por la necesidad de poner en pie los medios para el ejercicio de un poder coercitivo —tanto los medios para librar guerras contra los rivales externos (ejércitos, armadas, armas, buques, etcétera) como los medios para suprimir las revueltas internas y mantener el orden en el inte-

1. Para una relación más detallada sobre estas transformaciones, véase John B. Thompson, *The Media and Modernity: A Social Theory of the Media*, Cambridge, Polity Press, 1995, capítulo 2.

2. Véase Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Nueva York, Academic Press, 1974, y *The Modern World-System II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*, Nueva York, Academic Press, 1980; Michael Mann, *The Sources of Social Power*, vol. 1: *A History of Power from the Beginning to AD 1760*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, capítulos 12-15.

rior de los territorios sobre los que las autoridades políticas reclamaban poseer jurisdicción—.[3] Al mismo tiempo que crecía la escala de los conflictos militares, los Estados que podían obtener recursos para crear grandes ejércitos permanentes y mantenerlos en condiciones de aprestarse en cualquier momento para la guerra adquirieron una ventaja material. Esos Estados llegaron a convertirse en las unidades políticas clave de un interrelacionado sistema de Estados-nación, caracterizados cada uno de ellos por un sistema de gobierno y de administración centralizado, cada uno de ellos defensor de una reclamación de soberanía sobre un territorio claramente definido, y en posesión también, cada uno de ellos, de los medios para defender sus reclamaciones mediante el recurso de la fuerza en caso necesario.

Estas líneas maestras del cambio político y económico parecen relativamente claras; lo que ya aparece menos nítido es el hecho de si el desarrollo de las sociedades modernas se ha caracterizado o no por las transformaciones institucionales de lo que imprecisamente podríamos denominar la esfera «cultural». Se han escrito ríos de tinta sobre el fluctuante papel de las instituciones religiosas, sobre la expansión de los sistemas laicos de conocimiento y aprendizaje, sobre el aumento de la pluralidad de los sistemas de valores y sobre la supuesta decadencia del significado de la tradición en la vida diaria. No hay duda de que algunos de estos cambios son reales y de considerable importancia, pero quisiera concentrarme aquí en otro desarrollo, o en otra serie de desarrollos, que, en cierto modo, subyacen bajo estos cambios: a saber, los desarrollos asociados con la invención y la explotación de nuevos medios para la comunicación y la difusión de la información. La invención de la imprenta fue, por supuesto, un factor clave. Desarrolladas inicialmente por Johann Gutenberg, hacia el año 1440, las técnicas de imprenta se difundieron rápidamente y, a finales del siglo XV, existía ya un floreciente negocio en toda Europa. A principios del siglo XVII comenzaron a aparecer publicaciones de noticias de tirada periódica en varias ciudades europeas; estas hojas semanales de noticias (o «corantos»,[4] como se les lla-

3. Véase Charles Tilly (comp.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975; Charles Tilly, *Coercion, Capital, and European States, AD 990-1990*, Oxford, Blackwell, 1990; Mann, *The Sources of Social Power*, vol. 1, capítulos 12-16; Michael Mann, *The Sources of Social Power*, vol. 2: *The Rise of Classes and Nation-States, 1760-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

4. Derivado su nombre del latín «currere», correr, y del francés «courant», los corantos eran las hojas noticiosas corrientes que precedieron a las gacetas en toda Europa, y particularmente en la pujante Flandes, a partir del siglo XVII. *(N. del t.)*

maba en la época) fueron las precursoras de los modernos diarios. A principios del siglo XVIII ya se habían establecido sólidamente toda una serie de periódicos diarios y semanales en la mayoría de las principales ciudades europeas. El siglo XIX fue testigo de un importante descubrimiento en la esfera de la comunicación: el descubrimiento de que la electricidad podía utilizarse para el propósito de la transmisión de información. El desarrollo de los sistemas de telégrafo y teléfono a finales del siglo XIX y principios del XX —incluyendo la instalación de cables submarinos que se extendieron por todo el globo— fue una de las primeras consecuencias de este descubrimiento. Hacia 1920, la tecnología para la transmisión de mensajes por medio de ondas electromagnéticas se encontraba lo suficientemente avanzada para permitir el desarrollo de la radiodifusión a escala comercial; primero de la radio y después, a partir de los últimos años de la década de los 40, de la televisión.

¿Cuáles fueron las implicaciones de este enorme crecimiento de las formas de comunicación mediata y de la difusión de la información? ¿De qué modo afectó a la vida de las personas? ¿Qué impacto tuvo en la organización social de la vida cotidiana? Para responder a estas preguntas, es esencial apreciar que el desarrollo de los medios de comunicación trajo consigo la creación de nuevas formas de acción e interacción que diferían en ciertos aspectos de los tipos de acción e interacción que habían existido anteriormente. Antes del desarrollo de la imprenta en los primeros tiempos de la Europa moderna, y hasta época muy reciente en algunas otras partes del mundo, el intercambio de información y de contenidos simbólicos fue un proceso desarrollado en su mayor parte en el contexto de una interacción cara a cara. En este tipo de interacción, los participantes están mutua e inmediatamente presentes y comparten un sistema de referencia espacio-temporal común; en otras palabras, la interacción tiene lugar en un contexto de copresencia. La interacción cara a cara tiene además un carácter «dialogístico», en el sentido de que por lo general implica un flujo de información y comunicación en las dos direcciones: un individuo habla a otro (u otros), y el aludido puede a su vez responder (al menos en principio) al primer interlocutor, y así sucesivamente a medida que se desarrolla el diálogo.

Por supuesto, con el desarrollo de los medios de comunicación, la interacción cara a cara no desaparece, pero se le añade el suplemento de nuevas formas de acción e interacción que no tienen sus mismas características. Estas nuevas formas de interacción mediata implican la utilización de un medio técnico (papel, cables eléctricos, ondas electromagnéticas, etcétera) que permiten que la información y los contenidos simbólicos sean transmitidos a los individuos que no comparten la misma ubicación espacio-temporal.

De ahí que el desarrollo de los medios de comunicación lleve aparejada una compleja reorganización de las características espaciales y temporales de la vida social. Con este desarrollo se crean nuevas formas de intercambio social, formas que no comparten las características espacio-temporales de la interacción cara a cara. Los individuos quedan ahora capacitados para interactuar con otros que se encuentran situados en contextos espacio-temporales distantes; la interacción se vuelve entonces más amplia en el espacio y el tiempo (como sucede, por ejemplo, con el intercambio de cartas que se transportan físicamente de un lugar a otro), o se amplía en el espacio con un mínimo aumento del plazo temporal (como ocurre con algunas formas de la comunicación electrónica).

Hay otra característica de algunas de las formas de la interacción mediata que ha tenido importantes consecuencias en la organización social de la vida cotidiana. En el caso de la interacción cara a cara, la audiencia que se encuentra al alcance de las afirmaciones de un hablante se restringe por lo general a los individuos que se encuentran en el radio de percepción del oído humano; la audiencia puede consistir en un único individuo con quien el hablante mantiene un diálogo, o puede consistir en una pluralidad de personas que se han reunido en un espacio común para escuchar las palabras del hablante. No obstante, en el caso de la interacción mediata, la audiencia deja de estar restringida al número de individuos situados en la misma ubicación espacio-temporal que la del hablante. Es más, en algunas de las formas de la interacción mediata, como en las que implican el uso de materiales impresos como libros, periódicos y revistas, o también en aquellas que conllevan la utilización de la radiodifusión, el alcance de la audiencia es relativamente infinito, en el sentido de que el contenido simbólico transmitido mediante la interacción puede ser recogido por un número indefinido de receptores potenciales y ser ubicado en una amplia gama de contextos espacio-temporales.

Utilizo el término «cuasi-interacción mediata» para describir esta peculiar forma de interacción mediata que se orienta a una indefinida gama de receptores potenciales. Mientras que la clase de interacción implicada en el envío de una carta o en la utilización del teléfono se dirige a otra persona concreta (y por consiguiente se encuentra, a este respecto, relativamente «cerrada»), la cuasiinteracción mediata implica la producción de materiales simbólicos que se ponen a disposición de una pluralidad de receptores potenciales —o, para decirlo con otras palabras, es relativamente «abierta»—. Además, mientras que el tipo de interacción que conlleva la escritura de una carta o el uso de un teléfono tiene por lo general un carácter dialogístico, la

cuasiinteracción mediata tiene predominantemente carácter de monólogo, en el sentido de que el flujo de los contenidos simbólicos viaja fundamentalmente en una sola dirección. El lector de un libro o un periódico es, antes que nada, el receptor de una forma simbólica cuyo productor no exige (y generalmente no recibe) una respuesta directa e inmediata.

¿Cuáles fueron las consecuencias del incremento de la cuasiinteracción mediata como forma significativa de intercambio social en la fase temprana de las sociedades modernas y más tarde en su fase madura? Una de las consecuencias fue la transformación de la naturaleza de lo que podríamos llamar «publicidad» —y, estrechamente vinculado a esto, la transformación de las formas en que los individuos y los acontecimientos se vuelven «visibles» a los demás—. La distinción entre lo público y lo privado tiene una larga historia en el pensamiento social y político occidental, una historia que se remonta a la Grecia clásica y a los primeros desarrollos del derecho romano. No voy a tratar de reconstruir aquí esa historia ni a penetrar en los diversos significados de esos términos.[5] En vez de eso, me concentraré en uno de los sentidos de la distinción que es particularmente relevante para las cuestiones que aquí nos ocupan. De acuerdo con este sentido, «público» significa «abierto» o «accesible a otros». Lo que es público en este sentido es lo que es visible u observable, lo que se representa ante unos espectadores, lo que está abierto a todos o a la mayoría, que queda así capacitada para ver, oír o tener noticia de lo representado. Lo privado, por el contrario, es lo que se halla oculto a la vista, lo que se dice o hace en secreto o en el seno de un restringido círculo de personas. En este sentido, la dicotomía público-privado tiene relación con lo que opone publicidad a privacidad, manifiesto a secreto, visibilidad a invisibilidad. Un acto público es un acto visible, un acto realizado abiertamente para que cualquiera pueda verlo; un acto privado es un acto invisible, un acto realizado en secreto y oculto tras unas puertas cerradas.

Con anterioridad al desarrollo de los medios, la publicidad concedida a un individuo o un acontecimiento (entendida en el sentido anterior) se hallaba vinculada al hecho de compartir una ubicación. Un acontecimiento se convertía en un acontecimiento público cuando se exponía ante una pluralidad de individuos que se hallaban físicamente presentes en aquel momento —al modo, por ejemplo, de las ejecuciones públicas de la Europa medie-

5. Puede encontrarse un debate más detallado sobre la distinción de lo público y lo privado, así como sobre la cambiante naturaleza del carácter público y la visibilidad, en Thompson, *The Media and Modernity*, capítulo 4.

val, realizadas ante un grupo de espectadores reunidos en la plaza del mercado—. Llamaré a esto «publicidad tradicional de copresencia». Esta publicidad tradicional se basaba en la abundancia de claves simbólicas que es característica de la interacción cara a cara. Era una publicidad que incluía tanto la imagen como el sonido, la apariencia visual y la palabra hablada: el acontecimiento público era un espectáculo que podía ser visto, oído y, quizá, hasta cierto punto sentido por los relativamente poco numerosos individuos que se encontraban circunstancialmente presentes. Además, dado que la publicidad de copresencia implica la reunión de individuos en un espacio común, su carácter es potencialmente dialogístico. Los individuos que hablan o actúan en una ocasión de este tipo lo hacen en presencia de otras personas que, en principio, pueden contribuir al acontecimiento, ya sea hablando o mostrando cualquier otro tipo de conducta propia del espectador (abucheando, silbando, aplaudiendo, vitoreando, etcétera), incluso en el caso de que, en la práctica, no lo hagan.

El desarrollo de los medios creó nuevas formas de publicidad que son muy diferentes de la publicidad tradicional de copresencia. El rasgo clave de estas formas nuevas consiste en que, gracias a la ampliación del alcance que los medios hacen posible, la publicidad que obtienen los individuos, las acciones o los acontecimientos ha dejado de estar relacionada con el hecho de compartir un espacio común. Una acción o un acontecimiento puede hacerse público siendo grabado y transmitido a otros que no se encuentran físicamente presentes en el momento y lugar en que se realizan dichas acciones o acontecimientos. Las acciones o los acontecimientos pueden adquirir un tipo de publicidad —a la que llamaré «publicidad mediata»— independiente de la capacidad que tengan para hacerse ver u oír directamente por una pluralidad de individuos copresentes. Por supuesto, la aparición de estas nuevas formas de publicidad mediata no elimina por completo el papel de la publicidad tradicional de copresencia. La forma tradicional sigue desempeñando un importante papel en las sociedades modernas, tal como atestiguan el mantenimiento de la asistencia a los actos públicos, las manifestaciones de masas, los debates políticos según la modalidad de relación cara a cara que se celebran en los parlamentos y otras instituciones pensadas para la toma de decisiones, etcétera. Sin embargo, a medida que se fueron extendiendo los medios de comunicación, las nuevas formas de publicidad comenzaron a sustituir, ampliar, transformar y, en algunos casos, desplazar a la forma tradicional de publicidad.

Podemos reconstruir brevemente algunos aspectos de este proceso examinando unos cuantos episodios de la larga y relativamente olvidada histo-

ria de las relaciones entre las cambiantes formas de la publicidad y el ejercicio del poder político. Antes del desarrollo de la imprenta y otros medios, la publicidad de los dirigentes políticos derivaba sobre todo de su aparición física ante otras personas en contextos de copresencia. En su mayor parte, esas apariciones podían restringirse a los círculos relativamente cerrados de la asamblea o la corte: la visibilidad exigía una copresencia, y los dirigentes políticos sólo eran visibles, por regla general, a los ojos de aquellos con quienes tenían costumbre de interactuar en las situaciones del género cara a cara que se producían en su vida cotidiana. Sus audiencias estaban fundamentalmente compuestas por miembros de las elites gobernantes o por individuos que participaban en la vida social de la corte.

En ocasiones, los gobernantes aparecían ante audiencias más vastas que incluían, entre otros, a algunos de los súbditos sobre quienes gobernaban. Entre esas ocasiones cabe citar los acontecimientos públicos de gran envergadura, como las coronaciones, los funerales reales y los desfiles victoriosos. La pompa y la ceremonia de esas ocasiones permitían al gobernante mantener las distancias respecto de sus súbditos y dejarles al mismo tiempo ver y festejar temporalmente su existencia en un contexto de copresencia. Sin embargo, para la mayoría de los individuos de las sociedades antiguas o medievales, los dirigentes más poderosos eran muy rara vez visibles, si es que llegaban a serlo. Los individuos que habitaban en las zonas rurales o en las regiones periféricas de un imperio o de un reino rara vez tenían oportunidad de ver al emperador o al rey en carne y hueso. Al margen de las jornadas de viaje de los reyes, que eran oportunidades pasajeras y relativamente infrecuentes, la mayoría de las apariciones públicas del monarca se desarrollaban en el centro político: bien en los salones o ante la corte de palacio, bien en las calles y plazas de la capital.[6]

Con el desarrollo de la imprenta y los demás medios, sin embargo, los dirigentes políticos empezaron a disfrutar cada vez más de un tipo de publicidad independiente de su comparecencia física ante una audiencia reunida. Los gobernantes no sólo usaron los nuevos medios de comunicación como un vehículo para promulgar sus decretos oficiales, sino también como un medio para fabricar una imagen propia capaz de ser transmitida a otras personas situadas en lugares alejados. Los monarcas de los primeros tiem-

6. Véase Clifford Geertz, «Centers, Kings, and Charisma: Reflections on the Symbolics of Power», en su *Local Knowledge: Further Essays in Interpretive Anthropology*, Nueva York, Basic Books, 1983, págs. 121-146; S. R. F. Price, *Rituals and Power: The Roman Imperial Cult in Asia Minor*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.

pos de la Europa moderna, como Luis XIV de Francia o Felipe IV de España, eran muy versados en las artes de la confección de una imagen.[7] Sus imágenes públicas no sólo se levantaban y festejaban por los medios tradicionales, como los retratos, efigies de bronce y piedra, o grandes tapices, sino también por la utilización de los más novedosos medios de impresión, incluyendo los grabados en madera, los aguafuertes, las estampas, los panfletos y los periódicos. Durante el reinado de Luis XIV, por ejemplo, periódicos como la *Gazette de France*, publicado dos veces por semana, y el *Mercure Gallant*, de aparición mensual, consagraban habitualmente un buen espacio a las acciones del rey.[8] Pese a que las monarquías de los primeros tiempos de la Europa moderna eran fundamentalmente sociedades basadas en la actividad cortesana, sociedades en donde los gobernantes dirigían sus actividades sobre todo a las elites que se congregaban en los palacios y otros entornos especialmente diseñados para eso, las imágenes de los monarcas y la relación de sus actividades circulaban mucho más allá de los restringidos círculos elitistas por medio de la imprenta. La circulación de esas imágenes y relaciones lograba que las actividades de los dirigentes políticos resultasen cada vez más visibles para una pluralidad de individuos que no se encontraban en posición de coincidir con esos gobernantes (u otros miembros de la elite política) en el transcurso de su vida cotidiana. De forma gradual, la publicidad de los dirigentes políticos y otros miembros de la elite, la visibilidad de sus acciones, de sus afirmaciones y en último término de sus propias personas, empezó a ser valorada al margen de sus apariciones ante personas congregadas juntas en la misma ubicación espacio-temporal.

El desarrollo de los medios electrónicos —la radio y sobre todo la televisión— representó en cierto modo la continuación de un proceso que había sido puesto en marcha con la llegada de la imprenta, pero en otros aspectos significó un nuevo comienzo. Tal como había ocurrido con la imprenta, los medios electrónicos generaron un tipo de publicidad independiente del hecho de compartir una ubicación, una publicidad que, al incrementarse la difusión de los productos mediáticos a escala nacional e incluso internacional, conmocionó las vidas de una creciente proporción de población. Sin embargo, el tipo de publicidad creado por los medios elec-

7. Véase Peter Burke, *The Fabrication of Louis XIV*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1992; J. H. Elliott, «Power and Propaganda in the Spain of Philip IV, en Wilentz, Sean (comp.), *Rites of Power: Symbolism, Ritual, and Politics since the Middle Ages*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1985, págs. 145-173.

8. Burke, *The Fabrication of Louis XIV*, pág. 17.

trónicos era diferente en algunos aspectos de la publicidad creada por la imprenta. Los medios electrónicos permitieron transmitir información y contenidos simbólicos salvando grandes distancias con muy poca o ninguna demora. Por consiguiente, los medios electrónicos crearon un tipo de publicidad caracterizado, al menos en principio, por lo que podríamos llamar «simultaneidad independiente del espacio»: personas situadas a gran distancia resultan visibles virtualmente en el mismo marco temporal, pueden oírse en el instante mismo en que están hablando o ser vistas en el momento en que actúan a pesar de no compartir la misma ubicación espacial que los individuos para quienes resultan visibles. Además, los medios electrónicos se han caracterizado por una abundancia de claves simbólicas capaces de permitir la reproducción de algunos de los rasgos propios de la interacción cara a cara con estos nuevos medios, pese a que las propiedades espaciales de la interacción cara a cara y la cuasiinteracción mediata sean entonces radicalmente diferentes. La radio permitió codificar las cualidades orales de la voz humana y transmitirlas a personas alejadas, mientras que la televisión permitió grabar y retransmitir las pautas orales y visuales. Con la llegada de la televisión, por tanto, los individuos quedan capacitados para ver personas, acciones y acontecimientos, además de poder escuchar la palabra hablada y otros sonidos, de un modo que puede ser simultáneo e independiente del espacio. En la era de la televisión, la publicidad mediática se define cada vez más por la visibilidad entendida en su estricto sentido de visión (es decir, de la capacidad para ser visto con los ojos), pese a que este nuevo campo de visión sea completamente diferente del campo de visión que tienen los individuos en sus cotidianos encuentros con otras personas.

Los modos en que los dirigentes políticos aparecen ante otras personas ha sido configurado por las cambiantes formas de la publicidad creada por los medios. Con la llegada de la radio, los dirigentes políticos empezaron a poder hablar directamente a miles e incluso a millones de personas, de un modo capaz de permitir un tipo de intimidad característico —a saber, la intimidad no recíproca a distancia— que era muy diferente de las peculiares relaciones entre el hablante y su audiencia que pueden hallarse en las reuniones de masas. En los días anteriores a la amplificación del sonido, un hablante que quisiera dirigirse a una masa congregada debía proyectar su voz con gran fuerza; los hablantes se situaban por lo general ante su audiencia, de modo que se los pudiera ver, y a menudo utilizaban un encendido lenguaje capaz de provocar una respuesta colectiva. Sin embargo, con la llegada de la radio, la retórica válida para una comunicación efectuada a cierta distancia física dejó parcialmente paso a la intimidad mediata; la fogosa ora-

toria del discurso vehemente pudo trocarse en la intimidad propia de una conversación o de una charla junto al fuego.[9] Si añadimos la riqueza visual de la televisión, tendremos dispuesto el escenario para el florecimiento de un nuevo tipo de intimidad en la esfera pública. Ahora los líderes políticos ya pueden dirigirse a sus súbditos como si lo hicieran ante familiares o amigos. Y dada la capacidad de la televisión para transmitir imágenes de primeros planos, los individuos pueden examinar también las acciones y afirmaciones de sus dirigentes —sus expresiones faciales, su apariencia personal, sus gestos y su lenguaje corporal, entre otras cosas— con el mismo tipo de estrecha atención que antes se reservaba a aquellos con los que se compartía una relación personal íntima.

El desarrollo de los nuevos medios de comunicación dio así lugar a un nuevo tipo de publicidad independiente del espacio y que permitía una forma de presentación personal muy íntima y liberada de las constricciones impuestas por la copresencia. Éstas fueron las condiciones que facilitaron el auge de lo que podríamos llamar «la sociedad de la autorrevelación»: una sociedad en la que es posible, y de hecho crecientemente común, que los dirigentes políticos y otros individuos aparezcan ante lejanas audiencias y pongan al descubierto algunos aspectos de su propio yo o de su vida personal. La impersonal lejanía de la mayoría de los dirigentes políticos del pasado se vio progresivamente sustituida por este nuevo tipo de intimidad mediata por la cual los políticos no sólo podían presentarse a sí mismos como dirigentes sino como seres humanos, como individuos ordinarios que pueden dirigirse a sus gobernados en calidad de conciudadanos, exponiendo para ello, de modo selectivo, aspectos de sus vidas y de su carácter de una forma próxima a la conversación e incluso a la confesión. Lo que se ha perdido en este proceso ha sido una parte del aura, de la «grandeza», que rodeó a los dirigentes políticos y a las instituciones del pasado, un aura que se había mantenido en parte por la lejanía de los dirigentes y por la distancia que guardaban respecto de los individuos sobre los que gobernaban.[10] Lo que se ganó fue la capacidad de hablar directamente a los propios gobernados, la posibilidad de aparecer ante ellos como un ser humano de carne y hueso hacia el que éstos pudieran sentir alguna empatía e incluso alguna

9. Este tema lo investiga perspicazmente Kathleen Hall Jamieson en su *Eloquence in an Electronic Age: The Transformation of Political Speech-making*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1988, especialmente en el capítulo 3.

10. Este punto lo desarrolla de manera muy eficaz Joshua Meyrowitz; véase su *No Sense of Place: The Impact of Electronic Media on Social Behavior*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1985, págs. 270 y sigs.

simpatía, la aptitud para dirigirse a ellos no como a súbditos sino como a amigos. En pocas palabras, los dirigentes políticos adquirieron la capacidad de presentarse a sí mismos como algo que los integrantes de las masas pudiesen considerar «uno de nosotros».

Una de las consecuencias del auge de la sociedad de la autorrevelación fue que los dirigentes políticos y otras figuras públicas pudieron ser, y empezó a ser probable que así fuera, cada vez más apreciados en términos de sus cualidades personales como individuos y no sólo en los términos definidos por sus logros en la vida pública. Cuanto más procuraron los dirigentes políticos y otros individuos presentarse a sí mismos en los medios como personas corrientes con vidas corrientes, tanto más probable fue que las audiencias a las que se dirigían se sintieran inclinadas a valorarlos en función de su *carácter* como individuos —en términos de su sinceridad, su honestidad, su integridad, su condición de personas dignas de confianza—. De ahí que, aunque el uso de la autorrevelación proporcionara a los dirigentes políticos y a otros individuos, por un lado, formas nuevas de apelar a las audiencias y de procurar la obtención de su apoyo, también implicó, por otro, la existencia de nuevos riesgos. Al presentarse a sí mismos como individuos corrientes con sus propios valores y creencias, con su propia vida y compromisos personales, y con sus propias razones y motivos para hacer lo que hacían, los dirigentes políticos y otros individuos estaban confiriendo al carácter y a la integridad una relevancia aún mayor en la vida pública. Pero el carácter era un atributo por el cual podían, con idéntica facilidad, ser condenados.

Primeros usos de la noción de «escándalo» en los medios

El auge del escándalo como fenómeno de significación que rebasa lo local es un desarrollo que coincide con la aparición de la imprenta y los medios electrónicos de comunicación. Estos medios crearon, como hemos visto, un nuevo tipo de publicidad que permitió a los individuos emprender acciones y acontecimientos de mucha mayor visibilidad que en el pasado. Gracias a los medios, la visibilidad quedó separada de la copresencia: cada vez fue más posible que terceras personas vieran, escucharan o tuvieran noticia de lo sucedido con individuos, acciones y acontecimientos situados en contextos distantes, muy alejados de las circunstancias en que los individuos visibles se encontraban ubicados o de las circunstancias en que tenían lugar las acciones visibles. Esto creó nuevas oportunidades para que los indivi-

duos se presentaran ante otras personas que se encontraban ampliamente diseminadas por el espacio (y quizá también en el tiempo), proporcionándoles un tipo de visibilidad que hubiera sido inconcebible en épocas precedentes, pero que también creaba nuevos riesgos. La visibilidad mediata fue un obsequio para aquellos que llegaron a ser consumados expertos en el uso de los medios de comunicación para dar forma a su imagen o para promover sus fines. Sin embargo, debido a que los medios hacían visible la totalidad de las esferas de acción sobre las que se volcaban, esferas que se encontraban previamente apartadas de la vista, y debido igualmente a que generaban un complejo campo de imágenes y un no menos complejo flujo de información que resultaban muy difíciles de controlar, la visibilidad mediática contenía la posibilidad de convertirse también en una trampa.

Los gobernantes políticos de los primeros tiempos de la Europa moderna eran muy conscientes de que la imprenta era un poderoso medio que no sólo podía usarse para promover y realzar su imagen, sino también para atacarla y socavarla. Aunque las actividades de los monarcas fueron reseñadas y festejadas de forma regular en los medios impresos, estos gobernantes también fueron blanco de los redactores de libelos y de los escritores satíricos que denunciaban su vanidad, su arrogancia, su falta de escrúpulos, su irreverencia en materia de religión, su incompetencia y su injusticia. En Francia, por ejemplo, Luis XIV era habitualmente descrito en la prensa real como un héroe de guerra, pero era satirizado por los escritores de pasquines, que le caricaturizaban asemejándolo al hombre tímido en la batalla pero de inclinaciones promiscuas («vos huís de las guerras pero corréis tras las muchachas»[11]). Ciertos aspectos de la vida privada que se evitaban por lo general en la prensa real se veían frecuentemente resaltados y parodiados por los escritores de pasquines —las relaciones de Luis XIV con sus amantes, por ejemplo, y su segundo matrimonio con Madame de Maintenon, quedaron abierta y jocosamente expuestos en panfletos como *Les Conquêtes amoureuses du Grand Alcandre* (1685) y *The French King's Wedding* (1708), pese a que esos temas se evitaban con el mayor cuidado en los medios oficiales—.[12] A principios del siglo XVIII había aparecido un género expreso para la literatura política subversiva, género que incluía los *libelles* y las *chroniques scandaleuses*, cuyo propósito era relatar la vida privada de los reyes y los cortesanos y que los presenta-

11. *Remarques sur le gouvernement du royaume*, panfleto anónimo que se cita en Burke, *The Fabrication of Louis XIV*, pág. 139.

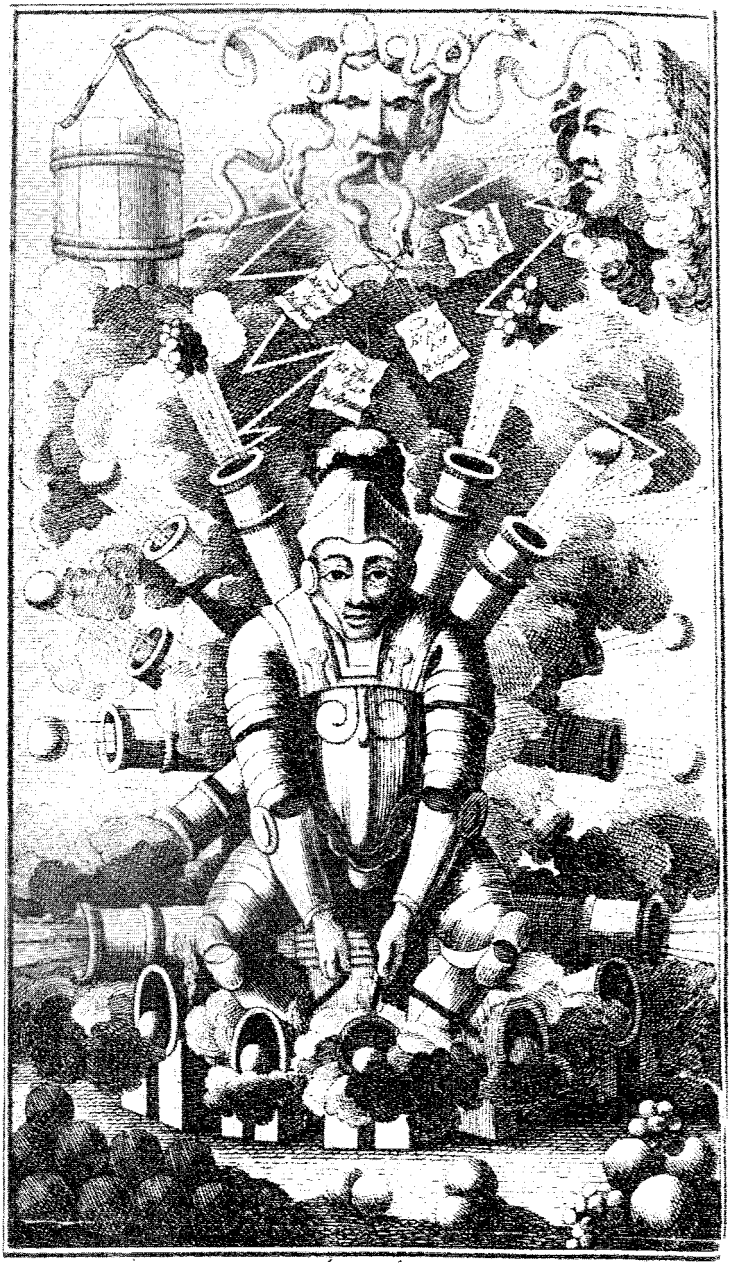
12. Burke, *The Fabrication of Louis XIV*, págs. 135 y sigs.

ba a una poco halagadora luz.[13] Estos irreverentes relatos se disfrazaban a menudo como la auténtica explicación de lo que había sucedido tras la fachada del poder e incorporaban supuestos extractos de la correspondencia secreta de los aludidos y citas presuntas de sus conversaciones privadas. Obras como la *Vie privée de Louis XIV* y las *Anecdotes sur Mme. la comtesse du Barry*, que pretendían narrar las hazañas de una antigua prostituta que se había convertido en la amante de Luis XIV y utilizó sus habilidades en el «más refinado arte del libertinaje» para reanimar la decaída vida sexual del monarca, se convirtieron en libros de sonadas ventas. La literatura de este tipo fue prohibida formalmente en Francia durante los siglos XVII y XVIII, pero era extremadamente difícil de suprimir para las autoridades. Los impresores y los libreros encontraban incontables modos de esquivar a los censores, y los textos prohibidos en Francia se imprimían frecuentemente en otros territorios (como la República de los Países Bajos) y eran pasados de contrabando por mercaderes y buhoneros. Tanto los autores como los editores de textos polémicos permanecían con frecuencia en el anonimato o usaban un seudónimo, e incluso era habitual que se alteraran los lugares de publicación. La censura estimuló un vigoroso comercio de libros de contrabando.

En Inglaterra, la circulación de panfletos satíricos y otros materiales impresos fue una característica común del periodo isabelino. Gran parte de esta primera literatura panfletaria era de tono sensacionalista y moralizador.[14] A menudo relataba acontecimientos extraños o sobrenaturales, como casos de brujería, de observación de monstruos, o de condiciones climáticas anormales. Con todo, algunos de los panfletos de la época isabelina eran también sátiras sociales que brindaban elaborados comentarios —a menudo expresados en forma de alegorías— sobre los vicios y la torpeza moral de la época. A este respecto, la primera literatura panfletaria conservaba algu-

13. Véase Robert Darnton, *The Forbidden Best-Sellers of Pre-revolutionary France*, Londres, Harper Collins, 1976, especialmente las págs. 76-82. Darnton argumenta que esta literatura erosionó gradualmente la legitimidad del antiguo régimen: «como el goteo del agua sobre una piedra, las denuncias de los reyes disolutos y de los ministros maliciosos desgastaron el carácter sagrado del manto que hizo legítima a la monarquía a los ojos de sus súbditos», pág. 216.

14. Véase especialmente Sandra Clark, *The Elizabethan Pamphleteers: Popular Moralistic Pamphlets 1580-1640*, Londres, Athlone Press, 1983. Véase también Leslie Shepard, *The History of Street Literature*, Newton Abbott, David y Charles, 1973; Margaret Spufford, *Small Books and Pleasant Histories: Popular Fiction and its Readership in Seventeenth-Century England*, Londres, Methuen, 1981.



3. El *libelliste*, tomado de la portada de *Le Gazetier cuirassé, ou anecdotes scandaleuses de la cour de France*, por Charles Theveneau de Morande, 1771. El *libelliste* aparece representado como un reportero revestido de armadura que dispara sus cañones en todas direcciones contra el *ancien régime*.

nas de las preocupaciones moralizadoras de los tradicionales sermones hablados (el tema de los siete pecados capitales era una de las preocupaciones habituales de los primeros panfletistas), aunque esas preocupaciones se expresaban ahora por escrito y habían pasado a insertarse en un género literario que pronto adquiriría sus propias convenciones. Los panfletos y libelos del siglo XVI fueron por tanto un medio a través del cual podía articularse públicamente el oprobio moral (y así sucedió con frecuencia), haciéndolo circular en un soporte impreso.

Los panfletos de la época isabelina solían narrar las vidas de granujas y vagabundos, pero rara vez discutían y criticaban abiertamente las vidas y las acciones de los poderosos. Un decreto del Tribunal de la Cámara[15] de 1586 estableció un sistema general para autorizar y censurar escritos que restringía el número de impresores de Inglaterra y controlaba estrictamente la publicación de noticias nacionales. Cuando comenzaron a aparecer las periódicas hojas noticiosas (o corantos) en los primeros años de la década de 1620, se intentó suprimirlas y prohibir la importación de los corantos publicados en el extranjero. Sin embargo, a medida que se iba haciendo más profunda la crisis entre Carlos I de Inglaterra y el Parlamento, la corona encontró paulatinamente más difícil lograr el cumplimiento de su decreto de control de prensa, hasta que, en 1641, el Tribunal de la Cámara quedó abolido. Así dio comienzo un periodo de relativa ausencia de control y de activa publicación de periódicos, crónicas y panfletos que abordaban los acontecimientos de la guerra civil y las circunstancias que la rodearon.[16] La crisis estimuló la demanda de noticias de actualidad sobre los asuntos políticos nacionales, y la derogación de los estrictos controles sobre la prensa significó una oportunidad para que los editores e impresores pudiesen atender la creciente demanda. No sólo respondieron proporcionando con regularidad noticias sobre acontecimientos nacionales, sino también generando panfletos y crónicas que se convertían en parte integrante del conflicto que estaban sacando a la luz. Aparecieron panfletos y crónicas que apoyaban a determinadas facciones políticas y que difundían ataques contra eminentes personalidades públicas, incluyendo la del propio rey.

15. Se trata de un tribunal compuesto por jueces y juristas privados derivado de los consejos de los reyes medievales ingleses. Fue muy popular en la época de Enrique VIII por su capacidad para administrar justicia allí donde no lograban hacerlo otros tribunales. (*N. del t.*)

16. Véase Joseph Frank, *The Beginnings of the English Newspaper*, 1620-1660, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1961; Joad Raymond, *The Invention of the Newspaper: English Newsbooks 1641-1649*, Oxford, Oxford University Press, 1996.

El otoño de 1641 marcó así el comienzo de una «guerra de panfletos» que se fue haciendo cada vez más ácida y agresiva conforme se iba prolongando la guerra civil. Los panfletos y las crónicas se encargaron de fomentar la sedición, intoxicando a la población e incluyendo párrafos de carácter herético, blasfemo, difamatorio y «escandaloso». En agosto de 1645, por ejemplo, Marchamont Nedham —un destacado escritor de la época y coeditor de la crónica antimonárquica *Mercurius Britanicus*— lanzó una ofensiva contra el rey, al que acusaba de tener «conciencia culpable, manos manchadas de sangre y un corazón repleto de votos incumplidos y protestas», además de burlarse de su defecto de dicción.[17] Este ataque recibió la condena de los lores por suponer «un escándalo respecto a la persona del rey»,[18] y Nedham —junto al impresor y a la persona que había concedido al *Britanicus* la autorización para publicar— fue encarcelado; Nedham quedó en libertad al poco tiempo, una vez hubo redactado, al parecer tras haber recibido órdenes de hacerlo, una pública disculpa.[19] En 1647, la Cámara de los Comunes, preocupada por la proliferación de panfletos monárquicos críticos con las negociaciones entre los dirigentes del Parlamento, los oficiales del ejército y el rey, redactaron una ordenanza para suprimir esos «escandalosos e injuriosos» panfletos.[20] Sin embargo, las crónicas críticas y satíricas continuaron apareciendo, ya que sus autores utilizaban a veces imprentas clandestinas con el fin de esquivar a los agentes del gobierno. La ordenanza de 1647 fue seguida por un decreto mucho más severo del Parlamento en septiembre de 1649 que de hecho ponía a las crónicas fuera de la ley y autorizaba a la Compañía de Publicaciones[21] a irrumpir en las imprentas y registrarlas en busca de panfletos sediciosos y sin autorización.

Por consiguiente, la guerra de los panfletos de 1640 fue testigo del explícito uso del término «escandaloso» en relación con las encontradas reivindicaciones reflejadas en los medios impresos. En este contexto el adjetivo «escandaloso» se usaba fundamentalmente para aludir a las alegaciones que causaban perjuicio o resultaban difamatorias, y no para señalar trans-

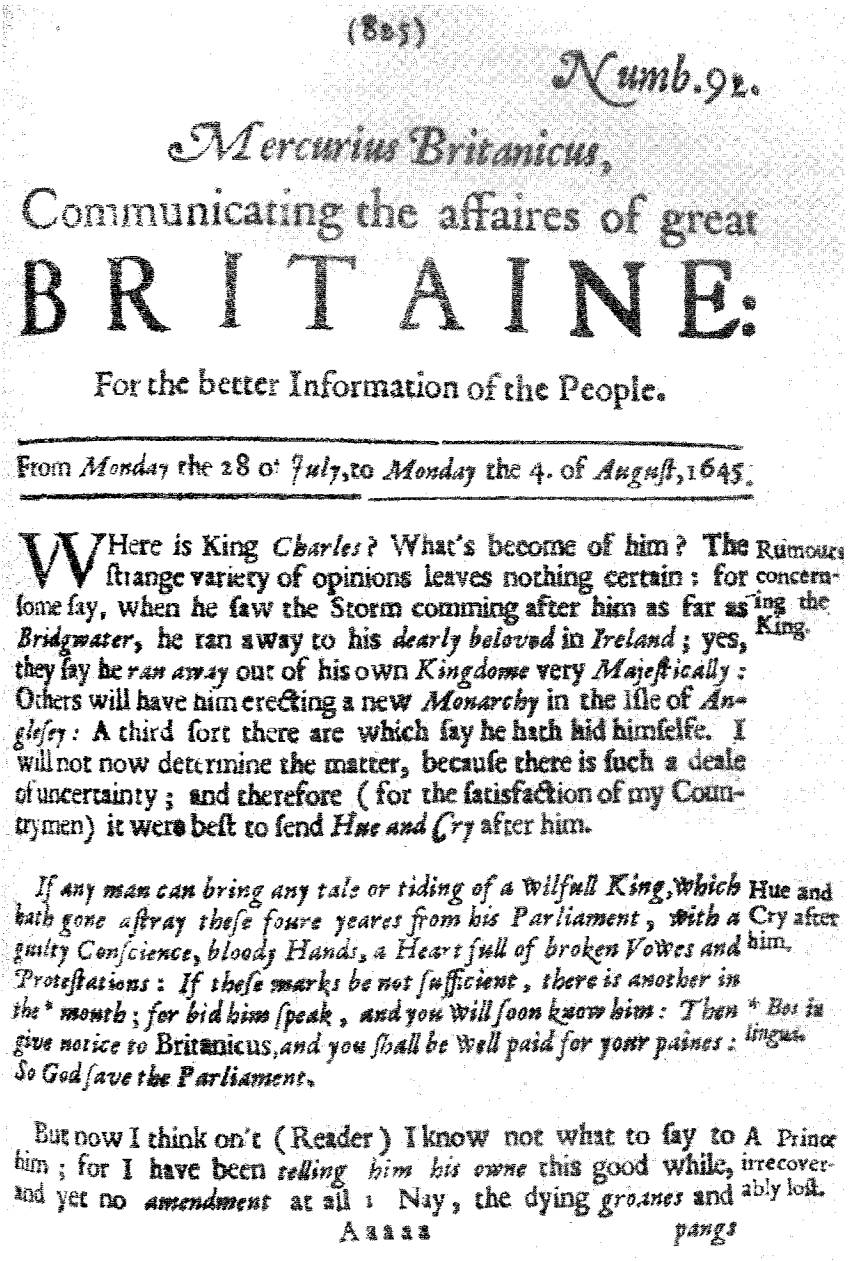
17. *Mercurius Britanicus*, 92, 4 de agosto de 1645, págs. 825-826.

18. *Journals of the House of lords*, vol. 7, 1644-1645, pág. 525.

19. Véase Raymond, *The Invention of the Newspaper*, págs. 42-43, para una relación más detallada sobre este episodio.

20. Frank, *The Beginnings of the English Newspaper*, págs. 135 y sigs.; Raymond, *The Invention of the Newspaper*, págs. 54 y sigs.

21. La Stationers' Company era una unidad encargada, entre otras cosas, de la concesión de autorizaciones a las diversas publicaciones, de su posterior control y de suministrar un ejemplar de toda obra impresa a las principales bibliotecas inglesas. *(N. del t.)*



(825)

Numb. 92.

Mercurius Britanicus,

Communicating the affaires of great

BRITAINE:

For the better Information of the People.

From *Monday* the 28 of *July*, to *Monday* the 4. of *August*, 1645.

WHere is King *Charles*? What's become of him? The strange variety of opinions leaves nothing certain: for some say, when he saw the Storm comming after him as far as *Bridgwater*, he ran away to his *dearly beloved* in *Ireland*; yes, they say he *ran away* out of his own *Kingdome* very *Majestically*: Others will have him erecting a new *Monarchy* in the Isle of *Anglesey*: A third sort there are which say he hath hid himselfe. I will not now determine the matter, because there is such a deale of uncertainty; and therefore (for the satisfaction of my Countrymen) it were best to send *Hue and Cry* after him. Rumours concerning the King.

If any man can bring any tale or tiding of a Wilfull King, which hath gone astray these foure yeares from his Parliament, with a guilty Conscience, bloody Hands, a Heart full of broken Vowes and Protestations: If these marks be not sufficient, there is another in the mouth; for bid him speak, and you will soon know him: Then give notice to* Britanicus, *and you shall be well paid for your paines: So God save the Parliament.* Hue and Cry after him. * Bos in lingua.

But now I think on't (Reader) I know not what to say to him; for I have been *telling him his owne* this good while, and yet no *amendment* at all: Nay, the dying *groanes* and A Prince irrecoverably lost.

4. *Mercurius Britanicus* nº 92, 28 de julio al 4 de agosto de 1645. La primera página de este número de la crónica de Nedham era un ataque contra Carlos y recibió la condena de los lores por suponer «un escándalo respecto a la persona del rey».

gresiones morales que ofendieran el sentido de la decencia. Fue sin embargo durante esa época —aproximadamente desde los tiempos de los panfletistas isabelinos hasta el final de la guerra civil— cuando el concepto de escándalo adquirió cierta relevancia en la lengua inglesa y quedó explícitamente vinculado a los medios impresos. La conexión entre el escándalo y los medios debe por tanto sus orígenes a la cultura panfletaria de finales del siglo XVI y principios del XVII, una cultura en la que «escandaloso» se usaba para caracterizar las reivindicaciones, alegaciones, acusaciones y retratos literarios reproducidos en los medios impresos.

El posterior desarrollo de la relación entre el escándalo y los medios recibió su forma de las tornadizas tendencias de la regulación política, de la volubilidad de las convenciones y las prácticas de publicación, de las cambiantes tecnologías mediáticas y de un giro gradual en el significado de la propia palabra «escándalo». Hacia el final del siglo XVII, el sistema de autorizaciones, que había sido restablecido tras la guerra civil, cayó en desuso y fue seguido por un torrente de nuevas publicaciones periódicas. La Inglaterra del siglo XVIII disfrutó de una vigorosa cultura impresa. El primer diario de noticias de Inglaterra, el *Daily Courant* de Samuel Buckley, apareció en 1702 y se vio pronto seguido por otros, como el *Daily Post* en 1719 y el *Daily Journal* en 1724. También apareció una gran diversidad de periódicos más especializados, incluyendo a algunos —como el *Tatler*, el *Spectator*, la *Review* de Daniel Defoe y el *Examiner* de Jonathan Swift— que se especializaban en la publicación de comentarios sociales y políticos. Para 1750, Londres contaba ya con cinco diarios consolidados, seis publicaciones trisemanales, cinco semanarios y un gran número de otras publicaciones periódicas, sin contar la naciente prensa provincial. Los noticieros y los periódicos eran distribuidos a través de redes de agentes comerciales y de vendedores ambulantes, y los periódicos podían leerse en las tabernas y cafés que proliferaban en Londres y otras ciudades y pueblos de la Inglaterra del siglo XVIII. La tradición de la literatura callejera también conoció una época de florecimiento, ya que los vendedores ambulantes, los buhoneros y los baratilleros imprimían y vendían libelos, panfletos y libros de coplas en las calles. La crítica a los dirigentes políticos era corriente, y en ocasiones encendida, de modo que poco a poco se fue proporcionando al creciente número de lectores una mayor variedad de comentarios —algunos de ellos críticos e incluso agudamente críticos, otros de intención fundamentalmente favorable— sobre las actividades de los ministros del gobierno y los reyes.

No era infrecuente que la prensa periódica del siglo XVIII sufriera los ataques de los ministros del gobierno y otras personalidades, acusada de la

publicación de alegaciones escandalosas. Al igual que ocurría en el siglo XVII, «escandaloso» se utilizaba sobre todo para designar los argumentos ofensivos o difamatorios que eran potencialmente infamantes o sediciosos. Sin embargo, en el siglo XVIII, el contexto político e intelectual en el que se desarrollaban las luchas de este tipo resultaba notablemente cambiante: la libertad de la prensa para expresar abiertas críticas a los ministros del gobierno y a los reyes estaba siendo reivindicada cada vez más como un *derecho* que debía ser amparado con el fin de garantizar y proteger la libertad de los individuos de las acciones potencialmente restrictivas y opresoras del Estado. Al llegar el final del sistema de autorizaciones, en 1695, los principales mecanismos utilizados por el gobierno para ejercer algún control sobre los medios fueron los impuestos sobre la impresión, que gravaban con tasas a los periódicos,[22] y las severas leyes contra los libelos, que, sin necesidad de ninguna restricción previa, proporcionaban un medio para castigar a aquellos individuos que publicaran materiales considerados peligrosos u ofensivos. Las luchas del siglo XVIII relacionadas con las alegaciones escandalosas en los medios impresos se vieron de este modo íntimamente unidas a un más amplio debate en torno a los límites de la libertad de prensa en un contexto en el que la prensa periódica se había convertido, por vez primera, en una característica central de la vida política y estaba dispuesta a afirmar sus derechos.

Nada ilustra mejor esta situación que la controversia en que se vieron envueltas las actividades editoriales de John Wilkes. Elegido como miembro del Parlamento por el condado de Aylesbury en 1757, Wilkes se convirtió en un feroz opositor de los gobiernos de lord Bute y George Grenville. En 1762 Wilkes fundó un nuevo semanario titulado *North Briton*.[23] Amparándose en la libertad de prensa, Wilkes utilizó el *North Briton* como una plataforma desde la cual lanzar una serie de incisivos y vituperantes ataques contra Bute y Grenville, entre otros. El gobierno se fue poniendo cada vez más impaciente al constatar el virulento tono de las críticas y comenzó a investigar el periódico por difamación. El número 45 del *North Briton* fue el colmo. El 8 de abril de 1763, lord Bute dimitió como primer ministro, de-

22. Véase F. S. Siebert, *Freedom of the Press in England*, 1476-1776, Urbana, University of Illinois Press, 1952.

23. Para unas relaciones más detalladas sobre las actividades políticas y publicitarias de Wilkes, véase Robert Rea, *The English Press in Politics 1760-1774*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1963, capítulos 2-5; John Brewer, *Party Ideology and Popular Politics at the Accession of George III*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976, véase en especial el capítulo 9.

jando su puesto a George Grenville, y el 19 de abril el rey Jorge III cerró la sesión parlamentaria con un discurso que se hacía eco del griterío político contra Bute y Grenville. Encolerizado por el discurso del rey, Wilkes escribió una mordaz respuesta que sugería que la imparcialidad de la corona se había visto comprometida por la complacencia del rey, dispuesto a ratificar «las más odiosas medidas».[24] El número 45 del *North Briton* se publicó el 23 de abril, y la semana siguiente se publicó un despacho para proceder al arresto de los individuos responsables de la publicación. Wilkes fue arrestado y encarcelado en la Torre de Londres, donde permaneció encerrado durante varios días antes de ser puesto en libertad debido a su aforamiento como parlamentario.

Imbuido de nuevo vigor por su breve estancia en la Torre, el audaz Wilkes puso en marcha una imprenta en su casa de la calle Great George y, entre otras cosas, reimprimió el provocador número del *North Briton*. Con bastante poca precaución, también utilizó su imprenta para publicar una serie de versos obscenos titulados *An Essay on a Woman* (ridiculizando el *Essay on Man* de Pope). Cuando el Parlamento se volvió a reunir, en noviembre de 1763, se presentó una moción para expulsar a Wilkes de la Cámara de los Comunes por quebrantamiento de fuero. Los lores condenaron el *Essay* por considerarlo «el más escandaloso, obsceno e impío libelo», mientras que los Comunes redactaron una resolución en la que declaraban que el número 45 del *North Briton* era «un libelo falaz, escandaloso y sedicioso repleto de expresiones de la más inaudita insolencia y contumelia respecto de Su Majestad», y dieron instrucciones para que «dicho escrito [fuera] quemado a manos del verdugo del populacho».[25] Presintiendo que las cosas se ponían en su contra, Wilkes partió precipitadamente hacia París, donde habría de permanecer durante varios años. El 20 de enero de 1764, los Comunes aprobaron la moción que expulsaba a Wilkes de la Cámara, y el 21 de febrero fue hallado culpable de libelo en rebeldía.

Pero la carrera política de Wilkes no había terminado en modo alguno. El hecho de que hubiera sido castigado por su clara y abierta crítica al gobierno y al rey le convirtió en un héroe popular. Regresó a Inglaterra en 1768, fue encarcelado, salió tras pagar una multa y posteriormente fue reelegido miembro del Parlamento, donde se le negó un escaño hasta 1774, fecha en la que por fin se le permitió regresar a la Cámara de los Comunes en

24. *North Briton*, 45, 23 de abril de 1763.

25. *The Parliamentary History of England, from the Earliest Period to the Year 1803*, vol. 15, 1753-1765, cols. 1347, 1359-1360.



5. «El señor John Wilkes», 1763. Célebre retrato que William Hogarth hizo del malicioso Wilkes, cuyo número 45 del *North Briton* le convirtió en blanco de la cólera del Parlamento y le obligó a una breve estancia en la Torre de Londres.

calidad de miembro parlamentario por el condado de Middlesex. Al igual que muchas de las polémicas que implicaban cargos por haber incurrido en escándalo durante el siglo XVIII, el asunto Wilkes guardaba menos relación con la revelación de acciones que ofendieran la moralidad pública que con la publicación de alegaciones que eran consideradas indecentes e infamantes, y que podían ser interpretadas como una alteración del orden público. Una figura con actividades tan estrechamente relacionadas con el escándalo podía aparecer como héroe popular precisamente por el hecho de que, en el contexto vigente en la Inglaterra de finales del siglo XVIII, la supresión de este tipo de publicaciones abrasivas, a veces difamatorias y ocasionalmente temerarias, podía interpretarse en ciertos círculos como una restricción opresiva de la libertad de prensa.

El surgimiento del escándalo como acontecimiento mediático

A finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX, el uso del término «escándalo» en cuanto voz relacionada con los medios comenzó a cambiar, ya que el vocablo estaba siendo gradualmente separado de su estrecha asociación con el libelo y la sedición para verse aplicado cada vez más a una gama de fenómenos dotados de ciertas características peculiares. En los siglos XVI y XVII ya existían algunas formas de literatura popular, como los panfletos y los libelos, que ofrecían relaciones —a veces muy críticas y satíricas, como hemos visto— de las vidas y las actividades de los poderosos. Pero a finales del siglo XVIII, este tipo de material impreso tuvo que adaptarse al formato de los periódicos y fue adquiriendo poco a poco una serie de características nuevas. Las primeras señales de este desarrollo se hicieron evidentes en las páginas de un cierto número de nuevos diarios establecidos en Londres a finales del siglo XVIII, periódicos como el *Morning Post*, que consagraba una gran parte de su espacio a relatar anécdotas y chismes acerca de personajes prominentes por su riqueza y su poder.[26] Sin embargo, este género emergente adquirió un significado completamente distinto tras una serie de cambios fundamentales que transformaron la naturaleza de la prensa en el transcurso del siglo XIX. Hubo tres cambios particularmente relevantes.

En primer lugar, se produjo un cambio en la base económica y tecnológica de la prensa. Los primeros periódicos de los siglos XVII y XVIII eran em-

26. Véase Lucyle Werkmeister, *The London Daily Press 1772-1792*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1963.

presas comerciales relativamente pequeñas, a menudo regidas como negocios familiares. Las tiradas de las imprentas eran relativamente modestas y los precios relativamente altos, pues los periódicos se dirigían principalmente a las elites comerciales, políticas y culturales. Incluso el *Morning Post*, que se orientaba en mayor medida que otros periódicos al entretenimiento, circuló en sus primeros tiempos por la elegante zona londinense del West End. Los primeros periódicos se financiaban con la suma generada por los ingresos obtenidos con las ventas, los anuncios, las ayudas aportadas por individuos particulares o por partidos políticos, y las tarifas que se cobraban a los individuos, los partidos o los gobiernos por imprimir textos, ya fuera ésta una tasa periódica o única. (En la Inglaterra de finales del siglo XVIII era corriente que los periódicos cobrasen unos derechos a los partidos políticos, o bien, de forma individual, a cada político, por el hecho de imprimir los párrafos que les concernían —y que en la jerga de la época se conocían como *puffs*—.) Sin embargo, los desarrollos tecnológicos de principios del siglo XIX revolucionaron las condiciones en que se producían los periódicos, haciendo posible que las imprentas realizaran tiradas más amplias a un coste relativamente bajo. Al mismo tiempo, la disminución del analfabetismo creó un mercado creciente para los materiales impresos. A partir de 1830, la tirada de algunos periódicos consolidados comenzó a crecer considerablemente y empezó a aparecer una gran variedad de periódicos baratos pensados para un mercado de lectores más amplio. En Inglaterra, la abolición de los derechos del papel timbrado y las tasas sobre la publicidad a partir de 1850 aceleraron la tendencia. Éstos fueron los orígenes de lo que habitualmente se conoce como la «prensa de a penique».

Los nuevos periódicos baratos del siglo XVIII adoptaron un característico estilo de presentación, más ligero y vivaz. Dado que obtenían sus ingresos fundamentalmente de las ventas y los anuncios, tenían un gran interés financiero en aumentar sus tiradas. Consagraban un espacio muy amplio a relatos sobre crímenes, violencia sexual, juego y deportes.[27] Habitualmente concentraban sus pesquisas en los individuos —en los ricos y poderosos, por supuesto, pero también en los individuos de clases inferiores cuyas experiencias fuesen de algún modo extraordinarias— y relataban determinados aspectos de sus vidas. Convirtieron lo que hoy llamaríamos «historias de interés humano» en una característica regular de la producción periodística. De hecho, podríamos decir, siguiendo a Michael Schudson, que «inventa-

27. Véase Alan J. Lee, *The Origins of the Popular Press in England 1855-1914*, Londres, Croom Helm, 1976.

ron» el concepto moderno de noticias, en el sentido de que consideraban las «noticias» como algo que debía ser descubierto mediante un proceso de averiguación, y vieron la vida cotidiana como un objeto susceptible de ser investigado.[28]

Un segundo desarrollo, íntimamente vinculado con el primero, fue el de la voluble relación entre la prensa y los partidos políticos. En los siglos XVII y XVIII era frecuente que los diarios y otras publicaciones periódicas exhibieran una explícita orientación política. Los diarios y las demás publicaciones periódicas solían ser propiedad de personas que tenían su particular afiliación política, y algunos de ellos recibían ayudas a través de pagos regulares provenientes de los partidos políticos. Sin embargo, el auge de los diarios baratos con grandes tiradas durante el siglo XIX alteró en ciertos aspectos la relación entre la prensa periódica y los intereses de partido. Los diarios de tirada masiva dependían menos del apoyo económico de los partidos políticos, y en algunos casos proclamaban explícitamente su neutralidad política. Informaban acerca de noticias políticas pero no necesariamente se identificaban con la defensa de los intereses de partido. Muchos periódicos trataron de distinguir con mayor precisión entre la información de las noticias y la expresión de una opinión, limitando ésta última a la página editorial. Por supuesto, esta tendencia general hacia la despolitización de la prensa no se verificaba en todos los diarios y demás publicaciones periódicas. Los escritos y periódicos políticos continuaron existiendo, y de hecho florecieron, sobre todo en Europa. Además, a pesar del debilitamiento del vínculo entre los partidos políticos y la prensa, muchos diarios y periódicos continuaron alineándose con determinados partidos o facciones, o se ubicaron en una determinada zona del espectro político.

Un tercer cambio importante fue el provocado por la aparición del periodismo como profesión. El origen de la profesión periodística data del siglo XIX.[29] Los propietarios de los diarios y los editores confiaban cada vez más en escritores pagados y en reporteros que recibían un salario por recoger informaciones y escribir historias. A medida que el cuerpo de escritores y reporteros fue volviéndose más amplio, comenzó a surgir una ética profesional para definir los principios de la buena práctica periodística. Esta ética destacaba sobre todo el deber de revelar e informar sobre

28. Michael Schudson, *Discovering the News: A Social History of American Newspapers*, Nueva York, Basic Books, 1978, capítulo 1.

29. *Ibid.*, capítulo 2, pág. 65: «Dado que la noticia estaba ya más o menos "inventada" para la década de 1830, el reportero fue una invención social de las décadas de 1880 y 1890».

los hechos. Pero también reconocía la necesidad de presentar los hechos en forma de una historia que fuese amena, colorista y entretenida. La fidelidad a los hechos y el entretenimiento constituían el doble ideal de la profesión periodística emergente. Sin embargo, estos ideales no siempre eran perfectamente compatibles, y era posible atenderlos con diferente énfasis. Algunos periódicos prefirieron destacar el ideal de los hechos y la necesidad de desnudarlos mediante un proceso de investigación, mientras que otros —especialmente aquellos que habían sido pensados para las mayores tiradas— optaron por subrayar el entretenimiento y la narración de historias.

Los cambios que transformaron a la prensa durante el siglo XIX son subyacentes a la aparición y desarrollo del escándalo como acontecimiento mediático. El moderno fenómeno del escándalo mediático —es decir, del escándalo como acontecimiento que implica la revelación en los medios de actividades previamente ocultas y moralmente ignominiosas cuya pública exposición pone en marcha una ulterior secuencia de sucesos— fue inventado a finales del siglo XVIII y principios del XIX. La nueva orientación de la prensa diaria, la invención del moderno concepto de noticia como conjunto de hechos sociales que deben ser revelados o puestos en evidencia, y el ascenso de la profesión periodística, se encuentran entre las condiciones determinantes que dieron forma al escándalo como acontecimiento mediático. En los siglos XVI y XVII, al igual que a principios del XVIII, las voces «escándalo» y «escandaloso» habían sido utilizadas fundamentalmente para caracterizar las publicaciones y alegaciones que se consideraban propias de un libelo o se veían como actividades sediciosas u obscenas. A partir del siglo XVIII, estos términos comenzaron a usarse cada vez más para describir un nuevo y característico tipo de acontecimiento que implicaba la exposición en los medios de actividades previamente ocultas y moralmente ignominiosas.

Para finales del siglo XIX, este tipo de escándalo mediático se había convertido en una característica relativamente frecuente del paisaje político. En Gran Bretaña había un cierto número de combativos editores —como W. T. Stead, de la *Pall Mall Gazette*, Henry Labouchère, del *Truth*, y Ernest Parke, de la *North London Press*— que se sentían comprometidos en la lucha contra los abusos y las injusticias sociales y no sentían miedo por utilizar sus periódicos como vehículos para lograr sus fines. En un contexto caracterizado por un rápido cambio social y por un creciente malestar respecto a cuestiones vinculadas con la sexualidad, como la prostitución y las enfermedades venéreas, estos editores desempeñaron un im-

portante papel en la configuración de una atmósfera propicia para el debate público.[30]

W. T. Stead fue un hombre particularmente relevante en este contexto.[31] Hijo de un pastor congregacionalista, Stead estaba imbuido de fuertes convicciones morales. Comenzó su carrera como profesor de la escuela dominical antes de incorporarse al *Northern Echo* en 1871. En 1880 se trasladó al *Pall Mall Gazette*, un influyente diario de sesgo liberal, donde pronto ocupó el puesto de editor. Sus apoyos se hallaban embarcados en la campaña contra la prostitución y el tráfico de adolescentes, que eran cuestiones muy polémicas en la época. Stead decidió utilizar la *Gazette* como medio para movilizar al público en apoyo de un proyecto de ley penal (que, entre otras cosas, proponía aumentar a 16 años la edad para que las chicas pudieran dar su consentimiento y prohibir el rapto con fines sexuales de jóvenes menores de 18 años).[32] Decidió poner en marcha una «Comisión de investigación especial y secreta» para realizar un seguimiento de la prostitución infantil, y tuvo la muy poco convencional iniciativa de comprar una chica de 13 años, introducirla en un burdel de Londres y enviarla luego al extranjero. Armado con esta evidencia, publicó una serie de artículos en la *Gazette* en julio de 1885 con el siguiente titular: «El tributo de vírgenes de la moderna Babilonia», en los que trató de exponer las crudas realidades del comercio de niñas prostitutas. Stead advirtió a sus lectores de que «La historia de este verdadero peregrinaje a un auténtico infierno no es de agradable

30. Para un debate más detallado sobre el clima moral a finales del siglo XIX en Gran Bretaña, véase Jeffrey Weeks, *Sex, Politics and Society: The Regulation of Sexuality since 1800*, segunda edición, Londres, Longman, 1989, capítulos 2-6; Trevor Fisher, *Scandal: The Sexual Politics of Late Victorian Britain*, Stroud, Alan Sutton, 1995.

31. Véase J. W. Robertson Scott, *The Life and Death of a Newspaper*, Londres, Methuen, 1952.

32. En la primavera de 1885, el chambelán de la ciudad de Londres acudió a Stead para implorar su ayuda con el fin de poner a la opinión pública a favor del Proyecto de ley penal que, pese a haber sido examinado en dos ocasiones por la Cámara de los Lores, se estaba retrasando en la Cámara de los Comunes. «Todo nuestro trabajo», dijo el chambelán, «será inútil a menos que puedas lograr que la opinión pública obligue al nuevo gobierno a estudiar el proyecto de ley penal y a que lo promulgue como ley». Entonces Stead visitó al jefe de Scotland Yard y le preguntó si se producían en Londres violaciones de chicas jóvenes. «Desde luego», contestó el jefe del departamento, «no hay ninguna duda al respecto». «¡Pues vaya!», exclamó Stead, «Sólo con pensarlo ya se indigna uno». «Así es», dijo el oficial, «y sin embargo, a pesar de ser tan indignante, ni siquiera es capaz de poner en pie a los vecinos». «En ese caso, *yo* me ocuparé de que se indignen», dijo Stead, y se dispuso a divulgar el asunto a toda la nación. Las citas son de Robertson Scott, *The Life and Death of a Newspaper*, págs. 125-126.

lectura, y no tiene intención de serlo. Es no obstante, un relato fidedigno de hechos innegables, mucho más "abominables, inconfesables y viles de lo que las fábulas han imaginado o se han atrevido a concebir hasta el momento"».[33] Los artículos narraban con todo lujo de detalles la historia de la muchacha puesta en el papel de alcahueta, cuyas afirmaciones se usaron como medio para exponer los horrores de la trata de blancas. Los artículos atacaban también la corrupción de la policía así como la hipocresía y la inmoralidad de los ricos y los poderosos, que hacían la vista gorda ante una tragedia que habían contribuido a generar.

Los artículos de Stead causaron sensación y secundaron la creciente presión ejercida sobre el Parlamento para que tramitara el proyecto de ley penal que había pasado a conocerse popularmente como «Ley Stead» y que finalmente recibió la aquiescencia real el 14 de agosto de 1885. Stead fue inmediatamente condenado por secuestro y encarcelado durante tres meses, pero su desenvuelta denuncia de la prostitución contribuyó a definir el cada vez más relevante papel de los periodistas como investigadores[34] capaces de utilizar la revelación de ocultas realidades para intervenir en el debate público, y, por otra parte, la *Gazette* siguió desempeñando un rol clave en los escándalos más sobresalientes de la Inglaterra de finales del siglo XIX.

Entre esos escándalos destacaba el relacionado con una casa de la calle Cleveland, justo después de la carretera de Tottenham Court en el West End londinense.[35] La casa era un burdel masculino dirigido por un hombre llamado Charles Hammond, que empleaba a chicos jóvenes para el servicio que ofrecía a su clientela. El escándalo estalló a partir de una rutinaria investigación de la policía sobre un incidente inconexo. A primeros de julio de 1889, una cierta suma de dinero desapareció de una de las salas de la Ofi-

33. *Pall Mall Gazette*, 4 de julio de 1885, pág. 1. Los artículos empezaron el 6 de julio de 1885 y duraron cinco días. Para un debate más detallado sobre los artículos y sobre la respuesta política, véase Robertson Scott, *The Life and Death of a Newspaper*, capítulos 13-14; Fisher, *Scandal*, capítulo 4; Judith R. Walkowitz, *City of Dreadful Delight: Narratives of Sexual Danger in Late-Victorian London*, Chicago, University of Chicago Press, 1992, capítulos 3-4.

34. Con toda seguridad así es cómo Stead entendió su propio papel en esta ocasión: «Con la ayuda de unos pocos amigos», escribió Stead, «acudí disfrazado a los lugares más bajos frecuentados por el vicio criminal con el fin de obtener únicamente una prueba más amplia de la realidad y del alcance de los males objeto de las quejas... Yo era un investigador que exponía uno de los vastos sistemas del crimen organizado». Citado en Robertson Scott, *The Life and Death of a Newspaper*, págs. 127-128.

35. Véase H. Montgomery Hyde, *The Cleveland Street Scandal*, Londres, W. H. Allen, 1976.

cina Central de Telégrafos, en el centro de Londres. Las sospechas recayeron sobre un telegrafista de 15 años llamado Charles Swinscow, a quien se encontró más dinero en los bolsillos de lo que cabía esperar en función de su salario. Al ser interrogado por la policía, admitió haber obtenido el dinero «acostándose con caballeros» en el número 19 de la calle Cleveland. Declaró que uno de sus compañeros del servicio de telégrafos llamado Henry Newlove, que trabajaba como mecanógrafo en el despacho del secretario de la Oficina Central de Correos, le había convencido para ir a esa casa. Newlove fue arrestado, junto con otro hombre llamado George Veck, mientras que Hammond huía a Francia.

Cuando Newlove quedó bajo arresto se quejó de haberse visto obligado a cargar con las culpas mientras otros hombres de buena posición seguían en libertad, pretendiendo aparentemente que lord Arthur Somerset y el conde de Euston solían visitar regularmente la casa. Esos nombres fueron mencionados de nuevo cuando se obtuvieron evidencias contra Newlove y Veck durante la instrucción preliminar ante el magistrado de la calle Marlborough en agosto y septiembre de 1889. La vinculación del caso con lord Somerset y el conde de Euston estimuló el interés de la prensa. Cuando Newlove y Veck fueron sometidos a juicio ante el Old Bailey en septiembre, se declararon culpables de los cargos de conducta indecente, siendo sentenciados a cuatro y nueve meses de cárcel respectivamente (unas condenas relativamente moderadas para este delito en la época). El juicio no duró más de media hora. Muchas personas sospecharon que se había sellado un pacto: Newlove y Veck recibirían condenas leves y el caso se cerraría rápidamente, de modo que se evitase la implicación de terceros. Empezaron a difundirse rumores de que la casa de la calle Cleveland no sólo había contado entre sus clientes a lord Somerset y al conde de Euston, sino también al príncipe Alberto Víctor (habitualmente conocido como príncipe Eddy), hijo mayor del príncipe y la princesa de Gales y segundo en la línea de sucesión al trono.

Esos rumores se convirtieron en denuncias públicas el 16 de noviembre de 1889, cuando la *North London Press* —un pequeño periódico radical que se ocupaba fundamentalmente de asuntos políticos locales así como de las condiciones en que se hallaban los trabajadores y los pobres— publicó un artículo con el titular: «Los escándalos del West End» en el que se mencionaban los nombres de lord Somerset y del conde de Euston, mezclándolos en el «indescriptiblemente nauseabundo escándalo de la calle Cleveland» y sugiriendo que se había permitido que ambos hombres salieran indemnes debido a que «su puesta a disposición judicial habría revelado el hecho de

NORTH LONDON PRESS, SATURDAY, 30 NOVEMBER, 1889. 5

THE WEST-END SCANDALS.

COMMITTAL OF THE EDITOR OF THE "PRESS" FOR TRIAL.

A DEFENCE FUND OPENED.

Lord Euston emphatically denies the libellous statement, and explains the circumstances under which he once visited the house in Cleveland-street.

The editor of this paper has been committed to take his trial at the sessions of the Central Criminal Court, which open on Monday, 16 December. The proceedings were initiated last Saturday morning, when on the application of Mr. Lionel Hart, instructed by Messrs. Lewis & Lewis, Justice Field granted his fiat for the commencement of criminal proceedings against Mr. Ernest Parke, whose solicitor, Mr. Minton Slater, offered no opposition. At Bow-street Police Court the same afternoon, Mr. George Lewis obtained from Mr. Vaughan a warrant for



LORD EUSTON.

Mr. Parke's arrest, the Earl of Euston supporting the application by testifying to the truth of the affidavit he had made denying the libellous statements complained of. Sergeant Partridge was sent with the warrant to the *Star* office, but being by inadvertence informed that Mr. Parke had left, went to his place of residence at Clapham. Meanwhile, however, Mr. Parke heard of the issue of the warrant, and at once went to Bow-street

TO SURRENDER HIMSELF,

accompanied by gentlemen who offered bail to the amount of £1,500. The magistrate had, however, left, the hour being half-past five, and Detective-Inspector Conquest—who was in charge—had no authority to accept bail. The Chief Commissioner Mr. Monro was consulted, but finally at 10.30 Mr. Parke and his friends were informed that the ordinary course could not be departed from and he must be detained in the cells till Monday morning. Everything was done for his comfort that the police regulations regarded as the disgrace and opprobrium of modern civilisation." The paragraph concluded by warning Mr. Matthews, the Home Secretary, that if he did not take action before Parliament met he would have a heavy reckoning to settle. Mr. Lewis continued that the accusation was a very atrocious one, and he should ask that the defendant be committed for trial. The circumstances, so far as Lord Euston was concerned, were these. He had never committed any crime of any sort or kind. That statement was

ABSOLUTELY WITHOUT ANY FOUNDATION

so far as he was concerned. He had never left the country, and there had been no warrant issued so far as he knew for his apprehension. If there was any warrant out. Lord Euston was present that day to be apprehended; but it was perfectly untrue that such a warrant had issued. All that he knew about the case was simply this. One evening at the end of May or the beginning of June Lord Euston was walking in Piccadilly at about 12 o'clock at night when a man put into his hand a card on which were the words "Poses Plas-



HAMMOND.

tiques.—Hammond, 19, Cleveland-street." About a week later

LORD EUSTON WENT TO THE HOUSE,

between 10.30 and 11 at night. A man opened the door to him and asked him for a sovereign, which Lord Euston gave him. Lord Euston asked about the poses plastiques, when the man made an indecent proposal to him, on which Lord Euston called him an infernal scoundrel, and threatened to knock him down if he did not at once allow him to leave the house. The door was then opened and Lord Euston at once left the house. That was all he knew of the matter.

Formal evidence was then given of the publication of the libel and of the connection of Mr. Parke with the paper, but Mr. Lockwood observed that the evidence was hardly necessary as the responsibility of the defendant was not disputed.

The Earl of Euston was then examined by Mr. Lewis. He said—My name is Henry James, Earl of Euston. When in London I reside at

4, GROSVENOR-PLACE.

When not in London, I reside at Euston Lodge, Thetford, or Wakefield Lodge, Stoney Stratford, my father's place.

You have seen the copy of the paper of the 16th of November, *The North London Press*?—I have. I at once gave instructions for a criminal prosecution for libel in respect of the matter contained in

You say the statement was first made in the month of October?—Yes.

Have you made a statement at the Home Office about it?—No.

Or at the Treasury?—No.

You made no statement to any official?—None whatever.

Just wait and hear my question. You made no statement to any official at all either at the Treasury or the Home Office?—I have had no communication of any sort or kind either with the Treasury or the Home Office.

That you swear?—That I swear.

You said you first made your statement in October. That I take it meant to some friends?—Yes, privately.



IS LORD ARTHUR SOMERSET

a friend of yours?—I know him.

When did you see him last?—Last summer some time during the season. That is as near as I can remember. I was in London during May June, and July. I saw him in society. I was in the habit of meeting him constantly.

Did you meet him in society?—Yes.

You have not seen him since?—No.

Do you know where he is?—No.

Now just tell me with regard to this occurrence in May or June, you say you afterwards read the card. How long afterwards?—When I got home I think. I don't remember particularly. I think when I got home and took my coat off. I did not read it in the street. I just shoved it in my pocket and looked at it when I got home.

Just tell me what it was that was on the card; was it a printed or a lithographed card?—It was a lithographed card, but the words *poses plastiques* at the top were in writing.

Was the gentleman giving out these cards promiscuously, or

WERE YOU PARTICULARLY FAVOURED?

—Witness (laughing): I cannot tell you. He shoved one into my hand, and I put it in my pocket.

Was he giving them away to other people?—I really cannot tell you. I was walking along pretty smart home. I do not walk slowly as a rule.

Did you see him give a card to anyone else?—No. It was near 12 o'clock as I was walking home.

I suggest to you that you had not time to stop and read it?—Well (laughing), I did not stop to read it under a lamppost.

6. La *North London Press* anuncia el encarcelamiento de su editor, Ernest Parke, acusado de calumnias. Parke había sido demandado por el conde de Euston por haber mezclado su nombre en el «indescriptiblemente nauseabundo escándalo de la calle Cleveland».

que una personalidad mucho más distinguida y de más elevada posición que ellos estaba implicada en su repugnante delito».[36] Lord Euston cursó instrucciones a su abogado para que iniciase una demanda por calumnias contra el editor de la *North London Press*, Ernest Parke. Llamado a declarar como testigo, Euston admitió haber estado en el número 19 de la calle Cleveland, tras haber recibido, según su deposición, una tarjeta que anunciaba *Poses plastiques* (un término utilizado habitualmente para indicar la presencia de mujeres que posaban desnudas), pero insistió en que había abandonado la casa tan pronto descubrió su auténtico carácter y que jamás regresó. La defensa de Parker se basaba en gran medida en el testimonio de un hombre que se prostituía, John Saul, que declaró haber conducido a lord Euston hasta la calle Cleveland y que describió el incidente con toda suerte de detalles lascivos, pero la parte demandada fue incapaz de proporcionar ninguna evidencia convincente para corroborar sus tesis. Parke fue hallado culpable de calumnias y sentenciado a 12 meses de prisión.

Lord Euston salió del escándalo con la reputación prácticamente intacta. Era un destacado francmasón de la época y consiguió llegar al grado de Gran Maestre de los Masones de Imprenta, siendo además elegido para el cargo de edecán del rey Eduardo VII. Lord Somerset, por su parte, jamás se recobró del golpe. Huyó del país en octubre de 1889, poco después de que se dictara un mandato de arresto contra él (muchos se mostraron persuadidos de que había recibido un soplo), y pasó los años que le quedaron de vida en el exilio en Francia, donde murió en medio de una relativa oscuridad en 1926.

El escándalo de la calle de Cleveland fue uno de los numerosos escándalos que aparecieron en la prensa inglesa durante el siglo XIX. Otros escándalos fueron los de la polémica en que se vio envuelto Oscar Wilde (que optó, tan imprudentemente como se demostraría luego, por emprender una demanda por calumnias contra el marqués de Queensberry, iniciativa que sacó a relucir la homosexualidad de Wilde y por consiguiente selló su destino), el de la caída de sir Charles Dilke (una rutilante estrella en el firmamento del Partido Liberal cuya carrera política se vio irremediablemente perjudicada por los acontecimientos que rodearon una demanda de divorcio en la que fue implicado como corresponsable), y, por supuesto, el de la ruina de Charles Parnell. Muchos de esos escándalos estaban relacionados con la sexualidad —tanto heterosexual como homosexual— y, en este sentido, se desarrollaron en función de la peculiar atmósfera moral y legal rei-

36. *North London Press*, 16 de noviembre de 1889, pág. 5.

nante en la Inglaterra del periodo victoriano tardío (un contexto en el que los actos de homosexualidad masculina eran ilegales). Sin embargo, también hubo escándalos que implicaban alegaciones de fraude y corrupción, como veremos en un capítulo posterior. A finales del siglo XIX, se había consolidado ya, como característica común de la vida política y social, un determinado tipo de acontecimiento. Este tipo de acontecimiento era el escándalo mediático: es decir, un acontecimiento que implicaba la revelación en los medios de actividades previamente ocultas (o únicamente conocidas por un restringido círculo de personas), actividades de carácter moralmente ignominioso y que al llegar de este modo al conocimiento público podían convertirse en actividades con implicaciones perjudiciales para los individuos que se veían envueltos en ellas.

Si el siglo XIX había sido el lugar de nacimiento del escándalo mediático, el siglo XX iba a convertirse en su verdadero hogar. Una vez que este característico tipo de acontecimiento hubo sido inventado, estaba destinado a convertirse en un género reconocible que algunas personas iban a procurar producir activamente mientras que otras —en especial aquellas que descollaban en la vida pública— iban a esforzarse en evitar con diversos grados de prudencia y éxito. No obstante, había también un cierto número de condiciones de mayor alcance que favorecían su desarrollo. En primer lugar, cabe mencionar el crecimiento y la consolidación de la prensa de difusión masiva. En las primeras décadas del siglo XX, los periódicos se habían convertido ya en grandes negocios. Utilizando la conocida fórmula de unos precios bajos, una amplia publicidad y una tirada pensada para las masas (proceso descrito a veces como la «revolución Northcliffe», en referencia al éxito de lord Northcliffe con el *Daily Mail* y el *Daily Mirror*), los periódicos iniciaron una lucha incesantemente creciente por la definición de sus posiciones respectivas y por la obtención de una parte mayor (o, al menos, de una parte que permitiese la viabilidad financiera) y más segura del mercado. Una de las consecuencias de esa lucha fue la creciente consolidación de los periódicos como grandes agrupaciones capaces de controlar una creciente proporción del mercado. Otra de las consecuencias fue la continua expansión de los periódicos de tirada masiva, que se centraban en el entretenimiento y en la narración de historias y que acostumbraban a usar llamativos titulares, vívidas fotografías y un estilo literario de carácter popular como formas para definir y robustecer su posición en un campo con creciente competencia.

Una segunda condición que favoreció el desarrollo del escándalo mediático fue el auge del periodismo de investigación. La profesión periodísti-

ca surgió, como hemos visto, a finales del siglo XIX, y su crecimiento vino acompañado de la aparición gradual de una ética profesional que destacaba, entre otras cosas, la importancia de descubrir e informar sobre los hechos. Los editores combativos de la Inglaterra del siglo XIX, como W. T. Stead, habían mostrado de qué modo una prolongada investigación por parte de la prensa podía llevar al descubrimiento de sobrecogedoras historias capaces de orientar el debate público y de influir sobre los procesos políticos. Los informes periodísticos de este tipo eran también relativamente comunes en los Estados Unidos de fines del siglo XIX, donde editores como Joseph Pulitzer y E. W. Scripps habían puesto en pie unos periódicos populares que solían atacar la corrupción del gobierno y los abusos de los poderes corporativos. Durante la primera década del siglo XX, la crítica social de los «destripadores de estiércol» —un término usado por Theodore Roosevelt en 1906 para calificar a los periodistas que escribían en revistas como *McClure* y *Cosmopolitan* y que trataban de exponer y censurar los males sociales de la época[37]— se convirtió en parte integrante del Movimiento de reforma de la era progresista. Este tipo de estilo informativo, crítico y basado en la investigación, en el que la búsqueda de los hechos ocultos se combinaba con la idea de que los periodistas tenían una responsabilidad moral en la erradicación de los abusos y en la exposición de los males sociales, acabó poco a poco definiendo parte del comportamiento profesional del periodismo. En el transcurso del siglo XX, este floreciente estilo del periodismo de investigación fue moldeado por el creciente reconocimiento de que los «hechos» no se encontraban simplemente ahí, aguardando a que alguien los recogiese e informara sobre ellos: los hechos podían ocultarse y manipularse (por los gobiernos y los políticos carentes de escrúpulos, por ejemplo), y por la conciencia de que incluso aquellos hechos que resultaban menos contestables requerían a menudo una buena dosis de interpretación para adquirir sentido. El desarrollo del periodismo de investigación durante el siglo XX fue, hasta cierto punto, el resultado de la persecución del ideal del hallazgo de los hechos definido por la ética periodística en un ambiente cultural que había adoptado una actitud más escéptica hacia lo dado.[38] Los periodistas se fueron haciendo paulatinamente más conscientes del hecho de que los gobiernos y otras instancias de poder podrían querer manipular activamente las noticias y ocultar los materiales que les resultaran perjudiciales, con lo

37. Véase Louis Filler, *The Muckrakers: Crusaders of American Liberalism*, Chicago, Henry Regnery, 1968.

38. Véase Schudson, *Discovering the News*, capítulo 5.

que algunos periodistas trataron —con diversos grados de determinación y de éxito— de leer entre líneas (escudriñando su trastienda) las explicaciones que les proporcionaban las fuentes oficiales.

Un tercer factor que favoreció el desarrollo de los escándalos mediáticos fue la difusión de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Las aplicaciones de la electricidad a los fines de la comunicación ya habían comenzado a abrirse camino a finales del siglo XIX y principios del XX, generando el desarrollo de la difusión masiva de programas de radio a partir de los años veinte, y de las emisiones de televisión a partir de los últimos años de la década de los cuarenta. Estas nuevas tecnologías de la comunicación mediata incrementaron en gran medida la visibilidad de los dirigentes políticos y demás figuras públicas, al tiempo que crearon una nueva categoría de individuos famosos —artistas de cine, artistas de música ligera, personalidades de la radio y la televisión, etcétera— que debían su celebridad sobre todo al hecho de ser visibles en esos medios. Además, estas nuevas tecnologías, en virtud de la riqueza audiovisual de los mensajes que transmitían, contribuyeron a crear un nuevo tipo de intimidad en el ámbito público, haciendo posible que los dirigentes políticos y otras personalidades apareciesen ante lejanas audiencias como individuos dispuestos a revelar —y así lo hicieron cada vez más— determinados aspectos de sus vidas privadas. Las nuevas tecnologías también proporcionaron un número cada vez más sofisticado de aparatos para controlar las actividades a través de monitores y grabarlas. Cuanto más visibles se volvieron como individuos los dirigentes políticos y las demás personalidades en la esfera pública, y cuanto más sofisticadas se hicieron las tecnologías, tanto más probable fue que las zonas de actividad anteriormente ocultas empezaran a salir a la superficie. Un aumento de la visibilidad no implica necesariamente un mayor grado de sinceridad, pero sí aumenta el riesgo de que las actividades realizadas en la intimidad o casi en secreto acaben encontrando el modo de aparecer en el ámbito público.

3

EL ESCÁNDALO COMO ACONTECIMIENTO MEDIÁTICO

Hemos visto cómo fue apareciendo, al producirse el desarrollo de las sociedades modernas, una peculiar forma de escándalo, una forma íntimamente vinculada a las formas mediatas de la comunicación. El término «escándalo» continuó aplicándose a las acciones y a los acontecimientos que se desarrollan en los ambientes que se comparten a diario, pero la voz fue asociándose cada vez más con una multitud de fenómenos que habían sido moldeados por la prensa y otros medios. ¿Cuáles son las características de estos escándalos mediáticos? ¿En qué se diferencian de los circunscritos escándalos de la vida cotidiana? ¿De qué modo altera su carácter como acontecimientos el hecho de desarrollarse como escándalos en los medios?

En este capítulo intentaré responder a estas preguntas procediendo a examinar las características del escándalo como acontecimiento mediático. El método que utilizaré en este capítulo será primordialmente analítico. En el capítulo anterior he reconstruido la forma en que surgen históricamente los escándalos mediáticos; he tratado de mostrar que, en tanto acontecimientos de un tipo particular, los escándalos mediáticos afloraron a finales del siglo XVIII y principios del XIX y que, por diversas razones, prosperaron en el XX. Ahora pasaré a ocuparme de este tipo de acontecimientos para analizar algunas de sus características. Empezaré comparando los escándalos mediatos a sus equivalentes circunscritos. Luego examinaré la estructura de los escándalos mediáticos en tanto que acontecimientos, mostrando que poseen una peculiar estructura temporal y secuencial que viene moldeada por los procedimientos prácticos de los medios de comunicación y otras organizaciones. Después examinaré más detenidamente los escándalos mediáticos en su condición de acontecimientos circunscritos, examinando algunas de las instancias y organizaciones que están implicadas en la génesis de un escándalo. Por último, revisaré de qué modo experimentan los individuos los escándalos mediáticos, tanto si se trata de individuos cuyas vidas se han visto directamente afectadas por los escándalos como si se trata de individuos que se han limitado a ser espectadores.

Mediante este análisis intentaré mostrar que los escándalos mediáticos son acontecimientos con entidad propia, distintos en ciertos aspectos de los escándalos circunscritos que se desarrollan en los contextos que compartimos en la vida diaria. Los escándalos mediáticos son acontecimientos cuyo alcance se extiende a considerable distancia de las acciones o transgresiones originales que se encuentran en su epicentro. Podríamos describir estos escándalos como «acontecimientos mediáticos», ya que son acontecimientos que están constituidos en parte por las formas mediáticas de la comunicación. La revelación en los medios y los comentarios en los medios no son rasgos secundarios o incidentales de estas formas de escándalo: son parcialmente constitutivos del escándalo mismo.

Algunas características de los escándalos mediáticos

Con el fin de exponer claramente cuáles son las características de los escándalos mediáticos, voy a comenzar esbozando una tosca comparación entre los escándalos circunscritos y los escándalos mediáticos. El cuadro 3.1 resume los principales puntos del contraste.

He expuesto el argumento de que el primer sentido del término «escándalo» en la actualidad es el sentido que hace referencia a las acciones o acontecimientos que implican, entre otras cosas, la transgresión de ciertos valores, normas o códigos morales. Con respecto a esta característica, no

Cuadro 3.1. Escándalos circunscritos y escándalos mediáticos

Características	*Escándalos circunscritos*	*Escándalos mediáticos*
Tipo de transgresión	predomina la de primer orden	de primer y de segundo orden
Tipo de publicidad	publicidad tradicional de copresencia	publicidad mediática
Forma de la revelación	comunicación cara a cara	comunicación mediata
Modalidad de la censura	comunicación cara a cara	comunicación mediata
Fundamento de las evidencias	relativamente efímero	relativamente duradero
Marco espacio-temporal	circunscrito	no circunscrito

hay ninguna diferencia significativa entre los escándalos circunscritos y los escándalos mediáticos: los dos implican alguna forma y grado de transgresión (real o supuesta). Sin embargo, mientras que los escándalos circunscritos están vinculados en la mayoría de los casos con transgresiones de primer orden (esto es con la transgresión de valores o normas que tienen algún grado de fuerza moral o de capacidad vinculante), los escándalos mediáticos es más probable que impliquen una mezcla de transgresiones de primer y segundo orden. Esto se debe en parte al hecho de que, a medida que van desarrollándose los escándalos mediáticos, los individuos que se encuentran en su epicentro se ven atrapados en un proceso muy difícil de controlar, y en el cual, sus intentos de ejercer algún control pueden verse fácilmente abocados al fracaso. Se debe en parte también a que sus primeras acciones y afirmaciones pueden haber quedado establecidas con una fijeza que limite sus opciones y que aumente el riesgo de que sus argumentos posteriores se vean definitivamente desautorizados. Aunque no es infrecuente que los escándalos circunscritos impliquen transgresiones de segundo orden, este tipo de transgresiones, por las razones ya mencionadas, constituyen un rasgo más propio de los escándalos mediáticos.

Todas las formas de escándalo implican obligatoriamente algún grado de conocimiento por parte de los no participantes, y de ahí que los escándalos sean necesariamente asuntos «públicos». Sin embargo, los tipos de publicidad que caracterizan a los escándalos circunscritos y los mediáticos son diferentes. Los escándalos circunscritos se caracterizan por lo que he llamado la publicidad tradicional de copresencia: son acontecimientos que se desarrollan en los ambientes que compartimos en nuestra vida cotidiana, acontecimientos en los que los individuos interactúan cara a cara. Los individuos implicados se conocen unos a otros personalmente, y por regla general obtienen el conocimiento pertinente sobre las acciones o los acontecimientos bien por haber presenciado directamente ciertas formas de comportamiento que dan lugar a una sospecha razonable, bien por haber oído algo acerca de esas acciones o acontecimientos por boca de otros. Los escándalos circunscritos se encuentran así vinculados, por lo general, al tipo de habladurías y rumores que se difunden de viva voz.

Los escándalos mediáticos, por el contrario, se caracterizan por lo que he llamado publicidad mediata: son acontecimientos que se desarrollan, al menos parcialmente, gracias a las formas de la comunicación mediata y que de este modo adquieren una notoriedad pública que es independiente de su capacidad para ser vistos u oídos de forma directa por una pluralidad de terceras personas copresentes. En virtud de esta publicidad mediata, las accio-

nes o los acontecimientos que se encuentran en el epicentro de los escándalos mediáticos resultan visibles a los ojos de terceras personas que no estaban presentes en el momento y lugar en que sucedieron, y que podían haber estado situadas en lugares muy distantes. Mientras que la publicidad de los escándalos circunscritos se halla moldeada por la dinámica de la interacción cara a cara, los escándalos mediáticos adquieren un tipo de publicidad que los distingue de la interacción cara a cara y que recibe su forma de las características propias de la interacción inherente a la comunicación mediata.

¿De qué modo configuran las características propias de la interacción en la comunicación mediata la aparición y el desarrollo de los escándalos? Podemos comenzar respondiendo a esta pregunta introduciendo una nueva distinción —esta vez obtenida de la obra del sociólogo Erving Goffman—.[1] Cualquier acción o afirmación se produce en un particular marco interactivo que implica ciertas asunciones y convenciones además de las características físicas del escenario en que se produjo esa acción o afirmación (disposición espacial, mobiliario, vestimenta, etcétera). Un individuo que actúe dentro de ese marco deseará, en cierta medida, adaptar a él su comportamiento, tratando de proyectar una imagen propia que sea más o menos compatible con el marco y con la impresión que el individuo desea transmitir. El marco de la acción y las características que los individuos que actúan en él tratan de acentuar constituyen lo que Goffman llama la «región frontal».[2] Las acciones o aspectos de la propia personalidad que se consideran inapropiados, o que pueden desprestigiar la imagen que la persona trata de proyectar, son suprimidos y se reservan para otros escenarios y otros encuentros —cosa que Goffman califica como «regiones traseras»—. En las regiones traseras, es frecuente que los individuos actúen de un modo que contradiga a sabiendas las imágenes que intentan proyectar en las regiones frontales. En las regiones traseras, los individuos se relajan y se permiten bajar la guardia. Puede suceder que suavicen los mecanismos de autocontrol, al no necesitar supervisar ya sus propias acciones con el mismo grado de hondura reflexiva que generalmente emplean cuando actúan en las regiones frontales.

La distinción entre una región frontal y una región trasera es característica en muchos contextos de acción —en los restaurantes, por ejemplo, las cocinas se encuentran generalmente separadas de las zonas destinadas a los

1. Goffman, Erving, *The Presentation of Self in Everyday Life*, Harmonds-worth, Penguin, 1969.

2. *Ibid.*, págs. 100 y sigs.

comedores mediante pasillos o puertas batientes que se encuentran fuera de la vista de los clientes—. Sin embargo, el uso de los medios de comunicación puede alterar la naturaleza de las regiones frontales y las regiones traseras, así como sus relaciones. En el caso de la interacción cara a cara, los participantes comparten una región frontal común —el comedor del restaurante, por ejemplo—, pese a que cada participante pueda tener su propia región trasera en relación con ese espacio compartido. Ahora bien, dado que la interacción mediata implica por lo general una separación de los contextos en los que se hallan ubicados los participantes, este tipo de interacción crea un marco interactivo consistente en dos o más regiones frontales que se encuentran separadas en el espacio y quizá también en el tiempo. Cada una de estas regiones frontales tiene sus propias regiones traseras, y cada participante en la interacción mediata ha de tratar de averiguar los límites que las separan. Además, dadas las características de la comunicación mediata y la complejidad de estos marcos de interacción, los límites entre las regiones frontales y las regiones traseras resultan relativamente porosos o proclives a las «filtraciones». Los individuos que desean proyectar una determinada imagen valiéndose de los medios pueden observar que, a pesar de sus mejores esfuerzos, es extremadamente difícil evitar ciertas formas de conducta en las regiones traseras en que suelen producirse. Quizá se encuentren también con que las filtraciones de estas conductas de las regiones traseras, filtraciones que las hacen aparecer en las regiones frontales, las vuelven visibles a los ojos de terceras personas, con lo que se socava, o se produce el riesgo de que se socave, la imagen de ellos mismos que pretendían proyectar.

Las figuras 3.1 y 3.2 ilustran algunas de estas diferencias en la organización social de la interacción cara a cara y de la cuasi-interacción mediata. En la interacción cara a cara, el marco interactivo primario es una región frontal común situada en un ámbito espacio-temporal compartido. Cada uno de los que participa en la interacción tiene su propia región trasera para determinadas conductas y puede aislarla de la región frontal o, por el contrario, exponerla selectivamente a la vista de terceras personas. De manera inversa, en el caso de la cuasi-interacción mediata, no existe ninguna región frontal común que sirva como marco interactivo primario para todos los participantes. Existen contextos de producción en los que se observa la presencia de regiones frontales y de regiones traseras, y hay una pluralidad de contextos de recepción espacialmente dispersos que tienen, cada uno de ellos, su propia región frontal y su propia región trasera. En el caso de una transmisión de televisión, por ejemplo, la región frontal del contexto de producción

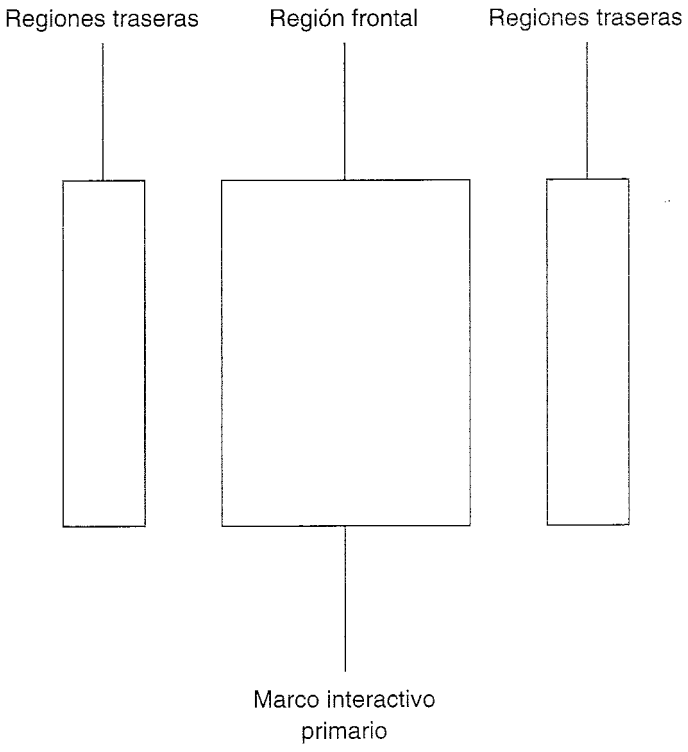


Figura 3.1. La organización social de la interacción cara a cara.

podría ser la zona del estudio que barre la cámara, mientras que las regiones frontales de los contextos de recepción serían los diversos escenarios (salas de estar domésticas, etcétera) donde se contempla el programa. Los individuos que aparecen en los contextos de producción de las regiones frontales tratarán por lo general de excluir la aparición de la conducta que siguen en sus regiones traseras, o decidirán con todo cuidado qué aspectos de su conducta de región trasera deberán ser visibles en la región frontal. Sin embargo, es fácil que se produzcan filtraciones, sobre todo si tenemos en cuenta la complejidad continuamente creciente de las tecnologías de la comunicación; además, dada la naturaleza de la cuasi-interacción mediata, la filtración de una conducta propia de la región trasera hasta la región frontal del contexto de producción puede hacer que esa conducta se haga rápidamente visible para muchos miles o millones de receptores.

La filtración de la conducta propia de la región trasera hasta las regiones frontales se produce de diferentes modos y en distintos escenarios —no todas las filtraciones constituyen un escándalo—. Algunas filtracio-

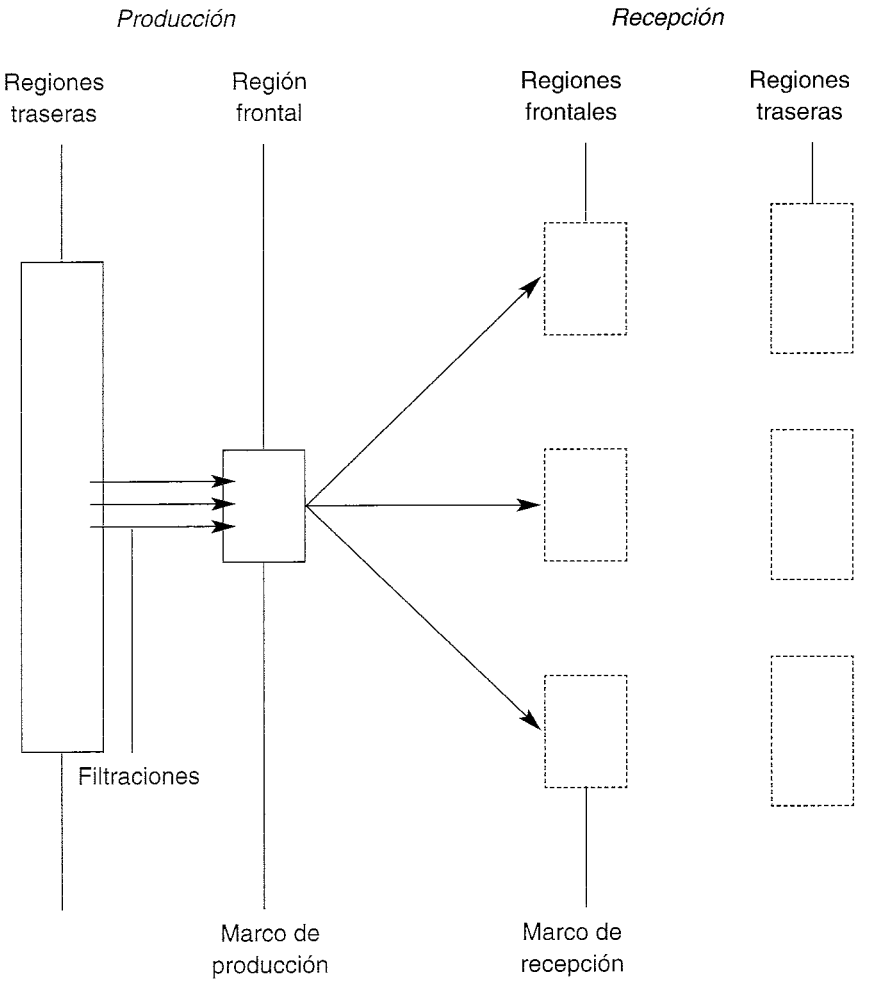


Figura 3.2. La organización social de la cuasi-interacción mediata.

nes sólo dan pie a pasajeros momentos de apuro o embarazo—, como, por ejemplo, cuando el antiguo primer ministro británico John Major, tras conceder una entrevista por televisión, se permitió relajarse en el propio estudio y hablar con toda franqueza y desdeñosamente de algunos de los miembros de su partido, dándose cuenta, para su gran bochorno, de que el micrófono seguía abierto.[3] Sin embargo, los escándalos mediáticos son

3. En julio de 1993 John Major concedió una entrevista al director de la sección política de la ITN Michael Brunson. Estaban esperando en el estudio a que se sacaran unos «cortes»

un tipo de acontecimientos que acostumbran a verse acompañados por la filtración de conductas propias de la regiones traseras hasta las regiones frontales, de tal modo que las acciones que se encuentran en el origen del escándalo reciben un tipo de publicidad que no habrían tenido de no haberse producido la filtración. De pronto, acciones o acontecimientos que habían permanecido hasta ese momento ocultos resultan catapultados, a través de las formas mediatas de la comunicación, a unas regiones frontales en las que son visibles y observables para miles o millones de personas. Parte de la controversia asociada con los escándalos mediáticos, y con la conmoción y la indignación a que a veces dan lugar, puede deberse en ocasiones menos al carácter de la transgresión en sí como a la sorpresa y a la incomodidad generadas por la revelación de formas de conducta propias de las regiones traseras, es decir, a la sorpresa y a la incomodidad generadas por la revelación de formas desagradables o incongruentes con la posición social y la imagen proyectada por los individuos implicados. La conmoción que muchas personas experimentaron al oír las cintas del Watergate, por ejemplo, no provenía tanto del hecho de que hubieran comprendido que Nixon podía haber estado envuelto en actividades encubiertas, ya que hacía mucho tiempo que la mayoría de la gente lo venía sospechando, sino del descubrimiento de que, tras la representación cuidadosamente estudiada de Nixon y su administración, había una región trasera de conducta, junto con formas asociadas de conversación propia de

---

(planos silenciosos que se utilizan para rellenar huecos en la adaptación de una entrevista) y nadie era consciente de que los micrófonos estuvieran aún abiertos, el personal de la BBC estaba supervisando la conversación mientras esperaba que llegara el momento de grabar su propia entrevista con el primer ministro. Major hablaba abierta y francamente con Brunson sobre las dificultades a las que se enfrentaba en relación con un determinado y delicado aspecto del debate político en Gran Bretaña suscitado a raíz de la integración en Europa. Estaba tratando de conseguir una ratificación del Tratado de Maastricht pero se enfrentaba a la resuelta oposición de tres euroescépticos de su propio gabinete. ¿Por qué no les despide sencillamente, preguntaba Brunson, y los reemplaza por otros tres colaboradores nuevos? «Podría introducir a otra gente», contestó Major. «Pero, ¿de dónde piensa que viene la mayoría de este veneno? De los desposeídos y de los que jamás han tenido posesión alguna. Usted puede pensar en exministros que anden por ahí causando todo tipo de problemas. No queremos tres bastardos sueltos más», citado en el *Observer*, el 25 de julio de 1993, pág. 1. En este punto de la conversación alguien se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y desconectó el micrófono, pero el daño ya estaba hecho. Los comentarios de Major, realizados de manera confidencial, se publicaron ampliamente en la prensa, prestando mucha atención a la poco halagüeña descripción que hacía de sus colegas de gabinete. «Major se mete con los "bastardos" del gabinete», fue el titular de portada del relativamente moderado *Observer*.

las regiones traseras, que parecían por completo inapropiadas para el inquilino de la Casa Blanca.

Tanto los escándalos circunscritos como los escándalos mediáticos implican de modo característico la existencia de límites entre las regiones traseras y las regiones frontales, límites en los que se producen filtraciones. Sin embargo, el tipo de filtración es diferente en cada caso. En los escándalos circunscritos, lo característico es que las acciones o los acontecimientos que se encuentran en el epicentro del escándalo sean revelados a terceras personas mediante los métodos propios de la comunicación cara a cara: el conocimiento de los no participantes se difunde de viva voz. Por supuesto, pueden utilizarse varias formas de comunicación mediata para sustituir la difusión realizada de viva voz, pero es característico que se trate de formas relativamente cerradas y orientadas a terceros muy concretos, como sucede con las conversaciones telefónicas. En el caso de los escándalos mediáticos, por el contrario, las acciones o acontecimientos se revelan por regla general mediante formas de comunicación mediata que resultan relativamente abiertas y que transmiten el conocimiento sobre los acontecimientos a una pluralidad de no participantes que se hallan situados en diversos contextos. Sin embargo, una vez más, la oposición no es absoluta. La comunicación mediata es el principal modo en que se produce la revelación en los escándalos mediáticos, pero eso no quiere decir que la comunicación cara a cara no desempeñe ningún papel. En los escándalos mediáticos, la información suele transmitirse tanto de viva voz como a través de los medios, y la información transmitida por los medios se convierte habitualmente en objeto de debate para los individuos en el contexto de su vida cotidiana.

Del mismo modo que es posible distinguir los escándalos circunscritos de los escándalos mediáticos en función de los principales modos en que se produce su revelación, también es posible diferenciarlos por los principales modos de la censura que suscitan. Como ya hemos visto, el escándalo no sólo presupone la ocurrencia de actos de transgresión que llegan a ser conocidos por terceras personas, sino también la expresión de una censura por parte de esas terceras personas. En los escándalos circunscritos, la expresión de la censura adopta por lo común la forma de actos de habla orales realizados en el transcurso de actos de comunicación cara a cara (o en el transcurso de formas de comunicación mediata relativamente cerradas). Los individuos expresan su desaprobación a otros en un gran número de escenarios de comunicación —es decir, en conversaciones de persona a persona, en pequeñas reuniones, en alocuciones públicas, etcétera—. La repetida articulación de actos de habla negativos produce un clima localizado de

desaprobación moral. En el caso de los escándalos mediáticos, por el contrario, las formas abiertas de la comunicación mediata constituyen el principal modo de la desaprobación. Los titulares de los periódicos, la articulación de juicios adversos en la prensa, las mordaces y en ocasiones humillantes caricaturas de los individuos cuyas acciones (reales o presuntas) constituyen el blanco de los reproches: la repetida expresión de esos actos mediatos de comunicación es lo que genera el clima de censura que caracteriza a los escándalos mediáticos. Por supuesto, esta atmósfera de desaprobación mediática no se corresponde necesariamente con las opiniones y actitudes de los individuos que leen los periódicos y ven los programas de televisión. La conjunción de juicios negativos en la prensa puede convertirse fácilmente en un discurso autorreferente, y la medida en que el clima moral que esos juicios generan se corresponde o no con las actividades de los receptores es, como vamos a ver, una cuestión abierta.

Otro de los aspectos en que los escándalos mediáticos difieren de sus equivalentes circunscritos afecta a lo que yo denominaría su «base de evidencias». Es frecuente que los escándalos impliquen la existencia de determinadas pretensiones de conocimiento en los no participantes. Se trata del conocimiento de ciertas acciones que, supuestamente, ocurrieron en el pasado y que pueden ser rebatidas por los individuos que se hallan en el centro del escándalo. La trayectoria del escándalo puede llegar a depender de la medida en que esas pretensiones puedan ser respaldadas por las pertinentes formas de evidencia. En este plano de la base de evidencias, los medios de comunicación pueden llegar a desempeñar un papel crucial. Una de las características más importantes de los medios de comunicación es el hecho de que «fijan» la información o los contenidos simbólicos en un medio relativamente duradero. En el flujo temporal de la interacción cara a cara, los contenidos del intercambio simbólico pueden tener una existencia pasajera: las palabras que se pronuncian pueden disiparse con gran rapidez, y la preservación de los contenidos simbólicos puede depender de la falible y disputable facultad de la memoria. Sin embargo, al utilizar determinados medios técnicos de comunicación —el papel, la película fotográfica, la cinta electromagnética, los sistemas de información digital, etcétera—, los contenidos del intercambio simbólico pueden fijarse y preservarse de un modo relativamente duradero. Los distintos medios tienen diferentes grados de permanencia, y difieren por la medida en que permiten que los contenidos simbólicos sean alterados o revisados. Las palabras escritas en un papel o las afirmaciones registradas en una cinta son más difíciles de negar que las palabras intercambiadas en una interacción cara a cara. Las cintas electromag-

néticas, sin embargo, pueden borrarse —aunque las partes borradas pueden dejar residuos que, en determinadas circunstancias, permiten realizar algunas inferencias.

Tanto los escándalos circunscritos como los escándalos mediáticos pueden implicar el uso de varios tipos de medios de comunicación con el fin de lograr evidencias que sirvan de apoyo para las alegaciones discutibles, pero es más probable que la fijación de evidencias acusatorias en soportes mediáticos que sean relativamente duraderos juegue un importante papel en los escándalos mediáticos que en los escándalos circunscritos. Los escándalos circunscritos implican a menudo formas de evidencia que están unidas a la interacción social en determinados escenarios —como las observaciones de las acciones de otros, las conversaciones oídas por casualidad, etcétera—. De ahí que la base de evidencias de los escándalos circunscritos sea relativamente efímera, en el sentido de que es probable que sus formas de evidencia dependan en gran medida de la facultad de la memoria (aunque también puedan intervenir algunos contenidos simbólicos bien fijados, como, por ejemplo, las cartas o los documentos). Es improbable, por el contrario, que los escándalos mediáticos descansen de manera única o principal en formas de evidencia relativamente efímeras. Dado que los escándalos mediáticos implican por lo general la expresión de postulados de conocimiento en la prensa u otros medios, y dado que la publicación de esos postulados puede comportar riesgos para las organizaciones mediáticas (incluyendo el riesgo de una acusación por calumnias), es frecuente que los escándalos mediáticos impliquen la existencia de formas de evidencia que se hallen fijadas en soportes relativamente duraderos, desde las cartas y las fotografías comprometedoras hasta las conversaciones grabadas.

En ninguna parte se aprecia esto con mayor claridad que en el Watergate. Es muy posible que la investigación sobre el allanamiento del Watergate hubiese llegado quizá a un punto muerto, y resulta cuando menos cuestionable que dicho escándalo hubiese alcanzado tan espectaculares consecuencias políticas (consecuencias que culminaron con la dimisión de Nixon, ante la perspectiva de su inminente recusación por el Congreso), de no haber sido por el descubrimiento de unas cintas grabadas en secreto que contenían evidencias que acusaban a Nixon y le implicaban en un encubrimiento. Además, la existencia de evidencias fijadas en un soporte relativamente duradero ha solido desempeñar también un papel central en otros escándalos mediáticos. La apresurada nota que Profumo garabateó a Christine Keeler, nota que comenzaba con el epíteto «Querida» habría de volverse en su contra y perseguirle cuando el escándalo comenzó a estallar. De

manera similar, en el escándalo que destruyó la carrera política de Jeremy Thorpe —el dirigente del Partido Liberal británico entre 1967 y 1976 al que muchos consideraban como uno de los políticos más sobresalientes de su generación— también jugó un papel crucial la carta de Thorpe a Norman Scott que contenía la vergonzosa frase: «los conejitos *pueden* ir (e *irán*) a Francia».[4] Cintas que contenían la grabación de conversaciones telefónicas supuestamente captadas por los escáneres de unos aficionados y que dejaban entrever los detalles de las conversaciones íntimas entre el príncipe Carlos de Inglaterra y Camilla Parker-Bowles (las denominadas cintas del «Camilagate»), y entre la princesa Diana de Gales y James Gilbey (la cinta del «Squidigate»), tuvieron un papel muy destacado en los escándalos que rodearon a la familia real británica a principios de los noventa. Y, por supuesto, las conversaciones entre Monica Lewinsky y Linda Tripp, grabadas en secreto por Tripp y puestas en manos de los fiscales federales, desempeñaron un papel crucial en lo tocante a orientar en una nueva dirección la lánguida investigación que Kenneth Starr efectuaba por entonces sobre el presidente de los Estados Unidos y en que prendiera la mecha del escándalo Clinton-Lewinsky. En estos y en otros casos, los materiales simbólicos fijados en soportes duraderos proporcionaron formas de evidencia que tal vez no fuesen enteramente concluyentes, pero que eran mucho más difíciles de negar o de explicar que los acontecimientos en los que no hay testigos o en los que no se graban las conversaciones. Una argumentación polémica que se base en acontecimientos en los que no hubo testigos o en conversaciones no grabadas puede acabar convirtiéndose en una cuestión que simplemente enfrente la palabra de una persona contra la de otra, pero un mensaje fijado en un determinado medio —una carta íntima, una conversación grabada, una foto reveladora, etcétera— puede suministrar una forma de evidencia acusatoria.

La importancia de las evidencias fijadas en soportes relativamente duraderos ayuda a explicar por qué los escándalos pueden resultar estimulados por el desarrollo de las nuevas tecnologías. La evolución de las nuevas tecnologías —lentes fotográficas de alta definición, cámaras ocultas, micrófonos en miniatura, sistemas de escucha de las líneas telefónicas, equipos dotados con escáner de ondas, etcétera— proporciona una gama cada vez más sofisticada de aparatos que pueden utilizarse para grabar imágenes o conversaciones (y para hacerlo de forma secreta), y esto a su vez puede propor-

4. Véase John B. Thompson, *The Media and Modernity: A Social Theory of the Media*, Cambridge, Polity Press, 1995, págs. 110-111.

cionar evidencias sustanciales de la existencia de actividades que, caso de ser reveladas, podrían constituir la base de un escándalo. El «Camilagate» puso de relieve los peligros de la utilización de teléfonos móviles para las conversaciones íntimas. El escándalo Clinton-Lewinsky resaltó los peligros de una charla clara entre amigos en una época en que los teléfonos pueden ser fácilmente intervenidos y en que es posible esconder micrófonos en el propio cuerpo; también puso de manifiesto los riesgos implícitos en el intercambio de correo electrónico en un momento en que es posible recuperar los mensajes de los ordenadores pese a haber sido borrados. Por supuesto, los nuevos desarrollos de las tecnologías de la información y la comunicación no son los únicos desarrollos que resultan relevantes en este contexto, del mismo modo que las fotos, las cartas y las conversaciones no son las únicas formas de evidencia que pueden dar fe de la existencia de actividades encubiertas. En el caso del escándalo Clinton-Lewinsky, por ejemplo, las pruebas de ADN realizadas sobre el vergonzoso vestido manchado de semen proporcionaron una forma de evidencia decisiva que habría sido extremadamente difícil de negar. Sin embargo, dado que las actividades que se encuentran en el núcleo de los escándalos implican por lo general algún tipo de interacción social entre dos o más individuos, no resulta sorprendente que el registro de los intercambios simbólicos que atestiguan la existencia de esas interacciones desempeñe a menudo un papel importante.

La significación de las evidencias fijadas en un soporte duradero se ve aumentada por el hecho de que, a medida que van desplegándose los escándalos, esas formas de evidencia pueden ser puestas en manos de terceras personas por el simple recurso de reproducirlas en medios de comunicación abiertos como los periódicos, las revistas y la televisión. Cuando la evidencia se propaga de este modo por la esfera pública, puede convertirse en una intensa fuente de incomodidad para los individuos implicados y hacer muy difícil que éstos puedan sostener sus desmentidos públicos. Además, una vez que ha sido puesta a disposición de los medios, es probable que la evidencia de este tipo sea reproducida en numerosas ocasiones, del mismo modo en que, por ejemplo, el material revelado por un periódico puede ser utilizado por otros periódicos y por otros medios de comunicación. A través de este proceso de «reproducción mediática ampliada»,[5] la evidencia puede

5. Jeremy Thorpe fue acusado por intento de asesinato en la persona de su amante, el modelo Norman Scott, que le había amenazado con revelar su homosexualidad. Aunque fue absuelto, su carrera quedó deshecha. Al escándalo contribuyó la circunstancia de que sus hijastros ocuparan los puestos 21, 22 y 23 en la línea sucesoria al trono británico. *(N. del t.)*

circular rápidamente, y alcanzar una vasta difusión, avivando así las llamas de un escándalo que, pese a los esfuerzos que tratan de limitar los daños, puede encontrarse fácilmente fuera de control.

Esto nos conduce a un último punto de comparación entre los escándalos circunscritos y los escándalos mediáticos. Mientras que los escándalos circunscritos guardan por lo general relación con las comunidades locales en que los individuos interactúan unos con otros cara a cara, los escándalos mediáticos se desarrollan en un marco espacio-temporal distinto. Los tipos de interacción que hacen posibles los medios de comunicación se van estrechando en el espacio y en el tiempo. La información y el contenido simbólico puede ser transmitido a otras personas que se encuentran situadas en lugares distintos y muy separadas en el espacio; y, si se utilizan los medios electrónicos, pueden ser transmitidos de forma prácticamente instantánea. Además, al quedar fijados en un soporte relativamente duradero, la información y los contenidos simbólicos pueden releerse, volverse a escuchar y volverse a ver en sucesivas ocasiones: las palabras y las imágenes perduran. Los escándalos mediáticos se desarrollan así en un marco espacio-temporal que no tiene un carácter localizado, un marco en el que la información y la comunicación fluyen rápidamente (de una forma potencialmente instantánea), y en el que los contenidos simbólicos pueden quedar fijados en el tiempo y ser reproducidos tantas veces como se quiera. Mientras que la difusión de los escándalos circunscritos rara vez supera el ámbito de las comunidades locales en que han aparecido, los escándalos mediáticos raramente se circunscriben a esas comunidades: su carácter mediático implica que, por lo general, afectan a individuos que no comparten los mismos ambientes, y la rapidez y el carácter abierto de los medios de comunicación lleva aparejado el hecho de que puedan difundirse rápidamente y sin control.

De ahí que los escándalos mediáticos puedan convertirse velozmente en acontecimientos nacionales, incluso en acontecimientos globales, generando una mezcla de alarma y aturdimiento entre individuos situados en contextos dispersos en una vasta zona. El desarrollo de las redes y las organizaciones mediáticas nacionales y, más recientemente, el de las redes y organizaciones globales, crea una base institucional que contribuye a que los escándalos mediáticos no tengan un carácter circunscrito. Los escándalos de gran envergadura, como la acusación contra Profumo, las escuchas del Watergate y el asunto del Irán-Contra, encontraron amplio eco en la prensa internacional. El escándalo Clinton-Lewinsky llegó a ser un acontecimiento de dimensiones auténticamente globales, y recibió una amplia atención por parte de la prensa y la televisión de todo el mundo (incluyen-

do el tratamiento que realizaron redes globales como la de la CNN), lo que generó gran número de polémicas y una desorientada sorpresa que afectó a individuos situados en lugares muy dispersos. Los escándalos mediáticos pueden convertirse también en elementos sedimentados de la memoria histórica, elementos preservados en incontables materiales mediáticos (artículos de periódico, programas de televisión, libros, etcétera) que, de este modo, pueden reactivarse de tarde en tarde —al modo, por ejemplo, en que el escándalo Profumo fue devuelto a la vida treinta años después de haber sido centro de atención con el estreno de la película *Escándalo*, y del mismo modo en que el Watergate ha sido recordado por películas como *Todos los hombres del presidente* y *Nixon*, además de por innumerables libros, artículos y programas de televisión que vuelven a examinar ciertos aspectos del escándalo, y, de hecho, por la misma utilización del sufijo «-gate» para señalar la presencia de acontecimientos que parecen tener un desarrollo potencial susceptible de convertirse en escándalos con capacidad para producir perjuicios políticos.

La estructura secuencial de los escándalos mediáticos

Si entendemos los escándalos mediáticos como un peculiar tipo de acontecimiento constituido en parte por formas de comunicación mediata, podremos ver también que poseen, como acontecimientos, una determinada estructura temporal y secuencial. Es característico que los escándalos mediáticos se desarrollen durante un periodo marcado por los ritmos de las organizaciones mediáticas, cada una con sus particulares pautas de publicación y difusión. También muestran una determinada estructura secuencial en el sentido de que es característico que a cada fase del desarrollo de los escándalos mediáticos le siga otra. Además, el desarrollo de los escándalos mediáticos guarda íntima relación con la incesante actividad de contar una y otra vez las historias relacionadas con los acontecimientos (o los supuestos acontecimientos) que se encuentran en el epicentro del escándalo. Pasemos ahora a considerar uno por uno estos extremos.

Es característico que los escándalos mediáticos se extiendan a lo largo de un periodo cuya duración siempre es superior a un día y que puede prolongarse durante semanas, meses o incluso años, pero que no puede continuar indefinidamente. Su duración es siempre superior a un día porque el primer día en que las revelaciones aparecen en los medios y se producen los primeras explicaciones sólo puede ser el comienzo de un escándalo mediá-

tico en potencia; el hecho de que estas informaciones evolucionen o no hasta convertirse en un escándalo plenamente desarrollado depende de los modos en que otras personas respondan a las revelaciones y a las explicaciones iniciales, respuestas que irán surgiendo en los días, semanas y meses siguientes. Una revelación inicial que se viera seguida por un completo silencio no se convertiría en un escándalo. El desarrollo temporal del escándalo mediático viene moldeado por los distintos ritmos de las organizaciones mediáticas y otras instituciones, como las instituciones políticas y judiciales, que desempeñan un papel clave en la exposición y en la interpretación de la información que es relevante en el escándalo. Por ejemplo, la intensidad de los escándalos mediáticos crece frecuentemente con ocasión de un juicio o de una investigación oficial, dado que las situaciones de este tipo proporcionan un foco de atención y un flujo regular de información que puede ser utilizado por las organizaciones mediáticas. Sin embargo, pese a que los escándalos mediáticos se extiendan a lo largo de un dilatado periodo y estén marcados por los ritmos de los medios y demás organizaciones, no pueden continuar indefinidamente. Un escándalo mediático de larga duración tendrá uno de estos dos desenlaces: o bien alcanza el punto en el que se termina (por una confesión, una dimisión, la sentencia de un juicio, el resultado de una investigación oficial, etcétera), o bien va diluyéndose gradualmente, a medida que se desvanece el interés del público y las organizaciones mediáticas deciden que ya no merece la atención que una vez se le concedió.

Los escándalos mediáticos no sólo se dilatan en el tiempo: también muestran poseer una estructura secuencial en el sentido de que es característico que a cada fase del escándalo le siga otra, aunque de ningún modo debe interpretarse que esta pauta secuencial sea rígida o fija. De hecho, uno de los rasgos clave de los escándalos mediáticos es que son fundamentalmente *abiertos*. De forma retrospectiva, podemos repasar los acontecimientos de un escándalo mediático y reconstruir la pauta de la secuencia de su desarrollo. También podemos apreciar retrospectivamente que algunos escándalos mediáticos tienen algunos rasgos comunes o similares en su secuencia de desarrollo. Sin embargo, si uno se encuentra situado en medio de un escándalo mediático y está contemplando su evolución (o participando en ella) en tiempo real, resulta extremadamente difícil predecir cómo se verificará su despliegue. Los escándalos mediáticos son con mucha frecuencia acontecimientos muy complejos en los que es posible detectar muchos focos de incertidumbre —¿qué hizo exactamente X y cuándo lo hizo? ¿Qué es lo que Y sabía, y cuál fue el momento exacto en que llegó a saberlo? ¿Hasta qué punto está dispuesto a presionar Z con sus alegaciones?—. Una de las

razones por las que los escándalos mediáticos resultan interesantes para los lectores y los espectadores estriba en el hecho de que, para aquellos que asisten al desarrollo de los acontecimientos a medida que estos se producen, el eventual resultado es intrínsecamente incierto. De ahí que los escándalos mediáticos disparen las especulaciones y que estén poniendo constantemente a prueba, como las buenas novelas, la capacidad de los lectores y los espectadores para valorar la veracidad de las afirmaciones de los protagonistas, su habilidad para imaginar la trama y predecir su desenlace.

No obstante, con el beneficio que proporciona la experiencia, es posible reconstruir la estructura de la secuencia de determinados escándalos. Uno puede también tomar cierta perspectiva respecto a los detalles de un escándalo en particular y obtener una explicación de carácter más general, con tal de que uno esté dispuesto a aceptar que los escándalos reales diferirán siempre en sus detalles y se desarrollarán siguiendo sus propias pautas características. Así pues, ¿cómo podríamos describir —de forma retrospectiva y general— la estructura de la secuencia de los escándalos mediáticos? Podemos distinguir cuatro fases principales en el escándalo mediático: en primer lugar se encuentra la fase previa al escándalo; en segundo lugar, la fase del escándalo propiamente dicho; en tercer lugar, la culminación; y en cuarto lugar, las consecuencias.

En el origen de un escándalo mediático es frecuente encontrar un quebrantamiento de las normas o los códigos morales, pero las transgresiones de este tipo pertenecen por regla general a la fase previa al escándalo. Un escándalo mediático no comienza con la transgresión misma, sino más bien con el acto que la revela o con la alegación que convierte la transgresión original en un objeto conocido por el público. La fase previa al escándalo puede incluir investigaciones o pesquisas llevadas a cabo por periodistas, policías u otros profesionales; en algunos casos puede que estos profesionales estén realizando investigaciones de rutina que les conduzcan inesperadamente a sacar a la luz revelaciones de naturaleza escandalosa (como, por ejemplo, en el escándalo de la calle Cleveland), mientras que en otras ocasiones puede suceder que estén buscando activamente alguna información capaz de generar escándalo (o que tenga probabilidades de generarlo). La fase previa al escándalo puede incluir la publicación de informaciones que más tarde resulten de alguna relevancia en un escándalo, aunque quizá no se reconozca ese carácter crucial en el momento en que son descubiertas y puedan, por consiguiente, no ser inmediatamente utilizadas por terceras personas. En algunos casos, la revelación inicial de la información puede verse desarrollada posteriormente, cuando las circunstancias sean más pro-

picias al estallido del escándalo, mientras que en otros casos, esas revelaciones iniciales pueden no conducir a ningún sitio. La fase previa al escándalo también puede caracterizarse por la existencia de habladurías, rumores y chismes entre individuos que se encuentran en situación de saber algo acerca de las personas cuyas acciones pueden convertirse en materia de escándalo, aunque, por alguna razón, dichos individuos eviten exponer públicamente este conocimiento. Muchos escándalos políticos relacionados con cuestiones sexuales, por ejemplo, suelen verse precedidos por habladurías y por la circulación de rumores entre las elites políticas, los periodistas y otros profesionales, pese a que, por temor, entre otras cosas, a ser acusados de difamación, los conocedores de dichos rumores dejen que éstos permanezcan en forma de comunicaciones privadas. Las transgresiones sexuales de una personalidad política pueden ser algo «de común conocimiento» en los círculos de las elites mucho antes de que se transformen en escándalos públicos (si es que tal cosa llega a suceder).

El escándalo propiamente dicho comienza con la pública exposición de una acción o un acontecimiento que pone en marcha el proceso de alegaciones y contraalegaciones que constituye el escándalo mediático. La revelación que actúa como detonante puede ser muy discreta —una pequeña referencia en las noticias de páginas interiores de un periódico, por ejemplo—. Sin embargo, la pública exposición del conocimiento puede ser suficiente para desencadenar una secuencia de acontecimientos que puede iniciar rápidamente una escalada, ya que otros medios de comunicación se apresuran a hacerse eco de la historia y a desarrollarla. Una vez que el escándalo mediático ha comenzado su andadura, su carácter y su ulterior desarrollo —y, de hecho, la circunstancia de que se desarrolle o no se desarrolle— vienen configuradas por la particular pauta de revelaciones, alegaciones y denuncias que se despliegan en los medios. Literalmente, el escándalo se desarrolla en los medios, y las actividades de los profesionales y las organizaciones mediáticas, con sus prácticas y ritmos de trabajo particulares, desempeñan un papel crucial. Los medios operan como un dispositivo que enmarca los acontecimientos, concentra la atención sobre un individuo o sobre una supuesta actividad, e impide que esa atención disminuya. Las alegaciones expuestas en los medios pueden añadirse a los desmentidos de la otra parte, es decir, a las respuestas del individuo o individuos cuyas supuestas acciones se encuentran en el centro del escándalo. Los desmentidos estimulan la perspectiva de que hayan podido existir transgresiones de segundo orden, y por lo tanto, es frecuente que se intensifiquen simultáneamente los esfuerzos de búsqueda de datos reveladores por parte de las or-

ganizaciones mediáticas y demás instituciones. Los individuos que se encuentran en el centro del escándalo, junto con sus asesores, abogados y partidarios, pueden verse atrapados en una batalla estratégica contra las organizaciones mediáticas y el resto de instituciones; cada uno de los movimientos puede verse contrarrestado por un movimiento contrario, las alegaciones topan con los desmentidos, las amenazas de nuevas revelaciones pueden tener que enfrentarse a amenazas de querellas por difamación, etcétera, todo ello con la esperanza, bien de obligar a una confesión, bien de forzar al silencio al oponente.

Por lo general, en medio de esta confrontación estratégica, es muy difícil que los protagonistas tengan una idea clara de cómo se desarrollará el combate. Los individuos que se encuentran en el centro del escándalo pueden considerar que si niegan firme y repetidamente su implicación en las actividades denunciadas, y si son capaces (caso de que sea necesario) de tapar cualquier filtración y evitar que pueda surgir cualquier evidencia acusatoria, el público se irá cansando poco a poco de una historia que cada vez tiene más aspecto de haber sido inventada. Puede que traten de cerrar definitivamente las líneas de investigación y de cortar el flujo de la información con la esperanza de que el escándalo, desprovisto de nuevas revelaciones que puedan reavivar las especulaciones, se vaya sofocando gradualmente. También es posible que traten de hacer que las tornas se vuelvan adversas a la prensa, acusando a los periodistas de rebuscar en el cieno, denunciándolos por realizar prácticas poco éticas o por rebajar el nivel del debate público, esperando obtener de este modo una ventaja en la lucha por la opinión pública. Por otra parte, los periodistas y demás profesionales con acceso a los canales mediáticos pueden mostrarse convencidos de que se ha producido algún tipo de transgresión o infracción, y pueden considerar que si son capaces de mantener la presión revelando algún material nuevo, estableciendo nuevas conexiones entre los acontecimientos y expresando opiniones y juicios de diversos tipos, el escándalo alcanzará un punto en el que se vuelva irreversible, lo que, llegado el caso, podría forzar a los individuos implicados a admitir su culpabilidad y aceptar las consecuencias.

La tercera fase de un escándalo mediático es su culminación o desenlace. Esta es la fase en la que el escándalo llega por fin a su punto crítico. Las nuevas revelaciones y la especulación renovada pueden incrementar la presión sobre los individuos que se encuentran en el centro del escándalo. La fase de culminación puede conducir a una admisión de culpabilidad, a una dimisión, a un despido o a un proceso penal, pero también puede resultar en el desplome del caso contra el individuo o individuos afectados y en la di-

sipación del escándalo. En algunos casos, la fase de culminación puede ser un acontecimiento con una puesta en escena espectacular, como sucede cuando se celebra un juicio o una audiencia pública dirigida por un comité convocado especialmente al efecto y revestido con todos los atavíos del poder simbólico. Este acontecimiento que se representa sobre el escenario público puede ser también un «acontecimiento mediático» en el sentido definido por Dayan y Katz —es decir, una ocasión excepcional que se planea con antelación, se retransmite en directo, interrumpe el flujo normal de los acontecimientos y crea una atmósfera de solemnidad y aguda expectación—.[6] El debate televisado sobre la recusación por el Comité del Cuerpo Judicial que puso fin al escándalo del Watergate, y el juicio de recusación a Clinton, igualmente televisado, fueron acontecimientos mediáticos en este sentido. Sin embargo, en otras ocasiones, la fase de culminación puede ser mucho menos espectacular —es decir, sin juicio, sin confesión y sin dimisión, limitándose a ser, simplemente, un periodo de relativa calma en el que el tempo de las alegaciones y las censuras amaina, el interés del público se desvanece y el escándalo, gradualmente, se agota.

La cuarta y última fase es la de las consecuencias —aquel periodo en el que la tensión dramática del escándalo y su desenlace ya han pasado, mientras los periodistas, políticos y demás profesionales (incluyendo en muchos casos a los principales implicados en el escándalo, quienes, en algunos casos, habrán encontrado que existe un jugoso mercado para las posteriores memorias que habrán de narrar el escándalo) inician una reflexión sobre los acontecimientos y sus implicaciones—. La mayor parte de estos comentarios se desarrollan en los propios medios, que, cediendo al tipo de autorreferencia que a menudo caracteriza al campo mediático, tienden a conceder gran cantidad de tiempo y atención a acontecimientos que las propias organizaciones mediáticas han contribuido a generar. Sin embargo, las consecuencias pueden venir marcadas también por la designación de una comisión de investigación que podría recibir el encargo de llevar a cabo una profunda y amplia revisión de las circunstancias que compusieron el trasfondo de un escándalo o de una serie de escándalos, comisión igualmente

6. Dayan, Daniel y Katz, Elihu, *Media Events: The Live Broadcasting of History*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1992. Sería un error, sin embargo, considerar de modo general que los escándalos de los medios de comunicación son «acontecimientos de los medios de comunicación» en el sentido de Dayan y Katz. Y ello porque los escándalos de los medios de comunicación pocas veces son acontecimientos que se orquesten cuidadosamente y que se planifiquen de antemano (aunque pueda ocurrir en relación con algunos aspectos de ciertos escándalos).

encargada de establecer las recomendaciones que el gobierno o algún otro cuerpo del Estado pudiera tener que llevar a efecto. El Comité Nolan sobre las normas de la vida pública, designado por el antiguo primer ministro británico John Major tras el escándalo del soborno a los miembros del Parlamento es un buen ejemplo de un corolario en el se produce una investigación de este tipo.

El desarrollo de los escándalos mediáticos se halla también íntimamente relacionado con la reiterada narración de historias relacionadas con los acontecimientos (o con los supuestos acontecimientos) que se encuentran en el centro del escándalo. Muchos escándalos se prestan con relativa facilidad a ser convertidos en distintas formas de relato popular: se centran en las aventuras (o desventuras) de individuos concretos —que, en algunos casos, son individuos poderosos, ricos o famosos— que, llevados por la ambición, el deseo o la codicia del poder y el éxito, cometen transgresiones o delitos que son vergonzosos, censurables o incluso terribles. Muchos escándalos pueden verterse fácilmente en el molde de un moderno cuento edificante.[7] Además, a medida que se desarrolla el escándalo, el propio acontecimiento pasa por el talento narrativo de una gran diversidad de comentaristas y de participantes con acceso a los medios, generándose así una multiplicidad de historias cuyos detalles y énfasis varían y se realimentan unos a otros pese a ofrecer su propio y peculiar giro interpretativo. Los escándalos mediáticos son acontecimientos de narración continua en el sentido de que están parcialmente constituidos por una variedad de narrativas mediáticas que se van refinando y revisando sin cesar a medida que se desarrolla el acontecimiento. Los lectores y los espectadores se encuentran siguiendo un muy específico tipo de historia, una historia que posee una trama indeterminada que evoluciona continuamente, una trama en la que uno puede verse confrontado cada día, al hilo de los ritmos de las publicaciones periodísticas o de los programas de televisión, a nuevos giros y vuelcos, en la que las viejas certidumbres pueden derrumbarse de repente al tiempo que emergen hipótesis nuevas, y en la que los argumentos pueden volverse a veces tan enrevesados que incluso los seguidores más minuciosos pueden empezar a extraviarse. Sin embargo, es en cierto modo esta estructura narrativa abierta, unida al interés humano del escándalo como moderno cuento edificante, la que hace que el seguimiento de los escándalos se con-

7. Véase S. Elizabeth Bird, «What a Story! Understanding the Audience for Scandal», en Lull, James y Hinerman, Stephen (comps.), *Media Scandals: Morality and Desire in the Popular Culture Marketplace*, Cambridge, Polity Press, 1997, págs. 99-121.

vierta para algunos en una fuente de placer y en un tema de conversación para muchos.

Instancias y organizaciones

Hasta el momento hemos venido examinando las características de los escándalos mediáticos considerados como acontecimientos —es decir, analizando de qué modo difieren de los escándalos circunscritos, cuál es el aspecto de la estructura de su secuencia, y otras cuestiones semejantes—. Pero los escándalos mediáticos son también *acontecimientos ubicados* que se encuentran invariablemente insertos en contextos sociohistóricos específicos y en los que siempre hay envueltos individuos y organizaciones particulares. Los escándalos mediáticos, como todos los escándalos, no se limitan a «suceder»: son traídos al mundo, y su duración en el tiempo resulta fomentada por las acciones y los actos de habla de los individuos que se encuentran ubicados en contextos muy concretos, frecuentemente vinculados además con determinadas organizaciones, y que siempre actúan en virtud de ciertos propósitos y objetivos. Cada escándalo tiene sus *dramatis personae*, entre las que no sólo cabe incluir a los individuos cuyas acciones se convierten en objeto del escándalo, sino también a aquellos que, mediante sus propias acciones y actos de habla, sacan a la luz y revelan dichas acciones, expresando además su desaprobación.

¿Quiénes son esos individuos cuyas acciones y actos de habla contribuyen a hacer que el escándalo se convierta en un acontecimiento mediático? ¿Qué tipos de organizaciones participan en este proceso? ¿Cómo hemos de analizar los contextos sociohistóricos en los que tienen lugar, como acontecimientos ubicados, los escándalos mediáticos? Me ocuparé de esta última cuestión en el próximo capítulo; aquí me concentraré en las instancias y en las organizaciones.

Desde luego, existen muy distintas instancias y organizaciones que pueden estar implicadas, en alguna de las fases, en la creación y desarrollo de los escándalos mediáticos. La policía y otras instancias creadas para hacer cumplir las leyes desempeñan a menudo un papel crucial, especialmente en lo que hace a la investigación de actividades que puedan convertirse en punto de arranque para un escándalo. Los sistemas judicial y legal, con su abanico de funcionarios particularmente cualificados (abogados, jueces, fiscales especiales, etcétera) y de procedimientos formales (audiencias, juicios, etcétera) son también elementos clave en el desarrollo de muchos escándalos. En

algunos casos, y especialmente en casos vinculados a los escándalos políticos, puede haber también determinados individuos y grupos de interés que traten de utilizar el escándalo como un medio para desacreditar a sus oponentes. Y, por último, no puede haber la menor duda de que entre las instancias y organizaciones que juegan un papel central en la génesis y desarrollo de los escándalos se encuentran aquellas que se ven afectadas, directa o indirectamente, por la producción y difusión de formas de comunicación mediatas. ¿Qué es lo que tienen las organizaciones mediáticas que hace que algunos de los individuos que trabajan en ellas actúen en determinados casos como instancias que participan en la creación y desarrollo de un escándalo?

Las organizaciones mediáticas son instituciones complejas que presentan una enorme diversidad en cuanto a la estructura y las prácticas de su funcionamiento, tanto entre sus distintos sectores como entre uno u otro contexto histórico y nacional. Con todo, podemos identificar varios aspectos generales de las organizaciones mediáticas que nos ayudarán a comprender por qué el personal de los medios puede sentirse inclinado a encaminarse hacia la promoción de escándalos. Me centraré en cuatro de esos aspectos: a) los beneficios económicos, b) los objetivos políticos, c) la propia imagen profesional, y d) las rivalidades de la competencia entre profesionales. Todos estos aspectos se superponen de modos bien complejos y afectan a ciertos medios y determinadas organizaciones mediáticas más que a otros. Sin embargo, juntos contribuyen a generar un clima en el interior de los propios medios que facilita —o incluso, en algunos casos, estimula decididamente— la producción de escándalos mediáticos.

A) Desde el desarrollo de la imprenta a finales del siglo xv, la mayoría de las organizaciones mediáticas se han configurado como empresas comerciales que operan en las condiciones que fija el mercado. Todas ellas han utilizado diversas tecnologías mediáticas para producir bienes simbólicos que pueden venderse en el mercado o distribuirse de cualquier otro modo con el fin de generar unos ingresos económicos seguros —en otras palabras, se han ido encaminando, de diferentes modos y en diversos grados, al beneficio económico—. Para muchas organizaciones mediáticas, la capacidad de sobrevivir y crecer depende (o ha dependido) de la capacidad para generar jugosos ingresos mediante la venta y la distribución de bienes simbólicos.

Dados los imperativos económicos que hacen adquirir a las organizaciones mediáticas la forma de empresas comerciales, difícilmente podría sorprendernos que algunas organizaciones mediáticas hayan buscado pro-

ducir bienes simbólicos de carácter sensacionalista o bienes simbólicos capaces de captar la atención. No hay nada nuevo en esta tendencia: la mayor parte de la primera literatura callejera de los siglos XVI y XVII, los panfletos, hojas de noticias y libelos, tenían como ya hemos visto, un carácter sensacionalista y un tono moralizador. Sin embargo, con la transformación de la prensa a partir de finales del siglo XVIII, la naturaleza y la escala de este aspecto de las organizaciones mediáticas cambió drásticamente. El auge de la prensa de tirada masiva en los siglos XIX y XX puso su principal prioridad en la necesidad de atraer a un número permanentemente creciente de lectores, creando así un contexto en el que la búsqueda de vívidas y entretenidas noticias se convirtió en una característica rutinaria de la producción de periódicos. Y en este contexto, la publicación de revelaciones y alegaciones de naturaleza escandalosa (o potencialmente escandalosa) podía considerarse desde el ángulo de su posible valor comercial: los escándalos suministran vivos y animados relatos que pueden usarse para atraer la atención de los lectores y para mantener esa atención alerta mientras se va desenmarañando la trama de un día a otro, o de una semana a otra.

Decir que las transformaciones económicas del siglo XIX generaron las condiciones favorables para la producción de escándalos mediáticos no quiere decir que, en el caso de que una específica organización mediática esté implicada en la revelación de algún material escandaloso (o potencialmente escandaloso), esa implicación deba venir necesariamente dictada por un objetivo comercial explícito. Los periodistas y los directores de periódicos pueden ser partidarios de referir relatos de este tipo sin necesidad de tener los ojos fijos en la caja registradora. La significación de los beneficios económicos puede exagerarse o ser fácilmente objeto de una mala interpretación. Pueden existir algunas ocasiones en que la motivación para hacer saltar una historia escandalosa sea fundamental o exclusivamente comercial, pero es más probable que esa sea la excepción y no la regla. La importancia de la inclinación al beneficio económico tiene menos que ver con las motivaciones de los profesionales de los medios que con la estructura general de las organizaciones mediáticas y las limitaciones que gravitan sobre ellas, estructura que ha contribuido a garantizar que un determinado género de noticias se haya convertido en un rasgo fundamental de la producción de periódicos.

He destacado los objetivos financieros que se encuentran implícitos en la estructura de las organizaciones mediáticas, pero, por supuesto, no son sólo esas organizaciones las que pretenden obtener ganancias con las historias escandalosas. El hecho de que algunas de esas organizaciones estén más

que dispuestas a pagar suculentas sumas de dinero para adquirir información importante también ha contribuido a crear un floreciente mercado secundario de materiales relacionados con los escándalos. Así ha ido creciendo una serie de profesiones semiautónomas —periodistas y fotógrafos independientes, agentes, publicistas, *paparazzi*, etcétera— que obtienen parte de sus ingresos mediante el suministro de historias, fotos y otros materiales («carnaza», como lo llama una supuesta empresaria mediática[8]) a los periódicos, revistas y demás organizaciones mediáticas. Además, algunos de los individuos directamente implicados en actividades delicadas o clandestinas también pueden beneficiarse económicamente de un escándalo y pueden sentir la tentación de vender sus historias, al igual que otros materiales, como cartas y fotografías, en el mercado secundario de los materiales relacionados con los escándalos. Desde el amante parlanchín al autor de una memoria sobre un escándalo, los participantes han encontrado modos para cosechar algunos de los beneficios que ofrecen los escándalos.

B) La producción de escándalos mediáticos viene también configurada en algunos casos por determinados individuos que utilizan formas de comunicación mediática para promover sus propios objetivos políticos. Una vez más, la utilización de los medios para la consecución de objetivos políticos posee una larga historia. Muchos de los panfletos y libelos de los siglos XVI y XVII pretendían ser formas de intervención en política; y en los primeros días de la prensa periódica —en los siglos XVII y XVIII— era frecuente que los diarios y otras publicaciones periódicas tuviesen un explícito sesgo político. Hemos señalado, no obstante, que el incremento de los periódicos de tirada masiva durante el siglo XIX coincidió con una despolitización generalizada de la prensa, ya que los periódicos comenzaron a depender cada vez menos del apoyo financiero de los partidos políticos y tendieron a proclamar cada vez más su neutralidad política. A primera vista, la despolitización de la prensa de tirada masiva parece haber ido en contra de la sugerencia de que la procura de objetivos políticos desempeña un papel significativo en la producción de los escándalos mediáticos. Sin embargo, y

8. «Me encanta la carnaza, vivo para la carnaza», explica Lucianne Goldberg, la supuesta agente y publicista de Nueva York que asesoró a Linda Tripp durante el asunto Clinton-Lewinsky. (Fue Goldberg quien animó a Tripp para que grabara su conversación con Monica Lewinsky). «Carnaza es lo que se hace con la porquería, los chismes, la intriga, el escándalo..., y los informes internos». Citado en John Cornwell, «Kiss of the Spider Woman», *Sunday Times Magazine*, 27 de junio de 1999, pág. 17.

a pesar de esta vasta tendencia histórica, hay un determinado número de factores diversos que han hecho cierta la afirmación de que la búsqueda de objetivos políticos vinculada a la utilización de formas mediatas de comunicación ha desempeñado, y sigue desempeñando, un importante papel en la producción de escándalos mediáticos.

En primer lugar, y a pesar de que muchos periódicos de tirada masiva pusieron los ojos en el mercado como fuente de sus ingresos y proclamaron al mismo tiempo su neutralidad política, también es cierto que habitualmente se situaban en una ancha franja del espectro político y se mostraban dispuestos a respaldar a determinados partidos o dirigentes de forma temporal o condicional. El hecho de que no dependiesen de los partidos políticos para su viabilidad económica no impedía que adoptasen una postura en el terreno político, aunque se tratase de una postura que pudiese estar menos íntimamente vinculada a un determinado partido y pudiese variar con el tiempo. En segundo lugar, pese a que las bases partidistas de la prensa se vieran atenuadas durante el siglo XIX, es igualmente claro que algunos individuos provistos de fuertes convicciones morales y políticas mantuvieron una posición de poder e influencia en los medios y utilizaron esa posición para impulsar sus propias agendas. En los últimos años de la Inglaterra victoriana, por ejemplo, editores muy combativos como W. T. Stead desempeñaron un destacado papel al convertir un difuso sentimiento puritano en una formidable fuerza política. La implacable determinación de Stead en cuanto a exponer la decadencia moral y la hipocresía de la sociedad victoriana fue, al menos en parte, responsable de numerosos escándalos, debidos tanto a las revelaciones publicadas en la *Pall Mall Gazette* como al clima moral que los grupos de presión puritanos contribuían a generar.

Por último, en décadas más recientes, la gran proliferación de las formas de la comunicación mediata ha contribuido a garantizar que fuese probable que todos aquellos que desearan valerse del escándalo como de un arma política tuviesen oportunidad de encontrar algún foro mediático en el que las revelaciones y las alegaciones pudieran convertirse en un debate público. Las organizaciones políticas o semipolíticas y los grupos de interés pueden generar sus propios datos mediáticos en forma de cartas a los periódicos, folletos y, cada vez más, portales de internet; la proliferación de las formas de la comunicación mediata les permite convertirse en organizaciones paramediáticas capaces de intervenir en alguno de los sectores de la esfera pública. Estas organizaciones paramediáticas también pueden contribuir a configurar los contenidos del flujo principal de noticias de los medios al reunir in-

formación o al realizar alegaciones que pueden incorporarse a otros medios más consolidados (o ser recogidas por ellos). En la actualidad, el principal factor de inhibición no es la falta de foros adecuados, sino más bien la amenaza de una acusación por difamación u otras sanciones legales (por ejemplo, en Gran Bretaña, la acción judicial amparada por la Ley de Secretos Oficiales). De ahí que no sea sorprendente que las revelaciones o alegaciones iniciales aparezcan a menudo en publicaciones pequeñas o marginales, como la revista satírica británica *Private Eye*, que actúa bordeando el límite en cuanto a las posibilidades de resultar procesada por difamación, y tampoco resulta sorprendente que la red, con su estructura relativamente anárquica desde el punto de vista legal, haya demostrado ser una bien acogida ubicación para exponer información o hacer alegaciones que son escandalosas (o pueden serlo en potencia). Si no son legalmente rebatidas, las revelaciones o las alegaciones que al principio habían aparecido en lugares relativamente oscuros pueden ser retomadas por otros medios y pasar rápidamente a la corriente mediática principal para convertirse de este modo en escándalos de gran envergadura.

C) La imagen que los profesionales de los medios tienen de sí mismos y que circula entre el personal que trabaja para ellos también contribuye a generar una tendencia al escándalo. La aparición del periodismo como profesión a finales del siglo XIX vino acompañada del surgimiento de una ética profesional que definía los principios de la buena práctica periodística. Como ya señalamos en el capítulo anterior, esta ética tendía a destacar dos ideales, la fidelidad a los hechos y el entretenimiento. Esos ideales, elaborados de diversos modos, han pasado a formar parte de la propia imagen de los profesionales del periodismo y de otras personas que trabajan en la industria mediática. Incluidos en los libros de texto y en los cursos de formación, robustecidos por los elementos de señalamiento de la excelencia (premios, etcétera) que a veces usan las profesiones como forma de recompensar los logros alcanzados entre sus mismas filas, dichos ideales han configurado el modo en que los periodistas conciben su propia persona y lo que hacen como periodistas. Podríamos decir que esos ideales han moldeado los hábitos prácticos del periodismo.[9]

9. El término «hábito» es un préstamo de Bourdieu. Este autor se vale de la noción de hábito para describir un conjunto de disposiciones duraderas y fecundas que inclinan a los sujetos a actuar de ciertas maneras. Véase en especial Pierre Bourdieu, *The Logic of Practice*, traducción de Richard Nice, Cambridge, Polity Press, 1990, págs. 52 y sigs.

Por supuesto, no todos los periodistas ni todas las secciones periodísticas de las industrias mediáticas ponderan por igual ambos ideales. Algunos periodistas y algunos sectores de la prensa prefieren destacar los aspectos relacionados con el entretenimiento y la narración de historias, mientras que otros se orientan principalmente en la dirección del ideal de la recopilación y exposición de datos. La búsqueda de cualquiera de los dos ideales (o de una combinación de ambos ideales) podría dar lugar con facilidad al estallido de un escándalo. Para los periodistas y los periódicos que subrayan el ideal del entretenimiento, el escándalo es un maravilloso asunto: permite que los periodistas hilen los contenidos fácticos, incluyéndolos en vívidas historias de relaciones secretas y fechorías en las que se hallan implicadas destacadas personalidades públicas, mientras expresan, al mismo tiempo, una fuerte dosis de censura moral. Pero el escándalo se encuentra también íntimamente vinculado a los objetivos y las prácticas de los periodistas y las organizaciones mediáticas que tratan de resaltar la realidad de los hechos. Y ello porque los profesionales del periodismo de investigación han llegado a considerarse a sí mismos algo más que reporteros obligados a explorar bajo la superficie de las cosas con el fin de llegar a la verdad y se ven también como reformadores sociales que tratan de influir en las agendas políticas provocando la indignación moral de sus lectores y espectadores. La configuración de las agendas políticas mediante la revelación de actividades ocultas que conmocionan y sorprenden, que golpean el nervio profundo de la comunidad y obligan a responder a los dirigentes políticos, se ha convertido en parte de la propia concepción profesional de los periodistas.[10]

10. El intento de configurar la agenda de la política mediante la provocación de un escándalo moral era una característica prominente del trabajo de los directores de periódicos combativos de Gran Bretaña y los Estados Unidos a finales del siglo XIX, y también de los periodistas que se dedicaban a revelar escándalos, como Linciln Steffens e Ida Tarbell. Sin embargo, también hoy en día ha llegado a ser una parte fundamental de la imagen que tienen los periodistas de investigación sobre su propia actividad. David Protess y sus socios lo han verificado a la perfección en su estudio sobre el periodismo de investigación que se hacía en los Estados Unidos durante la década de 1980. «Los periodistas de investigación tratan de provocar *deliberadamente* una reacción de indignación con sus reportajes sobre la comisión de delitos e infracciones» observan Protess y otros «Los periodistas de investigación encuentran una satisfacción personal al publicar noticias que conducen a una mejora cívica», Protess, David L., Lomax Cook, Fay, Doppelt, Jack C., Ettema, James S., Gordon, Margaret T., Leff, Donna R. y Miller, Peter, *The Journalism of Outrage: Investigative Reporting and Agenda Building in America*, Nueva York, Guilford Press, 1991, pág. 5. No obstante, Protess y sus socios también muestran que la política de impacto del reportaje de investigación es mucho más complicada de lo que sugeriría el modelo de la movilización lineal. Los periodistas de in-

Esto no significa, sin embargo, que la mayoría de los escándalos sean el resultado de la acción de aquellos periodistas que diligentemente atienden a su vocación como investigadores que persiguen la revelación de incómodas verdades. Esto puede, en efecto, suceder en algunos casos, pero en términos históricos generales constituye mucho más una excepción que una regla. En muchos escándalos, las principales actividades investigadoras son el resultado de la labor de individuos que no son periodistas y de organizaciones que no poseen un carácter mediático (como la policía, los tribunales de justicia, o los distintos tipos de comisiones oficiales de investigación), y el papel desempeñado por los medios es principalmente el de seleccionar y divulgar la información que otros generan, convirtiéndola en una serie de historias atractivas y proporcionando marcos de interpretación adecuados. Las actividades de investigación de los periodistas han sido un factor determinante en algunos escándalos, pero rara vez son la única fuente de información, y, en muchos casos poseen un carácter secundario respecto a las investigaciones que otros realizan (pese a que los mismos periodistas puedan tener una cierta propensión a exagerar su propia importancia hasta hacerla coincidir con la imagen profesional que tienen de sí mismos[11]). Además, el auge del periodismo de investigación no implica por sí mismo que todas las áreas de la vida social y política sean objeto del mismo grado de investigación y examen crítico. Al contrario, es característico que los periodistas trabajen en el marco de un conjunto de convenciones establecidas que tienden a descartar

---

vestigación podrían tratar de orientar la agenda política escandalizando a los lectores y a los telespectadores, pero, en la práctica, estas agendas se forjan frecuentemente mediante la formación de coaliciones entre los periodistas y los gestores políticos, y empiezan a producir resultados antes de que se publiquen los resultados de las investigaciones.

11. El ejemplo más obvio de esto es el caso Watergate. Cuando ganaron el premio por su relato y por el papel que desempeñaron en el escándalo Watergate, los periodistas del *Washington Post*, BobWoodward y Carl Bernstein, se presentaron a sí mismos como detectives que tuvieron que luchar contra el secreto, las mentiras, las falsas pistas y la intensa presión política con el fin de reconstruir el rompecabezas que finalmente llevó a la dimisión de Nixon. Véase Bob Woodward y Carl Bernstein, *All the President's Men*, Nueva York, Simon y Schuster, 1974; véase también la película de 1976 que está basada en el libro. Sin embargo, el relato de Woodward y Bernstein tiende a exagerar su propio papel en la secuencia de revelaciones y acontecimientos, y tiende también a rebajar la trascendencia de las investigaciones del FBI, del proceso judicial y de las preguntas realizadas por el Congreso, en el transcurso de los cuales surgieron muchas de las revelaciones más importantes. Para un relato sobre la mitificación del papel del periodismo en el caso Watergate, véase Michael Schudson, *Watergate in American Memory: How We Remember, Forget, and Reconstruct the Past*, Nueva York, Basic Books, 1992, págs. 104 y sigs., y «Watergate and the Press», en su *The Power of News*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1995, págs. 142-165.

determinadas esferas de la vida como materia de investigación legítima. Incluso en época tan reciente como la década de los sesenta, por ejemplo, era práctica común de los periodistas de los Estados Unidos y otras partes del mundo que evitaran la investigación y la revelación de las vidas privadas de las figuras públicas, incluso en aquellos casos en que pudiera saberse perfectamente, en los círculos políticos y periodísticos, que una determinada personalidad estaba envuelta en un asunto extramatrimonial.[12] ¿Por qué empezaron a cambiar las convenciones que regían las actividades de los periodistas en determinados contextos a partir de los primeros años de la década de los sesenta? Ésta es una pregunta a la que habremos de prestar atención más adelante.

D) El cuarto factor que ha desempeñado un importante papel en la producción de escándalos mediáticos es el constituido por lo que podríamos denominar rivalidades derivadas de la competencia. Las organizaciones mediáticas no existen como entidades aisladas: se hallan trabadas por complejas relaciones —a menudo de carácter competitivo— con otras organizaciones mediáticas, y sus productos están configurados en cierta medida por estas relaciones entre las diversas organizaciones. Al producir mercancías simbólicas, no sólo atienden a su potencial mercado, también se fijan en las actividades de otras organizaciones cuya producción se dirige al mismo mercado (o a uno similar). Al igual que otros mercados para las mercancías simbólicas, el mercado de las noticias está fuertemente sujeto a competencia y, a medida que se agudiza esa competencia, las organizaciones que generan noticias se ven obligadas a buscar nuevos modos de asegurarse una ventaja en la lid. El uso de las nuevas tecnologías para la reducción de costes, la oferta de contenidos más estilizados y de nuevas formas de presentación, unidos al desarrollo de nuevas redes para el suministro de información, son algunas de las estrategias comúnmente utilizadas para garantizar o mejorar la propia situación entre la competencia.

El mercado altamente competitivo de las noticias concede un gran valor a la velocidad: las noticias deben ser *novedosas*, y las últimas y más recientes noticias son las que más se valoran. En el competitivo mundo de la produc-

12. En este caso, John F. Kennedy es el ejemplo más llamativo. Muchos periodistas conocían los amoríos de Kennedy, pero sencillamente hacían la vista gorda. «Solía haber un acuerdo entre caballeros respecto a no informar sobre esas cosas», observa el reportero veterano, Raymond Strother, según la cita que aparece en «Sex and the Presidency», *Life*, agosto de 1987, pág. 71.

ción de noticias, el tiempo es lo esencial: las noticias de ayer no son ya noticias en absoluto. De ahí que las organizaciones de noticias luchen unas con otras para generar las noticias más recientes, o para divulgar una noticia antes que cualquiera de sus competidoras (la «exclusiva»). La competencia también produce una cierta diferencia entre las organizaciones productoras de noticias, ya que luchan por encontrar un hueco que les garantice unos lectores o una audiencia estables. Algunas organizaciones tratan de granjearse una buena reputación como fuentes de noticias precisas y de confianza gracias a la combinación de una detallada información sobre las cuestiones candentes con su tratamiento mediante comentarios autorizados. Otras organizaciones tratan de situarse como proveedores de noticias entretenidas (y de noticias de entretenimiento), combinando un somero tratamiento de los asuntos de actualidad con un marcado énfasis en la vida de las personalidades más destacadas.

A pesar de que la competitiva naturaleza del mercado de noticias produce una cierta diferencia entre las organizaciones productoras de noticias, también genera un cierto grado de homogeneidad si nos atenemos al material que se considera merecedor de convertirse en noticia. Aquellos que trabajan en las organizaciones productoras de noticias están mirando constantemente a hurtadillas a su alrededor con el fin de observar lo que hacen sus competidores. Una gran historia para una organización puede convertirse rápidamente en una gran historia para las demás, ya que la información no fluye simplemente desde las organizaciones productoras de noticias hasta los lectores o los espectadores, sino que circula igualmente entre las organizaciones mismas. Esta «circulación circular de la información», como la denomina acertadamente uno de sus críticos,[13] tiene varias consecuencias. En primer lugar, produce un determinado grado de *homogeneidad* entre los asuntos que se considera que merecen convertirse en noticias, en el sentido de que un asunto apto para su transformación en noticia según el criterio de una organización es también (o se convierte rápidamente en) un asunto de interés noticioso para otras organizaciones. En segundo lugar, genera un cierto grado de *amplificación mediática*: la significación de un acontecimiento resulta amplificada por el hecho de ser recogida por otras organizaciones (y por otros medios), y por consiguiente obtiene una mayor prominencia y visibilidad en el ámbito público. En tercer lugar, produce un cierto grado de *autorreferencia*. Las organizaciones productoras de noticias informan, en

13. Véase Pierre Bourdieu, *On Television*, traducción de Priscilla Parkhurst Ferguson, Nueva York, New Press, 1998, págs. 23 y sigs.

cierta medida, de lo que otras organizaciones productoras de noticias también informan; obtienen sus referencias, al menos hasta cierto punto, de lo que sus competidores hacen. De ahí que sea frecuente que las mismas historias (u otras muy similares) aparezcan en los distintos periódicos y programas de televisión, que se utilicen las mismas (o parecidas) fotos o vídeos, y las mismas (o similares) personas sean llamadas a ofrecer su opinión. El resultado es que el mundo de las noticias de los medios tiende a convertirse en cierta medida en un mundo cerrado sobre sí mismo —casi al modo de las salas de espejos, en las que cada imagen, y cada movimiento, aparece reflejado de múltiples maneras—.

La competitiva rivalidad e interconexión entre las organizaciones mediáticas tiene efectos sobre la producción de los escándalos mediáticos. La presión que incita a divulgar una historia antes de que lo hagan los propios competidores actúa como un incentivo que mueve a revelar la información que podría prender la mecha de un escándalo, o que podría alimentar un escándalo que ya se estuviera desarrollando. Las diferencias producidas por una intensa competencia conducen a la aparición de organizaciones que priman los aspectos de las noticias que se relacionan con el entretenimiento, y que, en algunos casos —como sucede con las *News of the World* en Gran Bretaña y el *National Enquirer* en los Estados Unidos—, consideran la producción de escándalos mediáticos como un elemento fundamental de sus productos.[14] La rivalidad competitiva también tiende a garantizar que tan pronto una historia con un claro potencial de escándalo irrumpe en algún lugar de la cadena de la información, otras organizaciones mediáticas se apresurarán a hacerse eco de ella, informando y ampliando la noticia aún más. El primer fogonazo de un escándalo tiende a producir una lucha por la obtención de las mejores noticias, ya que los periodistas, los fotógrafos y demás profesionales, deseosos de no verse superados por sus competidores, se precipitan al escenario de los hechos (con una actitud que un comentarista describió en una ocasión como «síndrome del chacal»[15]). La lucha por la

14. Para un relato sincero de una persona que conoce las interioridades de las prácticas periodísticas de la prensa amarillista y las técnicas que ésta utiliza para generar escándalos, véase Gerry Brown, *Exposed! Sensational True Story of a Fleet Street Reporter*, pág. 146, Londres, Virgin, 1995. «La primera prioridad de un buen director de un periódico amarillista», recalca Brown, «es conseguir porquerías relacionadas con una gran celebridad de la televisión. La segunda prioridad es apuntar a una celebridad de rango medio. La tercera es publicar un escándalo que implique a una celebridad menor de la televisión». Brown trabajaba para el *News of the World* y para el *National Enquirer*, así que, por desgracia, sabe de lo que habla.

15. «Este síndrome aparece después de que un miembro audaz de los medios de comu-

obtención de las mejores noticias tiende a activar el escándalo que se encuentra en fase incipiente, dándole mayor relieve y visibilidad en la esfera pública. Prendido por la chispa surgida en un medio, un escándalo puede arder rápidamente y propagarse a otros medios, ya que las llamas se avientan por el simple hecho de verse repercutidas en las múltiples organizaciones mediáticas que informan de los acontecimientos, reproducen los documentos, las fotos o los vídeos más importantes y difunden comentarios, tanto sobre los propios acontecimientos como sobre la información suministrada al respecto por otras organizaciones mediáticas. Una vez ha comenzado a arder, un escándalo mediático puede convertirse rápidamente en un incendio incontrolable.

La experiencia del escándalo como acontecimiento mediático

Del mismo modo que los escándalos mediáticos son acontecimientos que se desarrollan en los medios, también la forma en que experimentamos esos acontecimientos se recibe de las peculiares características de las diversas modalidades de la comunicación mediática. Para los individuos que se encuentran en el centro de un escándalo en pleno desarrollo, es probable que la experiencia resulte abrumadora, ya que los acontecimientos quedan rápidamente fuera de control. Es posible que se haga necesario invertir una gran cantidad de tiempo y energía en tratar de controlar un proceso que, en ciertos aspectos, es intrínsecamente incontrolable. Los individuos, sus familias, sus amigos y sus abogados (y, en algunos casos, sus equipos de gestión de crisis) pueden tener que emplear una gran cantidad de tiempo en elaborar estrategias que les permitan —eso es al menos lo que esperan— superar la estrategia de sus oponentes o limitar al menos los daños que habrán de soportarse. Pueden sentir cólera e indignación por los trastornos que se producirán en sus vidas y por la forma en que se pondrán en tela de juicio sus planes y sus ambiciones como consecuencia de las acciones emprendidas por los periodistas y demás profesionales, imbuidos aparentemente de mó-

---

nicación informa sobre cierto "hecho". En este contexto, es irrelevante si el "hecho" es cierto; los demás miembros de los medios de comunicación lo adoptan como el Evangelio y lo extienden a través de la faz de la tierra. Los chacales tienden a acechar entre la maleza hasta que el león mata a su presa; después de irse, los chacales se abalanzan para repartir el festín. Para ser un chacal no se requiere ni espíritu emprendedor ni consideración», Altschull, J. Herbert, «The Journalist and Instant History: An Example of the Jackal Syndrome», *Journalism Quarterly*, 50, 1973, págs. 489-490.

viles malintencionados. Es posible también que se sientan profundamente atemorizados y angustiados por el rumbo que pueda tomar el escándalo y por el modo en que se verá afectada su vida y la vida de las personas que aprecian.

En muchos escándalos, también puede suceder que los participantes experimenten un profundo sentimiento de apuro, vergüenza y humillación conforme asisten a la súbita conversión de ciertos aspectos de su vida privada (o de determinadas actividades y conversaciones que se habían producido en secreto y en la intimidad) en acontecimientos públicos expuestos ante miles o millones de personas que ahora pueden verlos, oírlos o saber de ellos. Las acciones o las afirmaciones que en un principio se orientaban hacia una persona concreta, y que se produjeron asumiendo que únicamente serían captadas por la persona a la que iban dirigidas, son bruscamente extraídas de su contexto original y puestas a disposición de una indefinida gama de receptores; las acciones y comunicaciones privadas, incluyendo los íntimos y muy personales intercambios que suceden entre los amantes, quedan de repente transformados en mercancías públicas. Los afectados pueden sentir entonces un profundo sentimiento de apuro y vergüenza al ver o escuchar cómo sus propias acciones privadas son objeto de discusión en la esfera pública. Es posible también que se sientan profundamente humillados y rebajados por un proceso que expone cuestiones altamente personales o revela aspectos ocultos del propio carácter o la vida privada, amenazando de este modo con generar un menoscabo de la imagen que el implicado o implicados desearían proyectar.

Para los individuos que no son participantes en los escándalos mediáticos sino meros observadores, la experiencia de esos acontecimientos viene moldeada por el hecho de que obtienen su conocimiento exclusiva o fundamentalmente de fuentes mediáticas. El escándalo no es una «experiencia vivida» —esto es, una experiencia que se vive en contextos prácticos de la vida diaria y que los dificulta—, sino una «experiencia mediata», cuya configuración depende del particular modo en que llega a vivirse.[16] Para la mayoría de las personas, estos escándalos son acontecimientos que afectan a personas muy alejadas de ellos, a individuos que se encuentran en un lugar espacialmente remoto (y quizá alejados también en el tiempo) y a los que no es probable que vaya uno a encontrar en el transcurso de la vida cotidiana. Algunos son también destacadas figuras públicas, y, por consiguiente, para

16. Para la distinción entre experiencia vivida y experiencia mediática, véase Thompson, *The Media and Modernity*, págs. 227-234.

mucha gente, resultan distantes por su posición relativa, o por el poder y la riqueza de que disfrutan. A través de los escándalos mediáticos, la gente corriente experimenta los traumas de esas otras personas distantes cuyas vidas aparecen desnudas ante nuestros ojos. Todos podemos observar cómo sus vidas privadas, o ciertos aspectos de su vida pública, se despliegan ante nuestros ojos con una vívida y casi misteriosa explicitud en un escenario en el que podemos ser espectadores, comentaristas y críticos sin tan siquiera cruzarnos con los individuos cuyas vidas podemos llegar a conocer tan íntimamente. Podemos sentirnos intrigados por el espectáculo que se desarrolla ante nosotros, estimulada nuestra curiosidad por una serie de revelaciones y explicaciones que no acaban de encajar y puede que, al mismo tiempo, nos sintamos incómodos respecto a una serie de circunstancias que nos permiten conocer más a fondo las vidas privadas de los personajes públicos de lo que jamás podremos llegar a conocer de la vida de nuestros propios amigos y familiares. En estas circunstancias, la intimidad se llega a separar de la familiaridad, pues el íntimo conocimiento que tenemos respecto a la vida de otras personas no guarda la menor relación con la cercanía de nuestro trato. Es una variante de la intimidad no recíproca a distancia.

Al mismo tiempo, los escándalos mediáticos nos brindan una nueva e inquietante visión del mundo, un mundo que, por lo general, se encuentra oculto en el rutinario fluir de la vida cotidiana. Los escándalos mediáticos son ventanas a un mundo que se encuentra detrás de la cuidadosa presentación que hacen de sus personas los dirigentes políticos y otros profesionales que han de bregar a la vista del público. A medida que van desarrollándose esos escándalos, conocemos por experiencia un mundo —a veces chocante, a veces ligeramente divertido y a menudo muy absorbente— que se encuentra en las antípodas de las imágenes que se intentan proyectar de él. ¿Quién podría haber pensado, por ejemplo, que el presidente de los Estados Unidos trataría de los asuntos políticos en la Casa Blanca de un modo imposible de distinguir de las maquinaciones propias de un mezquino bandolero? Cuanto más elevado sea el individuo (o la institución de la que forma parte), o cuanto más vinculado se encuentre el éxito de un individuo al hecho de haber proyectado una particular imagen de sí mismo, tanto más probable será que nos sintamos interesados en conocer las revelaciones que ponen en un compromiso esas imágenes y que muestran que, pese a las pretensiones que intentan aparentar lo contrario, esos individuos son proclives a ceder ante las mismas tentaciones, se hallan gobernados por los mismos deseos y sujetos a las mismas debilidades que asedian a los demás mortales. Las revelaciones comprometedoras de este tipo pueden ser en ocasiones

una fuente de diversión y entretenimiento (como sucedió en el caso del impropio encuentro de Hugh Grant con Divine Brown). Sin embargo, también pueden ser fuente de grave disgusto y consternación, ya que podemos considerar que la vida de los individuos afectados no ha estado a la altura de las expectativas que teníamos, y que no sólo se han comprometido a sí mismos sino también a las instituciones de las que formaban parte. Muchos estadounidenses consideraron que las revelaciones de los encuentros sexuales de Clinton con Monica Lewinsky, comunicados con toda suerte de detalles por el informe Starr y por innumerables comentaristas de los medios, no sólo empañaban la imagen de Clinton sino que también devaluaban y deshonraban la institución de la Presidencia.

Dado que los escándalos mediáticos implican simultáneamente actos de transgresión y la expresión de críticas morales, hay que tener en cuenta que también nos proporcionan una ocasión para reflexionar sobre cuestiones de tipo práctico y moral. La experiencia de un acontecimiento mediático nunca es simplemente una cuestión relacionada con el hecho de recibir pasivamente los mensajes que se nos presentan: en nuestra calidad de receptores, nos vemos siempre activamente implicados en una labor de interpretación de esos mensajes, labor que nos obliga a reflexionar sobre ellos y a discutirlos con los amigos, allegados y demás personas con las que nos relacionamos en el transcurso de nuestras vidas cotidianas. Los escándalos mediáticos suministran una abundante fuente de temas de conversación en parte porque tienen, en muchos casos, un sesgo personal, un buen número de motivos que resultan relativamente fáciles de entender, y un destino incierto que puede cambiar de un día para otro; sin embargo, si resultan ser tan buenos temas de conversación, también se debe a que con frecuencia suscitan cuestiones éticas sobre las que los individuos pueden mostrarse en desacuerdo. ¿Debería perdonarse la infidelidad matrimonial? ¿Es aceptable la homosexualidad? ¿En qué medida ha de considerarse que la vida privada de los políticos es relevante para su función pública? ¿Podemos confiar en nuestros políticos? ¿Son corruptos? Etcétera. Los escándalos mediáticos representan una ocasión para que los individuos reflexionen sobre una serie de nociones éticas y políticas similares a éstas, para que las discutan con otras personas y reflexionen sobre algunas de sus convicciones. En la mayoría de los casos, es más probable que este proceso de reflexión sobre las propias convicciones tenga el efecto de robustecer las que ya se tenían que lo contrario, es decir, que genere un súbito o espectacular cambio. Pero no deberíamos excluir la posibilidad de que la exposición a una intensa serie de escándalos, cada uno con su carga de revelaciones que parecen impropias o de algún modo re-

pugnantes, pueda contribuir, andando el tiempo, a una gradual alteración de las actitudes de las personas.

Pese a que los escándalos mediáticos pueden resultar en ocasiones absorbentes e incluso chocantes o molestos para algunas personas, y pese a que en ocasiones proporcionen materiales aptos para la conversación y la reflexión en los contextos prácticos de la vida diaria, no por eso hay que pensar que éste sea invariablemente el caso. Algunos escándalos —en especial aquellos que implican complejos asuntos financieros o acontecimientos de laberíntica complejidad— pueden tener una capacidad relativamente limitada para reverberar en las vidas de las personas corrientes. Esto puede deberse en parte a la intrínseca y en ocasiones desconcertante complejidad de los propios acontecimientos, que pueden ser difíciles de transmitir mediante una forma narrativa amena. En algunos casos también puede deberse a un cierto cansancio por parte de los destinatarios, que pueden sentirse hartos de revelaciones escandalosas y que pueden mostrarse proclives a recibir una nueva tanda de descubrimientos y declaraciones con un suspiro de resignada indiferencia (extremo sobre el que hemos de volver). Sin embargo, la limitada capacidad de algunos escándalos para reverberar en el interés vital de los ciudadanos corrientes es también síntoma de una característica más general de la experiencia mediática a la que podríamos llamar «estructura de su relevancia».[17] Los individuos no se relacionan del mismo modo con todas las experiencias, sino que, por el contrario, les conceden prioridad en función del grado en que les parecen pertinentes para sus propias vidas. La mayor parte del tiempo, la experiencia vital de la vida cotidiana posee un carácter bastante apremiante para la mayoría de los individuos: constituye el entorno inmediato en el que vivimos nuestras vidas e interactuamos con otras personas. La experiencia mediata, por el contrario, es más intermitente y más independiente de los contextos prácticos de nuestra vida diaria, y es menos probable que se nos imponga con la misma urgencia e inmediatez que la experiencia vital.

De ahí que, por muy interesantes y absorbentes que puedan ser los detalles de un escándalo mediático, es probable que el desarrollo del escándalo sea vivido por la mayoría de los individuos como un acontecimiento más bien distante que posee una conexión relativamente débil con las cuestiones que preocupan a la mayoría en los contextos prácticos de sus vidas cotidianas. Puede que les parezca difícil ver alguna conexión entre las acciones de esos lejanos individuos con los que nunca se han cruzado (y con los que no

17. *Ibid.*, págs. 229-231.

es probable que se crucen jamás) y sus propias vidas y circunstancias vitales; el desarrollo de los acontecimientos que acompañan al escándalo mediático puede captar su atención de vez en cuando, puede incluso suscitar alguna discusión y debate con los amigos y los miembros de la familia, pero es improbable que esos acontecimientos consigan atraer totalmente y sin fisuras su interés. La separación espacial y cultural que puede intervenir cuando los escándalos se difunden a una escala cada vez más global no pueden conseguir sino que la debilidad de esa conexión resulte aún más evidente. Para las personas más sencillas de Gran Bretaña, por ejemplo, un escándalo en el que se vean envueltos unos cuantos políticos del Japón o de Corea del Sur aparecerá como un suceso inconmensurablemente remoto: los nombres de los implicados apenas les dirán nada, las instituciones les resultarán poco familiares y muy alejadas de su propio contexto local y nacional, de modo que es probable que cualquier conexión con sus propias vidas les parezca tan tenue, o tan dependiente de un elevado número de intermediarios, que puede resultarles casi imperceptible.

La estructura de la relevancia de la experiencia mediática tiende de este modo a garantizar que, para una mayoría de personas, la mayor parte de los escándalos mediáticos tenderá a desempeñar un papel relativamente menor en sus vidas (y mucho menor aún cuando el escándalo se encuentra muy alejado de sus propios contextos vitales tanto desde el punto de vista espacial como desde el cultural). Por supuesto, hay excepciones. Para todo individuo particular, la relevancia de cualquier experiencia, ya sea mediata o inmediata, es siempre relativa al conjunto de prioridades que forman parte de su proyecto vital y del sentido de su identidad como persona. Ciertos individuos que manifiestan un sólido interés en la política, o un sólido interés en una determinada forma cultural como el cine, el deporte o la música popular, pueden seguir de cerca el desarrollo de un escándalo mediático que tenga relación con su área de interés. Pueden ver la televisión y leer todos los días los periódicos para conocer las últimas noticias, ansiosos por mantenerse al tanto de los más recientes acontecimientos. Pueden convertirse incluso en una especie de forofos del escándalo, similares a los seguidores de un grupo de música o de un equipo deportivo, y desarrollar redes de relaciones sociales con otras personas que comparten intereses y preocupaciones parecidas y con las que puedan intercambiar las últimas noticias. (Los escándalos en que se vio envuelto Bill Clinton, por ejemplo, generaron en internet muchos grupos interesados en conseguir noticias y muchas redes de relaciones de este tipo.) Éstas son, sin embargo, las excepciones. Para la mayoría de las personas, los escándalos mediáticos son acontecimientos que

se viven de forma intermitente y con diversos aunque generalmente modestos niveles de interés y de atención. Es probable que los sigan distraída y episódicamente (si es que les prestan alguna atención), ocupándose más de los titulares y del trazo grueso que de los detalles menudos. Esto no significa que las personas corrientes tengan poco interés en los escándalos mediáticos o que los consideren de poca importancia. Pero sí significa que los modos en que las personas corrientes conciben los escándalos mediáticos y el tipo de relevancia que les conceden pueden no coincidir con la forma en que son vistos esos mismos acontecimientos por los individuos —incluyendo a los que trabajan en los medios— que, debido a las circunstancias prácticas de sus vidas, tienen en ellos un interés más directo.

4

LA NATURALEZA DEL ESCÁNDALO POLÍTICO

En los anteriores capítulos hemos prestado atención al fenómeno del escándalo desde una óptica general, sin hacer referencia a ningún tipo de escándalo en particular. Aunque la mayoría de mis ejemplos ha sido entresacada de la esfera política, los conceptos y los argumentos que he desarrollado no sólo son aplicables a los escándalos políticos: deberían poder aplicarse igualmente, con las adecuadas modificaciones y cribas, a los escándalos en que se ven envueltas las estrellas del celuloide, las celebridades de la televisión y otras figuras con algún relieve en la vida pública. Sin embargo, quisiera concentrar ahora más agudamente la atención en el escándalo político como tal: ¿qué es lo que hace que un escándalo sea un escándalo *político*? ¿Cuáles son sus características diferenciales? ¿Y por qué son los escándalos una fuente tan intensa de preocupaciones para los dirigentes políticos o los aspirantes a dirigente? ¿Qué es lo que hay en la naturaleza de la política de las sociedades modernas que hace que el escándalo sea una amenaza tan grave para los dirigentes políticos?

Una vez hayamos examinado estas cuestiones, quisiera concentrarme en un asunto de naturaleza más sustantiva. Si repasamos la larga historia de los escándalos políticos, podremos observar que las pautas han variado a lo largo del tiempo: algunos tipos de escándalo han adquirido un relieve en determinadas épocas y en ciertos lugares notablemente mayor que en otros. Y a pesar de que han existido considerables variaciones a lo largo del siglo xx, es difícil evitar la conclusión de que en las más recientes décadas, y en especial a partir de los años sesenta, los escándalos políticos se han convertido en una característica sobresaliente de la vida política de muchos Estados occidentales. En Gran Bretaña, el asunto Profumo trazó una línea divisoria; en los Estados Unidos el instante crucial fue el Watergate. Después de los casos Profumo y Watergate, los escándalos políticos ya no volvieron a ser lo mismo: pasaron de los márgenes de la vida política al centro del escenario. ¿Por qué? ¿Cómo sucedió? ¿Cómo podemos explicar el hecho de que el escándalo se esté convirtiendo en un rasgo cada vez más prominente de la vida política moderna?

Cómo definir el escándalo político

Vamos a comenzar tratando de determinar las características específicas del escándalo político: ¿qué es lo que hace que un escándalo sea un escándalo *político*, un escándalo distinto a los escándalos que surgen en otras esferas de la vida social? Una forma aparentemente directa de contestar a esta pregunta consiste en decir que un escándalo político es cualquier escándalo en el que se vea envuelto un dirigente o una personalidad política. Lo que hace que el escándalo sea un escándalo político es el hecho de que el individuo que se encuentra en su epicentro sea una figura política reconocida —un dirigente o un aspirante a dirigente, un funcionario elegido o designado, etcétera—. Esta respuesta, sin embargo, pese a su apariencia sencilla e intuitivamente verosímil, no nos sirve de particular ayuda ni arroja ninguna luz especial sobre la cuestión. Y ello porque un individuo sólo es una figura política en virtud de un amplio conjunto de relaciones e instituciones sociales, pues ellas son las que le confieren su poder. Por consiguiente, si queremos comprender la naturaleza del escándalo político no podemos concentrarnos únicamente en la figura del político o el dirigente. Hemos de tener en cuenta las relaciones sociales y las instituciones en virtud de las cuales un individuo resulta investido con el poder político, o en función de las cuales pretende el individuo adquirir ese poder.

Consideremos, por consiguiente, un segundo modo de responder a la pregunta, un modo que preste más atención al carácter de las instituciones políticas. Según Markovits y Silverstein —dos científicos políticos que han escrito con gran intuición sobre el escándalo político—, el rasgo que define al escándalo político no proviene de la posición social de los individuos implicados en él, sino de la naturaleza de la transgresión: desde su punto de vista, un escándalo político implica necesariamente una «violación del procedimiento debido».[1] Por «procedimiento debido» entienden las normas y los procedimientos legalmente vinculantes que regulan el ejercicio del poder político. Esas normas y procedimientos son públicos y universales; definen el juego político de un modo abierto y accesible. El ejercicio del poder, por el contrario, tiende a ser privado y excluyente; el poder se ejerce a menudo de un modo secreto y oculto a los ojos del público. Los escándalos políticos surgen en el instante en que la lógica del procedimiento debido se superpone a la lógica del poder (véase figura 4.1).

1. Markovits, Andrei S., y Silverstein, Mark, «Introduction: Power and Process in Liberal Democracies», en Markovits y Silverstein (comps.), *The Politics of Scandal: Power and Process in Liberal Democracies*, Nueva York, Holmes y Meier, 1988, pág. 6.

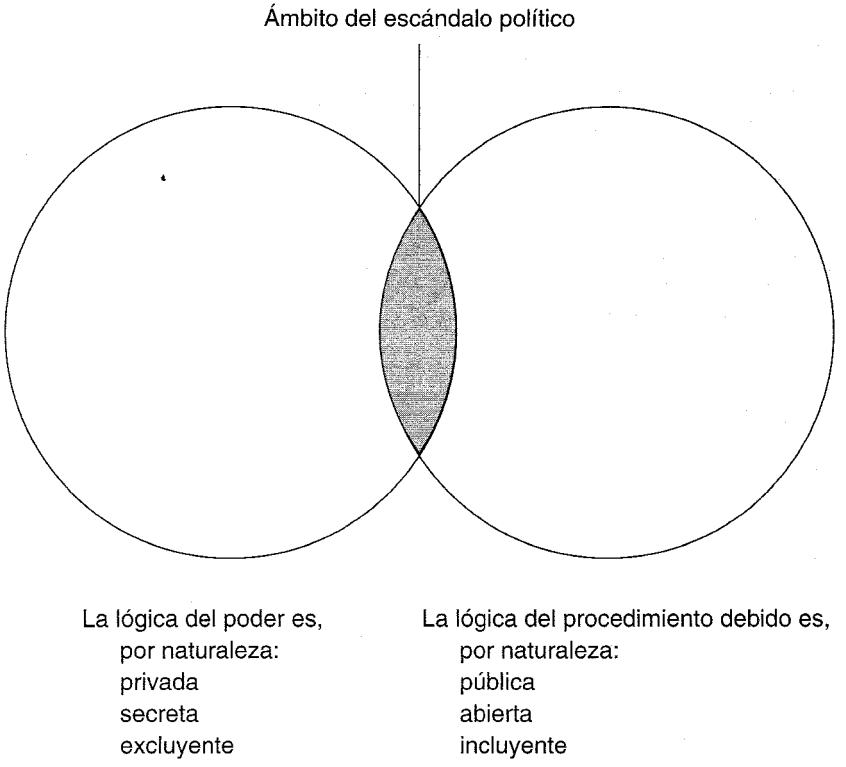


Figura 4.1. Explicación de Markovits y Silverstein sobre el escándalo político.

Sobre la base de esta explicación, Markovits y Silverstein extraen dos conclusiones bastante sorprendentes. En primer lugar, argumentan que la lógica del procedimiento debido sólo tiene una sólida base institucional en el Estado liberal democrático, y de ahí que los escándalos políticos sólo puedan producirse en las democracias liberales. Las democracias liberales conceden una gran importancia al procedimiento debido: al ensalzar el valor del procedimiento, buscan resolver, por un lado, el conflicto potencial entre el individualismo y la libertad personal, conjugándolo, por el otro, con la necesidad que tiene el Estado de ejercer un cierto grado de poder impersonal. La fiel adhesión a los procedimientos formales y al imperio de la ley se valora por encima de todo lo demás, ya que sólo esa actitud permite que las democracias liberales limiten los abusos de poder. Esta tensión entre los procedimientos y el poder, tensión que se encuentra en el núcleo mismo del Estado liberal democrático, es la misma que subyace bajo el fenómeno del escándalo político. «Desde nuestro punto de vista», escriben Markovits y Silverstein,

«el rasgo decisivo en cualquier escándalo político no reside en el grado de beneficio personal que lleva aparejado ni en el valor normativo de los fines perseguidos, sino más bien en la presencia de cualquier actividad que pretenda incrementar el poder político a expensas de los procesos y procedimientos adecuados... Para decirlo en pocas palabras, esa es la razón de que los escándalos políticos sólo puedan ocurrir en las democracias liberales».[2]

La segunda conclusión a la que llegaron fue la de que muchos escándalos en los que se observa una implicación de personalidades políticas, y que, por lo general, reciben la consideración de tales escándalos políticos, no son en modo alguno escándalos de esencia política. Markovits y Silverstein no niegan la existencia de escándalos sexuales y económicos, pero argumentan que este tipo de escándalos no son escándalos *políticos* a menos que impliquen un cierto grado de abuso de poder perpetrado a expensas de los procesos y los procedimientos debidos. De este modo, por ejemplo, la controversia que rodeó la campaña presidencial de Gary Hart en 1988 fue un clásico escándalo sexual e indudablemente tuvo consecuencias perjudiciales para la carrera política de Hart; pero no se trató, según Markovits y Silverstein, de un escándalo político, ya que no implicó un abuso de poder realizado a expensas del procedimiento. Por el contrario, el asunto Profumo, pese a que por lo general se recuerda y se representa popularmente como un escándalo sexual, fue, en este sentido, un verdadero escándalo político, puesto que estaban en juego cuestiones de seguridad nacional, y debido a que Profumo mintió al Parlamento, violando así las convenciones de procedimiento de una institución democrática fundamental.

Markovits y Silverstein tienen toda la razón al situar el fenómeno del escándalo político en un contexto institucional más amplio. Sus argumentos contribuyen a mostrar que el escándalo no es una mera alteración en la superficie de la vida política sino que se encuentra vinculado y es síntoma de algunas de las más importantes características estructurales de las sociedades modernas. Sin embargo, como análisis del peculiar carácter del escándalo político, la explicación de Markovits y Silverstein resulta, desde mi punto de vista, demasiado restrictiva. Es una explicación que considera que una determinada dinámica —la de la búsqueda del poder a expensas del procedimiento— es la característica que define el escándalo político; de ahí que cualquier escándalo que no implique esta particular dinámica sea, *ipso facto*, un escándalo de naturaleza no política. Pero la exclusión de la esfera del escándalo político de toda la gama de fenómenos escandalosos en los

2. *Ibid.*

que hay figuras políticas directamente implicadas, fenómenos que pueden tener consecuencias de gran calado en el terreno político, es, en el mejor de los casos, una estrategia conceptual bastante paradójica; y además, también es probable que dé lugar a una explicación parcial y unilateral de los escándalos políticos. Al proceder de este modo, un mundo muy complejo y frecuentemente desordenado —en el que los individuos actúan movidos por la consecución de una gran variedad de fines y en el que las consecuencias de sus acciones resultan a menudo inesperadas e imprevistas— aparece a la observación a través de una lente que concentra su atención sobre una sola dinámica y que excluye a todas las demás, oscureciendo de este modo la significación política de las acciones y los acontecimientos que no concuerdan con este modelo.

En vez de definir el escándalo político en función de una búsqueda del poder realizada a expensas del procedimiento, trataré de mostrar que sería mejor adoptar un enfoque más flexible. Pudiera ser que los abusos de poder constituyeran efectivamente la base de algunos escándalos políticos, pero no es éste el único fundamento sobre el que pueden asentarse este tipo de escándalos. Representan una forma de escándalo político —a la que llamaré «escándalo de poder»— pero no la única. También existen escándalos políticos cuya base descansa en la revelación de transgresiones de tipo sexual o en la denuncia de irregularidades financieras, y estos escándalos son, con absoluta propiedad, escándalos *políticos*. No se puede descartar a estos últimos por una cuestión de definición, ya que eso sería excesivamente restrictivo.

En este mismo sentido, uno debe albergar reservas cuando Markovits y Silverstein afirman que los escándalos políticos sólo pueden ocurrir en las democracias liberales. Esta opinión se basa, como hemos visto, en un particular argumento sobre la relación entre el escándalo político y el procedimiento debido, y también en la afirmación de la institucionalización del procedimiento debido en los regímenes liberales democráticos. Sin embargo, si la relación entre el escándalo político y el procedimiento debido no fuera tan estrecha como Markovits y Silverstein sugieren, si los escándalos políticos pudieran basarse en otras consideraciones que no fueran la búsqueda del poder a expensas del procedimiento, entonces no podríamos sostener con idéntica confianza que un escándalo político fuese únicamente una característica de las democracias liberales. Hemos de considerar la posibilidad de que los escándalos políticos ocurran (y, de hecho, así ha sucedido) en regímenes de diversos tipos, desde las monarquías absolutas y constitucionales de los primeros tiempos de la Europa moderna hasta las diferentes formas de régimen autoritario que han existido en el siglo xx.

No obstante, a pesar de que la afirmación de que los escándalos políticos sólo pueden ocurrir en las democracias liberales es demasiado general para resultar convincente, existe una perceptible afinidad entre el escándalo político y la democracia liberal. Los escándalos políticos parecen ser efectivamente mucho más comunes en las democracias liberales que en los regímenes autoritarios o en los Estados de partido único. ¿Por qué? ¿Cuál es la naturaleza de la afinidad existente entre el escándalo político y la democracia liberal?

Hay varios aspectos de la democracia liberal que la hacen propensa al escándalo. En primer lugar, la política en una democracia liberal es un campo en el que las fuerzas competidoras se organizan y se movilizan por medio de partidos y otros grupos de interés. Esto crea una atmósfera tirante y en ocasiones muy cargada de tensión donde el conflicto y la confrontación son la norma; los partidos y demás grupos de interés están constantemente absortos en la planificación de ataques contra sus oponentes y en la búsqueda del mejor aprovechamiento posible de los puntos débiles que han percibido. En estas circunstancias, el escándalo puede ser un arma poderosa. Demostrar o incluso pretender que un oponente político ha transgredido una norma moralmente vinculante —es decir, que se ha visto involucrado en un asunto de corrupción o de fraude, por ejemplo, o que se ha comportado de un modo que implique un considerable grado de engaño o hipocresía— puede ser una forma eficaz de desacreditarle. Como nos recuerda el viejo proverbio: difama, que algo queda.

Esto apunta a una segunda consideración que resulta aquí de alguna relevancia: en las democracias liberales, la reputación tiene importancia. La condición fundamental de una democracia liberal es la existencia de un proceso de elección institucionalizado al que los líderes políticos deben someterse a intervalos regulares. En la lucha por la obtención del éxito electoral, una buena reputación es un recurso vital. De ahí que los dirigentes políticos o aspirantes a dirigente deban tratar de evitar por todos los medios el riesgo de ver su reputación mancillada como consecuencia de un escándalo político. El escándalo favorece las aspiraciones de los oponentes políticos, que sólo persiguen —tan pronto llegue el momento de las siguientes elecciones— obtener los beneficios que puedan derivarse de cualquier perjuicio ocasionado a la reputación del contrario.

Un tercer factor que hace que la democracia liberal sea propensa al escándalo es la relativa autonomía de la prensa. Utilizo deliberadamente la expresión «relativa autonomía»: en las sociedades liberales democráticas, las instituciones mediáticas no son totalmente independientes del ejercicio del

poder político. Por lo general, las instituciones mediáticas operan dentro de un marco normativo establecido por el Estado; además, pueden ser objeto de diversas formas de presión que obstaculicen sus actividades —tanto directas, esto es, surgidas como consecuencia de la existencia de pactos para la obtención de subvenciones o de la práctica de una censura abierta, como indirectas—. Sin embargo, si la comparamos con las circunstancias que imperan en las instituciones mediáticas de los Estados autoritarios y de partido único, la situación de los medios en las democracias liberales es de mayor libertad política. Con frecuencia tienen oportunidad de informar —sujetos sólo a ciertas obligaciones legales y determinados códigos de actuación periodística— acerca de acciones o acontecimientos que pueden conducir al estallido de un escándalo, y algunos de los círculos de la prensa están particularmente bien equipados para dedicarse a la pública exposición del discurso infamante. Además, dada la naturaleza comercial de la mayoría de las instituciones mediáticas de las sociedades occidentales y su dependencia de los ingresos generados por las ventas en el mercado, estas organizaciones tienen a menudo un interés directo en producir historias que impliquen a personalidades relevantes con el fin de atraer la atención del público.

Un cuarto factor que ayuda a explicar por qué las democracias liberales son propensas al escándalo surge de las propias condiciones en que se ejerce el poder político. En las diversas formas de gobierno autoritario, el poder es conferido en última instancia a la persona gobernante o a un partido u organización que afirma gobernar en nombre de la gente. En tales condiciones, la capacidad de revelar o alegar la existencia de una transgresión adquiere un fuerte sesgo favorable a las instituciones dominantes del poder político; el escándalo puede ser utilizado como un arma para desacreditar a los rivales o para condenar al ostracismo a los oponentes (a los que, por ejemplo, puede calificarse como «enemigos del pueblo»), pero rara vez se utiliza contra quienes ostentan el poder en cada momento. El precio a pagar por la realización de alegaciones no autorizadas contra aquellos que ejercen el poder puede ser simplemente demasiado elevado, y puede acarrear el encarcelamiento o incluso la muerte. Mucha gente puede sospechar, o incluso saber, que quienes ostentan el poder están implicados en actividades corruptas o ilícitas, pero este conocimiento puede no ser expresado en público por temor a las represalias. En los regímenes democráticos liberales, por el contrario, el ejercicio del poder político viene regido en último término, al menos en teoría, por el imperio de la ley. En principio, ningún individuo, ni siquiera aquellos que se encuentran en las más destacadas posiciones del poder, se encuentra por encima de la ley. De ahí que los individuos o las or-

ganizaciones mediáticas puedan efectuar con mayor facilidad todas aquellas alegaciones relacionadas con algún género de transgresión. Esas alegaciones comportan riesgos, por supuesto; una denuncia infundada puede convertirse en un proceso por difamación, con el consiguiente pago de daños y perjuicios y demás problemas. Con todo, estos riesgos no tienen ni punto de comparación con los que correrían los individuos o las organizaciones que efectuasen alegaciones contra aquellos que detentan el poder en los regímenes autoritarios.

Por consiguiente, hay un número de factores que ayudan a explicar por qué las democracias liberales son más propensas al escándalo que los regímenes autoritarios. Podemos entender la afinidad entre la democracia liberal y el escándalo político sin tener que aceptar la amplia y bastante improbable tesis de Markovits y Silverstein. Pero aún nos queda examinar la cuestión de cómo deberíamos entender el fenómeno del escándalo político en sí mismo. Si desechamos el análisis de Markovits y Silverstein, ¿qué alternativas nos quedan?

El poder de los símbolos y la esfera política

En el análisis que voy a desarrollar a continuación, un escándalo político es un escándalo en el que están implicados individuos o acciones localizadas dentro de la *esfera política* y que tienen una fuerte repercusión en las relaciones que se establecen en dicha esfera. La esfera política es la que hace que el escándalo político sea político; proporciona el contexto del escándalo y da forma a su pauta de desarrollo. De este modo, si queremos comprender la naturaleza del escándalo político, debemos comenzar por analizar la estructura de la esfera política.

Obtuve el concepto de esfera del ensayo de Pierre Bourdieu.[3] Hablando a grandes rasgos, una esfera es un espacio estructurado de posiciones so-

3. Véase especialmente Pierre Bourdieu, *Distinction: A Social Critique of the Judgement of Taste*, traducción de Richard Nice, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1984, págs. 226-256; *The Logic of Practice*, traducción de Richard Nice, Cambridge, Polity Press, 1990, págs. 66-68; «Some Properties of Fields», en su *Sociology in Question*, traducción de Richard Nice, London and Thousand Oaks, California, Sage, 1993, págs. 72-77. También hago uso de la explicación que proporciona Bourdieu respecto al ámbito político, explicación desarrollada por este autor en «Political Representation: Elements for a Theory of the Political Field», en su *Language and Symbolic Power*, Thompson, John B. (comp.), traducción de Gino Raymond y Matthew Adamson, Cambridge, Polity Press, 1991, págs. 171-202.

ciales cuyas propiedades se definen principalmente por las relaciones entre estas posiciones así como por los recursos que están asociados con ellas. Los individuos actúan dentro de varios tipos de esferas; ocupan posiciones y aprovechan los recursos asociados con ellas al objeto de promover sus intereses y objetivos. En algunos casos, estas posiciones adquieren una cierta estabilidad al ser incorporadas a instituciones que cuentan con un cierto grado de permanencia en el tiempo y abarcan una cierta extensión espacial. Las instituciones dan forma a las esferas de interacción y, al mismo tiempo, crean nuevas posiciones dentro de esas esferas y generan nuevas trayectorias vitales para los individuos que las ocupan.

Existen muchos campos o esferas de interacción diferentes —los campos del arte y la cultura, del trabajo y del intercambio comercial entre otros muchos. ¿Qué es lo que hace que la esfera política sea distinta? ¿Y cómo consiguen las propiedades del campo político modelar los diferentes tipos de escándalos que ocurren en él? Podemos definir provisionalmente la esfera política como la esfera de acción e interacción que sirve de soporte para la adquisición y el ejercicio del poder político. El poder político es una forma de poder; existen otras formas, incluyendo el poder económico, el poder de ejercer coerción y lo que yo he llamado «poder simbólico».[4] El poder político se ocupa de la coordinación entre los individuos y de la regulación de sus pautas de interacción. Todas las organizaciones implican un cierto grado de coordinación y regulación, y de ahí que, en este sentido, exhiban un cierto grado de poder político. Pero existen varias instituciones que se ocupan *principalmente* de la coordinación y la regulación, y que se dedican a realizar estas actividades de un modo relativamente centralizado en el interior de un territorio que está más o menos circunscrito. Estas instituciones comprenden aquello a lo que generalmente nos referimos con el nombre de Estado. Por lo tanto, cuando utilizo el término «esfera política», me refiero principalmente a la esfera de acción e interacción que recibe su forma de las instituciones del Estado (aunque el término pueda aplicarse, con idéntica validez y para específicos propósitos, a esferas de interacción que reciben su forma de instituciones situadas en un plano inferior o superior al del Estado, como, por ejemplo, las instituciones de gobierno local, por un lado, o las

4. Para un debate más detallado sobre estas cuatro formas de poder, véase John B. Thompson, *The Media and Modernity: A Social Theory of the Media*, Cambridge, Polity Press, 1995, págs. 13-18. Véase también Michael Mann, *The Sources of Social Power*, vol. 1: *A History of Power from the Beginning to AD 1760*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, capítulo 1.

instituciones transnacionales como la Unión Europea o las Naciones Unidas, por otro).

Todos los Estados, o todas las instituciones de categoría estatal, son esencialmente sistemas de autoridad. En su composición interviene un complejo sistema de normas y procedimientos que concede autoridad a ciertos individuos para actuar de ciertas formas. Un Estado sólo puede existir si se autoriza a algunas personas para el ejercicio del poder y se obliga a otras a la obediencia. Pero, ¿por qué obedece la gente? ¿Sobre qué base se apoya esta autoridad? Como ha señalado Max Weber, entre otros,[5] la capacidad de un Estado para imponer su autoridad depende generalmente de su capacidad para ejercer dos formas distintas, aunque relacionadas, de poder, formas a las que denominaré poder de coerción y poder simbólico. En último término, el Estado puede recurrir a varias formas de coerción —es decir, puede recurrir a la utilización de una fuerza física efectiva, o a la amenaza de hacerlo— con el fin de respaldar el ejercicio del poder político, tanto en los casos en que lo que está en juego es la inminencia o la amenaza de una conquista orquestada desde el exterior, como en aquellos otros en que lo que se dirime es la inestabilidad o la desobediencia internas. Sin embargo, el uso de la coerción a una escala considerable puede convertirse en una estrategia arriesgada, y, por lo general, se reserva para circunstancias excepcionales. En el curso normal de la vida social, la autoridad del Estado obtiene su respaldo por medios más moderados, más difusos y en conjunto menos transparentes: mediante la difusión de formas simbólicas concebidas para cultivar y sostener la confianza en la legitimidad del poder político. En un sentido fundamental, por consiguiente, el ejercicio del poder político depende del uso del poder simbólico necesario para cultivar y sostener la confianza en la legitimidad.

¿Qué es el poder simbólico? Utilizo esta expresión para referirme a la capacidad de intervenir en el curso de los acontecimientos, influir en las acciones y creencias de otras personas y de hecho poder crear así, mediante la producción y transmisión de formas simbólicas, ciertos tipos de acontecimientos.[6] Al ejercer el poder simbólico, los individuos que lo despliegan se

5. Véase Max Weber, «Politics as a Vocation», en Gerth, H. H. y Mills, C. Wright (comps.), *From Max Weber: Essays in Sociology*, Londres, Routledge y Kegan Paul, 1948, págs. 77-128.

6. Véase Thompson, *The Media and Modernity*, págs. 16-17. El término «poder simbólico» se toma prestado de Bourdieu, aunque el uso que yo hago del término se diferencia en diversos aspectos del suyo; véase especialmente Bourdieu, *Language and Symbolic Power*, págs. 163 y sigs.

valen de varios tipos de recursos, recursos a los que me referiré vagamente como «medios de información y comunicación». Estos recursos incluyen los medios técnicos para la fijación y la transmisión de datos; las capacitaciones, competencias y formas de conocimiento empleadas en la producción, transmisión y recepción de la información y los contenidos simbólicos (cosa a la que Bourdieu se refiere con el término de «capital cultural»[7]); y finalmente el prestigio acumulado, el reconocimiento y el respeto que se asocian con determinados productores o instituciones (el «capital simbólico»). La reputación es uno de los aspectos del capital simbólico; es un atributo del que disfruta un individuo o una institución, pero también es un recurso del que los individuos pueden echar mano al ejercer el poder simbólico. La reputación puede crecer con el tiempo, y su crecimiento puede ser fomentado tanto por el individuo como por la institución de la que ese individuo forma parte (o por ambos simultáneamente). Sin embargo, también puede perderse o quedar sustancialmente reducido en muy poco tiempo, reducción que puede verificarse por la revelación de una conducta inadecuada, la existencia de juicios equivocados o por diversos tipos de tropiezos.

Ahora ya estamos en disposición de poder proporcionar una caracterización más precisa de la noción de esfera política: es aquella esfera de acción e interacción que se ocupa de la adquisición y el ejercicio del poder político mediante el uso, entre otras cosas, del poder simbólico. El uso del poder simbólico no es accidental o secundario a la lucha por la consecución del poder político, sino intrínsecamente esencial a ella. Cualquiera que desee alcanzar el poder político o ejercerlo de forma duradera y eficaz deberá utilizar también el poder simbólico para cultivar y sostener la confianza en su legitimidad; a menos que se proponga recurrir al uso de la coerción, estrategia que es, como acabamos de indicar, arriesgada y que, en cualquier caso, rara vez sirve como exclusivo apoyo del poder político.

Esta caracterización de la esfera política se aplica igualmente bien a las diferentes formas de Estado y régimen político, desde los tradicionales Estados imperiales y las ciudades-Estado del mundo clásico a las modernas formas de Estado-nación, desde los regímenes autoritarios y los Estados de partido único hasta las democracias liberales de régimen parlamentario. Sin embargo, es también característico que las democracias liberales requieran la existencia de un cierto número de instituciones que dan forma a la esfera

7. Véase Pierre Bourdieu, «The Forms of Capital», traducción de Richard Nice, en Richardson, J. G. (comp.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*, Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1986, págs. 241-258; y *Distinction*, págs. 114 y sigs.

política de distintos modos. En primer lugar, implican la existencia de un Parlamento —una Cámara de representantes, una Cámara de los Comunes, etcétera—, así como la existencia de instituciones relacionadas, instituciones que terminan por constituir una *subesfera política*, esto es, una esfera de acción e interacción que queda ocupada por los políticos profesionales o semiprofesionales y su personal asociado. En segundo lugar, lo característico de las democracias liberales es que vayan acompañadas de un sistema de partidos en competencia como medio para dar curso a las políticas y movilizar los apoyos, tanto en el interior de la subesfera política como entre la población en general. Y en tercer lugar, las democracias liberales conllevan la celebración de elecciones a intervalos regulares, elecciones que permiten que los representantes políticos sean elegidos (o reelegidos) según determinadas reglas que rigen el juego.

Si tenemos en mente todas estas características, podemos apreciar que la esfera política de la democracia liberal se distingue por una peculiar doble lógica.[8] Por un lado, los representantes políticos son miembros de la subesfera política y, en sus cotidianas luchas, su conducta y sus estrategias se rigen sobre todo por la lógica de esta subesfera, por las exigencias de la lealtad al partido, por el establecimiento de coaliciones, etcétera. Para el observador externo, esta subesfera puede presentar a menudo el aspecto de un esotérico mundo de pendencias internas, de bizantinas luchas por el poder y de impenetrables debates, de distinciones tan sutiles que las distinciones se vuelven imperceptibles. Pero para el que observa las cosas desde dentro, estas sutiles distinciones forman parte de la propia esencia de la política, ya que la conducta política en el seno de la subesfera resulta inseparable de la actividad de establecer diferencias entre las propias posiciones y las posiciones de los oponentes, o de la actividad de criticar o denunciar a estos últimos.

Por un lado, y en tanto que cargos electos, los representantes políticos también se hallan unidos a la más amplia esfera política compuesta por los ciudadanos o los individuos no profesionales a los que en algún sentido deben rendir cuentas y de cuyo apoyo dependen de vez en cuando. La exigencia de celebrar elecciones a intervalos regulares garantiza que los representantes políticos se vean obligados, de cuando en cuando, a presentarse ante el electorado para tratar de obtener su apoyo en el marco de la competencia entre partidos. Y para ganar ese apoyo han de tratar de persuadir; deben fomentar su credibilidad, generar compromisos y establecer o renovar los lazos de confianza que les sostienen. Un representante político ya existente o

8. Véase Bourdieu, «Political Representation», págs. 180 y sigs.

uno que aspire a llegar a serlo debe luchar para movilizar la fidelidad al partido y ha de persuadir a otros de que, pese a todas las reservas que pudieran albergar, han de confiar en él o en ella. Como parte de este proceso, los representantes políticos ya existentes o los que aspiran a serlo, han de buscar por lo general el modo de desacreditar a sus rivales, la forma de presentarlos como indignos de confianza y como opciones poco seguras, con lo cual logran aumentar su propia estatura a expensas de la de sus oponentes e incrementan sus posibilidades de éxito electoral.

Por consiguiente, la esfera política de las democracias liberales se caracteriza por una peculiar lógica doble, una que es interna a la subesfera de los políticos profesionales o semiprofesionales y una que vincula esa subesfera al más extenso campo de los ciudadanos y los no profesionales de la política. Cada una de esas lógicas posee sus propias propiedades; no son idénticas ni reductibles la una a la otra, y los políticos que las confunden pueden pagar cara esa confusión. En el fluir práctico de la vida política, sin embargo, ambas lógicas se encuentran íntimamente entrelazadas, adquiriendo una considerable complejidad, y los políticos hábiles saben cómo sacar ventaja de sus contactos sin tener que renunciar a la peculiaridad de ninguna de ellas. Además, pese a que cada lógica tiene sus propiedades particulares, ambas se basan fundamentalmente en el uso del poder simbólico. Tanto si actúan dentro de la subesfera política como si lo hacen en el marco de la esfera política general, los representantes han de utilizar el poder simbólico para persuadir a su partidarios y enfrentarse a sus detractores, para influir sobre las acciones y las preferencias, para fomentar las relaciones de confianza y para orientar, lo mejor que puedan, el curso de los acontecimientos.

Con el fin de comprender la peculiar lógica de la esfera política, hemos de tener en cuenta otro factor: la relación entre la esfera política y los medios. Dentro de la subesfera de los políticos profesionales y semiprofesionales, los individuos interactúan unos con otros mediante interacciones cara a cara y mediante diversas formas de interacción mediata de persona a persona, como la escritura de cartas, la conversación telefónica, etcétera. El carácter personalizado de estas formas de interacción contribuye a garantizar que la esfera política siga siendo un mundo relativamente cerrado que se vuelve sobre sí mismo, un mundo que se rige por sus propias reglas y convenciones, cuyas prácticas pueden adquirir forma de arcanos a los ojos de los observadores exteriores y en el que los contactos personales son muy importantes. Por otra parte, con el desarrollo de los medios (periódicos, radio, televisión, etcétera), las relaciones entre los políticos profesionales y los no profesionales de la política se ve progresivamente configurada por estas for-

mas abiertas de comunicación mediática. Por supuesto, los políticos siguen manteniendo relación con no profesionales de la política mediante interacciones cara a cara (en sus circunscripciones locales, en los mítines electorales, etcétera) y a través de su correspondencia. Sin embargo, con la significación creciente de los medios, las relaciones entre los políticos profesionales y los no profesionales de la política se ven moldeadas cada vez más por el tipo de cuasi-interacción mediata que tiene lugar por intermediación de la prensa y la televisión. De modo cada día más patente, los medios se van convirtiendo en el escenario clave en el que se establecen las relaciones entre los políticos profesionales y los no profesionales que pertenecen a la esfera general de la política, de tal modo que los medios son el lugar en el se crean, se consolidan y, en ocasiones, se destruyen dichas relaciones.

Los propios medios pueden concebirse como una esfera de interacción provista de su propio conjunto de intereses particulares, de sus propias posiciones y trayectorias profesionales. De diferentes maneras, las organizaciones mediáticas se ocupan todas de ejercer el poder simbólico mediante la utilización de los distintos tipos de medios de comunicación. Algunas de esas organizaciones intervienen directamente en la esfera política pero no se identifican con ella, ya que, por lo general, se rigen por principios diferentes y se proponen la consecución de fines distintos. La relación entre los políticos y los periodistas puede ser a veces de proximidad y armonía, y también puede mostrarse enlazada por diversas formas de dependencia recíproca (los políticos necesitan a los medios para ofrecer una imagen favorecedora de su persona y de sus políticas, mientras que los periodistas confían en los políticos y otras fuentes oficiales para obtener un flujo regular de noticias). Sin embargo, esta relación también se ve amenazada por conflictos potenciales y fácilmente puede convertirse en fuente de tensión, pues los periodistas han de dar salida a sus agendas o tomar posiciones que se oponen a aquellas que los políticos o sus portavoces querrían verles adoptar.

Pese a que una gran parte de la actividad cotidiana de los políticos se dirige a otros políticos que se encuentran en el interior de la subesfera política, también son conscientes de que sus acciones y afirmaciones serán estudiadas con todo detalle por los periodistas y reflejadas de vez en cuando en los medios, con lo que podrán así hacerse visibles a los ojos de los no profesionales existentes en el campo general de la política. De ahí que los políticos tiendan a controlar de cerca la cobertura que realizan los medios sobre sus acciones y sus afirmaciones, y de ahí también que cada vez intenten moldearla más, retocando la información y las imágenes que serán puestas a su disposición y proporcionando las grandes líneas de interpretación de los

acontecimientos. En ocasiones pueden utilizar los medios de difusión para apelar directamente a los no profesionales de la política, saltándose de este modo los niveles intermedios de información y comentario que habitualmente proporcionan los periodistas. Los no profesionales de la política se convierten así en testigos potenciales de los acontecimientos que suceden en la subesfera política, y en algunas ocasiones se convierten también en los destinatarios de los mensajes que tratan de moldear su comprensión de los acontecimientos y transformarlos en aliados potenciales para las luchas políticas. Entre estos no profesionales hay que destacar el conjunto de lo que podríamos llamar el «público espectador»[9] —es decir, aquel conjunto de individuos que, en su mayor parte, no participa directamente en los acontecimientos que se desarrollan en la subesfera política pero que puede (y así lo hace a menudo) formarse una opinión sobre dichos acontecimientos tomando como base la información y las imágenes que recibe, opinión que a su vez puede influir en las acciones de los individuos que se encuentran en el interior de la subesfera política.

Tanto los políticos como los profesionales de los medios tratan de controlar las cambiantes opiniones del público en aquellas materias que se consideran importantes en la subesfera política, y también intentan controlar los variables niveles de apoyo que logran ciertas políticas o determinadas personalidades públicas. Los políticos tienen una larga práctica en lo que respecta a solicitar el parecer de sus electores mediante la correspondencia o los debates cara a cara que se celebran en sus circunscripciones electorales. Sin embargo, dada la extensión de la esfera política y el gran número de no profesionales que alberga, los políticos profesionales encuentran difícil obtener indicaciones fiables del estado de la opinión pública, y por ello han de recurrir a mecanismos de estimación de varias clases. Las elecciones regulares y otros recursos (como los referendos) proporcionan mecanismos formales con los que medir y valorar el apoyo de los componentes del público en relación con políticos, partidos y políticas concretas. Sin embargo, dado que los mecanismos formales de este tipo se usan con una frecuencia relativamente baja, los políticos y otros profesionales comienzan a confiar cada vez más en un amplio abanico de mecanismos informales para valorar su margen de apoyo y el grado en que se les brinda. Uno de los mecanismos informales que ha empezado a desempeñar un papel central en este aspecto

9. Sobre la noción de «público espectador», véase Gladys Engel Lang y Kurt Lang, *The Battle for Public Opinion: The President, the Press, and the Polls during Watergate*, Nueva York, Columbia University Press, 1983, págs. 21-24.

es la encuesta de opinión. Puesto que el diálogo con los electores es necesariamente limitado y las elecciones infrecuentes, las encuestas de opinión se han convertido en un dispositivo ampliamente aceptado para valorar el apoyo de que se dispone en la esfera política general. Las encuestas no sólo se utilizan para orientar las políticas, sino también para valorar el impacto de los cambios de política y la popularidad de los dirigentes políticos particulares o de los individuos que aspiran a ser dirigentes. Objeto frecuente de noticia y comentarios por parte de periodistas, políticos y otros profesionales, las encuestas de opinión se ponen a disposición del público y se convierten en índices polémicos de las cambiantes relaciones entre los profesionales y los no profesionales de la esfera política general, índices estrechamente controlados por los políticos, que los utilizan en sus disputas con otros colegas de la subesfera de los políticos profesionales.

Nos encontramos ahora en situación de comprender por qué los escándalos tienen tanta importancia en la esfera política, y por qué los escándalos políticos pueden ser tan perjudiciales para los dirigentes ya cuajados o para los que aspiran a serlo. Los individuos que actúan en el interior de la esfera política dependen de modo crucial, como ya hemos visto, de la utilización del poder simbólico para persuadir e influenciar a otros y para dar forma al curso de los acontecimientos. Y si el uso del poder simbólico es un elemento importante en muchas de las distintas esferas de la vida social, resulta vital en la esfera política, ya que cualquiera que se proponga alcanzar el poder político y ejercerlo de modo duradero y eficaz tiene que utilizar el poder simbólico para asegurarse el apoyo de terceras personas, tanto en el interior de la subesfera política como en el seno de la esfera política general. Y su capacidad para ejercer el poder simbólico depende, entre otras cosas, del capital simbólico de que disponga —esto es, del prestigio, la reputación y el respeto que haya logrado acumular—. De ahí que los políticos sean particularmente vulnerables a cualquier cosa que represente un riesgo de disminución de su reserva de capital simbólico, ya que eso podría debilitar o socavar su capacidad para ejercer el poder político. El perjuicio sufrido en la propia reputación no es simplemente un golpe personal, también puede constituir un serio revés político, ya que puede debilitar considerablemente la capacidad para actuar en la subesfera política y para granjearse el tipo de apoyo —tanto en el interior de la subesfera como en el terreno de la política general— del que en último término depende el éxito personal (y quizá también el éxito del partido al que uno representa). En la esfera política de la democracia liberal, una saludable provisión de capital simbólico no es simplemente un elemento útil: es una condición necesaria para la eficacia

política, algo con importancia igual a la de una buena organización de partido y un sólido respaldo económico.

Consideradas las cosas desde esta perspectiva, podemos apreciar por qué razón el escándalo y la amenaza de escándalo tienen tan elevada significación en la esfera política: el escándalo puede vaciar el depósito de capital simbólico del que depende el ejercicio del poder político. El escándalo puede erosionar los cimientos del poder político precisamente porque puede destruir (o amenazar con destruir) un recurso vital en el que, en una u otra medida, han de confiar los políticos —a saber, su reputación y buen nombre, así como el respeto que les conceden tanto los demás políticos como el público en general—. Destruir o perjudicar su reputación es destruir o perjudicar su credibilidad, y por consiguiente, debilitar o socavar su capacidad para persuadir e influir sobre otras personas, su capacidad para garantizar un vínculo de confianza y hacer que sus palabras se transformen en hechos. Sería por tanto un completo error considerar que el escándalo es un fenómeno superficial o una frívola distracción respecto de la auténtica sustancia de la política. Y ello porque el escándalo incide en las verdaderas fuentes del poder y puede tener (y a menudo tiene) consecuencias materiales sustanciales para los individuos y las organizaciones que se ven afectadas por él.

La mayoría de los escándalos políticos se producen en la región en que la esfera y la subesfera política se superponen a las formas de comunicación mediata. Podemos ilustrar este extremo con la zona sombreada de la figura 4.2. Como podemos apreciar en esta figura, existen dos tipos de escándalo político. Algunos escándalos políticos son escándalos circunscritos: surgen en el interior de la subesfera política y permanecen casi totalmente confinados entre los límites de esta subesfera. Este tipo de escándalo político circunscrito era frecuente en las viejas sociedades europeas (en la sociedad cortesana de la Europa moderna, por ejemplo) y en aquellas sociedades recientes (o incluso de nuestros días) en donde las actividades de las organizaciones mediáticas se hallaban (o se hallan aún) muy circunscritas. Sin embargo, con el auge de los regímenes liberal-democráticos, auge unido al desarrollo de unas organizaciones mediáticas con un cierto grado de independencia respecto del poder político, la significación de los escándalos políticos circunscritos se ha visto superada por la aparición de los escándalos políticos mediáticos. La mayoría de los escándalos políticos de las sociedades liberal-democráticas de nuestros días son escándalos políticos mediáticos: surgen en la región en que la esfera y la subesfera política se superponen a los medios. Incluso en el caso de que un escándalo surgiera en primer lugar como un escándalo político circunscrito, y se limitara inicialmente a

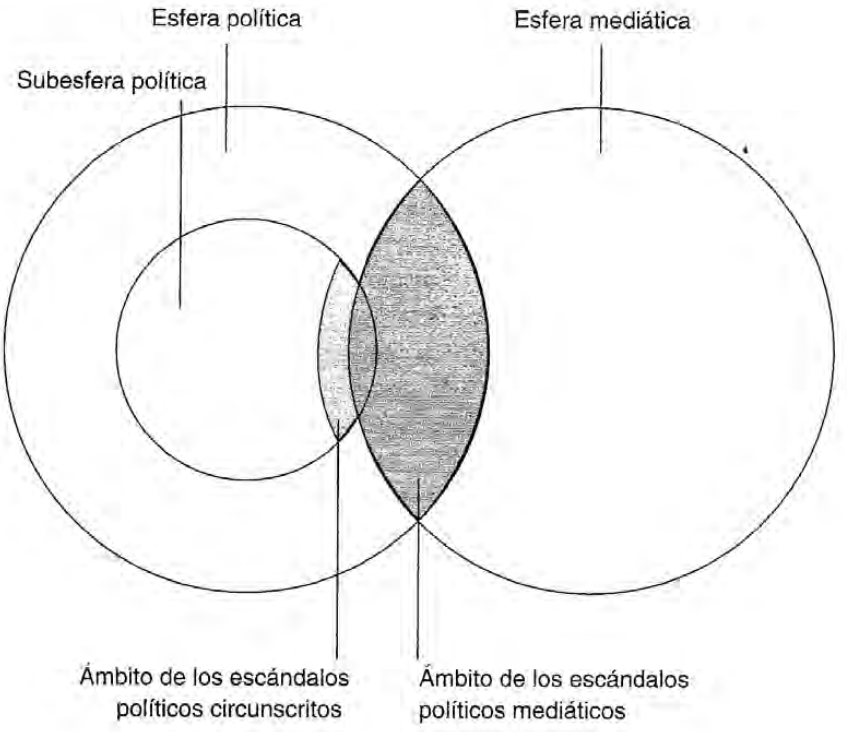


Figura 4.2. El escándalo en la esfera política.

una serie de interacciones ubicadas en el interior de la subesfera política, sería muy difícil mantenerlo circunscrito en un ámbito local: es muy probable que fuese recogido por los medios y convertido en un escándalo que se despliega en la esfera política general. De ahí que, con la llegada de los regímenes liberal-democráticos y el desarrollo de las organizaciones mediáticas independientes, el ámbito de los escándalos políticos circunscritos se amplíe cada vez más hasta confundirse con el ámbito de los escándalos políticos mediáticos, y que los escándalos de la subesfera política salpiquen cada vez más a la esfera política general.

Desde este punto de vista, es fácil comprender por qué los escándalos políticos son mucho más frecuentes en las sociedades liberal-democráticas que en los regímenes autoritarios. Cuando los escándalos políticos ocurren en el interior de los regímenes autoritarios, permanecen por lo general en el plano propio de los escándalos circunscritos a la subesfera política; si se difunden más allá de esa subesfera, lo hacen por lo general de viva voz o a tra-

vés de formas de comunicación mediática que son difíciles de controlar o suprimir (como la literatura clandestina). Dado que los regímenes autoritarios tienden a ejercer un férreo control sobre los principales productos de la comunicación mediática (periódicos, difusiones de radio y televisión, etcétera), suele ser generalmente muy difícil que las organizaciones mediáticas desempeñen un papel independiente en la creación o el desarrollo de un escándalo político. Además, dadas las distintas condiciones en que operan las organizaciones mediáticas de las sociedades autoritarias y las diferentes tradiciones y convenciones que rigen las prácticas de sus periodistas, estas organizaciones tienen una menor tendencia a actuar como propagadoras de escándalos que las organizaciones mediáticas de las sociedades liberal-democráticas. Los escándalos políticos no suceden exclusivamente en las sociedades liberal-democráticas; pero no hay duda de que, dada la importancia de los medios en cuanto a la conversión del escándalo en algo más que un acontecimiento circunscrito, los escándalos políticos son en ellas mucho más frecuentes, y mucho más significativos.

Parte de la significación de los escándalos políticos en las sociedades liberal-democráticas estriba en el hecho de que son (o llegan a ser) luchas por el control de las fuentes del poder simbólico. En las antiguas formas de sociedad y en los regímenes autoritarios, el poder simbólico de los dirigentes políticos se basaba sobre todo en formas de capital que se acumulaban en el interior de la subesfera política: lo que resultaba (o resulta) de primera importancia era (o es) el apoyo que un dirigente (o un aspirante a dirigente) podía obtener de los miembros de la elite política. Sin embargo, con el desarrollo de sociedades liberal-democráticas en donde los dirigentes políticos (o los aspirantes a dirigente) no sólo debían obtener su apoyo de los miembros de la elite política sino también de un electorado, éstos se vieron obligados a cimentar su poder simbólico en formas de capital que pudieran acumularse tanto en el interior de la subesfera política como en el seno de la esfera política general. Tuvieron que hacerse una reputación, un «buen nombre», tanto a los ojos de sus iguales políticos (miembros de su partido y personalidades poderosas de la subesfera política) como a los ojos de los ciudadanos ordinarios de los que iba a depender su apoyo en los periodos electorales. Los escándalos políticos se han convertido en una característica tan significativa de las sociedades liberal-democráticas precisamente por el hecho de que pueden socavar, o amenazar con socavar, la actividad —inconfesable para el efectivo ejercicio del poder en las sociedades liberal-democráticas— de tener que acumular aquellas formas de capital de que depende el poder simbólico.

Ahora ya podemos entender por qué los escándalos políticos suelen convertirse en luchas por la obtención del poder simbólico (y por la obtención de las fuentes del poder simbólico) cuyo escenario es la arena mediática de la política moderna. La revelación de transgresiones (o de supuestas transgresiones) puede poner en entredicho la reputación y el buen nombre del individuo (o individuos) que resulte acusado de haberlas cometido, cosa que destruiría (o amenazaría con destruir) los recursos simbólicos que tan cuidadosamente ha acumulado, y socavaría además (o amenazaría con socavar) su poder. Los medios se convierten en el escenario clave en el que se desarrolla esta lucha por el poder simbólico. Como principal método para que los dirigentes políticos se relacionen con los ciudadanos corrientes, los medios de comunicación se transforman en el instrumento primordial para que los dirigentes políticos acumulen el capital simbólico que precisan en la esfera política general. Mediante la constante gestión de su visibilidad y una cuidada presentación al público de sus personas, los dirigentes políticos utilizan a los medios para acumular una buena provisión de capital simbólico a los ojos del electorado, y esto, a su vez, al proporcionarles una base de apoyo popular, les confiere una ventaja en la subesfera política. Pero el escándalo político puede deshacer rápidamente todo esto. Las reputaciones —algo de tanta importancia en la esfera política— pueden verse deslucidas o incluso destrozadas. Mientras tanto, los aliados de la subesfera política pueden empezar a desertar, temerosos de verse manchados por la alianza. Los dirigentes embarcados en la contienda pueden utilizar los medios de comunicación para pasar por encima de sus iguales políticos, dirigiéndose a los ciudadanos corrientes de la esfera política general con la esperanza de ganar para sus causas a la opinión pública. El hecho de que el escándalo político pueda convertirse en una lucha por la obtención del favor de la opinión pública —que se mide en función del continuo flujo de resultados ofrecidos por las encuestas de opinión que divulgan o realizan los medios— es un reflejo del hecho de que parte de lo que está en juego en los escándalos es la credibilidad de los dirigentes, cuya reputación y buen nombre han sido puestas en cuestión por el escándalo que ha estallado, o a amenazado con estallar, en su entorno inmediato.

¿Por qué siguen prevaleciendo hoy los escándalos políticos?

Este análisis del poder simbólico y de la esfera política nos permite comprender cuál es la razón de que los escándalos sean tan importantes, por qué

se producen con mayor frecuencia en las democracias liberales que en los regímenes autoritarios, y por qué conmueven los cimientos mismos del poder político. Sin embargo, no explica por qué el escándalo se ha convertido en una característica tan destacada de la vida política de muchas sociedades liberal-democráticas de nuestros días. El escándalo político tiene una larga historia, como hemos visto, y ha habido periodos históricos anteriores al actual (como el periodo de posguerra en los Estados Unidos —volveremos sobre el particular más adelante—) en los que los escándalos políticos encontraron terreno abonado para prosperar. Con todo, parece claro que durante las últimas décadas, y especialmente a partir de los primeros años de la década de los sesenta, los escándalos se han ido convirtiendo en una característica cada vez más sobresaliente de la vida política de muchas sociedades occidentales, incluyendo las de Gran Bretaña y los Estados Unidos. ¿Por qué? ¿Cómo podríamos explicar la creciente importancia del escándalo político en ciertas democracias liberales modernas?

Comencemos considerando dos posibles respuestas a esta pregunta. Deberemos tener en cuenta que ambas tienen *a priori* alguna verosimilitud, pese a que ninguna de ellas proporcione una explicación convincente. Una de esas posibles respuestas es ésta: podría argumentarse que la importancia creciente de los escándalos políticos se debe a una decadencia de los principios morales que observan los dirigentes políticos, tanto en lo que concierne a su conducta personal como por lo relativo a la honradez general de su modo de desempeñar el cargo. De este modo podría argumentarse, por ejemplo, que el escándalo Profumo fue principalmente el resultado de un género de promiscuidad sexual que era característico de ciertos círculos londinenses durante los años sesenta, y continuar diciendo, en el mismo sentido, que los escándalos sexuales que afectaron a las elites políticas de Gran Bretaña durante los años setenta y ochenta fueron un reflejo del ininterrumpido declive de los principios morales. De manera similar, podría argumentarse que los escándalos por corrupción que fueron tan frecuentes en los Estados Unidos durante esas mismas décadas de 1970 y 1980 fueron el síntoma de la decadencia de los niveles de honradez entre los políticos. No obstante, pese a que esta pueda ser una explicación popular y aparentemente verosímil para dar cuenta de la creciente importancia de los escándalos políticos, hay pocas evidencias para respaldarla. En realidad, no está nada claro que, hablando en términos generales, los principios morales de los dirigentes políticos de la actualidad sean significativamente peores que los principios a los que se adherían los dirigentes políticos del pasado. (Los asuntos extramatrimoniales de John F. Kennedy son sólo el más obvio de

los ejemplos: parece que hubo bastantes presidentes estadounidenses anteriores que tuvieron relaciones celosamente guardadas como secretos en la época.[10]) Parece probable que la creciente importancia de los escándalos políticos tenga menos relación con un declive general de los principios morales de los dirigentes políticos que con los cambios producidos en el modo y el alcance en que las actividades de los dirigentes resultan hoy expuestas y sometidas a detallado análisis en la esfera pública.[11]

Hay una segunda forma de responder a esta pregunta, pese a que, al igual que la primera, subraya los cambios registrados en los principios morales, aunque en esta ocasión se centre en los principios que se *aplican* a la política en vez de a los principios que siguen los propios políticos. Podría argumentarse que la creciente importancia de los escándalos políticos no se debe tanto a un declive en los principios morales que siguen los políticos, sino más bien a un cambio en los códigos y las convenciones morales que se utilizan para valorar la conducta de los políticos, así como a la creciente relevancia de dichos códigos en cuanto a regir la marcha de la vida política. Esta línea de explicación es más prometedora. Pudiera suceder que los políticos tuvieran una mayor propensión al escándalo por el hecho de que las conductas que en el pasado habrían sido perdonadas tienen hoy en día mayores probabilidades de concitar censura. La aceptación de regalos o de diversos tipos de beneficios personales, por ejemplo, podría haber sido tolerada en ciertos contextos del pasado, pero sería probablemente censurada en muchos de los contextos actuales. Sin embargo, aún no hemos explicado por qué se ha producido este cambio, y por qué ciertos tipos de actividad que resultaron aparentemente tolerados en el pasado se han vuelto inaceptables en nuestros días. Además, esta línea de explicación nos ayuda muy poco a comprender la reciente profusión de los escándalos sexuales, ya que

10. Véase Wesley O. Hagood, *Presidential Sex: From the Founding Fathers to Bill Clinton*, Secaucus, N. J., Citadel Press, 1998. Este asunto se examina con mayor detalle en el capítulo 5.

11. Suzanne Garment aborda este punto de manera muy contundente: «Simplemente no hay una evidencia convincente de que el incremento en el número de escándalos se deba a un correspondiente aumento del comportamiento corrupto de los funcionarios. La miríada de escándalos que se producen hoy en día provienen en su mayoría de la elevación del grado de entusiasmo con el que el sistema político persigue en la actualidad el mal en la política, y también guarda relación con la creciente eficacia con que opera la moderna maquinaria de producción de escándalos», *Scandal: The Culture of Mistrust in American Politics*, Nueva York, Doubleday, 1992, pág. 6. El uso que hace Garment de la expresión «moderna maquinaria de producción de escándalos» podría ser más confundente que aclaratoria, pero no hay duda de que el argumento general que esgrime en este pasaje es sensato.

este tipo de escándalos se ha producido en contextos en que los códigos y las convenciones morales han ido adquiriendo, de haber adquirido algo, mayor variedad y han sido objeto de mayores polémicas. Si fuera cierto que la conducta privada de los dirigentes políticos de nuestros días tiene mayores probabilidades de ser valorada en términos morales, aún nos quedaría averiguar por qué se ha producido este cambio (o este aparente cambio). Por consiguiente, aunque los cambios en los códigos y las convenciones morales puedan desempeñar algún papel, vamos a necesitar una explicación más sistemática y convincente.

Trataré de mostrar que son varios los cambios significativos que subyacen bajo la creciente importancia de los escándalos políticos. Me centraré en cinco fundamentales:

a) la creciente visibilidad de los dirigentes políticos,
b) los cambios surgidos en las tecnologías de la comunicación y la vigilancia,
c) los cambios registrados en la cultura periodística,
d) los cambios observables en la cultura política, y
e) la creciente presencia de los mecanismos legales en la vida política.

Argumentaré que estos cinco factores juntos nos permiten comprender por qué, a partir de los primeros años de la década de los sesenta, los escándalos políticos se han convertido en una característica cada vez más importante de las democracias liberales occidentales, como Gran Bretaña y los Estados Unidos.

A) La creciente visibilidad de los dirigentes políticos tiene su raíz en las vastas transformaciones sociales cuyo perfil quedó trazado en el capítulo anterior. El desarrollo de los medios de comunicación ha creado un tipo nuevo de visibilidad que ya no se encuentra vinculado al hecho de compartir un espacio común. Esta nueva visibilidad ha permitido —y ha empezado a *exigírselo* cada vez más— que los dirigentes políticos aparezcan ante otras personas que se encuentran situadas en contextos muy alejados en el espacio (y quizá también en el tiempo). La esfera política se ha ido configurando cada vez más como una esfera mediática: esto es, como una esfera en la que la visibilidad mediática de los dirigentes políticos ha ido adquiriendo una importancia creciente y en donde las relaciones entre los dirigentes políticos y los ciudadanos ordinarios han ido quedando configuradas cada vez más por las formas de la comunicación mediática.

La creciente visibilidad de los dirigentes políticos crea las condiciones que aumentan la probabilidad de que estalle un escándalo político. Cuanto más visibles se hacen las vidas de los dirigentes políticos a los ojos de otras personas (y cuanto más acentúen los dirigentes políticos sus características individuales mediante la exposición de aspectos de su personalidad en los medios de comunicación), tanto más probable será que las actividades previamente ocultas, y que entraban en conflicto con las imágenes que los dirigentes deseaban proyectar, acaben emergiendo al ámbito público, desencadenando una serie de acontecimientos que podrían acabar fuera de control. En cierta medida, la creciente importancia de los escándalos políticos es la otra cara —la cara oculta, como si dijéramos— de la visibilidad creciente de los dirigentes políticos. En esta época de visibilidad mediática, los dirigentes políticos (y los que aspiran a convertirse en dirigentes) saben que deben utilizar los medios como forma de obtener una visibilidad en la esfera política —sin la cual no irían a ninguna parte—. Sin embargo, la visibilidad mediática puede convertirse en una trampa. Cuanto más visible es uno, más vulnerable puede resultar, ya que una mayor visibilidad generará un mayor interés por parte de los medios y, por mucho que quiera uno gestionar la forma de su presentación en los medios, descubrirá que no es posible controlarla por completo. A medida que las redes de comunicación se ramifican y van adquiriendo una mayor complejidad, la visibilidad mediática adquiere un carácter más impredecible e incontrolable. Los dirigentes políticos pueden tratar de controlar la forma en que aparecen en los medios, pero cada vez se les hace más difícil evitar la exposición de informaciones o imágenes potencialmente perjudiciales. La visibilidad mediática puede quedar fácilmente fuera de su control y actuar, en ocasiones, contra ellos. Incluso aquellos que se aprovechan de los prejuicios políticos y utilizan los medios en su propio beneficio pueden resultar vulnerables.[12]

B) Una de las razones por las que la visibilidad mediática es tan difícil de controlar es que depende de unas tecnologías de comunicación y vigilancia que se están volviendo cada vez más sofisticadas y que están cada vez más al alcance de cualquiera. El siglo xx ha sido testigo de una verdadera

12. Este es un extremo que la experiencia de Peter Mandelson ilustra perfectamente. Son muchos los que consideran que Mandelson fue el estratega mediático clave que se encontraba detrás de la modernización impulsada por Tony Blair, una modernización tendente a producir un «nuevo Partido Laborista» y detrás de su éxito electoral en las elecciones generales de 1997. El escándalo que le obligó a dimitir del gabinete en diciembre de 1998 se expone en el capítulo 6.

revolución en las tecnologías disponibles para grabar, procesar y transmitir la información y la comunicación. Estas nuevas tecnologías, en rápido proceso de cambio, hacen que sea cada vez más difícil mantener oculta tras un velo de secretismo la región trasera de la conducta de los dirigentes políticos y otras figuras públicas. Estas tecnologías en rápido proceso de sofisticación —como las que se asocian con la grabación secreta de las conversaciones en cinta magnetofónica, la fotografía mediante potentes teleobjetivos, la interceptación encubierta de las telecomunicaciones y el rastreo y la recuperación de comunicaciones electrónicas de codificación digital— proporcionan una poderosa gama de dispositivos que pueden utilizarse para aumentar las filtraciones de la conducta propia de la región trasera y hacer que aparezcan en las regiones frontales, donde, unidas a las actividades de las organizaciones mediáticas, pueden convertirse en afirmaciones o actos extremadamente visibles. Además, como ya hemos señalado, estas tecnologías proporcionan medios nuevos para estabilizar y fijar evidencias relacionadas con la conducta propia de la región trasera, evidencias que de este modo pueden sustentar la existencia de alguna transgresión y precipitar por consiguiente, al ser difundidas por estos medios, el estallido del escándalo.

Sería excesivo decir que estas nuevas tecnologías de la comunicación y la vigilancia anuncian «el fin de la privacidad», como algunos comentaristas han sugerido.[13] No hay duda, sin embargo, de que, debido en parte a la creciente facilidad con que cualquier ciudadano puede disponer de estas tecnologías, las condiciones sociales de la privacidad están experimentando cambios fundamentales. Las nuevas tecnologías han creado nuevos y más poderosos medios para las «escuchas indiscretas». De ahí que las conversaciones o las interacciones que los individuos consideran de carácter privado puedan ser, de hecho, interceptadas y grabadas con medios ocultos, y posteriormente puestas a disposición de muchos miles o millones de personas en los medios. Las palabras o las acciones que originalmente fueron pronunciadas o efectuadas en calidad de comunicación o conducta privada pueden adquirir inesperadamente un carácter público, volviéndose visibles de un modo que ciertamente no podía haberse previsto, y provocando quizá situaciones extremadamente embarazosas o incluso reveladoras de graves delitos.

13. Véase Reg Whitaker, *The End of Privacy: How Total Surveillance is Becoming a Reality*, Nueva York, New Press, 1999.

C) Por sí sola, la existencia de las nuevas tecnologías no explica cómo y por qué se utilizan. Sin duda, el desarrollo de las nuevas tecnologías de comunicación y vigilancia ha generado nuevas oportunidades para que se produzcan filtraciones en las regiones traseras capaces de aparecer en las regiones frontales, pero, ¿cuál es la razón de que se hayan explotado ésas y otras oportunidades? Parte de la respuesta a esta pregunta reside en los cambios que han tenido lugar en la cultura del periodismo. Aunque la tradición del periodismo de investigación se remonta a los últimos años del siglo XIX, ha recibido un nuevo impulso de los tumultuosos acontecimientos políticos de los años sesenta. La de los sesenta ha sido, hasta cierto punto, una década de disidencia durante la cual hubo nuevos movimientos sociales deseosos de desafiar a los centros de poder. En los Estados Unidos, el movimiento en favor de los derechos civiles y la lucha contra la guerra de Vietnam fueron quizá los movimientos más visibles, pero hubo otros, como el movimiento en favor de la liberación de la mujer y el de la puesta en cuestión de las actitudes tradicionales hacia la sexualidad, que también tuvieron una significación crucial. Esta cultura de la puesta en cuestión, esta cultura crítica de los años sesenta no transformó por sí sola las prácticas periodísticas, pero sí que contribuyó a crear un clima que estimulase el periodismo de investigación. Un cierto número de periódicos de los Estados Unidos pusieron en marcha algunos equipos especiales de reporteros de investigación durante los años sesenta y principios de los setenta —el *Newsday* puso en marcha un equipo especial en 1967, el *Chicago Tribune* hizo lo propio en 1968, y el *Boston Globe* les siguió en 1970—.[14] El *New York Times* dedicó más recursos al periodismo de investigación durante la década de los sesenta. En 1967, la Associated Press puso en marcha un equipo especial para informar sobre las actividades encubiertas del gobierno: en 1968 este equipo publicó 268 historias, incluyendo la revelación de un informe secreto sobre la corrupción política en Saigón.[15]

Aunque la renovación de las prácticas del periodismo de investigación se remonta a un periodo anterior al Watergate, no cabe la menor duda de que los acontecimientos que transcurrieron entre el descubrimiento del allanamiento y la dimisión de Nixon representaron un fuerte impulso para esta

14. Véanse las siguientes obras de Michael Schudson, *Discovering the News: A Social History of American Newspapers*, Nueva York, Basic Books, 1978, págs. 189-190; *Watergate in American Memory: How We Remember, Forget, and Reconstruct the Past*, Nueva York, Basic Books, 1992, págs 118-119.

15. Schudson, *Discovering the News*, pág. 190.

nueva tendencia. El Watergate no sólo fue significativo en este contexto porque contribuyese a legitimar las actividades de los periodistas de investigación (aunque dichas actividades se legitimaran en virtud de la explicación un tanto novelada que dieron Bernstein y Woodward[16]), sino también porque llevó a la esfera pública, por primera vez en la historia, las más ocultas regiones del más alto cargo del poder político, poniéndolas, súbita e inopinadamente, a la vista de todos. Y los contenidos que así quedaron expuestos, tanto en lo que respecta a la evidencia sobre actividades delictivas como en lo relacionado con las sorprendentemente toscas maniobras de Nixon y sus colaboradores, no sirvieron sino para alimentar el escepticismo del público respecto a la credibilidad y la veracidad de sus dirigentes. El Watergate contribuyó a respaldar una atmósfera de escepticismo en la que nadie, ni siquiera el presidente, se halla fuera de sospecha.

El renovado auge del periodismo de investigación durante los años sesenta y setenta contribuyó a alterar la cultura del periodismo y ayudó a crear un contexto en el cual se considerara cada vez más en los círculos mediáticos que la búsqueda de ocultos secretos y su revelación en caso de ser efectivamente descubiertos constituía una parte asumida de la actividad periodística. En el contexto de este vasto cambio en la cultura periodística, la distinción entre los diferentes tipos de secretos se hizo borrosa y cada vez más difícil de trazar. Una vez que se hubo aceptado que era posible alzar las cortinas que ocultaban las más elevadas regiones del poder, fue muy difícil conservar una clara distinción entre los secretos relacionados con el ejercicio del poder y los secretos vinculados con el tipo de conducta observado en la vida privada. El periodismo de investigación se fue degradando con facilidad hasta convertirse en una especie de crónica lasciva en la que los ocultos aspectos del ejercicio del poder se iban a ver mezclados con los aspectos ocultos de las vidas de los poderosos.[17] Los códigos y las convenciones periodísticas que hasta entonces habían disuadido a los periodistas de centrar su actividad informativa en las vidas privadas y los asuntos de los dirigentes políticos fueron relajándose, y en algunos casos fueron abandonadas por completo, de modo que los periodistas pudieron sentirse menos limitados por la ética de su propia profesión.

16. Woodward y Bernstein son los periodistas que ganaron en 1973 el premio Pulitzer por desenmarañar las escuchas que la Casa Blanca había realizado en el cuartel general de la oposición demócrata, en el edificio Watergate de Washington. *(N. del t.)*

17. Sobre el incremento de la información relacionada con contenidos lascivos, véase Schudson, *Watergate in American Memory*, págs. 117-118.

D) Pero no sólo los cambios en la cultura del periodismo han contribuido a la creciente importancia de los escándalos políticos: también han intervenido los cambios registrados en la cultura política en general. Estos cambios arraigan en una serie de informaciones estructurales que han configurado el entorno en el que tiene lugar la actividad política. De particular importancia a este respecto es el declive gradual de la política de los partidos de clase, una política por la cual una serie de partidos con unos sistemas de creencias marcadamente opuestos, reflejo aproximado de los intereses de las distintas clases sociales, se enfrentaban en la arena política. Durante la segunda mitad del siglo xx, los cambios surgidos en los modos del trabajo en las sociedades industriales occidentales —incluyendo el declive de las industrias tradicionales, como el carbón y el acero, el auge del sector servicios y una serie de industrias basadas en un intenso uso del conocimiento— han logrado transformar el contexto social de la política. Los partidos no pudieron seguir descansando en el viejo sistema de las clases sociales que había constituido el núcleo de su apoyo electoral. Las tradicionales divisiones doctrinales se vieron atenuadas, y los partidos y sus dirigentes tuvieron que luchar, cada vez más, para obtener el apoyo de un creciente grupo de votantes independientes: es decir, de votantes cuyas afiliaciones políticas era menos probable que fuesen transmitidas como una herencia de una a otra generación, y que era más probable que tomasen sus decisiones sobre la base de las opciones que se les presentaban.

Estas vastas transformaciones sociales nos ayudan a comprender algo que podríamos describir vagamente como el declive gradual de la «política ideológica» y la creciente importancia de la «política de la confianza». La tradicional política basada en los partidos de clase, con su sistema de creencias marcadamente opuestas y su fuerte contraste entre la derecha y la izquierda, no ha desaparecido, pero se ha visto significativamente debilitada por las transformaciones sociales del periodo de posguerra. Y en su lugar ha emergido una forma de política que se basa cada vez más en los específicos programas de acción política que ofrecen los partidos políticos. Estos programas de acción política no pueden recibir su respaldo apelando fundamentalmente, como antes ocurría, a los intereses de clase de los votantes, y los propios votantes no pueden ya contar con los políticos para que materialicen sus esperanzas en función de la dilatada afiliación social de los partidos. Además, con el declive de la vieja política ideológica, mucha gente se empezó a sentir cada vez más insegura respecto al método mejor para abordar los problemas de enorme complejidad que aquejan al mundo moderno; el mundo se muestra cada vez más como un lugar desconcertante en el que

no existen soluciones simples, y en el que es preciso tener cada vez más fe en que nuestros dirigentes políticos serán capaces de realizar juicios sensatos y de proteger nuestros intereses. En este contexto, la cuestión de la credibilidad y la veracidad de los dirigentes políticos se convierte en un asunto de creciente importancia. Las personas empiezan de este modo a preocuparse más por el *carácter* de los individuos que son (o que pueden convertirse en) sus dirigentes, y también comienzan a interesarse más por la cuestión de su veracidad, ya que éste es, cada vez más, el principal medio de garantizar que las promesas políticas se puedan convertir en realidades y de que las decisiones difíciles que es preciso tomar ante una situación de complejidad e incertidumbre puedan adoptarse sobre la base de juicios sensatos. La política de la confianza adquiere así una importancia creciente, no porque los políticos sean inherentemente menos veraces hoy en día que en el pasado, sino porque las condiciones sociales que antaño habían asegurado su credibilidad se han visto erosionadas.

Este cambio en la cultura política ha contribuido a dar al escándalo un mayor significado en la vida política actual. Una parte de la razón por la que el escándalo político se ha convertido en algo tan importante en nuestros días hay que buscarla en el hecho de que se haya convertido en una especie de *prueba de credibilidad* para la política de la confianza. Cuanto más se orienta nuestra vida política hacia cuestiones relacionadas con el carácter y la confianza, más significado concederemos a todas aquellas ocasiones en que la veracidad de los dirigentes políticos sea puesta en cuestión. Cuanto más debamos confiar en que sea la integridad de los políticos lo que les impulse a dar cumplimiento a sus promesas y cuanto más necesario sea confiar en su capacidad para proceder según juicios sensatos, tanta mayor significación otorgaremos a aquellas ocasiones en que las debilidades de carácter y los fallos de juicio sean expuestos en el primer plano del foro. Considerados a esta luz, podemos entender por qué los escándalos que afectan a la vida privada de un político aparecen a los ojos de muchas personas como acontecimientos dotados de una significación política mucho más amplia: no tanto por el hecho de que esas personas consideren que los políticos deban observar unos estrictos códigos morales en sus vidas privadas como por la circunstancia de que se preocupan por lo que esa conducta les indica respecto a la integridad y la credibilidad del individuo en cuestión. «¿Cómo podremos creer a un hombre que miente a su propia mujer?»: el sentimiento que expresa este refrán común no es tanto el de un anhelo de fidelidad marital, sino más bien la ansiedad derivada de la incierta credibilidad de un hombre cuya conducta privada no respalda la confianza que se ha depositado en él.

El declive gradual de la política ideológica significó también que, dentro de la subesfera de los políticos profesionales, los desacuerdos fundamentales sobre cuestiones de principio se hicieron menos pronunciados y los partidos políticos tuvieron que buscar otros medios para diferenciarse unos de otros. A medida que los partidos iban desplazándose gradualmente hacia el centro y fueron comenzando a competir por el creciente recurso que representaban los votantes independientes, los defectos de carácter de sus oponentes (reales o supuestos) y la infracción de los códigos de conducta se convirtieron cada vez más en potentes armas para luchar por la obtención de ventajas políticas. Las cuestiones relacionadas con el carácter se fueron politizando cada vez más a medida que los partidos trataban de establecer diferencias entre ellos en un contexto en el que era cada vez más difícil apelar a fundamentales diferencias de principios, y en el que, en parte con el fin de compensar esta situación, los partidos y sus dirigentes trataban cada vez más de capitalizar políticamente los fallos de carácter de los oponentes.

Dado que los escándalos se convirtieron en una prueba de credibilidad en la política de la confianza, y dado que las cuestiones relacionadas con el carácter se vieron cada vez más involucradas en las luchas entre los partidos, el estallido de escándalos tiende a manifestar un efecto acumulativo: el escándalo llama al escándalo, precisamente porque cada escándalo concentra aún más la atención sobre la credibilidad y la veracidad de los dirigentes políticos. El efecto acumulativo del escándalo queda incorporado al ciclo electoral conforme los partidos políticos y los aspirantes a dirigente utilizan los defectos previamente detectados en la prueba de credibilidad de sus oponentes como base sobre la que consolidar sus propias campañas electorales. De ahí que, durante la resaca del Watergate, Jimmy Carter basara su campaña presidencial de 1976 en la cuestión de la confianza y en la promesa de garantizar que su administración recuperaría una elevada exigencia ética en el ejercicio de las tareas de gobierno —«Yo nunca os mentiré», fue la célebre declaración que hizo durante la campaña—. Y sin embargo, tan pronto hubo tomado posesión de su cargo surgió una ola de nuevos escándalos. En primer lugar, se produjo el asunto Lance, tras el cual este amigo y asesor personal de Carter se vio obligado a dimitir como director de la Oficina de Gestión y Presupuesto, rodeado por una gran especulación sobre la existencia de irregularidades económicas en sus cuentas personales. Después vino el «Billygate», una serie de acontecimientos curiosamente exagerada en la que el hermano de Jimmy Carter —un alcohólico de juicio vacilante— se encontró de pronto en el centro de la tormenta desatada por un escánda-

lo relacionado con sus contactos empresariales con Libia. Y por si fuera poco, saltó también a la luz pública la extraña historia de Hamilton Jordan, un auxiliar de la Casa Blanca acusado de esnifar cocaína y que fue objeto de una investigación formal por parte de un fiscal especial, aunque al final los cargos fueron desestimados. Tras la conmoción del Watergate, Jimmy Carter alcanzó el poder con el argumento de constituir un gobierno honesto, decente e irreprochable, pero en una cultura política centrada en cuestiones de carácter y confianza, esto equivalía a enarbolar un banderín rojo ante las congregadas filas de los críticos y los periodistas. Los escándalos que afectaron a la administración de Jimmy Carter no fueron lo único que destruyó sus posibilidades de ser reelegido en 1980, pero sin duda tampoco fueron algo que le ayudara a conseguirlo.

E) Hay un último factor que contribuye a explicar la progresiva importancia de los escándalos políticos: se trata de algo que podríamos calificar como creciente presencia de los mecanismos legales en la vida política. Este factor es particularmente importante en el contexto de los Estados Unidos, pero su relevancia no se circunscribe a esa nación. En el contexto estadounidense, la Ley sobre la Ética en el Ejercicio de los Cargos Públicos de 1978 se aprobó durante el periodo posterior al Watergate y constituyó un punto de referencia en la regulación legal de la vida política. La ley exigía que los altos cargos expusieran los detalles de sus asuntos económicos y endurecieron las normas que se aplicaban a los conflictos de interés. Y además, cosa que tal vez sea aún más significativa, crearon un nuevo cargo, el de fiscal especial, un funcionario al que se podía recurrir para que investigase los casos de posible infracción de las leyes. El fiscal especial debía ser designado por un tribunal federal, y por consiguiente, debía ser independiente del Departamento de Justicia. Al crear este cargo, la ley sobre la ética en los cargos públicos contribuyó a poner en marcha una nueva dinámica capaz de trazar el perfil de aquellos casos en que se sospechase la existencia de comportamientos delictivos e incrementaba en gran medida los poderes y recursos destinados al proceso de investigación —dinámica que quedó ilustrada de forma muy vívida con el asunto Irán-Contra y con el largo proceso de investigación sobre Bill Clinton efectuado por el fiscal independiente Kenneth Starr—. (El cargo de fiscal especial cambió su denominación por la de fiscal independiente en 1983.)

A pesar de que la creciente presencia de los mecanismos legales en la vida política aparece de forma particularmente notable en el contexto estadounidense, es posible discernir una tendencia similar en cualquier otra

parte. En el derecho británico no existe ninguna figura equivalente a la de fiscal especial, pero un funcionario del gobierno sobre el que recaiga una sospecha relacionada con la comisión de actos delictivos puede ser encausado según los procedimientos normales de la investigación penal. Además, los primeros ministros pueden designar comités de investigación para que substancien cuestiones de interés público y realicen recomendaciones que puedan elevarse a rango de ley. Esta práctica se ha utilizado en numerosas ocasiones desde los primeros años de la década de los sesenta, periodo durante el cual el entonces primer ministro Harold Macmillan instituyó un comité de investigación, presidido por lord Denning, para que investigase los vínculos con la seguridad nacional que se desprendían del asunto Profumo. Otros comités de investigación más recientes —incluyendo los instituidos tras el asunto Poulson a principios de los setenta, y los que siguieron al escándalo por el soborno a los miembros del Parlamento a principios de los noventa— han generado un nivel de control más alto sobre los intereses económicos de carácter privado de los miembros del Parlamento y han permitido establecer códigos explícitos de conducta.

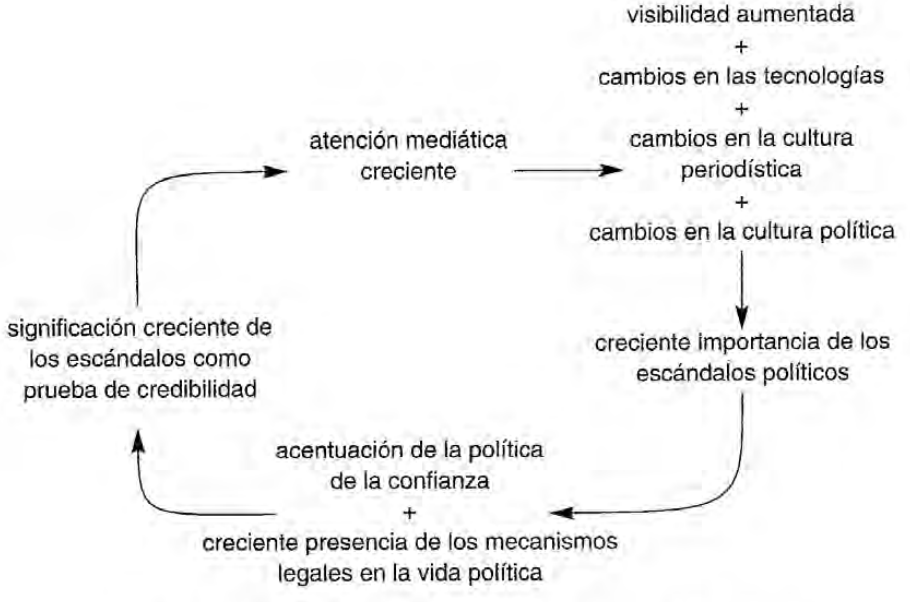


Figura 4.3. Creciente importancia de los escándalos políticos.

Los diversos cambios que he expuesto hasta aquí nos ayudan a comprender la creciente importancia de los escándalos políticos en la vida política de muchas sociedades occidentales a partir de los primeros años de la década de los sesenta. Por sí solo, ninguno de estos cambios basta para explicar esta tendencia, pero considerados en conjunto constituyen la base de una explicación plausible. La figura 4.3 resume los principales elementos de esta explicación. Todos ellos, la creciente visibilidad de los dirigentes políticos, los cambios perceptibles en las tecnologías de la comunicación y en las tecnologías de la vigilancia, los cambios registrados en la cultura periodística y los cambios observables en la cultura política, han contribuido a generar la creciente importancia de los escándalos políticos. Esto a su vez ha conducido a la acentuación de la política de la confianza y a una creciente presencia de los mecanismos legales en la vida política. En estas condiciones, el escándalo adquiere una significación creciente como prueba de credibilidad, factor que estimula la atención de los medios y aumenta todavía más la probabilidad de un escándalo. En el contexto de una esfera política caracterizada por un sistema de partidos en competencia y por una serie de organizaciones mediáticas relativamente independientes que desempeñan un papel clave en la configuración de las relaciones entre los políticos profesionales y los ciudadanos corrientes, y en unas circunstancias definidas por la creciente significación de la política de la confianza, es muy probable que los escándalos políticos tengan un efecto acumulativo. Cuantos más escándalos políticos estallen, más probable es que surjan nuevos escándalos y más probable será también que éstos resulten amplificados por una creciente atención de los medios de comunicación. La dinámica compuesta por escándalos, atención mediática y política de la confianza produce un efecto de rebote que incrementa constantemente los envites políticos.

Las culturas políticas del escándalo

La dinámica que acabamos de esbozar ha contribuido a crear lo que podríamos calificar como una cultura política del escándalo en muchas sociedades occidentales. Por «cultura política» entiendo un amplio y bastante difuso enjambre de reglas, convenciones, actitudes y expectativas que sostienen la conducta propia de la vida política y moldean las formas de interacción y comunicación que tienen lugar en la esfera política. Hemos llegado a aceptar, para bien o para mal, que un subconjunto de estas convenciones y expectativas ha quedado cristalizado en torno al fenómeno del

escándalo político. Este fenómeno ya no se ve como una ocurrencia rara y excepcional: en vez de eso, se ha convertido en una característica endémica de la cultura política occidental contemporánea y así se la considera habitualmente. Puede que no nos guste, pero sabemos que es poco probable que desaparezca.

A pesar de que el escándalo se ha convertido en una característica endémica de la cultura política contemporánea, las condiciones en que se producen los escándalos y los modos en que se desarrollan, varían desde luego muy considerablemente de un contexto nacional a otro. El conjunto de convenciones y expectativas que moldea la ocurrencia y el desarrollo de los escándalos políticos no es invariable. No existe realmente «una» cultura política del escándalo sino más bien una diversidad de culturas políticas del escándalo, caracterizada cada una de ellas por sus propias tradiciones peculiares, su propia provisión de precedentes, su propia memoria colectiva y su propio conjunto de convenciones y expectativas en permanente cambio. (Examinaremos algunas de estas culturas y tradiciones en los capítulos que siguen.) La expansión global de los medios de comunicación ha contribuido a garantizar que esas tradiciones no sean totalmente diferentes; la rápida difusión internacional de las noticias y el desarrollo de las organizaciones mediáticas de carácter global como la CNN han contribuido a consolidar el hecho de que algunos escándalos —en especial los principales escándalos estadounidenses como el Watergate, el Irán-Contra y el asunto Clinton-Lewinsky— se hayan desarrollado en un escenario que supera con creces las fronteras nacionales. Gracias a los medios de comunicación, ciertos escándalos han pasado a formar parte de la memoria colectiva de sociedades muy alejadas de aquellas en las que se originaron. Sin embargo, la difusión global de los escándalos y la interpenetración de las tradiciones no han erradicado los rasgos particulares que definen a las distintas culturas políticas del escándalo.

¿Cómo es la vida en un mundo en el que el escándalo se ha convertido en una característica endémica de la cultura política? Para aquellos que desean hacer carrera en la esfera política, el escándalo es un riesgo contra el que deberán luchar activa y continuamente si es que quieren evitarlo. El escándalo se ha convertido en uno de los gajes del oficio para quien aspira a tener presencia en el ámbito público. Los partidos políticos investigan a sus potenciales candidatos con el fin de valorar lo propensos que puedan ser a verse envueltos en un escándalo —lo que se denomina el «factor de riesgo de escándalo»—. Los partidos, gobiernos y dirigentes políticos desarrollan estrategias para reducir al mínimo el riesgo de un escándalo, así como para

frenar los escándalos (o limitar sus daños) en caso de que aparezcan revelaciones comprometedoras. La gestión de los escándalos se ha convertido en uno más de los elementos presentes en las estrategias que se emplean para competir por el poder y conseguir ejercerlo. Los partidos, gobiernos y dirigentes saben que los escándalos pueden ser perjudiciales, tanto para los individuos que se encuentren en su epicentro como para las organizaciones con las que estén asociados. Saben que deben dar pasos para evitar que se produzcan o para reducir al mínimo los daños si llegan a suceder —pese a que sepan al mismo tiempo que el riesgo de estallido de un escándalo no puede evitarse por completo.

Para muchas personas corrientes que viven en un mundo en el que el escándalo se ha convertido en una característica endémica de la cultura política esta situación resulta una experiencia profundamente ambivalente. Por un lado, los escándalos vuelven las tornas contra los dirigentes políticos y, en algunas ocasiones, sacan a la luz actividades y formas de conducta que plantean serios interrogantes sobre la adecuación y la legalidad de su conducta, así como sobre la integridad de su carácter —en este sentido, mucha gente puede considerar que los escándalos suponen una contribución legítima, aunque un tanto sensacionalista, a la vida política—. Y sin embargo, por otro lado, muchas personas pueden considerar igualmente que el ciclo del escándalo es un fenómeno que se ha escapado de las manos. Pueden asistir al aparentemente interminable desfile de escándalos políticos con una mezcla de aturdimiento y desesperación. Puede que consideren que los medios de comunicación están yendo demasiado lejos, que han llegado a preocuparse excesivamente por la revelación de escándalos y que han sacado a tal punto las cosas de quicio que el ciclo de los escándalos comienza a rebotar en dirección a los propios medios de comunicación. Mucha gente puede sentirse cada vez más cansada de los escándalos y mostrar un creciente escepticismo en relación al auténtico interés de los medios. El ciclo de los escándalos hace aparecer una especie de aburrimiento, una suerte de «fatiga del escándalo» en muchas personas. Los nuevos escándalos surgen con frecuencia predecible, pero pierden cada vez más su valor de novedad e incluso, en algunos aspectos, su capacidad para conmover y sorprender, ya que los lectores y los espectadores se van acostumbrando progresivamente al espectáculo y se muestran cada vez más familiarizados con las reglas y convenciones que los provocan.

Al calificar este característico conjunto de reglas, convenciones, actitudes y expectativas como «cultura política del escándalo» no pretendo sugerir que el escándalo haya llegado a dominar la vida política de las sociedades

occidentales hasta el punto de oscurecer otras cuestiones como el paro, la pobreza, la salud, la destrucción medioambiental, etcétera —es evidente que no es ése el caso—. Y tampoco pretendo sugerir que la dinámica del escándalo se haya convertido en una especie de mecanismo inexorable presto a devorar a cualquier ser humano normal, de carne y hueso, que tenga la osadía de presentarse para un cargo público en nuestros días —ya que, por muy tentadora que pueda resultar esta interpretación,[18] no cabe duda de que está teñida con un excesivo sentido de la perdición—. Lo que sí quiero afirmar es que el estallido de los escándalos políticos en la actualidad no constituye un acontecimiento aislado y que las formas en que surge y se desarrolla un escándalo político —y, de hecho, la mera circunstancia de que se produzca— vienen moldeadas por el peculiar conjunto de convenciones y expectativas que son propias de la forma cultural en que se desencadena.

18. Ésta es la conclusión a la que tiende a inclinarse Suzanne Garment, en su ensayo por lo demás atento y perspicaz. Véase su *Scandal*, capítulo 11.

5

LOS ESCÁNDALOS SEXUALES EN LA ESFERA POLÍTICA

No todos los escándalos son escándalos políticos, y no todos los escándalos políticos son iguales. Existe una gran variedad de escándalos políticos, y cada uno de ellos posee sus propias condiciones y características particulares: cuanto más se examinan los escándalos, tanto más sorprende la enorme complejidad y diversidad de los fenómenos que habitualmente se reúnen bajo esta etiqueta. ¿Es posible llevar más lejos el análisis del escándalo político? ¿Es posible identificar algunas formas típicas de escándalo político para analizar algunas de sus características particulares? ¿O debemos acaso desechar la idea de cualquier análisis más profundo y contentarnos con la descripción de los casos individuales?

Aunque es preciso reconocer que todos los escándalos poseen una irreductible porción de particularidad, podemos no obstante avanzar un paso más en nuestro análisis recordando un punto que se había dejado sentado en el primer capítulo. Allí apuntamos que todos los escándalos implican acciones o acontecimientos que transgreden ciertos valores o normas y que, pese a que exista una notable diversidad y variabilidad en los valores y normas que son pertinentes en cada escándalo, existen no obstante ciertos tipos de normas que resultan más susceptibles de desencadenar un escándalo que otras. Las normas y códigos que regulan las relaciones sexuales, las que rigen las transacciones financieras y las que organizan la búsqueda y el ejercicio del poder político son particularmente propensas a generar escándalos.

Tomaré esta observación como punto de partida para mi análisis de las formas que adopta el escándalo político. Distinguiré tres tipos fundamentales de escándalo político y describiré brevemente sus características. Después consagraré un capítulo a cada uno de ellos. En el presente capítulo me concentraré en los escándalos sexuales que tienen lugar en la esfera política, mientras que en los capítulos siguientes procederé a examinar los escándalos financieros y otro tipo de escándalos a los que llamaré «escándalos de poder».

Tres tipos de escándalo político

Podemos distinguir tres tipos fundamentales de escándalo en la esfera política: los que implican la transgresión de los códigos sexuales (escándalos sexuales), los que implican la mala utilización de los recursos económicos (escándalos financieros), y los que implican determinados abusos en el ejercicio del poder político (escándalos de poder). Cada uno de estos tres tipos de escándalo político posee sus rasgos definitorios clave, aunque en la práctica, es probable que cualquier escándalo concreto presente una determinada gama de rasgos secundarios específicos. Cada uno de estos tipos implica la transgresión de normas o convenciones, y cada uno de ellos implica acceso al poder y a los recursos; sin embargo, los tipos de normas varían de un tipo de escándalo a otro, tal como sucede con las formas de poder y con los modos en que intervienen esas formas. Vamos a considerar brevemente y en su orden cada uno de los tres tipos.

La característica definitoria de los escándalos sexuales que ocurren en la esfera política estriba en que implican la pública revelación de las actividades de algunas figuras políticas, actividades que constituyen, o que pueden presentarse como constitutivas de una transgresión de las normas o códigos vigentes en cuanto a la organización de la conducta en las relaciones sexuales. Los escándalos políticos de naturaleza sexual implican públicas revelaciones y alegaciones relacionadas con la vida privada de las figuras públicas. Son esencialmente luchas por el poder simbólico, y pueden tener graves consecuencias políticas; el dinero puede intervenir, pero lo hace en calidad de elemento secundario. Los escándalos políticos de naturaleza sexual pueden implicar también la comisión de delitos sexuales, como los relacionados con la homosexualidad en contextos en los que los actos homosexuales son (o eran) ilegales, implican relaciones sexuales con menores, conllevan elementos de provocación o se acompañan de prostitución. Sin embargo, muchos de los escándalos políticos de naturaleza sexual (y así sucede en la actualidad con la gran mayoría de los escándalos de este tipo) no implican delitos de estas características. Hoy en día, cuando se producen infracciones legales en los escándalos políticos de naturaleza sexual, es frecuente que estén más vinculadas con transgresiones de segundo orden que con la vulneración original. Lo importante no es tanto el hecho de que las acciones reveladas sean ilegales, sino más bien que las normas transgredidas posean algún grado de capacidad moral vinculante en los contextos en que se han producido. Las normas no tienen que hacerse cumplir como sucede con las leyes, y no han de ser necesariamente compartidas por todos (de hecho,

puede que haya mucha gente que se burle de ellas o que no les haga caso). Sin embargo, es preciso que posean el suficiente grado de capacidad moral vinculante para hacer que la pública revelación de las acciones que las transgreden se acompañe de públicas expresiones de desaprobación, y también es necesario que las propias acciones sean consideradas como formas de conducta impropia o indecorosa por algunas personas.

Mientras que los escándalos políticos de naturaleza sexual implican la revelación de algunos aspectos de la vida privada que transgreden las normas y los códigos de la conducta sexual, los escándalos financieros que se producen en la esfera política se basan en la revelación de actividades realizadas por personalidades políticas en las que se aprecia el quebrantamiento de las reglas que rigen la adquisición y la asignación de los recursos económicos. Los escándalos políticos de naturaleza financiera implican por lo general vínculos ocultos entre el poder político y el económico, vínculos que se consideran impropios y que, al ser revelados, desencadenan el escándalo. A diferencia de los escándalos políticos de naturaleza sexual, los escándalos financieros que tienen lugar en la esfera política tienen una mayor probabilidad de ir acompañados por la violación de leyes —en este caso, de las leyes que regulan las transacciones financieras y el uso de recursos financieros por parte de individuos que ostentan cargos públicos o que aspiran a ellos—. De ahí que sea más probable que los escándalos financieros den lugar a una investigación legal.

Tanto los escándalos políticos de naturaleza sexual como los escándalos de naturaleza político-financiera implican la transgresión de normas que regulan actividades que pueden no ser exclusivas de la esfera política. Los escándalos de poder, por su parte, se basan en la revelación de actividades que infringen las reglas que gobiernan la adquisición o el ejercicio del poder político como tal. Los escándalos de poder son la forma más «pura» de escándalo político, en el sentido de que las reglas o convenciones cuya transgresión se encuentra en el corazón de estos escándalos son las reglas y las convenciones que ordenan la propia forma del poder —esto es, el poder político— que pertenece específicamente a la esfera pública. Los escándalos de poder pueden ir acompañados de varios tipos de transacciones financieras ilícitas, pero las transgresiones financieras no son la fuente del escándalo: poseen un carácter secundario respecto al hecho de que las actividades en cuestión son transgresiones de las reglas que dirigen el ejercicio del poder político. Los escándalos de poder revelan actividades encubiertas y formas ocultas de poder que se apartan de las normas y procedimientos que se presume regulan la competencia por la obtención del poder político y su

ejercicio práctico. Estas normas y procedimientos se encuentran frecuentemente incluidas en la estructura constitucional de los Estados modernos, ya sea explícitamente, en forma de leyes, o implícitamente, mediante la observancia de ciertas prácticas institucionalizadas. De ahí que, de modo similar a los escándalos financieros que se producen en la esfera política, los escándalos de poder sean por lo general objeto de investigaciones de orden legal o corran el riesgo de sufrir este tipo de investigaciones.

El cuadro 5.1 resume algunos de los rasgos fundamentales de estos tres tipos de escándalo político. Los escándalos políticos de naturaleza sexual implican la transgresión de normas y códigos relacionados con la conducta sexual; se caracterizan por luchas encaminadas a la adquisición de un mayor poder simbólico y más recursos, lo que a su vez puede tener graves consecuencias para la capacidad de ejercer el poder político; el hecho de que vengan o no acompañados por infracciones de tipo legal varía en función de cada caso.

Los escándalos político-financieros implican la infracción de las reglas y convenciones que gobiernan el uso de los recursos económicos relacionados con el ejercicio del poder político. Son además infracciones que pueden tener consecuencias simbólicas y políticas; en muchos casos, dan lugar a una

Cuadro 5.1. Tipos de escándalo político.

	Tipos de escándalo		
Características	*Escándalos políticos de naturaleza sexual*	*Escándalos políticos de naturaleza financiera*	*Escándalos de poder*
Códigos transgredidos	sexuales	político-financieros	políticos
Principales formas de poder	simbólicas	económico-políticas	políticas
Formas de poder implicadas	políticas	simbólicas	simbólicas
Probabilidad de quebrantamiento de la ley	variable	entre moderada y alta	alta

investigación legal. Los escándalos de poder implican la violación de las reglas que rigen la utilización del poder político y es probable que sus consecuencias sean tanto políticas como simbólicas; también es probable que constituyan un delito penal.

Esta tipología proporciona un marco auxiliar para analizar los escándalos políticos y la utilizaré en los capítulos que siguen. En este capítulo me voy a concentrar en los escándalos sexuales que tienen lugar en la esfera política, mientras que en los dos próximos capítulos me ocuparé, por este orden, de los escándalos político-financieros y los escándalos de poder. Esta forma de organizar el material posee algunas ventajas analíticas claras; nos permitirá examinar las características de cada tipo de escándalo con más detalle y explorar algunos ejemplos. Pero también tiene algunas desventajas. Puede que los lectores disfruten de una mayor claridad analítica, pero no podrán hacerse una idea cabal de los muchos escándalos que han caracterizado la historia política de los distintos países, y tampoco podrán obtener una noción completa de los modos en que se entrechocan, en cualquier contexto nacional concreto, los diferentes tipos de escándalo, alimentando así el tipo de dinámica descrita en el capítulo anterior y contribuyendo a la formación de las diferentes culturas políticas del escándalo. Voy a utilizar una serie de ejemplos sacados fundamentalmente de Gran Bretaña y los Estados Unidos, y suministraré alguna referencia histórica cuando pueda servir de ayuda. Pero mi principal objetivo en este capítulo y en los dos que siguen estriba en profundizar en el análisis de las formas básicas en que puede presentarse el escándalo político, y no en proporcionar un relato histórico completo de los escándalos políticos en sus diferentes contextos nacionales.

Antes de seguir adelante, debo añadir algunas precisiones sobre la tipología. En primer lugar, es importante subrayar que los escándalos sexuales y los escándalos financieros no son en modo alguno exclusivos de la esfera política. Los escándalos sexuales son frecuentes en otras esferas de la vida —entre las personalidades de los medios, por ejemplo, o en instituciones concretas, como organizaciones religiosas, escuelas, etcétera—. Los escándalos financieros ocurren con relativa frecuencia en la esfera económica (el escándalo que rodeó las actividades de Nick Leeson —un joven empleado de la rama londinense del Barings Bank que se las arregló, mediante una serie de inversiones de alto riesgo en el mercado financiero de Singapur, para poner el banco a sus pies— es sólo uno de los ejemplos más recientes). Sin embargo, el hecho de que los escándalos sexuales y los escándalos financieros no pertenezcan exclusivamente a la esfera política no significa que no puedan, supuestas ciertas condiciones, dar lugar a escándalos políticos. En

las ocasiones en que se revelan como escándalos políticos, el elemento que hace que sean *políticos* es el hecho de que tienen lugar en el interior de la esfera política, la circunstancia de que implican a individuos que ostentan o aspiran a ocupar una posición de poder en esa esfera, y la particularidad de que tienen consecuencias en ese mismo ámbito, tanto en términos de las actividades y oportunidades de los individuos directamente implicados en los escándalos como en términos de las acciones y las respuestas que suscitan en otras personas.[1]

Una segunda precisión consiste en que la tipología, pese a ser ciertamente abarcadora, no es exhaustiva. Puede que incluya las formas más destacadas de escándalo político, pero no se propone incluir *toda* forma posible. No quiero excluir la posibilidad de que puedan ocurrir escándalos políticos relevantes que no impliquen la transgresión de los códigos sexuales, los reglamentos financieros o las reglas y convenciones que moderan el ejercicio del poder. Es perfectamente posible, por ejemplo, que las revelaciones relacionadas con la ilícita utilización de drogas por parte de una figura política clave puedan dar lugar a un escándalo político de grandes dimensiones. Sin embargo, y a pesar de que la tipología no pretende ser exhaustiva, no sería inverosímil afirmar que abarca, si la consideramos en relación con el registro histórico y empírico, la gran mayoría de los casos posibles y que proporciona un marco de análisis útil.

Por último, y precisamente por el hecho de que la tipología no es exhaustiva, tampoco se excluyen entre sí los tres tipos principales de escándalo político. Cada uno de estos tipos es, hasta cierto punto, un «tipo ideal» (según la terminología de Max Weber) —es decir, una abstracción que arro-

1. Al tratar los escándalos sexuales que surgen en la esfera política como una verdadera forma de escándalo político (un escándalo político de naturaleza sexual, para ser más precisos), la explicación que yo doy difiere mucho de la literatura académica sobre este asunto. La mayoría de los comentaristas académicos tienden a asumir que los escándalos sexuales que surgen en la esfera política no son auténticos escándalos políticos. Ya hemos examinado las opiniones de Markovits y Silverstein sobre este asunto (véase más arriba el capítulo 4). Anthony King tiende a adoptar una opinión parecida, ya que sugiere que los escándalos sexuales «son escándalos políticos de forma accidental, no esencial» (King, Anthony, «Sex, Money, and Power», en Hodder-Williams, Richard y Ceaser, James (comps.), *Politics in Britain and the United States: Comparative Perspectives*, Durham, N. C., Duke University Press, 1986, pág. 187. Robert Williams excluye los escándalos sexuales de su encuesta sobre los escándalos políticos en los Estados Unidos alegando que «no tienen una motivación política» (*Political Scandals in the USA*, Edimburgo, Keele University Press, 1998, pág. 7). He argumentado, por el contrario, que los escándalos sexuales en la esfera política se pueden y se deben concebir como una forma de escándalo político.

ja luz sobre algunos de los rasgos de la realidad a expensas de otros—. Algunos casos reales de escándalo político servirán para ilustrar estos tipos de distintos modos y en grado diverso —algunos pueden servir como ejemplos extremadamente adecuados para un tipo en particular, mientras que otros quizá impliquen una compleja mezcla de distintos elementos—. Además, algunos escándalos que comienzan mostrando los rasgos propios de uno de los tipos pueden verse transformados, a través de una serie de transgresiones de segundo orden, en un escándalo de diferente tipo. La realidad rara vez es tan simple como las teorías que elaboramos sobre ella, y el extremadamente lóbrego mundo de los escándalos políticos refleja muy bien esta máxima.

La vida privada en el ámbito público

Pese a que los escándalos políticos pueden adoptar diferentes formas y pese a que, en los distintos contextos nacionales, algunos tipos de escándalo político pueden ser más significativos que otros, no hay duda de que los escándalos políticos que implican transgresiones sexuales han desempeñado, y continúan desempeñando, un relevante papel en muchos contextos. En determinadas épocas y lugares, una figura política que practicara la homosexualidad, tuviera un asunto extramatrimonial o se relacionara con prostitutas (entre otras cosas) corría el riesgo de verse envuelta en un escándalo: la revelación pública de estas actividades sexuales privadas, llevadas a cabo de forma clandestina, podía tener consecuencias desastrosas. En algunos casos, el riesgo se veía incrementado por el hecho de que la actividad en cuestión era ilegal, y por consiguiente, su pública exposición podía dar lugar a un proceso penal. Con todo, el carácter potencialmente escandaloso de la actividad emanaba sobre todo del hecho de que, por lo general, las normas y los códigos de conducta sexual poseen un cierto grado de capacidad moral vinculante en su contexto sociohistórico específico, y de ahí que la revelación pública de las transgresiones fuera capaz de marcar con un estigma al individuo (o individuos) implicado.

No es difícil comprender por qué la revelación de las transgresiones sexuales puede hacer estallar un escándalo político en aquellos contextos en que las normas y códigos en cuestión tienen un grado relativamente alto de capacidad moral vinculante. Sin embargo, es mucho menos clara la razón capaz de explicar por qué la revelación de esas transgresiones puede desencadenar escándalos en los contextos en que las normas y los códigos son ob-

jeto de una contestación mucho más extendida, es decir, en aquellos lugares en que suscitan una débil adhesión o son incluso rechazados por muchas personas. Una de las paradojas de los escándalos sexuales de naturaleza política radica en el hecho de que, pese a presuponer un determinado grado de capacidad moral vinculante en las normas y códigos sexuales, no exista una correlación clara y directa entre la gravedad de un escándalo sexual de naturaleza política y el grado de capacidad moral vinculante de las normas y códigos relevantes para el caso. ¿Cómo podemos explicar esta paradoja?

Parte de la explicación —la parte más sencilla— emana del hecho de que el potencial de provocación de estigmas de las actividades sexuales ilícitas puede ser puesto en acción por individuos y organizaciones particulares que tengan un interés (personal o político) en exponer las fechorías sexuales de otros, sabedores de que la pública revelación de esas actividades puede provocar un grave perjuicio político. El potencial de provocación de estigmas de las actividades sexuales ilícitas también puede ser explotado por los medios, ya que algunos sectores mediáticos siguen la práctica rutinaria de buscar las transgresiones e indiscreciones sexuales en que hayan podido incurrir las figuras públicas con el fin de convertirlas en la sustancia de un escándalo (político o de otro tipo). Dado que estas actividades son efectuadas por individuos y organizaciones que también procuran lograr sus propios planes e intereses, no existe ninguna conexión necesaria entre el grado de relieve que adquiere en el ámbito público un escándalo sexual de naturaleza política y el grado de deshonor con el que lo cataloga la censura que recibe, por un lado, y el grado de extensión con el que la gente corriente comparte esas normas y códigos relevantes o se adhiere a ellos, por otro. Desde luego, es mucho más fácil explotar el potencial de provocación de estigmas de las actividades sexuales ilícitas cuando las normas y códigos resultan ampliamente compartidos, pero esas actividades pueden tener capacidad para estigmatizar incluso en aquellos casos en que haya muchas personas ordinarias que no se adhieran a esas normas y códigos en los contextos prácticos de sus propias vidas.

Otro factor que contribuye a explicar esta paradoja es el hecho de que, por razones ya esbozadas en el capítulo anterior, los escándalos sexuales de naturaleza política también pueden servir como pruebas de credibilidad para los dirigentes políticos en activo o para los aspirantes a dirigente. En determinados contextos sociohistóricos pueden utilizarse como ocasiones —y así pueden ser consideradas— para someter a examen el carácter y la veracidad de un individuo. Y quizá no sea sorprendente que, en aquellos casos en que las vidas de los individuos se hallan expuestas a una intensa ob-

servación de esta naturaleza, haya muchos que salgan de ella con indecorosas manchas en su reputación.

Pero la paradoja también apunta al hecho de que lo que está en juego en muchos escándalos sexuales de naturaleza política es algo más que el sexo. Las actividades sexuales ilícitas constituyen sin duda un elemento importante, pero muchos escándalos sexuales de naturaleza política implican también otros factores —factores que pueden ensombrecer, en algunos casos, la significación de la transgresión sexual—. Podemos distinguir tres de esos factores adicionales que se destacan de forma muy notable en los escándalos sexuales de naturaleza política: *a*) la hipocresía, *b*) los conflictos de interés y *c*) las transgresiones de segundo orden. Pasemos a considerar brevemente el papel que desempeña cada uno de ellos.

A) Una de las razones por la que los escándalos sexuales tienen la capacidad potencial de producir perjuicios a las figuras políticas, a sus partidos y a los gobiernos de los que puedan formar parte, es la que se relaciona con el factor de la hipocresía. La revelación de actividades sexuales ilícitas puede ser políticamente perjudicial si pone en compromiso las políticas que abrazan en público las figuras políticas (o bien sus partidos o gobiernos) —y puede ser perjudicial en este sentido incluso en aquellas circunstancias en que la capacidad vinculante de las normas y los códigos relevantes sea débil—. En esos casos, la posición de una figura política puede verse socavada por un escándalo que se produce como consecuencia de una actividad sexual ilícita pero que es alimentado por una mezcla de hilaridad y resentimiento. Puede que muchas personas no encuentren chocante la actividad que se les acaba de revelar, y puede que en la conducta práctica de sus propias vidas no se adhieran (o no se adhieran coherentemente) a esas normas y códigos relevantes. Sin embargo, puede ocurrir perfectamente que sientan un resentimiento hacia los políticos que tienen la temeridad de prescribir a otras personas formas de conducta a las que ellos mismos no se adhieren. Un político cuya conducta privada parezca divergir significativamente de las políticas que defiende en público (o de las que su partido o su gobierno promueven) puede encontrarse con que su posición se vuelve insostenible. Este fue el aprieto en el que se vio envuelto Cecil Parkinson.

Cecil Parkinson era un destacado político conservador inglés en la época en que Margaret Thatcher accedió al poder. Miembro del Parlamento británico desde 1970, obtuvo el cargo de ministro de Comercio e Industria, y en 1981, siendo secretario general del Partido Conservador, organizó la aplastante victoria electoral que Margaret Thatcher obtuvo en 1983. Par-

kinson lo tenía todo a su favor —era encantador, tenía éxito, era atractivo; su carrera parecía augurar un camino jalonado de triunfos—. Pero en el verano de 1983 empezó a salir a la luz una historia que habría de tener consecuencias desastrosas. Parkinson había mantenido un prolongado romance con su anterior secretaria, Sara Keays, que había quedado embarazada y esperaba un niño para el otoño. Según Sara Keays, Parkinson le había prometido divorciarse de su mujer y casarse con ella, pero después él cambió de opinión. El 14 de septiembre de 1983, en plena conferencia anual del Partido Conservador, Parkinson dimitió súbitamente como secretario general. El 5 de octubre, la revista satírica *Private Eye* dio la noticia de que la secretaria de Parkinson estaba embarazada; el mismo día, Parkinson publicó un comunicado en el que admitía su implicación en el asunto. Parkinson siguió siendo miembro del Parlamento hasta 1992, pero su carrera nunca recuperaría el brillo que había adquirido a principios de los ochenta. Lo que hizo que el asunto resultase particularmente perjudicial para la carrera política de Parkinson, y extraordinariamente incómodo para el gobierno, fue el hecho de que hubiera sucedido en un momento en el que Thatcher y sus colaboradores estaban tratando de elaborar un programa político cuyo argumento fundamental radicaba en la recuperación de los valores tradicionales, argumento que destacaba la importancia de la familia nuclear. Y en esas circunstancias, que el antiguo secretario general del partido de Thatcher se viera señalado como el hombre que había dejado embarazada a su secretaria, y cuya esposa y familia debían sufrir las consecuencias, difícilmente podía recibir más consideración que la de una actitud flagrantemente hipócrita.

Los detalles particulares del apuro de Parkinson se hallaban desde luego vinculados a las circunstancias de la época, pero la estructura básica de su problema pertenece a un tipo que ha dado lugar a escándalos sexuales de naturaleza política bastante destacados durante muchos años. Este problema no sólo se encontraba en el meollo argumental del escándalo sexual que derribó al principal lugarteniente de Margaret Thatcher, sino que apareció también en los numerosos escándalos sexuales que afectaron al gobierno de su sucesor, John Major. Al igual que Thatcher, Major quería encauzar de nuevo al Partido Conservador por la senda de ciertos valores tradicionales —«volvamos a lo básico», fue el eslogan que utilizó en la conferencia del Partido Conservador de 1993—. Pero tan pronto hubo puesto en marcha sus planes estalló una nueva ola de escándalos. El primero fue el de Steven Norris, un miembro del Parlamento por el partido *tory* y ministro de Transportes que, según adujo la prensa sensacionalista, tenía cinco amantes. Después vino el asunto de Tim Yeo, miembro del Parlamento y director gene-

ral de Medioambiente que se vio obligado a dimitir cuando el periódico *News of the World* reveló que había sido padre de un niño fruto de relaciones extramatrimoniales. La posición de Yeo se hizo particularmente difícil debido a la circunstancia de que su amante era madre soltera en una época en que algunos de los ministros del Partido Conservador abogaban por una legislación más estricta sobre las madres solteras que recibían subsidios del Estado. (El propio Yeo había señalado en una ocasión que «la reducción del número de familias rotas y de padres o madres solteros redunda en interés de todos», observación que llegaría a lamentar.) Y muy pronto habrían de estallar nuevos escándalos. Impulsada por el aliciente del escandaloso potencial inherente a la política de la «vuelta a lo básico», la prensa vivió una época gloriosa.

B) Otra razón por la que los escándalos sexuales pueden ser perjudiciales para los políticos, los partidos y los gobiernos es que pueden ocasionar conflictos de interés —ya sean éstos reales, posibles o supuestos—. En algunas ocasiones, puede considerarse que las actividades sexuales ilícitas de los políticos entran en conflicto con sus obligaciones y responsabilidades como funcionarios públicos. Puede que exista un riesgo, real o subjetivo, de que esas actividades cuestionen su imparcialidad y nublen su juicio; y también puede existir un riesgo, real o subjetivo, de que esas actividades terminen por poner en un compromiso el tipo de confidencialidad que exige su puesto. Los peligros asociados con la revelación de sus actividades puede incrementar la presión a que se ven sometidos y exponerlos a la acción de amenazas externas, incluyendo el chantaje. Para un político, caso de verse mezclado en una cuestión relacionada con el conflicto de intereses, puede ser difícil continuar en su cargo, en especial si se trata de una cartera ministerial.

En cualquier caso concreto, es probable que se discuta si esos conflictos de interés son reales o supuestos. En algunos casos puede haber suficientes motivos para sospechar que existe un conflicto de intereses si las personas envueltas son figuras políticas de talla —como sucedió, por ejemplo, en el asunto Profumo, como veremos—. En otros casos, las afirmaciones que denuncian la existencia de un conflicto de intereses pueden estar más relacionadas con una estratagema utilizada por los medios de comunicación para inducir la aparición de un escándalo o hacerlo estallar. La posibilidad de un conflicto de intereses puede actuar como pretexto eficaz para examinar la vida privada de una figura pública. Y en algunas circunstancias, la simple *apariencia* de que existe un conflicto de intereses puede tener consecuencias perjudiciales para un político. Tal fue el destino del desdichado David Mellor.

David Mellor resultó elegido miembro del Parlamento británico por el Partido Conservador en 1979, y fue nombrado ministro en el nuevo Ministerio de Patrimonio Nacional que John Major había creado tras las elecciones generales de 1992. El cargo de Mellor incluía algunas responsabilidades en el mundo de los medios y en julio de 1992 encargó a un eminente abogado, sir David Calcutt, que efectuase el examen de algunos asuntos relacionados con la libertad de prensa. En una atmósfera de preocupación por la amplitud de la intrusión mediática en las vidas privadas de los individuos, Mellor advirtió a los directores de los periódicos que debían mostrar más prudencia —estaban, según una declaración suya que se hizo famosa, «bebiendo en el bar de la última oportunidad»—. El 19 de julio de 1992, el *People* publicó la historia de sus amoríos con una actriz de 31 años, Antonia de Sancha, en cuyo piso londinense habían colocado micrófonos ocultos los periodistas. La historia fue rápidamente recogida por otros periódicos. Hubo una gran proliferación de especulaciones amarillistas respecto de las inclinaciones sexuales de Mellor, incluyendo la indicación (muy posiblemente inventada) de que al alto cargo le gustaba hacer el amor con una camiseta del Chelsea (la camiseta que llevaba el equipo de fútbol del que era partidario) y la de que sentía una especial debilidad por los besos en los dedos de los pies. John Major apoyó públicamente a su asediado compañero de gobierno, pero para finales de septiembre Mellor había dimitido y su carrera política se había acabado. «*Toe Job To No Job*».[2] «El ministro se hunde a consecuencia del escándalo», fue el despiadado titular del *Sun*. La acumulación de revelaciones y alegaciones embarazosas sobre la vida sexual de Mellor constituyó sin duda el núcleo del escándalo que condujo a su caída; se convirtió en el hazmerreír de la prensa y su reputación quedó apaleada tras el asunto. Pero no hay duda de que no favoreció nada su situación el hecho de que ocupara el más alto cargo de un Ministerio que acababa de iniciar un examen crítico de la libertad de prensa, y por consiguiente, sería razonable sospechar que su juicio pudiera estar influido por sus propias experiencias y por el duro trato que él mismo estaba soportando a manos de la prensa.

C) Aunque todos los escándalos sexuales se basan en revelaciones sobre actividades sexuales ilícitas, muchos de los escándalos sexuales que tienen lugar en la esfera política deben más su relevancia a la gravedad de las

2. Juego de palabras intraducible cuya mordaz intención vendría a ser la siguiente: «Se va por pies al paro». *(N. del t.)*

transgresiones de segundo orden que a la existencia de la infracción inicial. Confrontados a revelaciones que son embarazosas y que pueden ser muy difíciles de explicar a los propios colegas (por no mencionar lo difícil que puede ser aclararlo ante la familia y los amigos), la respuesta más espontánea de los afectados es la de negar su veracidad. Si el asunto se convierte en una cuestión en la que la palabra de una persona se opone a la de otra, entonces no hay duda de que será difícil sostener las denuncias de conducta sexual impropia —el desmentido bien podría parecer la estrategia más segura (y el mejor modo de salvar la cara)—, de no ser porque esta estrategia del desmentido puede convertirse rápidamente en una pesadilla. El individuo o individuos que se encuentran en el epicentro de un escándalo pueden verse entrampados en una red de mentiras cada vez más complicada si quieren mantener el desmentido. Pueden tener que enfrentarse a nuevas formas de evidencia difíciles de explicar. Pueden verse obligados a mentir en circunstancias en las que está en juego su honor si no dicen la verdad (como sucede, por ejemplo, cuando hacen una declaración personal ante la Cámara de los Comunes), o en circunstancias en las que se encuentran bajo juramento. Un escándalo que comienza su andadura con la revelación de una transgresión sexual relativamente menor puede convertirse en un escándalo en el que intervienen posibles delitos penales, incluyendo el perjurio, la obstrucción a la justicia o cosas peores.

Una venerable tradición

Aunque los escándalos que tienen lugar en la esfera política implican por lo general cuestiones que van bastante más allá del sexo, es no obstante cierto que en su epicentro hay que situar varios tipos de transgresión sexual. ¿Cuál es la razón de que las transgresiones sexuales sean una potencial fuente de escándalos en unas culturas políticas y no lo sean en otras? ¿Por qué los escándalos sexuales de naturaleza política destacan tan prominentemente en Gran Bretaña y en cambio resultan menos sobresalientes en otros países? Sería ciertamente erróneo sugerir que los escándalos sexuales de naturaleza política son exclusivos de Gran Bretaña, y también sería desacertado apuntar que los únicos escándalos políticos de cierta relevancia en Inglaterra son los de naturaleza sexual.[3] Y sin embargo, no hay duda de que el sexo

3. La explicación de Anthony King transmite esta impresión un tanto engañosa: «La difundida percepción de que los escándalos en Gran Bretaña son sobre todo escándalos se-

desempeña un papel fundamental en los escándalos que sazonan la historia política de Gran Bretaña. ¿Por qué?

Es tentador responder a las preguntas de este género sugiriendo que los ingleses sienten una tradicional aversión al sexo, y de ahí que respondan con censuras a las revelaciones de las transgresiones sexuales cometidas por las figuras públicas más eminentes. Podría haber una parte de verdad en esta afirmación, pero es una afirmación que puede exagerarse con mucha facilidad, y no es probable que pueda proporcionarnos una explicación convincente respecto a por qué los escándalos sexuales constituyen un rasgo tan prominente de la vida política de Gran Bretaña. Una hipótesis mucho más importante es la que señala el hecho de que existe una larga y venerable tradición de escándalos sexuales de naturaleza política en Gran Bretaña, una tradición que se ha visto alimentada y sostenida por la prensa y que forma parte de la cultura política. Además, mientras que en algunos países (como Francia) existen restricciones legales respecto a la libertad de prensa en lo que hace a la información sobre determinados aspectos de la vida privada, en Gran Bretaña no existe ninguna de esas restricciones. (En la actualidad la Comisión de quejas ante la prensa publica un código de comportamiento práctico, pero la observancia de ese código es voluntaria.) Por este motivo, los editores, periodistas y demás profesionales mediáticos, encuentran relativamente pocos obstáculos si están decididos a relatar asuntos clandestinos.

La tradición de escándalos sexuales de naturaleza política en Gran Bretaña se remonta al siglo XIX e incluso a épocas anteriores, como hemos visto. A lo largo de toda esa historia, los escándalos sexuales de naturaleza política se han ido entremezclando con los cambios acaecidos en los códigos y las convenciones morales que rigen la sexualidad, generándose conflictos como resultado de esos cambios y produciéndose también nuevas formas de regulación legal. Los escándalos se han nutrido de estos códigos y convenciones, contribuyendo a su vez a su transformación. A finales del siglo XIX, la creciente preocupación relacionada con la prostitución y la homosexualidad creó un contexto en el que prosperaban fácilmente los escándalos que exponían los horrores del negocio de la prostitución —el oscuro bajo vientre de la sociedad victoriana— y los escándalos basados en las denuncias por comportamiento homosexual. Además, el creciente énfasis en la importancia de

---

xuales es cierta, pero no porque Gran Bretaña tenga más escándalos sexuales que los Estados Unidos —no es así— sino más bien porque Gran Bretaña casi no tiene escándalos de ningún otro tipo» (King, Anthony, «Sex, Money, and Power», pág. 183). El análisis de King es perspicaz en muchos sentidos, pero este juicio es sin duda exagerado.

la familia y el matrimonio como portón abierto hacia la respetabilidad social,[4] unido a la dificultad de obtener el divorcio y al estigma social asociado con él, crearon las condiciones por las cuales las figuras públicas destacadas, en las relativamente raras ocasiones en que se veían envueltas en trámites de divorcio, tenían probabilidades de quedar expuestas a los efectos de una publicidad adversa capaz de dañar o incluso destrozar sus carreras, como sucedió con Dilke y Parnell. Se sabía perfectamente que la conducta real de los individuos no siempre se ajustaba a los ideales de la fidelidad matrimonial, y se reconocía ampliamente que prevalecía un doble rasero en lo concerniente al juicio sobre el hombre y la mujer (las mujeres, para ser respetables, debían ser castas, mientras que, por lo general, se permitía a los hombres un mayor grado de libertad sexual). Sin embargo, cuando los detalles de las vidas privadas de los individuos quedaban expuestos a la luz pública, como sucedía cuando formaban parte de un juicio o de una investigación penal, entonces la pretensión de respetabilidad no podía mantenerse por más tiempo y la publicidad adversa podía tener graves consecuencias.

Desde finales del siglo XIX, los códigos y convenciones que gobiernan la conducta sexual en Gran Bretaña han cambiado en muchos sentidos, y lo mismo ha sucedido con las leyes que la regulan. Se ha producido una progresiva liberalización de las leyes que rigen el divorcio, liberalización que culminó con la introducción de la legislación para un divorcio sin necesidad de acusación en 1969; al aumentar las tasas de población divorciada con el transcurso del siglo XX (y en especial, a partir de los años sesenta), el estigma asociado con la ruptura matrimonial ha ido decreciendo. Las leyes que regulan la homosexualidad masculina también se han ido liberalizando gradualmente, y la Ley de delitos sexuales de 1967 despenaliza la actividad sexual entre hombres adultos. Además, el auge del movimiento de liberación de la mujer ha contribuido, a partir de los años sesenta, a un gradual replanteamiento de las actitudes sociales hacia el género y la sexualidad, y ha puesto en cuestión (entre otras cosas) el doble rasero asociado con la conducta sexual de los hombres y las mujeres. Estos cambios, unidos a algunos otros, han alterado de forma significativa el entorno normativo y legal de la actividad sexual, y los escándalos sexuales que han sobresalido en la vida política de Gran Bretaña desde 1950 en adelante se han producido en contextos que eran muy diferentes a los que imperaban a finales del siglo XIX.

4. Para un debate más amplio sobre los aspectos de la moralidad victoriana, véase Jeffrey Weeks, *Sex, Politics and Society: The Regulation of Sexuality since 1800*, segunda edición, Londres, Longman, 1989, capítulo 2.

A pesar de los contextos cambiantes, ciertos tipos de transgresión sexual han demostrado ser fecundas y duraderas fuentes de escándalo. Entre las transgresiones propensas a producir escándalos se encuentran el adulterio y los asuntos extramatrimoniales, la relación sexual con prostitutas, y la homosexualidad. Muchos de los escándalos sexuales de naturaleza política del siglo XIX estaban vinculados a este tipo de transgresiones, y algunos de los escándalos más notables del siglo XX han mostrado que esas transgresiones no habían perdido su capacidad de producir daños. La Gran Bretaña de los años sesenta era sin duda muy diferente a la de la última época victoriana, pero la pública revelación de las transgresiones sexuales de las figuras políticas, en especial cuando provocan la investigación de posibles conflictos de interés o la evidencia de transgresiones de segundo orden, aún tiene serias consecuencias para los políticos, los partidos y los gobiernos. Ningún acontecimiento ilustra esto con mayor claridad que la secuencia de revelaciones y denuncias que destrozaron la carrera política de John Profumo.

El asunto Profumo poseía todos los elementos del escándalo sexual clásico —un amorío clandestino, adulterio, un potencial conflicto de intereses, transgresiones de segundo orden y un torrente de revelaciones sobre las sórdidas cloacas de la alta sociedad londinense en los años sesenta—.[5] También era un asunto íntimamente vinculado a cuestiones de seguridad nacional, elemento que contribuyó a generar preocupación en los más elevados círculos políticos. John Profumo era un político *tory* proveniente de una clase alta y adinerada. Educado en Harrow y Oxford, fue elegido por primera vez como miembro del Parlamento en 1940, y más tarde reelegido en 1950 como miembro del Parlamento por Stratford-upon-Avon. En 1954 se casó con la actriz Valerie Hobson. Su carrera política comenzó a despegar, y, en 1960, fue designado ministro de Defensa en el gobierno de Harold Macmillan. Profumo era rico, inteligente y estaba bien relacionado, así que parecía destinado a desempeñar altas responsabilidades.

Lo que marcó el comienzo de la compleja secuencia de acontecimientos que condujo a la caída de Profumo fue un fin de semana de julio de 1964. Profumo y su mujer aceptaron una invitación de lord Astor para visitar su

5. Para un examen más detallado del asunto Profumo y sus secuelas, véanse las siguientes obras: Clive Irving, Ron Hall y Jeremy Wallington, *Scandal '63: A Study of the Profumo Affair*, Londres, Heinemann, 1963; Wayland Young, *The Profumo Affair: Aspects of Conservatism*, Harmondsworth, Penguin, 1963; Phillip Knightley y Caroline Kennedy, *An Affair of State: The Profumo Case and the Framing of Stephen Ward*, Londres, Jonathan Cape, 1987.

propiedad de Cliveden en Buckinghamshire. En aquella cálida tarde de verano lord Astor y Profumo se paseaban por la piscina mientras en ella nadaba desnuda una atractiva joven, Christine Keeler. Keeler había sido invitada por un hombre llamado Stephen Ward que trabajaba como osteópata en Londres y que, como recompensa por haber tratado la espalda de lord Astor, había recibido permiso para utilizar una casa de campo en Cliveden. Christine Keeler venía de Wraysbury, un pueblecito de Buckinghamshire en el que había pasado una infancia con estrecheces. Con quince años se había marchado a Londres, donde había trabajado como camarera y como bailarina de topless en un club del Soho. Había conocido a Ward en el club, y posteriormente se había mudado a su piso de Wimpole Mews.

Poco después de su primer encuentro en Cliveden, Profumo y Keeler comenzaron un romance que habría de prolongarse durante varios meses. Sin embargo, y a espaldas de Profumo, Keeler tenía también una relación íntima con un agregado naval soviético, el coronel Eugene Ivanov. El MI5, es decir, el servicio de inteligencia británico, controlaba los movimientos de Ivanov, ya que sospechaban que podría sentir la tentación de desertar. El MI5 conocía las relaciones de Ivanov con Keeler y se había puesto en contacto con Ward para obtener información; también sabían que Profumo se veía con Keeler. El MI5 pidió al secretario del gabinete, sir Norman Brook, que hablase con Profumo y le avisase de los peligros, cosa que Brook hizo el 9 de agosto. Tras esta reunión con Brook, Profumo garabateó apresuradamente una nota a Keeler en una cuartilla de papel oficial del Ministerio de Defensa, una nota que habría de perseguirle poco después:

> Querida,
>
> [Te escribo] a toda velocidad y dado que tu teléfono no contesta —por desgracia me ha surgido un imprevisto para mañana por la noche y no podremos vernos—. Lo siento muchísimo, sobre todo porque pasado mañana me marcho para hacer varios viajes y después se me echan encima las vacaciones, así que no podré verte hasta el mes de septiembre. ¡Maldita sea! Por favor, cuídate mucho y no te escapes.
>
> Con amor, J.
>
> Te escribo esto porque sé que estarás fuera todo el día de mañana y quiero que sepas la noticia antes de marcharte si es que sigo sin poder localizarte en tu teléfono.[6]

6. La carta se publicó más tarde en la portada del *Sunday Mirror* (anteriormente denominado *Sunday Pictorial*) el 9 de junio de 1963, es decir, durante el fin de semana posterior a la dimisión de Profumo.

El asunto de Profumo con Christine Keeler duró hasta diciembre de 1961, momento en que se produjo la ruptura. El escándalo, sin embargo, no estalló sino mucho después, en la primavera de 1963. Durante todo el año 1962, las circunstancias de la vida de Keeler se fueron deteriorando, llegando a su punto culminante en un incidente en la casa de Ward, incidente en el que uno de los amantes burlados de Keeler, Johnny Edgecombe, disparó desde fuera varios tiros de pistola contra la puerta del apartamento. Ward pidió a Keeler que se fuera y ella pidió ayuda a otras personas. Empezó a hablar de su anterior lío con Profumo, alegando que Ward le había pedido que sonsacase información a Profumo sobre el armamento nuclear de Alemania. Esto fue lo que le dijo a un antiguo miembro del Parlamento laborista, John Lewis, quien contó la historia a su vez a George Wigg, parlamentario laborista que tenía gran interés en los asuntos de Defensa; Wigg había chocado con Profumo en varias ocasiones y no le hacía ascos a la idea de presionarle una vez más tan pronto surgiese la ocasión. Keeler habló también con un periodista, Paul Mann, que la convenció para que publicara su historia en la prensa. El *Sunday Pictorial* le ofreció 1.000 libras para que le dejase publicar la historia, y, a cambio, ella entregó la apresurada nota que empezaba con la palabra «Querida»; sin embargo intervino Ward, que deseaba impedir que la historia siguiese avanzando, y el periódico finalmente desistió.

Westminster y la calle Fleet desbordaban de rumores, aunque los periódicos no se atrevían a poner nada por escrito por miedo a ser acusados de difamación. Entonces, en marzo de 1963, el *Westminster Confidential*, un boletín informativo semanal de pequeña tirada dirigido por Andrew Roth, un periodista estadounidense expatriado, se atrevió a publicarlo junto con un artículo que esbozaba los grandes rasgos de la historia y aludía a la existencia de «una carta, firmada al parecer por un tal "Jack" y escrita sobre el papel oficial del ministro de Defensa». Poco después, el 14 de mayo, comenzó el juicio de Johnny Edgecombe ante el Old Bailey. Edgecombe estaba acusado de asesinato frustrado sobre la persona de Christine Keeler, pero Keeler desapareció tan pronto como comenzó el juicio, lo que alimentó las especulaciones sobre el hecho de que posibles presiones la estuvieran obligando a mantener la boca cerrada. Al amparo del fuero parlamentario (que le protegía de las leyes contra la difamación), George Wigg planteó la cuestión ante la Cámara el 21 de marzo; sin mencionar a Profumo por su nombre, aludió a los rumores que implicaban a «un miembro del banquillo del gobierno» y desafió al gabinete solicitándole un desmentido. Las historias que habían permanecido hasta entonces en el plano de los rumores y las habladurías se habían convertido ahora en públicas alegaciones ante la Cá-

mara; en privado, Profumo siempre había insistido en su inocencia, pero ahora se veía obligado a responder en público. El 22 de marzo hizo una declaración personal ante la Cámara. (Según la costumbre, un miembro del Parlamento que hace una declaración personal ante la Cámara nunca es cuestionado por los demás, pero se asume que deberá decir la verdad; lo contrario sería una grave quiebra de confianza.) Profumo reconoció haberse citado con la señorita Keeler en varias ocasiones entre julio y diciembre de 1961, pero negó explícitamente haber tenido una aventura —«No hubo ningún género de conducta impropia en mis relaciones con la señorita Keeler», fueron sus fatídicas palabras—. Profumo amenazó con iniciar una querella por difamación si alguien hacía declaraciones difamatorias en el exterior de la Cámara.

Hubo muchos que no creyeron el desmentido de Profumo, incluyendo a George Wigg. Unos cuantos días después de que Profumo hubiera hecho su declaración, Wigg apareció en un programa de televisión de la BBC titulado *Panorama* y declaró que Ivanov y Ward constituían sendos riesgos para la seguridad nacional. A medida que la policía avanzaba en sus investigaciones sobre Ward, sus amigos y colaboradores comenzaron a abandonarle y su consulta empezó a derrumbarse. Cada vez más desesperado, Ward escribió a varios políticos —incluyendo al secretario de la presidencia y al dirigente del partido laborista, Harold Wilson— con el fin de reiterar su inocencia, y alegó también que Profumo había mentido. Wilson se entrevistó con el primer ministro el 27 de mayo y le apremió para que adoptase medidas capaces de garantizar que no había habido problemas de seguridad; poco después, el primer ministro accedió a poner en marcha una investigación dirigida por lord Dilhorne. Cuando la comisión interrumpió las vacaciones de Profumo, solicitándole que compareciera ante los miembros que llevaban la investigación, éste ya había decidido que las cosas habían ido demasiado lejos. Habló con el secretario del Parlamento y con el secretario del primer ministro y les dijo que había mentido. El 4 de junio dimitió de sus cargos, tanto del de ministro como del de miembro del Parlamento. En su carta de dimisión, hecha pública al día siguiente, Profumo se retractó de su primer desmentido:

> Estimado primer ministro:
>
> Recordará usted que el 22 de marzo, debido a ciertas acusaciones realizadas ante el Parlamento, yo hice una declaración personal. En aquella época el rumor me acusaba de haber contribuido a la desaparición de una testigo y de estar involucrado en alguna posible fisura de seguridad.

Tan serias eran esas acusaciones que me permití pensar que mi relación personal con esa testigo, relación que también había sido objeto de los rumores, era, por comparación, de menor importancia. En mi declaración dije que no había habido impropiedad alguna en esa relación. Para mi profunda consternación, he de admitir que no era cierto, y que le engañé a usted, a mis colegas y a la Cámara.

Le pido que comprenda que lo hice para proteger, según pensé, a mi mujer y a mi familia, a los que también engañé, al igual que a mis asesores profesionales.

He llegado a darme cuenta de que, mediante este engaño, me he hecho culpable de una grave falta, y a pesar del hecho de que no existe verdad de ninguna clase en las demás acusaciones, no puedo seguir siendo miembro de su administración, ni de la Cámara de los Comunes.

No sabría expresarle mi profundo remordimiento por la incomodidad que le he causado a usted, a mis colegas de gobierno, a mis electores y al partido al que he servido durante 25 años.

Suyo afectísimo,

Jack Profumo[7]

La dimisión de Profumo fue el titular de las noticias en Gran Bretaña y en todo el mundo. Pese a la existencia de unas limitaciones que ahora ya no se dan, la prensa apareció repleta de historias sobre el asunto y sobre lo que parecían tejemanejes descubiertos en las zonas más decadentes de la alta sociedad londinense. Una gran cantidad de nuevos materiales provino del juicio a otro de los antiguos novios de Keeler (Lucky Gordon, que había sido acusado de intento de violación), de la detención y posterior juicio contra Ward, acusado de haber vivido a sabiendas con ingresos provenientes de la prostitución, y de la publicación de la serie titulada «Las confesiones de Christine» en el *News of the World* (Keeler recibió 23.000 libras esterlinas por su historia). Aunque Profumo ya había dimitido, la presión subió rápidamente por todos los escalones del gobierno, al que se exigían responsabilidades por no haber actuado antes. Tras un debate celebrado en la Cámara el 17 de junio, Macmillan anunció que se abriría una investigación a cuyo frente se encontraría lord Denning, investigación que examinaría las implicaciones que hubiera podido tener el asunto en materia de seguridad nacional. El informe, publicado el 26 de septiembre, concluía que no había habido filtraciones que comprometiesen la seguridad, haciendo recaer la responsabilidad del escándalo principalmente sobre los hombros de Stephen Ward y de la prensa.

7. La carta se publicó en *The Times* y en otros periódicos el 6 de junio de 1963.



7. John Profumo tras su dimisión, en junio de 1963. El hecho de que Profumo admitiera que había mentido a la Cámara en relación con sus lazos con Christine Keeler hizo trizas su reputación.

En cualquier caso, el gobierno de Macmillan había resultado gravemente sacudido por el escándalo. Para el propio Macmillan, la revelación del engaño de Profumo representaba sin duda un golpe personal («Mi temple no se ha quebrado, pero mis bríos se han apagado», le dijo a un colega antes de un debate en los Comunes); resistió con éxito a las voces que pedían su dimisión a consecuencia del asunto, pero, aquejado de mala salud, renunció a su cargo en octubre. Stephen Ward tomó una sobredosis de drogas antes de que acabase su juicio y murió el 3 de agosto. Christine Keeler fue condenada por haber cometido perjurio en el juicio contra Gordon y fue sentenciada a nueve meses de prisión. Su autobiografía *¡Scandal!*, publicada en 1989, constituyó la base para la película que revivió los hechos tres décadas después de que ocurrieran. El hombre que se había visto en el centro del escándalo, John Profumo, se apartó por completo de la vida política y se entregó a obras de beneficencia en el East End londinense.

La carrera política de Profumo, ¿fue destruida por la revelación de sus relaciones con Christine Keeler o por las transgresiones de segundo orden y



8. Christine Keeler en julio de 1963. Las fotos de Keeler adornaron las páginas de la prensa durante las semanas que siguieron a la dimisión de Profumo, y sus «Confesiones» se convirtieron en una serie de crónicas publicadas en el *News of the World*.

los posibles conflictos de interés que surgieron después? Es difícil tener la seguridad, y no existe método alguno que nos permita comprobar eficazmente ninguna de las dos hipótesis. Dadas las turbias ocupaciones de Christine Keeler y sus dudosas amistades, la revelación del asunto habría sido sin duda perjudicial para Profumo, incluso en el caso de que no hubiera existido ningún elemento adicional. Pero la existencia de un potencial riesgo de seguridad hizo que la situación se volviese inconmensurablemente peor, especialmente en un momento en el que aún coleaba el asunto Vassall.[8] Además, apenas cabe ninguna duda de que al negar repetidamente los rumores

8. El asunto Vassall fue uno de los muchos escándalos relacionados con cuestiones de seguridad nacional que destacaron notablemente en Gran Bretaña durante el periodo de posguerra (véase el capítulo 7). John Vassall formó parte del personal del agregado naval en la embajada de Gran Bretaña en Moscú entre 1954 y 1956; en 1956 volvió a Londres y ocupó varios cargos en el Ministerio de Marina. Vassall era homosexual y mientras se encontra-

cuando sus colegas le interrogaban, y al desmentirlos públicamente al realizar su declaración personal ante la Cámara, Profumo hizo un inmenso daño a su propia causa. Si hubiese admitido antes la existencia de la relación, aún habría tenido que hacer frente a las acusaciones que pretendían que sus indiscreciones sexuales habían puesto en riesgo la seguridad nacional, acusaciones que podrían haber conducido en cualquier caso a su dimisión como ministro de Defensa. Pero el hecho de que negase sus relaciones y se viera obligado a admitir que había mentido a la Cámara fue la falta que selló su destino: esta transgresión de segundo orden hizo trizas su reputación y logró que fuese extremadamente difícil, si no imposible, que continuase en cualquiera de sus cargos, ya fuera el de ministro o el de miembro del Parlamento.

Algunas de las circunstancias que provocaron la caída de Profumo se repitieron diez años después en los escándalos que rodearon a lord Lambton y a lord Jellicoe, dos políticos conservadores de la aristocracia que dimitieron de sus cargos ministeriales en 1973, al ser reveladas sus relaciones con redes de prostitutas de servicio concertado por teléfono.[9] Sin embargo, el

---

ba trabajando en Moscú fue fotografiado en situaciones comprometidas, siendo sometido a un chantaje que le obligaba a actuar como espía. Durante varios años transmitió documentos confidenciales a sus contactos soviéticos. Fue finalmente descubierto en 1962 y sentenciado a dieciocho años de prisión. Macmillan constituyó un tribunal de investigación para examinar el caso, que se había convertido en una fuente de problemas para el gobierno. El tribunal publicó su dictamen el 25 de abril de 1963, en una época en que abundaban los rumores sobre Profumo.

9. Lord Lambton era un acaudalado terrateniente conservador, y un diputado vinculado a la Subsecretaría de Estado del Ministerio de Defensa en tiempos del gobierno de Edward Heath. En 1973, su carrera política llegó a un brusco final. En algún momento de 1972 solicitó los servicios de Norma Levy, una joven irlandesa que trabajaba como prostituta de alto nivel para un servicio de Londres que concertaba citas sexuales por teléfono. Con bastante imprudencia, Lambton pagó en varias ocasiones con cheques firmados con su propio nombre. El marido de Norma Levy —un taxista en paro llamado Colin Levy— reconoció el nombre de Lambton y vio en ello una oportunidad para ganar dinero vendiendo la historia a la prensa. Colin Levy intentó hacer algunas fotografías de Lambton en circunstancias comprometidas, y luego contactó con *News of the World* presentando las fotos y los cheques firmados por Lambton. El *News of the World* no estaba satisfecho con la calidad de las fotos, así que alguien del periódico instaló una grabadora de cintas de vídeo y una cámara que les permitiera sacar fotos a través de un agujero en la pared. Sin embargo, el *News of the World* decidió finalmente no publicar la historia y devolvió el material a Levy. Entonces Levy acudió al *Sunday People*, que cogió el material y lo entregó a la policía. Las conversaciones grabadas incluían varias referencias al uso de drogas, lo que, junto a las fotos comprometedoras, puso a Lambton en una situación arriesgada. Con el recuerdo del asunto Profumo aún fresco en la memoria, el gobierno estaba muy interesado en evitar un escándalo de gran enver-

escándalo sexual más sobresaliente de los setenta en Gran Bretaña fue el extraño asunto que deshizo la carrera política de Jeremy Thorpe. Líder del Partido Liberal y destacado miembro de la clase dirigente, Thorpe era considerado por muchos como uno de los políticos con mayor talento de su generación. Hijo de un miembro conservador del Parlamento, había sido convertido al liberalismo por su madrina, Megan Lloyd George, hija del antiguo dirigente liberal. Tras abandonar Oxford, ejerció el derecho durante algunos años antes de ser elegido como miembro del Parlamento por North Devon en 1959. En 1967, Thorpe fue elegido dirigente del Partido Liberal, cargo que conservó durante casi una década. A principios de los setenta era miembro del Consejo Privado[10] y una conocida figura nacional. Tras la muerte de su mujer en un accidente de automóvil, se casó con la condesa de Harewood en 1973. Su vida personal parecía estable y su futuro político se preveía brillante. Algunos consideraban que era el dirigente liberal más prometedor desde Lloyd George.

Los acontecimientos que tiraron por tierra la carrera de Thorpe se remontan a 1960. Durante un fin de semana fue a visitar las caballerizas de un amigo cerca de Chipping Norton en Oxfordshire. Allí conoció a un joven

---

gadura. Lambton dimitió tanto de su cargo en el gobierno como de su escaño en el Parlamento, y jamás regresó a la vida pública.

Lord Jellicoe se vio atrapado en los sucesos en que se hallaba implicado lord Lambton. Al igual que Lambton, Jellicoe era un acaudalado aristócrata que había conseguido una destacada posición en la vida pública. Ocupó varios cargos ministeriales en el Ministerio del Interior y en el de Defensa antes de convertirse, en 1970, en miembro del gabinete con el título de lord custodio del sello real, es decir, en el ministro que se encarga del servicio civil y preside la Cámara de los Lores. A finales de 1972 y principios de 1973, y en más de una ocasión, Jellicoe alquiló los servicios de varias chicas de dos agencias de acompañantes que se anunciaban en el *Evening Standard*. Jellicoe no reveló su nombre, pero se convirtió en tema de cotilleo en los bajos fondos de Londres. La policía, que estaba investigando los círculos del vicio que frecuentaban las clases altas en aquella época, cogió al vuelo la información y la pasó al gobierno. El primer ministro decidió preguntar a Jellicoe si sabía algo sobre el caso Lambton, un caso que se debatía en el gabinete en aquel momento, o si sabía algo de Norma Levy. Jellicoe dijo que no sabía nada del asunto Lambton pero admitió que él mismo había utilizado los servicios de las agencias de acompañantes. Reconociendo que esto podría tener consecuencias perjudiciales si llegaba a hacerse público, Jellicoe dimitió. Poco a poco, volvió a la vida pública, siendo miembro de varios comités y comisiones, pero nunca regresó al centro de la actividad política.

10. Se trata del Consejo Privado del rey, hoy despojado de muchas de sus antiguas e influyentes prerrogativas precisamente porque el monarca también ha perdido la mayor parte de sus funciones políticas. En la actualidad contribuye a la toma de decisiones formales. *(N. del t.)*

que trabajaba como mozo de cuadra en los establos. El joven —entonces se le conocía como Norman Josiffe, pero más tarde cambió su nombre por el de Norman Scott— alegaría más tarde que, poco después de haber conocido a Thorpe, fue a visitar al miembro del Parlamento a la Cámara de los Comunes. Scott estaba en paro tras haber sido despedido del establo, acusado al parecer de haber robado un caballo. Según Scott, Thorpe le llevó a casa de su madre en Surrey, donde cenaron y se retiraron a descansar en habitaciones separadas. Scott sostuvo que Thorpe vino más tarde a su habitación en bata y pijama, le abrazó, dijo que parecía un conejo asustado, le llamó «pobre conejito», y después le obligó a tener relaciones sexuales con él. Al parecer, al día siguiente Thorpe le llevó de vuelta a Londres y (según Scott) le dio dinero para alquilar un piso. Estos supuestos acontecimientos permanecieron secretos en su momento.

Durante los siguientes meses y años, Thorpe trató de ayudar a Scott, que era una persona inestable en la que no se podía confiar. Thorpe intentó encontrarle algunos trabajos, y puso anuncios en el *Country Life* en su nombre. En 1962, Thorpe escribió a Scott en Somerset, donde le había encontrado un trabajo como cuidador de caballos. Sabedor de que Scott quería estudiar doma en Francia, Thorpe señaló al final de la carta que «los conejitos *pueden* ir (e *irán*) a Francia». Scott guardó la carta para sacarla a relucir 14 años más tarde con fatales consecuencias para su autor.

A medida que comenzaba a despegar la carrera política de Thorpe, la vida de Scott se fue desintegrando y empezó a plantear exigencias cada vez mayores a Thorpe, que empezaba a preocuparse seriamente por la conducta de Scott y por la posibilidad de que pudieran saltar denuncias que le perjudicaran. Cuando Scott, amargado porque Thorpe se negaba a atender sus demandas, comenzó a hablar, empezaron a circular los rumores. Entonces tuvo lugar, en octubre de 1975, una extraña serie de acontecimientos. Scott y su perro —un gran danés— fueron recogidos en Barnstaple por un hombre llamado Andrew Newton y conducidos a un apartado lugar de Exmoor. Según parece, Newton disparó entonces sobre el gran danés, apuntando seguidamente a Scott. Ya fuese porque la pistola se encasquillara o porque Newton sólo quisiese asustar a Scott, lo cierto es que Scott quedó abandonado en Exmoor con su perro muerto, mientras que Newton se daba a la fuga.

La presión fue rodeando a Thorpe. En enero de 1976, Scott fue llamado a declarar ante un tribunal de Barnstaple por un asunto que no tenía nada que ver con su relación con Thorpe (se le acusaba de haber obtenido beneficios de la seguridad social de modo deshonesto). Scott aprovechó la ocasión para afirmar públicamente que se sentía «acosado» por algunas per-

sonas por el hecho de haber tenido durante un tiempo una relación homosexual con Thorpe. Las denuncias de Scott fueron ampliamente reflejadas en la prensa, pero resultaron tajantemente desmentidas por Thorpe, cuyos colegas del Parlamento se pusieron temporalmente de su lado. Entonces, a principios de mayo, un anterior miembro del Parlamento del Partido Liberal, Peter Bessell —viejo amigo y antiguo confidente de Thorpe—, echó más leña al fuego: confesó al *Daily Mail* que había maquinado un plan para ocultar los pagos que él mismo y otro amigo de Thorpe (el banquero de Manchester David Holmes) habían realizado a Scott. Bessell había declarado anteriormente que Scott le estaba haciendo chantaje, pero ahora admitía que los pagos se habían hecho para proteger a Thorpe. Scott, por su parte, estaba tratando de hacer públicas dos cartas de Thorpe, incluyendo la carta de los «conejitos», de modo que Thorpe decidió adelantarse y publicar él mismo las cartas —aparecieron en el *Sunday Times* el 9 de mayo de 1976, junto con una breve declaración de Thorpe—. Pese a que la publicación de la carta de los «conejitos» suponía indudablemente una dificultad para Thorpe y le ponía en una situación embarazosa, continuó proclamando su inocencia y negando enérgicamente que jamás hubiera tenido ninguna relación homosexual con Scott o que hubiese tenido algo que ver con el pago de ningún dinero para hacer callar a nadie o con la muerte del perro de Scott.

Pese a sus desmentidos, la adversa publicidad hizo que la posición de Thorpe como dirigente del Partido Liberal fuese cada vez más insostenible. El 10 de mayo, dado que el apoyo de sus colegas en el Parlamento iba cediendo, Thorpe dimitió como dirigente del partido y ocupó un escaño en los últimos bancos de la Cámara. «Thorpe se pliega ante lo inevitable» fue el encabezamiento del editorial del *Guardian*;[11] lo que hubiera podido suceder exactamente entre Thorpe y Scott permanecía velado e incierto, pero al llegar a esta fase del asunto Thorpe ya había perdido la confianza de sus colegas. Además, los problemas de Thorpe no habían acabado. Cuando Andrew Norton salió de la prisión en abril de 1977, vendió una historia al *Evening News* en la que sostenía que le habían pagado para matar a Scott. La policía empezó a investigar esa denuncia de conspiración para el asesinato; Bessell, a cambio de inmunidad por su testimonio, firmó una declaración que implicaba a Thorpe. En agosto de 1978, Thorpe fue acusado, junto con otras tres personas, de conspiración e incitación al asesinato. Ante la amenazadora perspectiva de un juicio penal, Thorpe perdió su escaño en las elecciones generales de 1979.

11. *Guardian*, 11 de mayo de 1976, pág. 12.


THE TIMES

Mr Thorpe resigns over 'plots and intrigue'

Frankfurt s fought over Frau Ulrike

Liberal meeting today to plan leadership poll

Aid refusal may force the sale of

9. Portada de *The Times* del 11 de mayo de 1976 en la que se anuncia la dimisión de Jeremy Thorpe, dirigente del Partido Liberal. La acumulación de ruidosas denuncias sobre una relación homosexual con Norman Scott socavó la posición de Thorpe como líder y deshizo su carrera política.

El juicio de Thorpe, celebrado ante el Old Bailey, comenzó el 9 de mayo de 1979 y las vistas ocuparon las noticias durante las siguientes seis semanas. La historia de Scott sobre su supuesta relación homosexual fue reflejada en su totalidad —sin ahorrar detalle—. Bessell explicó el modo en que Thorpe se había querido librar de Scott —«no será peor que matar a un perro rabioso», se supone que habría dicho Thorpe—, y también explicó la forma en que él mismo, Thorpe y Holmes urdieron un plan para matarle. Sin embargo, las evidencias eran muy escasas y tanto Scott como Bessell quedaron de hecho desacreditados al cruzar los datos de sus deposiciones. El 22 de junio, el jurado emitió un veredicto de no culpable. Thorpe fue absuelto de todos los cargos, pero su carrera política estaba arruinada. Jamás regresó a la vida pública.

Aunque Thorpe siempre negó haber tenido una relación sexual con Scott, la acumulación de ruidosas denuncias, comprometedoras formas de

evidencia (incluyendo la infamante carta de los «conejitos») y cargos penales demostró ser más de lo que su reputación podía soportar. La supuesta infracción que se hallaba en el origen del escándalo —la relación homosexual— tenía capacidad para causar estragos considerables. La homosexualidad seguía siendo ilegal en Gran Bretaña a principios de los sesenta, época en que supuestamente se habría producido la relación entre Thorpe y Scott. Pese a que la ley se hizo más liberal en 1967, la pública revelación de la actividad homosexual aún tenía capacidad para estigmatizar; incluso la denuncia de una supuesta homosexualidad, pese a ser enérgicamente negada, podía causar un perjuicio simbólico. En este caso, la transgresión original (ya fuera real o una mera alegación) se vio ensombrecida por una serie de denuncias y una espiral de acontecimientos extraños, preguntas sin respuesta y, para remate, cargos penales, todo lo cual socavó la credibilidad de Thorpe y deshizo su carrera política.

Durante las décadas de 1980 y 1990, Gran Bretaña no tuvo escasez de escándalos sexuales, aunque ninguno fue tan espectacular como los escándalos que abrumaron a Profumo y a Thorpe. El cúmulo de escándalos sexuales que comenzó con la revelación del asunto de Cecil Parkinson en 1983 y culminó con una pequeña ola de dimisiones durante la administración de John Major a principios de los noventa contribuyó a rodear al Partido Conservador de la deshonrosa reputación de ser un partido repleto de elementos sórdidos (reputación a la que también contribuyeron generosamente una serie de escándalos político-financieros, como veremos). Fue una reputación de la que los *tories* no pudieron desprenderse fácilmente, y que habría de volver a perseguirles incluso mucho después de haber sido desalojados de los puestos de poder.[12] Gran parte de los más recientes escánda-

12. Esto queda vívidamente ilustrado por el escándalo en que se vio envuelto Jeffrey Archer en noviembre de 1999. Célebre político conservador y novelista de obras de gran éxito, Archer era un estrecho colaborador de Margaret Thatcher y actuó como diputado y secretario general del Partido Conservador en la década de los ochenta. Pese a todo, dimitió de su cargo en el partido en 1986, tras una serie de denuncias relacionadas con su trato con una prostituta, Monica Coghlan. El *News of the World* afirmaba que Archer había ofrecido 2.000 libras esterlinas a Coghlan para que se fuera al extrajero, y el *Daily Star* alegó que Archer le había pagado por las relaciones sexuales que tuvo con ella en un hotel de Londres. Archer admitió que le había ofrecido dinero para que se fuera al extranjero pero negó que se hubiera acostado con ella. Demandó a la organización mediática Express Newspapers (dueña del *Daily Star*) por difamación, y ganó: el jurado le reconoció daños y perjuicios por valor de 500.000 libras esterlinas y la organización mediática Express Newspapers tuvo que hacer frente a una factura adicional de unas 700.000 libras esterlinas en costas. Archer perdió su puesto de diputado y secretario general del Partido Conservador pero salió victorioso del jui-

cio, dispuesto a rehacer su carrera política. Sin embargo, doce años más tarde, el escándalo volvió a atormentar a ambos, es decir, al Partido Conservador y a él mismo.

En octubre de 1999 Archer fue seleccionado como candidato por el Partido Conservador a la alcaldía de Londres (un cargo que había sido creado por el Partido Laborista varios años después de que Margaret Thatcher aboliera el Consejo municipal del área metropolitana de Londres). Más tarde, el 21 de noviembre de 1999, en una clásica primicia de la prensa sensacionalista, el *News of the World* reveló que Archer había inventado una falsa coartada en el juicio por difamación y que había convencido a un amigo, Ted Francis, para que le respaldara con una mentira. Poco antes del juicio, Archer se había puesto en contacto con Francis y le había invitado a un restaurante, donde le pidió que le sirviera de coartada para la noche del 9 de septiembre de 1986; Francis aceptó escribir al abogado de Archer, lord Mishcon, para decirle que habían estado juntos en un restaurante aquella noche. En realidad, la coartada nunca llegó a utilizarse en el tribunal, porque el *Daily Star* afirmó más tarde que Archer había estado con la prostituta el 8 en vez del 9 de septiembre. Cuando Francis decidió revelar, doce años más tarde, la falsa coartada, se puso en contacto con el publicista Max Clifford, quien llegó a un acuerdo con el *News of the World*. Se elaboró un plan con el que poder obtener más pruebas y demostrar así la culpabilidad de Archer. Grabaron una serie de conversaciones telefónicas entre Francis y Archer en las que Archer mencionaba los detalles de la coartada, explicando por qué la había tramado y por qué nunca llegó a utilizarse. Cuando se publicaron determinados pasajes de esas conversaciones en el *News of the World* el 21 de noviembre de 1999, la situación de Archer se hizo insostenible y se vio obligado a retirarse como candidato del Partido Conservador a la alcaldía de Londres. Temeroso de que estas revelaciones pudieran reavivar la percepción pública que señalaba al partido de los *tories* como a un partido corrupto, los pesos pesados del Partido Conservador se dieron prisa en denunciar a Archer. «Esto supone el fin de la actividad política para Jeffrey Archer. Permítanme que lo deje muy claro: no toleraré conductas de este tipo en mi partido», proclamó William Hague, dirigente del Partido Conservador, al día siguiente de que se divulgase la noticia (la cita es de la portada del *Guardian* del 23 de noviembre de 1999). Tras la investigación interna realizada por el comité ético de los *tories,* Archer fue expulsado del partido por espacio de cinco años. No hay duda de que el escándalo sexual y el juicio por difamación celebrado entre 1986 y 1987 supusieron un retroceso para la carrera política de Archer, pero la puntilla le vendría doce años más tarde como consecuencia de una transgresión de segundo orden relacionada con el juicio del 86.

Sin embargo, la lucha del Partido Conservador contra su fama de corrupción no se había acabado. Como si se tratase de un capricho del destino, el principal rival de Jeffrey Archer en la lucha por la obtención de la designación por el partido no había sido otro que el mismísimo Steven Norris, el primer ministro de transportes que había logrado cierta relevancia pública a principios de los años noventa, al denunciar la prensa sensacionalista que había tenido cinco amantes; ahora que Archer estaba fuera de combate, Norris reapareció como candidato, para gran zozobra de los dirigentes *tories*. Aproximadamente al mismo tiempo, la larvada enemistad entre el próspero tesorero y benefactor del Partido Tory, Michael Ashcroft, y el periódico *The Times*, que en una serie de artículos había arrojado la sombra de la duda sobre sus tratos empresariales en Belice, se abrió camino hasta el Tribunal Supremo, pese a que la inminente demanda por difamación se acabara resolviendo al margen de los tribunales, al llegar las partes al acuerdo de asumir cada una su porción de gastos en las costas legales. Sin embargo, la demanda por difamación interpuesta por el antiguo miembro del Parla-

los sexuales han incluido elementos de hipocresía y conflictos de interés (como sucedió en los casos de Parkinson y Mellor), así como transgresiones de segundo orden. Hoy en día, es improbable que la revelación de un asunto extramatrimonial, por sí sola, acabe teniendo consecuencias fatales para la carrera de un político en Gran Bretaña; este género de transgresión ya no suscita el tipo de reprimenda moral que antes provocaba. Pero si se da unida a otros factores (como la hipocresía o los conflictos de interés), o da lugar a transgresiones de segundo orden de un carácter suficientemente grave (lo que incluye la existencia de repetidos desmentidos públicos), entonces sí puede tener consecuencias muy serias.

Dada la importancia de las transgresiones de segundo orden en los escándalos sexuales de naturaleza política, difícilmente podría sorprendernos que algunos dirigentes políticos hayan tomado nota de su significación e intentado evitar el riesgo de verse envueltos en ellos. La forma más directa de lograrlo es admitir abiertamente la infracción original tan pronto es revelada (o tan pronto queda claro que lo va a ser de forma inminente). Admitir abiertamente una falta puede ser duro y embarazoso en un primer momento. Pero en aquellos contextos en que las normas y códigos de conducta sexual han llegado a ser más laxos y a suscitar una mayor contestación, así como en aquellos casos en que la ofensa original era una transgresión de tipo relativamente menor (como un breve asunto extramatrimonial), la sincera admisión de los hechos puede ser una estrategia más inteligente a largo plazo, ya que puede evitar que el escándalo crezca y se convierta en una prolongada lucha sobre la exactitud o sobre algún otro aspecto de los desmentidos públicos, con todos los peligros que conlleva el hecho de tratar de ocultar evidencias y de intentar conservar la complicidad de otras personas, y con todos los riesgos inherentes al hecho de hacer declaraciones públicas que resultan ser falsas. Ésta fue la estrategia que siguió, con cierto éxito, Paddy Ashdown.

Paddy Ashdown era el dirigente del Partido Liberal Democrático de Gran Bretaña entre 1988 y 1999, momento de su caída. (El Partido Liberal Democrático había sido constituido en 1988 tras la fusión del Partido Liberal y el Partido Social Democrático.) En 1987, mientras todavía era miem-

---

mento, el conservador Neil Hamilton contra Mohamed Al Fayed, en relación con el escándalo del «dinero por preguntas» (cuyos detalles se examinan en el capítulo 6) sí fue llevada ante el juez en noviembre de 1999, volviendo a llevar así a los titulares uno de los más vergonzosos episodios de la historia reciente del partido. Les fue muy difícil a los conservadores librarse del epíteto «corrupto».

bro del Parlamento por el condado de Yeovil y un año antes de convertirse en líder de los liberal demócratas, Ashdown había tenido una relación extramatrimonial con su secretaria, Tricia Howard. El asunto fue muy breve y había permanecido en secreto; no afectó a su candidatura para la obtención del liderazgo en el partido. Varios años más tarde, cuando Tricia Howard se hallaba en trámites de divorcio, Ashdown consultó a su abogado, temiendo que pudiera mencionarse su nombre; su abogado tomó notas de la conversación y las colocó en la caja fuerte de la oficina. En enero de 1992, justo antes de las elecciones generales, varios reporteros del *News of the World* empezaron a perseguir a Tricia Howard, ofreciéndole grandes cantidades de dinero por su versión de los hechos. Ella telefoneó a Ashdown, que a su vez, llamó a su abogado y éste descubrió que sus notas habían sido robadas de la caja fuerte de la oficina durante un allanamiento producido dos semanas antes. El abogado de Ashdown redactó un requerimiento, asegurando que así se evitaría la publicación del documento, pero Ashdown sabía que la aparición de esas notas en la prensa era una simple cuestión de tiempo. El 6 de febrero de 1992, al tener noticia de que se iba a publicar un relato del asunto en el *Scotsman* (al que no afectaba un requerimiento hecho en suelo inglés), Ashdown convocó apresuradamente una rueda de prensa en Westminster y admitió abiertamente el asunto. También posó para los fotógrafos frente a su domicilio, con su mujer a su lado. El acontecimiento tuvo amplio eco en la prensa, pero la franca admisión de Ashdown, pese a resultarle indudablemente embarazosa en el terreno personal, evitó que la revelación entrase en una espiral y se convirtiese en un escándalo con transgresiones de segundo orden. La popularidad de Ashdown no disminuyó tras la revelación (de hecho, hubo algunos signos de que su popularidad había crecido) y su carrera política como dirigente de los liberal-demócratas no quedó afectada ni adversa ni significativamente.

Como forma de salir al paso de un escándalo incipiente, la estrategia de Ashdown tuvo un notable éxito. Pero contó con la ventaja de saber que la transgresión original había sido breve y había sucedido varios años antes; la ventaja de saber que la transgresión original había sido, para lo que suelen ser las transgresiones sexuales, relativamente poco importante y que, por consiguiente, implicaba la asunción de un estigma leve en la Gran Bretaña de los noventa; la ventaja de saber que su mujer y otras personas le apoyarían; y, por último, la ventaja de saber que no era probable que surgiesen nuevas revelaciones capaces de alimentar el escándalo y mostrarse perjudiciales. En tan favorables condiciones, la admisión directa era una estrategia sensata (aunque personalmente difícil). En condiciones menos favorables, es com-

prensible que los dirigentes políticos puedan titubear a la hora de seguir este mismo camino. Sería muy posible que temiesen, con cierta justificación, que las consecuencias de una llana admisión fueran menos benignas. Muchos escándalos sexuales de naturaleza política poseen tintes considerablemente más lóbregos que los del asunto Ashdown e implican la existencia de elementos que distan mucho de ser simples transgresiones sexuales de tono relativamente menor enterradas en el pasado. Además, algunas transgresiones sexuales, como, por ejemplo, las que implican homosexualidad, prostitución o prácticas sexuales aberrantes, siguen teniendo capacidad de producir perjuicios en nuestros días, en especial si su revelación se ve rodeada de circunstancias sospechosas (como Ron Davies, entre otros, descubrió y experimentó en primera persona[13]). Es comprensible que los dirigentes políticos, temerosos del potencial perjuicio que podría causarse a sus reputaciones y carreras por las revelaciones públicas relacionadas con sus vidas privadas, decidan responder con desmentidos públicos. No obstante, los desmentidos públicos conllevan sus propios riesgos, y pueden tener consecuencias de mayor gravedad que las transgresiones originales que debían haber ocultado.

Los tiempos cambian

La existencia de una larga tradición de escándalos sexuales de naturaleza política no es exclusiva de Gran Bretaña. También existe una larga tradición en los Estados Unidos, aunque las condiciones y las consecuencias de los escándalos sexuales en la esfera política estadounidense hayan variado considerablemente en los últimos años. Podemos reconstruir la historia de los escándalos sexuales de naturaleza política en los Estados Unidos remon-

13. Ron Davies ocupó el Ministerio de Gales en el gobierno de Tony Blair hasta el 27 de octubre de 1998, fecha en la que dimitió súbitamente tras producirse un extraño incidente en los terrenos comunales de Clapham, en el sur de Londres. Según Davies, salió a dar un paseo por la zona en la noche del 26 de octubre y trabó conversación con un extraño que le invitó a reunirse con un par de amigos para tomar unas copas. Se montaron todos en el coche de Davies, pero entonces los extraños le amenazaron con un cuchillo y le robaron el dinero y el coche. El ministro de Gales acabó la noche en la comisaría de policía de Brixton. Davies dijo que su decisión de aceptar la invitación del extraño fue «un momento de locura», pero negó que su decisión hubiese estado relacionada con el sexo o las drogas. Sin embargo, el terreno comunal de Clapham es una conocida zona de esparcimiento de los homosexuales, así que la prensa fue un hervidero de especulaciones y alegaciones relacionadas con la sexualidad de Davies.

tándonos a los orígenes de la república, es decir, a los últimos años del siglo XVIII.[14] Alexander Hamilton, primer secretario del Tesoro, miembro del Congreso Continental y de la Convención Constitucional, además de coautor de los *Federalist Papers*, se vio envuelto en un escándalo relacionado con un idilio con la señorita Maria Reynolds. La información sobre el asunto llegó hasta el periodista político y panfletista James Thomson Callender y éste la hizo pública en su *History of the United States for the Year 1796*. Alexander se sintió obligado a responder a ésta y otras acusaciones, y lo hizo publicando en 1797 un panfleto firmado por él mismo en el que admitía haber tenido una «relación amorosa» con la señorita Reynolds, pese a rechazar no obstante la acusación que también se le hacía de haber malversado parte de los fondos públicos.[15] No está claro que aquellas acusaciones, unidas a la confesión parcial de Hamilton, hayan dañado seriamente su carrera política, pero no hay duda de que no la beneficiaron.

Callender desempeñó también un papel crucial, ya que fue uno de los que alimentaron los escándalos que rodearon a Thomas Jefferson, que ocupó la presidencia entre 1801 y 1809. El más destacado de esos escándalos estaba vinculado con una relación surgida entre Jefferson y una joven esclava, Sally Hemmings.[16] Probablemente, el asunto había comenzado en 1788 en París, lugar en el que Jefferson había desempeñado misiones diplomáticas. Sally había sido enviada a París para acompañar a la hija de Jefferson, Polly; Polly tenía entonces ocho años, y Sally catorce. (La mujer de Jefferson, Martha, había fallecido en 1782, y había tenido seis hijos con Jefferson.) Cuando Sally regresó a Virginia, estaba embarazada de un niño que nacería a finales de 1789 o principios de 1790. Parece que tuvo cinco hijos con Jefferson, cuatro de los cuales sobrevivieron hasta la edad adulta y recibieron la emancipación formal. Sin embargo, el asunto, que había permanecido vivo en los rumores y las habladurías durante más de una década, no llegó a

14. Véanse las siguientes obras: Michael Scudson, «Sex Scandals», en Sally Banes, Sheldon Frank y Tem Horwitz (comps.), *Our National Passion: Two Hundred Years of Sex in America*, Chicago, Follet, 1976, págs. 41-57; Wesley O. Hagood, *Presidential Sex: From the Founding Fathers to Bill Clinton*, Secaucus, N. J., Citadel Press, 1998. Me he basado en estos dos ilustrativos ensayos en los párrafos que siguen.

15. Hamilton, Alexander, *Observations on Certain Documents Contained in No. V & VI of «The History of the United States for the Year 1796,» in which the Charge of Speculation Against Alexander Hamilton, Late Secretary of the Treasury, is Fully Refuted*, Filadelfia, 1979, pág. 9.

16. Para un examen más detallado de este asunto, véase Fawn M. Brodie, *Thomas Jefferson: An Intimate History*, Nueva York, Norton, 1974, capítulos 16, 17, 25 y 26.

ser del dominio público en tanto Jefferson no se hubo convertido en presidente. Uno de los primeros actos de Jefferson tras acceder a ese cargo fue el de perdonar a Callender, que había sido encarcelado por sedición. A pesar de este acto de generosidad, Callender riñó muy pronto con Jefferson y, el 1 de septiembre de 1802, publicó un artículo en el *Richmond Recorder* que divulgaba la dilatada relación de Jefferson con Sally Hemmings. «Es bien sabido que el hombre *a quien el pueblo deleita con honores* tiene, y ha tenido durante muchos años, como concubina, a una de sus esclavas»[17] —así comenzaba el artículo—. Otros periódicos recogieron rápidamente la historia. Fueron muchas las voces que pidieron a Jefferson que desmintiera esas afirmaciones, pero él permaneció en silencio (inteligentemente, como pronto se demostraría). A pesar del escándalo, fue reelegido presidente dos años más tarde.

Jefferson no fue el único presidente de los Estados Unidos ni el único candidato a la presidencia envuelto en un torbellino de rumores y alegaciones relacionadas con asuntos sexuales clandestinos e ilícitos. En el transcurso de las elecciones presidenciales de 1884, el candidato demócrata Grover Cleveland se convirtió en el centro de un escándalo que había amenazado con hacer descarrilar su campaña. El 21 de julio de 1884, diez días después de haber sido designado candidato por el Partido Demócrata, apareció un artículo en la portada del *Buffalo Evening Telegraph* en el que se afirmaba que Cleveland había sido padre de un hijo ilegítimo diez años antes. Dado que Cleveland había fundamentado parte de su reputación política en sus críticas a la corrupción republicana, estas inoportunas afirmaciones eran, en el menor de los casos, sumamente incómodas. Cleveland optó por hablar con franqueza del asunto, admitiendo que, siendo soltero, había tenido una breve relación con una joven viuda llamada Maria Crofts Halpin, con la que había tenido un hijo nacido en septiembre de 1874. Pese a que Cleveland no estaba seguro de que el hijo fuera suyo, dispuso lo necesario para proporcionarle apoyo y garantizar su adopción. Los republicanos trataron de sacar todo el partido posible del escándalo, pero la llana admisión de Cleveland segó la hierba bajo sus pies y éste consiguió ganar las elecciones presidenciales.

Pese a que los escándalos sexuales han sido una característica esporádica de la vida política estadounidense durante unos doscientos años, es claro que hubo muchas ocasiones en que los presidentes y otras figuras políticas se vieron envueltos en actividades sexuales ilícitas que no llegaron a convertirse en

17. *Richmond Recorder*, 1 de septiembre de 1802, citado en *ibid.*, pág. 349.

escándalos plenamente desarrollados. Parece seguro que Warren Harding tuvo dos duraderos amoríos extramatrimoniales durante su carrera política, carrera que comenzó con su elección como senador por el Estado de Ohio en 1896 y llegó a su punto culminante con su elección como presidente en 1920. Uno de esos amoríos —el que tuvo con Carrie Phillips, una joven de Ohio que estaba casada con un íntimo amigo del propio Harding— debió comenzar probablemente en 1904, prolongándose con intermitencias a lo largo de 15 años; era uno de los temas que sazonaban los rumores locales, y se convirtió en fuente de preocupaciones para los dirigentes del Partido Republicano al comenzar las elecciones presidenciales de 1920, aunque nunca se convirtió en un escándalo público. El segundo amorío —el que le unió a Nan Britton, otra joven de la misma ciudad que Harding y 30 años más joven que él— comenzó durante el verano de 1917 y se prolongó hasta poco antes de la muerte de Harding en 1923. Se veían con regularidad en hoteles de Nueva York y Washington, y en octubre de 1919 Nan dio a luz a una hija ilegítima. Tras la investidura de Harding como presidente, Nan hizo varias visitas a la Casa Blanca, y parece ser que en alguna de esas ocasiones se retiraron para hacer el amor en una pequeña habitación cerca del Despacho Oval. Pese a que algunos miembros del personal de seguridad de la Casa Blanca y otras personas conocían el idilio, no llegó a ser del dominio publico sino varios años después de la muerte del presidente, cuando Nan publicó su versión del asunto en *The President's Daughter*. En el transcurso de sus romances, Harding escribió numerosas cartas a las dos mujeres, algunas con una longitud superior a las 40 páginas, pero las cartas no salieron de la esfera privada. (Después de la muerte de Carrie Phillips, se encontraron en su domicilio 105 cartas de Harding en una caja cerrada con llave; las cartas fueron declaradas material clasificado hasta el año 2014 por orden judicial.)

Es probable que Franklin D. Roosevelt también se viera envuelto en dos prolongados asuntos extramatrimoniales, uno con Lucy Page Mercer, la antigua secretaria de su mujer, y otro con su propia secretaria, de unos veinte años, la señorita LeHand. La mujer de Roosevelt, Eleanor, tuvo noticia del romance de su marido con Lucy en 1918, pero el asunto parece haber continuado con intermitencias hasta la muerte de Roosevelt en 1945; no llegó a ser conocido por el público hasta 1946. Es probable que Dwight Eisenhower haya tenido una larga relación amorosa con la joven irlandesa Kay Summersby, que fue su chófer durante el tiempo que permaneció en Europa con motivo de la Segunda Guerra Mundial. Probablemente, esta relación nunca llegara a consumarse, pero parece haber sido íntima y seria. En 1952, inmediatamente antes de que Eisenhower fuera designado candidato a la presi-

dencia por el Partido Republicano, circularon algunos rumores que afirmaban que Eisenhower había escrito al general Marshal poco después de acabada la guerra, pidiéndole ser relevado de sus funciones debido a que pensaba divorciarse de su mujer, Mamie, y casarse con Kay; no está claro si dicha carta llegó a escribirse o no, ya que jamás pudo encontrarse. El asunto permaneció en secreto incluso después de la muerte de Eisenhower en 1969. El relato de Kay Summersby sobre la relación, *Past Forgetting*, se publicó en 1976, tras el fallecimiento de la propia Kay.

Aunque varios presidentes y otros políticos hayan tenido relaciones extramatrimoniales que jamás llegaron a convertirse en escándalos, ninguna de esas relaciones puede compararse, tanto por su número total como por el descaro con que se produjeron, con las aventuras sexuales de John F. Kennedy. Era bien conocido en los círculos políticos de la época que Kennedy había tenido numerosas relaciones extramatrimoniales a lo largo de su carrera política. Algunas de esas relaciones se prolongaron probablemente durante un cierto número de años, como sucedió con sus idilios con Joan Lundberg, Pam Turnure y Judy Campbell. Otros en cambio fueron asuntos fugaces y casuales. Hubo relaciones que se desarrollaron con una falta de discreción que, con la perspectiva de los años, parece decididamente temeraria. Según se dice, Kennedy habría invitado a atractivas mujeres a la Casa Blanca, animándolas a que nadasen desnudas en la piscina. Judy Campbell parece haber sido una asidua visitante de la Casa Blanca entre 1961 y 1962, y a menudo telefoneaba a Kennedy a la Casa Blanca. Sin embargo, ninguno de estos amoríos se convirtió en escándalo. Fueron objeto de rumores y habladurías entre la elite política de Washington, y también fueron fuente de preocupación para algunos de los asesores de Kennedy, que temían lo que podría venírseles encima si los múltiples amoríos del presidente llegaban a ser de conocimiento público. La vida privada de Kennedy era fecunda en escándalos potenciales y, de haberse hecho públicas sus relaciones sexuales durante la campaña electoral de 1960 (que Kennedy ganó por un estrecho margen), las consecuencias políticas podrían haber sido muy serias. Sin embargo, el escándalo que pudo haber sucedido nunca se produjo.

Tres décadas más tarde, Bill Clinton no fue tan afortunado. Tampoco lo fue Gary Hart, el senador por el Estado de Colorado cuya lucha por la designación como candidato demócrata a la presidencia en 1988 se vio torpedeada por la controversia que rodeó su supuesto romance con la modelo de 29 años Donna Rice.[18] Y tampoco lo fue Bob Packwood, el sena-

18. Gary Hart surgió en 1988 como uno de los primeros políticos en destacarse en la ca-

dor republicano por el Estado de Oregon que se encontró en el centro de una serie de acusaciones que le señalaban por haber acosado sexualmente a un cierto número de mujeres que habían trabajado para él.[19] Y durante los años setenta, ochenta y noventa, hubo otras muchas figuras políticas que se vieron envueltas en escándalos sexuales que truncaron, o estuvie-

---

rrera para la designación como candidato a la Casa Blanca por el Partido Demócrata. Sin embargo, se vio asediado por los rumores que le acusaban de ser un «mujeriego» y de haber tenido varios asuntos extramatrimoniales, incluyendo un supuesto romance con Donna Rice, romance que fue noticia de portada del *Miami Herald* el 3 de mayo de 1987. Hart desmintió el asunto y, en una entrevista publicada en el *New York Times Magazine*, lanzó un desafío a la prensa: «Síganme a todas partes, no me importa», dijo, «lo digo en serio. Si alguien quiere poner a alguien para que me siga los pasos, adelante. Se aburrirá soberanamente» (*New York Times Magazine*, 3 de mayo de 1987, pág. 38). Como luego se demostraría, eso era exactamente lo que habían hecho los reporteros del *Miami Herald*. Habían vigilado la casa que Hart tenía en la ciudad de Washington durante la noche del 1 al 2 de mayo y llegaron a la conclusión de que había pasado la noche con una mujer que no era su esposa. Estos mismos periodistas alegaron también que había acompañado a Rice durante un crucero a Bimini (frente a las costas de Florida) en un yate con el desafortunado nombre de *Monkey Business* («travesura», o «trampa»). Las alegaciones periodísticas desataron una feroz polémica, y en el transcurso de las discusiones, Hart se vio cada vez más obligado a contestar con evasivas cuando se le preguntaba sobre su relación con Rice. El 8 de mayo, en medio de un insistente rumor que sostenía que el *Washington Post* estaba a punto de publicar detalles sobre otros amoríos, Hart abandonó la carrera para la designación como candidato a la presidencia por el Partido Demócrata. El trabajo que durante cuatro años había venido desarrollando para lograr la presidencia se vino abajo tras cinco días de polémicas sobre su vida privada. «El desastre de Gary Hart es una de las historias más asombrosas de la política estadounidense», comentó el *New York Times*. «Un hombre que ha consagrado al menos cuatro años de su vida a la consecución de la presidencia se ha visto derrotado por un coqueteo» (*New York Times*, 9 de mayo de 1987, pág. 1). Hart se reincorporó a la lucha en diciembre, pero, tras una serie de resultados catastróficos en las primarias, volvió a retirarse en marzo de 1988, abandonando sus ambiciones presidenciales.

19. Un destacado miembro del Partido Republicano de Oregon que había trabajado durante muchos años en el Senado, Bob Packwood, fue uno de los más señalados abogados en la lucha por los derechos de la mujer y disfrutaba del respeto general por su costumbre de contratar a mujeres y colocarlas en puestos de responsabilidad. Sin embargo, hacía años que circulaban rumores que sostenían que había una faceta oculta en la actitud de Packwood hacia las mujeres. Estos rumores adquirieron dimensión pública en noviembre de 1992, al publicar el *Washington Post* un artículo que señalaba que, desde sus primeros tiempos en el Capitolio, Packwood había venido realizando avances sexuales no deseados a buena parte de las mujeres que habían trabajado para él. El *Post* afirmó que, independientemente unas de otras, diez mujeres habían dado testimonio de la conducta que Packwood había tenido hacia ellas. Varias dijeron que las había agarrado bruscamente y las había besado a la fuerza, insistiendo hasta ser rechazado. Ninguna de las mujeres presentó una queja formal, pero varias de ellas decidieron dejar su trabajo en el plazo de pocos meses.

ron a punto de truncar, sus carreras (entre otros, por ejemplo, Wilbur Mills, Wayne Hays y Thomas Evans[20]). El clima político estaba cambiando en los Estados Unidos, y determinados aspectos de la vida privada que habían permanecido ocultos en las décadas anteriores, o frente a los cuales habían hecho la vista gorda los periodistas, quedaban expuestos cada vez más a un severo examen en el ámbito público. ¿Cómo hemos de entender este cambio?

Cuatro son los elementos particularmente relevantes que contribuyeron a generar las condiciones para que los escándalos sexuales se convirtiesen en una característica cada vez más sobresaliente de la vida política estadounidense (y aquí me baso en el análisis ya efectuado, desde una perspectiva más general, en el capítulo anterior). En primer lugar, los cambios en la cultura del periodismo erosionaron gradualmente las normas y convenciones informales que habían conseguido que los periodistas y los editores no se animaran a publicar los detalles de la vida privada de las figuras políticas. A partir de los años sesenta, las vidas privadas de los políticos fueron convirtiéndose gradualmente en un foco de investigación atractivo para los periodistas y algunos otros profesionales, los cuales, por su parte, se fueron volviendo, cada vez más categóricos y más propensos a entrometerse en las vidas privadas ajenas en su deseo de conocer detalles sobre ellas. La tragedia de Chappaquiddick en 1969, que provocó la muerte de Mary Jo Kopechne y que sin duda alguna perjudicó la carrera política de Edward Kennedy,[21] fue

20. En 1974, Wilbur Mills perdió su cargo como presidente de la Comisión del Presupuesto de la Cámara de Representantes tras el escándalo que estalló al ser detenido por conducir sin luces de cruce y con exceso de velocidad por la bahía de Washington. Se le encontró en compañía de Anabella Battistella, más conocida como Fanne Foxe, el nombre artístico que utilizaba en un club de desnudos de Washington. Wayne Hays, presidente del Comité administrativo de la Cámara de Representantes y del Comité para la Campaña Demócrata al Congreso, dimitió tras descubrirse que había pagado a una amante mediante el expediente de incluirla en las nóminas del Congreso. Thomas Evans perdió la campaña para su reelección a la Cámara de Representantes en 1982, tras descubrirse su asunto con Paula Parkinson, una mujer perteneciente a uno de los grupos de presión.

21. En la noche del 18 de julio de 1969, el senador Edward Kennedy, que entonces tenía 37 años, cayó al mar con su automóvil mientras cruzaba un estrecho puente tras salir de una fiesta en la isla de Chappaquiddick, frente a las costas de Massachusetts. Kennedy se las arregló para salir del coche, pero su acompañante, Mary Jo Kopechne —una joven de 28 años que había pertenecido al personal de la campaña de Robert Kennedy—, quedó atrapada en el interior y murió. Kennedy alegó que se había zambullido repetidas veces en el agua para tratar de rescatar a Kopechne, sin conseguirlo. Luego regresó a la fiesta y se las arregló para que alguien le condujese hasta el transbordador; cuando se encontró con que el servicio del transbordador se encontraba cerrado por la noche, se lanzó al agua y nadó hasta la orilla,

una circunstancia clave que hizo que la conducta privada de una destacada figura política fuese ampliamente debatida en el ámbito público, y por consiguiente, una circunstancia que probablemente contribuyó a dar un giro a las normas y convenciones que hasta entonces regulaban la práctica periodística.

El segundo elemento fue el constituido por los cambios en la cultura política de los años sesenta y setenta. El declive de la política de clases y la creciente significación de la política de la confianza puso de relieve todas las cuestiones relacionadas con el carácter, énfasis que se vio reforzado por los acontecimientos que condujeron a la caída de Nixon. La importancia de las cuestiones relacionadas con el carácter ha contribuido a generar unas condiciones capaces de hacer que los partidos políticos y otras organizaciones sientan la tentación de utilizar los escándalos como arma para perjudicar o destruir a sus oponentes: cuando lo que está en juego son las cuestiones relacionadas con el carácter, es más difícil sostener que la conducta privada de los dirigentes políticos sea irrelevante respecto de su cometido público, de ahí que las revelaciones no deseadas sobre una mala conducta en el ámbito privado puedan tener consecuencias perjudiciales. La política de la confianza, con su énfasis en las cuestiones relacionadas con el carácter, puede convertirse con mucha facilidad en una política sucia en la que las indiscreciones personales se utilizan como armas en la lucha por la obtención de ventajas políticas.

Un tercer elemento es el vinculado con los cambios en las normas y las expectativas que guardan relación con la conducta sexual. A menudo se asume que la década de los sesenta fue un periodo de liberación y experimentación sexual, y que fue seguido por una especie de reacción moral menos tolerante con las formas ilícitas de la conducta sexual. Es posible que

---

regresando a su hotel de Edgartown. No informó del accidente a la policía hasta la mañana siguiente, aunque para entonces el coche y el cadáver ya habían sido encontrados. En la intensa cobertura mediática que siguió, hubo gran número de especulaciones sobre cuál podía haber sido la razón de que Kennedy no hubiese dado antes la alarma, sobre la posibilidad de que estuviese bebido en el momento del accidente, y sobre la eventualidad de que pudiese haber tratado de ocultar una relación. Kennedy negó que se hallara bajo los efectos del alcohol o que tuviese un idilio con Kopechne, y explicó su conducta diciendo que había quedado sumido en un estado de confusión, pena, agotamiento y conmoción. Se declaró culpable del cargo menor de haber abandonado el lugar del accidente y no haberlo comunicado, cargo por el que se le condenó a una pena en suspenso de dos meses de cárcel. Kennedy ha seguido siendo senador y una influyente personalidad del Partido Demócrata, pero el incidente de Chappaquiddick ha perseguido su carrera política y perjudicado de forma permanente sus proyectos de alcanzar la presidencia.

haya algo de cierto en este punto de vista, pero en el mejor de los casos sólo nos cuenta parte de la historia. Probablemente de mayor importancia para los asuntos que aquí nos conciernen sea el hecho de que, debido en gran parte al movimiento de liberación de la mujer, la sociedad estadounidense fue adquiriendo gradualmente una creciente sensibilidad hacia determinadas formas de conducta machista que podían haber sido consideradas normales o aceptables en décadas anteriores. En un contexto en el que las cuestiones relacionadas con la desigualdad entre los géneros han pasado a ser intensamente debatidas en el ámbito público, el doble rasero asociado con la conducta masculina promiscua pudo ser interpretada con menos ecuanimidad, y, al mismo tiempo, las conductas que pudieran interpretarse como avances sexuales no deseados tuvieron mayores probabilidades de convertirse en un asunto cada vez más delicado. Estas formas de conducta podrían haber sido toleradas en el pasado (e incluso consideradas por algunos como expresiones perfectamente normales de la sexualidad masculina), pero se han ido convirtiendo cada vez más en foco de un examen crítico y en fuente de claro conflicto. Es significativo que durante los años noventa, varias figuras políticas destacadas —entre las que se encontraba el juez Clarence Thomas,[22] el senador Bob Packwood y, por supuesto, Bill Clinton— se vieran envueltas en casos de acoso sexual rodeados de gran cantidad de publicidad.

El cuarto elemento ha sido la creciente presencia de los mecanismos legales en la vida política. Esto queda ilustrado sobre todo por la legislación

22. Clarence Thomas fue designado en 1991 por George Bush con el fin de ocupar un puesto vacante entre los jueces del Tribunal Supremo. Durante las audiencias celebradas ante el Senado, que debían confirmar su designación, fue acusado por Anita Hill —una antigua empleada—, que le imputaba una conducta de acoso sexual hacia ella durante el tiempo en que Thomas fue presidente de la Comisión para la Igualdad de Oportunidades Laborales (cargo que ocupó entre 1982 y 1990). Hill le acusó de haberle hecho proposiciones sexualmente vejatorias. En una ocasión, mientras trabajaban en la misma oficina, Thomas habría cogido una lata de Coca-Cola y, asegurando haber encontrado vello púbico sobre la lata, se habría puesto a preguntar quién lo había puesto ahí. En otras ocasiones, según Hill, Thomas se ponía a hablar de los placeres que había proporcionado a las mujeres mediante la práctica del sexo oral, o describía su pene diciendo que era más largo de lo normal mientras se comparaba con Long Dong Silver, una estrella negra del cine pornográfico. Thomas rechazó las alegaciones y negó haber tenido ninguna conversación de naturaleza sexual con Anita Hill o haberla acosado en modo alguno. Las alegaciones se hicieron en el transcurso de la audiencia televisada del Senado, que se prolongó por espacio de siete días, tiempo durante el cual todos estos temas quedaron ampliamente reflejados en los medios. La designación de Thomas fue finalmente confirmada por un estrecho margen (52 votos contra 48).

promulgada tras la conmoción del Watergate, cuyo objetivo era establecer nuevas normas éticas en la esfera política y que dio lugar a la creación del poderoso y nuevo cargo de fiscal especial. También fue importante la promulgación de leyes estatales y federales sobre el acoso sexual y el adulterio, así como el desarrollo de normas y procedimientos para la interposición de demandas tendentes a frenar el acoso sexual y el adulterio entre los funcionarios públicos.

Estos fueron los elementos que moldearon el contexto en el que la carrera política de Clinton estuvo a punto de descarrilar en más de una ocasión a causa de sus furtivos asuntos sexuales. Dados los cambios producidos desde finales de los años sesenta, esta promiscua conducta personal estaba destinada a implicar ciertos riesgos políticos, pero lo que en último término le puso al borde de la recusación fueron una serie de transgresiones de segundo orden producidas a raíz de un caso de acoso sexual. Clinton comprobó por las malas que en todos los casos en que un escándalo sexual amenaza con engullir una carrera política, la negación de los hechos es una iniciativa muy peligrosa.

Las dificultades de Clinton comenzaron a finales de la década de los setenta y a principios de la de los ochenta, cuando era ministro de Justicia, y continuaron posteriormente, cuando ya había sido nombrado gobernador de Arkansas. Clinton conoció a Gennifer Flowers a finales de los años setenta, mientras trabajaba como periodista para una emisora local de televisión, comenzando con ella un idilio de larga duración. También parece probable que Clinton haya tenido otros varios amoríos y encuentros ocasionales durante su etapa como gobernador. Circulaban rumores sobre los supuestos asuntos en que se hallaba envuelto Clinton, pero durante toda la década de los ochenta, esos rumores permanecieron en su mayor parte en el plano de los cotilleos y las habladurías. En octubre de 1990, un antiguo empleado contrariado, Larry Nichols, puso un pleito por despido improcedente y acusó a Clinton de haber cometido adulterio durante el ejercicio de su cargo, alegando que había malversado los fondos del Estado para sostener sus asuntos extramatrimoniales con seis mujeres. El caso fue reflejado en la prensa local, pero en aquel momento no pasó de ahí. Sin embargo, una vez que Clinton hubo presentado su candidatura a la presidencia en octubre de 1991, la cuestión de sus relaciones extramatrimoniales se convirtió en un elemento de gran interés en ciertos círculos de la prensa nacional. El 13 de enero de 1992, un periódico sensacionalista de gran tirada, el *Star*, se hizo eco de las alegaciones realizadas por Nichols en su pleito, reflejando las grandes líneas de su historia. El *Star* también se puso en contacto con Gen-

nifer Flowers, que accedió a confirmar el relato a cambio de una importante suma de dinero.

Clinton se encontraba en medio de una cerrada lucha en la campaña de las primarias cuando se vio súbitamente al borde del abismo. Tenía que hacer frente a aquellas perjudiciales alegaciones sobre las desviaciones de fondos y arrostrar también la perspectiva de nuevas revelaciones perjudiciales sobre su supuesto romance con Gennifer Flowers. Sabedor de que la campaña de Hart por la designación como candidato demócrata se había visto truncada por este tipo de revelaciones dañinas, Clinton pasó a la ofensiva. Bill y Hillary Clinton concertaron una entrevista con Steve Kroft en el programa de la CBS *60 Minutes*, emitido el 26 de enero de 1992, inmediatamente después de la Super Bowl (lo que garantizaba una gran audiencia). La estrategia de los Clinton había sido cuidadosamente tramada. Cuando se les preguntó sobre el supuesto idilio con Gennifer Flowers, Bill Clinton no lo admitió abiertamente, pero tuvo también buen cuidado de no negarlo:

> Kroft: Usted ha estado diciendo toda la semana que se ha visto obligado a dejar todo este asunto a un lado. ¿Está usted dispuesto a decir esta noche que nunca ha tenido una relación extramatrimonial?
>
> Bill Clinton: Esta noche no estoy dispuesto a decir más que lo siguiente: que un matrimonio nunca debería tratar de estas cuestiones sino en pareja...
>
> Kroft: ...Eso es en esencia lo que ha venido usted diciendo durante los últimos dos meses.
>
> Bill Clinton: ...Recupere mis declaraciones y escuche lo que he dicho. ¿Sabe una cosa? Ya he reconocido haber actuado mal. He reconocido haber causado disgustos en mi matrimonio. Esta noche, desde el principio, le he dicho a usted y al pueblo de los Estados Unidos cosas que ningún otro político estadounidense ha dicho jamás. Creo que la mayoría de los estadounidenses que estén viendo este programa esta noche sabrán de qué estamos hablando...
>
> Kroft: ...Estoy de acuerdo con usted en que todo el mundo quiere poner esto a un lado. Y el motivo de que el problema no haya desaparecido es que su respuesta no es una negación...
>
> Bill Clinton: Por supuesto que no lo es. Y déjeme decirle, contra su opinión, que hacerlo no haría que desapareciese el problema. Quiero decir: si uno niega se encuentra inmediatamente con otra horda de gente precipitándose a ofrecer más dinero para tratar de probar que se ha mentido. Y si uno afirma, entonces nos encontramos exactamente con lo que acabo de decir al sincerarme y decirle que hemos tenido problemas...[23]

23. Siguiendo con la costumbre acuñada a raíz del asunto Watergate de añadir por ana-

Clinton sabía perfectamente que una pública negación del asunto sólo conseguiría avivar las llamas de un escándalo que amenazaba con tirar por tierra su campaña. Su estrategia consistió en negarse a pronunciar un desmentido, y en evitar admitirlo abiertamente al mismo tiempo, cosa que logró limitándose a responder en un plano general en el que sí reconocía haber causado dolor en su matrimonio. Hillary respaldó a su marido y dejó claro que le amaba y le respetaba a pesar de las dificultades que habían atravesado. Los dos hicieron todo lo posible por hacer que las tornas se volvieran contra la prensa, acusándoles de haber iniciado una especie de juego de «te pillé» y recordando a los espectadores que lo que habría de someterse a prueba durante la campaña no iba a ser sólo el carácter de Bill sino también el carácter de la prensa.

Hablando en términos generales, la estrategia de los Clinton funcionó. Los oponentes de Bill Clinton podían acusarle de andar mariposeando y de contestar con evasivas, pero no tuvieron oportunidad de demostrar que sus desmentidos públicos fueran falsos. Durante los meses posteriores surgieron nuevas alegaciones y revelaciones. Gennifer Flowers apareció en la televisión, concedió entrevistas a varias revistas y publicó nuevos fragmentos de las conversaciones telefónicas con Bill Clinton que había grabado en secreto a principios de los años noventa. Esas revelaciones resultaron indudablemente incómodas para Clinton y sus asesores, que se encontraban en plena campaña y se vieron obligados a luchar contra un presidente al que tales revelaciones beneficiaban, pero no evitaron que Clinton ganase las elecciones en noviembre. Las revelaciones sobre su supuesto idilio con Gennifer Flowers no habían hecho ningún bien a su reputación, pero se las había arreglado, con la ayuda de Hillary, para desviar su impacto político. En cualquier caso, lo peor aún estaba por llegar.

El primer trimestre de Clinton en la presidencia estuvo plagado de nuevas denuncias sobre su mala conducta sexual durante la época en que fue gobernador de Arkansas. En enero de 1994, la revista conservadora *The American Spectator* publicó un artículo titulado «Su tramposo corazón: vivir con los Clinton»; había sido escrito por David Brock, un periodista que se había granjeado muchos admiradores entre la derecha por su poco halagüeño retrato de Anita Hill. El artículo narraba la historia de dos soldados de la milicia de Arkansas que afirmaban que, como parte de sus obligaciones oficiales, habían contribuido a facilitar y encubrir los líos de Clinton y sus en-

---

logía el sufijo «-gate» al elemento clave de cualquier escándalo, éste pasó a conocerse como el «soldadogate» por haber constituido sus declaraciones la espoleta del caso. *(N. del t.)*

cuentros sexuales; otros dos soldados corroboraban la historia. Entre otras cosas, los soldados relataron un incidente que supuestamente habría ocurrido en el Hotel Excelsior de Little Rock, Arkansas, el 8 de mayo de 1991. Mientras esperaba en el hotel la celebración de la tercera Conferencia anual sobre la calidad de la gestión del gobernador, parece que Clinton había echado el ojo a una mujer que trabajaba en el mostrador de recepción; pidió a uno de los soldados que se acercase a la mujer, a la que el soldado sólo conocía por Paula, para decirle que el gobernador la consideraba atractiva, y para que la condujese luego a una habitación del hotel donde él estaría esperándola. Estas historias fueron rápidamente reflejadas en los principales medios de comunicación, que no omitieron detalle, concertaron nuevas entrevistas con los soldados e hicieron abundantes comentarios sobre los hechos denunciados, con lo que nació el «troopergate».[24]

Una de las mujeres que había trabajado aquel día en el mostrador de recepción era Paula Jones. Cuando tuvo noticia del artículo, le pareció que implicaba que había tenido relaciones sexuales con Clinton y decidió buscar asesoramiento legal. En febrero de 1994 apareció en una rueda de prensa en Washington y anunció que iba a presentar una demanda contra el presidente Clinton por haberle provocado un grave estrés emocional, haberle privado de sus derechos civiles y haber distorsionado su carácter en relación con el incidente que supuestamente había tenido lugar en el Hotel Excelsior. (Por razones formales no podía emprender acciones judiciales contra él por acoso sexual, ya que la ley del Estado de Arkansas estipulaba que la demanda había de interponerse antes de que hubieran transcurrido seis meses desde el incidente.) Jones alegó que había sido escoltada hasta la suite de Clinton y que una vez allí, él procedió a realizar avances sexuales no deseados por ella, incluyendo el acto de dejar caer sus pantalones, mostrar su pene erecto y pedirle que lo «besara»; Paula añadió que podía probar sus alegaciones debido a que la zona genital de Clinton posee unas marcas características. Los abogados de Clinton trataron de que el juicio se pospusiese en tanto Clinton permaneciese en su cargo, pero el 27 de mayo de 1997, el Tribunal Supremo dictaminó que Jones podía proseguir con su demanda. Jones rechazó un arreglo amistoso fuera de los tribunales y, con ayuda del Instituto Rutherford (una organización legal con sede en Virginia y especializada en casos en los que se hubieran vulnerado las libertades civiles o los derechos religiosos), presentó una demanda legal revisada el 5 de diciembre de 1997. Sus abogados anunciaron que presentarían documentos y testigos,

24. *Washington Post*, 27 de enero de 1992, pág. 6.



10. El presidente y la becaria, 17 de noviembre de 1995. Esta fotografía fue tomada en la oficina del jefe de personal durante una disminución temporal de las actividades de gobierno, poco después de que Monica Lewinsky hubiera comenzado a trabajar como becaria en la Casa Blanca.

incluyendo al propio Clinton y al menos a diez mujeres con las que supuestamente habría tenido relaciones o encuentros sexuales. Los abogados de Jones querían mostrar que Clinton había tenido repetidos devaneos con empleadas gubernamentales bajo su mando. Una de las mujeres a las que los abogados de Jones decidieron citar en su momento fue Monica Lewinsky.

La primera vez que Clinton vio a Monica fue en agosto de 1995, poco después de que hubiera comenzado a trabajar como becaria en la Casa Blanca. Su aventura comenzó a mediados de noviembre, en un momento en que el personal de la Casa Blanca había sido reducido como consecuencia de una disminución temporal de las actividades de gobierno. Monica tenía entonces 21 años. La aventura continuó con intermitencias durante 18 meses, con reuniones secretas en el Despacho Oval y otras habitaciones privadas de la Casa Blanca donde se acariciaron apasionadamente y practicaron el sexo oral, intercambiando regalos y numerosas llamadas telefónicas. Monica llegó a sentirse muy implicada emocionalmente. Sin embargo, en abril de 1996 fue transferida al Pentágono; allí fue donde conoció a Linda Tripp. Monica empezó a confiar cada vez más en Tripp, y llegó a contarle su rela-

ción con el presidente. Sin que Monica lo supiese, Tripp tenía sus propios planes. Antigua empleada de la Casa Blanca y con pocas simpatías hacia Clinton y su administración, Tripp acariciaba la idea de escribir un libro sobre la realidad de la vida que se desarrollaba tras los decorados de la Casa Blanca, proyecto que había comentado a la publicista y agente literario neoyorquina Lucianne Goldberg. Tripp también estaba en contacto con un periodista del *Newsweek*, Michael Isikoff, que investigaba el caso Paula Jones. En el verano de 1997, Tripp empezó a preocuparse por la posibilidad de ser llamada a declarar en el caso Paula Jones y, según parece por sugerencia de Lucianne Goldberg, decidió grabar en cinta magnetofónica sus conversaciones con Monica, con el fin de poder corroborar su historia. A principios de octubre, comenzó a grabar sus conversaciones en secreto, y también persuadió a Monica para que conservara el hoy legendario vestido azul marino que se había manchado con el semen del presidente durante uno de sus encuentros clandestinos de ese mismo año.

A finales de 1997, tanto Monica Lewinsky como Linda Tripp fueron llamadas a declarar en el caso Paula Jones. El 7 de enero de 1998, Monica firmó una declaración jurada en la que afirmaba no haber tenido jamás una relación sexual con el presidente. En el transcurso de la semana siguiente, dio a Tripp tres páginas de notas mecanografiadas con un encabezamiento que decía: «puntos para la declaración jurada» y en la que señalaba algunas de las cosas que debería decir en su testimonio (texto que llegaría a conocerse como «borrador de los temas de conversación»). Tripp empezó a preocuparse cada vez más por su situación y decidió ponerse en contacto con la Oficina del fiscal independiente (OIC), Kenneth Starr, que había estado investigando durante varios años un conjunto de asuntos no relacionados con el de Paula Jones pero que implicaban a los Clinton en un fallido negocio inmobiliario realizado en Arkansas (en lo que se conoció como escándalo Whitewater —cuyos detalles examinaremos en el siguiente capítulo—). Los investigadores de la Oficina del fiscal independiente se las arreglaron para que Tripp llevase bajo la ropa un dispositivo de escucha cuando se reunió para comer con Monica el 12 de enero, y también cuando volvió a verla en el Hotel Ritz-Carlton durante la mañana del 16 de enero. En esta última ocasión, Monica fue escoltada hasta una habitación del hotel donde tuvo que vérselas con agentes del FBI y con los investigadores de Starr. Le dijeron que podía enfrentarse a una acusación de perjurio, obstrucción a la justicia y testimonio amañado a menos que se mostrase dispuesta a cooperar con la investigación de la Oficina del fiscal independiente.



11. El presidente Clinton comparece ante las cámaras de televisión en una rueda de prensa celebrada el 26 de junio de 1998. Blandiendo su dedo índice ante la audiencia, Clinton negó pública y vehementemente la acusación que pesaba sobre él, desmintiendo haber mantenido «relaciones sexuales con esa mujer, la señorita Lewinsky».

Al día siguiente, sin saber que Monica había tenido un careo con el FBI y con los investigadores de la Oficina del fiscal independiente, Clinton prestó declaración bajo juramento como testigo en el caso Paula Jones. Dijo haber visto a la señorita Lewinsky en dos o tres ocasiones durante la disminución de actividad gubernamental del otoño de 1995, pero que no podía acordarse de si había estado a solas con ella o no. Ella le había dado algún regalo en una o dos ocasiones, y posiblemente él le había dado algún prendedor para su sombrero. Pero afirmó categóricamente que jamás había tenido relaciones sexuales con ella.[25] Al día siguiente, domingo 18 de enero, Clinton se reunió con su secretaria, Betty Currie, para repasar su relación con Monica Lewinsky. Durante aquella reunión, Clinton dijo varias cosas a Betty Currie, cosas como: «Tú estuviste todo el rato presente mientras ella estaba conmigo, ¿no es así?», «En realidad nunca estuvimos solos, ¿verdad?», o «Tú pudiste ver y oír todo lo que se dijo», comentarios que podían interpretarse como un intento de influir sobre ella.

25. Cuando Clinton fue posteriormente acusado de haber cometido perjurio en el caso Paula Jones, gran parte de su defensa giró en torno a la definición, hoy vergonzosamente legalista, de la expresión «relaciones sexuales». Clinton y Monica practicaron el sexo oral pero no realizaron el coito, y Clinton sostuvo que no había cometido perjurio ya que no pensaba que la definición de la expresión «relaciones sexuales», utilizada por los abogados de Jones, incluyera una referencia al sexo oral.

Hasta entonces, las acusaciones sobre la aventura de Clinton con Monica Lewinsky aún no habían llegado a oídos del público. Pero el 18 de enero, el columnista de internet especializado en chismes, Matt Drudge, informó sobre el rumor de que el *Newsweek*, que planeaba publicar una historia sobre el asunto, había desistido de su proyecto en el último minuto (a petición, según parece de la Oficina del fiscal independiente);[26] al día siguiente, *The Drudge Report* elaboró la historia y mencionó el nombre de Monica. El miércoles 21 de enero, la historia saltó a la prensa nacional. Con el titular «Clinton acusado de pedir que mienta a una ayudante», el *Washington Post* informó que Starr estaba investigando la hipótesis de que Clinton y su íntimo amigo Vernon Jordan hubiesen podido presionar a la antigua becaria para que mintiese en relación con su aventura con el presidente.[27] Más tarde, ese mismo día, Clinton compareció ante la televisión nacional para desmentir las acusaciones. El escándalo Clinton-Lewinsky había comenzado. Día tras día, los noticiarios de la prensa y la televisión —no sólo en los Estados Unidos sino en todo el mundo— se vieron abrumados por reportajes sobre el supuesto devaneo, incluyendo detalles que, según se afirmaba, estaban contenidos en las cintas que había grabado Tripp en secreto. Las más destacadas figuras políticas, los asesores y los comentaristas comenzaron a especular con la posibilidad de una posible recusación del presidente. Obligado a enfrentarse a esta presión creciente, Clinton compareció, junto a su mujer, Hillary, en una rueda de prensa el 26 de enero y realizó una afirmación televisada en la que explícita y públicamente negaba haber tenido una aventura con Monica Lewinsky: «Quiero que me escuchen con atención, voy a decir esto una vez más», afirmó Clinton, blandiendo con indignación su dedo índice ante la audiencia, «no tuve relaciones sexuales con esa mujer, la señorita Lewinsky. Nunca he pedido a nadie que mienta, ni una sola vez —jamás—. Esas acusaciones son falsas, y debo seguir trabajando para el pueblo americano».[28] Al día siguiente, por la mañana, Hillary concedió una entrevista por televisión en la que defendió a su marido y afirmó que las acusaciones eran parte de una «vasta conspiración de la derecha, que ha venido

26. Según el propio *Newsweek*, la revista tuvo que tomar la decisión de publicar o no la historia durante la noche del sábado 17 de enero. Los abogados de la Oficina del fiscal independiente les instaron a no publicarla sobre la base de que la publicidad podría perjudicar el esfuerzo que hacían para lograr un acuerdo con Monica Lewinsky. (*Newsweek*, 2 de febrero de 1998, pág. 29.)

27. *Washington Post*, 21 de enero de 1998, págs. 1 y 6.

28. *Washington Post*, 27 de enero de 1998, pág. 1.

confabulándose contra mi marido desde el día en que anunció su candidatura a la presidencia».[29]

Pero el escándalo se negaba a apagarse. El caso Paula Jones, que había sido la espoleta inicial del escándalo, fue rechazado el 1 de abril por el juez de Arkansas que había examinado las evidencias previas al juicio, pero las investigaciones de Starr sobre el caso de Monica Lewinsky continuaron durante todo el verano. La investigación de Starr se centraba ahora en el hecho de si Clinton había cometido o no perjurio al prestar declaración en el caso Paula Jones, y en si había obstaculizado o no la acción de la justicia y amañado el testimonio de una testigo potencial. A medida que iban creciendo las evidencias relacionadas con su aventura con Monica Lewinsky (incluyendo las indicaciones que apuntaban al hecho de que la mancha de su vestido era efectivamente de semen), Clinton terminó por aceptar que no era verosímil seguir manteniendo su estrategia de rotundos desmentidos. Accedió a testificar ante el Gran jurado el 17 de agosto; durante su deposición admitió haber estado a solas con la señorita Lewinsky en múltiples ocasiones y que, en alguna de esas ocasiones, se había entregado a una conducta que era incorrecta. Más tarde, en el transcurso de ese mismo día, realizó una declaración televisada en la que reconoció por primera vez en público que había tenido una relación que no era apropiada con la señorita Lewinsky: «de hecho, estuvo mal... Constituyó una crucial deficiencia de juicio y un fallo personal por mi parte del que soy única y completamente responsable. Engañé a la gente, incluso a mi mujer. Lamento profundamente haberlo hecho».[30]

El informe que Starr envió al Congreso fue publicado el 11 de septiembre. Obedeciendo a una decisión que era en sí misma notable, el informe y gran parte del material adjunto fue puesto a disposición del público en internet, donde podía ser consultado por los usuarios de la red de cualquier parte del mundo; también fue publicado como libro y fue objeto de numerosos debates en los medios. De un modo que parecía reflejar la publicación de las transcripciones de las conversaciones privadas de Nixon durante la crisis del Watergate, 25 años antes, los lectores y los espectadores se encontraron con una completa explicación de los encuentros sexuales entre Clinton y Lewinsky en recónditos lugares de la Casa Blanca —el lenguaje era ampuloso, pero no se escatimaban detalles—. La publicación de este material tan personal fue sin duda profundamente incómodo y humillante para los in-

29. *Washington Post*, 28 de enero de 1998, pág. 21.
30. *Washington Post*, 18 de agosto de 1998, pág. 5.



12. La familia Clinton abandona la Casa Blanca camino de Martha's Vineyard, Massachusetts, el 18 de agosto de 1998. El día anterior, Clinton había admitido en una alocución televisada que había tenido una relación inapropiada con Monica Lewinsky.

dividuos implicados.[31] El informe Starr también enumeraba 11 posibles elementos que podrían servir de base para la recusación del presidente —incluyendo el perjurio, las actividades tendentes a amañar un testimonio, la obstrucción de la justicia y el abuso de poder—, y afirmaba que había evidencias sustanciales para defender la pertinencia de dichos elementos. Pese a la existencia de claros signos que indicaban que la mayoría de los estadounidenses se había cansado del largo y explotado asunto, la Cámara, controlada por los republicanos, votó el 19 de diciembre a favor de la recusación del presidente, convirtiendo así a Clinton en el primer presidente electo sometido a un

31. En su autobiografía, publicada al año siguiente, Lewinsky describe así sus sentimientos cuando descubrió que se había publicado el informe: «Me sentí profanada. Realmente me sentí saqueada y me puse enferma, como si todos los que me mirasen fueran a pensar únicamente en cómo practicaba el sexo oral. Simplemente sentí que el mundo entero me consideraba una zorra» (Morton, Andrew, *Monica's Story*, Londres, Michael O'mara Books, 1999, pág. 260).

proceso de recusación. Sin embargo, tal como esperaba la mayoría de los comentaristas, el juicio de Clinton en el Senado acabó con su absolución, el 12 de febrero, aunque la votación relativa a los dos fundamentos de la recusación (el perjurio y la obstrucción a la justicia) se ajustó básicamente a la distinta orientación de los partidos y estuvo a punto de alcanzar los dos tercios de la mayoría necesaria para una declaración de culpabilidad.

El asunto Clinton-Lewinsky fue sin duda el escándalo sexual más significativo de la historia política estadounidense. Durante más de un año, fue el tema predominante en las noticias y puso a Clinton a un paso de ser destituido de su cargo. Sin embargo, como sucede con la mayoría de los escándalos sexuales de naturaleza política, lo que estuvo a punto de hacer caer a Clinton fueron más las transgresiones de segundo orden que sus encuentros ilícitos con la antigua becaria: si Clinton no hubiese tratado de ocultar su relación con Lewinsky en la época en que fue llamado a declarar en el caso Paula Jones, es poco probable que el asunto se hubiera convertido en una fuente de materiales lo suficientemente fecunda como para generar una nueva ampliación de las investigaciones y culminar en un proceso de recusación. Indudablemente, la revelación de estas relaciones habría planteado dificultades a Clinton y habría resultado perjudicial para él, sobre todo produciéndose al hilo de revelaciones relacionadas con otros incidentes y asuntos sexuales. Sin embargo, el intento de mantener oculta la relación con Monica Lewinsky resultó ser un desastre, porque eso fue lo que le condujo a cometer las transgresiones de segundo orden relacionadas con el caso Paula Jones y lo que dio a Kenneth Starr los argumentos que buscaba para sacar adelante su proceso contra el presidente.

Mucho se ha hablado del hecho de que Starr fuera un hombre de profundos valores y creencias conservadores y del hecho de que las minutas legales de Paula Jones fuesen pagadas por el Instituto Rutherford, igualmente perteneciente al ala derecha del arco político: no hay la menor duda de que Clinton, como reformista liberal que aún profesaba parte del idealismo de los años sesenta, tenía muchos enemigos políticos. Tampoco cabe ninguna duda de que hay algo de cierto en el argumento —esgrimido por Hillary Clinton pero desarrollado con mucho mayor detalle por otras personas[32]— que sostiene que la tenaz investigación del caso Lewinsky se vio alimentada

32. Véanse, por ejemplo, las siguientes obras: James D. Retter, *Anatomy of a Scandal: An Investigation into the Campaign to Undermine the Clinton Presidency*, Los Angeles, General Publishing Group, 1998; Joe Conason y Gene Lyons, *The Hunting of the President: The Ten-Year Campaign to Destroy Bill and Hillary Clinton*, Nueva York, St Martin's Press,

por las actividades de individuos y organizaciones conservadoras que estaban decididos a desacreditar a los Clinton, y que también estaban dispuestos a utilizar sus contactos con los medios como forma de lograr sus fines. Además, cuando el escándalo Lewinsky estalló, en enero de 1998, lo hizo en un contexto político altamente polarizado, y el escándalo se convirtió inmediatamente en el foco en torno al cual iban a librarse las contiendas entre demócratas y republicanos. No obstante, el propio Bill Clinton fue en algunos aspectos su peor enemigo. En una época de elevada visibilidad mediática, entregarse a los devaneos con la asiduidad con que Clinton parecía hacerlo era, cuando menos, políticamente temerario. Al permitirse una aventura con una joven becaria de la Casa Blanca, no sólo se expuso a la acusación de ser un mujeriego, sino también a la imputación de haber abusado de su posición de poder. Todo presidente tiene sus enemigos, pero el propio Clinton no se hizo ningún favor al proporcionar a sus enemigos una generosa cantidad de argumentos.

A los ojos de muchos estadounidenses corrientes, el escándalo Clinton-Lewinsky fue un acontecimiento que había adquirido proporciones desmedidas por la combinación de los intereses partidistas con una publicidad hecha a bombo y platillo por los medios de comunicación. El caso Clinton-Lewinsky fue un auténtico escándalo mediático, impulsado por un obstinado equipo de investigación y por una multitud de organizaciones mediáticas que se ponían la zancadilla unas a otras con el fin de publicar las revelaciones de última hora. Para muchas personas, era un escándalo que se había convertido en una realidad capaz de perpetuarse sola, alimentada por las actividades y los comentarios de los políticos y los profesionales de los medios de comunicación que anduvieron cerca de perder el sentido de las proporciones en cuanto a la gravedad de las infracciones cometidas. La opinión de muchas personas respecto al carácter y la integridad de Clinton quedó considerablemente mermada por el escándalo, y muchos consideraron que había devaluado el cargo de la presidencia. Pero al mismo tiempo pensaron que había realizado de forma competente sus obligaciones como presidente y que la gravedad de las infracciones —tanto en lo concerniente al asunto que constituía el núcleo del escándalo como en lo referente a las transgresiones de segundo orden cometidas en relación con él— no poseía la entidad suficiente como para exigir su dimisión o su recusación. Y sobre este particular estaban probablemente en lo cierto.

6

LOS ESCÁNDALOS FINANCIEROS EN LA ESFERA POLÍTICA

Los escándalos financieros que se producen en la esfera política se basan en alegaciones sobre la malversación de fondos o sobre otras irregularidades financieras. Generalmente implican el descubrimiento de vinculaciones ocultas (o la revelación de alegaciones sobre vinculaciones ocultas) entre el poder económico y el político, vinculaciones que se consideran impropias y que, al ser reveladas, hacen estallar el escándalo. Es probable que las actividades que se encuentran en el epicentro de los escándalos político-financieros impliquen la violación de las normas que rigen la adquisición y la asignación de los recursos económicos. En algunos casos también pueden implicar la violación de las leyes que regulan las transacciones financieras y la utilización de los recursos por parte de los individuos que desempeñan un cargo público o que aspiran a ocuparlo. De ahí que los escándalos financieros tengan mayores probabilidades que los escándalos sexuales de plantear problemas legales y de desembocar en una investigación penal.

En este capítulo quiero concentrarme en los escándalos político-financieros y examinar algunas de sus características. Empezaré considerando la naturaleza de los escándalos político-financieros desde un punto de vista general, analizando la relación entre este tipo de escándalo y otros factores institucionales, legales y culturales de mayor alcance. Luego examinaré por separado el incremento de los escándalos político-financieros en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, poniendo de relieve algunos de sus rasgos diferenciales. Por último, examinaré con algún detalle los asuntos concernientes a una transacción especulativa de terrenos en Arkansas que amenazó con provocar el descarrilamiento de la administración Clinton a principios de la década de los noventa: el denominado caso Whitewater.

La interconexión entre el dinero y del poder

Los escándalos político-financieros se basan en la revelación de actividades realizadas por personalidades políticas o por funcionarios públicos (o

en alegaciones sobre tales actividades) que implican la violación de las normas que rigen la adquisición y el uso del dinero y otros recursos financieros. Podemos distinguir varias formas de escándalo político-financiero, según sea el tipo de violación que conlleve. Una de esas formas implica un inadecuado intercambio de recursos económicos (dinero, regalos, etcétera) realizado con el propósito de influir en determinadas decisiones o resultados políticos —es decir, implica, en otras palabras, la práctica del soborno—. Un segundo tipo implica la apropiación indebida de fondos públicos, el fraude, el engaño o la mala utilización de la información para la obtención de un beneficio personal o privado. Una tercera forma implica la existencia de intereses económicos privados o sin declarar que podrían entrar en conflicto, o suscitar la opinión de que entran en conflicto, con las obligaciones y responsabilidades públicas de un político. El cuarto tipo comprende varias clases de corrupción electoral y de procedimientos ilegales, incluyendo el soborno de electores, la división amañada de los distritos electorales para obtener ventaja en las elecciones, y la apropiación indebida de los fondos destinados a la campaña. De distintas maneras, las diversas formas de escándalo político-financiero ponen de relieve la existencia de una interconexión ilícita entre el dinero y el poder, y de este modo aumentan las posibilidades de que las normas y los procedimientos para el ejercicio del poder político puedan verse comprometidos por la influencia de ocultos intereses económicos.

Muchas de las infracciones que subyacen bajo los escándalos político-financieros pueden considerarse vagamente como formas de corrupción —aunque «corrupción» sea un término amplio, como hemos visto, y pese a que existan formas de corrupción que no necesariamente impliquen un engaño financiero (como sucede, por ejemplo, con el nepotismo)—. Además, por sí sola, la existencia de sobornos o de actividades corruptas no hace estallar un escándalo político-financiero. El soborno o la corrupción pueden mantenerse ocultos (y a menudo eso es lo que sucede); e incluso en algunos contextos, pese a ser actividades conocidas, pueden tolerarse, pasarse por alto o aceptarse como una práctica casi legítima (según lo que George Washington Plunkitt del Tammany Hall llamaba «honesto soborno»[1]). La historia de los escándalos político-financieros no coincide con la historia del

1. Tammany Hall era el comité ejecutivo del Partido Democrático organizado en la ciudad de Nueva York en 1789. Ejercía el poder político mediante una paternalista mezcla de caridad y clientelismo. El comité representaba la oposición de clase media al aristocrático Partido Federalista. Paradójicamente, puesto que llegaría a ser conocido como un denso foco de corrupción, el nombre de este comité proviene de una asociación prerrevolucionaria que honraba la memoria del sabio y caritativo jefe indio Tammanend. (*N. del t.*)

soborno y la corrupción, porque el hecho de que se produzcan escándalos político-financieros presupone la existencia de unas específicas condiciones sociales y culturales. Un escándalo político-financiero sólo se producirá si las infracciones en cuestión llegan a revelarse en público y únicamente si se consideran, en un determinado contexto, como acciones lo suficientemente graves como para provocar una respuesta de pública desaprobación.

La historia de los escándalos político-financieros, así como la naturaleza y el alcance de esos escándalos en la actualidad, varían considerablemente de un contexto nacional a otro. Estas diferencias se pueden explicar mediante una combinación de varios factores: *a*) las diferencias históricas e institucionales en los sistemas del poder político y en las relaciones entre el poder político y el económico; *b*) las diferencias en el derecho y en los códigos de actuación práctica —tanto formales como informales— que regulan las actividades de los políticos y de los funcionarios del Estado; *c*) las diferencias en la amplitud con que los periodistas y otros profesionales investigan las infracciones, y las diferencias en el tratamiento informativo reflejado en la prensa; y *d*) las diferencias en el grado y la extensión del carácter moral y políticamente inaceptable que merecen las infracciones que salen a la luz pública. La historia de los escándalos político-financieros es una historia moldeada por la influencia acumulada de estos factores institucionales, legales y culturales, y de ahí que sea una historia capaz de reflejar las específicas y diversas características de las culturas nacionales concretas.

Italia, por ejemplo, es un país en donde los escándalos político-financieros han desempeñado un destacado papel en las últimas décadas. Sin embargo, para comprender estos escándalos, hemos de percibir que forman parte y son inseparables de la larga historia de corrupción institucionalizada e intercambio clientelista que sostiene al sistema político italiano.[2] El restablecimiento del sistema de partidos tras la Segunda Guerra Mundial se fundó en parte en las formas de clientelismo y corrupción que venían existiendo en Italia desde las primeras fases de la formación del Estado. Dada la relativa debilidad de las instituciones políticas formales, gran parte del poder quedaba concentrado en manos de los partidos políticos, que establecieron complejas relaciones para entablar negociaciones y realizar intercambios con el fin de consolidar y ampliar las bases de su poder. Los partidos

2. Véase Judith Chubb y Maurizio Vannicelli, «Italy: A Web of Scandals in a Flawed Democracy», en Markovits, Andrei S. y Silverstein, Mark (comps.), *The Politics of Scandal: Power and Process in Liberal Democracies*, Nueva York, Holmes and Meier, 1988, págs. 122-150.

penetraban en muchas esferas de la actividad social, política y económica, creando extensas redes de interdependencia en las que el respaldo al partido se recompensaba con influencias y beneficios de distinta índole. La corrupción era endémica y sistémica; además, resultaba hasta cierto punto tolerada, puesto que las redes de la mutua dependencia estaban muy difundidas.

Por consiguiente, ¿cuál fue la razón de que, durante las décadas de los ochenta y los noventa, estallaran súbitamente en Italia una serie de escándalos político-financieros que afectaban a las altas esferas? La aparición de estos escándalos estuvo unida al derrumbe del imperio del sistema de partidos y a las formas de padrinazgo e intercambio clientelista en las que se había basado. A principios de los ochenta, el Partido Cristianodemócrata, que había dominado los gobiernos de coalición de la posguerra, perdió el monopolio de la presidencia del gobierno; y la metamorfosis del Partido Comunista debilitó aún más las antiguas alianzas, que en parte se habían basado en una estrategia tendente a excluir a los comunistas del poder. Cuando las viejas alianzas empezaron a desmoronarse, aumentaron las oportunidades para desenmascarar las corrupciones y los niveles de tolerancia empezaron a declinar. Una larga serie de escándalos político-financieros empezó a desvelar las ocultas formas de corrupción e intercambio clientelista que se habían convertido en rasgos profundamente arraigados en la vida política italiana.

La historia de los escándalos político-financieros en Gran Bretaña es muy diferente de la de Italia, y lo mismo sucede con la historia de los escándalos político-financieros producidos en los Estados Unidos y en cualquier otro lugar. Cada una de estas historias encierra en sí misma una enorme complejidad, y es difícil que un breve análisis pueda hacerle justicia. Sin embargo, incluso una rápida relación del desarrollo de los escándalos político-financieros en Gran Bretaña y los Estados Unidos nos permitirá comprender que cada una de estas historias muestra ciertas características distintivas, y nos capacitará para discernir algunas similitudes y diferencias generales. Durante el siglo XIX hubo en Gran Bretaña un prolongado intento de suprimir la corrupción en la vida política. Como veremos, esto no eliminó por completo la corrupción ni suprimió definitivamente el margen para la aparición de escándalos relacionados con actividades corruptas, pero redujo las formas de corrupción más patentes, como el liso y llano soborno, y tendió a conseguir que los escándalos político-financieros fueran adquiriendo formas más sutiles, como, por ejemplo, las que implicaban conflictos de interés o intercambio de favores. En las primeras décadas del siglo XX, el abuso del sistema de distribución de honores era un foco de escánda-

los de este tipo, aunque, en décadas más recientes, las controversias han solido estar predominantemente relacionadas con los intereses extraparlamentarios de los miembros del Parlamento.

En los Estados Unidos, por el contrario, la corrupción en el transcurso del siglo XIX llegó a ser relativamente generalizada y se atrincheraba en los distintos escalones del gobierno debido en parte a ciertos desarrollos sociales y económicos, como el rápido crecimiento de las ciudades y la aparición de las estructuras municipales de los partidos. En los Estados Unidos de finales del siglo XIX, los escándalos político-financieros eran muy abundantes; y los escándalos de gran envergadura —el más notable fue el escándalo del Teapot Dome— también fueron destacados protagonistas durante los primeros años del siglo XX. A partir de la década de los cincuenta, los escándalos político-financieros en los Estados Unidos se han venido centrando cada vez más en cuestiones relacionadas con los conflictos de interés. El contexto actual, en el que las presiones políticas constituyen una práctica muy difundida, donde las campañas políticas resultan exorbitantemente caras y —sobre todo a partir del caso Watergate— en el que los niveles de suspicacia y ansiedad son importantes, ha demostrado ser un terreno abonado para el escándalo.

Intereses privados y obligaciones públicas

La historia de los escándalos político-financieros en Gran Bretaña forma parte de una historia mucho más larga —que se remonta a principios de la era moderna e incluso a épocas anteriores— de luchas políticas vinculadas a los usos y presuntos abusos de los recursos del Estado y los fondos públicos. El sistema político que existía en los primeros años de la Inglaterra moderna, al igual que el que prevalecía en los comienzos de otros modernos Estados europeos, incluía la práctica de numerosas formas de corrupción, entre las cuales cabe destacar el clientelismo, el nepotismo, el soborno, el cohecho, la venta de títulos y la apropiación indebida de fondos públicos. De vez en cuando, estas formas de corrupción se convirtieron en cuestiones políticas muy disputadas —como ocurrió, por ejemplo, durante el reinado de Jaime I—. En 1619, el Tribunal de la Cámara inició un proceso contra el conde de Suffolk por malversación de los recursos de la corona; en 1621, se acusó al presidente de la Cámara de los Lores, Francis Bacon, de haber aceptado sobornos; y tres años más tarde se acusó también al ministro del Tesoro, Lionel Cranfield, al que se imputaban cargos de soborno y corrup-

ción.[3] A finales del siglo XVIII y principios del XIX, viéndose obligado a enfrentarse a las crecientes críticas, el Parlamento realizó un decidido esfuerzo para suprimir las prácticas de soborno y corrupción existentes en el gobierno. Este movimiento de reforma culminó en una serie de decretos del Parlamento —aprobados en 1889, 1906 y 1916, habitualmente denominados Decretos para la prevención de la corrupción— que estipularon un amplio conjunto de normas concebidas para ilegalizar el soborno y la corrupción tanto en la esfera pública como en la privada.

Con el incremento de los escándalos mediáticos en los siglos XIX y XX, las denuncias relativas a la existencia de corrupción entre los funcionarios públicos llegaron a convertirse en el tema común de la mayoría de los escándalos ocurridos en la esfera política. Aunque es posible que se redujera algo la extensión de la corrupción gracias al conjunto de reformas puestas en marcha en el siglo XIX, las denuncias públicas por corrupción fueron muy abundantes en la Gran Bretaña de los últimos años de los reinados de Victoria I y Eduardo VII. Las revelaciones que surgieron de las investigaciones por bancarrota realizadas como consecuencia del derrumbamiento en 1898 del imperio constituido por los negocios de Ernest Hooley —un antiguo industrial de Nottingham dedicado a reflotar empresas que había amasado una pequeña fortuna utilizando métodos dudosos para promocionar las compañías y vender sus productos— aumentaron la preocupación que el público sentía por el abuso del poder corporativo y por la interrelación de los intereses del mundo político y el de los negocios. (Uno de los habituales procedimientos de Hooley y otros promotores de grandes compañías consistía en pagar a políticos y a nobles con título para que accedieran a hacer figurar sus nombres en los diferentes consejos de administración de las empresas —los llamados «directivos cobaya»— con el fin de dar un aire de seriedad a precarias aventuras empresariales.) Durante la guerra anglobóer, la atmósfera política en Westminster estaba saturada por las denuncias que afirmaban que los contratistas militares estaban obteniendo unos beneficios exorbitantes a costa de los contribuyentes y que el ministro de la Colonia, Joseph Chamberlain, había dado pruebas de favoritismo hacia determinadas compañías (en particular hacia la firma Kynoch & Co., de Bir-

3. Véase Alan Doig, *Corruption and Misconduct in Contemporary British Politics*, Harmondsworth, Penguin, 1984, págs. 40-42; Robert Zaller, *The Parliament of 1621: A Study in Constitutional Conflict*, Berkeley, University of California Press, 1971, págs. 75-90; Robert E. Ruigh, *The Parliament of 1624: Politics and Foreign Policy*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1971, págs. 316-344.

mingham, cuyo presidente, Arthur Chamberlain, era hermano de Joseph, y hacia la firma Hoskins & Sons Ltd, cuyo director gerente, Neville Chamberlain, era hijo de Joseph). El diario liberal titulado *Morning Leader* tomó la iniciativa al revelar los intereses financieros y los vínculos familiares del ministro de la colonia, lo que contribuyó a convertir el «escándalo de los contratos» en una controversia política de primera magnitud.[4]

Al lanzar sus ataques contra Chamberlain y, con carácter más general, contra la administración Balfour, los liberales tendían a presentarse a sí mismos como un partido con más apego que sus adversarios a las normas morales elevadas. Cuando los liberales llegaron al poder en 1906, estaban deseando evitar el tipo de escándalos por corrupción que había arruinado a la administración Balfour. La primera medida que llegó a plasmarse en forma de código fue la Ley para la Prevención de la Corrupción de 1906. Sin embargo, y a pesar de sus buenas intenciones, los liberales que estaban en el poder se vieron atacados por la plaga de sus propios escándalos relacionados con la corrupción. Fueron objeto de los ataques que les lanzaron los contrariados unionistas y otros grupos que sentían profundas sospechas respecto del fariseísmo de los liberales y que se mostraban incansablemente decididos a destapar todas las actividades corruptas de la nueva administración. En los diarios y periódicos como el *Morning Post*, el *National Review* y el *Eye-Witness* proliferaron las acusaciones. Sin embargo, lo que sumió en la crisis al gobierno liberal fue la revelación de que varios de sus ministros habían especulado con acciones de la compañía Marconi estadounidense.

Los orígenes del escándalo Marconi se encuentran en un plan remitido al Ministerio de las Colonias en 1910 por la Compañía de telegrafía sin hilos Marconi. En ese plan se ofrecía la posibilidad de establecer una red de estaciones de telegrafía sin hilos capaz de unir entre sí las diferentes partes del imperio británico.[5] En marzo de 1912, la Oficina central de Correos firmó un acuerdo con la compañía Marconi en el que se estipulaba la construcción de las primeras seis estaciones, pero el gobierno se vio forzado a posponer su ratificación ante la aparición de unos rumores en el centro de Londres que afirmaban que había pactos secretos tras las acciones de Marconi. El

4. Para un examen más detallado de los escándalos relacionados con irregularidades en las contrataciones, véase G. R. Searle, *Corruption in British Politics 1859-1930*, Oxford, Oxford University Press, 1987, capítulo 3.

5. Véase Frances Donaldson, *The Marconi Scandal*, Londres, Rupert Hart-Davis, 1962; véase también, Searle, *Corruption in British Politics*, capítulo 8.

precio de las acciones subió de forma espectacular en marzo y abril (de tres libras con seis chelines y tres peniques en diciembre de 1911 a nueve libras en abril), y era del dominio público que algunos de los miembros del gobierno de Asquith tenían contactos con la compañía Marconi (el fiscal del Tribunal Supremo, Rufus Isaacs, era hermano del director gerente de la compañía Marconi de Gran Bretaña, Godfrey Isaacs). Empezó a sospecharse en ciertos círculos que algunos miembros del gobierno habían utilizado su posición y su influencia para tratar de garantizar un amplio contrato del que ellos mismos (o algunos miembros de su familia) se beneficiarían personalmente, y había quien creía que determinados ministros del reino habían usado su íntimo conocimiento de la marcha de las negociaciones vinculadas a ese contrato para especular con las acciones de Marconi.

Los rumores sobre estas cuestiones circularon en Westminster a lo largo de todo el verano de 1912, y a últimos de julio, los rumores empezaron a plasmarse en la prensa. El 20 de julio apareció un artículo en el semanario *Outlook*, y en agosto comenzaron a aparecer una serie de artículos en el *Eye-Witness* bajo el titular: «El escándalo Marconi» (etiqueta que se convirtió en la denominación del caso). El 11 de octubre, en el transcurso de un debate en la Cámara de los Comunes, tanto Isaacs como Lloyd George, el ministro de Hacienda, desmintieron los rumores y negaron cualquier infracción. Sin embargo, el gobierno accedió a designar un comité con miembros seleccionados de la Cámara con el fin de que se investigase el asunto. A medida que avanzaba la investigación, fue saliendo a la superficie un nuevo e inesperado aspecto. En marzo de 1912, Godfrey Isaacs marchó a Nueva York para tratar algunos negocios relacionados con la compañía Marconi estadounidense, de la que era director. (Las compañías Marconi británica y estadounidense eran formalmente distintas, pero la compañía inglesa tenía importantes intereses en la compañía estadounidense.) Cuando Godfrey Isaacs regresó a Londres, se reunió con sus hermanos, Rufus y Harry, y les ofreció la posibilidad de comprar acciones de la compañía Marconi estadounidense, que planeaba una nueva emisión de valores en el mercado londinense. Harry decidió comprar 50.000 acciones; Rufus declinó la oferta al principio, pero una semana más tarde decidió comprar 10.000 acciones a su hermano Harry. A su vez, Rufus ofreció 1.000 acciones a Lloyd George y otras 1.000 a lord Murray, señor de Elibank, que era inspector del gobierno. Más tarde, Murray compró otras 3.000 acciones en nombre del Partido Liberal. De este modo, los ministros habían adquirido acciones de la compañía Marconi estadounidense, a precios ventajosos, antes de que hubieran quedado a disposición del público en el mercado de valores y a sabiendas de que la

compañía Marconi británica había firmado el acuerdo para el contrato con la Oficina central de Correos.

La revelación de las maniobras secretas proporcionó un nuevo ímpetu al escándalo. Los hermanos Isaacs y Lloyd George fueron llamados a declarar ante el comité elegido y se examinó con detalle su compra de las acciones de la compañía Marconi estadounidense. Sin embargo, el comité elegido dividía sus opiniones en función de las tendencias partidistas, y el resultado de sus nueve meses de investigaciones no fue concluyente. El informe acordado por la mayoría señaló que la compañía Marconi estadounidense no tenía interés en el contrato entre la compañía inglesa y el gobierno británico y absolvió a los ministros de toda culpa, pese a que el informe redactado por la minoría rechazaba este punto de vista y acusaba a los ministros de graves irregularidades en la compra de las acciones. Muchos consideraron el informe mayoritario como un acto de encubrimiento de faltas. Isaacs y Lloyd George se habían negado tajantemente a admitir cualquier infracción, pero durante el debate celebrado en la Cámara de los Comunes el 18 de junio de 1913 presentaron, con restricciones y matices, sus disculpas, admitiendo que, de haber tenido la experiencia de que ahora, retrospectivamente, disfrutaban, no habrían realizado las transacciones («Actué de forma descuidada, y me equivoqué, pero actué inocentemente», fueron las palabras de Lloyd George[6]). Al día siguiente, la Cámara votó una resolución, en la que hubo una mayoría gubernamental de 78 votos, por la que se aceptaban las excusas de los ministros pero que rechazaba la acusación de corrupción y les absolvía por haber actuado en todo momento de buena fe.

El gobierno liberal sobrevivió al escándalo Marconi y las carreras políticas de Isaacs y Lloyd George no se vieron significativamente afectadas por él. (En medio de cierta polémica, Asquith ascendió a Isaacs al cargo de lord magistrado jefe en octubre de 1913, y Lloyd George siguió ascendiendo hasta llegar a ser primer ministro.) Sin embargo, el escándalo Marconi no fue un acontecimiento aislado; al mismo tiempo que se desarrollaba, aparecieron denuncias por corrupción relacionadas con la compra de lingotes de plata por el Ministerio de la India, y con denuncias que sostenían que el Partido Liberal había obtenido beneficios de un contrato gubernamental con la compañía mejicana Eagle Oil para suministrar combustible a la marina. Los gobiernos de Asquith y Lloyd George también se vieron asediados por denuncias de corrupción relacionadas con el sistema de distribución de honores. Determinados títulos como los que otorgan la dignidad de par, las ba-

6. Citado en Donaldson, *The Marconi Scandal*, pág. 215.



13. «El pulpo Marconi», según la lámina del *Punch* del 18 de junio de 1913. La revelación de las maniobras secretas en torno a las acciones de Marconi puso en peligro al gobierno liberal de Asquith.

ronías o las hidalguías se conceden en principio por algún servicio público distinguido. Sin embargo, era frecuente que existiese la sospecha de que algunos individuos recibían los títulos más como compensación por las contribuciones realizadas a las arcas de algún partido que por sus méritos en la vida pública. Las denuncias sobre el tráfico de honores eran relativamente frecuentes en las primeras décadas del siglo xx; se consideraba en amplios círculos que los partidos políticos, tanto conservadores como liberales, habían abusado con regularidad del sistema de distribución de honores con el fin de ofrecer una gratificación a los donantes generosos. No obstante, el descontento en torno al sistema de distribución de honores alcanzó su punto culminante en 1922, cuando el gobierno de coalición de Lloyd George anunció su intención de conceder el título de par al accionista y propietario de minas surafricano Joseph Robinson.

Había motivos para preocuparse por la concesión de la dignidad de par a Robinson, ya que las credenciales de su contribución a la esfera pública estaban lejos de resultar claras. Robinson había sido multado con 500.000 libras esterlinas por prácticas empresariales fraudulentas en Suráfrica, y el Consejo Privado del rey había rechazado su solicitud de apelación. Cuando su nombre apareció en la Lista de Honores que se expone con motivo del cumpleaños de la reina, los críticos de la coalición de gobierno se apresuraron a denunciar este hecho como un flagrante abuso del sistema. El *Morning Post* lo combatió alegando que se trataba de un nuevo signo de la corrupción política que había comenzado con el escándalo Marconi, e inició su propia investigación con el fin de descubrir el tráfico y la compra de títulos. Lloyd George se vio obligado a celebrar un debate en la Cámara de los Comunes el 17 de julio, y a poner en marcha una comisión real para examinar el sistema de honores. Alguien persuadió al propio Robinson para que declinara recibir la dignidad de par, cosa que hizo mediante una carta leída ante la Cámara de los Lores el 29 de junio.

El escándalo relacionado con el tráfico de honores fue sin duda un difícil momento para Lloyd George y su gobierno de coalición. Lloyd George no conservó el poder durante el tiempo suficiente como para actuar en cumplimiento de las recomendaciones de la comisión real (dimitió en octubre de 1922), pero su sucesor, Bonar Law, aceptó la necesidad de incorporar algunas modificaciones al sistema. Dados los términos de referencia de la comisión real (que se concentraba en aconsejar al gobierno sobre los procedimientos que debían adoptarse en el futuro en vez de investigar los acontecimientos del pasado), su informe hizo muy poco para apaciguar a los críticos que consideraban que Lloyd George había abusado sistemáticamente

del sistema de honores, elaborando una red de corredores y revendedores de títulos —como Maundy Gregory, al que algunos consideraban el organizador del tráfico y la compra de títulos[7]— para llenar las arcas del Partido Liberal. Sin embargo, el escándalo centró el debate público sobre la cuestión de la corrupción política y en la mala utilización de los honores públicos para fines privados o vinculados a objetivos partidistas. También contribuyó a agrandar la brecha entre Lloyd George y el Partido Conservador y a debilitar aún más una ya frágil coalición de gobierno.

Los asuntos suscitados por estos escándalos durante las dos primeras décadas del siglo xx continuaron gravitando sobre la vida política británica en las décadas siguientes, manifestándose de vez en cuando a través de nuevos escándalos que implicaban denuncias de corrupción en la vida pública. En 1949, John Belcher dimitió como miembro laborista del Parlamento por el condado de Sowerby tras unas revelaciones que le acusaban de haber aceptado regalos, vacaciones y diversiones durante su permanencia en el cargo de secretario general de Comercio en el gobierno de posguerra de Clement Attlee —privilegios entre los que sobresalían notablemente los concedidos por Sidney Stanley, un intrigante que persuadió a los hombres de negocios de que podía arreglar las cosas en la esfera política y que en ocasiones les indujo a entregar sumas muy importantes con ese objeto—. Sin embargo, uno de los escándalos político-financieros más significativos de la reciente historia británica fue el escándalo que salió a la luz a raíz de las actividades del emprendedor arquitecto de Yorkshire, John Poulson.

En 1932, Poulson se instaló en un pequeño estudio de arquitecto en Pontefrac, situado en West Yorkshire. En el transcurso de los 30 años siguientes hizo crecer su estudio y consiguió una de las compañías de más éxito en todo el nordeste de Inglaterra. Poulson obtenía muchos contratos a través de las autoridades locales y las industrias que habían sido nacionalizadas. En 1964, Poulson fundó una nueva compañía con la intención de obtener más contratos en el extranjero y fichó al miembro conservador del Parlamento Reginald Maudling para que actuase como presidente. Maudling había entrado a formar parte del Parlamento en 1950 y se había convertido en ministro de Hacienda con el gobierno de Harold Macmillan, a principios de los sesenta. Cuando los conservadores regresaron al poder en 1970, Maudling se convirtió en ministro del Interior en el gobierno de Ed-

7. Véase Tom Cullen, *Maundy Gregory: Purveyor of Honours*, Londres, Bodley Head, 1974.

ward Heath. Sin embargo, aproximadamente al mismo tiempo, el imperio empresarial de Poulson empezó a derrumbarse. En 1972, Poulson se declaró en bancarrota y, en las auditorías que siguieron, salió a la luz que había realizado una serie de importantes pagos en metálico a determinados políticos locales, miembros del Parlamento y funcionarios públicos a los que también había entregado regalos. Entre esos pagos estaba el de la concesión de una renta anual de 5.000 libras esterlinas al Fideicomiso Teatral Adeline Genée, una institución de caridad sostenida por la mujer de Maudling. El 18 de julio de 1972, Maudling dimitió repentinamente como ministro del Interior. Poco después se supo que no sólo Poulson había fijado aquella renta anual, sino que Maudling también había adquirido un importante paquete de acciones en las compañías de Poulson y que su hijo había sido nombrado director de una de ellas. Poulson fue declarado culpable del cargo de corrupción y condenado a pena de reclusión; otros muchos, incluyendo a altos funcionarios públicos y a destacados políticos locales, también fueron juzgados. Maudling y otros dos miembros del Parlamento que habían tenido tratos con Poulson —John Cordle y Albert Roberts— no fueron condenados por haber cometido actividades delictivas, pero el escándalo relacionado con sus ocupaciones corruptas puso fin a la carrera ministerial de Maudling.[8]

El asunto Poulson reavivó en el parlamento y en la prensa el debate sobre los intereses económicos privados de los miembros del Parlamento. Esta cuestión había sido tratada en 1969 en una investigación parlamentaria, aunque apenas se emprendieron acciones en aquel momento. Tras la resaca del asunto Poulson, el Parlamento decidió establecer un Censo de Intereses de los Miembros del Parlamento en el que se esperaba que los parlamentarios declararan sus principales intereses económicos. Sin embargo, este sistema se convirtió, en la práctica, en un sistema de autorregulación que concedía un amplio margen de discrecionalidad a los miembros del Parlamento, ya que era suya la responsabilidad de decidir qué intereses financieros eran fundamentales y cuáles debían por tanto comunicarse al Censo. La falta de claridad en lo relativo a las normas que debían regir esa indicación, unida al crecimiento de los grupos de presión y a la persistencia de una larga tradición de tolerancia en lo concerniente a las actividades económicas privadas de los miembros del Parlamento, han contribuido al hecho de que bajo ningún concepto pueda decirse que haya desaparecido hoy

8. Para un análisis más detallado del caso Poulson, véase Doig, *Corruption and Misconduct*, capítulo 5.

el tipo de condiciones que en décadas pasadas sostenía la existencia de escándalos político-financieros en Gran Bretaña.

Esto quedó puntualmente demostrado por una serie de escándalos que afectaron al gobierno conservador de John Major a principios de los años noventa, y que contribuyó a la creciente reputación corrupta de los conservadores. Estos escándalos se centraron en torno a la disposición de los miembros del Parlamento, prestos a actuar en nombre de intereses externos al ejercicio de sus deberes parlamentarios. A principios de los años noventa, circularon algunos rumores en Westminster que indicaban que algunos miembros del Parlamento estaban aceptando, en secreto, dinero en efectivo para plantear ciertas preguntas al Parlamento. (La presentación de cuestiones parlamentarias es un medio por el que los miembros del Parlamento pueden exigir información al gobierno, dado que el ministro al que se dirijan está obligado a contestar.) Sin embargo, pese a los rumores, no hubo evidencia clara de que la práctica estuviese efectivamente realizándose —al menos hasta que varios informadores que trabajaban en el equipo de investigación del *Sunday Times* se propusieron probarlo—. Fingiendo ser un hombre de negocios, uno de los reporteros se puso en contacto con diez miembros laboristas y con otros diez miembros conservadores del Parlamento y les ofreció 1.000 libras por plantear una pregunta. Dos de los miembros del Parlamento —ambos conservadores, Graham Riddick y David Tredinnick— aceptaron el dinero (aunque Riddick, reconsiderando la idea, devolvió posteriormente el cheque). El 10 de julio de 1994, el *Sunday Times*, bajo el titular «Desvelado: hay miembros del Parlamento que aceptan 1.000 libras por plantear una pregunta parlamentaria», publicó la historia que precipitaría el escándalo del «dinero por preguntas». Al principio Tredinnick negó las acusaciones, pero, en secreto, el reportero había registrado en cinta sus conversaciones con el miembro del Parlamento y, cuando el *Sunday Times* publicó las cintas, los desmentidos de Tredinnick se vinieron abajo. El asunto fue puesto en manos del Comité de privilegios parlamentarios para su investigación. Pero antes de que el comité pudiera completar su investigación y emitir sus recomendaciones, otros ministros quedaron atrapados en el rápido desarrollo de una cascada de denuncias de corrupción.

El 20 de octubre de 1994, el *Guardian* publicó una historia relacionada con el escándalo del «dinero por preguntas» que había venido investigando por espacio de varios meses. Esa historia denunciaba que dos miembros conservadores del Parlamento, Tim Smith y Neil Hamilton, habían sido pagados por el empresario egipcio Mohamed Al Fayed con el fin de que plan-


The Guardian

Disgraced former minister and lobbyist abandon £10m case at last minute

A liar and a cheat

New evidence halts MP's libel suit

Comment

A pattern of corruption and deceit

14. Portada del *Guardian* del 1 de octubre de 1996, al día siguiente de que la demanda de difamación interpuesta por Neil Hamilton contra el periódico se hubiera venido abajo. La reputación de Hamilton quedó destrozada por el escándalo del soborno económico a cambio de preguntas al Parlamento y por sus desafortunadas demandas por difamación contra el *Guardian* y Mohamed Al Fayed.

teasen preguntas que pudiesen ayudarle en su áspera batalla por el control de los almacenes Harrods.[9] Smith dimitió inmediatamente como ministro para Irlanda del Norte, pero Hamilton negó las acusaciones y demandó al *Guardian* por difamación. La posición de Hamilton se vio debilitada por la revelación adicional de que él y su mujer habían pasado seis noches en una ocasión (en septiembre de 1987) en el Hotel Ritz de París como invitados de Al Fayed, que era su propietario; al parecer, en el transcurso de aquella se-

9. Para una explicación del asunto Hamilton escrita por dos periodistas, véase David Leigh y Ed Vulliamy, *Sleaze: The Corruption of Parliament*, Londres, Fourth Estate, 1997.

mana, los Hamilton contrajeron deudas por valor de 2.000 libras esterlinas, cantidad que fue abonada por Al Fayed. Hamilton se vio obligado a dimitir como ministro de Comercio y su demanda por difamación llegó a un punto muerto, ya que aparecieron nuevas evidencias de que había aceptado pagos de Al Fayed y de Ian Greer, miembro de varios grupos de presión que trabajaba en nombre de Al Fayed —«Mentiroso y tramposo» fue el titular en negrita del *Guardian*, justo encima de una gran fotografía de Hamilton, al día siguiente de que sus argumentos se derrumbaran—. Hamilton continuó proclamando su inocencia (más tarde admitió haber aceptado dinero de Greer pero negó haber hecho lo mismo con el dinero de Al Fayed, al que también demandó —sin éxito— por difamación[10]). En cualquier caso, este miembro del Parlamento quedó totalmente desacreditado por el asunto y, en las elecciones generales de 1997, perdió su escaño como parlamentario.

Neil Hamilton no iba a ser el único ministro del gobierno que llegaría a lamentar haber aceptado la hospitalidad del Ritz parisino. En el transcurso de unas investigaciones realizadas en relación con las actividades de Tim Smith y Neil Hamilton, el director del *Guardian* recibió de Al Fayed la información de que otro miembro conservador del Parlamento, Jonathan Ait-

10. Hamilton demandó a Al Fayed por las denuncias expresadas por éste al documental del Channel 4 titulado *Dispatches*, espacio retransmitido en enero de 1997. En el programa, Al Fayed pretendía que Hamilton había solicitado y recibido varios miles de libras en metálico, vales de regalo de los almacenes Harrods y alojamiento gratuito en el Ritz de París como compensación por el planteamiento de preguntas al Parlamento. La demanda fue admitida a trámite y el proceso judicial llegó al Tribunal Supremo de Londres en noviembre de 1999, cinco años después de que hubiesen aparecido en el *Guardian* las alegaciones iniciales contra Hamilton. El 21 de diciembre, el jurado emitió un fallo favorable a Al Fayed, señalando por unanimidad que éste había dejado sentado, sobre la base de «evidencias altamente convincentes», que Hamilton había actuado de forma corrupta en su condición de miembro del Parlamento. «Un ambicioso y corrupto mentiroso», fue el titular del *Guardian* al día siguiente; «El veredicto del juicio por difamación destroza a Hamilton», fue la cabecera de *The Times*; y el Independent titulaba: «Fayed desmantela a Hamilton en el juicio por corrupción más importante del siglo». El último recurso que Hamilton había tratado de hacer valer para salvar su reputación había terminado en un triste fracaso. Cualquier esperanza que hubiera podido albergar respecto a su posible regreso a la política quedó hecha añicos por el veredicto, ya que el secretario general del Partido Conservador, Michael Ancram, distanció muy pronto al partido del antiguo miembro del Parlamento («Confío en que las personalidades que se han visto envueltas en este asunto se retiren ahora del la escena. Ciertamente deben esperar poca comprensión por parte de este partido si no lo hacen así», comentó Ancram, según consta en la página 1 del *Guardian* del 22 de diciembre de 1999). Hamilton también hubo de enfrentarse a la ruina, ya que se le ordenó pagar unas costas legales estimadas en más de dos millones de libras esterlinas.

ken, había pasado un fin de semana en el Ritz en septiembre de 1993. En aquella época, Aitken era secretario de Estado y estaba encargado de las inversiones en Defensa. Se descubrió que su factura del Ritz de París —de 8.010 francos franceses— había sido pagada por un empresario y tratante de armas árabe, Said Ayas, el cual era un colaborador muy cercano del príncipe Mohammed de Arabia Saudí. En varias cartas enviadas al *Guardian*, Aitken negó repetidamente que la factura de su hotel hubiera sido pagada por Ayas, insistiendo en que el fin de semana que pasó en París había sido un acontecimiento familiar y que la factura había sido pagada por su mujer.[11] El 27 de octubre de 1994, en un contexto político dominado por el escándalo del dinero ofrecido a cambio de la realización de preguntas al Parlamento y por las denuncias que afirmaban la corrupción *tory*, el *Guardian* publicó un artículo de portada sobre la misteriosa factura de hotel de Jonathan Aitken, que para aquel entonces había sido ascendido al cargo de primer secretario de Hacienda en el gobierno de John Major; al día siguiente el *Guardian* publicaba una copia de la factura. La oposición laborista aprovechó la oportunidad para plantear la cuestión ante la Cámara, tribuna ante la que Aitken negó enérgicamente la hipótesis de que su factura hubiese sido pagada por el señor Ayas. El centro de la polémica se desplazó temporalmente a la cuestión de cómo había obtenido el *Guardian* la copia de la factura (una cuestión que llevó a la dimisión del director del *Guardian*[12]), pero la cuestión de quién había abonado la factura seguía sin apagarse. En abril de 1995, el *Guardian* y un programa de la cadena televisiva Granada denominado *World in Action*, reiteraron sus denuncias y añadieron algunas nuevas (incluyendo una que acusaba a Aitken de haber proporcionado prostitutas a varios clientes árabes), circunstancia a la que Aitken respondió con una demanda por difamación contra ambos medios. «Si resulta que es a mí a quien corresponde comenzar una batalla para eliminar el cáncer del

11. Esta correspondencia se reproduce en Luke Harding, David Leigh y David Pallister, *The Liar: The Fall of Jonathan Aitken*, *The Guardian*, 1999.

12. Con el fin de obtener una copia de las facturas de Aitken, varios periodistas de *The Guardian* enviaron una carta por fax al Hotel Ritz simulando, al utilizar su papel de membrete de la Cámara de los Comunes, que era el propio Aitken quien la enviaba —lo que se llamó el «fax trampa»—. Poco después de que el *Guardian* publicara su artículo del 27 de octubre, el *Daily Telegraph* reveló la existencia del fax trampa, lo que hizo que muchos miembros del Parlamento y otras personas públicas denunciaran a grandes voces la conducta del *Guardian*, ya que consideraban impropia y falta de ética su actuación. El director del *Guardian*, Peter Preston, se vio obligado a dimitir de la Comisión de quejas ante la prensa y posteriormente abandonó su puesto.

periodismo sesgado y malintencionado de nuestro país con la mera espada de la verdad y el fiel escudo del juego limpio británico, sea. Estoy dispuesto a luchar»[13] —gallardas palabras, aunque, tal como se revelaría poco después, la posición del asediado primer secretario era bastante más precaria de lo que dejaba entrever.

Viéndose obligado a someterse a juicio, Aitken abandonó el gabinete en julio de 1995 y posteriormente perdería su escaño en las elecciones generales de 1997 que llevaron a los laboristas al poder. La demanda por difamación, que llegó al Tribunal Supremo en junio de 1997, se vino abajo cuando un agente de seguridad de British Airways presentó unos cupones de vuelo que mostraban que la mujer y la hija de Aitken habían viajado en avión hasta Ginebra durante el fin de semana en que se suponía que estaban en el Ritz de París. La inmediata consecuencia fue que Aitken resultó juzgado por perjurio y por haber alterado el curso de la justicia (había convencido a su hija para que firmase un testimonio falso), siendo condenado a 18 meses de prisión. El antiguo ministro del gabinete y consejero privado del rey cayó totalmente en desgracia, hubo de hacer frente a enormes deudas y su carrera política quedó arruinada.

¿Por qué llegó Aitken tan lejos para tratar de ocultar lo que había ocurrido en el Ritz parisino durante aquel fin de semana de 1993? En un contexto político dominado por las denuncias de la corrupción *tory*, habría sido sin duda muy difícil para el primer secretario de Hacienda admitir que había aceptado la hospitalidad de un rico hombre de negocios árabe. La aceptación de este tipo de hospitalidad habría constituido probablemente una infracción de la normativa aplicable a los altos funcionarios y, en un contexto político tan cargado, la admisión de este género de acciones podría haber conducido perfectamente a su dimisión o a su expulsión del gabinete. Es muy probable que hubiese dañado su reputación y su carrera. Y una vez que había emprendido la senda de la ocultación, los métodos que utilizó para sostener su historia y tratar de acallar a sus críticos fueron adquiriendo un grado de elaboración creciente. Corría el riesgo de añadir a la ofensa original toda una serie de transgresiones de segundo orden: era un riesgo calculado en una lucha de tipo todo o nada, y al final lo perdió todo. Sin embargo, también parece probable que, al aceptar la hospitalidad de Ayas, lo que estuviera en juego durante aquel fin de semana en el Ritz de París fuera algo más que una infracción de las normativas vigentes para los altos cargos.

13. Son declaraciones de Jonathan Aitken a la prensa en la sede central del Partido Conservador el 10 de abril de 1995. La cita proviene del *Guardian* del 11 de abril de 1995, pág. 2.

En 1993, Aitken era el secretario de Estado encargado de las inversiones en Defensa y hay algunas evidencias que sugieren que había ido a París para tratar de concretar un cierto número de transacciones armamentísticas con varias empresas británicas, transacciones que implicaban el pago de comisiones secretas que se abonaban en las cuentas de ciertos bancos suizos.[14] De haber sido ese el caso, sería más fácil explicar por qué Aitken tenía tanto empeño en ocultar los detalles de aquel fin de semana en el Ritz parisino. Y también vincularía el asunto Aitken con la borrosa línea divisoria entre el poder político y el tráfico de armas, terreno resbaladizo que, como veremos en el próximo capítulo, ha sido una abundante fuente de escándalos en la vida política británica.

En el contexto político de principios de los noventa, el flujo de revelaciones y denuncias sobre el asunto del «dinero por preguntas» y otras actividades impropias de los altos funcionarios contribuyó a generar un creciente clima de inquietud respecto de los intereses y actividades extraparlamentarias de los miembros del Parlamento. Fue en ese contexto, y poco después de las revelaciones que señalaban que varios miembros del Parlamento habían planteado cuestiones a la Cámara a cambio de dinero, cuando el entonces primer ministro John Major estableció un comité, presidido por lord Nolan, para que examinase las normas vigentes en la vida pública. El primer informe del Comité Nolan se publicó en mayo de 1995 y establecía una serie de recomendaciones relativas a la conducta de los miembros del Parlamento. El comité proponía, entre otras cosas, que se prohibiera la práctica por la que los miembros del Parlamento vendían sus servicios a los grupos de presión; que se exigiera a los miembros del Parlamento que expusiesen por entero sus contratos de consultoría y los pagos que recibían por este concepto; que se estableciese un nuevo código de conducta para los miembros del Parlamento; y que se designara un Comisionado Parlamentario para cuestiones normativas con el fin de que asumiese la responsabilidad de llevar el Censo de los Intereses de los miembros del Parlamento, aconsejara en cuestiones relacionadas con el código de conducta e investigase las denuncias vinculadas con las infracciones de ese código.[15] El Parlamento aceptó estas y otras recomendaciones, con lo que, en julio de 1994, quedó ya en

14. Esta indicación, que se basaba en la explicación dada por Said Ayas respecto de las circunstancias que rodearon la reunión celebrada en el Ritz de París, fue destacada por el *Guardian* en el encabezamiento de su artículo principal del 5 de marzo de 1999.

15. *Standards in Public Life*, primer informe del Comité sobre las normas de la vida pública presidido por lord Nolan, Londres, HMSO, 1995, págs. 3-9.

marcha el nuevo código de conducta aplicable a los miembros del Parlamento, designado el nuevo cargo de Comisionado Parlamentario para cuestiones normativas y ampliado el grupo de conceptos incluidos en el Censo de los Intereses de los miembros del Parlamento con el fin de tener constancia de las cantidades recibidas como remuneración por empleos externos a la Cámara y vinculados a su condición de parlamentarios.

Dado el clima político reinante en Westminster a mediados de los noventa y los réditos políticos que el Partido Laborista trataba de obtener sobre la base de las denuncias de la corrupción *tory*, no es de extrañar que tras ser aupado al poder el Partido Laborista en las elecciones generales de mayo de 1997, ellos mismos resultaran a su vez objeto de un minucioso examen que trataba de detectar el más leve signo de corrupción. Los que así procedían no tuvieron que esperar demasiado. A principios de noviembre de 1997, el nuevo gobierno de Tony Blair se encontró en pleno centro de las sospechas al saberse que el Partido Laborista había aceptado una donación de un millón de libras esterlinas por parte del empresario de fórmula uno Bernie Ecclestone. Esta revelación llegó en un momento muy incómodo, debido a que el gobierno laborista había estado intentando modificar durante varios meses la política de la Unión Europea sobre la publicidad del tabaco con el fin de obtener que las compañías tabaqueras pudiesen seguir patrocinando pruebas deportivas, y siendo así que las compañías productoras de tabaco se contaban entonces entre los principales patrocinadores de la fórmula uno. El potencial conflicto de intereses obligó a Tony Blair a pedir disculpas públicas y exigió al Partido Laborista la devolución de la donación. En julio del año siguiente, el *Observer* publicó una historia sobre un determinado número de ayudantes del Partido Laborista que se habían convertido en miembros de los diversos grupos de presión y que pretendían ser capaces de proporcionar acceso a ciertos documentos oficiales así como a determinados funcionarios clave. No se había señalado la culpabilidad de ningún ministro, pero el gobierno se encontró de pronto tratando de zafarse de la sugerencia que indicaba que el nuevo estilo de la política del Partido Laborista había creado su propio género de corrupción (circunstancia a la que la oposición *tory* motejó como «cultura del amiguismo»). Obligado a enfrentarse a la perspectiva de que sus ataques contra la corrupción *tory* a principios de los noventa se volviesen ahora en contra del Partido Laborista en el poder, Tony Blair trató de desactivar la polémica y de tranquilizar al público recalcando que su gobierno tenía que ser «más puro que puro» y que emprendería severas acciones contra cualquiera que fuese culpable de una conducta impropia. El escándalo de los grupos de presión pasó sin cau-

sar víctimas entre los ministros, pero los elementos en juego se habían vuelto aún más decisivos.

Fue en medio de este clima político de hipersensibilidad cuando, seis meses más tarde, Peter Mandelson, el hombre que en ciertos aspectos era una figura emblemática del nuevo laborismo, vio de pronto como cambiaba el rumbo de su suerte. Mandelson había desempeñado un papel clave en la transformación de la estrategia de las relaciones públicas del Partido Laborista durante la década de los ochenta y los noventa —razón por la que muchos lo consideraban el más destacado «genio de la imagen» del nuevo laborismo—. Había sido elegido miembro del Parlamento por el condado de Hartlepool en 1992 y había contribuido a organizar la exitosa campaña del Partido Laborista en 1997. Al principio desempeñó el cargo de ministro sin cartera en el gobierno de Tony Blair, asumiendo la responsabilidad de la coordinación y la presentación de las políticas; más tarde, en julio de 1998, fue ascendido al cargo de secretario de Estado para el Comercio y la Industria. Sin embargo, el 22 de diciembre de ese mismo año el *Guardian* reveló que, dos años antes, Mandelson había aceptado un préstamo de 373.000 libras esterlinas de un acaudalado colega político, Geoffrey Robinson, con el fin de comprar una casa en Notting Hill, una zona londinense de alto nivel de vida. Mandelson no había mencionado el préstamo en el Censo de los Intereses de los miembros del Parlamento y al parecer tampoco había dicho nada de dicho préstamo a la sociedad constructora cuando presentó una solicitud de hipoteca. Pese a que al principio protestó contra las denuncias de comportamiento inadecuado y a pesar de insistir en que no había hecho nada malo, las quejas de Mandelson duraron poco: el 23 de diciembre dimitió como ministro de Comercio e Industria. Geoffrey Robinson, que había accedido al puesto de Habilitado General del gobierno de Tony Blair, dimitió el mismo día. «Lamento esta situación», dijo Mandelson en su carta de dimisión, «pero hemos accedido al poder prometiendo mantener el más alto nivel ético posible en la vida pública. Y no sólo hemos de hacerlo, sino que también ha de verse que así lo hacemos».[16] Incluso en el momento de su caída, este hombre que había fundado su reputación en su supuesta sabiduría en la gestión de la visibilidad no estaba dispuesto a renunciar a la importancia de su ciencia. La infracción de Mandelson no era lo suficientemente grave como para destruir su carrera política (tras una breve temporada en los últimos escaños de la Cámara, volvió a formar parte del gabinete como

16. Carta de dimisión dirigida por Peter Mandelson al primer ministro, reproducida por el *Guardian* del 24 de diciembre de 1998, pág. 1.

ministro para Irlanda del Norte), pero la revelación del préstamo fue sin duda un paso atrás y un serio recordatorio de que, en la era de la visibilidad mediática, incluso los genios de la imagen son vulnerables al efecto de los escándalos.

Los escándalos financieros que caracterizaron la política británica durante la década de los noventa han demostrado que a pesar de que la corrupción puede no ser tan sistémica en Gran Bretaña como en otros países (como Italia) y a pesar de que los escándalos financieros de Gran Bretaña pueden no tener la relevancia que tuvieron en épocas pasadas en los Estados Unidos y en otros lugares, no por ello dejan de desempeñar un significativo papel en la vida política británica. El escándalo del «dinero por preguntas» contribuyó a centrar la atención en los intereses extraparlamentarios de los miembros del Parlamento, y demostró ser una rica veta que los periodistas de investigación y otros profesionales pudieron explotar a su gusto. Periódicos como el *Sunday Times* y el *Guardian* han sido categóricos en sus esfuerzos por revelar y publicar las infracciones económicas que tienen lugar entre los políticos, pero los escándalos también se han visto alimentados por las actividades de otros individuos que tenían que satisfacer sus propias agendas (y de modo particularmente notable, por las actividades del empresario egipcio Mohamed Al Fayed). Los miembros del Parlamento como Neil Hamilton y Jonathan Aitken cayeron en completa desgracia como consecuencia de los escándalos en que se vieron envueltos (y como consecuencia de sus fallidas demandas por difamación), mientras que otros políticos se encontraron con que sus carreras debían sufrir un revés temporal o permanente. En un clima político en el que las diferencias de principios entre los principales partidos eran menos pronunciadas de lo que habían sido en el pasado, la cuestión de la «corrupción» —cuyos mejores ejemplos fueron tanto los escándalos financieros en que se vieron envueltos Hamilton, Aitken y algún otro, como los escándalos sexuales que salpicaron a los conservadores durante la década de los ochenta y los primeros años noventa— se convirtió en un asunto clave de la lucha que libran los partidos en la esfera política. Habiendo explotado al máximo las dificultades de los *tories*, apenas puede sorprendernos que, al regresar al poder en 1997, el Partido Laborista fuera objeto de una minuciosa observación, y tampoco resulta sorprendente que al comenzar a salir a la luz las evidencias de las infracciones, el propio primer ministro se viera sometido a la presión y tuviese que actuar de modo rápido y decisivo para distanciar a su partido y a su gobierno de los infractores (incluso en el caso de que fuesen colegas cercanos y estimados). En un clima político caracterizado por una muy acusada sensibilidad al es-

cándalo, se consideraba que los riesgos asociados con una mayor tolerancia ante las infracciones surgidas entre las propias filas, y sobre todo, los riesgos asociados con ser *visto* como alguien que tolera la infracciones, eran excesivamente altos.

La política y el poder de los grupos organizados

El desarrollo de los escándalos político-financieros en los Estados Unidos recibió su forma de un diferente conjunto de consideraciones históricas e institucionales. Algunas de las formas de corrupción que caracterizaron al sistema político británico durante los siglos XVII y XVIII fueron exportadas a los primeros gobiernos coloniales de Norteamérica, que desarrollaron elaborados sistemas de clientelismo y nepotismo. Los ataques a la corrupción se convirtieron en un grito de adhesión para los revolucionarios de las colonias norteamericanas, que aspiraban a crear una república que estuviese libre del tipo de clientelismo político que había caracterizado al Antiguo Régimen. Este objetivo pareció lograrse con un cierto grado de éxito durante las primeras décadas de la nueva república. Sin embargo, la corrupción floreció en los territorios de Norteamérica durante el siglo XIX. Desde 1820 en adelante, y en todos los niveles de gobierno —municipal, estatal y federal— la corrupción se convirtió en un difuso y cada vez más asentado rasgo del sistema político estadounidense.[17]

Entre los factores que configuraron este desarrollo, tres fueron particularmente relevantes. En primer lugar, el rápido crecimiento de las ciudades a principios del siglo XIX creó nuevas demandas para la prestación de algunos servicios que las instituciones políticas existentes eran incapaces de proporcionar. Las organizaciones de partido se aprestaron a llenar el vacío y utilizaron su capacidad de control sobre los gobiernos municipales para levantar poderosas maquinarias de partido. Las organizaciones de los partidos se las arreglaron para levantar toda una estructura de recursos económicos mediante el expediente de gravar con una comisión todos los contratos municipales, aunque ésa no fue la única iniciativa corrupta. Las

17. Para un más pausado debate sobre la historia de la corrupción en los Estados Unidos, véanse las siguientes obras: George C. S. Benson, *Political Corruption in America*, Lexington, Massachusetts, D. C. Heath, 1978; Abraham S. Eisenstadt, Ari Hoogenboom y Hans L. Trefousse (comps.), *Before Watergate: Problems of Corruption in American Society*, Brooklyn, Nueva York, Brooklyn College Press, 1978.

maquinarias de los partidos se vieron aún más robustecidas por la llegada de inmigrantes que apoyaban a las organizaciones de los partidos a cambio de trabajos y otro tipo de ayudas y patronazgos. La más conocida de esas maquinarias municipales de partido fue la organización democrática de Tammany Hall en la ciudad de Nueva York, pero también aparecieron poderosas organizaciones de partido en Filadelfia, Chicago y otras ciudades importantes.

Un segundo factor que contribuyó al crecimiento de la corrupción en los Estados Unidos fue el desarrollo de lo que comúnmente se conoce como «sistema de acaparamiento de cargos». Esta era una práctica que permitía que los individuos elegidos para desempeñar determinados cargos políticos clave pudiesen cubrir una serie de puestos administrativos mediante designaciones de su propia elección. Esta práctica era relativamente común en los distintos escalones del gobierno municipal y estatal de principios del siglo XIX y contribuía a consagrar aún más el poder de las organizaciones de los partidos, que podían recompensar así a los fieles seguidores con empleos en el gobierno. La extensión de esta práctica al ámbito federal se vio favorecida por la promulgación de la Ley de la Función Pública en 1820, que limitaba a cuatro años el plazo de la tenencia del cargo de algunos empleados federales, y por el respaldo que dio Andrew Jackson, al asumir la presidencia en 1829, a la norma de los cuatro años como principio de aplicación general a todos los cargos federales. El motivo subyacente bajo este principio de rotación era el de aumentar el grado de responsabilidad de los cargos públicos, pero también creó nuevas oportunidades para el clientelismo político y estimuló una designación de puestos realizada más sobre la base de la lealtad al partido que en función de la adecuación al puesto.

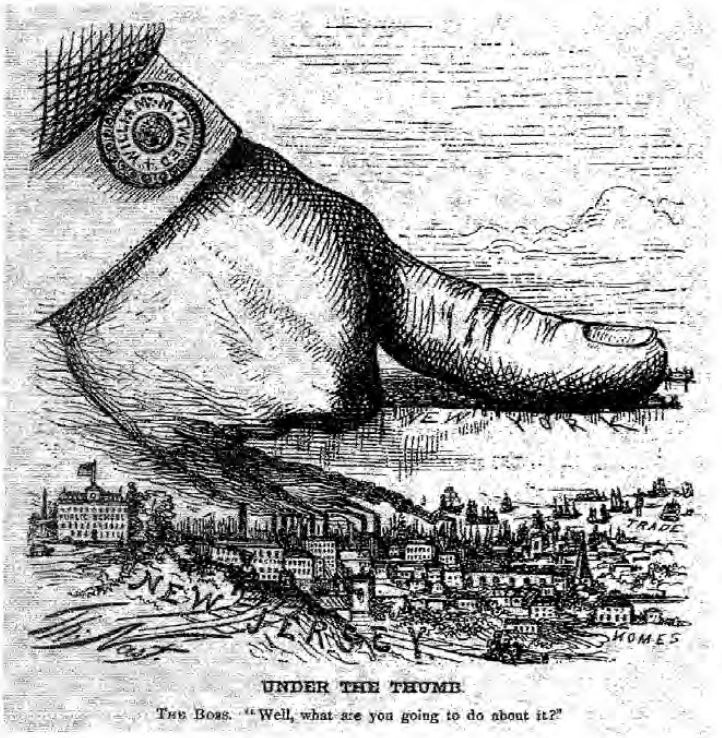
Un tercer factor que contribuyó al crecimiento de la corrupción fue la expansión de la Unión hacia el este y el rápido desarrollo de una economía comercial de mercado. La disponibilidad de nuevas tierras, listas para el asentamiento, vino acompañada de una gran cantidad de especulación y de numerosas intrigas, ya que muchas de las divisiones de tierras se hicieron con dosis variables de favoritismo y fraude. El tendido de las vías férreas fue también una importante fuente de corrupción, dado que dependía de los distintos gobiernos de los Estados que concedían las licencias y regulaban su funcionamiento. La aparición de vastas y poderosas corporaciones generó nuevas oportunidades para la confusión entre los poderes político y económico. Algunas corporaciones trataron de utilizar su potencia financiera para obtener la cooperación de los políticos y de los dirigentes de los partidos con el fin de poder influir en la actividad legislativa y en otras iniciativas

que pudiesen guardar una relación directa con su área de obtención de beneficios. Algunos políticos y dirigentes de partidos, a su vez, consideraron esta circunstancia como una oportunidad para llenar las arcas de los partidos o para elevar su propio nivel de vida. Para 1850, ya había varios grupos de presión operando en el Congreso, lo que dio lugar a nuevas formas de influencia comercial en el proceso político y a nuevas tentaciones para los congresistas.

El crecimiento de la corrupción en los Estados Unidos del siglo XIX se vio también acompañado por el desarrollo de la prensa y por la aparición de nuevas formas de periodismo —desarrollos que, considerados conjuntamente, crearon las condiciones para la oleada de escándalos político-financieros que caracterizó los años de la posguerra—. Al llegar la época de la administración del presidente Grant, durante los años posteriores a la guerra civil, las maquinarias de los partidos ya estaban bien consolidadas y la corrupción se había extendido a todos los escalones del gobierno. Al mismo tiempo, la corrupción política se iba convirtiendo cada vez más en tema de crítica y debate en el seno de la propia esfera política, y habría de convertirse también, cada vez más, en tema de interés para los periodistas y directores de publicaciones que trataban de desarrollar su identidad y su carrera profesional. La convergencia de estos desarrollos multiplicó el número de escándalos que desvelaban los problemas de la corrupción en los planos municipal, estatal y federal, y contribuyó a hacer que la época de la presidencia de Grant (1869-1877) fuese recordada como una de las más corruptas de la historia de los Estados Unidos.

Entre esos escándalos destaca la acalorada controversia que finalmente culminó en la caída del círculo de apoyo a Tweed en la ciudad de Nueva York.[18] Entre 1866 y 1871, William Marcy Tweed era el jefe del aparato del Partido Democrático que, desde su cuartel general del Tammany Hall, había logrado el control efectivo de la ciudad. Mediante una combinación de fuerza y sobornos, Tweed levantó una poderosa red de clientelismo y obtuvo apoyos que abarcaban desde el gobierno municipal al cuerpo legislativo del Estado, lo que incluía tanto a la policía como a los jueces y que, entre otras cosas, absorbía grandes sumas de dinero provenientes de las comisiones que se cobraban por los contratos municipales. Este círculo de apoyos generó aproximadamente entre 30 y 100 millones de dólares en tres años y es probable que empleara al menos a 12.000 personas, sólo en concepto de

18. Para una explicación del ascenso y la caída del círculo de Tweed, véase Alexander B. Callow, Jr, *The Tweed Ring*, Nueva York, Oxford University Press, 1966.



15. «Bajo el pulgar», tomado del *Harper's Weekly* del 10 de junio de 1871. La corrupción del círculo de Tweed era uno de los blancos favoritos de las ilustraciones políticas de Thomas Nast.

relaciones clientelares. En su mayor parte, la prensa apoyaba a Tweed (también ella se beneficiaba del círculo, tanto por los anuncios que se insertaban con regularidad en sus páginas como por los pagos en metálico y los regalos que recibía), pero dos periódicos —el *Harper's Weekly* y el *New York Times*— fueron poco a poco organizando una cruzada contra la camarilla de Tweed. En 1868 el *Harper's Weekly* comenzó a publicar las agudas ilustraciones políticas de Thomas Nast, y a partir del otoño de 1870, el *Times* inició un ataque permanente contra el círculo. Sin embargo, el ataque del *Times*, pese a estar cargado de veneno y de indignación moral, carecía del tipo de flagrante evidencia capaz de darle auténtica fuerza —al menos hasta que dos empleados furiosos, actuando de modo independiente, proporcionaron al periódico detalles sobre las corruptas prácticas del círculo—. El 22 de julio de 1871, con el titular: «Las cuentas secretas: pruebas de obvios fraudes salen a la luz», el *Times* fue documentando uno tras otro todos los casos de

corrupción y fraude; un suplemento especial, publicado el 29 de julio en inglés y alemán, proporcionó nuevos detalles. Esta serie de publicaciones causó gran sensación y contribuyó a cuajar un movimiento organizado de reforma. El círculo contraatacó —George Jones, el director del *Times*, recibió una oferta de soborno de medio millón de dólares, y el alcalde Oakey Hall condenó las revelaciones del *Times* como una «tempestad de cifras y calumnias»—, pero los días de la camarilla de Tweed estaban contados. En las elecciones municipales de noviembre, Tammany Hall sufrió una de las peores derrotas en lo que llevaba de historia. Despojados de su poder y de su capacidad de patronazgo, muchos de los miembros del círculo de Tweed huyeron y nunca fueron conducidos ante el juez, mientras que los procesos judiciales contra Tweed y otros asociados suyos fueron abriéndose paso poco a poco y consiguieron llegar a los tribunales. Tweed llegó a ser condenado por 51 delitos a varios años de prisión, donde moriría, arruinado, en 1878.

Los escándalos de la edad de oro estadounidense[19] no se limitaron únicamente al ámbito municipal, también afectaron a los cuerpos legislativos del Estado y al gobierno federal. Uno de los más significativos escándalos que aquejaron al Congreso durante este periodo fue el fraude del Crédit Mobilier. El Crédit Mobilier era una compañía constructora que tenía la contrata para el tendido del ferrocarril de la Union Pacific. Sin embargo, el Crédit Mobilier era propiedad de uno de los mayores accionistas de la Union Pacific, y estaba obteniendo enormes beneficios del contrato. Para evitar una investigación del Congreso sobre este jugoso acuerdo, el congresista Oakes Ames distribuyó acciones del Crédit Mobilier entre algunos de sus colegas. Las acciones se vendían a la par, pero Ames concedió generosamente crédito a sus colegas congresistas y les permitió que comprasen los paquetes de acciones con los dividendos obtenidos. Sin embargo, el 4 de septiembre de 1872, con el titular: «El rey de los fraudes: el Crédit Mobilier compra su acceso al Congreso», el *New York Sun* expuso los pormenores de la operación. Una investigación del Congreso sobre el particular recomendó que Ames, otro congresista y un senador debían ser expulsados (aunque, de hecho, no lo fueron, ya que en realidad sus mandatos estaban a punto de

19. En el contexto estadounidense, el término «edad de oro» se usa para señalar el periodo que siguió a la guerra civil. Esta denominación proviene de una novela satírica titulada precisamente así, *The Gilded Age*, y escrita en 1873 por Mark Twain y Charles Dudley Warner. Esta edad de rápida industrialización se caracteriza, como vemos, por una descarada búsqueda del beneficio, corrupción en el gobierno, un consumo galopante y gustos vulgares. *(N. del t.)*

expirar). El vicepresidente Henry Wilson y el vicepresidente saliente Colfax estaban implicados y su carrera se vio seriamente afectada por el escándalo, tal como sucedió con otros varios congresistas.

La revelación de los fraudes del círculo de Tweed y del Crédit Mobilier fueron escándalos sobresalientes en su época pero de ningún modo puede considerárselos excepcionales: las últimas tres décadas del siglo XIX se vieron cubiertas por la suciedad de varios tipos de escándalos político-financieros, incluyendo el escándalo de los contratos por los que John Sanborn se quedaba con la mitad del dinero recaudado (1874), el escándalo de la conspiración de los destiladores de whisky (1875), el asunto Belknap (1876), el fraude del servicio postal de la Star Route (1881), y la polémica en que se vio envuelto el senador Nelson Aldrich debido a sus lazos con la asociación de compañías azucareras (1894).[20] Éstos y otros escándalos proporcionaron cierto estímulo para la reforma de las normativas. La Ley Pendleton de 1883 para la Reforma de la función pública fue el resultado más tangible de este movimiento de reforma, aunque también se introdujeron otras iniciativas legislativas de carácter más específico —como la abolición del sistema del reparto de la mitad de la recaudación,[21] que constituyó la base del escándalo de los contratos de Sanborn—.[22] Éstas y otras reformas contribuyeron a reducir las más flagrantes formas de corrupción y fraude. No obstante, algunas de las debilidades de las tradiciones administrativas del siglo XIX continuaron produciéndose en el XX. El creciente papel de las redes del crimen

20. Para un análisis de éste y otros escándalos de la edad de oro estadounidense, véase Eisenstadt, Hoogenboom y Trefousse (comps.), *Before Watergate*, en especial las páginas 125 a 164.

21. El sistema de reparto de la mitad de la recaudación en los contratos y las intervenciones públicas fue inicialmente diseñado para salir al paso del contrabando, ya que proporcionaba un incentivo a los funcionarios de aduanas y a los informadores. El primer Congreso, en 1789 decretó que las mercancías de contrabando confiscadas deberían repartirse entre el gobierno (50%), el informador (25%) y los funcionarios locales de aduanas (25%); los ingresos provenientes de estas intervenciones se conocían como «mitades». El sistema estaba claramente abocado a que surgieran abusos por parte de los funcionarios de aduanas, que siempre andaban a la búsqueda de métodos con los que poder conseguir un sobresueldo. Los defectos del sistema de reparto de mitades quedaron de manifiesto tras la aparición de dos casos publicados en los primeros años de la década de 1870 a 1880. Uno de esos casos estaba relacionado con la infravaloración de determinadas mercancías importadas por la Phelps, Dodge & Company, y en el otro caso se tuvo conocimiento de que se habían pagado algunas mitades a un agente llamado John Sanborn, que recaudaba los impuestos impagados de los ferrocarriles, las destilerías y otras industrias.

22. Véase Ari Hoogenboom, *Outlawing the Spoils: A History of the Civil Service Reform Movement, 1865-1833*, Urbana, University of Illinois Press, 1961.

organizado, que en algunos casos llenaron el vacío dejado por el declive de los aparatos municipales de los partidos, generó nuevas fuentes de corrupción; y las formas más sutiles de la corrupción política —como las que implicaban la utilización de la influencia corporativa, la existencia de conflictos de interés, la malversación de fondos y el uso fraudulento de los cargos públicos para la obtención de beneficios personales— encontraron un terreno abonado para prosperar.

Durante la primera mitad del siglo xx, los más destacados escándalos político-financieros que tuvieron lugar en el plano del gobierno federal se produjeron durante las administraciones de Harding y Truman. La breve presidencia de Harding (de 1921 a 1923) se vio afectada por numerosos escándalos, pero entre todos ellos el que más publicidad suscitó fue el conocido como escándalo del Teapot Dome.[23] Unos cuantos años antes, el gobierno federal había reservado varias extensiones de terreno con el fin de destinarlas al suministro de combustible para la armada —dos en California y otra, justamente el Teapot Dome, en Wyoming—. En julio de 1921, Albert Fall, el ministro de Interior de la administración Harding, concedió un contrato de explotación a la Compañía Panamericana de Petróleos y Transportes de Edward Doheny con el fin de que perforaran pozos adicionales en una de las reservas de California, y en abril de 1922 concedió la explotación del yacimiento Teapot a la Compañía Mammoth Oil de Harry Sinclair. Los conservacionistas y otros grupos se oponían a la explotación de estas reservas petrolíferas, y solicitaron una investigación del Senado. El comité designado comenzó sus audiencias en octubre de 1923 y durante varios meses la investigación pareció no llevar a ningún lado. Sin embargo, entonces se descubrió, de forma más bien inesperada, que Fall había recibido 100.000 dólares en otoño de 1921, dinero que había utilizado para ampliar los terrenos de su rancho en Nuevo México; al principio Fall alegó que había pedido el dinero prestado a un amigo, pero pronto quedó claro que el dinero provenía de Doheny. Las investigaciones posteriores revelaron que Fall también había recibido bonos por valor de 233.000 dólares, bonos que habían sido comprados con los beneficios de una compañía comercial vinculada a la de Sinclair, así como importantes sumas de dinero. En total, Fall había recibido más de 400.000 dólares de los dos empresarios del petróleo. Antes de que empezase la investigación del Senado, Fall ya había dimitido, pero su

23. Para un detallado examen del escándalo del yacimiento petrolífero Teapot, véase Burl Noggle, *Teapot Dome: Oil and Politics in the 1920s*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1962.

reputación había quedado completamente ensombrecida y su carrera estaba arruinada. Fue condenado por soborno en 1929 y pasó nueve meses en prisión. El yacimiento Teapot también provocó otras víctimas, incluyendo al ministro de Marina, Edwin Denby, que dimitió en febrero de 1924, y al fiscal general, Harry Daugherty, que dimitió en marzo. El escándalo ocupó los titulares a principios de 1924 y se convirtió en un asunto clave de la campaña presidencial, aunque el candidato republicano, Calvin Coolidge (que había sucedido a Harding tras su muerte en 1923 y consiguió ganar las elecciones de 1924), se las arregló para salir relativamente indemne.

La administración Truman (1945-1953) se vio igualmente asediada por escándalos que implicaban alegaciones de corrupción entre los funcionarios del gobierno. Entre esos escándalos, los más graves se basaban en revelaciones vinculadas con las actividades de los funcionarios de un cierto número de instancias gubernamentales, incluyendo la Oficina de Ingresos Internos y la Corporación para la Reconstrucción de las Finanzas.[24] Las revelaciones de una extendida corrupción entre los recaudadores de impuestos eran de lo más alarmante. En marzo de 1951, tras una serie de denuncias y revelaciones, se estableció un subcomité dentro de la Comisión del Presupuesto de la Cámara, subcomité presidido por Cecil King, con el fin de que se investigaran las irregularidades del Servicio de Ingresos Internos. Las investigaciones revelaron numerosos casos de componendas en los impuestos cobrados, soborno, evasión fiscal y otros delitos; sólo en 1951, 166 funcionarios del Servicio de Ingresos Internos fueron despedidos u obligados a dimitir. Theron Lamar Caudle, el ayudante del fiscal general que se encargaba de la sección de Impuestos, fue despedido en noviembre de 1951 y posteriormente juzgado y condenado tras haber sido acusado de conspiración. Joseph Nunan, que había sido miembro de la Comisión de Ingresos Internos entre 1944 y 1947, fue juzgado por evasión de impuestos en 1954 y condenado a cinco años de cárcel. Muchos recaudadores de impuestos fueron relevados de sus cargos, y algunos de ellos fueron juzgados por haber aceptado o exigido sobornos a cambio de disminuir la carga fiscal o mirar para otro lado.

Aproximadamente al mismo tiempo que iban aflorando esas revelaciones perjudiciales, la administración Truman se vio también sacudida por la

24. Véanse las siguientes obras: Jules Abels, *The Truman Scandals*, Chicago, Illinois, Henry Regnery, 1956; Harold F. Gosnell, *Truman's Crises: A Political Biography of Harry S. Truman*, Wesport, Connecticut, Greenwood Press, 1980, capítulo 38; Benson, *Political Corruption in America*, págs. 151-154.

revelación de graves desfalcos y corrupciones en la Corporación para la Reconstrucción de las Finanzas. La Corporación para la Reconstrucción de las Finanzas se había fundado en 1932, en una época de profunda depresión; su objetivo consistía en prestar dinero federal a los bancos, a las empresas y a otras organizaciones siempre que considerara que esos préstamos podrían ser de interés público. En 1949, en medio de crecientes rumores de malversación en la Corporación para la Reconstrucción de las Finanzas, un subcomité de la Comisión de Transacciones Bancarias y Circulación de Efectivos del Senado comenzó una investigación presidida por el senador J. William Fulbright. En febrero de 1951, el subcomité publicó su informe, aportando documentación sobre las actividades de un influyente grupo cuyo poder emanaba de la propia Casa Blanca a través del ayudante administrativo del presidente, Donald Dawson. Truman desestimó el informe, calificándolo de «estúpido», actitud a la que Fulbright respondió anunciando que celebraría una audiencia pública. Los testimonios que recabó el subcomité investigador proporcionaron una larga lista de malas prácticas contables y sacaron a la luz diversas actividades corruptas —préstamos concedidos a organizaciones dudosas y a iniciativas altamente especulativas, regalos prodigados a ciertas personas clave (incluyendo un abrigo de visón valorado en 8.540 dólares que había sido entregado a la mujer de Merl Young, un empleado de la Corporación para la Reconstrucción de las Finanzas) y a otras muchas instancias del tráfico de influencias—. El propio Truman no estaba directamente implicado en los escándalos en que se vieron envueltos la Corporación para la Reconstrucción de las Finanzas, el Servicio de Ingresos Internos y algunas otras organizaciones, pero su reputación quedó indudablemente oscurecida por el hecho de que había sido el presidente de una administración que era considerada de forma casi generalizada como una administración corrupta, y debido también al hecho de que no había actuado rápida ni decisivamente para detener la corrupción cuando aparecieron las primeras revelaciones.

Al sonar el pistoletazo de salida de las elecciones presidenciales de 1952, los republicanos sacaron el máximo provecho de las dificultades de Truman, y Eisenhower basó en parte la campaña de su partido en la solemne promesa de poner fin a la corrupción entre los altos cargos. Sin embargo, de 1950 en adelante, los escándalos político-financieros han sido uno de los rasgos persistentes de la política estadounidense, a pesar de la promesa de Eisenhower. De hecho, Eisenhower aún estaba en plena campaña cuando estalló el primer escándalo: el 18 de septiembre de 1952, el *New York Post* denunciaba en la introducción de uno de sus reportajes que

un «club de millonarios», en el que figuraban un cierto número de acaudalados hombres de negocios californianos, le había dado al candidato a vicepresidente, Richard Nixon, una suma comprendida entre los 16.000 y los 17.000 dólares nada más resultar elegido senador en 1950, al parecer con el fin de ayudarle con sus gastos. Al principio, Nixon se sacudió la acusación de encima y esperó a que el asunto se fuera disipando. Sin embargo, creció rápidamente y se convirtió en una crisis de gran envergadura, volviéndose en cuestión de días una amenaza capaz de hacer descarrilar tanto la campaña republicana como de poner fin a sus aspiraciones a la vicepresidencia. Con una espectacular apuesta sin precedentes, Nixon decidió aparecer, para salvar su candidatura, en un programa de televisión y hablar directamente a los votantes tratando de convencerles de su inocencia —pronunciando el hoy célebre discurso del perrito «Checkers»[25]—.[26] El llama-

25. Al final de este discurso televisado en el que pretendía justificar «hasta el último céntimo», Nixon trató de llegar al corazón de los telespectadores contándoles que, habiendo comentado en público en una ocasión lo mucho que querían sus hijos tener un perrito, el día antes de iniciar la campaña recibieron un paquete con un cachorro de cocker spaniel con manchas blancas y negras al que su hija Tricia, de seis años, puso el nombre de «Checkers» (es decir, «damero», o mejor, «cuadritos»). Nixon remató la confesión diciendo que no le importaba lo que la gente pudiera decir sobre este tipo de regalos y que, en definitiva, ni él ni su familia habían hecho nada de lo que pudiesen avergonzarse. *(N. del t.)*

26. El discurso de Nixon conocido como el del perrito «Checkers» fue en cierto sentido un momento decisivo en la historia de los escándalos políticos (y de modo más general, un momento decisivo en la historia de la visibilidad mediata), ya que demostró que la televisión podría usarse como un arma poderosa en la lucha por la reputación. Obligado a hacer frente a unas denuncias que le perjudicaban y al creciente coro de voces que pedían su dimisión como candidato a la vicepresidencia, Nixon tomó la sorprendente decisión de pronunciar un discurso en directo y televisado por un canal de difusión nacional y hablar directamente al electorado para exponerle claramente los detalles de su situación económica personal y presentarse como un estadounidense corriente de medios modestos, víctima de una falsa acusación. «Por consiguiente, lo que me dispongo a hacer», explicó Nixon a los muchos millones de telespectadores que le veían y escuchaban, «y se trata de algo sin precedentes en la historia de la política estadounidense, es proporcionar a la audiencia de la radio y la televisión una completa relación financiera: todo lo que he ganado, todo lo que he gastado, todo lo que poseo». Lo que siguió fue el inventario de los principales activos y pasivos de la familia Nixon: su casa de Washington, «que ha costado 41.000 dólares, de los cuales aún debemos 20.000», un coche de la marca Oldsmobile, un descubierto bancario de 4.500 dólares, un préstamo de 3.000 dólares de sus padres, etcétera. «Bien, eso es todo», concluyó, «eso es lo que tenemos, y eso es lo que debemos. No es demasiado, pero Pat y yo tenemos la satisfacción de que cada centavo que poseemos es honestamente nuestro». Y entonces Nixon añadió, con un tono emotivo pensado para desarmar a sus detractores, que, en efecto, había recibido un regalo de «un hombre de Texas» que había tenido noticia de que sus dos hijos deseaban tener un pe-

miento de Nixon tuvo éxito; la crisis de fondo desapareció y muchos celebraron en Nixon al hombre valiente que había hecho callar a sus críticos enfrentándose a ellos. Pero las dificultades de Eisenhower no habían terminado. Su administración se vio acosada por una serie de escándalos político-financieros, cuya culminación se produjo con la dimisión del ayudante del presidente, Sherman Adams, en 1958.[27] La posición de Adams se había vuelto insostenible cuando se descubrió que había aceptado varios regalos (incluyendo una alfombra oriental y el pago de sus cuentas de hotel) de un magnate de la industria textil de Nueva Inglaterra, Bernard Goldfine, y que también había intercedido en favor de Goldfine ante el presidente de la Comisión Federal de Comercio.

---

rro: este hombre les había enviado un cachorro de cocker spaniel con manchas blancas y negras. «Y nuestra hija —Tricia, de seis años— le ha puesto de nombre «Checkers». Y, ¿saben una cosa?, los niños adoran a ese cachorro, así que les diré sin ambages que, con independencia de lo que «ellos» puedan decir sobre el asunto, nos lo vamos a quedar».

El discurso de Checkers fue un *tour de force* de autorrevelación calculada que utilizó la televisión como medio para sus fines. Nixon sabía exactamente lo que estaba haciendo: estaba pasando por encima de las cabezas de los periodistas y los gestores políticos profesionales que clamaban por su dimisión, estaba apelando directamente al electorado y presentándose como un cabeza de familia ordinario que había trabajado duro para llegar hasta donde estaba, y cuya integridad personal estaba lejos del alcance de cualquier reproche. Aproximadamente 60 millones de personas vieron o escucharon el discurso, que obtuvo la mayor audiencia televisiva registrada hasta el momento. Nixon pidió a la gente que expresara su punto de vista respecto a si debía continuar en el cartel junto a Eisenhower o si debía dimitir telegrafiando o escribiendo al Comité nacional republicano. La respuesta fue abrumadora. Las sedes republicanas de todo el país quedaron inundadas con los mensajes de apoyo; sólo el cuartel general republicano de Washington recibió más de 160.000 telegramas y 250.000 cartas, y todas ellas respaldaban a Nixon por un margen de 350 a 1. La apuesta salió magníficamente bien y la candidatura de Nixon quedó a salvo. No obstante, y al mismo tiempo, Nixon había cimentado su carrera política sobre un alegato de honestidad que, pese a servirle de ayuda en la crisis de los fondos surgida en 1952, pudo llegar a actuar en su contra al empezar a desarrollarse la crisis del Watergate. Una vez vinculada su carrera a la honestidad y la integridad de su comportamiento, Nixon quedaba expuesto a ser derrotado con sus propias armas. (Para un examen más detallado de los acontecimientos que rodearon a la crisis de los fondos y al discurso de Checkers, véanse las siguientes obras: Richard M. Nixon, *Six Crises*, Londres, W. H. Allen, 1962, págs. 73-129; Richard Nixon, *RN: The Memoirs of Richard Nixon*, Londres, Sidgwick and Jackson, 1978, págs. 92-110; Jonathan Aitken, *Nixon: A Life*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1993, págs. 208-220. Las citas del discurso de Checkers han sido tomadas de esta última obra, pág. 216.)

27. Para un examen más detallado de los escándalos político-financieros ocurridos durante la época de Eisenhower, véase David A. Frier, *Conflict of Interest in the Eisenhower Administration*, Ames, Iowa State University Press, 1969.

La gran mayoría de los escándalos político-financieros que tuvieron lugar en los Estados Unidos durante el periodo que siguió a 1950 guardaron alguna relación con conflictos de interés en los que los deberes y las responsabilidades de los funcionarios públicos se vieron en un compromiso debido a sus intereses personales, o en los que los individuos utilizaron sus cargos públicos para obtener ventajas personales. La ocurrencia de conflictos de interés podía implicar algunas formas explícitas de corrupción, como el soborno, el chantaje o el cobro de comisiones. Sin embargo, era frecuente que el tipo de corrupción implicado no se encontrase tan bien definido y que se difuminara en un área gris de actividades en las que podía ser más difícil demostrar las conductas inapropiadas y proceder al reparto de responsabilidades. Los propios políticos pueden sentirse inclinados a tolerar un cierto grado de superposición de intereses, y pueden no ser partidarios de regular la actividad mediante una legislación o unos claros códigos de conducta que intenten reducir al mínimo la incidencia de los conflictos de interés.

Por supuesto, los conflictos de interés no son nuevos, pero hay un determinado número de circunstancias que han contribuido a permitir que adquieran una mayor significación y relevancia en la reciente política estadounidense. En primer lugar, el crecimiento del sistema de grupos de presión ha creado una compleja gama de redes y grupos de presión en los que el poder corporativo se superpone a la función pública. Hoy en día, en los Estados Unidos se estima que las corporaciones gastan, sólo en Washington capital, más de 1.200 millones de dólares para mantener a los 14.000 miembros registrados de los grupos de presión —aproximadamente 27 personas pertenecientes a uno o varios grupos de presión por cada miembro del Congreso—. La presencia de un gran número de miembros pertenecientes a grupos de presión que disponen de importantes recursos crea muchas formas de interacción y de intercambio en las que se difuminan los límites entre el interés privado y las responsabilidades públicas, en las que los favores pueden contener obligaciones ocultas, en las que la hospitalidad puede ser un modo de enmascarar el ejercicio de una influencia y en las que los propios funcionarios públicos podrían sentir la tentación de beneficiarse de las ventajas y las oportunidades de que disfrutan con el fin de obtener una ganancia personal y política.

Una segunda circunstancia importante es el aumento del coste de las elecciones y los cambios en las normativas que regulan las contribuciones económicas a los partidos políticos y a sus campañas. El creciente papel de la televisión como principal medio en el que hacer campaña durante unas elecciones ha contribuido a hacer que la carrera para la obtención de un car-

go público en los Estados Unidos se haya convertido en un asunto exorbitantemente caro; según una estimación realizada en 1996, el coste promedio de un escaño en el Senado de los Estados Unidos era entonces de 4,7 millones de dólares.[28] El esfuerzo que es preciso hacer para obtener fondos es cada vez mayor, y existe el riesgo de que los candidatos que obtienen el éxito se encuentren al final en deuda con importantes donantes de fondos, ya sean éstos individuos particulares o grandes corporaciones. A principios de los años setenta, el Congreso promulgó una nueva legislación con el fin de limitar las contribuciones individuales y reforzar la exigencia de transparencia. Sin embargo, esos cambios sólo consiguieron que los candidatos fuesen aún más dependientes de las actividades de recaudación de fondos de los comités de acción política, lo que ha dado lugar a nuevas formas de poder financiero y de capacidad de presión económica.

Una tercera circunstancia que ha contribuido a destacar aún más los conflictos de interés consiste en que, gracias en parte a los escándalos del periodo de la posguerra, los políticos, los periodistas y otros profesionales se han ido preocupando cada vez más de averiguar qué es una conducta poco ética en política y de conocer las formas de evitarla. Esta cuestión centró una parte importante de los debates políticos de los años cincuenta y sesenta, y tanto el presidente Kennedy como el presidente Johnson elaboraron códigos para tratar de reducir los conflictos de interés y restablecer unas ciertas normas mínimas de conducta. Sin embargo, a partir de los setenta la tendencia a un aumento de la preocupación por las actividades corruptas se hizo mucho más acusada.[29] Sin duda, el escándalo del Watergate constituyó un factor crucial en este sentido, contribuyendo a crear un nuevo clima de inquietud y un renovado celo investigador que aumentaba las probabilidades de que los conflictos de interés y otras formas de corrupción acabaran desvelándose y censurándose. Las dos cámaras del Congreso[30] aprobaron nuevos códigos éticos para sus miembros, y en 1978 promulgaron la Ley

28. Lewis, Charles, *The Buying of Congress: How Special Interests have Stolen your Right to Life, Liberty and the Pursuit of Happiness*, Nueva York, Avon Books, 1998.

29. Véase Dennis F. Thomson, *Ethics in Congress: From Individual to Institutional Corruption*, Washington, D. C., Brookings Institution, 1995.

30. Desde la Constitución estadounidense de 1789, el Congreso está compuesto por dos Cámaras, el Senado —en el que cada Estado, con independencia de su tamaño, está representado por dos senadores—, y la Cámara de representantes, cuyos miembros son elegidos en función de la población. Entre otras cosas, el Congreso puede fijar y recaudar impuestos, regular las actividades comerciales, acuñar moneda, declarar la guerra, reclutar y sostener ejércitos, o promulgar leyes. *(N. del t.)*

para el comportamiento ético en el gobierno que, entre otras cosas, endurecía las normas que regulaban los conflictos de interés, la actividad de los grupos de presión y la transparencia en la información económica referente a los altos funcionarios del gobierno. Consciente no sólo de la necesidad de abordar estas cuestiones sino de que se viera también que lo estaba haciendo, el Congreso se volvió más activo en su tarea de hacer cumplir los códigos de conducta e investigar las infracciones que se denunciaban. Simultáneamente, los medios de comunicación y otras organizaciones se fueron haciendo cada vez más agresivos y pusieron más empeño en la revelación de los conflictos de interés y los demás elementos de infracción económica real o supuesta.

El resultado acumulativo de las tres circunstancias mencionadas consistió en que, poco después del Watergate, el Congreso se convirtió en el centro de una serie de escándalos político-financieros. Entre ellos figuró el escándalo de la Gulf Oil Corporation, escándalo que estalló en 1975 tras la revelación de que esta empresa había hecho contribuciones ilegales durante las campañas de Nixon y de numerosos candidatos al Congreso (aunque sólo un congresista, el líder de las minorías en el Senado, Hugh Scott, se declaró culpable de haber recibido de la Gulf Oil Corporation una elevada suma de dinero que no había declarado). Después vino el «Coreagate», un escándalo que se produjo a raíz de las actividades de un surcoreano, miembro de los grupos de presión, Tongsun Park, que en agosto de 1977 fue acusado de haber conspirado para sobornar a varios funcionarios públicos. Ayudado al parecer por la Agencia Central de Inteligencia coreana, Tongsun Park había realizado contribuciones económicas y regalado dinero en metálico a algunos congresistas durante sus campañas, a los que proporcionó además viajes gratuitos a Corea del Sur, con el fin de influir en la disposición del Congreso hacia su país. Tongsun Park pudo financiar esta actividad gracias a su posición como único concesionario para la venta de arroz estadounidense a Corea del Sur. Habiendo sido llamado a declarar ante un comité del Congreso en abril de 1978, Tongsun Park testificó que había proporcionado regalos y efectuado contribuciones para las campañas de 30 miembros del Congreso. El antiguo congresista Richard Hanna fue condenado por conspirar para defraudar al gobierno y pasó un año en prisión. Otros tres congresistas recibieron una reprimenda formal de la Cámara por no haber informado de los regalos de dinero en metálico que les había hecho Tongsun Park (aunque posteriormente fueron reelegidos como representantes en la Cámara).

Sin embargo, quizá el escándalo más revelador de todos los que se produjeron durante los años setenta y ochenta sea el asunto Abscam, que puso

de relieve tanto el cada vez más delicado clima en torno a las cuestiones éticas del periodo posterior al Watergate como la actividad cada vez más agresiva de las instancias encargadas de hacer cumplir la ley. «Abscam» era el nombre en clave de una operación relámpago del FBI en la que los agentes, fingiendo ser los representantes de dos falsos jeques árabes, ofrecieron sobornos a algunos congresistas a cambio de que éstos les prometieran, entre otras cosas, que les prestarían ayuda en temas relacionados con los problemas de inmigración.[31] En un principio, la operación había comenzado en 1977 como parte de las enérgicas medidas que el FBI decidió emprender para combatir el crimen organizado, pero tomó un nuevo rumbo cuando, hacia el final de sus dos años de duración, el plan policial capturó en sus redes a varios destacados políticos. Actuando tras la tapadera de una corporación ficticia llamada Abdul Enterprises Ltd (de ahí el nombre de «Abscam», abreviatura de «Abdul scam» [simulación Abdul]), los agentes del FBI largaron su cebo: hicieron correr el rumor de que los jeques tenían miles de millones de dólares provenientes de sus ingresos petrolíferos, que querían invertirlos en los Estados Unidos, y que en su momento desearían obtener un permiso de residencia permanente en el país. Casi desde el principio, el FBI lo grabó todo: las llamadas de teléfono fueron intervenidas, las reuniones en habitaciones de hotel y otros lugares fueron filmadas en secreto, etcétera. Se instalaron cámaras de vídeo provistas con lentes especiales detrás de las pantallas de televisión, en las lámparas de techo y en el interior de los muros y las puertas. A finales de 1978, un cierto número de políticos empezó a caer en la red —al principio fue sólo Angelo Errichetti, el turbio alcalde de Camden, Nueva Jersey, que a medida que iba progresando la operación, fue revelándose como un intermediario clave, pero muy pronto hubo otros políticos implicados, incluyendo a un senador y a varios congresistas—. Errichetti fue filmado en secreto y se le vio aceptar grandes sumas de dinero como soborno para conseguir una licencia de juego y poder construir un Casino en Atlantic City. El senador Harrison Williams se prestó a utilizar su influencia en Washington para lograr la obtención de contratos gubernamentales para la explotación de una mina de titanio a cambio de 17 millones de dólares en acciones de la corporación. Varios congresistas fueron filmados mientras aceptaban grandes cantidades de dinero en forma de sobres y maletines a cambio de prometer su ayuda, entre otras cosas, con los problemas de la inmigración.

31. Para un examen más detallado del trasfondo de la operación Abscam, véase Robert W. Greene, *The Sting Man: Inside Abscam*, Nueva York, E. P. Dutton, 1981.

A principios de febrero de 1980, la operación Abscam se hizo súbitamente pública. El FBI decidió concluir la operación y deshacer la tapadera el 2 de febrero de 1980, y al día siguiente fue el titular de las noticias de toda la prensa nacional. Algunas de las cintas de vídeo secretas fueron exhibidas poco después en la televisión. Los abogados del senador y los congresistas argumentaron que la operación del FBI constituía un paradigma de escucha ilegal, pero la fuerza de la evidencia que presentaban los vídeos en su contra era abrumadora. En una de las cintas de vídeo, emitida por un canal nacional de televisión, los espectadores pudieron ver cómo el congresista Michael Meyers aceptaba un maletín que contenía un soborno de 50.000 dólares de manos de uno de los agentes camuflados del FBI (Tony Amoroso), y también pudieron oírle decir: «Tony, estás enfocando —sólo voy a decirte esto—, estás enfocando esto de la mejor manera... Te voy a decir algo verdaderamente simple y breve. El dinero manda en este asunto y hace que las pegas desaparezcan. Y lo mismo ocurre en Washington».[32] Estas crudas revelaciones en las que los congresistas fueron pillados con las manos en la masa, cometiendo los más flagrantes actos de corrupción, produjeron conmoción e indignación en muchas personas. En octubre de 1980, Meyers fue expulsado de la Cámara (era el primer congresista expulsado desde 1861). Cinco de los seis congresistas implicados en el asunto Abscam no consiguieron ser reelegidos en las elecciones al Congreso que se celebraron en el otoño de 1980; el que fue reelegido, Raymond Lederer de Pensilvania, dimitió posteriormente, abandonando su escaño en 1981, tras ser condenado por soborno. Harrison Williams dimitió y abandonó el Senado en marzo de 1982 ante la evidencia de su inminente expulsión. Los siete implicados fueron juzgados por delitos penales y condenados a distintos periodos de encarcelamiento.

Los escándalos político-financieros siguieron produciendo víctimas durante los años ochenta y noventa. A finales de los ochenta y principios de los noventa, cinco senadores se vieron atrapados en el escándalo generado por el derrumbamiento de una compañía de ahorros y préstamos, escándalo que se conoció con el nombre de Keating Five.[33] Los senadores implicados fue-

32. Citado en *ibid.*, pág. 194.

33. El derrumbamiento de la compañía de ahorros y préstamos se debió en buena medida a la falta de regulación del sector a principios de los años ochenta. Las compañías de ahorros y préstamos comenzaron a florecer a partir de los primeros años de la década de los treinta con el fin de promover la construcción de nuevas viviendas mediante la concesión de hipotecas sobre la vivienda y al objeto también de proteger a las instituciones financieras

contra el tipo de devastación que sobrevino tras el hundimiento bursátil de 1929. Los fondos de las compañías de ahorros y préstamos tenían garantía federal, y a cambio de la protección ofrecida, estas compañías debían observar severas ordenanzas relacionadas con los tipos de préstamos que se les permitía hacer. Sin embargo, los cambios económicos ocurridos en los años setenta generaron crecientes dificultades para las compañías de ahorros y préstamos; con una elevada inflación y la creciente competencia generada por las inversiones de alto rendimiento, muchas de las compañías de ahorros y préstamos tuvieron dificultades para captar nuevos fondos. A principios de los años ochenta, el Congreso eliminó los controles que pesaban sobre las compañías de ahorros y préstamos, en parte con la intención de permitir que compitiesen con mayor eficacia con otras instituciones financieras. La nueva legislación subió los tipos de interés, flexibilizó la normativa sobre el régimen de propiedad de las compañías de ahorros y préstamos y aumentó el abanico de inversiones que estas empresas podían hacer con los fondos garantizados por el gobierno federal. Con esta relajación de la normativa sobre el régimen de propiedad y el aumento del abanico de inversiones, las compañías de ahorros y préstamos se convirtieron en interesantes activos para los agentes de la propiedad inmobiliaria y para los empresarios, que se dedicaron a comprar compañías de ahorros y préstamos y a utilizarlas como fuentes de capital con las que financiar sus propias iniciativas. Las fluctuaciones de la economía estadounidense en los años ochenta, unidas a las inversiones de alto riesgo y a las prácticas irregulares de muchas de las compañías de ahorros y préstamos sujetas al proceso de liberalización tuvo como resultado uno de los peores desastres financieros del siglo xx. Cientos de compañías de ahorros y préstamos fueron a la bancarrota y el coste total para el contribuyente —excluyendo el pago de los intereses sobre los bonos del gobierno vendidos para salvar al sector— se situó probablemente en una cifra comprendida entre los ciento cincuenta mil y los ciento setenta y cinco mil millones de dólares; teniendo en cuenta el pago de intereses, la cantidad total pudo haber ascendido a quinientos mil millones de dólares. (Para un examen más detallado de la crisis de las compañías de ahorros y préstamos, véanse las siguientes obras: James Ring Adams, *The Big Fix: Inside the S & L Scandal*, Nueva York, John Wiley, 1990; Kitty Calavita, Henry N. Pontell y Robert H. Tillman, *Big Money Crime: Fraud and Politics in the Savings and Loan Crisis,* Berkeley, University of California Press, 1999.

Gran parte de la culpa de la crisis de las compañías de ahorros y préstamos recae en el Congreso por el modo en que liberalizó el sector a principios de los años ochenta. Sin embargo, la crisis se convirtió también en fuente de un cierto número de escándalos concretos, alimentados por la irritación pública y el resentimiento generado por el caos de las compañías de ahorros y préstamos. Al prestar atención a estos escándalos específicos, que a menudo implicaban a individuos particulares proclives a actividades excesivamente especulativas y claramente fraudulentas, los medios de comunicación encontraron un modo de convertir las complejas cuestiones relacionadas con la crisis de las compañías de ahorros y préstamos en varios tipos de relato popular, a costa, muchas veces, de un análisis exhaustivo de los asuntos en cuestión.

El escándalo conocido con el nombre de Keating Five fue uno de los escándalos vinculados a la crisis de las compañías de ahorros y préstamos. Charles Keating comenzó a trabajar como agente de la propiedad inmobiliaria y en 1984 compró la compañía de ahorros y préstamos Lincoln en Irvine, California. La transformó rápidamente en una compañía de ahorros y préstamos convencional, que tenía sus principales activos en los préstamos hipotecarios concedidos a las instituciones financieras especializadas en iniciativas comerciales inmobilia-

ron formalmente reprendidos por aceptar grandes contribuciones económicas para sus campañas de manos del propietario de una compañía de ahorros y préstamos, Charles Keating, mientras, al mismo tiempo, intervenían en nombre de Keating ante varios reformadores estatales y federales. En 1989, el portavoz de la Cámara, Jim Wright, se vio obligado a dimitir ante los numerosos cargos de mala práctica financiera que se le vinieron encima, y que incluían la aceptación de regalos, la aceptación de favores de un hombre de negocios de Texas llamado George Mallick (que había contratado a su mujer y le había permitido que utilizara un coche y un apartamento), la violación de las normas de la Cámara respecto a los ingresos externos al vender un gran número de ejemplares de su libro, *Reflections of a Public Man*, a las personas que le apoyaron económicamente durante su campaña y quedándose con los derechos de autor (que se habían calculado en la muy abultada cantidad del 55 por ciento del precio del libro). En la espesa atmósfera partidista y pro ética que imperaba en el Congreso tras el Watergate, éstas y otras acusaciones bastaron para socavar la posición de Wright como portavoz de la Cámara. En 1994, el presidente de la Comisión del Presupuesto de la Cámara, Dan Rostenkowski, fue acusado de siete delitos de fraude y malversación, incluyendo la apropiación de fondos públicos, el cobro de facturas al congreso por muebles que luego regalaba a sus amigos y por haber inscrito empleados «fantasma» en su hoja de gastos.

La rama ejecutiva del gobierno también se vio afectada por una serie de escándalos político-financieros durante el periodo que siguió a la conmoción del Watergate. Bert Lance fue obligado a dimitir como director del presupuesto de Carter en septiembre de 1977, al verse envuelto en una polémica relacionada con algunas de sus pasadas actividades empresariales. Muchos de los funcionarios de la administración Reagan fueron investigados tras ser acusados de haber cometido delitos económicos, y hubo varias dimisiones de altos cargos. En 1982, el asesor para la seguridad nacional de

---

rias y otras inversiones de carácter especulativo. Utilizó sus conexiones políticas para unirse a los grupos de presión que perseguían una mayor liberalización y para desactivar las investigaciones que los inspectores federales y estatales realizaban sobre las actividades de la compañía Lincoln. Cinco senadores llegaron a actuar en nombre de Keating; también recibieron de Keating un total de un millón trescientos mil dólares como contribución a sus campañas. En 1989, la compañía de ahorros y préstamos Lincoln se vino abajo, y Keating fue posteriormente juzgado por varias acusaciones de fraude y chantaje. El Comité ético del Senado llevó a cabo una investigación de nueve meses; reprendió a cuatro senadores por haber mostrado poca sensatez y escaso juicio, y amonestó al quinto —el senador por California, Alan Cranston— por haber violado las normas de conducta establecidas en el Senado.

Reagan, Richard Allen, se vio obligado a dimitir entre un revuelo de revelaciones sobre fraudes económicos. Entre estos datos figuraba un indicio que le acusaba de la aceptación de un regalo de 1.000 dólares de un periodista japonés. El viceministro de Defensa, Paul Thayer dimitió en enero de 1984 para hacer frente a los cargos que la Comisión de los Fondos y Divisas del Estado había hecho recaer sobre él y que le acusaban de haber utilizado en su beneficio la información privilegiada de que disponía en razón de su puesto. En septiembre de 1984 el ministro de Trabajo, Raymond Donovan, fue acusado de haber defraudado a la Dirección de Tráfico de la ciudad de Nueva York con ocasión del proyecto de construcción de un metro durante los años 1979 y 1980; resultó finalmente absuelto, pero dimitió en marzo de 1985, y tuvo que poner fin a su carrera política. El primer fiscal general de la administración Reagan, William French Smith, dimitió en enero de 1984, envuelto en una serie de acusaciones por evasión de impuestos. Su sucesor, Edwin Meese, fue objeto de dos investigaciones realizadas por dos fiscales especiales —la primera a cargo de Jacob Stein en 1984, y la segunda dirigida por James McKay en 1987—, investigaciones relacionadas con unas acusaciones de corrupción. Ninguna de las dos diligencias abiertas terminó en juicio, pero Meese abandonó su cargo tras la publicación del informe de McKay. Éstos y otros escándalos contribuyeron a granjear a la administración Reagan la reputación de corrupta, aunque el escándalo que habría de dominar el segundo mandato de Reagan no fue un escándalo financiero sino más bien un escándalo de poder —el asunto Irán-Contra (que examinaremos en el próximo capítulo)—. Pese a que la administración Bush se vio menos asediada por los escándalos político-financieros, el jefe de personal de Bush, John Sunanu, dimitió en diciembre de 1991 acusado de haber utilizado los aviones y los coches oficiales en su propio beneficio.

Al igual que otras muchas campañas optimistas del pasado, la de Clinton se basó en la promesa de una práctica política limpia, una práctica consagrada a producir «la administración de mejor comportamiento ético de la historia», pero pronto se encontraría con que varios miembros de su administración —y, de hecho, su mujer y él mismo— estaban siendo investigados ante la posibilidad de que se hubiera cometido algún delito económico. Se designó un fiscal independiente para que investigase los negocios del ministro de Comercio, Ronald Brown. El ministro de Vivienda y Desarrollo Urbano, Henry Cisneros, fue investigado por un fiscal especial tras haber sido acusado de mentir al FBI sobre ciertos pagos a una antigua amante. El ministro de Transportes, Frederico Pena, fue investigado en relación con unas denuncias que le acusaban de haberse apropiado fondos federales para

construir el nuevo aeropuerto de Denver. El ministro de Agricultura, Mike Espy, tuvo que presentar su dimisión forzosa al ser acusado de la aceptación de regalos por parte de algunas de las compañías que su ministerio debía supervisar. Y el propio matrimonio Clinton fue objeto de una larga investigación sobre su implicación en un negocio de compraventa de terrenos altamente especulativo en Arkansas y sobre su relación con el cierre de una compañía de ahorros y préstamos: lo que se dio en llamar el asunto Whitewater.

El asunto Whitewater

Los orígenes del asunto Whitewater se remontan a los últimos años de la década de los setenta, cuando Bill Clinton era fiscal general de Arkansas.[34] Jim McDougal, un amigo de los Clinton que poseía varias agencias de compraventa de terrenos, encontró una zona de más de nueve kilómetros cuadrados junto al White River en la parte central y septentrional del Estado de Arkansas e invitó a los Clinton a unirse a él y a su mujer en una inversión con fines especulativos. El plan consistía en comprar las tierras mediante un préstamo bancario de 200.000 dólares y después dividir la tierra en 44 lotes destinados a ser vendidos por separado; la venta de los lotes les permitiría pagar tanto el préstamo como los intereses. Como más tarde habría de revelarse, la venta de las parcelas fue desesperantemente lenta y la Compañía Constructora Whitewater no conseguía generar ingresos suficientes para atender al pago de los intereses, de modo que los socios de la compañía se vieron obligados a pedir préstamo tras préstamo para cubrir los pagos. Mientras tanto, McDougal se introdujo en el negocio de la banca, adquiriendo en 1983 la compañía de ahorros y préstamos con la que estaba endeudada la Constructora Whitewater y cambiándole el nombre por el de Madison Guaranty. Dispuesto a beneficiarse de la nueva legislación que liberalizaba la actividad de las compañías de ahorros y préstamos, McDougal fundó una filial de Madison Guaranty y la llamó Madison Financial Corp., utilizándola como instrumento para la financiación de inversiones empresa-

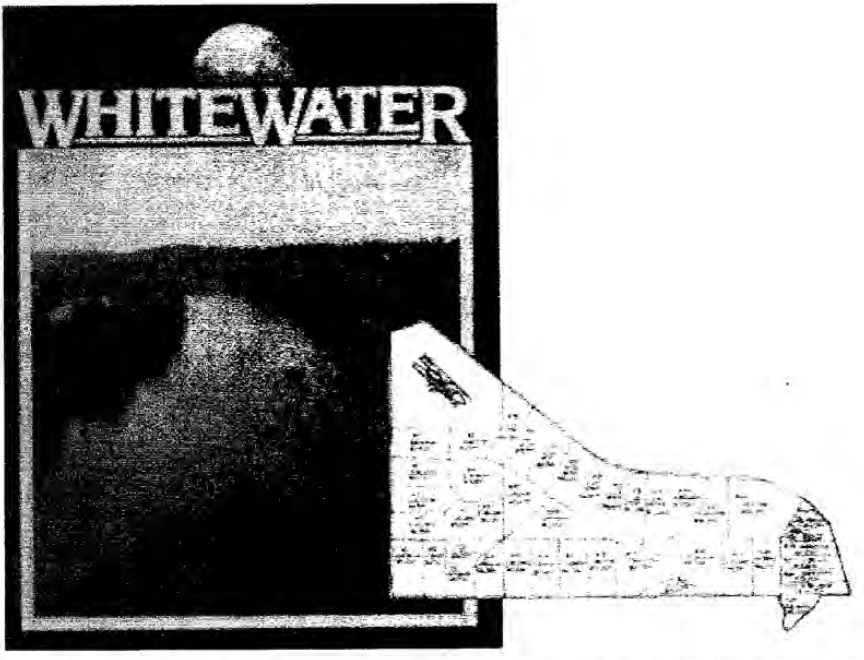
34. Mi explicación del asunto Whitewater se basa en primer lugar en la muy precisa reconstrucción de los acontecimientos que proporciona James B. Stewart en *Blood Sport: The President and his Adversaries*, Nueva York, Simon and Schuster, 1996. Véase también la instructiva discusión publicada en la obra de Robert Williams, *Political Scandals in the USA*, Edimburgo, Keele University Press, 1998, capítulo 4.

riales. También hizo que la Rose Law Firm, bufete en el que trabajaba Hillary Clinton, llevara algunos de sus casos legales, pagándoles un anticipo mensual. Sin embargo, el imperio empresarial de McDougal se vio cada vez más empantanado por las deudas, y su posición económica fue volviéndose cada vez más desesperada. En 1986 fue desahuciado como consecuencia de la bancarrota de la compañía de ahorros y préstamos, que fue auditada por el gobierno, y en 1989 fue sometido a juicio por once cargos de fraude contable, incluyendo el de fraude bancario y el de malversación de fondos bancarios. En 1987, Hillary Clinton se hizo cargo de la gestión de Whitewater.

Una vez que Bill Clinton hubo declarado su intención de presentarse como candidato a la presidencia en octubre de 1991, un periodista del *New York Times*, Jeff Gerth, empezó a investigar los asuntos económicos de Clinton en Arkansas. Habló, entre otras personas, con McDougal, y comenzó a reunir las piezas que demostraban los vínculos entre la bancarrota de la compañía de ahorros y préstamos, la Rose Law Firm y el fallido negocio inmobiliario de Whitewater. El 8 de marzo de 1992, el *New York Times* publicó en su portada una historia bajo el titular: «Los Clinton vinculados a la compañía de ahorros en la aventura inmobiliaria de Ozark».[35] El momento en que había aparecido la historia planteaba serias dificultades a Clinton: su campaña electoral se encontraba en plena marcha y, tras el asunto con Gennifer Flowers y la polémica que rodeó a la supuesta malversación de fondos del Estado en que habría incurrido para sostener sus asuntos extramatrimoniales, estaba claro que no le ayudaría nada verse mezclado en la bancarrota de una compañía de ahorros y préstamos y tener que contestar las preguntas que surgieran sobre los posibles conflictos de interés. La historia fue publicada por otros periódicos y obligó a los Clinton a ofrecer una respuesta defensiva, respuesta en la que insistieron en que habían perdido dinero en la aventura y negaron haber cometido cualquier infracción. Al no producirse ninguna nueva revelación y dada la complejidad del embrollo Whitewater, la historia fue desapareciendo gradualmente de las noticias. Al llegar el verano de 1992, Whitewater parecía un asunto políticamente olvidado. Una vez que Clinton fue elegido y se encontraba a la espera de ser investido presidente, sus asesores se las arreglaron para sacar discretamente al presidente electo y a su mujer del asunto Whitewater (el paquete accionarial de los Clinton fue vendido a McDougal por un valor nominal de 1.000 dólares).

Sin embargo, la muerte en circunstancias sospechosas del viceconsejero del presidente, Vincent Foster, reavivó el interés de los medios por White-

35. *New York Times*, 8 de marzo de 1992, págs. 1 y 24.



16. Folleto de ventas de Whitewater. El terreno que bordeaba el White River en la parte central y septentrional de Arkansas se dividió en 44 parcelas (véase el recorte) que debían ser vendidas por separado; sin embargo, la venta de las parcelas resultó ser desesperantemente lenta.

water. Foster era un viejo amigo de los Clinton, y había trabajado con Hillary Clinton en la Rose Law Firm en Little Rock. Cuando se reunió con los Clinton en Washington, pronto se vio envuelto en un escándalo surgido como consecuencia de unas denuncias contra él por supuestas actividades corruptas cometidas desde el negociado de viajes de la Casa Blanca —un escándalo que rápidamente fue bautizado como «Travelgate» por la prensa—.[36] La

36. A principios de mayo de 1993, Catherine Cornelius —un pariente lejano de Bill Clinton que había prestado ayuda organizando parte de la logística de viajes durante la campaña— le dijo a Vincent Foster y a unos cuantos de sus asociados que había descubierto una importante trama de corrupción en la oficina de viajes de la Casa Blanca. Argumentaba que se había gastado dinero en residencias de vacaciones, carreras de caballos y viajes a Europa. Bill y Hillary Clinton estudiaron estas denuncias, y Foster pidió a un abogado vinculado a la Casa Blanca, William Kennedy —otro de los antiguos miembros del bufete jurídico denominado Rose Law Firm—, que investigase el asunto. Se decidió solicitar a una firma de consultoría externa dirigida por Peat Marwick que realizara una auditoría. Kennedy también planteó el asunto al FBI, que accedió a abrir su propia investigación. La auditoria preliminar

presión pareció hacer mucha mella en Foster, y el 20 de julio de 1993 fue hallado muerto en el parque nacional de Fort Marcy, al parecer tras haberse suicidado. A raíz de este suceso, su despacho en el negociado de viajes fue registrado por el consejero del presidente, Bernard Nussbaum, y varios documentos desaparecieron. Dado que Foster había asumido la responsabilidad de ocuparse del caso Whitewater en nombre de los Clinton desde que el matrimonio dispusiera de sus intereses, era obligado que su súbita muerte y la desaparición de los documentos de su despacho suscitara fuertes sospechas. (La Casa Blanca admitió más tarde que entre los documentos desaparecidos había un grupo de expedientes relacionados con el caso Whitewater, una admisión que provocó una tormenta de críticas.) Además, poco después de la muerte de Foster, se supo que era probable que la investigación que venía efectuando la Corporación para las declaraciones de quiebra (RTC)[37] sobre la compañía en bancarrota de ahorros y préstamos de McDougal y la Madison Guaranty terminase en un proceso penal. Estas dos circunstancias renovaron el interés de los medios por Whitewater; Jeff Gerth, del *New York Times* y Susan Schmidt del *Washington Post* indagaron de manera particularmente activa en la historia, deseosos de no verse superados en cuanto a contenidos informativos por el otro. El 31 de octubre de 1993, el *Washington Post* resolvió el misterio con un artículo de portada en el que refería que la Corporación para las declaraciones de quiebra había pedido a los fiscales federales de Little Rock que iniciasen una investigación penal sobre las actividades de Madison Guaranty, vinculando ex-

---

realizada por Peat Marwick concluyó que existían evidencias de malversación, y la Casa Blanca respondió despidiendo inmediatamente a siete empleados de su oficina de viajes. No obstante, poco después, el *Washington Post* obtuvo copias de varios informes internos que indicaban que Cornelius quería dirigir la oficina de viajes y que la compañía World Wide Travel —la agencia de Little Rock que había organizado la mayoría de los viajes de la campaña— esperaba hacerse con la organización de los viajes de la Casa Blanca. A la luz de estas revelaciones, la acción emprendida por la Casa Blanca al despedir a los trabajadores de su oficina de viajes pareció un acto incompetente e interesado, y la implicación del FBI planteó interrogantes que apuntaban al hecho de si la Casa Blanca había utilizado sesgadamente al FBI con el fin de atender a sus propias motivaciones políticas. Tras una oleada de publicaciones perjudiciales en la prensa, cinco de los siete empleados despedidos fueron readmitidos, la compañía American Express obtuvo el contrato de gestión de las operaciones de viajes de la Casa Blanca, y el Departamento de Justicia, el FBI, la Hacienda pública y el Servicio de ingresos internos anunciaron que se disponían a realizar sus propias investigaciones sobre el particular. William Kennedy fue amonestado y posteriormente abandonó la Casa Blanca.

37. La Corporación para las declaraciones de quiebra (RTC) fue la agencia federal creada para supervisar la crisis en el sector de las compañías de ahorros y préstamos. *(N. del t.)*

plícitamente a la compañía de ahorros y préstamos en quiebra con Whitewater y con los Clinton. Otras historias de alcance relacionadas con ésta aparecieron en el *Post* durante los días siguientes, y muy pronto otros periódicos se unieron a la refriega, generando un aluvión de nuevas revelaciones y denuncias. El 11 de noviembre, la historia era aireada en el programa de la NBC *Nightly News*, con tomas aéreas del montañoso terreno que circunda el río White. El periodista de la NBC informó de la existencia de denuncias que afirmaban que Clinton había utilizado su posición como gobernador para facilitar la concesión del préstamo a McDougal y que también sostenían que podía existir algún vínculo entre las investigaciones que se habían realizado en Arkansas y la muerte de Foster. Whitewater había regresado para vengarse.

A medida que los medios de comunicación iban ocupándose cada vez más del asunto Whitewater y de las especulaciones sobre la muerte de Foster, la Casa Blanca respondió negando haber cometido cualquier infracción y obstruyendo cualquier petición de nueva información. Algunos de los informativos de los medios tenían indudablemente un carácter partidista, y algunas informaciones estaban vinculadas a las actividades de las organizaciones de la derecha política —como Citizens United (Ciudadanos Unidos), Accuracy in Media (Exactitud en los Medios), la Fundación Legal Landmark y el Western Journalism Center (Centro Periodístico del Oeste)— que profesaban una gran hostilidad contra los Clinton y contra su administración.[38] Sin embargo, la respuesta poco cooperadora de la Casa Blanca sólo sirvió para reforzar la sospecha de que debía haber algo que se quería ocultar. Los llamamientos para lograr una investigación independiente, dirigida tanto a los medios como al Congreso, crecieron cada vez más. Embargada por la creciente preocupación de que el asunto Whitewater consiguiera tirar por tierra el programa legislativo de Clinton, la Casa Blanca puso en marcha una unidad especial —bautizada como el Equipo de respuesta al asunto Whitewater— encargada de hacer frente a la crisis. En una visita oficial a Rusia, Ucrania y los Estados bálticos en enero de 1994, Clinton tuvo

38. El personal de muchas de esas organizaciones, que obtenían sus fondos de una gran diversidad de grupos y fundaciones de ideología republicana, estaba compuesto por individuos muy conservadores. Ciudadanos Unidos, por ejemplo, había sido fundada en 1988 por un activista político conservador llamado Floyd Brown. Provista de un presupuesto anual de unos tres millones de dólares, la organización de Brown se ocupó casi exclusivamente de atacar a Clinton, cosa que hizo en su programa diario de radio, *Talk Back to Washington*, en su portal de internet, citizensunited.org, en su revista mensual, *Clinton Watch*, y en el libro que publicaron, titulado «*Slick Willie*»: *Why America Cannot Trust Bill Clinton*.

que hacer frente a un cierto número de preguntas sobre el asunto Whitewater. Pese a que en la Casa Blanca las opiniones estaban divididas respecto a la cuestión de si el presidente debería apoyar o no la iniciativa de una investigación independiente, Clinton se inclinaba hacia esta posibilidad con la esperanza de que rebajase algo la tensión de la crisis y condujese a una solución relativamente rápida. Mientras aún seguía en Ucrania, decidió solicitar la designación de un fiscal independiente.

La designación como fiscal independiente encargado de investigar el asunto Whitewater recayó sobre Robert Fiske, un republicano moderado. Sin embargo, en agosto de 1994, Fiske fue sustituido por un republicano más conservador, Kenneth Starr, que había sido subsecretario de Justicia en la administración Bush. En las elecciones de noviembre, los republicanos obtuvieron el control de las dos cámaras del Congreso por primera vez en muchas décadas. El asunto Whitewater se encontraba ahora en el centro de una tensa arena política en la que un presidente demócrata se enfrentaba a un Congreso controlado por los republicanos y con clara memoria de los asuntos Watergate e Irán-Contra. En mayo de 1995, el Senado votó el comienzo de las audiencias relacionadas con el caso Whitewater y otros temas afines, audiencias que deberían ser presididas por el senador republicano Alfonse D'Amato. La Comisión especial del Senado empezó sus audiencias en el verano de 1995 y emitió su informe al año siguiente. Estaba claro que las tendencias de los dos grandes partidos recorrían el informe de la Comisión.[39] La parte del informe emitida por la mayoría republicana era severamente crítica con la forma en que los Clinton y un determinado número de funcionarios de la Casa Blanca habían llevado el caso Whitewater, denunciando, entre otras cosas, que hubiesen iniciado un proceso de encubrimiento y obstrucción, que la desaparición de documentos del despacho de Foster supusiera un ejemplo de conducta completamente inadecuada, que los Clinton se hubiesen visto activamente implicados en el asunto Whitewater, ya que habían mediado para facilitar la concesión de créditos (en lugar de limitarse a ser meros inversores pasivos, como pretendían), y que los Clinton hubiesen realizado una serie de deducciones fraudulentas de la declaración de impuestos vinculada a su participación en Whitewater; el informe de la minoría demócrata negó en cambio la mayor parte de los cargos y rechazó lo que calificó como las «exageradas e insostenibles conclusiones»

39. Véase el informe del Senado estadounidense titulado *Final Report of the Special Commitee to Investigate Whitewater Development Corporation and Related Matters*, Washington, Government Printing Office, 1996.

que aparecían consignadas en el informe de la mayoría. Por consiguiente, los resultados de las investigaciones del Senado fueron bastante poco concluyentes y no generaron ninguna evidencia clara que mostrase que los Clinton hubieran realizado alguna actividad ilegal relacionada con sus inversiones en Whitewater o que fueran responsables de haberse visto mezclados en graves conflictos de interés.

Hubo sin embargo un cierto número de víctimas políticas en el caso Whitewater. Una de las de mayor rango público fue el consejero del presidente, Bernard Nussbaum, que dimitió en marzo de 1994, asediado por los que le acusaban de haber mantenido vínculos inadecuados con funcionarios implicados en la investigación que había llevado a cabo la Corporación para las declaraciones de quiebra sobre las actividades de la Madison Guaranty. Varios funcionarios de Hacienda —incluyendo a Roger Altman, el viceministro de Hacienda y presidente en funciones de la Corporación para las declaraciones de quiebra, así como a Jean Hanson, fiscal general de Hacienda— también dimitieron tras recibir críticas por haber mantenido vínculos inadecuados con funcionarios de la Casa Blanca durante las investigaciones penales. El fiscal general adjunto, Webster Hubbell se vio obligado a dimitir y a abandonar su cargo en el ministerio de Justicia al ser interrogado sobre sus poco ortodoxas prácticas de emisión de facturas durante el tiempo en que había sido miembro de la Rose Law Firm; más tarde, Hubbell fue procesado por fraude y condenado a pena de cárcel. Los asociados empresariales de los Clinton en Arkansas, Jim y Susan McDougal, fueron ambos procesados por numerosos cargos, incluyendo los de conspiración y fraude y condenados a penas de prisión, lugar en el que murió Jim McDougal en 1998. No se emprendió ninguna acción legal contra los Clinton en relación con el caso Whitewater, pero los problemas del presidente no se habían acabado. La prolongada investigación que venía realizando el fiscal independiente, Kenneth Starr, dio un brusco giro y pasó a centrarse en una madeja de asuntos relacionada con el testimonio del presidente en el caso del acoso sexual de Paula Jones. La estructura de investigación puesta en marcha para indagar en el caso Whitewater se convirtió entonces en la organización procesal que habría de llevar la batuta en el escándalo Clinton-Lewinsky.

¿Por qué se convirtió el de Whitewater en un caso de inquisición política tan prolongado, en un caso que se dilató por un periodo de más de cinco años? Al revisar los hechos retrospectivamente, el grado de esfuerzo y las costas judiciales que hubieron de consagrarse a la investigación del asunto Whitewater parece excesivo si lo relacionamos con la gravedad de cualquier

delito real o supuesto (aunque, por supuesto, cuando comenzaron las investigaciones, había un alto grado de incertidumbre respecto a cuáles podían haber sido exactamente los delitos cometidos y sobre si alguno de ellos podía haber sido consumado o no por los Clinton). El de Whitewater no fue un escándalo que estallase por la revelación de una infracción, sino más bien un escándalo generado por la búsqueda de una infracción. Más que un escándalo cimentado (como sucedió por ejemplo con el caso Abscam) en la revelación pública de un delito evidente, fue un escándalo basado en la proliferación de corazonadas, hipótesis y sospechas mejor o peor fundadas sobre posibles delitos. Tal como acabaría revelándose, se cometieron graves delitos en el caso Whitewater, pero no salió a la luz ninguna evidencia que demostrase de forma concluyente que los Clinton hubiesen cometido ninguna infracción seria. Así pues, ¿por qué duraron tanto tiempo las investigaciones?

Parte de la explicación viene dada por la intrincada complejidad de los hechos y por la dificultad de determinar qué había sucedido algunos años antes en Arkansas. Parte de la explicación viene también dada por la forma en que la Casa Blanca manejó la crisis: la desaparición de documentos del despacho de Foster y la reticencia en cuanto a la revelación de información sobre el asunto Whitewater sólo consiguió alimentar las especulaciones y robustecer la determinación de quienes investigaban el caso. Sin embargo, hubo también otros varios factores de índole más general que contribuyen a explicar la tenacidad de los investigadores del caso Whitewater. En primer lugar, Whitewater no fue un hecho aislado: vino unido al asunto del Travelgate y al de las polémicas y las especulaciones que habían amenazado con echar por tierra la campaña presidencial de Clinton (entre las que destacan sobre todo las del caso Gennifer Flowers), y se vio acompañado por una incesante especulación sobre otros aspectos de la vida de los Clinton en Arkansas (incluyendo las especulaciones sobre los asuntos extramatrimoniales de Clinton cuando era gobernador, especulaciones iniciadas a raíz de la publicación, en enero de 1994, de los relatos de los soldados de la milicia de Arkansas que habían trabajado al servicio de Bill Clinton). El asunto Whitewater estalló en un contexto en el que ya existía un alto grado de suspicacia en relación con los Clinton; y dada la aparición de nuevas revelaciones incómodas o embarazosas, la Casa Blanca se vio obligada a batallar por sus relaciones públicas en varios frentes a la vez.

Un segundo factor importante fue el papel desempeñado por los medios, por las organizaciones políticas conservadoras y por los activistas de esas organizaciones que tenían acceso a los medios. Sería exagerado decir

que los medios «inventaron el caso Whitewater»[40] —los Clinton estuvieron efectivamente implicados en un negocio inmobiliario de corte especulativo en Arkansas que se torció por completo—, pero es indudable que el desarrollo del caso Whitewater de 1993 en adelante fue profundamente moldeado por las actividades de las organizaciones mediáticas y paramediáticas. La competencia existente en el campo mediático produjo una pelea por la obtención de historias y, sobre todo, por la obtención de la noticia de última hora, y una vez que los relatos aparecían en un sector de la prensa, era frecuente que fueran reflejados en otros. Las organizaciones políticas paramediáticas conservadoras como Accuracy in Media (Exactitud en los Medios) y Citizens United (Ciudadanos Unidos) desempeñaron un importante papel en la recopilación de información, en la búsqueda de informantes y en la transmisión de materiales potencialmente perjudiciales a los medios de mayor repercusión. También hubo muchos sitios de internet dedicados al caso Whitewater, lo que generó un constante flujo de noticias, habladurías y especulaciones, tanto sobre los acontecimientos que habían tenido lugar en Arkansas como sobre las circunstancias que habían rodeado la muerte de Vincent Foster. (Las especulaciones sobre la muerte de Foster fueron (y siguen siendo) un tema particularmente popular en estos sitios, en los que abundan las teorías sobre una conspiración.) El torrente de información y la gran abundancia de especulaciones sobre el caso Whitewater, unas informaciones y especulaciones que emanaban de una gran diversidad de fuentes mediáticas y paramediáticas, en algunos casos vinculadas a programas de acción política muy conservadores, tendió a producir un escándalo impulsado por los medios, un escándalo que alcanzó rápidamente un punto álgido y al que, dada la complejidad de los acontecimientos y la forma en que respondió la Casa Blanca, no pudo contenerse ni ponérsele fin con facilidad.

Hay otros dos factores más que nos ayudarán a comprender la prolongada vigencia del asunto Whitewater: la generalizada actitud partidista reinante en la esfera política y la dinámica de la investigación realizada por el fiscal independiente. Cuando los republicanos obtuvieron el control de las dos cámaras del Congreso en noviembre de 1994, el asunto Whitewater se convirtió en objeto de las luchas entre los partidos, y los republicanos, con

40. Ésta fue la acusación realizada por Gene Lyons, escritor y columnista de la *Arkansas Democrat Gazette*. En octubre de 1994, Lyons publicó un artículo en la *Harper's Magazine* titulado «Fool for Scandal: How the *Times* Got Whitewater Wrong». El artículo adquirió más tarde envergadura de libro: Gene Lyons y los directores de la *Harper's Magazine*, *Fools for Scandal: How the Media Invented Whitewater*, Nueva York, Franklin Square Press, 1996.

mayoría en ambas cámaras, pudieron establecer los términos de las investigaciones del Congreso. Además, con la designación de un fiscal independiente dotado de un plazo relativamente amplio para informar,[41] siempre cabía la posibilidad de que la investigación continuase durante un amplio periodo de tiempo y que se terminara desplazando hacia cuestiones que sólo se relacionaban tangencialmente con las denuncias iniciales. Cuando el personal de la Casa Blanca debatió la posibilidad de designar un fiscal independiente en enero de 1994, Bernard Nussbaum se opuso enérgicamente a la idea, argumentando que ese fiscal se convertiría en un «reflector sin rumbo» que continuaría tanteando posibilidades hasta encontrar algo incorrecto, a pesar de que no tuviese nada que ver con Whitewater —«Ampliarán [la investigación] hasta conseguir que abarque áreas en las que ni siquiera hemos pensado»—.[42] Como más tarde se demostraría, las observaciones de Nussbaum eran clarividentes.

El asunto Whitewater destaca en la larga serie de escándalos político-financieros que ha venido caracterizando la política estadounidense desde principios del siglo XIX. El escándalo Whitewater se diferencia en algunos aspectos de muchos escándalos anteriores —diferencias entre las que sobresalen dos: en primer lugar, el hecho de que se basara en actividades que habían tenido lugar antes de que Clinton fuera presidente, y, en segundo lugar, la circunstancia de que nunca se lograse aclarar hasta qué punto los Clinton eran culpables de algún delito—. Pero el caso Whitewater supuso también el testimonio de un cambio en la cultura política del escándalo en los Estados Unidos, una cultura en la que los medios se han vuelto más agresivos en su búsqueda de las posibles infracciones cometidas por los dirigentes políticos y que refrenan menos su deseo de informar sobre ellas, una cultura en la que los políticos muestran una mayor tendencia a poner en

41. Pese a que el plazo de jurisdicción del fiscal independiente ya había terminado formalmente en enero de 1994, cuando se designó a Robert Fiske, la fiscal general Janet Reno emitió un dictamen que establecía los términos de la investigación. Además de autorizar al fiscal independiente para proceder a la investigación tendente a determinar si el presidente o la primera dama habían podido incurrir en alguna infracción relacionada con el asunto Whitewater, este dictamen también capacitaba al fiscal independiente para investigar «otras denuncias o evidencias de violación de cualquier disposición contemplada en el código penal o civil federal en que hubiera podido incurrir cualquier persona o entidad sometida a inspección en el transcurso de la investigación del fiscal independiente...» (la cita es de Stewart, *Blood Sport*, pág. 399). Esta disposición dio vía libre al fiscal independiente para superar con sus investigaciones el marco de las materiales específicamente relacionadas con el asunto Whitewater.

42. La cita es de Stewart, *Blood Sport*, pág. 374.

marcha una investigación formal en aquellos casos en que se producen denuncias que señalan la comisión de supuestos delitos y en los que el propio escándalo se ha convertido en una poderosa y muy útil arma, en una esfera política en donde las cuestiones relacionadas con el carácter y la confianza se han convertido en los puntos centrales del debate. Estos cambios beben en muchas fuentes, pero el acontecimiento que ha configurado, por encima de todos los demás, la cultura política del escándalo en los Estados Unidos de 1970 en adelante es el Watergate.

7

LOS ESCÁNDALOS DE PODER

Los escándalos de poder son escándalos que implican el mal uso o el abuso del poder político como tal. Se basan en la supuesta ocurrencia de acciones o actividades que contravienen o tratan de burlar las normas, las leyes y los procedimientos establecidos que rigen el ejercicio del poder político. Los escándalos de poder constituyen la forma más «pura» de escándalo político, en el sentido de que las normas y convenciones cuya transgresión se encuentra en el epicentro del escándalo político son las normas y convenciones que regulan la forma del poder —esto es, del poder político— que es parte esencial de la esfera política. Los escándalos de poder pueden acompañarse de varios tipos de transacciones económicas ilícitas, pero las transacciones económicas no son la fuente del escándalo: son secundarias al hecho de que las actividades en cuestión son transgresiones de normas y leyes que regulan el ejercicio del poder político.

Debido en parte al hecho de que los escándalos de poder son la forma más pura de escándalo político, este tipo de escándalos han llegado a asumir una gran relevancia en la esfera política. Lo que se observa en los escándalos de poder no es la intrusión ilícita de factores extraños —sexo, dinero— en el ámbito del poder político, sino más bien la ilícita utilización del poder político mismo. Este fenómeno es particularmente perturbador en las sociedades liberal-democráticas, precisamente porque éstas son sociedades en las que el ejercicio del poder político se basa en el imperio de la ley; de ahí que el hecho de saltarse esas normas pueda ser considerado o presentado como una actividad que socava los propios cimientos del poder legítimo. Esto contribuye a explicar por qué uno de los mayores escándalos de la era moderna —el Watergate— ha podido adquirir la categoría de escándalo paradigmático y convertirse en punto de referencia (cuestión de la que da fe el difundido uso del sufijo «-gate») para gran número de escándalos posteriores. El Watergate sobresale como emblema de todos los escándalos políticos modernos porque lo que estaba en juego en aquel escándalo era el hecho de si el más alto funcionario del Estado —el presidente— había burlado o no a escondidas las normas, las leyes y los procedimientos que regulan el legíti-

mo ejercicio del poder. Pero el Watergate también fue significativo porque puso de relieve el hecho de que, detrás de los escenarios públicos en los que se ejerce el poder de modo visible, existen formas ocultas de poder y modos encubiertos para proceder a la toma de decisiones, formas y modos que son inconfesables y que podrían, llegado el caso, conllevar acciones ilícitas o incluso delictivas.

En este capítulo voy a concentrarme en los escándalos de poder y examinaré algunas de sus características. Comenzaré analizando con mayor detalle la naturaleza de los escándalos de poder y poniéndolos en relación con los sistemas políticos en los que tienen lugar. Después pasaré revista a algunos ejemplos, aunque en este capítulo voy a proceder de forma un tanto diferente a la de los dos capítulos anteriores. Dada la significación del Watergate como escándalo de poder, empezaré analizando este acontecimiento y sus secuelas; también examinaré el escándalo estadounidense más importante de la era posterior al Watergate: el asunto Irán-Contra. Seguidamente, pasaré a ocuparme de Gran Bretaña y analizaré el incremento de un determinado género de escándalos de poder —al que considero compuesto por lo que llamaré «escándalos de seguridad»— que, por varias razones, han destacado notablemente en Gran Bretaña desde finales del siglo XIX. La sección final se concentrará en un área del sistema político británico que ha demostrado ser una fuente particularmente fértil de escándalos de poder en los últimos años: la de los vaporosos límites entre el ámbito político y el terreno militar.

El descubrimiento de poderes ocultos

Una de las características clave de los escándalos de poder es el hecho de que implican la revelación de ocultas formas de poder y la existencia de abusos de poder supuestos o reales que hasta el momento del escándalo habían permanecido ocultos tras los decorados públicos en los que el poder se muestra y tras los procedimientos públicamente reconocidos mediante los que se ejerce. Por supuesto, nada hay de nuevo en la existencia de formas ocultas de poder en el seno del Estado. En los tradicionales Estados monárquicos de la Europa medieval y de la Europa del comienzo de la modernidad, los asuntos de Estado se dirimían en los relativamente cerrados círculos de la corte y se procedía de un modo que resultaba generalmente invisible para la mayoría de los súbditos. Cuando los gobernantes y la realeza empezaron a comparecer ante sus súbditos, lo hicieron sobre todo para

reafirmar públicamente su poder, no para hacer públicos (o visibles) los fundamentos en que basaban sus decisiones y sus políticas, y tampoco lo hicieron para tratar de persuadir a la población de que sus decisiones y sus políticas eran las correctas. La publicidad del poder se preocupaba, por encima de todo, de lograr su exaltación.

El desarrollo del moderno Estado constitucional limitó la invisibilidad del poder en ciertos aspectos. Se añadió al Concejo secreto (o se lo sustituyó por) una gama de instituciones de carácter más abierto y más sujetas a tener que rendir cuentas. Se desarrollaron normas y procedimientos para definir las condiciones a que debían ceñirse los individuos para adquirir o ejercer el poder, y también se estipularon las condiciones que habrían de regular las causas por las que podrían perderlo y los modos de destituirles. Un buen número de decisiones y cuestiones políticas importantes quedaron sujetas al resultado de los debates celebrados en el seno de las corporaciones parlamentarias, y sus decisiones empezaron a hacerse públicas de distintos modos. Se concedieron a los ciudadanos algunos derechos básicos, derechos que en algunos casos eran formalmente reconocidos mediante una ley y que garantizaban, entre otras cosas, su libertad de expresión y asociación. En estos y otros aspectos, el poder se hizo más visible y los procesos de toma de decisiones adquirieron un carácter más público y tuvieron que rendir más cuentas que antes; en cualquier caso, este proceso no fue uniforme ni careció de obstáculos. Quienes ostentaban una posición de poder encontraron nuevos modos de ocultar parte de sus actividades y nuevos argumentos para hacerlo. Se inventaron nuevas formas de poder invisible y nuevas formas de gobierno encubierto; se formaron redes y alianzas nuevas, capaces de operar entre bastidores. La doctrina tradicional de los *arcana imperii* —que sostiene que el poder del príncipe es más efectivo y ajustado a sus objetivos si se encuentra oculto a los ojos de la gente y es, como la voluntad divina, invisible— se fue transformando gradualmente en el moderno principio de la existencia de secretos oficiales, principio aplicado a aquellas áreas consideradas vitales para la seguridad y la estabilidad del Estado.[1]

El desarrollo de nuevas formas de poder invisible, combinado con la influencia creciente de los medios, creó las condiciones para el surgimiento de

1. Para la doctrina de los *arcana imperii* y como acaban transformándose en el moderno principio del secreto de Estado, véase Norberto Bobbio, *Democracy and Dictatorship: The Nature and Limits of State Power*, traducción de Peter Kennealy, Cambridge, Polity Press, 1989, págs. 19-21, y también su *The Future of Democracy: A Defence of the Rules of the Game*, traducción de Roger Griffin, Cambridge, Polity Press, 1987, págs. 79-97.

los escándalos de poder. Son escándalos en los que las formas ocultas del poder quedan súbitamente al descubierto ante los ojos de cualquier observador de la esfera pública, generando el tipo de desaprobación generalizada que constituye el escándalo. Son varios los modos en que estas formas ocultas de poder pueden transgredir las normas y los procedimientos aceptados. En algunos casos, pueden quebrantar las normas y los procedimientos que regulan los procesos —incluyendo los procesos electorales— mediante los cuales *adquieren* poder los individuos. En otros casos pueden violar, saltarse o pervertir (o amenazar con pervertir) los procedimientos públicamente aceptados que regulan las formas en que puede *ejercerse* el poder por quienes ostentan algún cargo. Al igual que en los demás tipos de escándalo, los escándalos de poder también implican, por lo general, transgresiones de segundo orden que pueden dar lugar a otras acusaciones, como por ejemplo la de obstrucción a la justicia.

Las formas ocultas del poder pueden desarrollarse de distintos modos y prosperar en una gran variedad de contextos. En algunos casos, pueden implicar la existencia de complejas redes de poder e influencia, redes que se extienden a muchos sectores distintos de la vida social y política. En otros casos, pueden implicar la existencia de pequeños grupos de individuos cuyas actividades se realicen de forma encubierta y estén orientadas a la consecución de determinados objetivos. Una de las áreas de la actividad estatal que resulta particularmente proclive a la aparición de formas ocultas de poder es el área de la seguridad del Estado —en parte debido a que el énfasis puesto en el secretismo en este ámbito (respaldado en ciertos casos por una legislación sumamente estricta) puede generar un velo bajo el cual consigan prosperar las formas encubiertas de poder—. De ahí que el desarrollo de los servicios de seguridad, cuyos orígenes se remontan a finales del siglo XIX, haya generado también las condiciones para la aparición de un tipo particular de escándalo de poder que estalla cuando se levanta el velo del secreto.

Al igual que ocurre con los escándalos político-financieros, la naturaleza y la extensión de los escándalos de poder varía considerablemente de un contexto nacional a otro, y las variaciones dependen de una gama de diferencias institucionales, legales y culturales. Una vez más, Italia proporciona un ilustrativo punto de referencia. Los escándalos de poder que conmovieron a la clase dirigente italiana en 1980 se hallaban —al igual que los escándalos político-financieros con los que estaban estrechamente vinculados— profundamente arraigados en las formas de intercambio clientelar y mutua interdependencia que sostienen al sistema político italiano. Estas redes de interdependencia crearon un gobierno en la sombra, un *sottogoverno*, en el

que prosperaron las formas ocultas del poder y el patronazgo. Lo que descubrieron parcialmente los escándalos de poder de los años ochenta y, sobre todo, el asunto de la logia P-2, fue justamente este sistema oculto de poder.[2] A medida que iba cobrando envergadura el asunto de la logia P-2, el

2. La existencia de la logia masónica secreta conocida como Propaganda Dos (o P-2 para abreviar) se descubrió casi por accidente. En marzo de 1981, dos magistrados que investigaban las actividades del financiero en bancarrota Michele Sindona viajaron a Palermo para interrogar a un hombre del que se sabía que había colaborado con Sindona, y durante el interrogatorio encontraron motivos para sospechar que también se hallaba involucrado Licio Gelli, un acaudalado hombre de negocios que había amasado una considerable fortuna personal en la industria textil. Ordenaron un registro en la villa de Gelli y en su despacho en Arezzo (Gelli se encontraba ausente en aquel momento) encontraron un maletín que contenía una lista de 962 miembros de la logia P-2 y fichas con un resumen de sus actividades. La lista incluía los nombres de varias personalidades políticas relevantes (entre las que figuraban dos ministros del gabinete), oficiales militares de alto rango y jefes de la policía y los servicios de inteligencia (incluyendo a las máximas autoridades de la inteligencia militar y de la policía de aduanas), miembros del poder judicial, individuos influyentes de los medios de comunicación y numerosos empresarios. Gelli —el Gran Maestre— desapareció de la circulación.

Al desatarse las especulaciones en la prensa, la lista se publicó el 21 de mayo de 1981, causando gran alboroto y provocando que se alzasen voces que exigían una investigación más profunda. Se descubrió que la logia P-2 se hallaba vinculada a un buen número de graves acontecimientos de la reciente historia de Italia, incluyendo el derrumbamiento del imperio financiero de Michele Sindona (Sindona era un miembro de la logia P-2), el estallido de grandes escándalos que implicaban al Banco de Italia y a la compañía petrolífera estatal ENI, y las actividades de los grupos de extrema derecha. (Gelli llegó a ser acusado de financiar el terrorismo de extrema derecha y se le consideraba relacionado con los atentados con bomba de la estación del ferrocarril de Bolonia.) El primer ministro, Arnaldo Forlani, designó una comisión para investigar la logia, pero el gobierno de Forlani se encontraba en un grave compromiso debido al hecho de que dos ministros del partido de Forlani —el Partido Demócrata Cristiano— figuraban en la lista de los miembros de la logia P-2. El gobierno de Forlani se vino abajo el 26 de mayo, cuando los socialistas se negaron a cooperar y a debatir el asunto con los otros tres partidos de la coalición. Esto supuso el final del monopolio del cargo de primer ministro que habían venido ejerciendo hasta entonces los Demócrata Cristianos. A finales de junio, se formó una nueva coalición de gobierno, presidida por Giovanni Spadolini, del Partido Republicano (PRI). La logia P-2 fue declarada ilegal y muchos funcionarios públicos —incluyendo a altos cargos del servicio civil, oficiales del ejército, jefes de policía y personal de los servicios de inteligencia— fueron suspendidos en el ejercicio de su cargo u obligados a dimitir. Gelli permaneció escondido hasta el momento de su detención por la policía suiza el 13 de septiembre de 1982, que le arrestó cuando trataba de retirar 55 millones de dólares de una cuenta bancaria. El gobierno italiano solicitó su extradición, pero Gelli escapó de la cárcel antes de que se celebrara la última audiencia de la demanda de extradición (según parece ayudado por su guardián). Gelli permaneció oculto durante cuatro años. Aquejado de mala salud, se entregó finalmente a las autoridades suizas en septiembre

sistema de *sottogoverno* quedó parcialmente al descubierto, revelando formas de poder, patronazgo, corrupción e incluso subversión que chocaban con los principios del gobierno democrático. Estas formas ocultas del poder y el patronazgo constituían una especie de Estado secreto dentro del Estado —una red de individuos y organizaciones poderosos que desempeñaban un papel clave en el ejercicio del poder político y económico pero que actuaban al margen de los mecanismos normales de la exigencia de responsabilidades democráticas—. No se trataba de una red que se opusiera al Estado sino más bien de una red integrada en él, una red que proporcionaba los canales por los que podían fluir la información y los contactos personales. Licio Gelli, el Gran Maestre de la logia masónica P-2, era un intermediario en esta red, y se encargaba de coordinar actividades, de poner en contacto a los individuos unos con otros y de hacer discurrir los flujos de información y los recursos a través de canales cuya eficacia se debía al hecho de permanecer ocultos.

El género de escándalos de poder que han tenido lugar en Gran Bretaña y los Estados Unidos difieren en muchos aspectos de los que estallaron en Italia durante la década de los ochenta, a pesar de que, tal como sucedió con la logia P-2, también estuvieran relacionados con formas ocultas de poder. En los Estados Unidos, los escándalos de poder más significativos de las últimas décadas —el Watergate y el Irán-Contra— debieron su forma a ciertas características específicas del sistema político estadounidense. La separación formal entre los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, así como la gigantesca expansión del poder ejecutivo a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, abrieron el hueco necesario para el desarrollo de organizaciones clandestinas y semiclandestinas en el ámbito del poder ejecutivo. En Gran Bretaña, por el contrario, el número de funcionarios al servicio del primer ministro es relativamente pequeño; no es inconcebible que el personal a cargo del primer ministro pueda albergar alguna organización clandestina, pero en el sistema político británico hay mucho menos espacio para que se produzcan este tipo de desarrollos. Indudablemente, la vida política británica se presta a la existencia de escándalos de poder, pero éstos tienden a producirse sobre todo en las esferas de la inteligencia y la seguridad, así como en los límites entre las esferas política y militar.

---

de 1987. Fue extraditado a Italia en febrero del siguiente año, y allí fue juzgado por los cargos de conspiración política, asociación criminal, extorsión y fraude. (Para un examen más detallado del asunto de la logia P-2 y su significación, véase Judith Chubb y Maurizio Vannicelli, «Italy: A Web of Scandals in a Flawed Democracy», en Markovits, Andrei S. y Silverstein, Mark (comps.), *The Politics of Scandal: Power and Process in Liberal Democracies*, Nueva York, Holmes and Meier, 1988, págs. 122-150.)



The Washington Post

MONDAY, JUNE 19, 1972

GOP Security Aide Among 5 Arrested In Bugging Affair

Soviets Hopeful On Talks

Podgorny Says Moscow Will Help End War

17. Portada del *Washington Post* del 19 de junio de 1972, en la que se informa de la detención de cinco hombres relacionados con la colocación de micrófonos ocultos en el cuartel general del Comité Nacional Democrático en el edificio Watergate.

El asunto Watergate y el caso Irán-Contra

En el momento en que cinco hombres cayeron arrestados, durante la noche del 16 de junio de 1972, hallándoseles en posesión de dispositivos de escucha y tratando de instalarlos en el cuartel general del Comité Nacional Democrático situado en un complejo de hotel y apartamentos de Washington capital conocido con el nombre de Watergate, no estaba en absoluto claro por qué motivos se habían embarcado en esta actividad encubierta ni

quién podía haber autorizado la operación.[3] Tres de los cinco hombres habían nacido en Cuba, otro era un mercenario estadounidense que había combatido en Cuba, y el quinto era James McCord, antiguo empleado de la CIA que también había trabajado como «coordinador de seguridad» del comité especial designado en 1971 y encargado de procurar la reelección del presidente Nixon (se trataba del CRP, o Comité para la Reelección del Presidente —vulgarmente conocido en la prensa como «CREEP» [escalofrío]—). Las libretas de direcciones que se encontraron en poder de dos de los asaltantes consignaban el nombre de Howard Hunt, un ex agente de la CIA que había ocupado el cargo de asesor del consejero especial de Nixon en la Casa Blanca, Charles Colson. Tanto Colson como Hunt habían formado parte de una organización secreta (la Unidad de Investigaciones Especiales de la Casa Blanca, que más tarde llegaría a conocerse como los «fontaneros») creada por Nixon en 1971 con el fin de investigar e impedir las filtraciones no autorizadas tras el asunto de los papeles del Pentágono.[4]

Los cinco hombres comparecieron ante el juez al día siguiente, sábado 17 de junio. La mayoría se identificaron como «anticomunistas». Cuando

3. Para un examen más detallado de las circunstancias que rodearon al asunto Watergate y su evolución, véase sobre todo Fred Emery, *Watergate: The Corruption of American Politics and the Fall of Richard Nixon*, Nueva York, Simon and Schuster, 1994. Para una serena valoración de las consecuencias del caso Watergate en la política y la sociedad estadounidense, véase Michael Schudson, *Watergate in American Memory: How We Remember, Forget, and Reconstruct the Past*, Nueva York, Basic Books, 1992.

4. En junio de 1971, el *New York Times* comenzó a publicar una serie de extractos procedentes de un documento secreto que tenía el Departamento de Defensa sobre la guerra de Vietnam; el documento se conoció popularmente como los papeles del Pentágono. Los textos habían sido filtrados por Daniel Ellsberg, un antiguo analista del Pentágono que había trabajado en su contenido. Nixon consideró la filtración del documento como un grave golpe a la seguridad nacional, y, durante la controversia política que siguió a la publicación de los extractos, Nixon y sus asociados trataron de desacreditar a Ellsberg. El gabinete del psiquiatra de Ellsberg, Lewis Fielding, fue allanado con la intención de obtener la ficha de Ellsberg. Posteriormente se supo que este allanamiento había sido supervisado por Howard Hunt y Gordon Liddy, dos personas que iban a desempeñar un papel clave en el asunto Watergate. También se descubrió que Hunt y Liddy habían actuado como miembros de una organización secreta —los llamados «fontaneros»— que había sido puesta en marcha, a petición de Nixon, para investigar y «sellar» las posibles filtraciones. El asesor de Nixon para Asuntos Internos, John Ehrlichman, asumió la principal responsabilidad en la constitución del grupo de fontaneros, y el ayudante de Ehrlichman, Egil Krogh, se ocupaba de las cuestiones operativas. Tanto Ehrlichman como Krogh fueron finalmente juzgados y condenados por su participación en el allanamiento del gabinete de Fielding, y lo mismo ocurrió con Liddy y Charles Colson, el fiscal especial de Nixon.

preguntaron a McCord por su ocupación, dijo ser un asesor de seguridad jubilado de la CIA —comentario que parece haber impresionado notablemente al corresponsal del *Washington Post*, Bob Woodward, que se encontraba en la sala para cubrir el caso—. Los informes de la prensa identificaron rápidamente a McCord como coordinador de seguridad del CRP. Durante las siguientes semanas y meses, Woodward, trabajando conjuntamente con otro colega del *Post*, Carl Bernstein, así como varios reporteros del *New York Times* y del periódico de Long Island, el *Newsday*, tiraron de varios cabos sueltos y trataron de encontrar pruebas que vinculasen el asalto con la existencia de fondos secretos del CRP destinados al espionaje y otros objetivos en los que podrían estar mezclados algunos altos cargos de la Casa Blanca; sus informes contribuyeron a impedir que el público olvidase la historia, pero la evidencia que consiguieron aportar no fue concluyente. Aunque en un principio el asalto provocó una tormenta de comentarios públicos en los medios más importantes, rápidamente perdió capacidad de suscitar interés y se vio desplazado por otros acontecimientos. Desde el principio, la Casa Blanca se desvinculó públicamente del allanamiento y trató de rebajar su importancia —se trataba, en palabras de Ron Ziegler, el jefe de prensa de Nixon, «de un intento de asalto de tercera categoría que no merece que se le preste la menor atención»—. Sólo mucho más tarde se fue haciendo evidente que, en los días que siguieron al allanamiento, Nixon y sus asesores estaban muy preocupados por la potencial disputa política que podía desatarse e inmediatamente tomaron medidas para controlar la situación. Destruyeron los documentos que pudieran contener evidencias que les incriminasen y mantuvieron una serie de reuniones secretas en el Despacho Oval y en otros lugares con el fin de planear su estrategia: incluyendo, como más tarde habría de quedar claro, una táctica para recortar la investigación que el FBI habría de efectuar sobre el caso.

El impacto político inmediato del Watergate apenas fue perceptible y Nixon ganó de forma aplastante las elecciones presidenciales de noviembre de 1972. Sin embargo, durante el transcurso del siguiente año, el incipiente escándalo fue convirtiéndose gradualmente en una crisis de gran envergadura. La historia recibió nuevos bríos al celebrarse el juicio de los cincos asaltantes y otros dos implicados (Howard Hunt y Gordon Liddy, un funcionario del CRP que también había sido vinculado con las actividades de los «fontaneros»), juicio que dio comienzo el 8 de junio de 1973 y que estaba presidido por el juez John Sirica. Los siete hombres fueron declarados culpables, pero ninguno implicó a nadie más. En medio de las especulaciones que afirmaban que los convictos habían sido sobornados y que estaban

protegiendo a altos cargos de la administración, el Senado votó el 7 de febrero para designar un comité de hombres seleccionados que, presidido por el senador Sam Ervin, debería encargarse de investigar el asunto. El 23 de marzo, el juez Sirica emitió una dura sentencia en el caso de seis de los acusados —21 años para Liddy, 35 años para Hunt y 40 años para los demás—. Al mismo tiempo, Sirica leyó en la sala una carta que había recibido de McCord en la que denunciaba que los acusados habían sido objeto de presiones políticas para que se declarasen culpables y permaneciesen en silencio, que se había cometido perjurio durante el juicio y que había otras personas implicadas en la operación Watergate que no habían sido identificadas. La ejecución de la sentencia de McCord fue pospuesta (se le concedió inmunidad contra nuevos cargos), pero esta carta era una bomba que acababa de estallar dejando al descubierto las entrañas del caso. Desde aquel momento, los acontecimientos relacionados con el caso Watergate recibieron una extensa cobertura por parte de los medios —tanto en la prensa como en la televisión—, y el encubrimiento del Watergate empezó a desenmarañarse poco a poco.

El comité senatorial de hombres seleccionados comenzó sus audiencias televisadas el 17 de mayo y continuó celebrándolas durante el verano. A finales de junio, el antiguo consejero de la Casa Blanca, despedido por Nixon en abril, John Dean, compareció ante el comité y ofreció un testimonio que de hecho implicaba a Nixon en el encubrimiento. La hoy famosa pregunta del senador Howard Baker a Dean —¿Qué es lo que sabía el presidente, y cuándo lo supo?—, se convirtió en el tema central de las investigaciones que siguieron. Y fue justamente durante la celebración de las audiencias del comité selecto cuando, súbitamente, se hicieron patentes los medios para responder a la pregunta de Baker. El 16 de julio de 1973, Alexander Butterfield, un antiguo ayudante del jefe de personal de Nixon, reveló por primera vez en público un secreto poco conocido que había mencionado a los investigadores en una sesión a puerta cerrada que se había celebrado unos días antes, un secreto que habría de revelarse decisivo para el ulterior curso de los acontecimientos: Nixon había instalado un sistema secreto para interceptar conversaciones telefónicas en su despacho oficial de la Casa Blanca.[5] Esa revelación constituía una noticia sensacional, y tanto el comité selecto como el

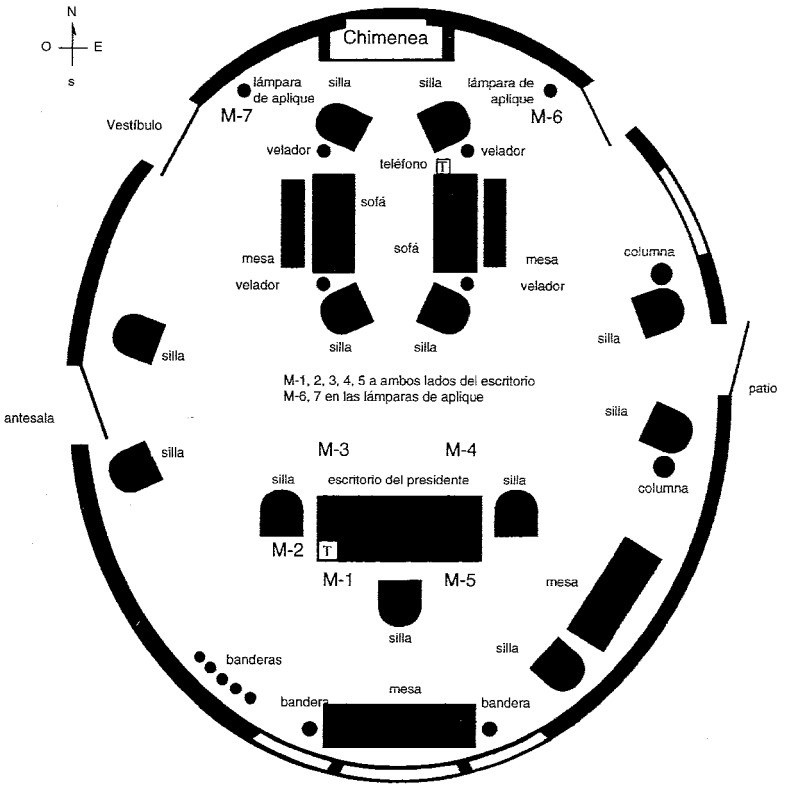
5. Nixon no fue el primer presidente en instalar equipos secretos de grabación en la Casa Blanca. El primer equipo de grabación clandestina se instaló en 1940, durante la presidencia de Franklin Roosevelt. Más tarde, los sucesivos presidentes también utilizaron equipos ocultos de grabación en el Despacho Oval y en otras salas; la existencia y la utilización de

fiscal especial, Archibald Cox (que había sido designado en mayo a requerimiento del Senado), dirigieron inmediatamente un escrito al presidente en el que solicitaban poder escuchar un cierto número de cintas clave. Nixon se negó, alegando su fuero ejecutivo. Tanto el comité como el fiscal especial respondieron redactando sendos requerimientos para poder tener acceso a las cintas, lo que inició una prolongada lucha que finalmente culminó con la dimisión de Nixon. El 19 de octubre, Nixon señaló que estaba dispuesto a permitir que se consultara un «resumen» de las cintas, resumen cuya autenticidad sería verificada por un senador (John Stennis). Cuando Cox se negó a aceptar la componenda de la verificación de Stennis, Nixon ordenó la destitución de Cox, abolió el cargo de fiscal especial para el caso Watergate y cerró las oficinas del equipo de la fiscalía especial para el caso Watergate; tanto el fiscal general como el fiscal general adjunto se negaron a destituir a Cox y dimitieron, de modo que la orden de Nixon tuvo que ser ejecutada por el procurador general, Robert Bork. La denominada «Masacre del sábado noche» provocó inmediatamente un alboroto que debilitó significativamente la posición de Nixon en las encuestas[6] de opinión y puso en marcha las primeras maniobras serias para su recusación. El 23 de octubre, al ver que la Cámara empezaba a considerar la posibilidad de su recusación, Nixon cambió súbitamente su decisión y accedió a entregar las cintas requeridas.

---

estos equipos era un secreto celosamente guardado. Así por ejemplo, Kennedy instaló en el verano de 1962 un sofisticado sistema de grabación compuesto por una serie de interruptores, micrófonos y magnetófonos ocultos que se extendía desde el Despacho Oval y la sala de reuniones a toda la mansión de la Casa Blanca. Entre julio de 1962 y noviembre de 1963, fecha de su asesinato, grabó en secreto 260 horas de reuniones y conversaciones telefónicas. Sólo cuatro personas tenían conocimiento de la existencia de este sistema de grabación, y todas guardaron el secreto. La existencia del sistema instalado por Kennedy no se hizo pública hasta julio de 1973, tras haberse revelado que Nixon había grabado en secreto muchas de las conversaciones celebradas en la Casa Blanca. Para un examen exhaustivo, véase William Doyle, *Inside the Oval Office: The White House Tapes from FDR to Clinton*, Londres, London House, 1999.

6. La destitución de Cox parece haber causado a Nixon un perjuicio duradero en las encuestas de opinión. Justo antes de la «Masacre del sábado noche», una encuesta efectuada por Harris preguntaba: ¿Tiende usted a coincidir o a discrepar con la opinión que sostiene que el presidente Nixon ha perdido tanta credibilidad que sería difícil que se le siguiera aceptando como presidente?; el 60 por ciento manifestó que coincidía con esa opinión. Cuando se planteó la misma pregunta un mes más tarde, la cifra de los que se mostraron de acuerdo alcanzó el 73 por ciento. El respaldo popular a la dimisión también creció del 28 por ciento en agosto de 1973 al 43 por ciento en noviembre. Para una explicación detallada, véase Gladys Engel Lang y Kurt Lang, *The Battle for Public Opinion: The President, the Press, and the Polls during Watergate*, Nueva York, Columbia University Press, 1983, págs. 114-117.



18. Sistema de escuchas secretas de Nixon en el Despacho Oval. Cinco micrófonos (M-1 a M-5) habían sido escondidos en el escritorio del presidente y otros dos (M-6 y M-7) se encontraban disimulados en dos lámparas de aplique.

Una vez que Nixon hubo abandonado su actitud inicial de negarse a entregar las cintas, las compuertas de este último baluarte quedaron abiertas y, durante el otoño de 1973 y la primavera de 1974, se vio obligado a enfrentarse a nuevas demandas que le pedían la entrega de más y más cintas. Nixon utilizó todo tipo de pretextos, protestó y trató de maniobrar y adelantarse a los investigadores (su más sonada maniobra consistió en la publicación de unas transcripciones retocadas en abril de 1974[7]), pero al fi-

7. La publicación de las transcripciones en abril de 1974 fue la respuesta de Nixon a las nuevas demandas de los investigadores, que le exigían la entrega de nuevas cintas. El 11 de abril de 1974, el Comité judicial de la Cámara de Representantes, que estaba estudiando si procedía o no iniciar el proceso de recusación, emitió un requerimiento en el que exigía la entrega de 42 nuevas cintas con conversaciones. En vez de entregar las cintas, Nixon decidió

nal no tuvo más remedio que entregar las nuevas cintas. El hecho de que el caso Watergate se convirtiese en una lucha por el acceso a las cintas se explica porque esas cintas se consideraban formas de evidencia muy significativa, es decir, se veían como un elemento capaz de demostrar hasta qué punto estaba el presidente al corriente del asalto al edificio Watergate, y como un elemento capaz también de indicar cuándo tuvo noticia de ese asalto y qué papel había desempeñado, si es que había desempeñado alguno, en el posterior encubrimiento. Nixon había negado tajantemente haber tenido conocimiento previo del allanamiento o haber participado en forma alguna en el encubrimiento, de modo que cualquier evidencia clara y contraria a este testimonio podría ponerle en una posición extremadamente difícil. De hecho, la evidencia demostró ser fatal. Se descubrió que en una de las cintas faltaba un trozo de grabación de 18 minutos y medio, un trozo que había sido borrado y que alteraba parte de la conversación que Nixon y Robert Haldeman, su jefe de personal, mantuvieron el 20 de junio de 1972 —ese día Nixon había regresado a la Casa Blanca después de la pausa de mediodía—. El trozo borrado sin ninguna explicación, acentuado por un misterioso zumbido, sólo sirvió para alimentar la desconfianza y para dañar aún más la credibilidad del presidente, credibilidad que se estaba esfumando rápidamente.

Sin embargo, habría de ser la cinta del 23 de junio de 1972, una cinta que el Tribunal Supremo ordenó entregar a Nixon el 24 de julio de 1974, la

---

publicar las transcripciones manipuladas de ciertas conversaciones relacionadas con el caso Watergate, transcripciones que salieron a la luz el 30 de abril de 1974 (que era la fecha que el Comité judicial de la Cámara de Representantes había establecido como límite para la respuesta a su requerimiento). En un programa de televisión difundido en la tarde del 29 de abril, Nixon dijo a la audiencia que las transcripciones «mostrarían de una vez por todas que lo que sabía y lo que hice en relación con el allanamiento del edificio Watergate y el posterior encubrimiento fue tal y como lo he venido describiendo ante la opinión pública desde el principio» (la cita es de la obra titulada: *The White House Transcripts*, Londres, Macmillan, 1974, pág. 9). Nixon argumentó que el propósito de las modificaciones introducidas en las cintas había sido eliminar tacos y borrar aquellos materiales que no guardaban relación con el caso Watergate, pero quedó claro, tras publicarse otras transcripciones, que las alteraciones generadas habían hecho mucho más que eso.

Las transcripciones de la Casa Blanca se publicaron inicialmente en forma de abultado informe gubernamental puesto a la venta por el Servicio oficial de publicaciones estadounidense. Posteriormente, el *New York Times* y el *Washington Post* pusieron a la venta ediciones en rústica, y rápidamente se convirtieron en grandes éxitos comerciales. Muchas de las páginas de estas transcripciones fueron resumidas en los periódicos, y las televisiones comerciales emitieron programas en los que un determinado número de actores profesionales daban lectura a ciertos pasajes en horarios de máxima audiencia.

que finalmente haría que su posición se volviese insostenible. Esta cinta equivalía a haber encontrado a Nixon con un arma humeante en la mano ante un cadáver; en ella se oía discutir a Nixon y a Haldeman sobre cómo minimizar la investigación del FBI sobre el asalto, y se oía cómo Nixon se mostraba de acuerdo con la sugerencia de Haldeman por la que éste proponía que se pidiera la intervención del director adjunto de la CIA, Vernon Walters, quien debía decirle al FBI que cancelara su investigación. Cuando los más próximos colaboradores de Nixon escucharon esta cinta, consideraron dudoso que el presidente pudiese sobrevivir a la publicación de las transcripciones y le instaron a dimitir. El protocolo para una recusación televisada ya se había puesto en marcha en la Cámara, y algunos de los ayudantes de Nixon estaban seguros de que la publicación de las transcripciones llevaría inevitablemente a la recusación. Sin embargo, antes de decidir si debería dimitir o no, Nixon prefirió publicar él mismo las transcripciones, añadiéndoles una declaración y esperando ver la reacción que habría de producirse. Las transcripciones fueron publicadas el lunes 5 de agosto de 1974, acompañadas por una declaración en la que Nixon admitía que algunas de las partes grabadas contrariaban «algunas de [sus] anteriores declaraciones». Tras una larga serie de revelaciones muy perjudiciales, aquel era el golpe de gracia. Los apoyos que aún conservaba Nixon en el Congreso y el Senado se derrumbaron rápidamente, y algunos de los que le habían defendido con mayor energía hasta entonces se pronunciaron en su contra. La recusación parecía ahora segura. El 8 de agosto, en un programa televisado, Nixon anunció su dimisión.

Nixon nunca fue condenado por haber planeado u ordenado el allanamiento que condujo a su dimisión. Sus transgresiones eran transgresiones de segundo orden; fueron dos hechos principalmente los que destruyeron su presidencia: el hecho de haber desempeñado un papel de encubridor, y el hecho de que sus reiteradas negativas respecto a que tuviese el menor conocimiento de la existencia de un encubrimiento se hubieran revelado posteriormente falsas. Los artículos que vertebraban la recusación le acusaban de haber obstruido la acción de la justicia y de haber desoído los mandamientos judiciales emitidos en el transcurso de la investigación que realizaba el Congreso; además, su credibilidad se vio minada por el hecho de que, tras la publicación de las cintas, quedó claro que había engañado al Congreso y al público respecto al alcance de su conocimiento del allanamiento y respecto a su papel e implicación en el encubrimiento posterior.

La publicación de las cintas también puso al descubierto la existencia de un oculto mundo de poder que muy pocos ciudadanos ordinarios habrían



The Washington Post

FRIDAY, AUGUST 9, 1974

Nixon Resigns

Ford Assumes Presidency Today

19. La portada del *Washington Post* del 9 de agosto de 1974 anuncia el último acto de Nixon como presidente.

imaginado. Con la publicación de las transcripciones en abril de 1974, la gente corriente quedó de pronto en situación de entrever una región trasera de poder que nunca antes se había hecho visible, y, para muchos, la revelación representó una sacudida. Resulta que existía un mundo secreto en el que las deliberaciones entre el presidente y sus más próximos asesores apenas podía distinguirse de las maquinaciones de los más mezquinos delincuentes —algo así como «la habitación trasera de una agencia de publicidad de segunda clase en un suburbio de mil demonios», según la poco halagüeña frase de un comentarista—.[8] Pese a que las transcripciones fueron retocadas por Nixon antes de ser publicadas, las palabras que se oían eran bastas y la expresión «taco borrado» aparecía con frecuencia. Una y otra vez, pudo verse al presidente y a sus asesores discutiendo sobre cuál habría de ser el mejor modo de tratar a sus enemigos, sobre cómo detener el asunto Watergate, sobre cómo evitar que perjudicara a la Casa Blanca y sobre cómo asegurarse de que guardasen silencio aquellos que estaban en posición de realizar nuevas revelaciones perjudiciales. La hoy infame conversación entre Nixon y John Dean del 21 de marzo de 1973, conversación en la que Dean explica la seriedad de la situación y advierte de la existencia de «un cáncer interno, muy próximo a la presidencia, y que crece cada vez más» es sintomática; tras haber descrito el trasfondo del asalto y lo que sabía sobre él, Dean prosigue:

> [Dean] — Y eso es todo. Eso es todo lo que se sabe. Así que, ¿dónde están los puntos débiles en todo esto? Bueno, en primer lugar, está el problema del constante chantaje que no sólo continuará durante esta temporada, sino que continuará mientras esta gente siga en prisión; es algo que agravará la acusación de obstrucción a la justicia. Costará dinero. Es peligroso. La gente de por aquí no es partidaria de este tipo de cosas. Es el tipo de cosas que la mafia puede hacer: blanquear dinero, obtener dinero limpio y cosas por el estilo. Nosotros simplemente no sabemos nada acerca de esas cosas, porque no somos delincuentes y no estamos acostumbrados a mezclarnos en estos asuntos.
>
> [Presidente Nixon] — Tienes razón.
>
> D — Es difícil saber cómo hacerlo.
>
> P — Quizá sea preciso contactar con una organización para que lo haga.
>
> D — Es cierto. El problema que nos hace dudar de que nosotros pudiéramos ser siquiera capaces de hacerlo es real. Y además está el problema de obtener el dinero. Mitchell ha estado trabajando para tratar de conseguir algo

8. Joseph Alsop, citado en R. W. Apple, Jr, «Introduction», en *The White House Transcripts*, pág. 3.

de dinero. Es uno de los que más tienen que perder en esto. Pero no hay forma de negar que la Casa Blanca, a través de Ehrlichman, Haldeman y Dean, está implicada en alguna de las primeras decisiones sobre el dinero.

P — ¿Cuánto dinero necesitas?

D — Yo diría que esta gente nos va a costar un millón de dólares en los próximos dos años.

P — Podemos conseguir esa cantidad. Si se trata de dinero, si necesitas el dinero, puedes conseguir eso. Puedes conseguir un millón de dólares. Lo puedes conseguir en metálico. Yo se donde se puede conseguir. No es fácil, pero puede hacerse. Pero la pregunta es: ¿quién demonios se ocupará de eso? ¿Alguna idea al respecto?

D — Está bien. De acuerdo, creo que es algo que debe encargarse obligatoriamente a Mitchell.

P — Yo también pienso lo mismo.

D — Y consigue algunos profesionales para que le ayuden.

P — Hay que tener en cuenta que no debería haber demasiada gente yendo por ahí a la caza de dinero.[9]

Incluso en su versión retocada, este tipo de material era profundamente molesto para muchos lectores.[10] Con la publicación de las transcripciones,

9. *The White House Transcripts*, págs. 146-147.

10. Las versiones no alteradas habrían sido aún más perjudiciales. Nixon había eliminado gran parte de las expresiones más crudas y maquillado el texto con el fin de reducir algunos de los aspectos más alarmantes de las conversaciones privadas que había mantenido con sus asesores. El tono real de las conversaciones queda reflejado de forma más completa en la nueva transcripción preparada por Stanley I. Kutler y publicada en su obra: *Abuse of Power: The New Nixon Tapes*, Nueva York, Free Press, 1997. A continuación consignamos un extracto de la versión que da Kutler de la reunión mantenida el 15 de septiembre de 1972 por el presidente Nixon, Dean y Haldeman. En esa fecha, los siete hombres arrestados con motivo del allanamiento habían sido llamados a declarar ante el gran jurado federal. (De hecho, una versión muy alterada de esta conversación fue la primera transcripción que apareció en el informe que Nixon publicó en abril de 1974):

> Presidente Nixon: ... ¿El gran jurado ha sido disuelto?
>
> Dean: En efecto. Ellos habrán, habrán concluido sus deliberaciones y se habrán marchado, de modo que no habrá ninguna iniciativa de investigación impulsada por los interrogatorios del gran jurado. El, emm..., informe de la GAO [Oficina contable general] al que se refería el juez está ahora mismo en una estantería porque han detectado cientos de infracciones. Han descubierto infracciones de McGovern; han descubierto infracciones de Humphrey; infracciones de Jackson, y varios centenares de infracciones en el Congreso. No tienen por qué empezar a juzgar a uno antes que a otro. Y por eso, emm...
>
> Presidente Nixon: No tendrán cojones para llevarnos a juicio a nosotros a menos que antes hayan llevado a juicio a todos los demás...

¿Y qué hay, em..., em..., de la vigilancia sobre los colaboradores de McGovern y todo este tipo de cosas?

Dean: Tenemos, tenemos un ojo avizor sobre esta cuestión.

Presidente Nixon: Sí.

Dean: Y, em..., no están completamente de acuerdo.

Presidente Nixon: ¿Ah, no?

Dean: No...

Presidente Nixon: Deberían portarse bien y, y, reconocer que esto, que esto es, una vez más, que esto es la guerra. Estamos recibiendo algunas andanadas y eso es todo, y más tarde nosotros les lanzaremos algunas cargas de profundidad y eso será todo. No te preocupes. No me gustaría estar en el otro bando en este momento. ¿Y a ti? No me gustaría estar en la piel de Edward Bennett Williams [el abogado del Partido Democrático y del *Washington Post*] después de estas elecciones.

Dean: No. No.

Presidente Nixon: En la de ninguno de esos bastardos.

Dean: Él [Bennett], em..., ha hecho algunas cosas bastante poco éticas que ya han salido a la luz, cosas sobre las que —una vez más— [el juez] Richey ha atraído nuestra atención.

Presidente Nixon: Así es.

Dean: Se ha venido abajo.

Haldeman: Mantén un ojo en todo eso.

Dean: Ah, por supuesto, ya lo hacemos. Claro que sí...

Haldeman: Porque, después de todo, ese es el tipo,

Presidente Nixon: Y nosotros somos los siguientes.

Haldeman: Ese es el tipo al que tenemos que hundir...

Presidente Nixon: Y recuérdalo, también es abogado del *Washington Post*.

Dean: Lo tengo muy presente.

Presidente Nixon: Creo que vamos a joder a ese hijo de puta. Creedme. Lo vamos a hacer. Tenemos que hacerlo, porque es un mal tipo.

Dean: Sin duda.

Presidente Nixon: Se portó muy mal en el asunto Hoffa. Nosotros también jugamos algunas malas pasadas en aquella época, pero da igual.

Dean: Bueno, esa es, em..., justamente la línea, em..., que he seguido en algunas de las cosas que he tratado de hacer, es decir, tomar nota de un montón de gente que está surgiendo como...

Presidente Nixon: Es cierto.

Dean: ...elementos que no son precisamente amigos.

Presidente Nixon: Perfecto.

Dean: Porque todo esto se acabará algún día y ellos, es decir, no deberíamos olvidar la forma en que algunos de ellos (ininteligible)...

Presidente Nixon: Quiero las más, quiero las más amplias notas posibles sobre todos los que han tratado de fastidiarnos. Porque no tenían por qué haberlo hecho.

Dean: Es cierto.

Presidente Nixon: No tenían por qué hacerlo. Quiero decir, si..., hubieran sido unas elecciones decididas por un margen de votos muy estrecho, todos los que estamos en el otro bando habríamos entendido este juego. Pero ahora están haciendo esto de forma completamente deliberada, están pidiendo guerra y la van a tener. Y esto, esto es..., no hemos utilizado el poder en estos primeros cuatro años, como ya sabes.

Dean: Es cierto.

Presidente Nixon: Nunca lo hemos usado. No hemos usado al FBI y no hemos usado el Departamento de Justicia, pero las cosas van a cambiar ahora. Van a cambiar y van a ponerse derechas.

las conversaciones de región trasera entre el presidente y sus colaboradores más cercanos se vieron súbitamente expuestas a la luz pública, presentando a Nixon de un modo que se contradecía radicalmente con la imagen de honesto hombre de Estado regido por principios que con tanto ahínco había tratado de cultivar. Se trataba de conversaciones que nunca fueron pensadas para el consumo público y, al ser publicadas, mostraron a un presidente con la guardia completamente baja, un presidente que hablaba libre y groseramente sobre actividades que resultaban muy cuestionables tanto desde el punto de vista moral como desde el punto de vista político y legal. La reacción que se produjo en los medios y entre los políticos fue abrumadoramente negativa. Incluso el conservador *Chicago Tribune*, un periódico que anteriormente había apoyado la elección y la reelección de Nixon, solicitaba ahora su recusación: «Vimos al hombre público en su primer mandato y quedamos impresionados. Ahora, en unas 300.000 palabras hemos visto al hombre privado, y estamos horrorizados».[11] En general, en la esfera política, las encuestas de opinión indicaban que el sentimiento favorable a la recusación era creciente, ya que había pasado de un 53 por ciento antes de la publicación de las transcripciones al 58 por ciento tras haberse aireado su contenido.[12]

La publicación de las transcripciones fue el acto desesperado de un presidente acosado. Sabedor de que su asidero en el poder se iba debilitando cada vez más, Nixon esperaba que, al publicar las transcripciones y ponerlas a disposición del público en general, conseguiría demostrar que era ino-

---

Dean: Es una perspectiva emocionante.

Presidente Nixon: Tiene que hacerse. Es lo único que podemos hacer.

Haldeman: Tenemos que hacerlo.

Presidente Nixon: Oh, oh, bien, hemos sido simplemente unos malditos idiotas. Ha sido idiota que nos hayamos presentado a estas elecciones y no hayamos hecho nada con los senadores demócratas que andan por ahí, etcétera. Son, son bandidos, han estado robando, han estado cogiendo (ininteligible). Es ridículo. Absolutamente ridículo. No va a seguir siendo de ese modo en lo sucesivo... (*Abuse of Power*, págs. 148-150.)

11. *Chicago Tribune*, 9 de mayo de 1974, pág. 22. El editorial continúa: «¿Qué tipo de hombre es el Richard Nixon que aparece en las transcripciones de las cintas de la Casa Blanca? Vemos a un hombre que, en palabras de su viejo amigo y partidario, el senador Hugh Scott, jugó un papel esencial en unas "actividades mezquinas, inmorales y desagradables". Aquí la palabra clave es inmoral. Supone una total ausencia de preocupación por los aspectos morales, una falta de preocupación por los principios elevados, una falta de preocupación por los más altos ideales de la función pública, y todo ello convierte a las transcripciones en una nauseabunda exposición del hombre y sus asesores».

12. Lang y Lang, *The Battle for Public Opinion*, pág. 126.

cente de cualquier acción o conato delictivo y que por consiguiente sería capaz de rebasar el flanco de ataque que le ofrecían los investigadores y sus críticos de la prensa y el Capitolio (una táctica que había funcionado bien en la crisis de los supuestos fondos para su campaña, 20 años antes). Sin embargo, la estrategia fracasó y provocó el desastre; era demasiado tarde, el nivel de desconfianza era demasiado alto y Nixon había subestimado el impacto negativo que tendría la publicación de las transcripciones. Aunque dichas transcripciones no inculpaban definitivamente a Nixon en los actos de encubrimiento, tal como haría la cinta que equivalía a haberle encontrado con un arma humeante en la mano (publicada cuatro meses después), sí consiguieron socavar la credibilidad rápidamente decreciente y el menguante apoyo que aún conservaba, tanto en el Capitolio como en la esfera política en general.

La publicación de las transcripciones y otras revelaciones que fueron surgiendo en el transcurso de las investigaciones sobre el Watergate también supusieron una ventana abierta al mundo de las redes y las organizaciones clandestinas que se extendía tras la fachada pública del poder. Se pudo observar un mundo de organizaciones en la sombra, un mundo creado para la consecución de determinados objetivos, que tenía su propia financiación secreta y que estaba dispuesto a utilizar esos recursos para financiar operaciones que estaban al margen de la ley. Grupos como el de los «fontaneros», o el «CREEP», formaban parte de una red de organizaciones encubiertas y destinadas a la vigilancia y la obtención de información que Nixon había creado a su alrededor: estaban dirigidas por sus hombres de confianza, sorteaban las instituciones formales (Nixon desconfiaba del FBI y nunca se vio cara a cara con su director, J. Edgar Hoover), y respondían en último término ante Nixon y su pequeña camarilla de asesores y ayudantes. Desde luego, Nixon no inventó las organizaciones clandestinas que existen en la esfera política (como tampoco inventó los sistemas de grabación secreta de la Casa Blanca). Sin embargo, fue durante el periodo de las investigaciones del Watergate cuando esas organizaciones encubiertas, con sus fondos reservados y sus dudosos métodos, resultaron expuestas a plena luz del día.

Nixon quedó completamente derrotado por el tremedal del Watergate. Pese a ser formalmente perdonado por el presidente Ford y a no haber sido procesado jamás por ningún cargo delictivo, su carrera política quedó abruptamente truncada y su reputación se vio empañada de forma permanente por los acontecimientos que condujeron a su dimisión. Muchos de los individuos implicados en el encubrimiento fueron condenados tras haber

sido acusados de la comisión de delitos penales y hubieron de cumplir sentencias de prisión —Gordon Liddy cumplió 52 meses, Haldeman y Ehrlichman cumplieron 18 meses, el antiguo fiscal general, John Mitchell cumplió 19 meses, Colson cumplió 7 meses y John Dean cuatro—. Las carreras políticas de estos y otros individuos también terminaron con el Watergate. Algunos lograron rehacer su carrera en otros ámbitos, como el mundo empresarial o el mediático; muchos escribieron libros de memorias y aparecieron como invitados en programas de televisión y en ciclos de conferencias, actividades que les recompensaron generosamente de los sinsabores pasados. Pero sus carreras en la esfera de la administración política habían acabado definitivamente.

Las consecuencias políticas generales del caso Watergate son menos fáciles de conocer documentalmente, pero fueron, con toda probabilidad, profundas y de amplio alcance. La dura prueba del Watergate tuvo un impacto perceptible en *a)* la actividad legislativa y el clima político del Congreso, *b)* la conducta observada en la práctica posterior de los presidentes, y *c)* la orientación política de los medios. A finales de los setenta, el Congreso promulgó un cierto número de leyes que guardaban un vínculo perceptible con el Watergate —en particular la Ley para el comportamiento ético en el gobierno de 1978, que establecía el cargo de fiscal especial (nombre que se cambió posteriormente por el de fiscal independiente), cargo facultado para investigar los casos de denuncias por infracción contra los altos funcionarios de la administración presidencial—.[13] Además, muchos comentaristas han señalado que, tras el Watergate, la orientación de la política presidencial estadounidense se vio alterada en varios aspectos, ya que tanto los presidentes electos como los candidatos (así como sus equipos de ayudantes y asesores) trataron de evitar en lo sucesivo el tipo de catástrofe en que se vio abismada la administración Nixon.[14] La experiencia del Watergate también contribuyó a producir un giro gradual en las normas que venían regulando hasta entonces la implicación de los medios, a medida

13. Véanse las siguientes obras: Schudson, *Watergate in American Memory*, págs. 18 y sigs.; Suzanne Garment, *Scandal: The Culture of Mistrust in American Politics*, Nueva York, Doubleday, 1991, págs. 38 y sigs.

14. Véanse, por ejemplo, las siguientes obras: Mark Hertsgaard, *On Bended Knee: The Press and the Reagan Presidency*, Nueva York, Farrar Strauss Giroux, 1988; John Anthony Maltese, *Spin Control: The White House Office of Communications and the Management of Presidential News*, segunda edición, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1994; Bob Woodward, *Shadow: Five Presidents and the Legacy of Watergate*, Nueva York, Simon and Schuster, 1999.

que los periodistas, los directores de las publicaciones periódicas y otros profesionales con acceso a las formas de la comunicación mediática empezaron a mostrarse más proclives a buscar, capturar y hacer públicas las informaciones y las denuncias relacionadas con actividades privadas, encubiertas o potencialmente comprometedoras de los presidentes y otras personalidades políticas.

El periodo inmediatamente posterior al Watergate estuvo marcado, como hemos visto, por una serie de escándalos políticos con diversos grados de relevancia, la mayoría de los cuales implicaban la denuncia de alguna irregularidad económica. Sin embargo, el escándalo que más preocupaciones causó en la política estadounidense de los años ochenta fue, como el Watergate, un escándalo principalmente relacionado con el poder y su mal uso. Al estallar el asunto Irán-Contra en otoño de 1986, quedaron al descubierto una serie de actividades ocultas que eran en cierto modo similares a las que revelaron las investigaciones del caso Watergate. Y ello porque, a medida que empezaron a conocerse las conexiones del caso Irán-Contra, se vio claramente que determinados funcionarios pertenecientes a la administración Reagan trataban de lograr, en realidad, la realización de una oculta política de asuntos exteriores, política basada en la utilización de fondos reservados, de organizaciones en la sombra y de una gran variedad de intermediarios con el fin de sortear los mecanismos oficiales de gobierno.

El escándalo Irán-Contra estalló inicialmente al aparecer un artículo en una revista de Beirut titulada *Al Shiraa* el 3 de noviembre de 1986, artículo en el que se revelaba que el antiguo asesor para la seguridad nacional de Reagan, Robert McFarlane, había participado en una misión secreta en Teherán en una fecha anterior de ese mismo año con el fin de negociar el suministro de pertrechos militares a Irán a cambio de la liberación de los rehenes estadounidenses que permanecían retenidos en el Líbano.[15] La historia se vio confirmada al día siguiente por el portavoz del parlamento iraní, Ali Akbar Hashemi Rafsanjani. Para el 6 de noviembre, la historia ya se había convertido en noticia de portada de la prensa nacional de los Estados Unidos. La revelación de la misión secreta era, en potencia, extremadamente embarazosa para el presidente Reagan, ya que en numerosas ocasiones había de-

15. Para un examen más detallado del asunto Irán-Contra véase Theodore Draper, *A Very Thin Line: The Iran-Contra Affairs*, Nueva York, Hill and Wang, 1991. Véanse también las siguientes obras: Jonathan Marshall, Peter Dale Scott y Jane Hunter, *The Iran-Contra Connection: Secret Teams and Covert Operations in the Reagan Era*, Boston, South End Press, 1987; Robert Williams, *Political Scandals in the USA*, Edimburgo, Keele University Press, 1998, capítulo 3.

clarado públicamente que no negociaría con terroristas, y también porque su administración abogaba por esas mismas fechas en favor de la prohibición mundial de la venta de armas a Irán. La primera respuesta de la administración a las revelaciones del *Al Shiraa* consistió en guardar silencio, pero la presión aumentó rápidamente a medida que los medios iban especulando sobre la posibilidad de un caso de encubrimiento del mismo tipo que el del Watergate. Tratando de impedir que prosiguieran las especulaciones, Reagan hizo una alocución televisada el 13 de noviembre desmintiendo enérgicamente que su administración hubiese intentado cambiar armas por rehenes. La presión, sin embargo, seguía negándose a desaparecer; algunas de las afirmaciones de Reagan a la prensa no encajaban y existían además divisiones en el seno de la propia administración, lo que no consiguió sino alimentar la publicación de nuevas especulaciones. Para el 20 de noviembre, la administración era pasto de la discordia. Al día siguiente, el fiscal general de Reagan, Edwin Meese, accedió a investigar el asunto e informó al presidente el 24 de noviembre.

Precisamente durante la apresurada investigación de Meese surgió un elemento nuevo —«el secreto dentro del secreto», lo llamaría posteriormente uno de los principales protagonistas, Oliver North—.[16] Mientras procedían a examinar algunos documentos en el despacho de North en el Consejo de seguridad nacional (donde North, un teniente coronel del cuerpo de la Infantería de Marina, venía trabajando desde 1981), los investigadores de Meese tropezaron con un informe fechado en abril de 1986 que North había dirigido al asesor para la seguridad nacional, el almirante John Poindexter, y en el que se señalaba que parte de los ingresos obtenidos con la venta de armas a Irán podría usarse para comprar armamento para los Contras de Nicaragua, ayudándoles así a continuar su lucha contra el gobierno sandinista de izquierdas. (Posteriormente se averiguó que North había estado destruyendo documentos durante varias semanas y que lo había hecho antes de que comenzase la investigación de Meese; más aún: que incluso continuaba destruyéndolos mientras la investigación seguía su curso, pero que, de algún modo, había pasado por alto ese informe.) El descubrimiento de que se habían «desviado» en secreto fondos obtenidos con la venta de armamento a Irán, destinándolos a la compra de armas para los Contras era una información potencialmente explosiva, ya que, entre 1982 y 1986, el Congreso había aprobado una serie de restricciones (conocidas

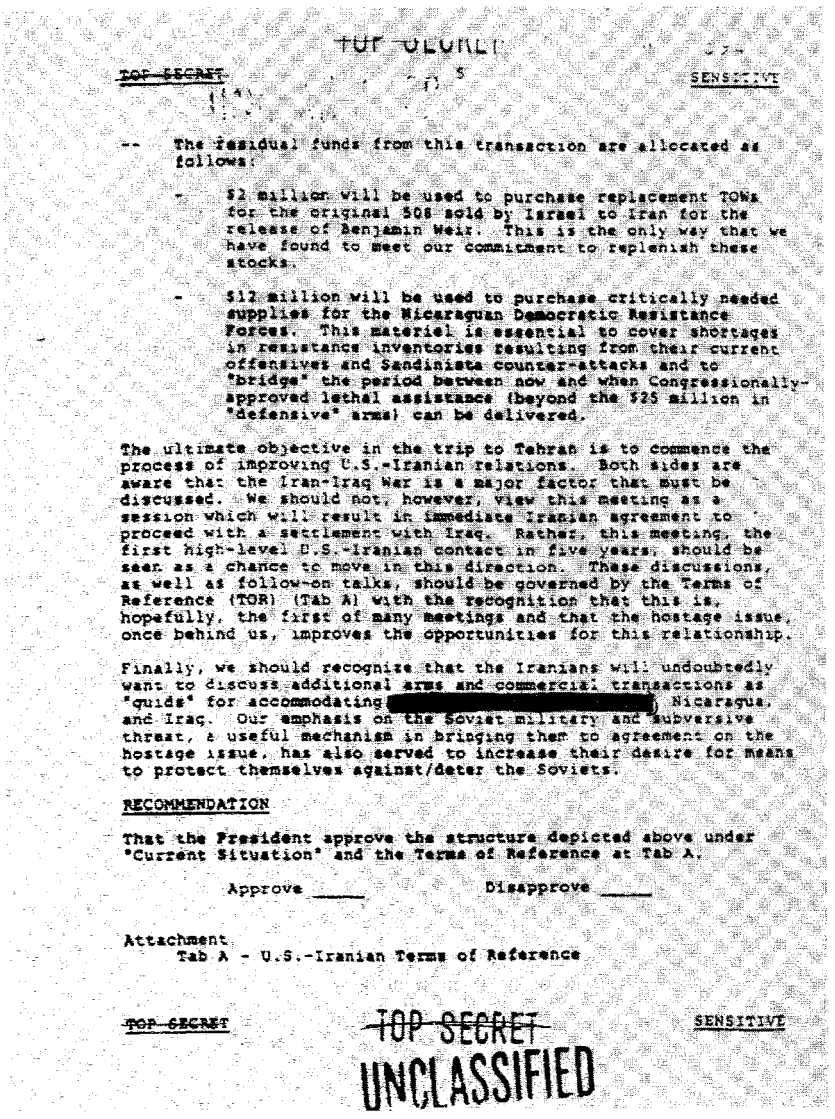
16. North, Oliver L. y Novak, William, *Under Fire: An American Story*, Nueva York, HarperCollins, 1991, pág. 19.

como enmiendas Boland) que se proponían limitar o impedir que las agencias de inteligencia estadounidenses interfiriesen en los asuntos de Nicaragua, ya fuera de manera directa o indirectamente, esto es, mediante la aportación de fondos. Meese percibió rápidamente los peligros políticos: la administración no sólo debería enfrentarse ahora al cargo de intercambiar armas por rehenes, sino que ahora también podría ser acusada de utilizar los ingresos procedentes de la venta de las armas para financiar en secreto, y contraviniendo la voluntad del Congreso, a una organización paramilitar de Nicaragua.

Meese estaba preocupado por la posibilidad de que esta nueva información se filtrase al exterior y brindase a los oponentes de Reagan en el Congreso el tipo de munición capaz de resultar altamente perjudicial para el presidente y su administración.[17] Meese se entrevistó con Reagan y su jefe de personal, Donald Regan, el lunes 24 de noviembre. Juntos tomaron la decisión de convocar una rueda de prensa televisada al día siguiente con el fin de hacer pública la información. Al llegar el mediodía del 25, Reagan y Meese comparecieron ante las expectantes cámaras y los reporteros ansiosos; Reagan anunció que Poindexter había dimitido y que North había sido despedido. Meese explicó que, en el transcurso de sus investigaciones, había descubierto que se habían desviado fondos provenientes de la venta de armas a Irán y que se habían utilizado para armar a los Contras. Meese insistió en que, aparte de North y Poindexter, ningún funcionario del gobierno había tenido el menor conocimiento de esta operación, y que el presidente no sabía nada sobre el asunto hasta que Meese le informó de sus hallazgos. Se puso rápidamente en marcha una investigación más profunda.

El 26 de noviembre, Reagan anunció la designación de una comisión especial, presidida por el senador John Tower, para examinar la actuación del Consejo de seguridad nacional (NSC) y su papel en el asunto. El 2 de diciembre, presionado por el Congreso, accedió a designar un fiscal independiente para que investigase la venta de armas a Irán y la desviación de fondos a los Contras; el 19 de diciembre, un tribunal federal asignó ese puesto a

17. Draper argumenta que, tras la entrevista de Meese con North el domingo 23 de noviembre, entrevista en la que North confirmó que se habían desviado fondos a los Contras, una especie de «pánico» se apoderó de Meese y sus asesores más cercanos: «Se vieron perseguidos por la anterior debacle del presidente Nixon tras su intento de encubrimiento en el caso Watergate y estaban decididos a evitar a toda costa que algo así se repitiera. Nixon se había visto obligado a dimitir, pero ahora la recusación parecía cernirse amenazadoramente sobre el presidente Reagan, a no ser que hiciese lo que Nixon no había hecho —salir a la palestra con toda la información a mano—» (*A Very Thin Line*, pág. 522).



TOP SECRET SENSITIVE

-- The residual funds from this transaction are allocated as follows:

- $2 million will be used to purchase replacement TOWs for the original 508 sold by Israel to Iran for the release of Benjamin Weir. This is the only way that we have found to meet our commitment to replenish these stocks.

- $12 million will be used to purchase critically needed supplies for the Nicaraguan Democratic Resistance Forces. This materiel is essential to cover shortages in resistance inventories resulting from their current offensives and Sandinista counter-attacks and to "bridge" the period between now and when Congressionally-approved lethal assistance (beyond the $25 million in "defensive" arms) can be delivered.

The ultimate objective in the trip to Tehran is to commence the process of improving U.S.-Iranian relations. Both sides are aware that the Iran-Iraq War is a major factor that must be discussed. We should not, however, view this meeting as a session which will result in immediate Iranian agreement to proceed with a settlement with Iraq. Rather, this meeting, the first high-level U.S.-Iranian contact in five years, should be seen as a chance to move in this direction. These discussions, as well as follow-on talks, should be governed by the Terms of Reference (TOR) (Tab A) with the recognition that this is, hopefully, the first of many meetings and that the hostage issue, once behind us, improves the opportunities for this relationship.

Finally, we should recognize that the Iranians will undoubtedly want to discuss additional arms and commercial transactions as "quids" for accommodating [redacted] Nicaragua, and Iraq. Our emphasis on the Soviet military and subversive threat, a useful mechanism in bringing them to agreement on the hostage issue, has also served to increase their desire for means to protect themselves against/deter the Soviets.

RECOMMENDATION

That the President approve the structure depicted above under "Current Situation" and the Terms of Reference at Tab A.

Approve _____ Disapprove _____

Attachment
Tab A - U.S.-Iranian Terms of Reference

TOP SECRET SENSITIVE

TOP SECRET
UNCLASSIFIED

20. Ésta es la página final de un informe de Oliver North fechado aproximadamente el 4 de abril de 1986 y titulado «Liberación de los rehenes estadounidenses en Beirut» —documento que más tarde se conocería como el «informe del desvío de fondos»—. Fue justamente el descubrimiento de este informe durante las diligencias practicadas en el despacho de North en noviembre de 1986 lo que reveló que una cierta cantidad residual de los ingresos obtenidos por la venta de armas a Irán había sido «desviada» en secreto a los Contras. No había ninguna firma ni inicial al pie del documento que indicara que el presidente había visto y aprobado el informe.

Lawrence Walsh. El Congreso decidió llevar a cabo sus propias investigaciones, lo que incluía audiencias televisadas celebradas entre mayo y agosto de 1987 ante comités especiales de la Cámara de representantes y del Senado.

En el transcurso de esas investigaciones, los intrincados detalles de las operaciones encubiertas que se habían producido en el asunto del Irán-Contra fueron aflorando poco a poco y se hicieron visibles en la esfera pública. Se hizo evidente que la implicación de los Estados Unidos en la venta de armas a Irán había comenzado en julio de 1985, cuando el entonces asesor para la seguridad nacional de la administración Reagan, Robert McFarlane, se reunió con su homólogo israelí para discutir la posibilidad de suministrar armas estadounidenses a Irán con la idea de que esta acción pudiese conducir a la liberación de los rehenes estadounidenses del Líbano. En agosto se produjo el envío de un primer cargamento compuesto por un centenar de misiles anticarro TOW, y en septiembre se enviaron otros cien; los misiles suministrados a Irán procedían de las existencias israelíes e iban a ser inmediatamente repuestos por los estadounidenses. Además, se utilizó una compleja red de intermediarios en la que intervenían traficantes de armas y distintas cuentas bancarias extranjeras con el fin de proteger a los países implicados. La CIA y el Consejo de seguridad nacional empezaron a participar de forma más activa en las siguientes entregas. Poco a poco se instaló una pauta de actuación por la que el ejército estadounidense suministraba armas y piezas de repuesto militares a la CIA, y ésta las vendía a dos intermediarios llamados Richard Secord (un oficial de las Fuerzas Aéreas jubilado) y Albert Hakim (un empresario iraní), para que éstos operaran a través de una cuenta en un banco suizo a nombre de Lake Resources; más tarde, estos intermediarios vendían el armamento a un traficante de armas iraní llamado Manucher Ghorbanifar, que a su vez actuaba en colaboración con un financiero y traficante de armas de Arabia Saudí llamado Adnan Khashoggi; estos dos últimos intermediarios, Ghorbanifar y Khashoggi, eran los encargados de vender el cargamento al gobierno iraní. En sentido inverso, el dinero fluía a través de varias cuentas bancarias (radicadas principalmente en Suiza), y cada intermediario tomaba su parte. Oliver North desempeñaba un papel crucial, ya que era el encargado de coordinar la operación. Los tratos estaban vagamente vinculados a las garantías que prodigaban los israelíes, garantías según las cuales Israel estaría dispuesto a utilizar su influencia entre los grupos pro iraníes del Líbano y contribuir de este modo a facilitar la liberación de los rehenes estadounidenses. A principios de 1986, North concibió la idea (surgida, según North, tras una indicación de Ghorbanifar) de utilizar una parte de los beneficios obtenidos con estas ventas para la

compra de suministros militares destinados a los Contras, con los que había estado trabajando en secreto desde 1984. Dado que el Congreso había cortado el aporte de recursos económicos a los Contras, North había contribuido a recaudar fondos a través de fuentes privadas y terceros países y había logrado establecer una red clandestina —que constaba de buques, almacenes, aviones y pistas de aterrizaje secretas en Costa Rica— para el suministro de equipos militares y otras mercancías. Al lanzar la propuesta de canalizar parte de los ingresos obtenidos con la venta de las armas a Irán, desviándolos a la red de abastecimiento militar de los Contras nicaragüenses, creaba una conexión entre dos operaciones encubiertas que hasta ese momento se habían desarrollado de forma relativamente independiente.

La revelación de este y otros detalles, y su exposición en el ámbito público, era un elemento potencialmente muy perjudicial para la administración Reagan, pero el asunto Irán-Contra nunca llegó a transformarse en un tipo de catástrofe política comparable al que había supuesto el Watergate. Las investigaciones constituyeron el centro de los comentarios políticos de los medios durante todo el año 1987 y produjeron algunas víctimas políticas —Donald Regan, el jefe de personal de la Casa Blanca, dimitió el 27 de febrero de 1987, al día siguiente de que se publicara el informe de la Comisión Tower, y Oliver North, John Poindexter y otros tres hombres fueron procesados tras haber sido acusados de cargos penales—. (North fue condenado por tres cargos relativamente poco importantes y su sentencia de tres años de cárcel quedó en suspenso; Poindexter fue condenado por cinco cargos y sentenciado a seis meses de prisión; sin embargo, ambos hombres presentaron con éxito sendos recursos contra sus condenas.) Pese a que hubo muchas especulaciones al comienzo de lo que parecía estar a punto de convertirse en una crisis inminente, una crisis que podría conducir a una nueva recusación, el propio Reagan salió relativamente indemne. ¿Por qué? ¿Cómo logro impedirse la crisis?

En parte, la crisis se contuvo porque no se encontraron evidencias que incriminasen claramente a otros altos cargos de la administración. No hubo nada comparable con la cinta que equivalía a haber encontrado a Nixon con un arma humeante en la mano y que había servido para incriminarle, y además, Oliver North había destruido gran parte de la documentación más significativa. Parece probable que, en fecha tan temprana como la de diciembre de 1985, Reagan ya tuviera conocimiento de las secretas tentativas realizadas para utilizar la venta de armas a Irán como una palanca con la que forzar la liberación de los rehenes, pero su papel en la iniciativa y la extensión de su conocimiento no lograron esclarecerse. (McFarlane dijo que Reagan había

aprobado verbalmente el primer envío, mientras que Donald Regan afirmó que sólo lo había hecho a toro pasado; el propio Reagan dijo a la Comisión Tower que era incapaz de recordar si lo había aprobado o no.) La administración negó tajantemente que Reagan hubiera tenido el menor conocimiento del desvío de fondos a los Contras hasta que no fue informado de ello por Meese en noviembre de 1986, momento en el que Poindexter dimitió y North fue despedido. Más tarde, North alegó que Reagan debía haber tenido necesariamente conocimiento del desvío, pero se vio obligado a admitir que nunca había hablado directamente con el presidente sobre el asunto. (North dijo que había enviado numerosos informes a Poindexter en los que mencionaba el desvío y creía que esos informes eran transmitidos al presidente «porque eso es lo que sucedía habitualmente con este tipo de documentos».[18] Sin embargo, las copias de la mayoría de esos documentos habían sido destruidas por North y no poseía ninguna evidencia sólida de que ninguno de sus informes hubiera sido recibido, leído o aprobado por el presidente.)

Además, está claro que existía, por parte de algunos individuos de la administración, una estrategia deliberada para proteger a Reagan de las potenciales consecuencias de un escándalo en caso de que las operaciones encubiertas llegasen a conocimiento público. Esto es lo que se vio claro durante el testimonio que prestó Poindexter en las audiencias del Congreso, el 15 de julio de 1987. Washington era un hervidero de rumores que afirmaban que Poindexter se defendería diciendo que él mismo había informado al presidente en más de una ocasión sobre la desviación de fondos, pero Poindexter compareció para declarar que sólo él había tomado la decisión de desviar aquellos fondos y que, pese a asumir que el presidente hubiera aprobado la operación en caso de haber sido informado de ella, nunca se la comunicó de forma explícita: «pese a que estaba convencido de que procedíamos adecuadamente al actuar así y que el presidente lo habría aprobado si se lo hubiésemos pedido, tomé una decisión perfectamente deliberada al no consultar con el presidente, ya que de este modo lograba mantenerle apartado de la decisión y le concedía margen para que pudiese negar su implicación en el futuro si la información llegaba a trascender».[19] La preocupación por garantizar la capacidad para emitir un futuro desmentido —o «negación plausible», como la llamaron Poindexter y otros— dio forma a

18. North, *Under Fire*, pág. 12.

19. Poindexter, John, «Testimony before the House and Senate Select Irán-Contra Committees» del 15 de julio de 1987, reproducido en *The Irán-Contra Puzzle*, Washington, D. C., Congressional Quarterly Inc., 1987, pág. C-100.

los procedimientos que se usaron para planear y llevar a cabo las operaciones encubiertas y ayudó a determinar hasta qué punto (o en qué forma) el conocimiento de estas operaciones había llegado a oídos de los altos funcionarios del gobierno, y en especial al presidente. Era una preocupación por la que Reagan debía sentirse agradecido. Gracias a la discreción de Poindexter y al hecho de que éste hubiera estado dispuesto a aceptar toda la responsabilidad («el marrón se acaba aquí, conmigo»[20]), unido al hecho de que prácticamente no existían evidencias que incriminaran a Reagan, las operaciones encubiertas pudieron atribuirse con verosimilitud al exceso de celo de un funcionario del Consejo de seguridad nacional cuyas actividades sólo habían sido autorizadas por Poindexter. Reagan alegó ignorar los hechos o ser incapaz de recordar exactamente lo que había hecho o dejado de hacer, lo que sabía o no sabía en anteriores momentos de su mandato —un argumento que, dada la fragilidad general de su capacidad para recordar detalles, no parecía completamente inverosímil.

Como escándalos de poder, tanto el caso Watergate como el asunto Irán-Contra arraigaban en las peculiares características del sistema político estadounidense. Cada uno de esos dos escándalos tuvo sus rasgos distintivos e implicó a personas diferentes, pero uno y otro se hallaban moldeados por ciertas características generales del sistema político estadounidense y su transformación en el tiempo —en particular, por la separación formal entre los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, así como por el poder creciente de la rama ejecutiva—.

Con la expansión del Estado estadounidense en el transcurso del siglo xx y la elevación de los Estados Unidos a la categoría de potencia global, la rama ejecutiva fue adquiriendo unas dimensiones notablemente mayores y la Casa Blanca comenzó a asumir un papel cada vez más importante en la formación y puesta en práctica de las políticas. El personal de la Casa Blanca era muy reducido durante el siglo xix y aún se cifraba únicamente en 51 personas en 1943; para 1971, el personal inmediatamente a cargo del presidente había crecido hasta alcanzar la cifra de 580 empleados a tiempo completo.[21] Todo nuevo presidente debe rodearse de un elevado número de asesores y administradores de confianza para que le ayuden a hacer funcionar

20. *Ibid.*

21. Silverstein, Mark, «Watergate and the American Political System», en Markovits and Silverstein, *The Politics of Scandal*, pág. 26. Véanse también las siguientes obras: Thomas Cronin, «The Swelling of the Presidency», en Pynn, Ronald E. (comp.), *Watergate and the American Political Process*, Nueva York, Praeger, 1975; Richard P. Nathan, *The Administrative Presidency*, Nueva York, John Wiley, 1983.

los resortes del poder ejecutivo y para que le brinden el apoyo de su propia competencia profesional. Además, a diferencia del primer ministro británico que, por lo general, es el dirigente del partido con mayor representación parlamentaria, el presidente estadounidense es elegido mediante un proceso que es formalmente independiente de las elecciones al Congreso. De ahí que no sea infrecuente que un presidente elegido por una amplia diferencia de votos se encuentre no obstante frente a un Congreso en el que una de las cámaras, o incluso las dos, estén controladas por el partido de la oposición.

En esas circunstancias, se comprende que puedan aparecer organizaciones como las de los «fontaneros» o el «CREEP», y también se comprende que puedan actuar de forma clandestina o semiclandestina: se trata de organizaciones que han sido puestas en marcha con el fin de materializar algunos de los objetivos del poder ejecutivo, y sus actividades —en determinados casos, lisa y llanamente delictivas— estaban protegidas por la complejidad de la burocracia incesantemente creciente de la Casa Blanca. También se entiende sin dificultad que este tipo de organizaciones en la sombra operasen de forma autónoma o casi autónoma, habiendo sido delegada la responsabilidad de los detalles operativos por debajo de los cargos más destacados y a lo largo de la cadena de mando. Incluso los presidentes (como Nixon) que practicaban la política de seguir de cerca el ejercicio del poder podían ignorar perfectamente la marcha de las actividades en el día a día y el detalle de los planes de muchos de los miembros del personal, las organizaciones habituales y las organizaciones en la sombra que operaban a sus anchas en el seno del ámbito ejecutivo. Además, dada la separación de los poderes pertenecientes a los ámbitos ejecutivo, legislativo y judicial, no es sorprendente que la evolución del escándalo Watergate fuera forjada por la lucha que mantenían las diferentes ramas del poder gubernamental. Muchas de las revelaciones clave de este caso surgieron durante las audiencias del comité de investigaciones especiales establecido por el Senado; y, una vez que se tuvo noticia de la existencia de las cintas, el acceso a ellas se convirtió en el punto central en torno al cual se desarrolló todo el escándalo, generando una situación que llevó a la rama del poder ejecutivo a entrar en conflicto directo con el Congreso y el Tribunal Supremo.

Está claro que el asunto Irán-Contra también hundía sus raíces en las actividades de las organizaciones clandestinas y semiclandestinas que operaban en el interior de la rama ejecutiva —en este caso, al amparo del Consejo de seguridad nacional, una instancia puesta en marcha en 1947 y encargada de asesorar al presidente en asuntos de seguridad nacional—. El hecho de que el Consejo de seguridad nacional adquiriera un rol tan signi-

ficativo en la administración Reagan formaba parte de un esfuerzo más amplio de la Casa Blanca destinado a conservar el control de la política de asuntos exteriores, control que se consideraba amenazado por la creciente presión ejercida desde el Congreso. En las áreas delicadas de la política de asuntos exteriores —como es el caso de las que implican operaciones encubiertas—, la estrategia de la administración Reagan consistió en actuar de forma que se pudiesen eludir los cauces normales y evitarse por consiguiente los mecanismos formales de la fiscalización y la responsabilidad ante terceros. Esta estrategia comprendía varios elementos diferentes.[22] En primer lugar, las decisiones relacionadas con las operaciones encubiertas quedaban concentradas en un pequeño círculo de individuos sobre los que se podía delegar la autoridad para maquinar el *modus operandi* sin necesidad de obligarles a informar de los detalles de todas las operaciones a sus superiores y poniendo en práctica de este modo los vastos objetivos políticos de la administración sin eliminar el recurso de la negación plausible. En segundo lugar, los recursos destinados a las operaciones encubiertas eran en gran medida obtenidos de fuentes no oficiales, como gobiernos extranjeros, individuos acaudalados y, en el caso del Irán-Contra, de los ingresos recaudados con la venta secreta de armamento. En tercer lugar, la mayor parte del personal implicado estaba constituido por individuos privados —en algunos casos antiguos empleados del ejército o de la CIA— que podían ser contratados para la prestación de servicios o ayudas concretas. (Al disponer todo lo necesario para la operación Irán-Contra, por ejemplo, Oliver North confió de modo muy notable en los servicios de Richard Secord, un oficial del ejército jubilado con una larga experiencia en operaciones encubiertas, y también confió en el socio empresarial de Secord, Albert Hakim. Secord tenía a su cargo muchas de las labores operativas, como la contratación de personal especializado, la fundación de corporaciones que sirvieran de tapadera en los paraísos fiscales, la compra de armas y municiones, la construcción de almacenes, la compra y el alquiler de aviones, la contratación de pilotos, etcétera.) Al ser confiadas a individuos privados y al descansar en fuentes de financiación no oficiales, las operaciones encubiertas podían planearse y realizarse de modo que los cauces normales vinculados a la responsabilidad ante la opinión pública o a la inspección del Congreso resultasen eludidos.

Por supuesto, el hecho de que el Watergate y el asunto Irán-Contra hundieran ambos sus raíces en rasgos característicos del sistema político es-

22. Véase Marshall, Scott y Hunter, *The Iran-Contra Connection*, sobre todo las págs. 7 y sigs.

tadounidense no significa que los escándalos de poder sean característica o predominantemente estadounidenses —al contrario, han florecido (y siguen floreciendo) en otras partes—. Simplemente significa que los escándalos de poder que tienen lugar en otros países reciben de modo muy similar su forma de las características propias de los sistemas políticos en que se producen. En Gran Bretaña, el cargo de primer ministro tiene relativamente pocas atribuciones y proporciona mucho menos margen de maniobra para el desarrollo de organizaciones clandestinas o semiclandestinas. Además, dado que el primer ministro británico es por lo general el dirigente del partido con mayor representación parlamentaria, la posibilidad latente de un conflicto entre los poderes ejecutivo y legislativo del gobierno es menos pronunciada. Esto no significa, sin embargo, que no haya escándalos de poder en Gran Bretaña. La vida política británica es también proclive a la aparición de escándalos de poder, pero éstos tienden a ocurrir en determinadas áreas y a asumir ciertas formas. El punto por el que la vida política británica se presta en mayor medida a la aparición de escándalos es sobre todo el constituido por las cuestiones relacionadas con la inteligencia y la seguridad, así como el vinculado a aquellos sectores de responsabilidad ministerial que tienen estas materias a su cargo.

El aumento de los escándalos relacionados con la seguridad nacional

¿Por qué resulta el ámbito de la inteligencia y la seguridad estatales un potencial caldo de cultivo para el escándalo político? ¿Y por qué ha padecido Gran Bretaña una larga serie de escándalos de seguridad al más alto nivel durante el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial? Varios son los factores que contribuyen a explicar la propensión al escándalo político que se manifiesta en el seno de la esfera de la inteligencia y la seguridad estatales. Para empezar, la esfera de la seguridad estatal se ha venido caracterizando por el crecimiento de organizaciones y redes —como la División Especial MI5 y el SIS (o MI6) en Gran Bretaña, y el FBI y la CIA en los Estados Unidos— que actúan en gran medida de forma encubierta. Los orígenes de estas organizaciones se remontan a finales del siglo XIX, cuando los estados-nación comenzaban a centralizar y a profesionalizar las actividades de vigilancia y obtención de informaciones relacionadas con la inteligencia. En Gran Bretaña, la División Especial de la policía metropolitana se formó hacia 1880, en gran parte como respuesta a la campaña de colocación de

bombas que emprendieron los Fenianos[23] durante el periodo comprendido entre 1881 y 1885.[24] Fue explícitamente concebida como una red secreta, compuesta por agentes de policía especialmente seleccionados, agentes capaces de seguir las actividades de los nacionalistas irlandeses en Gran Bretaña, Irlanda y los Estados Unidos con el fin de detectar y alejar la posibilidad de nuevas campañas de colocación de bombas. Los cimientos del actual servicio secreto británico se pusieron durante la primera década del siglo xx, momento en que el temor a las actividades de los espías alemanes en Gran Bretaña llevó a la creación de la Oficina del Servicio Secreto en 1909.[25] La Oficina fue dividida inicialmente en dos secciones, una del ejército y otra de la armada, pero ambas quedaron muy pronto transformadas en un departamento de interior responsable del contraespionaje (el precursor del MI5) y en un departamento de exteriores responsable del espionaje (el antecesor del Servicio Secreto de Inteligencia —SIS, también conocido como MI6—). Los dos departamentos crecieron rápidamente durante la Primera Guerra Mundial, un conflicto en el que la obtención sistemática de datos de inteligencia y la descodificación de los mensajes que el enemigo transmitía mediante señales de radio, se convirtió en un componente crucial del esfuerzo bélico.

Los primeros servicios de seguridad se basaban en los principios complementarios del secreto y la limitación de las cuentas que debían rendir.[26] Se asumía que las actividades de los servicios de seguridad debían permanecer lo más en secreto que fuese posible y durante el mayor tiempo, y que el personal del servicio secreto debía dar cuenta de sus actividades a los jefes de sus respectivos departamentos y al primer ministro pero no al Parlamento. «La esencia de un Servicio Secreto consiste en que sea secreto», observó en noviembre de 1924 Austen Chamberlain al dirigirse a la Cámara de los Comunes en su calidad de ministro de Asuntos Exteriores, «y si en algún momento comienzan ustedes a desvelar sus actividades, se me hace perfectamente claro, al igual que a los honorables caballeros de la oposición, que dejaremos de tener cualquier género de Servicio Secreto y que deberemos

23. La asociación revolucionaria irlandesa de los Fenianos, con una rama en los Estados Unidos y otra en Gran Bretaña, fue fundada en 1848 para liberar a Irlanda del dominio inglés y establecer la República en Irlanda. *(N. del t.)*

24. Véase Bernard Porter, *The Origins of the Vigilant State: The London Metropolitan Police Special Branch before the First World War*, Woodbridge, Boydell Press, 1987.

25. Véase Christopher Andrew, *Secret Service: The Making of the British Intelligence Community*, Londres, Henemann, 1985, capítulo 2.

26. *Ibid.*, págs. 500 y sigs.

arreglárnoslas sin él».[27] En Gran Bretaña, el énfasis en el carácter secreto se hallaba respaldado por una serie de leyes de secretos oficiales que convertían en delito penal determinados tipos de revelaciones no autorizadas. La primera Ley de Secretos Oficiales, aprobada en 1889, vino provocada por el despido de un delineante de los astilleros de Chatham, cesado por vender información confidencial relacionada con el diseño de los buques de guerra; una segunda ley, promulgada en 1911, amplió el alcance de la anterior, con el fin de que pudiera aplicarse a todos cuantos poseyeran algún tipo de información oficial, ya se tratase de funcionarios del gobierno o no, y también simplificaba las condiciones necesarias para que pudiese ser aplicada.[28] Las leyes de secretos oficiales convirtieron la idea del secreto de Estado en una condición que podía hacerse cumplir por medios legales. En el siglo XIX y en épocas anteriores, el secreto de Estado había sido una cuestión de discreción y autodisciplina regida por los códigos del honor caballeresco; pero desde finales del siglo XIX en adelante, el secreto de Estado se transformó en un asunto regulado por ley, y las revelaciones no autorizadas pasaron a poder castigarse como delitos.

El desarrollo de los servicios de seguridad basados en los principios del secreto y la limitación de las cuentas que éstos habían de rendir generó las condiciones para que pudiesen prosperar los escándalos de seguridad. El velo del secreto y el hecho de que fuera innecesario dar cuenta de las actividades encubiertas proporcionó una tapadera para actos que podían transformarse en fuente de escándalo siempre que se diese la circunstancia —relativamente rara— de que el velo del secreto fuese rasgado. La historia de los servicios de seguridad desde finales del siglo XIX hasta la época actual se halla jalonada de escándalos de este tipo. Podemos distinguir dos tipos de escándalo de seguridad. Uno de esos tipos emana del hecho de que el secreto y la no necesidad de dar cuenta de las actividades puede servir para amparar actos de bajeza y delitos —y quizá para suscitar la tentación de cometerlos— entre el personal de seguridad e inteligencia, y también del hecho de que puede actuar como tapadera en situaciones de exceso de celo. Me referiré a este tipo de circunstancias con la expresión «escándalo de juego sucio». Es menos probable que los individuos sigan estrictos códigos de

27. Chamberlain, Austen, en *Parliamentary Debates (Commons)*, quinta serie, vol. 179, 15 de diciembre de 1924, col. 674.

28. Véase David Vincent, *The Culture of Secrecy: Britain, 1832-1998*, Oxford, Oxford University Press, 1998, capítulo 3. Véase también David Hooper, *Official Secrets: The Use and Abuse of the Act*, Londres, Secker and Warburg, 1987.

conducta si piensan que es improbable que les descubran; y la tentación de interpretar sesgadamente las normas puede ser aún mayor si esos individuos han de enfrentarse a oponentes que parecen dispuestos a utilizar todos los medios a su alcance para lograr sus propósitos. Además, es probable que el secretismo levante sospechas de bajeza y avive el recelo de una posible comisión de delitos además de alimentar las especulaciones; y es probable que esto ocurra incluso en el caso de que sea difícil determinar con seguridad que esos hechos se hayan producido.

Las sospechas relacionadas con la comisión de actos sesgados y delitos han estado presentes desde los propios orígenes de los servicios de seguridad modernos. Al fundarse la División Especial en 1880, era frecuente que se expresaran temores relacionados con la posibilidad de que los agentes de policía, al operar bajo el velo del secreto, pudiesen actuar como *agentes provocadores*, es decir, que falsearan las evidencias o provocasen acciones criminales con el fin de garantizar la obtención de una condena. En su mayor parte, las sospechas de este tipo permanecieron en el nivel de la especulación y la acusación; constituían una fuente de escándalo potencial, pero, en la medida en que no pudiese presentarse ninguna clara evidencia de que se hubiera producido alguna infracción, el perjuicio político podía limitarse. Ése fue el caso, por ejemplo, de la condena impuesta a John Daly y James Egan por los delitos de traición y utilización ilegal de dinamita en agosto de 1884.[29] Daly había sido arrestado en la estación de Birkenhead, cuando transportaba varios paquetes que contenían elementos para la fabricación de granadas. Egan poseía una casa en Birmingham y había alojado en ella a Daly; fue arrestado por la policía, que encontró un bote con nitroglicerina enterrado en el jardín. Daly fue condenado a cadena perpetua y Egan a 20 años de cárcel. Sin embargo, dos años después, el jefe de policía de Birmingham confesó a un miembro de la comisión de asuntos internos, Alderman Henry Manton, que las granadas habían sido colocadas a escondidas en la ropa de Daly; afirmó que habían sido compradas en los Estados Unidos con dinero proporcionado por la policía irlandesa y colocados en los bolsillos de Daly por un agente pagado por ellos. Basándose en la información obtenida de otra fuente, Manton sospechó que la nitroglicerina hallada en el jardín de Egan también había sido colocada subrepticiamente. Manton escribió a Gladstone, al ministro del Interior Matthews, y a Parnell. El 24 de septiembre de 1890, las denuncias salían publicadas en *The Times*, y el asunto fue debatido en la Cámara de los Comunes en agosto de 1891 y fe-

29. Porter, *The Origins of the Vigilant State*, págs. 73 y sigs.

brero de 1892. Manton investigó el caso durante diez años, pero sus esfuerzos fueron inútiles, ya que el Ministerio del Interior jamás admitió que se hubiera procedido de forma inadecuada y Manton nunca consiguió probarlo.

Aunque la controversia que rodeó las condenas impuestas a Daly y Egan nunca llegaron a convertirse en un verdadero escándalo político, muchos de los ingredientes esenciales para que tal escándalo se hubiera podido producir se hallaban presentes; lo que faltó fue la aportación de alguna evidencia clara de acción delictiva y una decidida campaña de los medios para revelarla. Sin embargo, el asunto de Daly y Egan presagiaba una serie de circunstancias que habrían de perseguir a los servicios de seguridad durante todo el siglo xx: el velo de secreto que amparaba sus operaciones podía actuar como una constante tentación de actuar de modo ilegal o impropio, e implicaba por consiguiente el riesgo de que esos actos quedaran desvelados y el servicio de seguridad desacreditado por operaciones chapuceras, revelaciones no autorizadas y una atención mediática inoportuna. Son incontables los incidentes que atestiguan el hecho de que no se trata de un riesgo meramente teórico, y entre ellos cabe citar las polémicas declaraciones de Patrick McIntyre —un antiguo agente de la División Especial, indignado con sus jefes, que publicó en 1895 una serie de pruebas irrefutables en el *Reynold's Newspaper* sobre los métodos poco limpios que se utilizaban en el servicio[30]—, y una serie de revelaciones y denuncias de gran importancia realizadas en los años ochenta y noventa, y que arrojaban una incómoda luz sobre las actividades de los servicios de seguridad.

En 1988, por ejemplo, los servicios de seguridad se vieron envueltos en una controversia política de gran envergadura que se desencadenó a raíz del asesinato de tres miembros del Ejército Republicano Irlandés (IRA) en Gibraltar. Los tres miembros del IRA murieron a consecuencia de los disparos realizados por varios agentes de los servicios de seguridad británicos el 6 de marzo de 1988. Los agentes actuaban en función de unos informes de inteligencia según los cuales los miembros del IRA estarían supuestamente implicados en los últimos preparativos para la realización de un atentado con bomba contra la residencia del gobernador, atentado que debía perpetrarse durante la ceremonia del cambio de guardia. Los tres activistas del IRA fueron hallados sin armas. Los disparos suscitaron una fuerte reacción en la prensa y en algunos sectores políticos. El gobierno irlandés expresó su seria preocupación de que se hubiera preferido dispararles a arrestarles, y un cierto número de políticos en Gran Bretaña y otras partes del mundo exi-

30. *Ibid.*, págs. 136 y sigs.

gieron una explicación pública. Durante la investigación realizada en Gibraltar, los seis agentes de los servicios de seguridad implicados en la operación, así como un alto mando del MI5 (todos los cuales comparecieron ante los investigadores tras una pantalla), insistieron en que no tenían planeado matar a los miembros del IRA sino que habían actuado para evitar la detonación de lo que creían era un coche bomba. La investigación concluyó que las muertes habían sido conformes a la ley, pero mucha gente no quedó convencida.

Otras molestas revelaciones surgieron a finales de los ochenta, cuando el gobierno británico trató de impedir la publicación de *Spycatcher*, el libro de memorias de un antiguo agente del MI5, Peter Wright.[31] Wright había trabajado para el MI5 entre 1955 y enero de 1976, fecha en la que se retiró del servicio. Una vez jubilado, se marchó a vivir a Australia, donde escribió sus memorias. Se asumía de forma prácticamente general que dichas memorias contendrían denuncias detalladas sobre engaños y actividades irregulares en el seno del MI5 —Wright ya había dejado claro, en una entrevista televisada en 1984, que creía que el antiguo director general del MI5, sir Roger Hollis, había sido un agente doble que trabajaba para la Unión Soviética (una acusación que había sido hecha varios años antes por el periodista Chapman Pincher[32]), y la prensa, por su parte, ya había filtrado denuncias de juego sucio, incluyendo la acusación de que el MI5 había urdido planes para destituir a Harold Wilson de su cargo de primer ministro en el periodo comprendido entre 1974 y 1976—. El gobierno británico realizó acciones para suprimir la publicación de *Spycatcher*, logrando temporalmente un mandato judicial del Tribunal Supremo de Nueva Gales del Sur en septiembre de 1985 sobre la base de que la publicación podría infringir la Ley de Secretos Oficiales. Sin embargo, el tribunal rechazó el recurso presentado por el gobierno británico que solicitaba una prohibición permanente y *Spycatcher* se publicó en Australia en octubre de 1987. A pesar de la gran difusión del libro en Australia, los Estados Unidos y otros países, el gobierno británico trató de impedir que los medios del Reino Unido reprodujeran y debatieran las alegaciones que la obra contenía, pero tanto el Tribunal Supremo como la Corte de Apelación de Londres rechazaron el recurso del gobierno, basándose sobre todo en el hecho de que la difusión mundial del libro había liberado a los periódicos y a cualesquiera terceras partes de cualquier deber de confidencialidad que pudiera exigírseles.

31. Wright, Peter y Greengrass, Paul, *Spycatcher*, Richmond, Heinemann Australia, 1987.
32. Pincher, Chapman, *Their Trade is Treachery*, Londres, Sidgwick and Jackson, 1981.

El asunto *Spycatcher* también sirvió para ilustrar un segundo tipo de escándalo de seguridad que ha destacado de forma prominente en la historia política de la Gran Bretaña del siglo xx —el escándalo del contraespionaje (o «escándalo de los espías»)—. El carácter altamente delicado de las memorias de Wright se debía en parte al hecho de que venía a sumarse a una larga serie de revelaciones muy perjudiciales relacionadas con situaciones de duplicidad y traición en el corazón mismo de los servicios de seguridad británicos. El velo de secreto que rodeaba las actividades (e incluso la propia existencia) de estos servicios también contribuyó a crear un ambiente en el que nuevos secretos podrían surgir y permanecer ocultos, tanto a los ojos de los que participaban en ellos desde dentro como a los ojos de los observadores externos —secretos dentro del secreto—. Este estado de cosas comenzó a desarrollarse de forma significativa en los años treinta, cuando los servicios de inteligencia soviéticos consiguieron reclutar con éxito y durante largo tiempo a un cierto número de agentes infiltrados (posteriormente conocidos como «topos»), tanteándolos cuando todavía eran estudiantes en Cambridge, con la esperanza de que pudieran llegar a ascender y alcanzar los últimos niveles del escalafón de las clases dirigentes británicas y trabajar desde dentro del sistema. Los más notables de esos agentes fueron Guy Burgess y Donald Maclean, pero no eran los únicos. Antiguo alumno de Eton, Guy Burgess estudió en el Trinity College de Cambridge en 1929, licenciándose en historia. Penetró en un mundo en el que las ideas comunistas tenían cierto atractivo para los estudiantes brillantes e iconoclastas que, a pesar de su privilegiado entorno familiar, sentían escasas simpatías hacia los partidos políticos establecidos y que se sentían inclinados a considerar a la Unión Soviética como un faro de esperanza para el porvenir. Al igual que muchos de sus contemporáneos, Burgess se vio atraído por el comunismo y pasó una breve temporada como miembro del Partido Comunista. Tras abandonar Cambridge, trabajó para *The Times* y la BBC, uniéndose finalmente a una unidad especial de inteligencia perteneciente al Ministerio de Defensa en 1938. Se trasladó al Ministerio de Asuntos Exteriores en 1944 y, en noviembre de 1950, fue enviado a la Embajada británica en Washington capital como segundo secretario. Donald Maclean estudió en el Trinity Hall de Cambridge en 1931, donde cursó idiomas modernos. Coincidió con Burgess y, al igual que él, se sintió atraído por el comunismo. En 1934, Maclean se unió al Ministerio de Asuntos Exteriores, en 1944 fue enviado a la Embajada británica en Washington, donde actuó como primer secretario y más tarde como jefe de la cancillería. Entre las obligaciones de Maclean figuraba una serie de frecuentes visitas a la sede de la Comisión estadounidense

para la energía atómica, y actuó como secretario del Comité para una política conjunta de desarrollo atómico.

Los servicios de inteligencia estadounidenses empezaron a sospechar de Maclean tras revisar el flujo de información codificada que emanaba del consulado soviético en Nueva York, información que les permitió inferir que los rusos tenían una fuente en el interior de la Embajada británica. Las evidencias circunstanciales apuntaban hacia Maclean (los mensajes interceptados revelaban que la fuente visitaba el consulado dos veces por semana, lo que coincidía con los viajes que Maclean realizaba entre Washington y Nueva York para visitar a su mujer, que vivía en casa de su madre), sin embargo, las evidencias no eran concluyentes. En 1948, Maclean fue llamado a Londres y posteriormente trasladado a El Cairo, donde ocupó un puesto como jefe de la cancillería en la Embajada británica. Bebía en exceso, y su equilibrio psicológico fue deteriorándose; tras varios estallidos de conducta violenta, fue nuevamente trasladado a Londres donde recibió tratamiento psiquiátrico antes de ser designado jefe del departamento de asuntos relacionados con los Estados Unidos en el Ministerio de Asuntos Exteriores. En mayo de 1951, Burgess fue retirado del cargo por mal comportamiento; dado su estilo de vida bohemio y excéntrico, no era sorprendente que se le aplicase esta reprimenda, pero, casi con toda certeza, el incidente que condujo a su sustitución había sido preparado. Aunque las autoridades no se dieron cuenta en su momento, Burgess regresó a Londres sabiendo que Maclean se hallaba bajo sospecha. El MI5 debía haber interrogado a Maclean el 28 de mayo de 1951, pero tres días antes del interrogatorio previsto, Burgess y Maclean desaparecieron súbitamente. Ni el MI5 ni el MI6 parecían saber con seguridad a dónde se habían ido. (En realidad, habían viajado en un coche de alquiler hasta Southampton y embarcado a bordo de un transbordador nocturno a Francia.) En julio de 1952, la mujer de Maclean abandonó Londres con sus tres hijos y se fue a vivir a París y más tarde a Ginebra; el 11 de septiembre de 1953 tanto ella como sus hijos también desaparecieron, tras haber dicho a su madre (que vivía con ella en Ginebra) que salían a visitar a un viejo amigo —a un tal «Robin Muir», que en realidad no existía— en la villa que se suponía poseía cerca de Montreux. En febrero de 1956, Burgess y Maclean volvieron a aparecer en una rueda de prensa en Moscú en la que, en sendas declaraciones por escrito, afirmaron que habían abandonado Inglaterra «para trabajar por la paz». Ambos murieron en el exilio —Burgess en 1963 y Maclean 20 años después.

La súbita desaparición de Burgess y Maclean el 25 de mayo de 1951 fue ocultada a los ojos del público durante 15 días, pero a principios de junio,

la prensa apareció repleta con los dramáticos relatos de su huida nocturna. El 7 de junio, el gobierno reconoció oficialmente que los dos hombres habían desaparecido, pero evitó comentar el difundido rumor de que eran ambos espías. El gobierno resistió a las voces que exigían la designación de una comisión real para investigar las circunstancias de su desaparición y las implicaciones de seguridad relacionadas con el caso. Sin embargo, los paraderos de Burgess y Maclean siguieron siendo desconocidos hasta septiembre de 1955, cuando el rotativo dominical *People* publicó la historia de Vladimir Petrov, un alto cargo diplomático soviético destinado en Australia que trabajaba para la inteligencia soviética y que había desertado en abril de 1954. Petrov reveló, entre otras cosas, que tanto Burgess como Maclean eran espías que habían sido reclutados durante su época estudiantil en Cambridge y que se habían marchado a la Unión Soviética tras su deserción en 1951. Estas revelaciones obligaron al gobierno a publicar un comunicado en el que se documentaban algunos de los detalles del caso.

El comunicado respondía a algunas de las preguntas pendientes pero dejaba otras sin resolver. Una de las cuestiones que quedaron sin respuesta fue la de si Burgess y Maclean habían recibido el soplo de algún alto cargo que estaba en situación de saber que la red se iba estrechando en torno a ellos —hipótesis que se conoció como la del «tercer hombre»—. Las sospechas relacionadas con ese hipotético tercer hombre recayeron en Harold «Kim» Philby. Philby conocía a Burgess y a Maclean desde sus días de estudiante en Cambridge, universidad a la que habían asistido los tres. Trabajó como corresponsal extranjero en *The Times* durante los años treinta, y se unió al MI6 en 1941, llegando a asumir la responsabilidad del contraespionaje soviético. En octubre de 1949 fue designado primer secretario en la Embajada británica en Washington, donde era responsable de establecer vínculos de seguridad con la CIA y el FBI. La designación de Philby en Washington coincidió con la de Burgess, y Burgess pasó una temporada con Philby y su familia en su casa de Washington. Tras la deserción de Burgess y Maclean, muchos sospecharon que Philby había pasado información secreta de la CIA a Burgess, quien encontró en su destitución del cargo y su llamada a Londres una inmejorable ocasión para advertir a Maclean y organizar su fuga. En una declaración ante la Cámara de los Comunes fechada el 7 de noviembre de 1955, el entonces ministro de Asuntos Exteriores, Harold Macmillan, explicó que en julio de 1951 se había solicitado a Philby que dimitiera de su cargo en el servicio de Asuntos Exteriores sobre la base de los datos aportados por las investigaciones efectuadas tras la desaparición de Burgess y Maclean, datos que revelaban que había mantenido lazos

con comunistas durante sus años universitarios y también más tarde, pero que no permitían presentar ninguna evidencia que mostrase que era el responsable de haber avisado a Burgess y Maclean. Philby recuperó posteriormente su empleo en el MI6, actuando como agente en Oriente Medio con base en Beirut y valiéndose de su puesto de corresponsal extranjero para el *Observer* y *The Economist* como tapadera. Sin embargo, nuevas sospechas recayeron sobre él en 1962, tras la huida al Oeste de Anatoli Golitsyn, un agente de la KGB que informó a la CIA de que Philby era un espía soviético. Philby fue interrogado de nuevo en enero de 1963, hasta que confesó que había sido un agente soviético desde 1934; también admitió que había avisado a Maclean en 1951. Durante la madrugada del 23 de enero de 1963, Philby desapareció de Beirut, yendo a refugiarse a Moscú, donde permanecería hasta su muerte en 1988.

Pero ahí no acabó el asunto. El 15 de noviembre de 1979, la entonces primer ministro Margaret Thatcher hizo una declaración ante la Cámara de los Comunes en la que revelaba que sir Anthony Blunt —un eminente profesor de Historia del Arte que había desempeñado varios cargos en la Casa Real entre 1945 y 1978— había pasado información secreta a la Unión Soviética mientras fue miembro de los servicios de seguridad durante la guerra. Esta declaración suscitó una oleada de especulaciones en la prensa, especulaciones espoleadas por la publicación en 1979 del libro de Andrew Boyle, *The Climate of Treason*, en el que se sugería que un individuo que ostentaba un alto cargo público —cuyo nombre no revelaba Boyle— había sido el «cuarto hombre» de la red en la que estaban implicados Philby, Burgess y Maclean.[33] Anthony Blunt había estudiado en el Trinity College de Cambridge en 1926, y permaneció allí durante varios años como miembro del consejo de gobierno de la facultad tras terminar sus estudios de licenciatura. Se hizo íntimo amigo de Guy Burgess, y ambos fueron miembros del selecto club de Cambridge conocido como «Los Apóstoles». Blunt se unió al MI5 en 1940 y trabajó para el servicio secreto durante la guerra. En 1945 dimitió del MI5 y retomó su carrera de historiador del arte, alcanzando rápidamente una alta y respetada posición en su campo. Fue designado inspector de los cuadros del rey en 1945, e inspector de los cuadros de la reina en 1952; también fue designado director del Instituto Courtauld y nombrado profesor de Historia del Arte en 1947, condecorado con la orden de

33. Boyle, Andrew, *The Climate of Treason: Five Who Spied for Russia*, Londres, Hutchinson, 1979. Boyle utilizó el nombre en clave de «Mauricio» para disimular la identidad de Anthony Blunt en la primera edición de su libro.

caballería en 1956 y elegido asesor de la reina en materia de cuadros y dibujos en 1972. No obstante, poco después de la desaparición de Burgess y Maclean, recayeron sobre Blunt las sospechas de una posible colaboración. Fue interrogado en numerosas ocasiones, pero nunca existieron evidencias suficientes para condenarle. En 1964, el entonces fiscal general, sir John Hobson, decidió que sería de interés público obtener de Blunt una confesión, y autorizó el ofrecimiento de la plena inmunidad judicial si llegaba a confesar. Blunt admitió entonces haber sido un agente del servicio de inteligencia soviético, que había actuado como «cazatalentos» para ellos durante su estancia en Cambridge en los años treinta, que había pasado información confidencial a los rusos cuando trabajaba para el MI5, y que había utilizado sus anteriores contactos para ayudar a escapar a Burgess y a Maclean en 1951. La confesión de Blunt (y los detalles de esa confesión) se convirtió en un secreto celosamente guardado; se informó al secretario privado de la reina, pero se permitió a Blunt conservar su cargo en la Casa Real. Sólo tras hacerse públicos los detalles de su pasado en 1979 se revocó su nombramiento como caballero.

Las actividades de Burgess, Maclean, Philby y Blunt representan un vívido ejemplo de cómo, tras el velo de secreto que cubre las actividades de los servicios de seguridad, pueden desarrollarse y permanecer ocultas durante años las redes de contraespionaje y las células de los activistas contrarios. Constituyen un vívido ejemplo, pero de ningún modo son un caso aislado —otros muchos nombres podrían añadirse a la lista, desde el del físico Alan Nunn May, condenado en 1946 por haber puesto secretos atómicos en manos de los rusos, hasta el de Michael Bettaney, un agente del MI5 con diez años de servicio que fue arrestado en 1983 tras entregar documentos clasificados al KGB—. Pero, ¿cuál es el elemento que hace que la revelación de estas actividades de contraespionaje constituya un escándalo? Y, ¿en qué sentido puede decirse que sean escándalos políticos?

Hay dos aspectos de estas actividades que son capaces de suscitar el tipo de respuesta —de indignación, condena o reproche público— que caracteriza a los escándalos. Uno de esos aspectos es la flagrante traición implícita en una actividad de este género: actuar como agente doble puede ser fácilmente considerado y presentado como un acto de traición de primera magnitud, una defraudación de la confianza depositada en alguien que ostenta un cargo público relacionado con la labor de garantizar la seguridad del Estado y proteger las vidas de sus ciudadanos. Difícilmente podría sorprendernos que la revelación de estos actos suscitara expresiones de indignada y vehemente condena en la prensa. Pero hay otro aspecto de la actividad del

contraespionaje que puede alimentar el tipo de respuesta condenatoria que es característico del escándalo: la revelación de este género de actividades pone en cuestión la competencia de los propios servicios de seguridad y puede convertirse fácilmente en un escándalo que implique una serie de transgresiones de segundo orden, ya sean reales o supuestas. ¿Cómo es posible que se haya tardado tanto tiempo en detectar a un agente doble; no será que los procedimientos de control y los mecanismos de seguridad resultan lamentablemente inadecuados? ¿Cómo es posible que los agentes dobles se escapen en el preciso instante en que la red se cierne sobre ellos; no será que existía una connivencia al más alto nivel? (Desde luego, esta fue la sospecha que dio alas al último episodio de esta larga saga, la que se inició al denunciarse en el libro de Peter Wright, *Spycatcher*, que el agente doble de más alto cargo en el MI5 durante el periodo comprendido entre los años 1956 y 1965 no era otro que su director general, sir Roger Hollis.)

Estas revelaciones, denuncias y reproches pueden presentar todas las características de los escándalos mediáticos, pero, ¿puede decirse que sean escándalos *políticos*? Los individuos que se encontraban en el centro de estos escándalos —Burgess, Maclean, etcétera— eran funcionarios del Estado pero desde luego no eran ninguna instancia políticamente relevante: ¿acaso no sugiere esto que este tipo de escándalos, por muy conspicuamente que hayan irrumpido en la historia política de la Gran Bretaña de posguerra, son escándalos pero no son escándalos políticos? Ésta sería una comprensible objeción, pero los argumentos que pueden aportarse en favor de la consideración de los escándalos de contraespionaje como escándalos políticos poseen, en mi opinión, mayor entidad. En primer lugar, se trata de escándalos que tienen lugar en la esfera política, entendida ésta en un sentido amplio, y pueden tener repercusiones significativas en los gobiernos y los individuos que ocupan determinados puestos políticos clave. En segundo lugar, son escándalos que tocan una de las áreas políticas más delicadas —a saber, la de la seguridad del Estado, y la de las disposiciones que las autoridades políticas realizan para reunir y controlar la información que se considera vital para la seguridad y la estabilidad del Estado—. Parte de la significación de los escándalos de contraespionaje reside en el hecho de que vienen a traer a un primerísimo plano un ámbito de actividad que normalmente queda oculto a la vista y que se ha convertido en una parte inseparable de la infraestructura invisible de los Estados modernos. Además, al exponer esta infraestructura que normalmente es invisible, los escándalos de contraespionaje también tienden a presentarla a una luz desfavorable, destacando los fallos, tanto personales como institucionales, que permiten el desarrollo de las ac-

tividades y las redes de contraespionaje. De ahí que esa infraestructura resulte cuestionada en el mismo instante en que aparece expuesta a los ojos del público, lo que contribuye a generar un sentimiento de desconfianza e impulsa los llamamientos que abogan por una mayor transparencia y defienden la necesidad de que los servicios de seguridad deban rendir cuentas de sus actos.

¿Cuál es la razón de que los escándalos relacionados con la seguridad hayan adquirido tanto relieve en la reciente historia política de Gran Bretaña? Parte de la respuesta a esta pregunta es circunstancial. Los escándalos de contraespionaje en que se vieron envueltos Burgess, Maclean, Philby y Blunt hundían sus raíces en las particulares circunstancias de su reclutamiento en el ambiente intelectual que existía en Cambridge en los años treinta, en la laxitud de los procedimientos utilizados por los servicios de seguridad y que debían haber protegido al país de la traición, y en la cultura política de la Guerra Fría. Hay sin embargo otro factor de tipo más estructural que contribuye a explicar la prominencia de los escándalos de seguridad en la historia política de Gran Bretaña. Gran Bretaña tiene una larga tradición de secretismo en su política, una tradición que se remonta al siglo XIX y a épocas anteriores. Ya hemos señalado antes de qué modo los códigos del honor caballeresco, que hacían descansar el secreto de Estado en la discreción y la autodisciplina de quienes ostentaban el poder, se vieron sustituidos por una serie de leyes de secretos oficiales que preveían la aplicación de rígidas restricciones legales en todos aquellos casos en que se detectara la implicación de funcionarios del Estado en la revelación no autorizada de información clasificada. Este aparato legal contribuyó a crear una cultura del secretismo en la cual podían prosperar los poderes ocultos. Dentro de esta cultura del secretismo, protegidos de la inspección exterior por rígidos límites legales, los códigos y las convenciones tradicionales vigentes en la vida académica de las instituciones docentes privadas de Gran Bretaña se convirtieron de hecho en principios operativos. El reclutamiento de personal para los servicios de seguridad se valía de redes de antiguos alumnos, y se sostenía sobre la confianza mutua que se profesaban los colegas que compartían los mismos entornos familiares y sociales privilegiados. Los agentes dobles podían proseguir sus actividades a sabiendas de que las convenciones establecidas por los códigos del honor y la mutua confianza impedirían que los demás sospechasen su doble juego. Las rígidas restricciones legales que pesaban sobre cualquier posible revelación, también significaban que era probable que cualquier intento de desenmascarar las actividades de los poderes ocultos en el interior de los servicios de seguridad, ya fuera por ini-

ciativa de antiguos empleados o por los encargados de realizar una investigación, se viese abocado a dirimirse mediante un proceso penal. El riesgo de tener que enfrentarse a una causa judicial inhibía los procesos de investigación y desanimaba la publicación de informaciones y denuncias relacionadas con las actividades encubiertas; además, también conseguía que las denuncias, en aquellos casos en que llegaran a hacerse públicas (como sucedió con el libro *Spycatcher*), se convirtiesen en el epicentro de una confrontación legal que les hiciese adquirir un grado de visibilidad pública aún mayor. Tras los escándalos que implicaron a Burgess, Maclean y sus socios, se decidió adoptar un cierto número de medidas para reforzar los procedimientos de investigación en el seno de los servicios de seguridad. Sin embargo, la serie de casos recientes en los que se vieron involucrados altas personalidades y antiguos empleados disgustados del MI5 y el MI6 sólo ha servido para confirmar una realidad: la de que los servicios de seguridad británicos, por razones que emanan de su historia y su cultura, muestran una crónica propensión a la aparición de escándalos.[34]

Por supuesto, los escándalos de seguridad no ocurren exclusivamente en Gran Bretaña. Durante el periodo de la Guerra Fría, los escándalos de contraespionaje eran relativamente corrientes en los Estados Unidos, ya que se veían alimentados por el ardiente anticomunismo que caracterizó la vida política estadounidense de finales de los años cuarenta en adelante. Los escándalos relacionados con el juego sucio en los servicios de seguridad también han tenido un papel relevante en la historia política de muchos países occidentales. La CIA se ha visto envuelta muchas veces en asuntos relacionados con denuncias por la utilización de juego sucio y prácticas ilegales en la consecución de objetivos encubiertos de la política de asuntos exteriores.[35] Por otro lado, los servicios de seguridad de otros países han suscitado

34. En agosto de 1998, un antiguo oficial del MI5, David Shayler, fue arrestado en Francia *tras denunciar en la prensa las actividades del MI5 y el MI6, incluyendo denuncias sobre la implicación británica en una intriga urdida para asesinar al coronel Gaddafi, dirigente libio*. Sin embargo, en noviembre, Shayler fue absuelto por un tribunal francés que denegó la petición de extradición que había realizado el gobierno inglés. En mayo de 1999, el servicio de inteligencia sufrió un serio revés al revelarse a través de internet los nombres de 117 individuos, muchos de los cuales eran agentes activos del MI6. Richard Tomlinson, un antiguo funcionario del MI6 disgustado por haber sido despedido del servicio de seguridad, había amenazado con revelar en internet los nombres de los funcionarios del MI6, pero negó haber sido el responsable de la publicación de aquella lista.

35. La preocupación por el juego sucio de la CIA se hizo particularmente notable en los años setenta, tras las revelaciones que señalaban que la CIA había participado en la vigilancia realizada en territorio nacional estadounidense (contraviniendo sus estatutos, que res-

en ocasiones una incómoda publicidad de este tipo (como sucedió, por ejemplo, con los servicios de seguridad franceses, en relación con el caso del navío *Rainbow Warrior* de los ecologistas de Greenpeace[36]). La vida política británica puede mostrarse proclive a los escándalos de seguridad, pero ciertamente no tiene el monopolio de este tipo de sucesos.

---

tringían las operaciones de la CIA a las actuaciones en el extranjero), y tras las denuncias que sostenían que la agencia se había visto envuelta en varias conjuras destinadas a asesinar a un cierto número de dirigentes extranjeros, incluyendo a Fidel Castro. En 1975, el presidente Ford, consciente de la necesidad de evitar la aparición de otro encubrimiento en el clima posterior al caso Watergate, designó la Comisión Rockefeller con el fin de que investigase esta y otras denuncias. El Senado y la Cámara de Representantes también designaron comités selectos para examinar las actividades de la CIA y otras agencias de inteligencia. Una vez realizadas estas investigaciones, tanto la Cámara de Representantes como el Senado designaron nuevos comités de supervisión con el fin de controlar las actividades de la CIA. No obstante, tal como quedó claro durante el asunto Irán-Contra, las nuevas restricciones no evitaron que la CIA se implicase en operaciones encubiertas que burlaban la supervisión del Congreso. Para una explicación de las actividades de la CIA durante la década de los ochenta, véase Bob Woodward, *Veil: The Secret Wars of the CIA*, 1981-1987, Londres, Simon and Schuster, 1987.

36. El *Rainbow Warrior* era un pequeño buque propiedad de la organización para la defensa del medioambiente Greenpeace. En 1985, el navío puso rumbo al atolón de Mururoa, un territorio francés de ultramar situado en el sur del océano Pacífico, con el fin de protestar contra las pruebas que el gobierno francés estaba realizando con armas nucleares. Durante la noche del 10 de julio de 1985, mientras el buque se hallaba fondeado en el puerto de Auckland, en Nueva Zelanda, dos explosiones reventaron el caso y hundieron la nave, matando a uno de los miembros de la tripulación. Varios días más tarde, la policía neozelandesa arrestó a dos personas que afirmaban ser turistas suizos, pero que resultaron ser agentes del servicio de seguridad francés, la DGSE. A medida que fueron saliendo a la luz nuevas revelaciones, parecía cada vez más probable que el hundimiento del *Rainbow Warrior* hubiera formado parte de una operación militar clandestina que había recibido autorización desde una alta instancia del gobierno francés. La controversia subsiguiente terminó con la dimisión del ministro de Defensa francés, Charles Hernu, y con la destitución del director general de la DGSE, el almirante Pierre Lacoste. Sin embargo, la atribución de responsabilidades entre la jerarquía militar y política dominante, y hasta qué punto era posible seguir la cadena de mando en dirección ascendente fueron elementos que quedaron ocultos en la incertidumbre. A pesar de las alegaciones en sentido contrario, el presidente Mitterrand negó haber tenido conocimiento de la operación con anterioridad a los hechos y rechazó las insinuaciones que apuntaban a una operación encubierta, saliendo del escándalo prácticamente indemne. Para un examen más detallado del asunto del *Rainbow Warrior*, véase Stephen E. Bornstein, «The Greenpeace Affair and the Peculiarities of French Politics», en Markovits y Silverstein, *The Politics of Scandal*, págs. 91-121.

Unos límites confusos

Pese a que los escándalos que surgen de las actividades de los servicios de seguridad han sido muy notables en Gran Bretaña y en otros lugares, los escándalos de seguridad no son el único tipo de escándalo de poder que ha marcado la política británica en los últimos años. La vida política británica no se ha visto sacudida por escándalos de poder de la magnitud del Watergate o el asunto del Irán-Contra, pero tampoco se ha visto libre de ellos. Y existe un área del sistema político británico que ha demostrado ser una fuente particularmente fértil para los escándalos de poder: el de los difusos límites entre el terreno político y el militar. Estos límites constituyen una potencial fuente de conflicto entre, por un lado, las consideraciones morales y políticas que pueden vertebrar la política de asuntos exteriores que los gobiernos afirman defender en público, y los intereses de la industria armamentística (o de la que se relaciona con ella) por otro. Si surgen conflictos de este tipo, los funcionarios del gobierno pueden encontrar varias razones para ocultarlo o para mirar para otro lado, escondiéndolos tras el velo de secreto que llevan aparejados los temas relacionados con la seguridad. Así se crean las condiciones para que estalle un escándalo basado en revelaciones que vengan a sugerir con fuerza que los funcionarios del gobierno están llevando a cabo una política de asuntos exteriores encubierta, o que mantienen una connivencia secreta con individuos y organizaciones pertenecientes al sector privado y dedicadas a actuar de forma contraria a la política que públicamente se afirma seguir desde el gobierno.

Quizá el más significativo ejemplo de este tipo de escándalo en la política británica reciente sea el del asunto de la empresa Matrix Churchill. La Matrix Churchill era una compañía de máquina herramienta con sede en Coventry cuyos directores fueron arrestados en octubre de 1990, acusados de violar los dictámenes que prohibían exportar equipos de defensa a Irak.[37] Esos dictámenes habían sido emitidos en diciembre de 1984 por el entonces ministro de Asuntos Exteriores, sir Geoffrey Howe, y habían sido anunciados públicamente por el Parlamento en octubre de 1985. Los dictámenes prohibían el suministro de equipos de defensa tanto a Irak como a Irán, que estaban enzarzados en una larga y costosísima guerra. Tras ocho años de conflicto y sin que se hubiese llegado a un claro desenlace, se declaró final-

37. Véanse las siguientes obras: Paul Henderson, *The Unlikely Spy: An Autobiography*, Londres, Bloomsbury, 1993; Richard Norton-Taylor, Mark Lloyd y Stephen Cook, *Knee Deep in Dishonour: The Scott Report and its Aftermath*, Londres, Victor, Gollancz, 1996.

mente el alto el fuego entre Irán e Irak en agosto de 1988, pero, oficialmente, la prohibición de las exportaciones de material de defensa permaneció inalterada hasta el 19 de julio de 1990, momento en el que un comité del gabinete aprobó una política de exportaciones a Irak más liberal. Sin embargo, en tres ocasiones entre febrero de 1988 y noviembre de 1989, varios ministros del gobierno aprobaron algunas de las solicitudes de licencia de ventas que había realizado la empresa Matrix Churchill para la exportación de máquina herramienta a Irak. La Matrix Churchill había sido adquirida en 1987 por una compañía controlada desde Irak llamada TDG. Las licencias para la exportación también habían sido concedidas a otras firmas que trabajaban en el sector de la máquina herramienta. Según parece, los ministros que intervinieron pensaron que el equipo estaba destinado a usos civiles, pese al hecho de que los informes de los servicios de inteligencia advertían que era un material que podía utilizarse en la industria de producción de municiones. En junio de 1990, funcionarios del servicio de aduanas e impuestos indirectos comenzaron a investigar a la Matrix Churchill. Buscaban evidencias que demostraran que se habían producido violaciones de la prohibición de las exportaciones. El 16 de octubre irrumpieron en la planta y arrestaron a los tres directores —Paul Henderson, Peter Allen y Trevor Abraham— por la exportación ilegal de máquina herramienta a Irak.

Henderson, Allen y Abraham iban a ser juzgados ante el Old Bailey, pero pronto empezaron a circular historias en la prensa que denunciaban que los ministros del gobierno ya sabían que la máquina herramienta que exportaba la Matrix Churchill estaba destinada a usos militares y habían hecho la vista gorda. El 2 de diciembre de 1990, el *Sunday Times* publicó un relato en primera plana con el titular: «De cómo contribuyeron los ministros a armar a los soldados de Saddam». El artículo se refería a una reunión celebrada en enero de 1988 en el Departamento de Comercio e Industria en la que varios representantes de la industria británica del sector de la máquina herramienta se reunieron con el secretario del ministro de Comercio, Alan Clark, con el fin de discutir acerca del temor que éstos sentían respecto a que pudiesen revocarse las licencias de exportación. En ese artículo también se citaba, sin nombrarlo, a un director gerente que había asistido a la reunión y que habría afirmado que Clark había «asentido con la cabeza y guiñado un ojo» cuando se le preguntó sobre la venta de máquina herramienta a Irak. Al día siguiente, el ministro de Comercio, encargado del Departamento de Comercio e Industria, Tim Sainsbury, hizo una declaración ante la Cámara explicando que Clark había negado tajantemente las imputaciones que se le hacían y sostenía que las restricciones del

gobierno sobre la venta de equipos de defensa a Irak habían sido observadas escrupulosamente.

Estaba previsto que el juicio comenzase el 12 de octubre de 1992, pero los preparativos se vieron complicados por el hecho de que algunas de las evidencias que pretendía presentar la defensa incluían documentos secretos del gobierno. Aunque no se sabía en aquel momento, uno de los acusados, Paul Henderson, y uno de sus socios en la Matrix Churchill, Mark Gutteridge, habían trabajado durante muchos años como informantes de los servicios de seguridad. En su calidad de hombres de negocios que viajaban frecuentemente a la Europa del Este y a otros lugares, el MI5 y el MI6 se pusieron en contacto con ellos y les pidieron que les suministrasen cierta información que podría resultar de ayuda para los servicios de seguridad. Tanto Henderson como Gutteridge habían hablado con funcionarios del MI6 sobre los usos militares de la máquina herramienta enviada a Irak, y estaban convencidos de que esta información había sido comunicada al Departamento de Comercio e Industria y a los ministros del gobierno. Los abogados de la defensa exigieron que se les entregasen los documentos que pudieran acreditar estas alegaciones, incluyendo la grabación de las conversaciones con los funcionarios del MI6, pero esta petición quedó inicialmente bloqueada por la emisión de seis certificados de inmunidad expedidos en virtud de la vinculación del caso con el interés público, certificados que iban firmados por cuatro ministros diferentes —Kenneth Clarke, ministro del Interior, Malcolm Rifkind, ministro de Defensa, Michael Heseltine, nuevo presidente de la Comisión de Comercio, y Tristan Garel-Jones, ministro de Asuntos Exteriores—. Los certificados fueron emitidos con el argumento de que la revelación de los documentos resultaría perjudicial para la seguridad nacional y pondría en peligro las operaciones de los servicios de seguridad. Sin embargo, la emisión de los certificados también significaba que se ponían fuera del alcance de la defensa ciertas evidencias potencialmente vitales para ella, así que el juez dictaminó que los documentos debían entregarse con el fin de garantizar la celebración de un juicio justo.

El juicio continuó hasta la primera semana de noviembre, día en el que Alan Clark fue llamado a declarar. Al ser interrogado en relación con la reunión de enero de 1988 con los representantes de la industria de la máquina herramienta, Clark admitió que al decir en aquella reunión que «los iraquíes utilizarán el actual pedido para objetivos relacionados con asuntos de ingeniería general» estaba «ahorrando» algunos detalles de la «realidad».[38]

38. Son palabras de Alan Clark, según las evidencias sustanciadas en el juicio de la Ma-

Clark explicó que en una reunión de aquel tipo no habría sido apropiado decir que las herramientas podrían utilizarse para fabricar municiones, a pesar de que ya supiese por aquella época que era probable que los pedidos que se venían efectuando por aquel entonces estuviesen siendo utilizados para ese fin. El hecho de utilizar términos ambiguos al subrayar la frase «asuntos de ingeniería general» fue una cuestión, añadió, de «cosmética diplomática». Tras estas ingenuas declaraciones, las acusaciones contra los tres encausados se vinieron abajo y el juicio fue abandonado.

El desmoronamiento del juicio contra la Matrix Churchill constituyó un serio revés para el gobierno y alimentó las denuncias que afirmaban que la utilización de certificados de inmunidad había formado parte de una maniobra de encubrimiento por parte de los ministros, que no querían que quedase al descubierto la complicidad y el doble juego del gobierno. Al parecer, los ministros no sólo habían tenido conocimiento de que los pedidos de máquina herramienta para los que estaban concediendo licencias de exportación iban a ser utilizados para fines militares, sino que también planeaban usar esos mismos certificados para ocultar la información que pudiese afectar materialmente al resultado de un juicio penal. Obligado a enfrentarse a una montaña de críticas y serias denuncias de mala conducta gubernamental, el primer ministro John Major puso en marcha una investigación presidida por lord Justice Scott con el fin de que se examinasen una serie de asuntos relacionados con la exportación de equipos a Irak y con el juicio a los directores de la Matrix Churchill y a otras personas.[39] Cuando la investigación de Scott emitió su informe en febrero de 1996, el gobierno afirmó que las conclusiones de dicho informe le eximían de toda culpa, ya que no se había hallado evidencia alguna de conspiración o encubrimiento. Sin embargo, el informe avalaba en gran medida las denuncias que sostenían que

---

trix Churchill, evidencias reproducidas en la obra de sir Richard Scott titulada: *Report of the Inquiry into the Export of Defence and Dual-Use Goods to Iraq and Related Prosecutions*, Londres, HMSO, 1996, vol. 3, págs. 1459-1461.

39. Henderson y los otros dos directores de la Matrix Churchill no fueron los únicos que debieron hacer frente a un juicio por supuestas violaciones de las restricciones que pesaban sobre las exportaciones a Irak. Quizá el más conocido de los otros procesos fue el relacionado con el suministro de algunos materiales que los iraquíes podían utilizar para fabricar piezas de artillería de largo alcance —piezas que se conocieron con el nombre de «supergun» (supercañón)—. En 1990, Christopher Cowley, un ingeniero radicado en Bristol que trabajaba para la Corporación de investigaciones espaciales, y Peter Mitchell, el director gerente de Walter Somers, una fundición situada en la zona conocida como West Midlands, fueron arrestados por su vinculación con el asunto del supercañón, pero los cargos contra ellos fueron finalmente retirados y el caso nunca fue llevado a juicio.

los ministros habían engañado al Parlamento en asuntos relacionados con la política gubernamental sobre las exportaciones a Irak, y también acreditaba que el gobierno había manipulado el juicio del caso de la Matrix Churchill. A pesar de las voces que exigían la dimisión de William Waldegrave, antiguo ministro de Asuntos Exteriores, y del fiscal general, sir Nicholas Lyell, no rodó ninguna cabeza, y el gobierno superó una votación de confianza por el estrecho margen de un solo voto. Pese a todo, el informe planteó graves cuestiones sobre la responsabilidad ministerial y exigió una amplia verificación del sistema de supervisión y control de las exportaciones de armas. También puso de manifiesto los peligros de la cultura del secreto que tendía a prevalecer en el gobierno. «La trascendencia del informe supera las implicaciones que pudiera tener para la carrera de determinados ministros en particular o para la reputación de algunos funcionarios», observó Robin Cook desde los bancos de la oposición. «En realidad, revela el precio que paga Gran Bretaña por mantener su cultura del secreto en el gobierno».[40]

Cuando Robin Cook anunció, al convertirse en ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno laborista que llegó al poder en 1997, que iba a introducir una «dimensión ética» en la política de exteriores de Gran Bretaña, lo hizo justamente sobre el telón de fondo de los escándalos armamentísticos del asunto de las exportaciones a Irak y la investigación de Scott. Sin embargo, no habría de pasar mucho tiempo antes de que su nueva política ética de exteriores empezase a sufrir las presiones provenientes de fuentes muy similares a las que habían generado tanto engorro a los conservadores. Poco después de asumir el poder, el gobierno laborista se vio obligado a hacer frente a la presión política que suponía revocar las licencias que la anterior administración había concedido para la exportación de cazabombarderos Hawk a Indonesia; prefirió no revocarlas, argumentando que tal revocación no sería práctica ni factible. En octubre de 1999, tras un golpe militar en Pakistán, el gobierno británico anunció que iba a suspender la ayuda al desarrollo que venía prestando a ese país, pero no hizo ningún cambio formal en la política de exportación de armamento. Entonces, el 20 de enero de 2000, bajo el titular «La política ética de exteriores británica: dejar que los cazas Hawk sigan en acción», apareció un reportaje en la primera página del *Guardian* en el que se revelaba que el gobierno había decidido permitir que se suministraran a Zimbabwe piezas de recambio para los cazas Hawk, pese al hecho de que Zimbabwe participaba en la sangrienta guerra civil del Con-

40. Robin Cook, en *Parliamentary Debates (Commons)*, sexta serie, vol. 271, 15 de febrero de 1996, col. 1146.

go; el *Guardian* denunciaba que la decisión había sido tomada por el propio primer ministro, infringiendo las prohibiciones establecidas por su ministro de Asuntos Exteriores. Estos y otros incidentes cuestionaron el alcance de las medidas que el gobierno laborista había logrado establecer en la práctica para producir un significativo giro en la política relacionada con la exportación de armas, pese al deseo que algunos reputados ministros tenían de que se produjese tal giro.[41] Los incidentes también supusieron un nuevo testimonio del hecho de que, en un contexto en el que la industria armamentística representa un poderoso sector de la economía y se orienta con todo afán al mercado de la exportación (el Reino Unido es el segundo exportador mundial de equipos de defensa y disfruta aproximadamente de una cuarta parte del mercado mundial), existe una constante presión para que los ministros del gobierno actúen de una forma que no coloque a la industria armamentística en situación de desventaja en el lucrativo mercado global de los equipos de defensa, presión ejercida incluso a riesgo de poner en un brete las consideraciones morales y políticas que supuestamente vertebran su política exterior, y aun a riesgo de dar pie al tipo de escándalos de poder que se relacionan con el comercio de armas y que han afligido por igual a los gobiernos conservadores y a los laboristas en los últimos años.

41. Un informe conjunto de los comités de los diversos partidos, asuntos exteriores, desarrollo internacional e industria y comercio publicado en febrero de 2000 concluyó que no se había producido ningún giro radical ni ningún cambio de política con el gobierno laborista en lo referente a la venta de armas a Indonesia, y en él se expresaba una seria preocupación por el suministro de equipos de defensa a Pakistán y Zimbabwe. El informe criticaba también el permanente secretismo que rodeaba la venta de armamento y expresó su consternación por el hecho de que el gobierno no hubiese tomado medidas legales para poner en práctica las recomendaciones del informe Scott. Véanse los *Annual Reports for 1997 and 1998 on Strategic Export Controls* del Comité de Defensa, el Comité de Asuntos Exteriores, el Comité para el Desarrollo Internacional y el Comité de Comercio e Industria, Londres, Stationery Office, 2000.

8

LAS CONSECUENCIAS DEL ESCÁNDALO

Es posible que los escándalos se hayan convertido en una característica sobresaliente del paisaje político, pero, ¿tienen realmente alguna trascendencia? ¿Son en buena medida una forma de entretenimiento instrumentada por una industria mediática ávida de explotar nuestro impúdico interés por los asuntos de los demás? ¿O son más bien acontecimientos que plantean graves interrogantes sobre el uso y el abuso del poder, sobre la importancia de la reputación y sobre la cambiante naturaleza de la vida pública? Sin duda, estas cuestiones se cuentan entre las más importantes que pueden plantearse en relación con el fenómeno del escándalo, pero también se encuentran entre las más difíciles de responder de un modo claro y convincente. La dificultad surge en parte de la gran diversidad y complejidad de los acontecimientos que habitualmente nos evoca el término «escándalo». Cada uno de esos acontecimientos hunde sus raíces en determinadas circunstancias que lo hacen único, y en cada uno de ellos hay implicados unos individuos cuyas vidas se encuentran moldeadas por sus propias motivaciones peculiares, por sus ambiciones, sus oportunidades y sus defectos. A veces un escándalo tiene consecuencias nefastas para un individuo, poniendo fin efectivo a su carrera, mientras que en otros casos hay personas que pueden salir del alboroto prácticamente indemnes. Además existen, como hemos visto, varios tipos de escándalos diferentes, escándalos que implican la transgresión de distintos códigos o la mala utilización de diversas formas de poder, y no podemos asumir que las consecuencias de estos diferentes tipos de escándalo sean las mismas.

Dada su gran diversidad y complejidad, es probable que cualquier intento de proceder a una generalización relacionada con la naturaleza del escándalo y sus consecuencias sea una azarosa empresa. No obstante, me propongo dar algunos pasos en esa dirección. Empezaré examinando lo que me parecen constituir formas equivocadas de pensar sobre el asunto. Aunque no exista aún una elaborada bibliografía de literatura científica a la que poder recurrir, podemos distinguir un cierto número de modos distintos de abordar la cuestión de la naturaleza del escándalo y sus consecuencias. Voy

a pasar a considerar cuatro de estos enfoques, y a tratar de mostrar que los cuatro son insatisfactorios. Después pasaré a bosquejar una alternativa que podría servir de base para una explicación más sólida.

Cuatro teorías del escándalo y sus consecuencias

1. Uno de los modos de enfocar la cuestión de los escándalos consiste en considerarlos como un acontecimiento efímero, en gran medida generado por los medios, que tiene poco o nada que ver con los factores materiales y los procesos que dan forma a la vida social y política —un punto de vista al que llamaremos «teoría de la ausencia de consecuencias»—. Según esta teoría, los escándalos en general, y los escándalos políticos en particular, son distracciones sin consecuencias producidas por una cultura mediática que ha empezado a preocuparse de las personalidades y las celebridades, y que ha convertido la exposición sensacionalista de las vidas privadas de las figuras públicas en una forma de periodismo que se perpetúa a sí mismo. Esas revelaciones pueden ser excitantes o entretenidas para los lectores o los espectadores y a veces duras o difíciles para las personalidades públicas. Sin embargo, más allá de su valor como entretenimiento y de la pasajera incomodidad que puedan causar, los escándalos no tienen ningún significado duradero, e, igualmente, tampoco nos dicen nada sobre la vida social y política que resulte de firme validez.

A primera vista, existe, por supuesto, una buena cantidad de evidencias que apoyan la teoría de la ausencia de consecuencias. Desde esta perspectiva, la pregunta es ésta: ¿qué diferencia han logrado introducir, en último término, en la organización institucional y en la orientación práctica de la vida social y política todas las páginas de noticias impresas consagradas a los distintos tipos de escándalos, todas las revelaciones relacionadas con las vidas privadas de las personalidades públicas, todos los encendidos debates sobre el Watergate o el asunto Irán-Contra (por mencionar únicamente dos)? Las carreras de algunos individuos han podido verse afectadas (es decir, algunas han sufrido perjuicios, pero otras, como la de Oliver North, han pasado a disfrutar, inesperada y súbitamente, de una inédita celebridad); sin embargo, además de estas consecuencias personales y fundamentalmente impredecibles, los escándalos no tienen —o eso podría afirmarse— ningún impacto significativo y concreto sobre la vida social y política.

Aunque la teoría de la ausencia de consecuencias resulta parcialmente plausible, no ofrece, en mi opinión, una explicación convincente de la significación social y política del escándalo. Incluso en el caso de que estuviéramos dispuestos a aceptar una vigencia limitada para esta teoría, sería difícil mantener que los escándalos carecen de todo impacto significativo y concreto. Examinemos por ejemplo el Watergate: pese a que este escándalo haya tenido sin duda un carácter excepcional, mostró un discernible impacto en la actividad legislativa del Congreso y en la orientación práctica de la política presidencial estadounidense, como hemos visto. En Gran Bretaña, el efecto de los escándalos en el marco legal de la política y en las disposiciones que la regulan ha podido ser menos profundo, pero hay muchos ejemplos que atestiguan que los escándalos han generado cambios significativos: el Censo de Intereses de los Miembros del Parlamento, por ejemplo, se estableció tras la conmoción generada por el asunto Poulson, y los códigos de conducta de los miembros del Parlamento se volvieron más estrictos como consecuencia del Comité Nolan.

Por consiguiente, incluso en el caso de que se adopte un criterio estricto respecto a lo que haya de considerarse como «impacto significativo y concreto», es difícil sostener la teoría de la ausencia de consecuencias. Y si aceptamos un punto de vista más amplio, veremos que esta teoría resulta también bastante engañosa, ya que oscurece el hecho de que, en un mundo en el que el capital simbólico es un recurso valioso y escaso, la reputación tiene una importancia real. El daño efectuado a la propia reputación puede producir (y a menudo eso es lo que sucede) perjuicios en la propia carrera e incluso en la propia vida personal; y los perjuicios de este tipo pueden tener consecuencias (y así ocurre a veces) que superen ampliamente el marco vital de los individuos afectados, debilitando o incluso socavando las instituciones o las políticas con las que están (o hayan estado) vinculados.

2. Hay un segundo modo de pensar sobre los escándalos que reconoce que pueden tener consecuencias importantes aunque sostiene que esas consecuencias son sobre todo conservadoras, en el sentido de que los escándalos implican una reafirmación y una consolidación del *statu quo*. Los escándalos son rituales de absolución colectiva: momentos en los que una sociedad se enfrenta a las debilidades y a las transgresiones de sus miembros, momentos mediante los cuales, pasando por el proceso a veces doloroso de la revelación, la denuncia y el castigo, robustece las normas, las convenciones y las instituciones que constituyen el orden social. Esta «teoría funcionalista del escándalo», como la llamaré, es deudora de la teoría de la

religión de Durkheim.[1] Al igual que las prácticas religiosas sirven para reafirmar los sentimientos e ideas colectivas que dan unidad a los grupos sociales, también los escándalos sirven para reforzar las normas y las convenciones que resultan transgredidas por las actividades en cuestión. En nuestro moderno y mediático mundo, el escándalo es una forma secularizada del pecado.

De nuevo, hay que decir que esta teoría no es del todo inverosímil. Muchos escándalos parecen implicar una ruptura temporal del orden social y político, una ruptura en la cual los individuos responsables de la perturbación reciben su castigo y el *statu quo* queda restaurado y recupera más o menos su forma anterior; la creencia en el orden social queda reafirmada por la pública demostración de su capacidad para desenmascarar y condenar —y quizás, llegado el caso, también para mostrar indulgencia y perdón— al transgresor. Los escándalos sexuales se prestan fácilmente a este tipo de interpretación: pensemos en la pérdida del favor general que afectó a Profumo, un caso en el que las adúlteras transgresiones de un ministro del gabinete se vieron exacerbadas por el desmedido pecado de haber mentido al Parlamento, y en el que la resignación y la humillación pública del transgresor sirvió —o eso podría argumentarse— tanto para robustecer los códigos de honor que sostienen el debate parlamentario como para servir de aviso a cualquier político que pudiese sentir la tentación de transgredir las costumbres sexuales, que sólo Dios puede perdonar... No sería difícil construir una línea argumental similar en relación con otros muchos escándalos en los que los actos de transgresión sexual desempeñaron un papel importante.

Pero, ¿qué pasa con los escándalos político-financieros y los escándalos políticos: es posible interpretarlos de forma coherente como rituales de absolución colectiva que robustecen el orden social? A primera vista podría parecer menos probable, pero el sociólogo estadounidense Jeffrey Alexander ha argumentado que el Watergate podría interpretarse de forma verosímil según estas directrices.[2] El Watergate, explica Alexander, no fue un

1. Véase la obra de Émile Durkheim, *The Elementary Forms of Religious Life*, traducción de Joseph Ward Swain, Nueva York, Free Press, 1965. Pueden encontrarse elementos para una teoría funcionalista del escándalo en la obra del antropólogo Max Gluckman, pese a que el análisis de Gluckman se ocupe principalmente de las funciones que desempeña el escándalo (y las habladurías) en las comunidades de pequeño tamaño; véase Max Gluckman, «Gossip and Scandal», «*Current Anthropology*», 4.3, 1963, págs. 307-316.

2. Véanse las siguientes obras: Jeffrey C. Alexander, «Culture and Political Crisis: "Watergate" and Durkheimian Sociology», en Alexander, Jeffrey C. (comp.), *Durkheimian Sociology: Cultural Studies*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, págs. 187-224; Ale-

acontecimiento político ordinario; pese a que en un principio a mucha gente le pareció un asunto bastante trivial, pronto se convirtió en el centro de una radical crisis social en donde se hallaban en juego los más sagrados valores del orden social y político estadounidense. Esta transformación tuvo lugar porque el Watergate se convirtió en el símbolo de una corrupción que amenazaba con contaminar el centro mismo de la sociedad estadounidense, lo que suscitó profundos temores y ansiedades que se atajaron con la puesta en marcha de un proceso de sacralización y purificación ritual. Las audiencias televisadas del Comité selecto del Senado se convirtieron en un ritual cívico que recreaba y robustecía la sagrada moralidad general sobre la que se asientan los aspectos más mundanos de la vida política estadounidense. Este proceso constituyó una experiencia «liminal» que se fue desarrollando en un espacio-tiempo propio, separado de los asuntos y conflictos mundanos de la política cotidiana, una experiencia que «vivificaba la religión cívica sobre la que han venido descansando, a lo largo de la historia de los Estados Unidos, conceptos democráticos como el de "función pública"».[3] A través de sus preguntas, sus comentarios y sus afirmaciones, los senadores evocaban constantemente las ideas fundamentales y los mitos fundadores de la república estadounidense; hablaban en nombre de la ley y la justicia, tratando de elevarse por encima de los intereses personales o de partido. La publicación de las transcripciones de las cintas de la Casa Blanca sólo sirvió para confirmar el alcance de la corrupción que había invadido el sagrado corazón del sistema político estadounidense. Y las audiencias de recusación fueron la ceremonia de purificación final en este rito político, «un rito de expulsión en el que el cuerpo político se libró a sí mismo de la última y más amenazadora fuente de sagrada impureza».[4]

El Watergate se vio seguido por un periodo de intensa búsqueda espiritual, un periodo en el que existió una elevada sensibilidad hacia cualquier conducta que pudieran exhibir los políticos y pudiera considerarse pecaminosa. El resultado fue una serie de miniescándalos que, al etiquetarse con el sufijo «-gate», lograban seguir movilizando parte de los sagrados valores que se habían puesto de relieve durante la crisis del Watergate. Sin embargo, a medida que el asunto Watergate fue convirtiéndose en un problema

---

xander, Jeffrey C., «Three Models of Culture and Society Relations: Toward an Analysis of Watergate», en *Action and its Environments: Toward a New Synthesis*, Nueva York, Columbia University Press, 1988, págs. 153-174.

3. Alexander, «Culture and Political Crisis», pág. 200.

4. *Ibid.*, pág. 208.

del pasado, los problemas más mundanos de la política —las dificultades económicas, las crisis relacionadas con los asuntos exteriores, los conflictos entre partidos políticos— volvieron a ocupar el centro de la vida política. No obstante, esta reanudación de la rutina no significa que el Watergate careciese de efectos. Y ello porque los «códigos que regulan la autoridad política en los Estados Unidos han experimentado una drástica renovación»,[5] y los valores que sostienen el orden político y social han sido articulados y reafirmados mediante un ritual sagrado en el que los ciudadanos estadounidenses han participado a través de las pantallas de la televisión.

Esta interpretación del Watergate es ilustrativa en algunos aspectos. Entre otras cosas, contribuye a encontrar sentido al tono reverente que caracterizó muchas de las investigaciones. Sin embargo, en otros aspectos, la explicación resulta bastante engañosa. Alexander interpreta una serie de acontecimientos circunstanciales que implicaban la existencia de conflictos políticos mundanos, denuncias polémicas e inesperadas revelaciones de distinto tipo, acontecimientos cuyo resultado permaneció oscuro a los ojos de los participantes y los observadores casi hasta el final, como un proceso de purificación ritual; el carácter contingente, impredecible y estrechamente vinculado a la existencia del conflicto de estos acontecimientos queda en gran medida eclipsado por una interpretación que destaca los rituales mediante los cuales la sociedad, concebida como una especie de cuerpo social colectivo, condena y expulsa a un elemento corrupto. Además, pese a que el uso de conceptos religiosos pueda ser ilustrativo en algunos aspectos, resulta engañoso en otros, ya que los procesos legales y judiciales que llevaron a la dimisión de Nixon tienen pocos lazos significativos con las ceremonias de la religiones institucionalizadas; puede que haya una cierta semejanza formal, la que se expresa mediante la solemnidad de la ocasión, etcétera, pero los principios que subyacen bajo estos procesos son muy diferentes.

Otra dificultad relacionada con la explicación de Alexander es la que gravita sobre el énfasis que pone el autor en la renovación y la reafirmación de ciertos valores fundamentales. Es posible que la expulsión de Nixon y el hecho de que se le apartara del cargo haya conducido a una renovación de los valores vigentes y a un robustecimiento del crédito que los individuos y los grupos conceden al sistema político, pero sería un gran error subrayar este aspecto y desentenderse al mismo tiempo de la significación que posee la tendencia contraria. Y es que resulta igualmente muy probable que la muy visible secuencia de acontecimientos que culminaron en la dimisión de

5. *Ibid.*, pág. 216.

Nixon haya contribuido a incrementar el cinismo y la desconfianza hacia los políticos en general, hacia el gobierno y hacia la política como lugar de acción en amplios sectores de la población —un cinismo y una desconfianza que no comenzaron con el Watergate pero a los que contribuyó significativamente el Watergate—.[6] Para muchas personas, el caso Watergate fue una ventana abierta al oculto mundo de una política que jamás habían visto antes, y la pública exposición de la sórdida y mundana realidad de ese universo, lejos de renovar su creencia en el sistema, bastó para confirmar sus peores recelos.

Por último, sean cuales fueren los méritos de la interpretación que Alexander brinda respecto del caso Watergate, es improbable que esta explicación proporcione un modelo adecuado para analizar los escándalos políticos en general. Alexander se interesa primordialmente en el Watergate porque parece ilustrar la tesis general, derivada de su interpretación de Durkheim, de que las crisis sociales y políticas ponen en marcha un proceso de ritualización mediante el cual se renuevan los valores fundamentales. Su interpretación del Watergate forma parte de una más amplia teoría del orden social y de la reproducción social; no es una contribución a una teoría del escándalo (o a una teoría del escándalo político) como tal. De ahí que la explicación de Alexander nos diga relativamente poco acerca de las características diferenciales del escándalo y sus consecuencias: desde los «grandes» escándalos como el Watergate a los muchos escándalos de menor envergadura que se han convertido en una característica tan común de la vida social y política.

3. Existe una tercera forma de pensar el escándalo que destaca el impacto potencialmente destructivo que puede tener para el discurso y el de-

6. Alexander parece descartar esta posibilidad, o, al menos, no le presta una adecuada consideración. Sostiene que, pese a que el caso Watergate pueda haber socavado la confianza pública en determinados individuos o autoridades, la «efervescencia ritual» asociada con este escándalo «incrementa la fe en el "sistema" político» (*Ibid.*, pág. 213). Pero esta pretensión no es completamente convincente. Una de las dificultades que encontramos aquí estriba en que el término «sistema político» es ambiguo: puede designar una de esta, dos cosas: *bien* la democracia representativa como forma de gobierno, *bien* las instituciones (el Congreso, la presidencia, etcétera) que integran el sistema político de los Estados Unidos. En un plano abstracto, los individuos pueden considerar que la democracia representativa es la mejor forma de gobierno que puede conseguirse, y creer al mismo tiempo que las instituciones que forman parte de su sistema político tienen profundos defectos y que, en general, no puede confiarse en los individuos que ostentan los cargos públicos; pueden creer en la democracia como forma de gobierno y desconfiar al mismo tiempo del ejecutivo.

bate que se desarrollan en la esfera pública —llamaré a esto la «teoría de la trivialización»—. Se trata de una teoría que refleja la consideración que merece a muchas personas el escándalo y el impacto que produce, aunque sea una teoría concebida a partir de algunas de las ideas asociadas con las teorías críticas de los medios de comunicación y la esfera pública. Según esta teoría, la obsesión de los medios con los escándalos tiende a socavar la calidad del discurso y el debate público, concentrando la atención de la gente en asuntos relativamente triviales y colocando las cuestiones importantes en los márgenes de la esfera pública. Las historias sensacionalistas relacionadas con las indiscreciones personales de las figuras públicas dominan las noticias, mientras que los problemas sustanciales que afectan a la vida de la gente (la pobreza, el desempleo, la inflación, el crimen, etcétera), y los debates serios sobre las políticas que han de adoptarse para atajarlos quedan cada vez más eclipsados. Esta tendencia quizá haya comenzado en los periódicos sensacionalistas y en la prensa popular, pero la creciente competencia en el campo de los medios de comunicación ha conseguido que los grandes periódicos respetables y los medios electrónicos se hallan visto obligados a entrar en la refriega. El resultado ha sido la extensión del sensacionalismo a todos los medios y una «privatización» de la esfera pública; el espacio público creado por los medios se ha visto ocupado por una especie de tertulia generalizada sobre las vidas privadas de los políticos, y la propia política ha ido haciéndose paulatinamente más difícil de distinguir de los programas de entretenimiento.

Esta teoría puede elaborarse de distintas formas. Una de esas formas es la que se basa en la explicación que brinda Habermas sobre el declive de la esfera pública. Esta versión sostiene que la proliferación de los escándalos mediáticos representa tanto un síntoma de este declive como uno de los elementos que contribuyen a él. Habermas argumenta que el auge de la prensa periódica en la Europa del siglo XVIII contribuyó a estimular la formación de un nuevo tipo de esfera pública en las primitivas sociedades modernas —una «esfera pública burguesa»—, unas sociedades compuestas por individuos privados que se reunían en salones y cafés con el fin de debatir cuestiones de interés público.[7] Según Habermas, la característica distintiva de esta nueva esfera de debate consiste en que implica una utilización pública de la razón. Los individuos se valían de las nuevas oportunidades creadas

7. Véase Jürgen Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, traducción de Thomas Burger, asesorado por Frederick Lawrence, Cambridge, Polity Press, 1989.

por la prensa periódica para razonar abierta y críticamente sobre cuestiones de poder y autoridad; la prensa periódica no era únicamente un altavoz para los gobiernos sino también un foro relativamente independiente del Estado en el que las actividades de aquellos que se encontraban en posiciones de poder podían exponerse a un examen crítico. No obstante, con el declive de la cultura de los salones a finales del siglo XVIII y la creciente comercialización de la prensa durante el siglo XIX, la esfera pública burguesa empezó a decaer prácticamente en todas partes. La prensa —que antes había actuado como ejemplar foro para el debate crítico y racional— se transformó en un nuevo ámbito para el consumo público, y los valores del ocio y el entretenimiento fueron desplazando cada vez más al interés por el razonamiento argumental y el debate.

Habermas no aborda explícitamente el tema del escándalo, pero no sería difícil desarrollar un argumento relacionado con el incremento de los escándalos mediáticos y sus efectos sobre la base de esta explicación. El incremento de los escándalos mediáticos da fe, podría razonarse, del declive de la esfera pública: representa la colonización del espacio público por las cuestiones personales y privadas, y el triunfo de los valores asociados con el entretenimiento sobre la preocupación por la argumentación y el debate racionales.[8] La prensa y otros medios se convierten así en un foro apto para cualquier tipo de habladurías generalizadas, un foro en el que las revelaciones sensacionalistas sobre las indiscreciones privadas de las figuras públicas desplazan cada vez más al debate serio sobre las cuestiones clave de la vida social y política. Los escándalos sexuales, con su carácter personal y altamente moralista, proporcionan historias ya confeccionadas a aquellos sectores de la prensa que se orientan hacia la consecución de un máximo de ventas y que optan por satisfacer los gustos populares. Sin embargo, dada la competencia entre las organizaciones mediáticas y la pugna por la obtención de «historias candentes» entre los periodistas, otros sectores de la prensa se ven rápidamente empujados en la misma dirección. A medida que va habiendo cada vez más organizaciones nuevas dedicadas al suministro de formas viables de «info-entretenimiento», la lógica de la competencia va borrando los límites entre aquellas formas de periodismo que se orientan hacia la defensa de las causas públicas o la objetividad por un lado, y el tipo de periodismo dirigido al entretenimiento por otro. La creciente importancia

8. Aquí elaboro una línea argumental que se basa en la explicación de Habermas pero que en realidad no ha sido desarrollada por el propio Habermas. En cualquier caso, uno puede hallar muchas variaciones de estos temas en la literatura.

de la televisión, podríamos añadir, tiende a exacerbar esta tendencia. El «directo» y el carácter manifiestamente visual de la televisión acentúa las cualidades personales de las figuras públicas, que cada vez aparecen más en nuestras pantallas en calidad de estrellas, y por consiguiente aumenta también el valor de lo que está en juego cuando median revelaciones y denuncias que arrojan dudas sobre esas cualidades. La distinción entre la política y el entretenimiento se vuelve cada vez más borrosa; las celebridades de la industria del entretenimiento se mezclan con las figuras de la vida pública y, a los ojos de las personas corrientes, ambos mundos comienzan a mezclarse. Al centrar sus preocupaciones en los escándalos, al consagrar cada vez más y más páginas de noticias, y más y más horas de emisión, a las indiscreciones personales y a las desventuras de los políticos y las celebridades, los medios se han apartado por propia iniciativa de aquella idea de la prensa que la asimilaba a un perro guardián crítico. Se han convertido en un testimonio —o eso podríamos argumentar— del histórico declive de la esfera pública.

Este argumento posee una fuerza considerable. Ofrece una aguda perspectiva crítica sobre la profusión de escándalos mediáticos en las últimas décadas: lo que supuestamente producen esos escándalos es un deterioro general de la calidad de la vida pública en nuestras sociedades, ya que aquellas instituciones que representan los más importantes fundamentos de la vida pública —tanto los periódicos como la televisión— quedan cada vez más absortas en la incesante búsqueda del escándalo. El debate público se ve empobrecido y la propia política se trivializa como resultado del ciclo de revelaciones escandalosas que se perpetúa a sí mismo. Sin embargo, aunque este argumento tiene cierta fuerza, también resulta engañoso en algunos aspectos; y no consigue explicar el hecho de que, pese a que los escándalos impliquen a menudo un elemento de entretenimiento, haya mucho más en juego.

El argumento es engañoso al menos en dos aspectos. En primer lugar, y hablando en términos históricos, el argumento tiende a ver el pasado a través de un cristal color de rosa, confrontando el presente con un periodo histórico anterior en el que, supuestamente, la esfera pública era un foro más activo del argumento razonado y el debate. Sin embargo, es un hecho discutible que la cultura pública de los periodos históricos anteriores —como la cultura impresa y la cultura de los salones de la Europa del siglo XVIII— supusiera efectivamente la existencia de una esfera pública más vibrante, facilitando y promoviendo de este modo el debate razonado en mayor medida que en nuestros días.[9] El acceso a los productos mediáticos era más limi-

9. Para una crítica histórica más detallada del argumento de Habermas, véase John B.

tado en esos periodos históricos anteriores y dependía de recursos y habilidades (como el hecho de saber leer y escribir) que estaban desigualmente repartidos. Además, los argumentos de este tipo tienden a subestimar el carácter sensacionalista y el tono moralizador de los productos mediáticos de los periodos históricos tempranos de la modernidad. Es posible que los escándalos mediáticos modernos hayan poseído algunas propiedades específicas que los diferenciasen de las anteriores formas de escándalo, pero la utilización de la palabra impresa para informar de modo sensacionalista y moralizar, para revelar y censurar, tiene una larga historia.

Un segundo aspecto que hace que el argumento sea engañoso estriba en el hecho de que tiende a enfatizar un tipo de escándalo a expensas de otros. Esta línea argumental posee una fuerza peculiar cuando se utiliza en relación con escándalos que implican la realización de actos de sexo ilícito —las estridentes e interminables historias de los políticos, celebridades y otras personalidades públicas que supuestamente han transgredido alguna norma sexual—. Pero este mismo argumento resulta mucho menos persuasivo cuando se lo considera en relación con otros tipos de escándalo político que destacan notablemente en los medios. Pese a que pueda argumentarse de forma bastante verosímil que la preocupación por los escándalos sexuales genera un cierto grado de trivialización del debate público, sería mucho más difícil sostener que las revelaciones relacionadas con el abuso de poder o la malversación de fondos públicos deban ser consideradas a la misma luz.

La teoría de la trivialización tampoco echa de ver que lo que está en juego en un escándalo es algo más que el simple entretenimiento. Es demasiado fácil desacreditar el escándalo por considerarlo como un sobresaliente ejemplo de sensacionalismo, como una muestra del modo en que los medios se guían cada vez más por los imperativos comerciales y han sucumbido a la lógica del mercado, renunciando a su autonomía como institución cultural y orientándose cada vez más hacia la obtención de las máximas ventas posibles en un mercado altamente competitivo. Esto podría ser una parte de lo que se halla en la base de la profusión de escándalos mediáticos, pero no es el todo. Y es que los escándalos plantean también serias cuestiones sobre el poder, la reputación y la confianza, así como sobre los modos en que aquellos que ostentan el poder adquieren visibilidad y se ven obligados a rendir cuentas ante los demás. La principal debilidad de la teoría de la trivialización consiste en que, al poner su acento en las historias sensacionalistas que

---

Thompson, *The Media and Modernity: A Social Theory of the Media*, Cambridge, Polity Press, 1995, págs. 71-75.

hacen referencia a las vidas privadas de las figuras públicas, al convertir este extremo en su punto de referencia fundamental, se vuelve incapaz de percibir que en un escándalo hay en juego algo más que la mera explotación comercial de objetivos relativamente triviales.

4. Existe un cuarto modo de pensar los escándalos que invierte los presupuestos de la teoría de la trivialización. Este cuarto enfoque argumenta que el escándalo, lejos de rebajar la calidad del debate público, lo enriquece, debido a que cuestiona las normas dominantes en el periodismo y debido también a que vuelve las tornas contra los poderosos y los privilegiados. Llamaré a esta interpretación «teoría del escándalo como subversión». De nuevo, no se trata de una teoría que pueda encontrarse explícitamente formulada en la literatura sociológica, sino que se trata de una teoría que podría desarrollarse sobre la base de alguna de las asunciones asociadas con los enfoques más festivos, o «posmodernos», que abordan la cuestión de la cultura popular. El enfoque posmoderno tiende a evitar una actitud excesivamente crítica hacia los textos que produce la cultura popular. Más que analizar estos textos en los términos dictados por las categorías de valor que se derivan de una reflexión sobre los trabajos de la «alta cultura», el enfoque posmoderno tiende a considerar los textos populares como formas culturales poseedoras de sus propios tipos peculiares de riqueza simbólica y propensas a la expresión de una traviesa insubordinación. Estos textos, con su énfasis en el sensacionalismo y el exceso, en las actitudes ofensivas y en el mal gusto, son como niños rebeldes que se niegan a seguir las reglas del juego. Si entretienen a los lectores y a los espectadores es precisamente porque rechazan las normas y las convenciones dominantes y porque al burlarse de ellas de forma abierta y exagerada, les proponen una especie de carcajada subversiva. Al igual que ocurriera con el carnaval en anteriores épocas históricas, muchos de los textos de la cultura popular de nuestros días se caracterizan por la parodia y la obscenidad, por las inversiones, las humillaciones, el travestismo y las transgresiones que, por su propia vulgaridad y exceso, ponen el mundo patas arriba.

Tal como ha sido desarrollada por John Fiske y otros, esta amplia tendencia argumental brinda un cierto modo de pensar el significado de los escándalos en la prensa popular.[10] Fiske distingue dos tipos principales de no-

10. Véase John Fiske, *Understanding Popular Culture*, Boston, Unwin Hyman, 1989; *Reading the Popular*, Londres, Routledge, 1989; y «Popularity and the Politics of Information», en Dahlgren, Peter y Sparks, Colin (comps.), *Journalism and Popular Culture*, Londres, Sage, 1992, págs. 45-63.

ticias: lo que llama «noticias oficiales», que son las noticias de la prensa y la televisión «de calidad», y lo que llama «noticias populares» (a las que sus críticos se refieren peyorativamente como prensa sensacionalista).[11] Los órganos de las noticias oficiales tienden a actuar ciñéndose a ciertas normas de objetividad, «verdad» y buena práctica periodística. Adoptan un tono serio e impersonal, examinando los asuntos públicos sobre bases ampliamente dirigidas por los funcionarios públicos, y tratan de generar comprensión y creencia en sus lectores y espectadores. Las noticias populares, por el contrario, tienden a rechazar la nítida distinción entre los hechos y la ficción. Centran su atención en los límites entre la vida pública y la vida privada, planteando a las personalidades públicas cuestiones que preferirían ocultar. Su estilo es irreverente y sensacionalista. Las noticias populares buscan la provocación y la ruptura; ponen en cuestión la capacidad de las noticias oficiales para definir lo que es real y lo que es noticia, y ponen en cuestión el tipo de creencia que tratan de generar las noticias oficiales. Las noticias populares cultivan el escepticismo y el descreimiento; invitan a sus lectores y espectadores a reírse de los individuos cuyo poder e influencia dependen de ser tomados en serio por los demás. De ahí que las historias escandalosas que aparecen en la prensa popular puedan considerarse como una actitud subversiva hacia el poder y los privilegios. «Lo que hacen esas historias», argumenta un comentarista, «es asestar un golpe al "bloque en el poder" —o a aquellos representantes del poder cuyos atributos y acciones puedan ser representados de una manera muy significativa ante los lectores—».[12] Esas historias ofrecen una forma popular de crítica política, alimentan el escepticismo hacia las estructuras de poder y permiten que aquellos que carecen de poder puedan expresar su enojo y su frustración mediante una subversiva guasa ante las debilidades e infortunios de los poderosos.

El mérito de este enfoque reside en que nos insta a pensar de un modo distinto en las obras culturales y a reconocer que determinados géneros de cultura popular, incluyendo la prensa sensacionalista, pueden actuar según sus propias y peculiares normas, convenciones y criterios estéticos. Sin embargo, como forma de pensar sobre el contenido político de la cultura popular en general, y sobre la significación política del escándalo en particular,

11. Fiske, «Popularity and the Politics of Information», págs. 47 y sigs. Fiske distingue un tercer tipo de noticias a las que llama «noticias alternativas», pero esto es menos relevante para las cuestiones que aquí nos ocupan.

12. Connell, Ian, «Personalities in the Popular Media», en Dahlgren y Sparks (comps.), *Journalism and Popular Culture*, pág. 74.

este enfoque es muy inadecuado. En primer lugar, sería un tanto precipitado considerar que la burla ante las desgracias de los poderosos sea, en sí y por sí, un acto subversivo. Uno puede reírse al ver a un alto cargo de un gobierno o de un partido atrapado, como le sucedió al desdichado David Mellor o al imprudente Gary Hart, en una situación comprometida, pero no está en absoluto claro que haya algo subversivo en una risa de este tipo —es posible que no se desafíe ninguna norma, que no se cuestione ningún valor, que no haya ninguna relación de poder que resulte socavada—. Tal como ocurre con la risa que provoca un chiste sexista o racista, quienes se regodean a costa de otros pueden resultar profundamente conservadores en cuanto a sus actitudes y creencias.

En segundo lugar, y de modo igualmente insatisfactorio, lo que caracteriza a este enfoque es la abierta oposición entre «la gente» y «el bloque en el poder». Fiske obtiene esta oposición de Stuart Hall y la adapta a sus propios fines, argumentando que las formas culturales presentes en las sociedades del capitalismo tardío se estructuran en torno a la oposición fundamental entre la alianza de las fuerzas de dominación («el bloque en el poder») y un variable conjunto de lealtades entre los grupos subordinados («la gente»).[13] La cultura popular, explica Fiske, es una cultura creada por la gente a partir de los productos que generan los medios de comunicación de masas: puede adoptar las formas producidas por el bloque en el poder, pero las convierte en cultura popular al imprimirles una transformación con el fin de conseguir que se adecuen a sus propios intereses y gustos que, por lo general, se oponen a los intereses y gustos del «bloque en el poder». Sin embargo, esta genérica oposición entre «la gente» y «el bloque en el poder» es una forma asombrosamente simple de pensar la naturaleza y la organización del poder en las sociedades contemporáneas. Las múltiples formas del poder y los complejos modos en que éste es utilizado por los individuos y los grupos en los distintos contextos particulares quedan subsumidos, según esta explicación, en una única y genérica oposición binaria. La utilización de una oposición binaria entre la gente y el bloque en el poder puede circunscribirse a ciertas corrientes de los estudios culturales, y quizá incluso a ciertos contextos analíticos. En todo caso, no es una estrategia intelectual que cualquiera que tenga un equilibrado sentido de la complejidad de la vida social y política esté dispuesto a seguir.

13. Fiske, «Popularity and the Politics of Information», págs. 43 y sigs. La distinción proviene de Stuart Hall, «Notes on Deconstructing "The Popular"», en Samuel, Raphael (comp.), *People's History and Socialist Theory*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1981, págs. 227-240.

Una tercera dificultad de este enfoque estriba en el hecho de que al poner el acento sobre la franca oposición entre la gente y el bloque en el poder, sobrestima la complicidad de las «noticias oficiales» y exagera el carácter radical de la prensa sensacionalista. Según esta explicación, el mundo de las noticias oficiales se encuentra firmemente asido por el bloque en el poder: al adherirse a las normas periodísticas de la objetividad y la veracidad, las noticias oficiales presentan el mundo como un ámbito integrado por hechos, relega a una posición marginal los argumentos y los puntos de vista alternativos, y por consiguiente sirve a los intereses de los poderosos. Las noticias populares, por el contrario, socavan la estabilidad del bloque en el poder al rechazar las normas de la objetividad y la veracidad, ya que esto genera escepticismo y descreimiento y alimenta la imaginación popular con la visión de algunas realidades alternativas. Sin embargo, una vez más, esta explicación simplifica excesivamente las cosas. Puede existir efectivamente un cierto grado de complicidad entre los medios que difunden las «noticias oficiales» y las instituciones clave del poder político y económico, pero en ninguna parte existe de un modo tan hermético y total como sugiere Fiske. Los periodistas que trabajan para la prensa «de calidad» han publicado en muchas ocasiones historias que resultan tan incómodas como las historias que aparecen en la prensa popular (y en algunos casos, con consecuencias bastante más importantes que las que aquellas producen). Por otro lado, sostener que las noticias populares son intrínsecamente más radicales y subversivas que las noticias oficiales, y que se alinean más fácilmente y por propia iniciativa con los intereses de la gente en virtud de sus cualidades vinculadas a la transgresión y al exceso, equivale a no querer ver los aspectos más conservadores de la prensa popular y a tratar como a una circunstancia relativamente insignificante el hecho de que la prensa popular, no menos que la que difunde las «noticias oficiales», forme parte de una vasta industria comercial.

Por supuesto, Fiske es perfectamente consciente de que la prensa popular forma parte de una industria comercial mediática, y sin embargo, pretende sostener que es más subversiva que la prensa de las noticias oficiales y que está más íntimamente vinculada a los intereses de la gente. Esto sucede, en primer lugar, porque la prensa popular se opone a la «normal» y a la «oficial», lo que la pone en sintonía intrínseca con los grupos subordinados («representa un conocimiento popular y un conocimiento reprimido, del mismo modo que las personas constituyen una formación social reprimida»[14]); y en segundo lugar, se trata de un tipo de discurso abierto y atracti-

14. Fiske, «Popularity and the Politics of Information», pág. 54.

vo que invita a los lectores a generar su propia interpretación, a elaborar de forma creativa sus propias lecturas e interpretaciones en vez de aceptar sin más la «verdad» de lo que se dice. Sin embargo, ninguno de estos argumentos demuestra o prueba con grado alguno de persuasión que la prensa popular, en virtud de sus estrategias de estilo y retórica, sea una forma cultural intrínsecamente radical y subversiva.

Por último, sean cuales sean los méritos de este enfoque como forma de entender la cultura popular desde una perspectiva general, es improbable que pueda proporcionar un marco satisfactorio para analizar el escándalo y sus consecuencias. Y ello porque a pesar de que, en efecto, los escándalos destacan notablemente en la prensa popular, de ningún modo puede decirse que se circunscriban a ella. La prensa «de calidad» también ha desempeñado un importante papel en el auge de los escándalos mediáticos —en especial de los escándalos que implican la existencia de irregularidades financieras y abusos de poder, aunque también haya intervenido en la difusión de los escándalos sexuales—. Además, pese a que la carnavalesca burla dirigida a los poderosos y a los privilegiados pueda parecer evidente en algunos escándalos (como sucedió con los que afectaron a Mellor y Hart), este elemento difícilmente podría considerarse como el más interesante o significativo. Sería difícil desarrollar una explicación satisfactoria del escándalo y sus consecuencias sobre la base de un argumento que se ocupa principalmente de las características de la cultura popular, ya que el escándalo mediático no puede entenderse como un género que pertenezca específicamente a la prensa popular.

Poder, reputación y confianza: hacia una teoría social del escándalo

¿Existe alguna forma de concebir el escándalo y sus consecuencias que resulte más prometedora que las explicaciones que hemos venido considerando hasta el momento? ¿Es posible desarrollar un enfoque alternativo capaz de arrojar más luz sobre el significado del escándalo y su impacto en la vida social y política? En esta sección final voy a perfilar un enfoque al que llamaré, de un modo bastante general, «teoría social del escándalo», y con el que podré proporcionar, espero, el fundamento de una explicación más verosímil. La esencia de este enfoque puede expresarse sucintamente como sigue: *los escándalos son luchas por la obtención del poder simbólico en las que están en juego la reputación y la confianza*. Los escándalos no necesariamente destruyen la reputación o socavan la confianza, pero sí tienen la *capacidad*

de hacerlo. Y si los escándalos poseen una gran significación en la esfera política, se debe justamente a esa capacidad, a ese potencial perjuicio que afecta a la reputación y a esa posibilidad de que resulten erosionadas las relaciones de confianza.

Al definir de este modo los escándalos, no pretendo sugerir que los escándalos sean *únicamente* luchas por la obtención del poder simbólico y que lo *único* que esté en juego en un escándalo sean la reputación y la confianza. Es evidente que no es así, ya que muchos escándalos implican procesos en los que intervienen otras formas de poder y otras cuestiones. Algunos escándalos guardan relación principalmente con el poder político, con el quebrantamiento de normas y procedimientos para ejercerlo y con el desarrollo de redes encubiertas que esquivan los mecanismos formales de la rendición de cuentas, como hemos visto; otros escándalos tienen relación con los vínculos ocultos entre el poder económico y el poder político, atrayendo nuestra atención hacia formas de corrupción y conflictos de interés que son incompatibles con las normas de conducta que cabe esperar de un funcionario público. Sin embargo, incluso los escándalos que se centran en las cuestiones relacionadas con el poder político y económico mantienen *también* vínculos con cuestiones de poder simbólico; *todos* los escándalos implican la existencia de luchas por la obtención del poder simbólico y por el acceso a las fuentes de ese poder simbólico, pese a que *algunos* escándalos también impliquen la existencia de otras formas de poder y tengan relación con otras cuestiones. Los escándalos son luchas sociales que se desarrollan en el ámbito público y que están constituidas por los actos y los actos de habla de los individuos y las organizaciones que exponen, denuncian y condenan determinados hechos, reales o supuestos, así como por los actos y los actos de habla de aquellos que están en el centro de las denuncias y se encuentran atrapados en el drama que se despliega.

Al subrayar la importancia del poder simbólico, la reputación y la confianza, no pretendo subestimar el significado de otras formas de poder, y tampoco pretendo rebajar el papel que desempeñan otros asuntos implicados en muchos escándalos (como la corrupción, los conflictos de interés y la rendición de cuentas a que se ve obligado el poder). En anteriores capítulos he examinado el papel de estos otros asuntos y formas de poder con algún detalle. Pero si nos centráramos únicamente en el poder político o económico, jamás entenderíamos la naturaleza del escándalo y sus consecuencias. También hemos de observar que los escándalos son un tipo de lucha por la obtención del poder simbólico en la que están en juego, entre otras cosas, cuestiones relacionadas con la reputación y la confianza.

Como ya he expuesto anteriormente, el poder simbólico es una de las cuatro formas básicas de poder; se refiere a la capacidad de intervención en el curso de los acontecimientos y a la posibilidad de moldear su efecto, por un lado, y a la capacidad de influir en las acciones y creencias de otros mediante la producción y la transmisión de formas simbólicas, por otro. El ejercicio del poder simbólico depende de varios tipos de recursos, incluyendo lo que he llamado «capital simbólico». La reputación es uno de los aspectos del capital simbólico y consiste en el aprecio o estima relativa que un determinado grupo de personas concede a un individuo o una institución. Cuanto más alta es la estima y mayor el rango de los individuos que la conceden, más elevada es la reputación.

Podemos distinguir entre dos tipos de reputación —a las que yo llamaría «reputación ligada a la habilidad» y «reputación ligada al carácter»—. La reputación ligada a la habilidad es el tipo de reputación que uno adquiere al desplegar ciertas habilidades particulares. Uno puede adquirir una gran reputación como pianista o virtuoso del violoncelo en virtud del hecho de haber alcanzado, a los ojos de los demás, un elevado nivel de pericia en la interpretación musical realizada con alguno de estos instrumentos. La reputación ligada al carácter, por el contrario, es el tipo de reputación que uno adquiere por ser un individuo veraz y digno de confianza, una persona íntegra y honesta. No es necesario mostrar ninguna habilidad especial para adquirir una reputación de buen carácter, pero sí que es preciso exhibir a lo largo del tiempo una pauta de conducta que otras personas puedan considerar merecedora de su estima.

Ambos tipos de reputación constituyen un recurso del que los individuos pueden valerse o utilizar con el fin de procurar la obtención de sus intereses y objetivos. Un pianista que se haya ganado una alta reputación como músico destacado puede utilizar esta circunstancia en su beneficio en el momento de negociar los términos de un contrato. Un vendedor de coches usados que tenga una reputación de hombre honesto y digno de confianza quizá llegue a la conclusión de que su reputación es su más valioso activo. Sin embargo, la reputación es también un tipo de recurso poco convencional y posee ciertas características peculiares —de las que aquí voy a destacar cuatro—. En primer lugar, acumular una buena reputación puede llevar mucho tiempo. Es posible «hacerse rico con rapidez» en este género de recursos, como sucede cuando un autor novel comienza su carrera literaria con un libro que es objeto de la general aclamación. Pero, para la mayoría de los individuos e instituciones, el proceso de hacer acopio de una buena reputación se convierte en una larga y ardua tarea. Los interesados en

obtenerla han de invertir una gran dosis de esfuerzo durante largo tiempo, y valerse de redes de relaciones en las que poder obtener el reconocimiento de los demás,[15] con el fin de adquirir una buena y relativamente estable reputación.

Una segunda característica de la reputación es que resulta intrínsecamente polémica (y muy a menudo eso es justamente lo que suscita). Dado que la reputación depende de la estima de otros, es un elemento intrínsecamente abierto a la posibilidad de desacuerdos y disputas, puesto que las personas que intervienen en la determinación de su valor no necesariamente estarán de acuerdo en sus apreciaciones. La reputación ligada al carácter es particularmente proclive a la diferencia de valoraciones, ya que los criterios sobre los que se basa no están claramente definidos y los individuos pueden manifestar opiniones ampliamente divergentes respecto a los rasgos de carácter de una persona. Sin embargo, incluso en el caso de la reputación ligada a la habilidad puede haber un amplio margen para el desacuerdo en cuanto al grado en que un individuo posee las habilidades y los atributos sobre cuya base asienta supuestamente la reputación que le corresponde —en otras palabras, puede haber polémica en torno a la cuestión de si su reputación está bien fundada o no.

En tercer lugar, y a diferencia del dinero u otros tipos de capital económico, la reputación es un recurso que no se agota con el uso.[16] Cuando uno gasta dinero, reduce la cantidad disponible para ulteriores usos, pero al utilizar la reputación para la obtención de nuestros fines e intereses el recurso no necesariamente ha de disminuir. Un vendedor de coches de segunda mano que incluya su buena reputación como hombre honesto y de confianza en un anuncio para la venta de sus existencias no necesariamente disminuye su reputación al utilizarla de este modo; al contrario, puede consolidarla e incluso aumentarla al atraer la atención de otras personas sobre ella. Sin embargo, aunque la reputación no se gaste necesariamente con el uso,

15. La importancia de estas redes de relaciones aparece claramente en el magnífico análisis del modo en que los aguafuertistas elaboran su reputación artística; véase Gladys Engel Lang y Kurt Lang, *Etched in Memory: The Building and Survival of Artistic Reputation*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1990, sobre todo las págs. 233-247.

16. Tal como dice Hirschman que ocurre con el amor, la confianza y el espíritu cívico, «estos recursos pertenecen a un tipo cuyas existencias bien pueden aumentar en vez de disminuir con el uso». Véase Albert O. Hirschman, «Against Parsimony: Three Easy Ways of Complicating Some Categories of Economic Discourse», *American Economic Review*, Papers and Proceedings, 74.2, mayo de 1984, págs. 89-96; la cita incluida en esta nota se encuentra en la página 93.

puede agotarse de forma muy veloz y definitiva con el mal uso. En este aspecto, la reputación es un recurso muy frágil que puede reducirse rápida y completamente. Resulta vulnerable a lo que yo llamaría «reductores de reputación», elementos que pueden deshacer a gran velocidad la red de juicios y valoraciones que forman la base de una reputación.

Por último, la reputación es un tipo de recurso que puede ser muy difícil de restaurar en caso de resultar seria y sustancialmente mermado. En otras palabras, la reputación puede ser, en ciertas circunstancias, un recurso no renovable. Una reputación que ha llevado años levantar puede quedar destruida rápida y permanentemente. En este sentido, las luchas por la obtención de un acceso a las fuentes del poder simbólico pueden tener más consecuencias para los individuos (y para las organizaciones de las que forman parte) que las luchas por la obtención de un acceso a las fuentes del poder económico: con frecuencia es posible recuperarse de la pérdida de una importante suma de dinero, pero una reputación manchada puede perdurar eternamente. El vendedor de coches usados que venda una serie de plepas puede descubrir que su reputación de hombre honesto y de confianza ha recibido un golpe fatal. La reputación ligada al carácter es particularmente vulnerable a este tipo de rápido y permanente agotamiento, pero esto no significa en modo alguno que la reputación ligada a la habilidad sea inmune. Un científico que goce de una alta consideración y aparezca de pronto como el autor del amaño de un experimento podría ver arruinada su reputación.

Estas características de la reputación nos ayudan a comprender algunos aspectos del escándalo y sus consecuencias. Los escándalos son potenciales reductores de reputación: tienen capacidad para agotar la reputación de forma extremadamente rápida y completa, y una vez que la reputación se ha agotado puede ser muy difícil —y en algunos aspectos, tal vez imposible— de restaurar. Además, los escándalos pueden llegar a *definir* la reputación de un individuo hasta el punto de oscurecer otros rasgos vinculados a la reputación. ¿Quién recuerda a John Profumo por sus logros como ministro de Defensa? ¿Quién es capaz de evocar el nombre de Richard Nixon sin pensar primero y sobre todo en el caso Watergate? Los escándalos en que se abismaron estos individuos han sobrevivido como marcas indelebles que oscurecen su reputación. Por mucho que lo intenten (y de hecho Nixon lo intentó con todas sus fuerzas[17]), estos individuos jamás logran borrar las marcas impresas por los escándalos que acabaron con sus carreras políticas.

17. Véase Michael Schudson, *Watergate in American Memory: How We Remember, Forget, and Reconstruct the Past*, Nueva York, Basic Books, 1992, págs. 188-202.

Desde luego, el impacto de los escándalos sobre la reputación no siempre supone un perjuicio y no siempre es permanente. La reputación es una de las cuestiones que están en juego en los escándalos, pero el hecho de que la reputación de un individuo quede o no efectivamente dañada por un escándalo, y el hecho de que ese daño sea permanente o sólo temporal, depende de una serie de circunstancias específicas. Los escándalos son luchas por el poder simbólico en las que los individuos implicados tratan de orientar activa y a veces obstinadamente el impacto de la evolución de los acontecimientos sobre su reputación y su carrera, y el resultado de esas luchas variará de un caso a otro. En algunos casos, tal como sucedió con Profumo y Nixon, la reputación de un individuo puede quedar permanentemente dañada o resultar incluso destruida; en otros casos, como ocurrió con Reagan y Oliver North en el asunto Irán-Contra, los individuos pueden salir del escándalo con su reputación prácticamente intacta (o incluso realzada, si juegan bien sus cartas y algunos sectores de los medios acuden en su ayuda). Lo más común es que la reputación de un individuo resulte significativamente dañada, aunque no de un modo permanente o irrecuperable. Un escándalo puede culminar en una dimisión, en un juicio o en alguna otra forma de merma para la carrera profesional o la vida del afectado, merma seguida por un periodo de retiro o de relativa situación marginal durante la cual el individuo puede comenzar el largo y más bien arduo proceso de levantar una reputación dañada. Puede suceder que un individuo nunca consiga deshacer completamente el perjuicio sufrido y que su carrera se vea irreversiblemente alterada (como sucedió en el caso de Edward Kennedy o en el de Cecil Parkinson, por ejemplo). Sin embargo, con un empeño decidido y con el paulatino desvanecimiento del recuerdo que acompaña al paso del tiempo, los individuos pueden tener éxito, hasta cierto punto, en la recuperación de su reputación, así como en la consecución de un cierto grado de rehabilitación política.

El impacto de un escándalo sobre la reputación no sólo depende de una serie de circunstancias específicas, sino también de las propiedades de cada uno de los ámbitos en que pueden producirse los escándalos. La buena reputación es más importante en unos ámbitos que en otros, de ahí que esos ámbitos resulten más vulnerables al tipo de perjuicio que pueden producir los escándalos. En el negocio de los coches de segunda mano es vital disponer de una buena reputación ligada al carácter, y por consiguiente, un escándalo que revele algún engaño grave puede ser fatal. Sin embargo, en el ámbito del entretenimiento popular, como el que es propio de la industria cinematográfica o la música ligera, la reputación desempeña un papel dife-

rente. Lo que aquí importa no es tanto la propia reputación de ser un hombre honesto y digno de confianza (muy pocas personas, aparte del representante de los artistas, los empresarios que los contratan o sus propios amigos, se preocuparán de eso), sino más bien la trayectoria que se haya seguido en uno u otro ámbito, unida a la notoriedad o fama de que se disfrute.[18] Los escándalos en los que hay implicadas estrellas del cine o la canción pueden ser muy incómodos para los individuos que se encuentran en el centro de una desagradable publicidad, y también pueden dañar o interrumpir sus carreras de varios modos. Sin embargo, los escándalos también pueden contribuir de manera notable a la fama de una persona, y de ahí que no produzcan necesariamente, a pesar de la incomodidad personal que puedan traer aparejada, el deterioro de la posición de que goza un determinado individuo en su campo. La imagen de Hugh Grant como tímido y atractivo inglés quedó indudablemente tocada tras su imprudente encuentro con Divine Brown, pero la fama añadida que se acumuló con la enorme cantidad de publicidad que rodeó al incidente quizá haya compensado con generosidad cualquier perjuicio sufrido.

En el ámbito de la política, la buena reputación es importante porque resulta una fuente vital para la obtención del poder simbólico. Los dirigentes políticos que ya ocupan un cargo y los que aspiran a poseerlo han de poder contar con el apoyo de los demás, tanto en el restringido terreno de los políticos profesionales como en la esfera política en general, y una buena reputación resulta tanto un medio efectivo como, en algunos aspectos, una condición esencial para asegurarse y poder conservar ese apoyo. Una reputación ligada a la habilidad que defina como astuto y políticamente competente a un individuo es un valioso activo para un dirigente cuajado o para un aspirante a dirigente, pero también lo es —y cada vez más, si el análisis que he realizado en el capítulo 4 es correcto— una intachable reputación de hombre honesto y digno de confianza, de persona íntegra y de buen carácter. Los escándalos políticos pueden perjudicar la reputación de astucia y competencia política de un individuo mediante la revelación de una serie de errores de juicio y de cálculo o decisiones chapuceras —como ocurrió, por ejemplo, con el daño que sufrió la reputación de William Waldegrave tras el asunto de la compañía Matrix Churchill—. Con todo, lo que más riesgo corre en un escándalo político es la reputación ligada al carácter de un indivi-

18. «La persona célebre», señala Daniel Boorstin, «es aquella que es famosa por su fama»; Boorstin, Daniel, *The Image: A Guide to Pseudo-Events in America*, Nueva York, Vintage, 1992, pág. 57.

duo. Y ello porque lo que muchos escándalos políticos amenazan con exponer es una forma de deshonestidad, de hipocresía o de engaño que sólo puede perjudicar la reputación ligada al carácter de un dirigente en activo o de una persona que aspira a serlo, y por consiguiente, puede debilitar o socavar su capacidad para movilizar apoyos tanto en el restringido campo integrado por los políticos profesionales como en la esfera política más general. Los escándalos políticos son potenciales reductores de reputación en un ámbito en el que la reputación es una vital fuente de poder.

La reputación es un recurso que no sólo acumulan los individuos, sino que también puede ser atesorado por las instituciones. Una institución o una organización pueden adquirir reputación por su calidad y eficiencia, o por observar un comportamiento honesto e íntegro, exactamente igual que un individuo, y una buena reputación puede ser un activo valioso para una institución o una organización que deseen alcanzar sus objetivos. Muchas organizaciones trabajan muy duramente para labrar y consolidar una buena reputación en sus respectivos ámbitos, y también tratan de proteger activamente esa reputación contra diversos tipos de amenazas o ataques. De ahí que los reductores de reputación no sólo puedan producir perjuicios a los individuos, sino también a las instituciones y organizaciones de las que forman parte. En el ámbito público, los partidos políticos son particularmente vulnerables a los reductores de reputación, ya que están obligados a luchar por la obtención de apoyos electorales en un sistema altamente competitivo; sin embargo, los gobiernos y las administraciones también resultan vulnerables, y pueden observar que el daño producido a su reputación dificulta su capacidad para alcanzar los fines y los objetivos propuestos. A un partido o a un gobierno que se vea lastrado por una reputación asociada a la corrupción le puede resultar muy difícil quitársela de encima (como le sucedió al Partido Conservador británico en la década de los noventa), y no hay duda de que no será ningún activo electoral. En una atmósfera política caracterizada por una elevada sensibilidad al escándalo, es posible que los dirigentes de los partidos y los gobiernos actúen rápidamente para disociarse de aquellos miembros que claramente hayan cometido transgresiones capaces de hacer estallar un escándalo (o que corran el riesgo de provocarlo), no sólo por temor a ver dañada la reputación de los individuos implicados, sino también para evitar que el escándalo, por asociación, acabe dañando la reputación del partido o del gobierno. Y cuanto más vulnerables a los reductores de reputación parezcan los partidos o el gobierno a los ojos de sus respectivos dirigentes, tanto más probable será que se distancien rápidamente y sin ambigüedades de los colegas descarriados.

Pero los escándalos también pueden afectar de otras formas a las instituciones: pueden tener consecuencias a largo plazo para el carácter de las relaciones sociales y las instituciones, y presentar también una incidencia en las formas de confianza que las sostienen. La mayor parte de las relaciones e instituciones de las sociedades modernas se basan hasta cierto punto en diversas formas de confianza —esto es, en presupuestos relacionados con la competencia, la formalidad y las buenas intenciones de otras instancias o sistemas de acción—. La confianza es una forma de limitar la libertad de las instancias con las que uno se relaciona en aquellas situaciones en las que existe incertidumbre o riesgo, y sin embargo las propias acciones y decisiones dependen de las acciones de esas instancias.[19] Si uno compra un coche de segunda mano, asume un riesgo; pero si uno le compra el coche a un revendedor en el que confía, entonces es que está tratando de reducir el riesgo, ya que basa su decisión en el presupuesto de que el revendedor es un hombre competente, honesto y digno de confianza que no nos venderá una birria de coche. La confianza presupone la posibilidad de un chasco, y presupone el conocimiento de que es posible llevarse un chasco. Si uno supiera que el coche de segunda mano es efectivamente tan bueno como pretende el vendedor y no hubiera ninguna posibilidad de que ese saber fuera erróneo, entonces no necesitaríamos depositar nuestra confianza en el vendedor.

La mayoría de las formas de la interacción y la cooperación social dependen de un cierto nivel de confianza, pese a que los modos en que se genera y se incorpora la confianza a las relaciones sociales varíen de uno a otro contexto. En los contextos de interacción cara a cara, la confianza suele basarse en el conocimiento personal de los individuos particulares con los que uno interactúa en el transcurso de la vida cotidiana; la interacción cara a cara es una base apta para la comprobación práctica mediante la cual uno puede examinar la conducta de los demás a lo largo del tiempo y contrastar las palabras con los hechos. Esta confianza elemental es con frecuencia característica de los emplazamientos concretos y de las comunidades pequeñas; es además una confianza relativamente sólida, ya que se basa en un conocimiento personal que puede haber sido comprobado a lo largo de un dilatado periodo de tiempo. Sin embargo, cuando las organizaciones son más complejas, y en aquellos contextos en que las interacciones y las rela-

19. Véase Niklas Luhmann, «Familiarity, Confidence, Trust: Problems and Alternatives», en Gambetta, Diego (comp.), *Trust: Making and Breaking Cooperative Relations*, Oxford, Blackwell, 1988, págs. 94-107; y también Niklas Luhmann, *Trust and Power*, Chichester: Wiley, 1979.

ciones sociales abarcan distintos marcos situados en el espacio y el tiempo, la confianza tiende a basarse en factores que no son los del conocimiento personal de los individuos particulares. En estos casos, la reputación puede desempeñar un papel importante: aunque tal vez no conozcamos personalmente a los individuos concretos con los que nos relacionamos, puede que nos sintamos inclinados a confiar en ellos si poseen una reputación que los defina como personas dignas de confianza. No obstante, hay otros factores que también pueden desempeñar un papel en lo que hace a la génesis de formas más elaboradas de confianza social. Por ejemplo, la existencia de normas de reciprocidad, unida a la presencia de redes de interacción cooperadora que operen en el espacio y en el tiempo y que puedan exhibir una notable trayectoria histórica puede contribuir a generar la confianza social y a facilitar la cooperación.[20]

Al igual que la reputación, estas formas de confianza pueden considerarse como recursos que los individuos pueden utilizar y emplear cuando han de orientar y ampliar la red de sus interacciones y relaciones sociales con otras personas. Putnam, Coleman y otros han descrito la confianza como uno de los aspectos del «capital social», concepto con el que pretenden designar aquellas características de la organización social, como la confianza, las normas y las redes, que facilitan la coordinación de la acción.[21] No examinaré aquí el concepto de capital social. Sin embargo, la confianza, al igual que la reputación, posee algunas características diferenciales, y quisiera analizarlas brevemente. En primer lugar, la confianza, como la reputación, es un recurso que no se agota con el uso. Al contrario, cuanto más se utiliza, mayores son las existencias de confianza de que se dispone: tal como ocurre con el aprendizaje de una lengua extranjera, es un recurso que se amplía con el uso.[22] Además, el recurso no sólo se expande con el uso, sino que también tiende a decrecer si *no* se utiliza. Cuanto más se involucre uno en interacciones que impliquen una base de confianza con otras personas, tanto más probable será que crezcan las existencias de confianza disponibles; y, por otro lado, cuanto menos se involucre uno en interacciones que impliquen una base de confianza, tanto más probable será que se atrofien y decaigan las reservas de ese recurso. De ahí que la confianza suela ser acumu-

20. Véase Robert D. Putnam, *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton, Princeton University Press, 1993, sobre todo el capítulo 6.

21. *Ibid.*, págs. 167 y sigs.; James S. Coleman, *Foundations of Social Theory*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1990, capítulo 12.

22. Véase Hirschman, «Against Parsimony», pág. 93.

lativa y tienda a consolidarse a sí misma.[23] Cuanto más se involucra uno en interacciones que impliquen una base de confianza, tanto mayor será la cantidad de confianza disponible, y por consiguiente, tanto más probable será que se utilice el recurso para facilitar nuevas interacciones.

Una segunda característica de la confianza consiste en que, al igual que la reputación, es un recurso relativamente frágil que resulta vulnerable a los efectos de lo que llamaré «reductores de confianza». La confianza no sólo puede reducirse por falta de uso, sino también como consecuencia de las *quiebras de confianza* que puedan poner en cuestión los presupuestos que sostienen la conducta propia de la interacción de confianza. Hasta cierto punto, los presupuestos que sostienen la confianza son siempre conjeturas, en el sentido de que se basan tanto en la evidencia de datos que inspiren confianza como en la falta de evidencias en contrario. De ahí que la aparición de evidencias en contrario —ejemplificadas sobre todo por aquellas quiebras de confianza en las que un individuo descubre que los presupuestos en que se basaba su confianza han sido traicionados— pueda tener serias consecuencias a largo plazo para la conducta basada en interacciones de confianza. Además, si las existencias de confianza quedan completamente agotadas y se ven sustituidas por una profunda desconfianza, ésta última puede ser muy difícil de superar.[24] Tal como la confianza tiende a ser acumulativa y a consolidarse por sí misma, también la desconfianza profunda tiende a reforzarse por sí sola y puede mostrarse insensible a evidencias y experiencias que pudieran mostrar que ya no existe fundamento para mantenerla.

Una tercera característica de la confianza es que puede aumentar por efecto de varios mecanismos que reducen el margen de maniobra de los individuos que participan en las interacciones de confianza, y por consiguiente, puede proporcionar a esos individuos una cierta seguridad de que los presupuestos en que basan su confianza no se verán traicionados. Estos mecanismos permiten que los individuos *economicen confianza*, en el sentido de que proporcionan un marco en el cual los individuos pueden establecer relaciones de cooperación y reducir al mismo tiempo y hasta cierto punto su dependencia de los factores relacionados con la confianza. Los mecanismos que habitualmente se utilizan con este fin son los contratos, los documentos que sellan un acuerdo y otros procedimientos formales: son mecanismos

23. Véase Putnam, *Making Democracy Work* pág. 177.

24. Véase Diego Gambetta, «Cantidad We Trust Trust?», en Gambetta, *Trust*, págs. 213-237.

por los que los individuos se comprometen a seguir una determinada línea de conducta previamente establecida, y de este modo logran reducir por ambas partes la necesidad de tener que basarse únicamente en sus presupuestos. Estos mecanismos pueden utilizarse para sostener y consolidar las relaciones de confianza, y pueden pasar a formar parte de un círculo virtuoso de confianza, reciprocidad y cooperación. Sin embargo, también puede recurrirse a ellos como mecanismos de reparación, o incluso como alternativas a la confianza, siempre que se den unas circunstancias en las que haya falta de confianza o ésta se haya visto gravemente mermada.

La confianza es un elemento importante de las relaciones y las interacciones sociales en muchos campos de la vida social, desde las relaciones personales que se producen en las concretas ubicaciones de la vida cotidiana hasta las muchas formas de transacción y cooperación económica que se verifican en un mundo cada vez más globalizado. La confianza también desempeña un papel importante en la esfera política, tanto por lo que se refiere a su capacidad para facilitar las formas de interacción y cooperación que han de desarrollarse y conservarse entre los representantes políticos que actúan en el restringido campo de los políticos profesionales como en lo que hace al mantenimiento de las formas de participación y apoyo que caracterizan a la esfera política en general. Y ello porque los políticos profesionales, los dirigentes y los altos cargos han de poder contar con un cierto grado de cooperación por parte de los representantes que actúan dentro de sus mismos partidos, y, en determinadas circunstancias o en algunas ocasiones, también han de poder contar con la cooperación de representantes de instancias que son exteriores a sus partidos. Los dirigentes y los altos cargos han de poder desplegar una serie de mecanismos para economizar confianza con el fin de contribuir a que esa cooperación tenga más garantías de realizarse (y ese es el papel del miembro de cada partido que se encarga de hacer cumplir los acuerdos establecidos a los demás miembros); pero no es probable que puedan continuar garantizando mucho tiempo con éxito el tipo de cooperación necesaria para gobernar con eficacia a menos que puedan valerse de algún elemento de confianza en sus relaciones con aquellos cuya cooperación requieren. En un contexto de desconfianza profunda y generalizada, lo más probable es que fracasen las acciones políticas que necesitan una base de confianza.

Los dirigentes y los representantes políticos dependen también de que exista un cierto grado de participación y apoyo por parte de los ciudadanos corrientes que actúan en la esfera política general. En los regímenes liberal-democráticos, la relación entre los representantes políticos y los ciudadanos

corrientes es en principio una relación de confianza en la que, a través de los distintos procesos electorales, se concede a los representantes el poder y la discrecionalidad de actuar y legislar en nombre de las personas que les han elegido para el cargo.[25] En la práctica, por supuesto, la relación entre los gobernantes y los gobernados se ha visto frecuentemente contaminada por distintos grados de suspicacia y desconfianza, ya que los ciudadanos corrientes han solido tener tendencia a creer que muchos políticos profesionales sentirían la tentación de colocar sus propios intereses por encima de los intereses de las personas a las que se supone que representan. Un cierto grado de suspicacia y desconfianza no es necesariamente contraproducente en los regímenes liberal-democráticos: al contrario, puede contribuir a garantizar que las actividades de los representantes políticos sean sometidas a examen con regularidad y por consiguiente tengan mayor obligación de rendir cuentas ante el electorado.[26] Hay sin embargo circunstancias en las que una desconfianza generalizada y profunda puede tener consecuencias contraproducentes. Consideraremos tres de esas consecuencias.

En primer lugar, una desconfianza generalizada y profunda puede originar un desarrollo más intenso de los mecanismos pensados para economizar la confianza, y eso puede tener consecuencias contraproducentes. Considerada desde un punto de vista histórico, la introducción de mecanismos para economizar confianza ha sido un elemento esencial en el desarrollo de las instituciones democráticas modernas. Dada la escala y la complejidad de las sociedades modernas, las instituciones democráticas no podían basarse en el tipo de confianza elemental que caracteriza a las comunidades pequeñas y a la interacción local. El desarrollo de las instituciones democráticas modernas trajo consigo el establecimiento de procedimientos formales capaces de estipular las normas para regular el ejercicio del poder político y las vías para la expresión de críticas, cosa que, en principio, podría sostener y alimentar formas más elaboradas de confianza social. Sin embargo, cuando las condiciones son las de una desconfianza profunda y generalizada, puede suceder que los legisladores se sientan inclinados a permitir la introducción de un número incesantemente creciente de procedimientos formales con la esperanza de restaurar las exhaustas existencias de confianza. Algunos de

25. Véase John Dunn, «Trust and Political Agency», en Gambetta, *Trust*, págs. 73-93.

26. Véanse las siguientes obras: James D. Wright, *The Dissent of the Governed: Alienation and Democracy in America*, Nueva York, Academic Press, 1976; Vivien Hart, *Distrust and Democracy: Political Distrust in Britain and America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978.

esos procedimientos pueden servir efectivamente de ayuda, y pueden generar una mayor transparencia en el gobierno, obligándole a rendir cuentas ante la población. Sin embargo, existe el riesgo de que estos nuevos procedimientos sólo consigan generar un mayor atasco burocrático y una mayor ineficacia. También existe el riesgo de que esos procedimientos pongan en marcha una serie de transformaciones que puedan exacerbar en vez de aliviar los problemas que deberían haber resuelto y contribuir más aún, por consiguiente, a la consolidación de una cultura de profunda desconfianza.

Una segunda consecuencia contraproducente de la desconfianza profunda y generalizada consiste en que puede inducir a los individuos a valorar más el *carácter* de los dirigentes o de los aspirantes a dirigente que su *competencia* como actores políticos. La confianza puede implicar presupuestos concernientes tanto al carácter de otros —es decir, relacionados con su honestidad, su formalidad y sus buenas intenciones— como a su competencia técnica.[27] Confiar en el médico que nos atiende es confiar en su carácter, por supuesto, pero también, y sobre todo, confiar en su competencia técnica como experto que posee conocimientos y habilidades de especialista. La confianza en el ámbito político también puede implicar tanto presupuestos relativos al carácter como presupuestos vinculados a la competencia de los dirigentes o de los dirigentes en potencia. Sin embargo, en un contexto en el que se haya producido una desconfianza profunda y generalizada, en un contexto en el que uno de los factores que haya contribuido a la génesis de esa desconfianza sea el de los fallos de confianza exhibidos por uno o más dirigentes políticos, puede existir una fuerte tendencia, tanto en el ámbito de los medios como en el de las deliberaciones políticas de muchas personas corrientes, a fijarse fundamentalmente en los rasgos de carácter de los dirigentes o los dirigentes en potencia, con la esperanza de que algún individuo de más sólida fibra moral pueda colaborar en la recuperación de unas dañadas relaciones de confianza. Sin embargo, la preocupación por el carácter puede tener consecuencias contraproducentes. Y ello porque es probable que el intenso examen de los individuos y sus biografías pueda redundar en el descubrimiento de faltas que de otro modo habrían quedado ocultas, arrojando por consiguiente ciertas dudas sobre las credenciales de carácter de muchos dirigentes o dirigentes en potencia. Y lo

27. Véase Bernard Barber, *The Logic and Limits of Trust*, New Brunswick, N. J., Rutgers University Press, 1983, capítulo 2. Barber distingue dos sentidos principales para el término confianza: a) la expectativa de un rendimiento técnicamente competente, y b) la expectativa de una obligación y una responsabilidad fiduciarias.

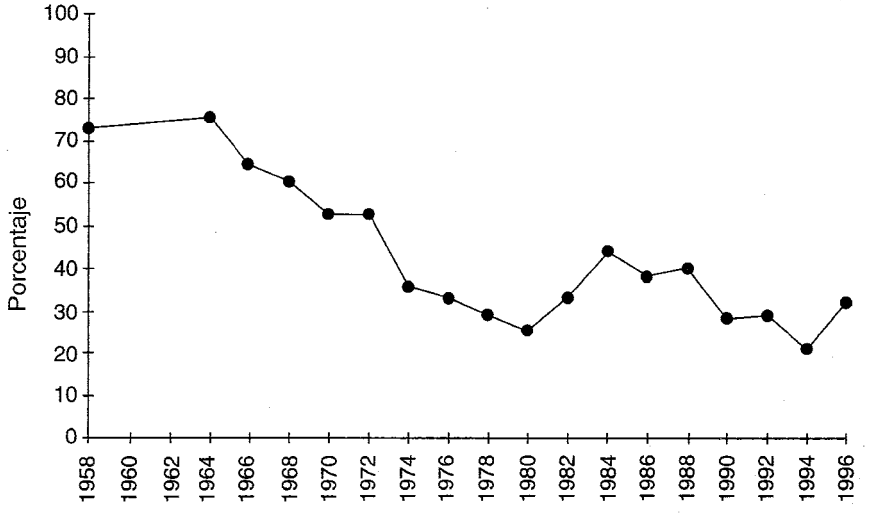
que es más importante, la preocupación por el carácter puede eclipsar las cuestiones relacionadas con la competencia. Puede que debamos enfrentarnos a la perspectiva de vernos gobernados por dirigentes y ministros cuyas credenciales de carácter acaso sean impecables pero cuya competencia como actores políticos, cuya comprensión intelectual de los complejos problemas a que deben enfrentarse las sociedades modernas puede quedar muy lejos de lo que razonable y legítimamente cabría esperar.

Una tercera consecuencia contraproducente se debe a que la desconfianza profunda tiende a reforzarse a sí misma y al hecho de que, una vez instalada, puede ser muy difícil de superar. Las reiteradas quiebras de confianza pueden generar una actitud de profunda desconfianza entre algunos sectores de la población; los individuos pueden sentir cierta inclinación a desconfiar no sólo de los dirigentes o de los dirigentes en potencia, sino de los políticos en general. Pueden llegar a opinar que no es posible confiar en el *gobierno*, con independencia de los individuos particulares que en cada caso ocupen los puestos de poder en un momento concreto, y pueden hacerlo basando su criterio en que las repetidas quiebras de confianza han hecho bascular el equilibrio de las probabilidades en favor de la opinión que sostiene que lo más fácil es que los individuos particulares que ostentan el poder o aspiran a él no sean de fiar. Esta actitud de profunda desconfianza, unida a la creencia de que los políticos y las instituciones políticas se hallan muy alejadas de las realidades prácticas de la vida del ciudadano corriente y que es poco probable que optar por uno u otro político o por una u otra institución implique la aparición de alguna diferencia positiva, puede llevar al ciudadano a renunciar a su participación en el proceso político, cosa que puede expresarse con una pérdida de interés en los asuntos políticos y mediante muestras de apatía ante las consultas electorales. Este tipo de profunda desconfianza, y las formas de no participación a que puede inducir, pueden ser muy difíciles de superar. Es poco probable que la introducción de nuevos mecanismos para economizar confianza consiga suavizar esta dificultad, ya que dichos mecanismos pueden sustituir y sostener las relaciones de confianza pero no es probable que tengan ninguna eficacia en aquellos contextos en que la confianza se halle completamente ausente.

Estas consideraciones sobre el papel de la confianza en la política proporcionan el telón de fondo que va a servirnos de contraste para explorar con mayor detalle las consecuencias del escándalo. Los escándalos políticos no son solamente reductores de reputación: son también potenciales reductores de confianza, y lo son en un ámbito en el que la acción política cooperadora y el gobierno democrático convincente dependen hasta cierto punto

del grado de confianza social de que se disponga. Los escándalos políticos pueden alimentar las sospechas y la desconfianza, de ahí que puedan suponer un impacto capaz de corroer las relaciones de confianza social que sostienen y facilitan las formas cooperativas de la acción política. Desde el principio de la década de los sesenta, tanto en los Estados Unidos, Gran Bretaña como en otros muchos países occidentales, se ha venido produciendo un marcado descenso de la confianza pública en el gobierno. En las encuestas realizadas en los Estados Unidos en 1964, aproximadamente las tres cuartas partes de los que respondieron dijeron que confiaban en que el gobierno federal solía hacer lo correcto en la mayoría de las ocasiones; en 1994, menos de una cuarta parte de los que respondieron se mostraron dispuestos a manifestar ese mismo grado de confianza.[28] Las razones de este declive de la confianza en el gobierno son sin duda variadas y complejas, pero parece

28. Véase Joseph S. Nye, Jr, Philip D. Zelikow y David C. King (comps.), *Why People Don't Trust Government*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1997. El declive de la confianza en el gobierno no ha sido el resultado de un proceso continuo; hubo modestas alzas en la confianza a principios de los años ochenta y mediados de los noventa. Sin embargo, la tendencia global a la baja se observa claramente en la siguiente gráfica (tomada de *Why People Don't Trust Government*, pág. 81). Se planteó a las personas encuestadas la siguiente pregunta: «¿Qué periodo cree usted que define mejor la confianza que tiene usted respecto a que el gobierno de Washington esté haciendo lo correcto —prácticamente siempre, la mayor parte del tiempo, o sólo una parte del tiempo—?». La gráfica refleja el porcentaje de quienes respondieron que confiaban en el gobierno «siempre» o «la mayor parte del tiempo».



probable que las revelaciones y las denuncias asociadas con los escándalos políticos hayan desempeñado un significativo papel. Recientes encuestas efectuadas en los Estados Unidos tienden a corroborar esta apreciación: la principal razón que aportaron los que respondieron en 1995 para justificar su falta de confianza en el gobierno era la falta de honestidad e integridad de los funcionarios públicos; la segunda razón, a poca distancia, afirmaba que los políticos actuaban más al servicio de sus propios intereses que al servicio de los intereses públicos.[29] Por consiguiente, existe un fundamento razonable para suponer que los escándalos políticos pueden tener un efecto cáustico en las relaciones de confianza.[30]

Por supuesto, la afirmación de que los escándalos políticos pueden tener un efecto cáustico en las relaciones de confianza no equivale a decir que siempre vayan a tener ese efecto; y tampoco significa que dicho efecto, cuando realmente se produce, haya de debilitar necesariamente las instituciones democráticas. Sin embargo, un escándalo político de gran envergadura, o una serie de escándalos menores que tenga no obstante un efecto acumulativo, son circunstancias que pueden contribuir a generar la cultura de profunda desconfianza que es capaz de producir el tipo de consecuencias contraproducentes que hemos mencionado más arriba. Los escándalos pueden intensificar el desarrollo de mecanismos diseñados para economizar

29. Véase Gary Orren, «Fall from Grace: The Public's Loss of Faith in Government», en Zelikov, Nye, y King, *Why People Don't Trust Government*, págs. 77-107; la encuesta mencionada en la nota anterior se analiza en la página 92. Según observa Orren, «La confianza en las instituciones, políticas o de otro género, muestra una estrecha correlación con la percepción pública de la ética y la moralidad de los dirigentes de esas instituciones. En ambas escalas, los funcionarios del gobierno obtienen puntuaciones bajas. En materia de ética y honestidad, los estadounidenses sitúan a sus representantes y senadores prácticamente en el nivel inferior de todas las profesiones: por encima de los vendedores de coches usados, pero por debajo de los abogados» (página 92).

30. Los dirigentes políticos reconocen la existencia de este potencial impacto de los escándalos políticos. En general, los políticos son perfectamente conscientes de que las relaciones de confianza pueden verse dañadas por revelaciones no deseadas. Ésta es una de las razones por las que los dirigentes políticos pueden sentirse inclinados a responder a los principales escándalos, o a una serie de escándalos relativamente menores pero relacionados entre sí, con la iniciación de una investigación oficial, como, por ejemplo, una investigación por parte del Congreso o una comisión real. Desde luego, la mayoría de las investigaciones de este tipo son intentos realizados con la intención de descubrir qué fue lo que realmente sucedió, y algunos pueden proponerse determinar si existen o no bases para abrir un proceso judicial. Sin embargo, las investigaciones oficiales son también mecanismos de reparación que suponen un intento de restaurar la credibilidad, un esfuerzo por reconstruir y fortalecer el tejido social que se ha visto desgarrado por una serie de revelaciones perjudiciales.

la confianza, y esto, en ciertos casos, puede contribuir más a exacerbar que a aliviar los problemas que se supone han de solventar dichos mecanismos y, por consiguiente, puede tener la incómoda consecuencia de ayudar a crear una cultura de profunda desconfianza. Tras el escándalo Watergate, la creación del cargo de fiscal especial (más tarde fiscal independiente) fue una forma de economizar la confianza, ya que proporcionó un conjunto de procedimientos formales deliberadamente imparciales y aplicables para investigar los casos de supuestas infracciones, y por consiguiente, dotó al sistema de un instrumento capaz, en principio, de mitigar la preocupación pública relacionada con los abusos del poder y los privilegios en el ejercicio de un alto cargo. Sin embargo, en la práctica, la existencia de estos procedimientos ha creado una maquinaria de investigación que ha tendido a incrementar el grado en que determinados aspectos anteriormente ocultos del gobierno, así como las actividades ocultas de los funcionarios del gobierno, se han vuelto visibles a los ojos de cualquier observador de la esfera pública, y por lo tanto, es probable que, a lo largo del tiempo, haya conseguido aumentar más la preocupación del público que lo contrario.

Los escándalos políticos también pueden contribuir a crear un clima en el que los dirigentes políticos o los dirigentes en potencia resulten valorados más en función de su carácter que en función de su competencia. Un clima en el que prosperen los escándalos políticos y crezca la desconfianza profunda puede hacer que el electorado preste su apoyo a dirigentes en potencia cuya pretensión de credibilidad provenga menos de su probada capacidad para gobernar con eficacia que de su pretensión de estar por encima de los escándalos y de los sórdidos pactos que han manchado la reputación de sus coetáneos. Una vez más, el periodo posterior al Watergate proporciona algunas evidencias que confirman esta hipótesis: la cuestión del carácter se convirtió en un asunto central en la carrera hacia la presidencia de 1976, y Jimmy Carter basó su estrategia de campaña en la promesa de traer un nuevo aire de honestidad e integridad moral a la Casa Blanca. La cuestión del carácter fue también puesta notablemente de relieve por los escándalos en que se vio envuelto Bill Clinton, pese a que se produjeran algunos signos de que, tras el asunto Lewinsky, muchas personas corrientes estuvieran dispuestas a conceder a Clinton el mérito que le correspondía por su competente trayectoria como presidente, a pesar de sus evidentes fallos de carácter. Los escándalos no necesariamente producen un clima político en el que las cuestiones de competencia se vean eclipsadas por las cuestiones de carácter, pero sí tienden a producir un clima en el que las cuestiones relacionadas con el carácter obtienen una relevancia aún mayor. Desde luego, na-

die debería quejarse por la honestidad y la integridad moral en la política: es mucho mejor ser gobernado por dirigentes virtuosos que por bribones. Sin embargo, sí que sería preocupante que la cuestión del carácter fuera elevada a un grado de significación tan alto que los asuntos relacionados con la competencia se eclipsaran o quedaran marginados. Es improbable que el gobierno de unos dirigentes virtuosos pero decididamente incompetentes fuera capaz de mejorar el bienestar colectivo.

Por último, al contribuir a una desconfianza generalizada y profunda, los escándalos políticos pueden generar formas debilitadas de gobierno. Dentro del restringido campo de los políticos profesionales, los escándalos políticos de mayor envergadura pueden contribuir a producir una especie de parálisis política, ya que los dirigentes y otros representantes se ven obligados a consagrar una gran parte de su tiempo y de su energía política a apuntalar una administración sitiada. Los escándalos de mayor envergadura, como el Watergate o el asunto Irán-Contra, pueden convertirse en un foco de atención tan preponderante que pueden desplazar a otros temas, tanto de los medios como de las agendas de los propios políticos. Las reiteradas denuncias de indecencia y corrupción, como las que afligieron a la administración de John Major a principios de los años noventa, pueden tener un efecto similar. Los dirigentes políticos pueden considerar que su capacidad para formular políticas y ponerlas en práctica, o, en términos más generales, que su habilidad para llevar a cabo el tipo de acción política de cooperación que exigen los procesos de gobierno, se ve comprometida por la pérdida de respeto y por la corrosión de la confianza. Los presidentes y los primeros ministros pueden convertirse en funcionarios insolventes.

Sin embargo, los escándalos políticos también pueden producir formas de gobierno débiles en otro sentido. Una democracia fuerte no es únicamente un régimen político en el que los funcionarios electos son capaces de actuar con eficacia: también es una forma de gobierno en la que la gran mayoría de los ciudadanos ordinarios juega un activo papel en el proceso de funcionamiento mediante el que se les gobierna. Esto no quiere decir que una democracia fuerte necesite que los ciudadanos se muestren activa y directamente implicados en todos los procesos de toma de decisiones que afectan a sus vidas: este modelo de democracia participativa directa resulta sin duda de escaso valor para entender la naturaleza y el potencial de las políticas democráticas de las complejas sociedades modernas. No obstante, una democracia fuerte sí que presupone que los ciudadanos ordinarios han de tener alguna participación en los procesos políticos de gobierno, que deban mostrar algún interés y conocimiento de los temas que afectan a sus vi-

das, y que manifiesten también una cierta capacidad y voluntad de participación en los procesos políticos, tanto si esa participación consiste en elegir a los representantes que deben legislar en nombre de los electores como si se centra en participar de modo más directo mediante otras formas de organización política.

Uno de los peligros de los escándalos políticos consiste en que pueden contribuir a generar una actitud de profunda desconfianza entre algunos sectores de la población, lo que llevaría a la generalización de unos decrecientes niveles de interés y participación. Un cierto grado de suspicacia y desconfianza puede revitalizar a una sociedad democrática, creando una cultura que se interese por la crítica y el debate y generando una constante presión en los gobernantes capaz de propiciar una mayor transparencia y una mayor obligación de tener que rendir cuentas. Pero una generalizada actitud de cinismo y profunda desconfianza puede tener el efecto opuesto, llevando a que algunos sectores de la población se desentiendan completamente del proceso político. Y una sociedad en la que importantes sectores de la población hayan renunciado de hecho a participar en el proceso político, dando la espalda a un sistema político que consideran irremediablemente manchado o corrupto, no es una sociedad que disfrute de una democracia fuerte y vital. Es más bien una sociedad que exhibe una forma depauperada de gobierno democrático, una sociedad en la que el interés y la participación de los ciudadanos ordinarios se han visto menguados por el cinismo y la desconfianza profunda. El hecho de si esa debilitada forma de gobierno democrático es o no una condición susceptible de ser aliviada o superada, de si es o no posible generar un renovado interés y reavivar la participación en unas circunstancias en que las existencias de confianza social se han visto tan completamente reducidas, es una cuestión cuya respuesta no está clara. Pero es difícil evitar la conclusión de que es poco probable que la cultura política del escándalo sea en modo alguno capaz de hacer más sencilla la tarea de crear una más sólida e incluyente forma de democracia.

CONCLUSIÓN

Es posible que uno sienta consternación, pero no debería experimentar sorpresa ante el hecho de que, en esta era moderna de gran visibilidad mediática, el escándalo se haya convertido en un rasgo generalizado de la vida social y política. El escándalo está profundamente arraigado en nuestras tradiciones históricas e íntimamente entrelazado con el desarrollo de las formas de la comunicación mediática, un desarrollo que ha cambiado la naturaleza del ámbito público y que ha transformado los límites existentes entre las esferas pública y privada. Hoy en día, aquellos que ocupan o aspiran a ocupar puestos destacados en la vida pública, incluidos los puestos de poder y de responsabilidad en la esfera política, se desenvuelven en un ambiente de carácter informativo que difiere mucho del que existía hace varios siglos —e incluso del que predominaba hace sólo unas cuantas décadas—. Gracias al desarrollo de las múltiples formas de la comunicación mediática y al auge de las numerosas organizaciones mediáticas que operan con relativa independencia respecto del poder estatal, las instancias políticas de hoy han de actuar en un entorno informativo más intenso, más extenso y menos controlable que el que existía en el pasado. Es *más intenso* en el sentido de que la gran cantidad de información que circula es mucho mayor que antes debido, en primer lugar, a que cada vez son más las organizaciones y las redes de comunicación y, en segundo lugar, a que éstas suministran un volumen creciente de material simbólico. Es *más extenso* en el sentido de que la diversidad de individuos que se ven atraídos por estas redes de comunicación y que son capaces de consumir la producción de las organizaciones mediáticas es mucho mayor que hace un siglo (e incluso mayor que hace unas pocas décadas), y también en el sentido de que la difusión geográfica de estos destinatarios es mucho más amplia: hoy en día, la información fluye muy rápidamente a través de redes que ya no son meramente de ámbito nacional sino que adquieren un alcance cada vez más global. Y por último, este entorno informativo es *menos controlable* en el sentido de que, dada la proliferación de las formas mediáticas de comunicación, es mucho más difícil que las instancias políticas puedan correr un velo de secreto para ocultar sus actividades,

y en el sentido de que les resulta también mucho más difícil predecir las consecuencias de las revelaciones fortuitas e incómodas. Tanto si les gusta como si no, los dirigentes políticos de nuestros días son más visibles ante más personas, se les examina hoy con mayor atención que en ningún otro momento del pasado, y se encuentran al mismo tiempo más expuestos al riesgo de que las acciones o las afirmaciones que antes realizaban o sostenían de forma encubierta o en privado aparezcan expuestas en la esfera pública.

La creciente presencia de los escándalos públicos como acontecimientos mediáticos se encuentra íntimamente relacionada con los cambios ocurridos en el entorno vinculado a la información sobre la acción política. El tipo de escándalo político con el que hoy en día estamos tan familiarizados —pues conocemos las características formas en que se revela y se denuncia así como las peculiares pautas que sigue su desarrollo— surgieron a finales del siglo XVIII y principios del XIX como parte de un más amplio conjunto de cambios que tuvo lugar en las industrias mediáticas y en la estructura de la esfera política. Pese a que el concepto de escándalo se remonta al mundo antiguo y a pesar de que las descripciones y las alegaciones consideradas escandalosas eran relativamente comunes en la cultura impresa de los primeros años de la Europa moderna, el auge de los escándalos políticos como acontecimientos mediáticos se debe a una evolución histórica más reciente. Se trata de una evolución que se forjó con las transformaciones sociales y económicas que sufrieron las organizaciones mediáticas de finales del siglo XVIII y principios del XIX, transformaciones que contribuyeron a hacer de la práctica periodística un campo de acción relativamente autónomo y provisto de sus propios códigos y convenciones, de su propio cuerpo de expertos y de su propia ética profesional. Fue una evolución que también se vio moldeada por el proceso de democratización que se desarrolló en el interior de la esfera política, un proceso que vino acompañado de una demanda de mayor transparencia y de una mayor obligación de rendir cuentas por parte de los funcionarios públicos, demanda que exigió que los individuos que deseaban convertirse en dirigentes políticos tuviesen que solicitar el apoyo de los electores en el marco de un sistema de partidos en competencia. El escándalo político como acontecimiento mediático surgió en un contexto social e histórico en el que el poder de intervención e influencia en el curso de los acontecimientos de las organizaciones mediáticas estaba creciendo de modo significativo, un contexto en el que la capacidad de los dirigentes políticos para adquirir y ejercer el poder dependía cada vez más de los recursos —incluyendo los de tipo simbólico, como la reputación y la confianza— que les permitirían movilizar sus apoyos.

A pesar de que el auge de los escándalos políticos haya recibido el influjo de las vastas transformaciones verificadas en las esferas cultural y política, los modos específicos en que han venido produciéndose y desarrollándose estos escándalos desde finales del siglo XVIII han variado considerablemente de un contexto nacional a otro. La aparición de un escándalo político es siempre un acontecimiento contextualizado: forma parte de un conjunto específico de circunstancias que implican a instancias particulares y a organizaciones insertas en una red de relaciones de poder, circunstancias que presuponen la existencia de ciertas normas y convenciones dotadas de una cierta capacidad moral vinculante y que utilizan ciertos códigos y prácticas periodísticas que poco a poco sedimentan hasta formar una especie de tradición. He distinguido tres tipos principales de escándalo político y he utilizado este marco analítico para reconstruir la evolución de los escándalos políticos en Gran Bretaña y en los Estados Unidos desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días. Sin embargo, también he tratado de demostrar que, a pesar del específico carácter histórico de los escándalos políticos y de las diferencias que existen entre un contexto nacional y otro, se han producido, desde los primeros años de la década de los sesenta, una serie de cambios que hoy en día contribuyen a dar en muchas sociedades un nuevo significado al escándalo político. Estos cambios incluyen el declive de la política ideológica, con sus lealtades de clase a los partidos políticos y su énfasis en la existencia de diferencias y conflictos ideológicos; el crecimiento de lo que he llamado la política de la confianza, con su acento en el carácter, la credibilidad y la fiabilidad de los dirigentes que ostentan un cargo o de los que aspiran a ocuparlo; los cambios en la cultura del periodismo; y la creciente presencia de los mecanismos legales en la vida política. Gracias a estos desarrollos (desarrollos a los que ellos mismos han contribuido), los escándalos han adquirido un nuevo significado como pruebas de credibilidad en un contexto marcado por el forcejeo entre unos partidos políticos que ya no pueden seguir contando con las tradicionales lealtades de clase y que ya no están divididos por fuertes diferencias ideológicas.

Dados estos cambios y dado que el desarrollo de las nuevas tecnologías sólo puede hacer que el entorno informativo en el que se verifica la acción política se transforme en un espacio más abierto y complejo, parece probable que el escándalo continúe siendo una destacada característica de la vida política. El escándalo político como acontecimiento mediático viene produciéndose desde hace dos siglos y, robustecido por los recientes desarrollos, es poco probable que desaparezca en un futuro próximo. Tendremos que aprender a vivir en un mundo en el que es probable que el poder de descu-

brir y revelar, al igual que el poder de convertir las actividades privadas en acontecimientos públicos, supere cualquier intento encaminado a limitarlo y controlarlo. Sin duda, los dirigentes y los partidos políticos dedicarán cada vez más recursos a la gestión de la visibilidad; asesorados por sus especialistas mediáticos y por supuestos expertos, tratarán de controlar la agenda política y de orientar los procesos que se utilizan para presentar las acciones, las políticas y a los propios dirigentes a la consideración de lejanos ciudadanos. Sin embargo, por mucho que puedan procurar encauzar su visibilidad en la arena mediática de la política moderna, no podrán controlarla por completo; incluso los supuestos expertos pueden pillarse los dedos, como descubrió Peter Mandelson a su pesar. Las relaciones entre los dirigentes políticos, los partidos y los gobiernos por un lado, y las numerosas organizaciones mediáticas y redes de comunicación por otro, son sencillamente demasiado complejas y están demasiado cargadas de objetivos y expectativas contradictorias como para asegurar que los deseos de los políticos y de sus asesores se comuniquen y se acepten adecuadamente y sin discusión por quienes trabajan en los medios. Además, con el desarrollo de nuevas tecnologías capaces de proceder a formas de detección y grabación cada vez más sofisticadas, y con la proliferación de nuevas redes para la comunicación y la puesta en circulación de flujos de información, redes que operan al margen de los canales mediáticos tradicionales pero que pueden inyectar material en ellos, la capacidad de los políticos y sus asesores para controlar la agenda y dirigir su propia presentación pública posiblemente se atenúe aún más. En la actualidad, hay sencillamente demasiadas fuentes de información disponibles, y demasiados individuos y organizaciones que tienen algún interés —económico, político o incluso personal— en la obtención y la revelación de materiales que quizá no coincidan felizmente con las imágenes que los políticos desearían presentar de sí mismos.

¿Es éste un estado de cosas necesario y políticamente pernicioso? ¿Podríamos decir que el escándalo político es hoy un fenómeno que ha de ser objeto de una inequívoca condena por parte de todo aquel que esté seriamente preocupado por el bienestar político de nuestras sociedades? A lo largo de este libro he tratado de evitar una condena general de este tipo y he intentado desarrollar una forma mas juiciosa de pensar sobre el escándalo político y sus consecuencias. Ahora, a modo de conclusión, me propongo abordar algunas cuestiones de tipo más normativo, cuestiones que deberían ayudarnos a decidir cómo hemos de valorar la contribución que han realizado, y probablemente seguirán realizando, los escándalos en relación con la calidad de nuestra vida pública.

No deberíamos asumir precipitadamente que los escándalos siempre habrán de producir un impacto funesto en la vida política, trivializando el debate público y distrayendo a la gente de los asuntos que realmente importan. Antes al contrario, en muchos casos los escándalos han puesto de relieve actividades ocultas que eran de dudosa honestidad, y han contribuido a estimular importantes debates sobre la conducta y la rendición de cuentas de quienes ejercen el poder. Los escándalos financieros que se desarrollan en la esfera política han llamado la atención sobre determinadas formas de corrupción y conflictos de interés que de otro modo habrían pasado inadvertidos, y las controversias públicas provocadas por estos escándalos han contribuido, en algunas ocasiones, a producir notables reformas (como sucedió con la reforma del servicio civil en los Estados Unidos a finales del siglo XIX, o, por citar un ejemplo más reciente, con las reformas que efectuó la Cámara de los Comunes tras el informe del Comité Nolan). Los escándalos de poder han llamado la atención sobre las formas de poder ocultas e invisibles que se esconden tras los procedimientos públicamente aprobados para el ejercicio del poder y tras las posiciones que sostienen en público aquellos que lo ejercen; en algunos casos, han puesto de relieve la existencia de serios abusos de poder y graves errores de juicio, y han servido para generar un mayor número de mecanismos para la exigencia de responsabilidades y para el control de las actividades de quienes ostentan el poder. Si tenemos en cuenta este tipo de consideraciones podremos comprender que en muchos casos nuestra preocupación crítica concentraría de modo más efectivo sus esfuerzos si se dirigiera a las actividades que los escándalos políticos revelan en vez de apuntar al fenómeno del escándalo político en sí. Por supuesto, enfatizar la contribución positiva de los escándalos políticos no equivale a sugerir que todos los escándalos tengan consecuencias políticas saludables —está claro que no es así—. Tampoco pretendo rebajar la importancia de la reflexión crítica que se centra en los escándalos políticos y en el impacto potencialmente destructivo que los escándalos pueden tener en la vida pública. Sin embargo, la valoración crítica de los escándalos políticos sería indebidamente unilateral si no prestase atención al importantísimo papel que han desempeñado, tanto en el plazo histórico como en tiempos recientes, como acicate para el debate público que versa sobre los modos en que se adquiere y se ejerce el poder político en nuestras sociedades, sobre los patrones de conducta en la vida pública, y sobre las formas en que se exigen cuentas en la esfera pública a quienes ejercen el poder.

Así pues, ¿por qué habría de preocuparnos el escándalo político? ¿Deberíamos ver una fuente de preocupación en la profusión de escándalos po-

líticos que se ha venido produciendo en las últimas décadas? Y en caso afirmativo, ¿qué podemos hacer al respecto? En mi opinión, hay un buen número de razones que deberían inducirnos a la preocupación —y aquí me voy a centrar en tres—. En primer lugar, y aunque está claro que los escándalos financieros y los escándalos de poder pueden suponer una valiosa contribución al debate público relacionado con el ejercicio del poder y con las responsabilidades que han de exigírsele, está menos claro que los escándalos sexuales supongan una contribución idéntica, y sin embargo, en algunos contextos nacionales y en algunos sectores de la prensa, los escándalos sexuales son una de las formas predominantes de escándalo político. Una vez más, no deberíamos descartar precipitadamente cualquier relevancia de los escándalos sexuales y pasar a considerarlos como una mera exasperación que devalúa la calidad de la vida pública al concentrar la atención de los ciudadanos sobre las indiscreciones personales de los dirigentes políticos: como hemos visto, los escándalos sexuales que se desarrollan en el terreno político implican con frecuencia cuestiones bastante más importantes que el sexo. Las actividades sexuales clandestinas o los amoríos pueden encontrarse en el origen de los escándalos sexuales de naturaleza política, pero con frecuencia existen también otros factores implicados, como conflictos de interés reales o potenciales (caso Profumo), hipocresía (el apuro de Parkinson), y transgresiones de segundo orden que a veces pueden llevar aparejadas ciertas infracciones legales reales o posibles (como sucedió en los escándalos protagonizados por Thorpe, Clinton y otros muchos). No obstante, es indudable que algunos escándalos sexuales dependen única o abrumadoramente de revelaciones o denuncias relacionadas con las vidas privadas de las personalidades públicas y que no tienen ninguna conexión demostrable con asuntos que susciten un interés o una preocupación pública de orden general. Y también ocurre que algunos sectores de la prensa y algunas de las instancias y organizaciones que operan en las esferas mediática y política han perfeccionado el arte de explotar las indiscreciones personales e intentado movilizar de forma sistemática el poder simbólico en contra de los dirigentes políticos cuyas vidas privadas no coinciden con determinadas normas convencionales y determinado tipo de expectativas. Para cualquiera que se preocupe por la calidad de nuestra vida pública, estos aspectos de los escándalos sexuales de naturaleza política han de ser necesariamente preocupantes.

Una segunda fuente de preocupación es la que deriva de lo que podríamos describir como el síndrome del escándalo —es decir, aquella peculiar combinación de factores que tiende a producir una constante escalada de

intranquilidad ante la aparición de escándalos—. Hay escándalos políticos aislados, pero lo más frecuente es que tiendan a producirse en oleadas, como si cada escándalo aumentara los envites políticos e incrementara el rédito simbólico y político que podría obtenerse de nuevas revelaciones —tanto para los oponentes políticos como para las organizaciones mediáticas y los profesionales que trabajan en ellos—. He tratado de reconstruir la lógica de esta especie de síndrome del escándalo en el periodo que va desde los años sesenta a nuestros días, síndrome al que sirven de ejemplo las culturas del escándalo político que se desarrollaron en Gran Bretaña y en los Estados Unidos en la época posterior a los asuntos Profumo y Watergate. Para aquellos que se preocupan por la calidad de la vida pública en la actualidad, la inquietud —una inquietud comprensible— estriba en el hecho de que esta especie de síndrome del escándalo pueda tender a convertirse en un proceso capaz de reproducirse y reforzarse a sí mismo, impulsado por las combativas pugnas de la competencia en los ámbitos mediático y político, dando lugar a un creciente número de escándalos que ocupen posiciones cada vez más centrales en las formas mediáticas del debate público y que marginen o desplacen a otros asuntos hasta producir, llegado el caso, un clima de crisis política capaz de debilitar o incluso paralizar a un gobierno. Sea lo que sea lo que uno piense sobre el significado de determinados escándalos particulares, parece claro que esta especie de síndrome del escándalo no mejora sustancialmente la calidad de nuestra vida pública.

Una tercera razón para preocuparse por los escándalos políticos tiene que ver con el posible impacto de los escándalos sobre las formas y las relaciones de confianza que son uno de los componentes vitales de la vida social y política. Tal como argumentaba en el capítulo anterior, el fluido curso de la interacción social depende hasta cierto punto de las relaciones de confianza que se van labrando con el paso del tiempo. La confianza es un tipo de recurso que se puede acumular lenta y gradualmente, y que puede facilitar la existencia de formas cooperativas de acción e interacción. Sin embargo, también es un recurso frágil que puede agotarse con mucha rapidez y que, una vez agotado, puede ser muy difícil de recuperar. Las relaciones sociales que se caracterizan por la existencia de una desconfianza profunda y generalizada tienden a ser conflictivas, poco aptas para las relaciones de cooperación, y de carácter no participativo: los individuos no se sienten inclinados a cooperar con personas en las que no confían. Y uno de los más graves peligros del escándalo político, como he tratado de mostrar, es que puede contribuir a una gradual corrosión de las formas y las relaciones de confianza sobre las que se asienta la acción política de cooperación. Es pro-

bable que una cultura del escándalo político que se caracterice por la existencia de ciclos recurrentes de intensidad creciente produzca una cultura de cinismo y desconfianza también crecientes. Y a pesar de que un cierto grado de cinismo y desconfianza no es algo que resulte necesariamente perjudicial en una sociedad democrática, la desconfianza profunda puede tener efectos perniciosos. Puede espolear las voces que exigen la introducción de un mayor número de mecanismos pensados para economizar confianza con el fin de compensar la pérdida de la confianza social y esto puede conducir a que algunos individuos se desentiendan cada vez más de cualquier tipo de participación en la esfera política.

Por consiguiente, existen razones —buenas razones, en mi opinión— para sentirse preocupado por los escándalos políticos y por las consecuencias que puedan tener en la calidad de nuestra vida pública. ¿Podemos actuar de algún modo para contrarrestar los aspectos más inquietantes del escándalo político y para minimizar sus consecuencias negativas? ¿Hay algo que pueda y deba hacerse? Si aceptamos los principios básicos de una sociedad democrática —incluido el principio de un sistema político representativo en el que los candidatos y sus partidos compitan periódicamente por el poder, y el principio de unos medios de comunicación libres y plurales que sean formalmente independientes del Estado—, entonces tendremos que aceptar que existen límites a lo que se puede y se debe hacer a este respecto. La posibilidad de que estalle un escándalo político es inherente a los principios organizativos de una sociedad democrática, y por mucho que podamos desear mostrarnos críticos ante determinados escándalos concretos o ante determinadas formas de escándalo, no sería sensato tratar de suprimir o de limitar sustancialmente la aparición de los escándalos políticos como tales. El coste político de tratar de alterar las condiciones básicas que dan lugar a los escándalos superaría con creces los beneficios obtenidos. Pero hay cosas de menor envergadura que sí podrían hacerse. En algunos casos se trata de acciones que podrían encontrar respaldo en una nueva legislación, o que podrían ponerse en práctica modificando la legislación vigente, pero en otros casos, casi con toda certeza, es mejor pensar en términos de convenciones informales y de códigos prácticos, a pesar de que estas cosas sean con frecuencia expedientes más bien vagos y de difícil cumplimiento. Me centraré en cinco áreas en las que se podrían realizar algunas modestas intervenciones y alteraciones.

En el plano más general, la mejor forma de responder a los escándalos políticos es generar más transparencia y exigir más responsabilidades al Gobierno. Todas las burocracias, como ha señalado Max Weber, tienden a in-

crementar el poder de los burócratas y a proteger sus cargos manteniendo en secreto sus conocimientos e intenciones.[1] El secreto tiene ventajas claras para los funcionarios administrativos: les permite trabajar en favor de sus objetivos sin tener que explicar ni justificar sus acciones, les permite corregir errores sin tener que dar explicaciones detalladas y posiblemente incómodas, y les protege de las críticas hostiles. Sin embargo, el secreto también crea un velo que oculta el abuso de poder, como hemos visto, y tiende a fomentar un clima de suspicacia y traición. Algunos funcionarios podrían filtrar información desde el interior de la propia estructura burocrática, mientras que otros, desde fuera, podrían fisgonear y tantear ciertas posibilidades, convencidos de que existen secretos importantes que han de salir a la luz. De ahí que el secreto tienda a alimentar la aparición de escándalos, lo que a su vez tiende a aumentar el efecto de la suspicacia: en una cultura marcada por el escándalo, la imposibilidad de someter a examen las cuestiones que éstos revelan engendra desconfianza. Una de las formas de contrarrestar este proceso consiste en trabajar por una mayor transparencia y en aumentar la exigencia de responsabilidades en las burocracias y los sistemas administrativos, incluidos los del gobierno. Un mayor grado de transparencia deja menos margen a la suspicacia: los elementos externos tienen menos motivos para preocuparse cuando observan que no hay nada que ocultar. Esto también reduce el riesgo de que se produzcan filtraciones y revelaciones no deseadas —un riesgo que, con toda probabilidad, dados los cambios que continuamente se registran en el entorno informativo de la acción política, no puede sino aumentar, a menos que los sistemas administrativos logren adaptarse—. Además, se podría argumentar que un mayor grado de transparencia y de exigencia de responsabilidades en nuestros sistemas de gobierno es una característica intrínsecamente deseable del orden democrático y un medio esencial para combatir los abusos de poder.[2] Desde luego, siempre habrá áreas del gobierno en las que un cierto grado de secreto y de

1. Max Weber, «Bureaucracy», en Gerth, H. H. y Wright Mills, C. (comps.), *From Max Weber: Essays in Sociology*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1948, sobre todo las págs. 233-235.

2. Para una temprana y elocuente versión de este argumento, véase Jeremy Bentham, «Of Publicity», capítulo 2 de su *Essay on Political Tactics*, en *The Works of Jeremy Bentham*, vol. 2, John Bowring (comp.), Edimburgo, William Tait, 1843, págs. 310-317. «Cuanto mayor sea el número de las tentaciones a las que se vea expuesto el ejercicio del poder político», escribe Bentham, «tanto más necesario será dar a aquellos que lo ejercen las más poderosas razones para resistirse a ellas. Con todo, no existe ninguna razón más constante y más universal que la supervisión del público» (pág. 310).

confidencialidad resulte esencial y justificable —en relación, por ejemplo, con determinados asuntos de defensa, o con ciertas fases del proceso por el que se conciben las políticas—.[3] Con todo, no sería inverosímil sostener que una característica importante y deseable de las sociedades democráticas es la de que existan relativamente pocas áreas en las que se permita que prevalezcan los asuntos secretos o las acciones de carácter confidencial, la de que esas áreas deban estar claramente definidas y ser objeto de un acuerdo previo, y la de que sea necesario garantizar la existencia de mecanismos eficaces y transparentes para controlar las actividades que tienen lugar dentro de estos ámbitos.

Un segundo modo de responder constructivamente a la existencia de escándalos políticos es establecer pautas de conducta claras para los funcionarios públicos. Esto es particularmente importante por lo que se refiere a los asuntos financieros. En muchos contextos políticos, las normas que rigen las actividades financieras y los intereses económicos privados de los políticos han venido siendo tradicionalmente muy distendidas e imprecisas. Por lo general, se asumía que muchos políticos eran individuos con recursos independientes, y también se solía aceptar que muchos de ellos tenían íntimos vínculos con (y en algunos casos intereses financieros en) negocios privados y otras organizaciones extraparlamentarias. Los conflictos de interés reales o potenciales que se creaban con estos vínculos han constituido una abundante fuente de escándalos políticos desde finales del siglo XIX, pese a lo cual, sólo en época muy reciente se han aprobado en algunos contextos unas pautas claras y explícitas para regular las actividades económicas de los políticos y se les ha solicitado con firmeza (cuando no exigido) que declaren sus intereses económicos privados en un registro público. Algunos de los primeros intentos encaminados a desarrollar códigos de conducta para los funcionarios públicos con el fin de minimizar los conflictos de interés fueron más bien parciales y poco entusiastas, y en muchos casos se limitaban a simples sistemas voluntarios de autorregulación dotados de pocos mecanismos para garantizar su observancia. Algunas innovaciones más recientes —como los códigos y las prácticas adoptadas por la Cámara de los Comunes tras el informe del Comité Nolan— representan un claro paso adelante. La adopción de códigos de conducta explícitos y la existencia de registros públicos en los que se exige que los políticos hagan constar sus intereses privados contribuye a reducir la esfera de imprecisión y ambigüedad en aque-

3. Véase Sissela Bok, *Secrets: On the Ethics of Concealment and Revelation*, Nueva York, Random House, 1983.

llos casos en que los intereses privados se superponen a las obligaciones y las responsabilidades públicas. Estos mecanismos proporcionan a los políticos unas pautas claras o unos elementos de referencia mediante los cuales puedan tomar decisiones sobre sus propios compromisos y actividades, y hacen que los vínculos privados de los políticos sean una cuestión de la que quede constancia pública. Por supuesto, esos códigos y registros no eliminarán todas las ambigüedades, y su adopción no evitará que algunos individuos se comporten de manera reprensible. Pero es probable que incluso una modesta reducción de la ambigüedad consiga eliminar algunas de las fuentes que nutren los conflictos de interés reales o potenciales que pueden conducir al estallido de los escándalos políticos, y también es posible que logre reducir algunas de las dudas que impulsan su crecimiento.

La tercera medida tiene que ver con los mecanismos destinados a la investigación de los presuntos casos de infracción. Con el fin de proteger a un sistema político de los abusos de poder y de otros malos usos de la función pública, y con el fin de restaurar la confianza pública tras un proceso de revelaciones y denuncias perjudiciales, es esencial garantizar la existencia de mecanismos enérgicos y eficaces para investigar las denuncias y para llevar a cabo las pertinentes recomendaciones. Ésta era, por supuesto, una de las principales motivaciones que se encontraban detrás de uno de los elementos más importantes de la legislación promulgada en los Estados Unidos tras al asunto Watergate: la Ley para el comportamiento ético en el gobierno de 1978, que, además de endurecer las normas sobre los conflictos de interés y las revelaciones públicas, creó un nuevo y poderoso cargo para investigar los casos de presuntas infracciones, el cargo de fiscal especial (o de fiscal independiente). No obstante, la reciente política estadounidense deja claro que este sistema también tiene sus peligros: a pesar de la intención de garantizar que el fiscal especial sea imparcial e independiente, es fácil que este tipo de investigaciones pase a formar parte de los conflictos e intereses que enfrentan a los partidos políticos; y un fiscal decidido, dotado de amplios recursos, y con un plazo de intervención relativamente abierto, podría observar que la investigación se convierte en una investigación de gran alcance que extiende su examen a zonas situadas muy lejos del foco de interés original (aquel «reflector sin rumbo» que temía Bernard Nussbaum). Aunque es esencial poseer un sistema de investigación enérgico y eficaz, también es importante asegurarse de que este sistema esté aislado, en la medida de lo posible, de los intereses partidistas. En la mayoría de los casos, si no en todos, también sería prudente garantizar que cualquier investigación concreta tenga un plazo claro y un tema bien definido.

Las medidas cuarta y quinta guardan relación con los medios de comunicación. Y es que está claro que, a pesar de que los periodistas y las organizaciones mediáticas hayan desempeñado un importante papel en cuanto a llamar la atención sobre las actividades cuestionables y corruptas que a veces realizan los políticos y otros funcionarios públicos, también tienen buena parte de la responsabilidad en cuanto a la existencia de algunos excesos. En muchas ocasiones se han mostrado demasiado ávidos y han publicado informaciones y denuncias sobre las vidas privadas de las personalidades públicas pese a que dicho material no tuviera una perceptible conexión con los asuntos que constituyen el legítimo interés público. Se puede defender enérgicamente la existencia de alguna forma de protección de la intimidad de la vida personal de los individuos contra la intrusión no deseada de los medios de comunicación. La libertad de prensa es un principio fundamental que debe salvaguardarse en una sociedad democrática, pero no es un principio que conceda a los medios de comunicación un derecho ilimitado a publicar cualquier información o denuncia sobre la vida privada de un individuo. En el caso de los dirigentes políticos y de otros funcionarios públicos, no es fácil trazar una clara línea divisoria entre aquellos aspectos de la vida privada que los medios pueden investigar y publicar legítimamente, y aquellos otros elementos que sería adecuado que permanecieran fuera de su alcance. Por otro lado, también está claro que los periodistas no siempre han de tomar al pie de la letra (y no debería obligárseles a que lo hicieran) las pretensiones de privacidad de un político, pues la vida privada también se puede utilizar como una máscara con la que encubrir la existencia de abusos, prácticas corruptas o conflictos de interés cuyo alcance pudiera ser genuinamente público. No obstante, por muy difícil que sea trazar la divisoria entre los aspectos de la vida privada que integran el legítimo interés público y los que no forman parte de él, es una línea que quienes trabajan en los medios deben esforzarse en trazar. Forma parte de la responsabilidad que incumbe por derecho propio a las organizaciones mediáticas y a sus profesionales, ya que ellos son los gestores del poder simbólico en la esfera pública. Sin embargo, si se inhiben y no ejercen esta responsabilidad por su propia voluntad, bien pudiera suceder que la tarea de trazar esa línea se fuera convirtiendo cada vez más en un asunto legal.

Aunque es posible esperar legítimamente y, en caso necesario, es igualmente admisible exigir a las organizaciones mediáticas la observancia de un cierto grado de discreción en la investigación y en la publicación de detalles y denuncias sobre las vidas privadas de los individuos, también debemos reconocer que, en esta época en que proliferan las redes de comunicación y

los flujos de información, será cada vez más difícil controlar la circulación de la información y las denuncias sobre las vidas privadas de las personalidades públicas destacadas. Incluso en el caso de que los principales canales mediáticos observaran un mayor grado de discreción sobre determinados aspectos de la vida privada, sería extremadamente difícil —por no decir imposible— impedir que se publicaran o se debatieran esos asuntos en la gran cantidad de foros semipúblicos que existen en internet y en otros lugares. Además, como ya hemos visto, en los últimos años, y sobre todo en los Estados Unidos, han surgido numerosas organizaciones semipolíticas con acceso a los medios de comunicación que se muestran decididas a tratar de configurar la agenda del debate público. En este entorno informativo en rápido cambio, las más tradicionales organizaciones mediáticas y las más tradicionales organizaciones de los principales canales de comunicación tienen una responsabilidad aún mayor —y ésta es la quinta medida que propongo— en cuanto a mostrar la precaución y la sensatez profesional necesarias para decidir qué información y qué denuncias han de publicarse. Para que la circulación circular de la información que caracteriza a los medios de comunicación no se convierta en la circulación circular de las habladurías, las insinuaciones, la desinformación y la especulación infundada, las organizaciones mediáticas y sus profesionales deberán ser particularmente cuidadosos en la comprobación de la exactitud de la información y la fiabilidad de las fuentes. Bien pudiera suceder que la lógica de la esfera mediática —con su aguda competencia, su búsqueda incansable de nuevas historias y su tendencia a producir un efecto de arrastre— contribuyera muy poco a mantener altos los niveles de exactitud y fiabilidad en los medios de comunicación. Sin embargo, en tales circunstancias, lo más importante para quienes trabajan en los medios estriba en tener una clara conciencia de las responsabilidades que conlleva el hecho de tener capacidad de configurar el debate público.

Y en este nuevo entorno informativo, los dirigentes políticos deberían ser conscientes de que sus acciones y sus afirmaciones, tanto pasadas como presentes, se someterán más que nunca a examen. Pese a que los dirigentes políticos tienen derecho a un determinado grado de privacidad personal, como cualquier otro individuo, han de ser conscientes de que, dada la elasticidad de los límites entre la privacidad personal y el legítimo interés público, los cambios a que está sometida la cultura del periodismo, y el creciente énfasis que adquieren en la política contemporánea las cuestiones relacionadas con el carácter y la confianza, es probable que sus acciones y sus afirmaciones aparezcan rutinariamente cuestionadas en los medios de

comunicación con un grado de intensidad y de voluntad crítica que pocas veces se conoció, si es que se conoció, en el pasado. Hoy en día, los errores de juicio relevantes que se produzcan en las vidas privadas de los políticos corren un gran riesgo de llegar a provocar la exigencia de graves responsabilidades políticas, y también es más probable que los desmentidos que se realicen para negar las denuncias que surjan topen con una actitud escéptica y con una tenaz determinación de llegar hasta el fondo del asunto. En estas circunstancias, sin embargo, los dirigentes políticos podrían percatarse de que por mucho que deseen proteger su intimidad, la discreción en la conducta de sus vidas privadas y la honestidad frente a las denuncias son sus mejores aliados. Y ello porque tal vez perciban que, cuando se trata de asuntos de sexualidad y de conducta personal, mucha gente se muestra hoy en día menos crítica y mucho más comprensiva (cuando no indiferente) que algunos de los autoproclamados moralistas que expresan sus opiniones en los medios de comunicación, dándose la circunstancia de que los dirigentes políticos no consiguen sino perjudicarse aún más a sí mismos cuando desmienten en público unas denuncias que posteriormente habrán de revelarse verdaderas. En esta moderna época de visibilidad mediática, aquellos que ocupan un puesto de poder o aspiran a él deberán someterse a un grado de pública inspección que excede en gran medida al que la mayoría de sus predecesores tuvieron que soportar, y no deberíamos subestimar la angustia personal ni el perjuicio político que esto puede causar. Sin embargo, si esta circunstancia contribuye a generar más transparencia y a exigir mayores responsabilidades al gobierno, si impulsa la existencia de un debate más eficaz sobre las pautas de conducta que deberían observarse tanto en la vida pública como en los medios de comunicación, y si anima a nuestros dirigentes políticos a manejar con mayor circunspección y humildad la confianza de la que están investidos como titulares de la función pública, entonces los beneficios no serán insignificantes.

ÍNDICE ANALÍTICO Y DE NOMBRES

Abraham, Trevor, 318
Abscam, asunto, 253-258
Absolución colectiva, 325
Acontecimientos mediáticos, 110, 110 n.
Acoso sexual, 46, 202, 206, 203 n., 206 n.
Actos de habla, 40, 41-42, 99
Adams, Sherman, 251
Admisión de la propia culpabilidad, 44, 194-199, 200
Agentes provocadores, 305
Aitken, Jonathan, 234-237, 239-241, 253 n., 236 n.
Al Fayed, Mohamed, 232-234, 240, 196 n., 234 n.
Al Shiraa, 292
Alberto Víctor, príncipe, 84
Aldrich, Nelson, 246
Alexander, Jeffrey, 326-329, 329 n.
Altman, Roger, 266
Allen, Peter, 318
Allen, Richard, 259
Amarillismo, 329-331, 333
Ames, Oakes, 245
Amiguismo, 238
Amoroso, Tony, 256
Ancram, Michael, 234 n.
Arcana imperii, 273, 273 n.
Archer, Jeffrey, 194-196 n.
Ashcroft, Michael, 195 n.
Ashdown, Paddy, 44, 197-198
Asociación de compañías azucareras (en los Estados Unidos), 246
Asquith, Herbert, 227
Associated Press, 156
Astor, Lord, 183
Asunto Chappaquiddick, 204, 204-205 n.
Asunto de la Compañía Matrix Churchill, 317-320, 344-345, 319 n.
Asunto de la logia P-2, 275-276, 275 n.
Asunto de los papeles del Pentágono, 276-278, 278 n.
Asunto Irán-Contra,
— Ley para el comportamiento ético en el gobierno, 161
— Reagan, 259, 292-299, 294 n.
— y escándalos de poder, 276
— y la venta de armas a Irán, 296
— y moralidad, 44
— y organizaciones clandestinas, 300-301
— *véase también*: Oliver North
Asunto Poulson, 162, 230-231, 325
Asunto Vassall, 188, 188 n.
Asunto Whitewater, 212, 219, 259, 260-270
Asuntos extramatrimoniales, 126, 152, 160
Austin, J. L., 40
Autonomía irlandesa, 17, 20, 34
Autorreferencia, 110-111, 121
Ayas, Said, 235, 237 n.

Bacon, Francis, 223
Baker, Howard, 280
Barber, Bernard, 351 n.
Battistella, Anabella, 204 n.
Belcher, John, 230

Belknap, asunto, 246
Beneficios económicos, 113-114, 136
Bentham, Jeremy, 367 n.
Bernstein, Carl, 157, 279, 119 n.
Bessell, Peter, 192
Bettaney, Michael, 312
«Billygate», 160
Blair, Tony, 238, 154 n.
Blunt, sir Anthony, 311-312, 314
Bork, Robert, 281
Boston Globe, 156
Bourdieu, Pierre, 138, 141, 117 n.
Boyle, Andrew, 311-312
Britton, Nan, 201
Brock, David, 209
Brook, sir Norman, 183
Brown, Divine, 126, 344
Brown, Gerry, 122 n.
Brown, Ronald, 259
Buckley, Samuel, 74
Buffalo Evening Telegraph, 200
Burgess, Guy, 308-310, 312, 313
Bush, George, 259, 206 n.
Bute, Lord, 75, 76
Butterfield, Alexander, 280

Calcutt, sir David, 178
Calumnia, 30, 31
Callender, James Thomson, 199-200
Campbell, Judy, 202
Capacidad moral vinculante,
— escándalo político, 361
— leyes/convenciones, 52-53
— normas/valores, 34, 35 168, 173
— y sexualidad, 173
— y transgresión, 31, 33-334, 135-136
Capital cultural, 141
Capital simbólico, 141, 146-148, 360
Capital social, 347
Carácter
— política de la confianza, 218, 355, 361
— reputación, 339-341, 344-345, 351
Cargo presidencial, 127, 272, 289-290
Carlos I, 71-72, 74
Carlos, príncipe, 44, 102, 103
Carnaval, 334-339
«Carnaza», 115, 115 n.
Cartas a los periódicos, 116
Cartas, 59-60, 61, 101
Carter, Jimmy, 160-161, 258, 355
Casa Blanca, 38, 282, 283, 300
Caso del *Rainbow Warrior*, 316, 316 n.
Caudle, Theron Lamar, 248
Cazabombarderos Hawk, 321
Celebridad 343-345, 344 n.
— *véase también*: publicidad
Censo de Intereses de los Miembros del Parlamento británico, 231-232, 237-238, 239-240, 325, 369
Censura, 68, 71
Centro Periodístico del Oeste (Western Journalism Center), 263
Certificados de inmunidad en función del interés público, 318-320
CIA, 302, 315, 315-316 n.
Círculo de Tweed, 243-245
Cisneros, Henry, 259
Ciudadanos Unidos, 264, 268, 264 n.
Ciudadanos, 142, 273, 349-350
Clark, Alan, 318, 319, 319-320 n.
Clarke, Kenneth, 319
Cleveland, Grover, 200
Clientelismo, 221-222, 275-276
Clifford, Max, 194-195 n.
Clinton, Bill, 11
— acoso sexual, 202-203, 206-207
— carácter/competencia, 217-218, 355
— como Gobernador de Arkansas, 209
— desmentidos, 217-218
— fiscal independiente, 161, 212, 265, 269
— investigaciones, 161
— recusación de, 109-110, 215-217
— revelaciones, 217-218

— y el asunto Lewinsky, 46, 102, 103, 104, 126, 210-218, 213 n., 216 n.
— y el asunto Whitewater, 212, 219, 259, 260-270
— y Gennifer Flowers, 44, 207-208, 209, 261-262, 267
— y la entrevista Kroft, 208-209
— y Paula Jones, 46, 210-211, 213, 215, 266, 213 n.
Clinton, Hillary, 208-209, 214, 217, 260
CNN, 163
Códigos de conducta,
— para funcionarios públicos, 367-369
— para periodistas, 157
Códigos de honor, 313-314, 326-327
Coghlan, Monica, 194-195 n.
Coleman, James, 347
Colfax, Schuyler, 246
Colson, Charles, 278, 291, 278 n.
Columnas periodísticas de chismes, 48-49, 237
Columnistas de chismes en Internet, 212
Comentarios políticos, 74, 75
Comercio de armas
— Indonesia, 321
— Irak, 317-322, 320 n.
— Pakistán, 321
— poder político, 237
— responsabilidad ministerial, 321
— Zimbabue, 321
— *véase también*: asunto Irán-Contra,
Comisión de investigación, 110, 161-163
Comisión de los Fondos y Divisas del Estado (en los Estados Unidos), 259
Comisión de quejas ante la prensa, 180-181, 235 n.
Comisión del Presupuesto de la Cámara (en los Estados Unidos), 248, 204 n.
Comisión Rockefeller, 316 n.
Comité Nacional Democrático, 38, 276-279
Comité Nolan, 111, 236-238, 325, 363-364, 368-369
Comités de acción política, 252
Compañía de ahorros y préstamos, 256, 258, 260-261, 263-264, 256 n.
Compañía de telegrafía sin hilos Marconi, 225-230
Compañía Mammoth Oil, 247
Compañía mexicana Eagle Oil, 227
Compañía Panamericana de Petróleos y Transportes, 247
Competencia,
— en los medios, 121-122
— periodística, 331-332
Comunicación
— e interacción cara a cara, 99
— electrónica, 59
— mediata y mediática, 47-48, 94-95, 99, 112-114, 115-117, 124, 147-149, 359-361
— privada, 154
— revelaciones en los medios de, 88-89
— tecnologías de la, 154-158
— *véase también*: interacción
Concepto de esfera, 138-140, 343-345
— *véase también*: esfera política
Confesión, 44, 194-199, 200
Confianza
— Barber, 351 n.
— como recurso, 364-366
— e instituciones, 345, 350
— economizar la, 349, 350
— elemental/elaborada, 360
— quiebras de, 347-349
— y capital social, 24, 347
— y escándalo, 24, 338
— y la esfera política, 349-350, 351
— y la política, 142, 157-159
— y las tareas públicas, 372
— y los políticos, 126, 354 n.
— *véase también*: política de la confianza, 346-348
Confidencialidad, 47
Conflicto de intereses

— asunto Profumo, 176-178
— corrupción, 249-253
— de orden económico, 220, 368
— Whitewater, 265
— y escándalos sexuales, 176-178, 196, 363-365
Consejo de seguridad nacional, 296, 301
Contraalegaciones, 45, 109-110
Contraespionaje, 307-316
Contratistas militares, 224, 317-321
Contratos Sanborn, 245-246
Convenciones relacionadas con el honor, 313-316, 326-327
Cook, Robin, 321
Coolidge, Calvin, 247
Copresencia, visibilidad de, 62-63
Corantos, 71
Cordle, John, 231
«Coreagate», 254
Cornelius, Catherine, 262-263 n.
Corporación para la Reconstrucción de las Finanzas, 248-249
Corporación para las declaraciones de quiebra (RTC) 263-264, 266, 263 n.
Corrupción, 51 n.
— combatida por la prensa, 88
— electoral, 220
— en los Estados Unidos, 241
— escándalos por, 50-53, 152
— en Gran Bretaña, 222-224
— en Italia, 221-223
— e instancias gubernamentales, 248-252
— soborno, 50-53
— y censura moral, 53
— y conflicto de intereses, 249-253
— y las maquinarias municipales de los partidos, 245-248
— y política, 81-82
— y poder, 137-138
Corrupción en el Partido Conservador, 196, 233-237, 345, 356, 195 n.
Cosmopolitan, 88
Cowley, Christopher, 320 n.
Cox, Archibald, 281, 281 n.
Cranfield, Lionel, 223
Credibilidad, 27, 147, 158-160
CREEP, 278, 279, 290, 300
Crónicas, 72
CRP (Comité para la Reelección del Presidente Nixon, o «CREEP»), 278, 279, 290, 300
Cuasiinteracción, 60-61, 97-98
— organizaciones semipolíticas, 371
Cuentos edificantes, 111
Cultura, 28, 34, 57-59, 335-339
Cumplimiento de la ley, 112
Currie, Betty, 213
Chamberlain, Arthur, 223-226
Chamberlain, Austen, 303
Chamberlain, Joseph, 223-226
Chamberlain, Neville, 225
Chicago Tribune, 156, 289, 289 n.
Chroniques scandaleuses, 68

Daily Courant,74
Daily Journal,74
Daily Mail, 87, 192
Daily Mirror, 87
Daily Post, 74
Daily Star, 194 n.
Daily Telegraph, 235 n.
Daly, John, 305
D'Amato, Alfonse, 265
Daugherty, Harry, 248
Davies, Ron, 198, 198 n.
Dawson, Donald, 249
Dayan, Daniel, 110, 110 n.
De Sancha, Antonia, 178
Dean, John, 280, 286-290, 291
Debate público, 23, 82-83, 232
Decretos para la prevención de la corrupción (en el Reino Unido), 224, 225

Defoe, Daniel, 74
Democracias liberales, 140-144
— y el capital simbólico, 146
— y el imperio de la ley, 133, 138, 271-272
— y los escándalos políticos, 132-146, 147-150, 365-377
— y reputación, 136, 149
Denby, Edwin, 248
Denning, Lord, 161-163, 186
Denuncia pública, 32-33
Derechos civiles, 156
Desaprobación
— disgusto, 126
— y el público, 39, 40, 99
— y la prensa, 100
— y no participantes, 32, 41, 99
— *véase también*: oprobio,
Desconfianza, 350-355, 356-357, 366, 353 n.
Descrédito de los rivales, 142
Desenlace, 109-110
Desmanes económicos institucionales, 258-259
Desmentidos 42-44, 45
— Clinton, 217-218
— Profumo, 36-38, 184-186, 188-190, 326
— y evidencias públicas, 103
— y transgresiones de segundo orden, 108-110, 179
Diana, princesa, 44, 102
Difusión por radio y televisión, 59, 60, 88-89
Dilhorne, Lord, 185
Dilke, sir Charles, 86, 181
Dirección de Tráfico de la ciudad de Nueva York, 259
Directores de periódico, 81-84, 87-89, 118 n.
Dirigentes políticos
— vida privada/pública de los, 371-372
— y ciudadanos, 350
— y credibilidad, 159
— y cualidades personales, 67
— y medios electrónicos, 65, 66
Discreción, 371
Disminución del analfabetismo, 79
División Especial de la policía metropolitana británica, 302, 305-306, 307
Divisiones Especiales MI5 y MI6, 302, 305, 306
Divorcio, 86, 180-182
Dobles raseros en materia de moralidad, 180-181, 182, 207
Doheny, Edward, 247
Donovan, Raymond, 259
Drudge, Matt, 214
Durkheim, Émile, 326, 329, 326 n.

Ecclestone, Bernie, 238
Edgecombe, Johnny, 184
Egan, James, 305
Ehrlichman, John, 291, 278 n.
Eisenhower, Dwight, 201-204, 249
Elecciones, 137, 142, 144-146, 220, 152-153
Elibank, señor de (Lord Murray), 226
Ellsberg, Daniel, 278 n.
Encuestas de opinión, 146
Enmiendas Boland, 294
Entorno informativo, 359-360
Entretenimiento, 114
Equipo de respuesta al asunto Whitewater, 265
Errichetti, Angelo, 255
Ervin, Sam, 280
Escándalo, 21-23, 24-26, 29-30, 21 n.
— aspectos ocultos, 362-363, 364, 367
— circunscrito, 55, 92-95, 99, 100, 103-105
— consecuencias de, 110-111, 323-324, 356-357
— definición, 31-33, 45-47, 31 n.

— estructura de relevancia del, 127-129
— factores de riesgo, 34, 163-164, 167
— predominante, 27-28, 152 n.
— teoría de la ausencia de consecuencias, 324-326
— y actos/actos de habla, 40-41
— y beneficios económicos, 114, 126-128, 135-136
— y capital simbólico, 146-147
— y confianza, 24, 338
— y corrupción, 50-53, 152
— y esfera política, 146-151
— y habladurías, 49-50, 51
— y marco espacio-temporal, 104
— y poder, 23-25, 338-339
— y poder simbólico, 338, 343
— y prensa, 11-12, 55-56, 78-84, 104
— y reputación, 42-43, 323, 338, 342-344
— y rumores, 49-50
— y *statu quo*, 325-330
— y teoría que lo concibe como subversión, 69, 333-339
— y teoría que lo concibe como trivialización de la vida pública, 329-333, 365
— y valores/normas, 35-37, 39-41
— y visibilidad, 12, 34-35
— *véase también*: escándalo financiero; escándalo mediático; escándalo político; escándalo de poder
Escándalo, 105
Escándalo de la calle Cleveland, 83-86, 107
Escándalo de la conspiración de los destiladores de whisky (Estados Unidos), 246
Escándalo de la Gulf Oil, 254
Escándalo de la Lockheed, 52
Escándalo del «dinero por preguntas», 110-111, 162-163, 231-234, 236-238, 239-240, 234 n.
Escándalo del juego sucio, 304-308
Escándalo del yacimiento Teapot, 52, 223, 247, 247 n.
Escándalo financiero, 26, 134
— juicios penales, 169
— Leeson, 171
— poder político/poder económico, 219
— reformas, 362-364
Escándalo político, 131, 132-139, 151-164
— en Francia, 28 n.
— investigaciones relacionadas con un, 368-369, 354 n.
— mediático, 360
— tipos de, 168-174, 361, 35 n.
— y beneficios económicos, 135-136, 172
— y capacidad moral vinculante, 361
— y códigos de conducta, 367-369
— y credibilidad, 159-160
— y democracias liberales, 132-134, 147-150, 366-372
— y desconfianza, 353-355, 356-357
— y diversidad, 167, 172-173
— y escándalos de seguridad, 312-315
— y organizaciones mediáticas, 147-150, 370-371
— y periodismo, 370-371
— y regímenes autoritarios, 147-149
— y transgresiones sexuales, 135-136, 171-172
— y transparencia en el gobierno, 367
Escándalo políticofinanciero, 170-171
— en Estados Unidos, 222-223
— en Gran Bretaña, 222-241
— en Italia, 221-222
Escándalo sexual
— carácter ilegal, 168-172
— e hipocresía, 174-177, 194, 196, 364
— escándalo sexual de naturaleza política, 168-172, 172 n.
— en Gran Bretaña, 150-152, 179-180
— en los Estados Unidos, 199-218

— y conflictos de interés, 178-179, 196, 363-365
— y especificidad cultural, 28
— y habladurías, 108
— y medios de comunicación, 331-332
— en el asunto Profumo, 134, 150-153
— y transgresiones de segundo orden, 178-180, 363-365
Escándalo sexual de naturaleza política, 168-172, 173-180, 172 n.
Escándalo y posmodernidad, 334-339
Escándalos de poder 170-172, 271-272
— en Francia, 28
— en Gran Bretaña, 276-278, 317-322
— en Italia, 28, 274-276
— en las esferas política y militar, 315-322
— relacionados con el poder oculto, 272-278, 363-364
— y actuaciones judiciales, 169
— y obstrucción a la justicia, 273-274
— *véase también*: asunto Irán-Contra; escándalos de seguridad; Watergate,
Escándalos de seguridad,
— y el asunto Vassall, 188 n.
— y escándalos políticos, 313-317
— y espionaje, 308-315
— y homosexualidad, 188 n.
— y servicios de seguridad, 302-308
Servicios de seguridad, 302-308
— y agentes dobles, 308-316
— y secreto, 305-307
Escándalos mediáticos, 55-56, 91-92, 103-105
— en la época victoriana, 81, 87
— esfera pública/privada, 93-94, 330-333
— evidencia, 100-102
— fases, 107-112
— generalización de los, 42-43
— política, 114-118
— revelación, 106, 107-108
— secuencia temporal, 105-114
Escándalos relacionados con cuestiones de honor, 229-230
Escándalos relacionados con el Congreso de Estados Unidos, 253-258
Esfera política, 138, 142
— mediata, 153-155
— y confianza, 349-350, 351-352
— y escándalos, 146-151
— y medios de comunicación, 143-145
— y poder, 139
Esfera pública/privada, 61, 103, 331, 361, 370, 61 n.
Espionaje, 308-316
Espy, Mike, 259
Estado 139-143
— debilitamiento del, 357
— procedimientos constitucionales del, 273
— y confianza/desconfianza, 351-354
— y contratos, 255
— y corrupción, 248-252
— y poderes ocultos, 272-273, 355
— y transparencia, 367
— y visibilidad, 355
Estado coercitivo, 140
Estado-nación; *véase también*: Estado, 57
Estados Unidos
— Comisión del Presupuesto de la Cámara, 248-249, 204 n.
— corrupción en los, 241
— desconfianza política, 352-353
— escándalos de poder, 277, 298-300
— escándalos políticofinancieros en los, 222-223
— escándalos que afectan al Congreso de los, 254-258
— escándalos sexuales en los, 198-218
— fraude en los, 242, 258, 259
— Ley de la Función Pública, 242
— Ley para el comportamiento ético en el gobierno, 161, 254, 291-292, 368

— Ley Pendleton para la Reforma de la función pública, 246
— Partido Demócrata, 243-246
— periodismo en los, 243-245
— prensa y personalidades públicas, 118-121
— soborno en los, 248
— *véase también*: asunto Irán-Contra; Watergate,
Estigmas 40, 175, 194
— *véase también*: reputación
Ética, 126, 148, 253-254
Europa medieval, 57
Euston, conde de, 84, 85, 86
Evans, Thomas, 202, 204 n.
Evasión de impuestos, 259
Evening News, 192
Evening Standard, 190 n.
Evidencias, 100-103, 279
Exactitud en los medios, 264, 268
Examiner, 74
Experiencia
— liminal, 327
— vivida/mediata, 124, 127
Experiencia liminal, 327
Express Newspapers, 194 n.
Eye-Witness, 225, 226

Falsificación de coartadas, 194-196 n.
Fall, Albert, 247
Fatiga del escándalo, 164
Favoritismo, 242
FBI, 254-258, 290, 303
Felipe IV de España, 64
Ferrocarril de la Union Pacific, 245
Fiscal independiente,
— Clinton, 161, 212, 265, 269
— en la época posterior al asunto Watergate, 291-292, 355, 368-369
— Reagan, 296
— *véase también*: Kenneth Starr
Fiske, John, 334-337
Fiske, Robert, 265, 269 n.
Flowers, Gennifer, 44, 207-208, 209, 261-262, 267
Ford, Gerald, 290-291
Forlani, Arnaldo, 275 n.
Foster, Vincent, 261-264, 265, 262 n.
Francia
— escándalo de poder en, 28
— escándalo político en, 28 n.
— libertad de prensa, 180
— panfletos, 68
Francis, Ted, 195 n.
Fraude del Crédit Mobilier, 245
Fraude del servicio postal de la Star Route, 245
Fraude, 220
— en los Estados Unidos, 242, 256, 258-259
— Robinson, 229
— Whitewater, 267
Fulbright, J. William, 249
Funcionarios públicos, 367-370
Fundación Legal Landmark, 264

Garel-Jones, Tristan, 319
Garment, Suzanne, 152 n.
Gazette de France, 64
Gelli, Licio, 276
George III, 76
Gerth, Jeff, 261, 263
Gestión política/periodistas, 118 n.
Ghorbanifar, Manucher, 296
Gibraltar/asunto del IRA, 306
Gilbey, James, 102
Gladstone, William Ewart, 17, 20, 34, 305
Gluckman, Max, 326 n.
Gobernantes, 62-65, 67-69
Gobierno sandinista, 294
Gobierno: *véase* Estado
Goffman, Erving, 94
Goldberg, Lucianne, 212, 115 n.

Goldfine, Bernard, 251
Golitsyin, Anatoli, 225
Grabaciones de cintas 155
— en el caso Clinton-Lewinsky, 101, 214, 155 n.
— en el despacho de Nixon, 101, 280-284, 280 n., 281 n., 287-289 n.
— hechas en la Casa Blanca, 281-282, 283
— hechas por Linda Tripp, 214
Gran Bretaña
— cargo de primer ministro, 301-303
— códigos de honor, 314, 326
— corrupción, 222, 223
— decretos y leyes para la prevención de la corrupción, 224, 225
— escándalo del «dinero por preguntas», 110, 163, 231-234, 237-238, 240
— escándalos de poder, 276, 317-322
— escándalos políticofinancieros, 222-224
— escándalos sexuales, 151-153, 179-181
— Ley de secretos oficiales, 117, 304, 308, 314-315
— política de asuntos exteriores, 321
— Proyecto de ley penal, 82
— secreto, 313-316, 321
— *véase también*: Partido Conservador; Partido Laborista
Grant, Hugh, 126, 344
Grant, Ulysses Simpson, 243
Greenpeace, 316 n.
Greer, Ian, 234
Gregory, Maundy, 230
Grenville, George, 75, 76
Grupos de interés, 116-117
Guardian,
— Aitken, 236, 236 n.
— cazabombarderos enviados a Zimbabwe, 321
— dinero por preguntas, 234 n.
— Hamilton, 232-233, 234
— Mandelson, 239
— Thorpe, 192
Guerra anglobóer, 224
Guerra civil de Inglaterra, 71-72
Guerra de Vietnam, 156
Guerra Fría, 315
Guerrillas de los Contras en Nicaragua, 293-294, 295
Gutenberg, Johann, 58
Gutteridge, Mark, 319

Habermas, Jürgen, 330-331
Hábito, 117 n.
Habladurías 46-49, 48 n.
— en la intimidad, 46-48, 49
— y John F. Kennedy, 202
— y escándalo, 50-51
— y escándalos sexuales, 108
— y oprobio, 41-42
Hague, William, 195 n.
Hakim, Albert, 296, 301
Haldeman, Robert, 283-284, 290-291
Halpin, Maria Crofts, 200
Hall, Stuart, 336
Hamilton, Alexander, 199
Hamilton, Neil, 232-234, 239-241, 195 n., 234 n.
Hammond, Charles, 84-85
Hanna, Richard, 254
Hanson, Jean, 266
Harding, Warren, 51, 201, 247
Harper's Magazine, 268 n.
Harper's Weekly, 244
Hart, Gary, 134, 202, 208, 336, 202-3 n.
Hays, Wayne, 204, 204 n.
Heath, Edward, 231, 189 n.
Hemmings, Sally, 198-200
Henderson, Paul, 318, 320 n.
Hernu, Charles, 316 n.
Heseltine, Michael, 319
Hill, Anita, 209, 206 n.

Hipocresía, 35-36, 82, 174-177, 194, 196, 364-365
Hirschman, Albert O., 341 n.
Historia de interés humano, 79
Hogarth, William, 77
Hojas noticiosas, 58, 71
Hollis, sir Roger, 307, 313
Homosexualidad
— aceptación social, 126
— en el asunto Thorpe-Scott, 191-193, 194-196
— escándalo de la calle Cleveland, 83-87
— escándalos de seguridad, 188-189 n.
— situación ilegal, 168, 173, 182
— y sociedad victoriana, 180
— y Oscar Wilde, 86
Hooley, Ernest, 224
Hoover, J. Edgar, 290
Hoskins & Sons Ltd, 225
Howard, Tricia, 197
Howe, sir Geoffrey, 317-321
Hubbell, Webster, 266
Hunt, Howard, 278, 279, 278 n.
Hurgar en el estiércol, 89, 109-110
Iglesia Católica, 34
Imperio de la ley, 133, 138-139, 271-272
Impuestos sobre la impresión de periódicos, 75, 79
Independent, 234 n.
Indiscreción personal, 364-365
Indonesia, 321, 322 n.
«Info-entretenimiento», 332
Información, 39, 120-123
Inglaterra, primeros años de la modernidad en,
— y guerra civil, 71
— y panfletos satíricos, 68, 71
Inmigrantes, 242
Instituciones
— del Estado, 139-140
— económicas, 57, 172, 221-222
— en las democracias liberales, 141-142
— esfera de interacción de las, 138
— transformación de las, 57-58
— y confianza, 346, 350
— y religión, 58-59
— y reputación, 344-346
Instituciones económicas, 57, 171, 221
Integridad, 217-218
— *véase también*: confianza
Interacción
— cara a cara, 59-60, 62, 93-94, 95, 143-144, 345-348
— de carácter «dialogístico», 60, 62
— en las regiones frontales, 94-101, 125, 155, 156
— esferas de, 138-140
— mediata, 60, 143
— y cuasiinteracción, 60-61, 95-98
— y regiones frontales, 94-101, 156
— *véase también*: comunicación
Interacción con la audiencia, 59-60
Intereses financieros, conflicto de, 220, 231, 368
Intimidad
— mediata, 66
— no recíproca, 64-65, 125
— y esfera pública, 88-89, 124-125
— y habladurías, 46-48, 49
Investigación Scott, 320, 321-322, 319 n., 322 n.
Investigaciones oficiales, 111, 161-163, 254 n.
IRA, 306
Irak, 317-322, 320 n.
Isaacs, Godfrey, 225-227, 229
Isaacs, Harry, 226, 227
Isaacs, Rufus, 225, 226
Isikoff, Michael, 212
Italia,
— y escándalos de poder, 28, 274
— y escándalos politicofinancieros, 222
Ivanov, Eugene, 183

Jackson, Andrew, 242
James I, 223
Japón, 52
Jefferson, Thomas, 198-199
Jellicoe, Lord, 189, 189 n.
Johnson, Lyndon, 253
Jones, George, 245
Jones, Paula, 46, 210, 213, 215, 266, 213 n.
Jordan, Hamilton, 161
Juicios penales, 43, 169, 219

Katz, Elihu, 109-110, 110 n.
Keating Five, escándalo de, 258, 258 n.
Keating, Charles, 258, 258 n.
Keays, Sara, 176
Keeler, Christine, 37-38, 101, 183-184, 186, 188-190
Kennedy, Edward, 204, 343, 204 n.
Kennedy, John F., 151, 203, 253, 120 n., 281 n.
Khashoggi, Adnan, 296
King, Anthony, 33, 179 n.
King, Cecil, 248
Kopechne, Mary Jo, 205, 205 n.
Kroft, Steve, 208-209
Krogh, Egil, 278 n.
Kynoch & Co., 224-225

Labouchere, Henry, 81
Lacoste, Pierre, 316 n.
Lambton, Lord, 189, 189 n.
Lance, Bert, 160, 258
Lang, Engel, 341 n.
Lang, Kurt, 341 n.
Law, Andrew Bonar, 230
Lederer, Raymond, 256
Leeson, Nick, 171
LeHand, señorita, 201
Levy, Norma, 189 n.
Lewinsky, Monica 210-218, 213 n., 214 n., 216 n.
— cintas grabadas, 101, 214, 115 n.
— y el asunto Jones, 46, 212
— y las manchas en su vestido azul, 103, 212, 215
— y Linda Tripp, 101
— y los escándalos mediáticos, 104, 126
Lewis, John, 184
Ley de delitos sexuales (en el Reino Unido), 181-182
Ley de la Función Pública (en Estados Unidos), 242
Ley de secretos oficiales (de Gran Bretaña), 117, 304, 308, 314-316
Ley para el comportamiento ético en el gobierno (de los Estados Unidos), 161, 254, 291-292, 368
Ley Pendleton para la Reforma de la función pública (en los Estados Unidos), 246
Ley Stead, 82-84
Libelo, 75, 76, 117
Libelos, 78, 115-116
Libelles, 69, 70
Libertad de prensa, 74-75, 78-79, 178, 180-181, 370
Libertad de prensa, 75, 78
Liddy, Gordon, 279, 291, 278 n.
Literatura callejera, 75
Literatura política, 68-69
Lloyd George, David, 226-230
Luis XIV de Francia, 69, 315,
Luis XV de Francia, 69
Lundberg, Joan, 202
Lyell, sir Nicholas, 321
Lyons, Gene, 268 n.

Maclean, Donald, 307-311, 312, 314
Macmillan, Harold, 161-163, 182, 186, 230-231, 189 n.
Madison Financial Corp., 260
Madison Guaranty, 260, 263, 266

Madres solteras, 177
Major, John
— comentarios inadvertidamente televisados, 97, 98 n.
— dinero por preguntas, 110-111, 231-234
— y David Mellor, 177
— y el Comité Nolan, 111, 236-238
— y el eslogan de la «vuelta a lo básico», 176
— y la corrupción en el gobierno, 356
— y la investigación Scott, 320
Malversación de fondos públicos, 220, 224, 259
Malversación, 258
Mallick, George, 258
Mandelson, Peter, 238-240, 362, 154 n., 239 n.
Mann, Paul, 184
Manton, Henry, 305
Maquinarias municipales de los partidos, 246-247
Markovits, Andrei S., 133-136, 138
Material impreso
— *véase también*: prensa
Matthews, ministro del Interior británico, 305
Maudling, Reginald, 230-231
May, Alan Nunn, 312
McClure, 88
McCord, James, 276-278, 279, 280
McDougal, Jim, 260, 264, 266
McDougal, Susan, 266
McFarlane, Robert, 292, 296
McIntyre, Patrick, 306
McKay, James, 259
Medios 64-66, 332-333
— de alcance global, 162-164
— y autorreferencia, 111, 122
— y competencia, 120-123
— y criterios profesionales, 371
— y degeneración amarillista, 329-330
— y el síndrome del chacal, 122, 122 n.
— y escándalo sexual de naturaleza política, 174
— y el asunto Whitewater, 268
— y la visibilidad pública, 23, 56, 67, 122, 153, 154, 239, 372, 250-251 n.
— y poder simbólico, 149-151, 365
— y política, 64, 143-145, 292
— y revelaciones, 92, 365
— *véase también*: medios de comunicación; prensa
Medios de comunicación electrónicos y dirigentes políticos, 64-67
Medios de comunicación globales, 163-164
Medios de comunicación, 41-42, 56, 58-59, 60, 100
Meese, Edwin,259, 292-294, 297, 294 n.
Mellor, David, 178, 336
Memoria, 100
Mentiras, 37-38, 134
— *véase también*: desmentidos
Mercancías simbólicas, 100-101, 113, 120
Mercer, Lucy Page, 201
Mercure Gallant, 64
Mercurius Britanicus, 71-72
Meyers, Michael, 256
MI5, 303, 306, 311-312, 315, 319
MI6, 303, 315, 319, 315 n.
Miami Herald, 203 n.
Miembros del Parlamento
— Censo de Intereses de los, 231, 237-238, 239, 325, 369
— e intereses financieros, 231, 237-238, 368
— y códigos de conducta, 237-239
— *véase también*: dinero por preguntas
Mills, Wilbur, 202
Mitchell, John, 291
Mitchell, Peter, 320 nb.
Mitterrand, François, 316 n.
Monarquías, 63-65, 69

Moralidad,
— y corrupción, 53
— y dirigentes políticos, 151-152
— y dobles raseros, 180-181, 182, 206
— y el asunto Irán-Contra, 44
— y normas, 34, 35, 168, 173
— y panfletos, 71
— y Partido Liberal, 225
— transgresión de la, 31, 33-34, 135-136
Morning Leader, 225
Morning Post, 78, 225, 229
Movimiento de liberación de la mujer, 156, 181-182, 206-207

Nast, Thomas, 243, 244-245
National Enquirer, 122
National Review, 225
Nedham, Marchamont, 71-76
Nepotismo, 220, 224, 241
New York Post, 251
New York Sun, 245
New York Times Magazine, 203 n.
New York Times, 156
— los papeles del Pentágono, 278 n.
— y el asunto Watergate, 279
— y el asunto Whitewater, 261-262, 263
— y el círculo de Tweed, 243
Newlove, Henry, 84
News of the World, 122
— Archer, 194 n.
— Ashdown, 196
— Keeler, 186, 187
— Lambton, 189 n.
— Yeo, 176-177
Newsday, 156, 279
Newsweek, 212, 214, 214 n.
Newton, Andrew, 192
Nicaragua, 294, 295
Nichols, Larry, 206-208
Nightly News, 264
Nixon, Richard,
— conducta de región trasera, 96
— discurso del perrito «Checkers», 250, 250-251 n.
— encubrimiento, 37, 279, 280-284
— y el FBI, 290
— recusación de, 109, 284, 290
— reputación, 342, 343
— dimisión de, 156, 283-286
— y la «Masacre del sábado noche», 281
— y la grabación de cintas, 102, 280-284, 280 n., 281 n., 282 n., 287-289 n.
— *véase también*: Watergate
No participantes, 32-33, 40, 51-52, 99, 145
Noción de escándalo en el judaísmo, 30
Normas, 33-37, 39-40, 168, 173
Norris, Steve, 176-177, 195-196 n.
North Briton, 75-76
North London Press, 82-83, 84, 85
North, Oliver,
— juicio penal contra, 297
— Meese, 294 n.
— y criterios morales, 43-44
— y el informe de 1986, 294, 295, 298-299
— y el tráfico de armas, 296-297
— y reputación, 343
— y Richard Secord, 300
— *véase también*: asunto Irán-Contra
Northcliffe, Lord, 87
Northern Echo, 82
Noticias, 335, 337, 80 n.
Nuevos movimientos sociales, 156
Nunan, Joseph, 248-249
Nussbaum, Bernard, 264, 266, 268-269, 369-370

O'Shea, Captain William, 17, 18, 21
O'Shea, Katharine, 17-21, 34
Observer, 238

Obstrucción de la justicia, 273
Oficina de Ingresos Internos, 248
Opinión pública, 150-151
Oprobio 40-41, 53, 71-72
— *véase también*: desaprobación/censura
Organizaciones clandestinas, 300-301
Organizaciones en la sombra, 289-290
Organizaciones mediáticas
— y beneficios económicos, 113-115
— y escándalos políticos, 147-150, 370-371
— y evolución de los escándalos, 105, 112-114
— y periodismo, 360
— y política, 362
Organizaciones políticas, 57, 116-117, 132-136, 241-242, 264
Orren, Gary, 354 n.
Outlook, 226

Packwood, Bob, 202, 206, 203 n.
Pakistán, 321, 322 n.
Pall Mall Gazette, 21, 81, 116
Panfletos, 68, 71, 72, 78, 116
Parke, Ernest, 82, 85, 86
Parker-Bowles, Camilla, 102, 103
Parkinson, Cecil, 35, 175-178, 343
Parkinson, Paula, 204 n.
Parnell, Charles, 17-21, 34, 86, 180-181, 305
Partido Comunista de Italia, 221-222
Partido Conservador,
— corrupción,194, 232-237, 346, 356-357, 194-195 n.
— y la empresa Matrix Churchill, 317-320, 344-345, 319-320 n.
— *véase también*: Hague; Heath; Macmillan; Major; Thatcher
Partido demócrata cristiano de Italia, 222-223
Partido Demócrata estadounidense, 243-246
Partido Laborista británico,
— Mandelson, 238-239, 362, 154 n., 239 n.
— y amiguismo, 238
— y tráfico de armas, 321
Partido Liberal Demócrata, 44
Partido Liberal,
— Gladstone, 17, 20, 34
— y la Compañía mexicana Eagle Oil,227
— y moralidad, 225
Patrocinadores de marcas de tabaco, 238
Patronazgo
— en Inglaterra, 224
— en Italia, 221-223, 274
— en Estados Unidos, 241, 242, 243-246
Patronazgo estadounidense, 238
Patronazgo, 238
Peat Marwick, 268 n.
Pena, Frederico, 259
People, 178, 310
Periódicos, 72-73, 74-75, 80-81
Periódicos: *véase*: prensa,
Periodismo
— como guardián del interés público, 56
— de investigación, 56, 84, 87, 119-120, 156, 118 n.
— y competencia, 331-332
— y destripadores de estiércol, 88, 109
— y escándalos, 243-5
— y escándalos políticos, 370-1
— y John F. Kennedy, 120 n.
— y las organizaciones mediáticas, 360
— y Watergate, 156, 119 n.
Periodismo de investigación, 56, 84, 87, 119-121, 156, 118 n.
Periodistas
— en relación con la gestión política, 118 n.
— profesionalización de los, 56, 81, 87, 117-121, 80 n.

— y códigos de conducta, 157
— y políticos, 144
Personalidades, 120-121
Pethers, Caroline, 20-21
Petrov, Vladimir, 310
Philby, «Kim», 310-311, 312-313, 313-314
Philips, Carrie, 201
Photographs, 101, 155
Pincher, Chapman, 307
Plumbers, Watergate, 277, 279, 291, 300, 278 n.
Plunkitt, George Washington, 220
Poder 139-140
— abusos de, 89, 135-136
— corrupción, 137-138
— oculto, 56, 272-279
— político, 139-140
— procedimiento debido, 132-133, 134
— región trasera, 284-290
— tentaciones del, 367 n.
— *véase también*: poder simbólico
— y las personas, 335-337
Poder simbólico 139-141
— y medios de comunicación, 149-151, 365
— y política, 146
— y reputación, 44, 339-341
— y escándalos, 338, 343
— y escándalos sexuales, 168-170
— en juicios y audiencias 109
Poderes ocultos,
— del Estado, 272-274, 355
— en el caso Watergate, 284-286, 329
— y escándalo, 362, 364, 367
Poindexter, John, 293, 297, 299
Policía, 82, 112
— *véase también*: División Especial de la policía metropolitana británica
Política
— basada en las clases sociales, 26, 158-162, 204-205, 361
— carácter público de la, 62-63
— cultura de la, 163-166
— declive de la que se basa en las clases sociales, 157-162
— desconfianza, 350-357
— escándalos mediáticos, 114-118
— ideológica, 25-26, 157-159, 361
— instituciones económicas, 221
— legitimidad, 141
— medios, 63, 144-145, 292
— organizaciones mediáticas, 362
— y tráfico de armas, 237
— poder corporativo, 242-244
— poder simbólico, 146
— prensa, 78-81, 116
— presencia creciente de los mecanismos legales en la, 161-164, 206-207
Política de asuntos exteriores, 321
Política de la confianza, 25-26, 142, 157-160, 205, 361
Política y poder corporativos, 242-243
Políticos,
— e intereses económicos, 369
— que mienten, 37-38
— y confianza, 126, 354 n.
— y medios de comunicación, 292
— y periodistas, 144
— y visibilidad, 153-155
— *véase también*: miembros del Parlamento
Prensa
— autonomía, 137
— de calidad/amarilla, 334-336, 337, 122 n.
— de grandes tiradas, 87, 115-116
— desaprobación a través de la, 100-101
— directores de medios de, 82-84, 87-89, 118 n.
— escándalos, 11-12, 55-56, 78-84, 104
— factores comerciales, 78-79
— grandes agrupaciones de, 87
— primeros estadios de la, 59, 74, 78-79, 232-233

— y acento en los hechos o el entretenimiento, 81, 87, 113-115, 117-120
— y corrupción, 88-89
— y debate público, 82-83
— y el asunto Parnell, 17
— y las historias de interés humano, 79
— y las personalidades públicas estadounidenses, 118-121
— y lectores, 61
— y política, 78-81, 116
— *véase también*: periodismo
Prensa de a penique, 79-80
Prensa escrita, 58-59
Preston, Peter, 235 n.
Privacidad, 61, 103, 155, 370
Private Eye, 117, 175-176
Problemas de inmigración, 255
Procedimiento debido/poder, 132-134, 135
Procedimientos constitucionales, 273
Producción de bienes, 57
Profumo, John, 131-132, 182-189
— carta de, 101
— conflicto de intereses, 177-178
— dedicado a obras de beneficencia, 187
— desmentidos, 37, 184-186, 189-190, 326
— dimisión, 186
— escándalo sexual, 134, 151-152
— reputación, 342, 343
— transgresión de segundo orden, 37 n.
— y la seguridad nacional, 36-37, 135, 178, 181-182, 185-186
— y la prensa, 104
Prostitución
— de servicio concertado por teléfono, 190, 189 n.
— niñas prostitutas, 82
— hombres que se prostituyen, 83-86, 107
— escándalos sexuales de naturaleza política, 168
— en la sociedad victoriana, 83, 180-181
— Stead, 83
Prostitución infantil, 82
Prostitutas y escándalo, 181-182
— Archer, 194 n.
— Grant, 126, 343
— Lambton y Jellicoe, 189, 189-190 n., 194 n.
Protess, David, 118 n.
Proyección de la propia imagen, 63, 68-69, 95, 125
Proyecto de ley penal (en Gran Bretaña), 82
Publicidad
— de copresencia, 62
— e intimidad, 89, 124-125
— en los medios electrónicos, 65
— independiente del espacio, 66
— mediática, 62
— y escándalo mediático, 93-94, 331-333
— y gobernantes, 62-64
— y política, 62-63
— y visibilidad, 56, 61, 61 n.
Pulitzer, Joseph, 87
Punch, 228
Putnam, Robert D., 347

Queensberry, Marqués de, 86

Radio, 59, 65-66, 88-89
Rafsanjani, Ali Akbar Hashemi, 292
Reagan, Ronald, 292-294
— conducta institucional económicamente inadecuada, 258-259
— desconocimiento del asunto Irán-Contra, 297, 298
— reputación, 343
— y el asunto Irán-Contra, 259, 294-295 n.
— y el Consejo de seguridad nacional, 301

— y la designación de un fiscal independiente, 296
— y los rehenes estadounidenses, 292-294
Recusación 326-328
— de Clinton, 109, 215-217
— de Nixon, 110, 284, 289-290
Reducción de daños, 123-124
Regalos
— aceptación de, 230, 250, 259
— soborno, 152
Regan, Donald, 294, 297
Regímenes autoritarios, 136, 137, 148-149
Región frontal (Goffman), 94-101, 156
Región trasera (Goffman) 94-101
— filtraciones provenientes de la región frontal, 96-99, 156
— imágenes proyectadas, 125
— Major, 97, 97-98 n.
— Nixon, 98
— poder, 284-290
— tecnología de vigilancia, 154-155
Rehenes, 292-294, 295
Religión, 30, 58-59, 325, 32 n.
Reno, Janet, 269 n.
Reputación, 141, 341-344
— ámbitos, 343-345
— dañada, 32-33, 325
— democracia liberal, 137, 149-150
— escándalo, 43, 323, 338, 342-343
— instituciones, 344-346
— ligada a la habilidad, 339-341, 345, 351-352
— y capital simbólico, 360
— y carácter, 339-341, 344-345, 351-352
— y credibilidad, 147
— y poder simbólico, 44, 339-341
Reuniones en salones y cafés, 75, 332
Revelación
— Clinton, 217-218
— comprometedora, 125-126
— por inadvertencia, 96-98, 97-98 n.
— y corrupción, 53
— y el escándalo mediático, 105-106, 107-109
— y la Ley de secretos oficiales británica, 304
— y la transgresión sexual, 135-136
— y los medios, 92, 365
— y ocultación, 37-38
— y tecnologías de la comunicación, 88-89
Reynold's Newspaper, 306-307
Reynolds, señorita Maria, 198
Rice, Donna, 202, 203 n.
Richmond Recorder, 200
Riddick, Graham, 232
Rifkind, Malcolm, 318-319
Ritual de purificación, 327-328
Ritualización, 327-329
Roberts, Albert, 231-232
Robinson, Geoffrey, 239
Robinson, Joseph, 229
Roosevelt, Eleanor, 201
Roosevelt, Franklin D., 201, 280 n.
Roosevelt, Theodore, 88
Rostenkowski, Dan, 256-257
Roth, Andrew, 184
Rumores, 41, 49-51, 108, 202, 225-227

Sainsbury, Tim, 319
Sátira, 68-69, 71, 72, 74-75
Saul, John, 86
Scotsman, 197
Scott, Hugh, 254, 289 n.
Scott, Lord Justice, 320
Scott, Norman, 102, 191-193
Scripps, E. W., 87-89
Schmidt, Susan, 263
Schudson, Michael, 79
Secord, Richard, 296, 301
Secreto 33, 38, 367

— en Gran Bretaña, 313-314, 321-322
— oficial, 273-274
— y organizaciones clandestinas, 300-301
— y seguridad estatal, 274, 273 n.
— y servicios de seguridad, 305-307
Secretos oficiales, 273
Secuelas de un escándalo, 110
Seguridad del Estado,
— organizaciones para la, 302
— y asunto Profumo, 182, 185
— y secretismo, 274, 273 n.
— *véase también*: servicios de seguridad
Seguridad nacional: *véase*: seguridad del Estado
Sensacionalismo,113
Servicio de Ingresos Internos, 248
Servicios de seguridad, 302-308
— y agentes dobles, 308-316
— y secreto, 305-307
Sexualidad
— de carácter ilícito, 173, 174-175, 333
— y capacidad moral vinculante, 173
— y escándalo, 86
— y la sociedad victoriana, 83-84, 180-181
— *véase también*: homosexualidad; prostitución
Shayler, David, 315 n.
Silverstein, Mark, 132-136, 138
Sinclair, Harry, 247
Sindona, Michele, 275 n.
Síndrome del chacal, 122, 122 n.
Síndrome del escándalo, 365
Sirica, John, 280
Sistema de acaparamiento de cargos, 242
Sistema de reparto de la mitad de la recaudación en contratos públicos, 245, 246 n.
Sistemas de grupos de presión, 252
Sitios de Internet, 117, 268, 316 n.
Situaciones embarazosas, 39, 103, 123-124, 215-217
Smith, Tim, 232, 233
Smith, William French, 259
Soborno 50-53, 223
— dinero/poder, 219
— recaudadores de impuestos estadounidenses, 248
— regalos, 152
— yacimiento Teapot, 247
Soborno, 51-53, 220, 224
Sociedad
— cortesana, 63-65
— de la autorrevelación, 66-67
— moderna, 57-59
— victoriana, 83, 181
Sociedad de la autorrevelación, 66-68
Sociedad moderna, 57-59
Sociedad victoriana, 82-84, 180
Somerset, Lord Arthur, 83-84, 86
Spadolini, Giovanni, 275 n.
Spectator, 74
Spycatcher, 306-309, 312-313, 315
Stanley, Sidney, 230
Star, 208
Starr, Kenneth, 101, 126, 161, 212, 215, 218, 265, 266
Stead, W. T., 82-84, 87, 116, 82 n., 83 n.
Stein, Jacob, 259
Stennis, John, 281
Suffolk, conde de Suffolk, 224
Summersby, Kay, 201-204
Sun, 178
Sunanu, John, 259
Sunday People, 189 n.
Sunday Pictorial, 184
Sunday Times, 192, 232, 240, 319
Supuestos expertos, 155, 238-239, 240, 361-363
Suspicacias, 38-39
Swift, Jonathan, 74
Swinscow, Charles, 84

Tanaka, Kakuei, 51
Tareas públicas, 51-53, 372
Tasas sobre la publicidad, 80
Tatler, 74
Tecnología, 80, 88-89, 103, 154-158
Tecnologías de la información y la comunicación, 88-89
Teléfono, 58, 60
Telégrafo, 58
Televisión, 58, 65, 88-89
Tentaciones del poder, 367 n.
Teología cristiana, 30
Teoría de la trivialización, 329-333, 365
Teoría del escándalo como subversión, 334-338
Thatcher, Margaret, 175, 194 n.
Thayer, Paul, 259
The American Spectator, 209
The Times, 17, 305, 310, 234 n.
Theveneau de Morande, Charles, 70
Thomas, Clarence, 206, 260 n.
Thorpe, Jeremy, 101, 188-196
Títulos, venta de, 224, 229
Tomlinson, Richard, 316 n.
Tonsung Park, 254
Tower, John, 296-297
Tráfico de influencias, 225-227, 259
Traición, 312, 347-349
Transformación social, 56, 157-159
Transgresión
— como acto oculto, 45-46
— de primer orden, 93
— de segundo orden, 36, 37, 44, 93, 108-109, 168, 178-179, 189-190, 363-365, 37 n.
— de valores, 93
— sexual, 136, 173-139, 182
— y códigos morales, 31, 33-34, 135-136
— y ética, 126
Tredinnick, David, 232
Tribunal de la Cámara (en Gran Bretaña), 71, 224
Tripp, Linda, 101, 212, 213, 214, 155 n.
Truman, Harry S., 247-252
Truth, 81
Turnure, Pam, 202
Tweed, William Marcy, 243-245

Valores familiares, 35, 175
Valores, 35-37, 39-40, 93
Vassall, John, 188 n.
Veck, George, 84
Venta de títulos, 224, 229
Vergüenza, 39, 123-124
Vigilancia, 155, 156, 315
Visibilidad
— de copresencia, 62-63
— gestión de la, 361-362
— mediata y mediática, 23, 56, 67, 122, 154, 155, 239, 372, 250 n.
— y escándalo, 12, 34-36
— y Estado, 355
— y medios de comunicación, 23, 56, 122
— y políticos, 154-155
— y privacidad, 61
— y publicidad, 56, 61, 61 n.
— y tecnologías de la información y la comunicación, 89
— y vulnerabilidad, 239

Waldegrave, William, 320, 345
Walsh, Lawrence, 296
Ward, Stephen, 183, 185, 187
Washington Post
— en el asunto Clinton-Lewinsky, 214
— en el asunto Watergate, 277, 285
— en el caso Whitewater, 263, 262 n.
— Packwood, 203 n.
Watergate, 131, 271-272
— Alexander, 329 n.
— conducta de región trasera en el asunto, 98
— consecuencias, 38, 291-292, 325, 355, 369

— como contaminación simbólica, 326-328
— como escándalo de poder, 278-293
— CREEP, 278, 279, 291, 300
— fiscal independiente, 355
— «fontaneros», 278, 280, 291, 300, 278 n.
— investigación oficial sobre el escándalo, 279-281
— periodismo, 156, 119 n.
— relatos de ficción inspirados en el caso, 105
— y códigos éticos, 207, 253-254
— y el debate sobre la recusación de Nixon, 110
— y la «Masacre del sábado noche», 281
— y poderes ocultos, 284-285, 329
— *véase también*: Nixon
Weber, Max, 139, 171-174, 367
Westminster Confidential, 184
Wigg, George, 184-186
Wilde, Oscar, 86
Wilkes, John 75-79
— y su obra *An Essay on a Woman*, 76
Wilson, Harold, 185, 306-307
Wilson, Henry, 246
Williams, Harrison, 255, 256
Williams, Robert, 172 n.
Woodward, Bob, 156, 279, 119 n.
World in Action, 236
Wright, Jim, 256
Wright, Peter, 307-309, 312

Yeo, Tim, 177
Young, Merl, 248

Ziegler, Ron, 280
Zimbabwe, 321, 322 n.

"Ésta es la obra más seria y mejor documentada que se haya escrito jamás sobre el tema de los escándalos políticos. Es indispensable para cualquiera que intente comprender el creciente protagonismo que adquieren en nuestros días los escándalos relacionados con la política."
Michael Schudson *Universidad de California, San Diego*

"Éste es un libro agudo y perturbador. Thompson va mucho más allá de los informes periodísticos sobre escándalos y convierte éstos en un objeto de estudio capaz de permitir el acceso a importantes secretos sobre el poder político. De obligada lectura."
Richard Sennett *London School of Economics*

"Este ensayo, bellamente escrito, explica una de las paradojas esenciales de la vida política moderna: por qué los hombres más poderosos se ven amenazados por el riesgo de incurrir en escándalos que socaven su poder. No voy a revelar la clave, porque este libro se lee como una novela policíaca."
Ulrich Beck *Universidad de Munich y autor de* El normal caos del amor, Un nuevo mundo feliz, ¿Qué es la globalización?, La democracia y sus enemigos *y* La sociedad del riesgo, *todos ellos publicados por Paidós*

ISBN 84-493-1160-8
45094
9 788449 311604

Diseño: Mario Eskenazi